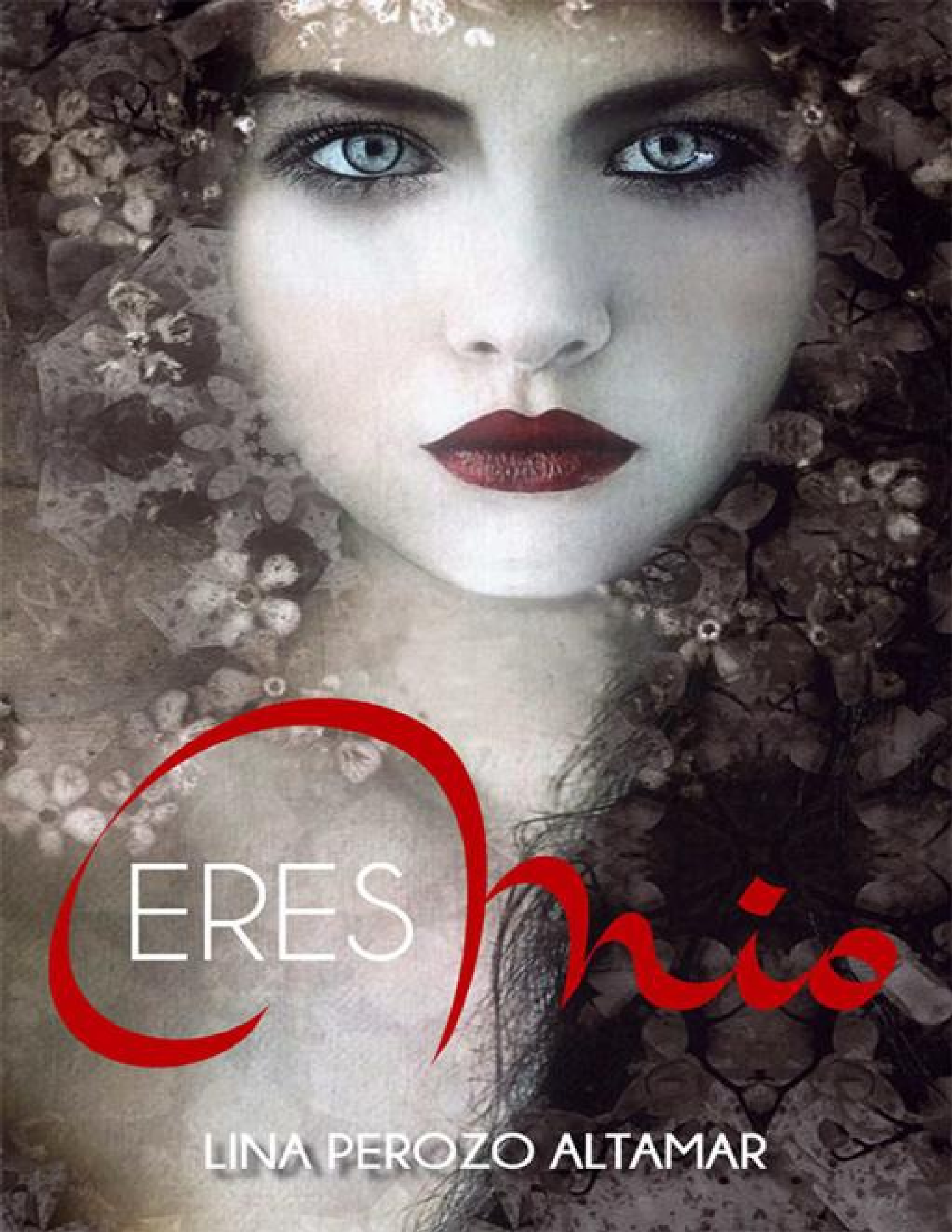
ERES Mío
LINA PEROZO ALTAMAR

LINA PEROZO ALTAMAR

Copyright © 2015 Lina Perozo Altamar
Todos los derechos reservados.
Diseño de portada por: Tania Gialluca
Primera Edición: agosto 2015
ISBN #: 978-1-329-46808-5
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

# Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo
Lista de canciones que me inspiraron

# Dedicatoria

***A Dios por cada día de vida que me permite disfrutar y porque en su infinita bondad y sabiduría me ha dado mucho más de lo que alguna vez soñé. Solo en ti confío, solo en ti creo.***

***A mi familia por estar a mi lado y ser el pilar sobre el cual construyo todos los sueños de mi vida.***

***A todas las personas que a pesar de las adversidades que la vida les presenta nunca pierden la esperanza.***

# Agradecimientos

***Gracias a Yussy Deleforge por animarme a darle una oportunidad a Eres mío para que muchas más personas conocieran a estos personajes, gracias por cada sugerencia, por las madrugadas compartidas y todas las emociones que vivimos a través de estas páginas, pero sobre todo gracias por ser mi cómplice y amiga.***

***Gracias mi querida Gezabel Cárdenas por ser maestra en este género, gracias por tus historias que me animaron aventurarme y crear el mundo que rodea a Pandora, ella es parte de ti y de todas las personas que me acompañaron durante los años que duré escribiéndola… intenté no ser tan rosa pero ya sabes como soy. Te quiero mucho, amiga.***

***Gracias Jessica Fermín Murray por todo el apoyo, por cada minuto que le dedicaste a la historia para que tuvieran la mejor apariencia, gracias por los conocimientos que me compartiste, por tu paciencia y tu apoyo incondicional, no hay mejores manos que las tuyas para poner mis historias amiga.***

***Gracias, mi hermosa Tania Gialluca, una vez más hiciste magia en esta bella portada, es todo lo que deseaba para la historia y no me canso de aplaudir ese don especial que tienes para darle vida a una imagen, te quiero mucho, amiga y es un placer trabajar contigo.***

***Gracias también al extraordinario Al equipo de Pre Venta: Andrea, Paula, Sandra, Danitza, Paola, Evelin, Gri, Annie, Daisy, Dayana, Gaby y Fátima, chicas son todas maravillosas, gracias mil por el apoyo y por ese extraordinario trabajo que hacen, en deuda con ustedes eternamente.***

***Gracias al grandioso equipo de Artes que me entregó una bellísima cuenta regresiva, Andrea, Celines, Karen, Patricia, Yussy, Igzell, Maka.***

***Una vez más a María Fernanda Jorquera por sus canciones y los bellos artes que me entregaste junto a Geraldine, besos a ambas.***

***Gracias a todas las chicas de los grupos de Hermanas Perozo y Sras. Garnett, de Twitter, Instagram y todas las redes sociales que día a día me apoyan, me regalan palabras hermosas y creen en mi trabajo, espero de corazón seguir emocionándolas a través de mis letras y que esta historia logre cautivarlas. Una vez más les entrego una de las mejores partes de mí, se les quiere con el alma y el corazón.***

***Lina Perozo Altamar.***

“DAME UN MINUTO,
NO SÉ QUÉ TE DIRÍA ALLÍ
PROBABLEMENTE
ME QUEDE MIRÁNDOTE,
FELIZ DE ESTAR SOSTENIENDO
TU CARA”.

PINK

# Capítulo 1

El aire era denso, cargado de humedad por el calor y el penetrante olor que brotaba de los cuerpos que luchaban unidos y a la vez de manera individual por alcanzar un mismo destino; gemidos roncos y profundos en contraparte a los jadeos que estallaban a segundos, caricias intensas y besos voraces, corazones con latidos desbocados, respiraciones agitadas y miradas nubladas.

Él sentía cómo las uñas de ella se clavaban en su espalda, cómo su piel se abría ante la invasión a la cual era sometida, de la misma forma que se abrían las entrañas de la mujer bajo su cuerpo para recibir su contundente asalto una y otra vez, sin descanso, sin darle tregua, necesitaba eso, necesitaba liberarse, aunque fuesen unos segundos, aunque esa felicidad de ser solo un lienzo en blanco, de no pensar en nada, sin pasado, sin presente y sin futuro, le durase solo un instante, eso le daría un poco de consuelo a su vida caótica y sin sentido.

El placer siempre había sido el mejor remedio, eso lo había descubierto desde muy joven cuando apenas era un chico rebelde, adusto y lleno de tantos demonios, solo tenía catorce años cuando conoció el poder que poseía el cuerpo de una mujer, cuando tembló aferrado a uno y tuvo ese instante sagrado y único que se volvió su vía de escape.

Nunca había encontrado algo más que no fuese un desahogo, no había probado ese elixir de dioses del cual hablaban los poetas, no se habían abierto universos llenos de luces ante sus ojos, tampoco había escuchado el canto de las sirenas u orquestas de ángeles. Cuando su cuerpo estallaba, solo había una luz que lo cegaba y lo dejaba flotando unos segundos, el privilegio de un latido que no le pertenecía a nadie, ni siquiera a él mismo.

Ella comenzó a temblar con más fuerza y se arqueó atrapando su boca en un beso tan desesperado que dolía, se tensó y luego liberó un grito que terminó en sollozos, él supo que había emprendido el vuelo, tal como siempre hacían las mujeres, se marchaban primero; hasta en eso muchas veces resultaban egoístas, lo abandonaban dejándolo en su solitaria lucha interior.

Quizás era su culpa, siempre se esmeraba en hacerlas sentir deseadas, por darles placer incluso a costa de sus propias ansias, se controlaba y con cuidado iba construyendo el castillo que al final terminaría hecho ruinas bajo él.

Había llegado su momento y lo disfrutaría como estaba acostumbrado a hacerlo, con intensidad. Después de verla parpadear y que sus ojos verdes le entregasen esa mirada cargada de satisfacción demostrándole que había cubierto sus expectativas, él se lanzó a la conquista de su propio escape.

Hundió sus manos en el cabello dorado como el bronce y se fundió en esos labios rosados, tiernos y tan sensuales que se abrieron para él al tiempo que sus caderas marcaban el ritmo exacto, el empuje justo, la profundidad y la fuerza que lo llevarían a su liberación.

Mientras que ella bajo su cuerpo lo envolvía con sus piernas para facilitarle las cosas, moviéndose a contra punto, jadeando a su oído cuando él liberó sus labios. Ella le brindaba caricias que lo hacían estremecerse y apurar la marcha, todo un torrente de sensaciones viajaba a través de sus venas, acumulándose en su punto más vulnerable en ese momento, todo se concentraba justo allí, un gemido ronco le anunció que no tardaría en estallar.

Ella también lo supo y buscó su propio camino a la liberación una vez más, saliendo a su encuentro. Le gustaba eso en una mujer, que fuese decidida, valiente, primitiva, con la suficiente

libertad para salir en busca de eso que sin lugar a duda era suyo, tan suyo como lo era de él.

La vorágine lo consumió todo en cuestión de segundos, solo se escuchó un grito de ella y un jadeo de él, después se sumieron en ese instante de paz absoluta y sus cuerpos cansados cayeron desmadejados en el sopor y el silencio. La unión terminó y ambos se tendieron uno al lado del otro, con sus miradas clavadas en el techo, tan lejanos que era imposible creer que minutos atrás fueron uno solo.

Ella tenía una sonrisa en los labios y una mirada de ensoñación.

Él solo sentía un gran vacío que le abría el pecho, su instante había pasado y como siempre después de que eso ocurría, no quedaba nada.

—Fue maravilloso —susurró ella rodando de lado para mirarlo, se acercó y le dio un beso en la mejilla mientras le acariciaba el pecho.

Nathaniel solo dejó ver media sonrisa y deslizó sus dedos por el sedoso cabello, un acto mecánico que llevaba tanto tiempo haciendo que ya le salía con una naturalidad asombrosa.

No la miró y sabía muy bien por qué no lo hacía, no deseaba sentirse un desgraciado consciente de que ella esperaba más, que eso había sido mucho más para la mujer que suspiraba sobre su pecho, pero que para él solo fue un escape, un acto banal, solo carne, saciar un apetito, algo básico y sin mayor trascendencia.

—Nathan… ¿Sucede algo? —preguntó al ver el silencio en él.

—No… solo pensaba —contestó sin mucho énfasis.

—¿En qué? —inquirió interesada.

—En todo y en nada… ¿Sabes en qué radica que muchos me consideren un hombre misterioso? —cuestionó buscando su mirada, mostrando una leve sonrisa.

—No —contestó ella con la mirada brillante, apoyándose en su codo a la espera, como si le fuesen a revelar un gran secreto.

—En que nunca digo lo que realmente pienso o lo que siento, allí radica mi enigma —respondió dejando libre un suspiro.

Al ver que ella iba a protestar se acercó para darle un beso y callarla, dominarla con ese arte que había aprendido tan bien.

Dos horas después ella dormía profundamente de espaldas a él. Nathaniel suspiró cerrando los ojos un instante, su cuerpo saciado no reaccionó ante la imagen del desnudo de la mujer que lo acompañaba, a pesar de que ella poseía una belleza por la cual muchos matarían.

Sin embargo, no sería la causante de su muerte ni de sus desvelos, no derramaría nunca una lágrima por ella, su vida seguiría siendo la misma incluso si llegara a abandonarlo, ella podía levantarse en ese instante y salir por la puerta sin mirar atrás y él no la detendría, no lo haría jamás porque si no pudo detener a la única mujer que había amado en su vida, no lo haría con ninguna otra.

Después de estar unos minutos perdido en sus pensamientos se puso de pie completamente desnudo y caminó hasta el gran ventanal con vistas a la cada vez más creciente ciudad de Nueva York. Apoyó su antebrazo en el cristal, dejando que su frente descansara en el dorso, al tiempo que su mirada topacio se perdía en algún punto lejano, una vez más ese sentimiento de vacío se apoderaba de él, esa sensación de estar flotando a la deriva, sin tener nada a lo cual aferrarse.

No sabía en qué momento había llegado hasta ese punto, no sabía cómo manejar esa situación y lo peor era que no encontraba la manera de escapar, solo sentía que cada vez se hundía más y más.

Un nuevo suspiro apenas perceptible se estrelló contra el cristal que en ese momento le devolvía su reflejo, el reflejo de un hombre que ya no conocía, que se había convertido en un

completo extraño, cada vez le daba más miedo descubrir quién era éste, a dónde lo llevaría; ya no podía descifrar lo que sentía, ni predecir lo que quería, solo de una cosa estaba seguro y era que cada día el extraño que en ese momento lo miraba a los ojos ganaba más espacio.

Pandora admiraba el trabajo bellamente caótico del hombre que la había llevado hasta ese lugar, perdida entre colores, formas y figuras que quizás para muchos no representaban nada, pero para ella lo eran todo, esos laberintos que se parecían tanto a su alma. Que irónico que él pudiera presentarla con tanta exactitud sobre un lienzo, era como si nunca se hubieran alejado del todo.

Tristán había estado siempre presente en esencia, podía sentirlo en el denso aire que se respiraba en esa galería, así como podía ver el reflejo de su propia alma plasmada en cada cuadro, con las tinieblas, el dolor, el odio y la frialdad que se habían apoderado de ella desde aquella maldita noche, esa trágica noche en la cual su mundo entero cambió, su corazón se transformó y se congeló.

Sin embargo, así como el odio, el dolor, la soledad y la oscuridad no se fueron, tampoco lo hizo el amor, lo seguía amando con todo lo que llevaba dentro, con cada fibra de su cuerpo, con cada latido de su corazón, ella lo amaba.

—Buenos días… ¿Puedo ayudarla en algo?

Preguntó una voz a su espalda. Se había sumido en sus pensamientos de tal modo que no lo sintió llegar, eso jamás le sucedía, al menos no desde hacía mucho. Se volvió muy despacio para descubrir tras ella a un hombre de unos cincuenta años, esbozó una ligera sonrisa acercándose a él y le extendió la mano.

—Mucho gusto, Pandora… Corneille. —Se presentó y no supo qué la impulsó a hacerlo con su nombre real—. He venido por el anuncio de prensa —agregó mirándolo a los ojos.

El hombre tenía cuarenta y ocho años exactos, norteamericano, de clase humilde y era una buena persona, pero su adicción al tabaco le ocasionaría graves problemas en los pulmones en un par de años, a lo sumo tres. Todo eso pudo adivinarlo con solo tocar su mano y mirar en sus ojos, que eran de un azul claro.

—Por supuesto señorita Corneille, por favor venga conmigo… la llevaré hasta la oficina del señor Hathaway.

Le indicó que lo siguiera y caminaron por un largo pasillo. Durante su trayecto pudo contar seis puertas a cada lado, eran los estudios de cada artista que trabajaba en esa galería, ya había estado en ese lugar la noche anterior, pero no lo encontró a él.

La puerta al final pertenecía al director del lugar Robert Hathaway, era uno de los artistas plásticos de mayor renombre en la ciudad de Nueva York. Había abierto esa galería para presentar en un principio sus obras, pero los años dedicado a la pintura le habían pasado la cuenta; su visión había comenzado a desmejorar desde hacía un tiempo, por lo que se vio obligado a dejar de lado su pasión.

Sabía lo dura que podía llegar a ser la prensa y la sociedad con los artistas caídos en desgracia, por lo que buscó mantener su secreto a salvo y no volverse la comidilla de la ciudad. La solución fue abrir las puertas a nuevos talentos que presentaran las exposiciones que él no podría, de esa forma lograría mantener el lugar activo y sus obras también.

∞∞∞

El lujoso auto rojo se desplazaba por las calles de Nueva York a una velocidad considerable como siempre solía hacer, tal vez porque ese era uno de los pocos momentos en los cuales se sentía libre, ése y cuando se encerraba en su estudio para crear una nueva obra, cuando sentía que se metía en la piel de alguien más; toda su vida había anhelado eso, ser alguien más. Alguien distinto a quien era, liberarse de la condena que le había tocado llevar desde mucho antes de nacer por ser el resultado de un amor prohibido y frustrado, parecía estar irremediablemente obligado a tener la misma suerte.

A ser un fracasado en el amor, a no ser parte de otra persona, a no ser el aire y la luz, el alma y el corazón de alguien más, eso jamás le sucedería a él. Debía aceptarlo y dejar ir de una buena vez ese sentimiento que aún lo mantenía atado a un pasado que no tenía cabida ni sentido en su futuro.

Llegó hasta la galería y se encontraba caminando por el largo pasillo que lo llevaba a su estudio, cuando una fuerza mayor lo hizo seguir de largo hasta llegar frente a la puerta de su maestro. Elevó la mano para llamar, aún sin saber qué le diría, quizás se excusaría mencionando que deseaba saludarlo; la verdad era que había sentido la necesidad de llevar sus pasos hasta ese lugar, era como si algo o alguien en el interior de éste lo atrajera.

∞∞∞

Robert miraba directamente a los hermosos ojos de la joven frente a él, era como si no pudiese escapar de ese par de iris que no mostraban un color específico, lucían un oscuro tono gris en ocasiones o un claro y bello topacio en otras, todo según la luz que los tocase cuando ella asentía o ladeaba su cabeza, lo que provocaba una especie de embrujo en él.

—Básicamente ése será el trabajo que deberá cumplir en este lugar señorita Corneille, como verá no es mucho pero tampoco es fácil… algunos artistas son bastante exigentes, son caprichosos y malhumorados; aunque también son buenas personas, son generosos… incluso comprensivos. Puede que todo esto le suene algo absurdo viniendo de las mismas personas, pero todo depende del estado de ánimo que presenten en ciertos momentos —hablaba con ese tono de voz calmado que lo caracterizaba.

—Lo entiendo perfectamente señor Hathaway… los pintores no son las únicas personas volubles en este mundo —expuso ella mostrando media sonrisa y un brillo especial en la mirada.

—Cierto, bueno si no tiene ningún problema con ello o con el salario, el trabajo es suyo —mencionó manteniéndole la mirada.

—Estoy totalmente de acuerdo con lo que me ofrece señor Hathaway, le agradezco la oportunidad que me brinda e intentaré no defraudarlo… —fue interrumpida por un suave golpe en la puerta.

Ella sintió de inmediato que la atmósfera cambiaba, el aire se volvía más denso y su corazón hizo más rápidos sus latidos, podía sentirlo, aún a través de las paredes podía sentirlo, sabía que era él, que estaba tras esa puerta, su cuerpo tembló como años atrás, como cuando…

—Adelante —ordenó Robert posando su mirada en la puerta.

Por la manera de tocar ya sabía de quién se trataba, le mostró una sonrisa a la chica, pues la vio tensarse y eso lo desconcertó.

—Buenos días, Robert.

El espacio se llenó del tono de voz que era fuerte y profundo, mostrando la seguridad y elegancia que lo caracterizaba, el mismo que derretía a muchas mujeres. Tal como había

presentido, alguien más se encontraba junto a su amigo y su mirada se ancló de inmediato en la mujer sentada de espalda a él.

—Hablando de artistas complicados… —habló por lo bajo en tono cómplice para la señorita y después en voz alta agregó—. Buenos días, Nathan, pasa por favor… precisamente te estaba esperando, tengo algunos puntos que discutir contigo, pero antes déjame presentarte a la señorita Corneille —indicó poniéndose de pie y haciendo un ademán hacia la chica.

Ella apenas logró moverse para mirar a los ojos del pintor, a esos ojos que recordaba perfectamente, incluso después de tantos años, ese hermoso par de topacio parecían traerla a la vida… borrando aquella última imagen que había quedado grabada en su memoria cuando los vio quedarse sin luz una fría noche de noviembre, tuvo que contener un jadeo cargado de dolor y alegría al mismo tiempo.

Tantos años, tanto sufrimiento, odio, toda la oscuridad cerniéndose sobre ella, lanzándola a un abismo, al mismísimo infierno donde se sintió al haberlo perdido, pero… él estaba ahí de nuevo frente a ella, mirándola.

Nathaniel se quedó observando un instante a la hermosa mujer, incapaz de apartar su mirada de los ojos claros que brillaban con una luz especial, a simple vista se notaba normal, tez blanca, en realidad pálida, aunque se podía adivinar que debió tener un tono más saludable años atrás, pero le hacía falta sol para poder lucirlo con esplendor, cabello largo, espeso y negro que se encontraba recogido detrás de su nuca en un moño zonzamente; rasgos finos y hermosos, la verdad era que había en ella una belleza innegable, como pintor podía reconocerla pero su estilo anticuado la ocultaba.

—Encantado señorita, Nathaniel Gallagher. —Se presentó ofreciéndole la mano, ella parecía haberse quedado congelada.

—Pandora Corneille —esbozó levantándose para recibir la mano.

En el mismo instante en el cual la tomó, sintió una enorme fuerza recorrer su cuerpo, la sangre volvía a cantar llena de vida por sus venas, sus pulmones se llenaban de aire, sus ojos tenían ese brillo que otrora enamoró a muchos hombres, que fue quizás su mayor virtud y también su mayor desgracia.

Todo su cuerpo vibró de emoción ante la certeza de que era él, su Tristán, su lord Tristán Corneille, su amado esposo. Seguía conservando los mismos rasgos, su cabello cobrizo, rizado y abundante, dejó ver una sonrisa y su mirada viajó hasta los perfectos labios masculinos recordando lo maravilloso que se sentían cuando se posaban sobre los suyos o cuando se deslizaban por su piel, la imagen fue tan vívida que la hizo temblar y su piel se calentó en un segundo, consciente de que se había sonrojado, ¿sonrojado? Se cuestionó emocionada y su sonrisa se hizo más efusiva al experimentar de nuevo esa sensación que creía olvidada.

Nathaniel pudo notar la turbación en la joven, pero solo unos segundos antes de que él también fuera presa de un cúmulo de sensaciones y sentimientos que no lograba comprender, una infinita tristeza, un profundo dolor y unas enormes ganas de llorar lo asaltaron. Era parecido a la desolación que cubrió su mundo cuando Rosemary se alejó una noche de noviembre, pero había algo más; era como si desde el fondo de su ser una luz comenzara a abrirse paso o un nuevo sentimiento despertara en él, solo que no sabía cómo definirlo.

La vio sonreír y de inmediato sus labios emularon el gesto con una naturalidad asombrosa, por lo general no sonreía frente a extraños, la verdad era que desde hacía diez años no le sonreía a una mujer de esa manera, con sinceridad.

—Pandora… como la primera mujer del mundo —susurró perdiéndose en el enigmático tono de sus ojos, que parecían cambiar de color según la luz que los tocase.

—Según los griegos y su mitología… —Le dijo, su voz era apenas un murmullo y su corazón se llenó aún más de vida, mostró una radiante sonrisa.

Después de tantos años sus ojos se llenaban de lágrimas una vez más, él la estaba regresando a la vida y podía sentir que la recordaba, muy dentro de su mente ella seguía allí, aún vivía en su corazón.

«Pandora, la primera mujer en el mundo… la creada para mí, la primera para mí… la dueña de mis risas y mis llantos, de mis temores y mis certezas, de mi esperanza… tienes la esperanza dentro de esta ánfora»

Dijo Tristán aquella vez mientras acariciaba con suavidad el vientre que apenas se notaba, donde llevaba a su hijo, después la besó con esa ternura que solo él había sido capaz de entregarle.

Pandora de pronto sintió que debía salir de allí porque no podía controlar lo que le estaba sucediendo y se había prometido no usar con él sus habilidades, no quería que Tristán tuviera que sentir el poder de eso en lo que se había convertido, aunque fuera para su beneficio.

—Los… los dejo, es mejor que comience de una vez con mis tareas señor Hathaway —pronunció y su voz era distinta, ronca, como si estuviese siendo oprimida por algo.

—Bueno, no es necesario que lo haga hoy mismo… puede ir a su casa y empezar mañana.

—Deseo hacerlo desde hoy señor, me sentiré mejor si me tomo el tiempo para conocer los gustos de cada artista desde este instante, si me lo permite claro está —indicó mirándolo a los ojos, usando su arte para que el hombre cediera.

—Por supuesto, como desee señorita Corneille, le pediré a Martin que le indique por dónde empezar —mencionó poniéndose de pie y haciéndole un ademán para invitarla a salir.

—Gracias —esbozó y se aventuró a mirar al hombre que para ella no era otro que su esposo —. Un placer conocerlo señor Gallagher… con su permiso —agregó perdiéndose una vez más en esos ojos de un azul intenso que la miraban con interés.

—Igualmente señorita Corneille, nos vemos más tarde —mencionó un tanto distraído por el remolino que llevaba en su interior y estaba seguro de que ella había provocado algo en él.

Pandora asintió en silencio y salió del lugar acompañada por Robert, mientras Nathaniel se quedó solo en el despacho intentando comprender lo que había sucedido, aunque era evidente que nada de eso tenía explicación. Era como si… no fuese la primera vez que veía a esa joven, bueno tal vez era así, a lo mejor la había visto en alguna de sus exposiciones; sin embargo, esa explicación no lo convencía del todo y menos lo dejaba satisfecho, minutos después Robert regresó.

—Bien… empecemos con lo que tenía para decirte, toma asiento por favor —mencionó desconcertado al ver que Nathaniel aún seguía de pie y con la mirada perdida.

—¿De dónde conoces a esta chica? —preguntó Nathaniel sin preámbulos, desorientando un poco más al hombre frente a él.

—¿Conocerla?… bueno, no la conozco, llegó aquí por el anuncio que colocamos en el periódico, me entregó su hoja de vida, ha trabajado en galerías de París, Londres y Berlín, todas sus cartas de referencias son emitidas por personas confiables… además, me gustó su actitud, se nota centrada, reservada… ¿Algún problema con ella? —preguntó mirándolo fijamente.

—No… no, ninguno… solo que no sé, me resultó familiar, tal vez la haya visto en alguna exposición o en algunas de las galerías donde nos hemos presentado, pero no le des importancia y dime de qué deseabas hablarme —dijo para cambiar de tema.

∞∞∞

Durante el día Nathaniel no pudo quitarse de encima la sensación de estar siendo observado, era como si una mirada se encontrase clavada a su figura y siguiera cada paso, cada movimiento que daba, pero cuando buscaba a su alrededor, se encontraba solo en su estudio como siempre. Podía parecer estúpido, pero en una ocasión cuando se tendió sobre el diván de terciopelo rojo que usaba para descansar y cerró los ojos haciendo sus acostumbrados ejercicios de respiración, pudo jurar que sintió como si alguien rozase su rostro, fue un toque tan sutil que no podía asegurar que hubiese sucedido, pero el temblor que le recorrió toda la columna le indicaba que había sido real.

La tarde cayó y estaba por salir del estudio, cuando notó que no había visto en todo el día a la nueva restauradora, era como si se hubiese esfumado o tal vez no le había gustado el trabajo y se había largado. Ese trabajo era el peor que podía existir, era aburrido y tan monótono que él no lo haría nunca en su vida, ni siquiera si se encontraba muriéndose de hambre.

Sin embargo, antes de abandonar el edificio para regresar a su apartamento la vio saliendo tras él, se volvió para dedicarle una sonrisa amable y ella se la regresó, pero sus ojos se notaban fríos, sin vida, distantes. Tal vez ya había tenido la oportunidad de ser el blanco de los desaires de sus compañeros, no es que él fuese un pan de Dios, pero al menos no se regodeaba en humillar a los trabajadores como hacían los demás.

Al llegar a su departamento se metió en la bañera y estando en ésta un extraño sopor empezó a adueñarse de su cuerpo, algo bastante peculiar, pues por lo general sufría de insomnio, se restregó los párpados cansados con los dedos y dejó libre un suspiro pesado.

—Será mejor que salga de aquí antes de quedarme dormido y amanecer ahogado mañana —susurró para él mismo.

Se puso de pie y el agua bajó en gruesos hilos por su cuerpo desnudo, no era un hombre muy atlético, pero se mantenía en forma gracias a su afición al polo y al squash, sus deportes favoritos y aunque no le gustaba mucho admitirlo, le habían sido heredados gracias a la sangre real que corría por sus venas.

Se encaminó hasta su habitación después de ponerse solo el pantalón de su pijama, las noches de verano eran insoportables en Nueva York, la humedad cada vez era más intensa y eso lo exasperaba. Quiso probar si verdaderamente el insomnio lo había abandonado y solo le bastó con posar su cabeza sobre la almohada para que un manto pesado se volcase sobre él alejándolo del mundo real, sumiéndolo en uno efímero, brumoso y oscuro.

# Capítulo 2

Nathaniel comenzó a moverse entre las delgadas sábanas blancas de algodón que lo cubrían, sus hebras cobrizas se encontraban en ligero desorden mientras él giraba su cabeza de un lado a otro estando inquieto y sudoroso, moviendo sus labios, produciendo murmullos que no lograban tener sentido.

De pronto la temperatura bajó drásticamente dentro de la habitación y un escalofrío se apoderó de él, sus pupilas se movían con rapidez bajo sus párpados cerrados, como si estuvieran presenciando algo que no debía o que lo aterrorizaba.

El gran ventanal a un extremo de su cama se abrió provocando un sordo crujido de cristales, pero ni siquiera eso logró sacarlo de su sueño, aunque su cuerpo se sobresaltó una vez más entre las sábanas.

La luz de la luna reflejaba una figura en el piso de la habitación, sentada en el marco de la ventana se encontraba la hermosa silueta de una mujer, vestida nada más que con una fina manta negra que contrastaba espléndidamente con el tono blanco de su piel, sus cabellos negros como la noche, largos y sedosos le caían sobre sus hombros y espalda, llegándole casi a la cintura, su mirada era triste, se veía ausente de brillo y vida, era como si en lugar de ojos las cuencas estuviesen vacías y si éstos eran la ventana del alma, el alma de esa mujer era oscura, inclemente, lejana, de otro tiempo y espacio.

El ambiente de la habitación se hizo más pesado y frío cuando ella se puso de pie y muy despacio comenzó a acercarse a la cama donde el cuerpo de Nathaniel aún mantenía una lucha férrea por liberarse de esa mortaja que el sueño había tejido en torno a él.

—Tranquilo… tranquilo… —susurró posando una mano en la frente perlada de sudor—. No te haré daño, no dejaré que nadie te haga daño nunca más… ahora estoy contigo una vez más y ya nada podrá separarnos, ni el cielo ni el infierno te alejará de mí, te lo prometo amor mío… aún si tengo que desatar toda la desgracia de este mundo lo haré si con ello puedo tenerte a mi lado, lo haré… Eres mío, siempre lo has sido.

Su voz era hipnotizante y lentamente vio cómo él comenzaba a calmarse, dejó de luchar contra eso que lo estaba asfixiando y se relajó completamente, su respiración retomó su normalidad, así como los latidos de su corazón, ella deslizó sus manos por el fuerte pecho que le pertenecía a su esposo, acariciarlo le brindaba a su cuerpo una maravillosa sensación de calidez que la colmaba entera.

Pandora se puso de rodillas junto a la cama y lo observó durante horas, recorriendo su rostro, cada rasgo en éste que era exactamente igual, la suavidad de sus labios, de sus párpados que guardaban los preciosos topacios, su prominente mandíbula, sus mejillas, sus pómulos, su barbilla, sus orejas.

Cada detalle fue sometido al más exhaustivo reconocimiento, mientras que él tan tranquilo como una estatua parecía ser la más hermosa de las esfinges hecha en el mejor de los mármoles, como aquellas que mantenía consigo en cada lugar que visitaba; sin embargo, ninguna lograba alcanzar la perfección y la belleza que sus manos recorrían en ese momento.

Más de dos siglos después volvía a llorar, lloraba de felicidad, de emoción, de amor. Ese llanto no era como aquel que derramó la última vez que lo tuvo en sus brazos, cuando pudo admirar su hermoso rostro de esa manera, en ese instante él respiraba, el aliento que salía de sus labios la

llenaba de vida. Estuvo tantos años perdida, saboreando su dolor, consumiéndose en éste y dejando que el odio la llenase, ése odio que la mantuvo en pie durante todos esos años.

De pronto sintió cómo una vez más corría dentro de su cuerpo la ira que desató la desgracia sobre sus enemigos y sus recuerdos la llevaron muy atrás en el tiempo y lejos de ese lugar.

∞∞∞∞

La luna se mostraba inmensa y plateada en medio del firmamento, iluminando su figura etérea que se desplazaba con seguridad por esas tierras que habían sido suyas y otros le habían arrebatado. Ya no era ni la sombra de aquella joven que días atrás había estado a punto de morir en un calabozo inundado de alimañas que intentaban devorarla sin importarle que aún se encontrara viva, mejor dicho, que todavía seguía respirando.

La liviana manta negra que llevaba se pegaba a su cuerpo a causa del fuerte viento que recorría los alrededores del hermoso e intimidante castillo enclavado en lo alto del peñasco, construido con rocas tan sólidas que parecían formar parte de este.

Comenzaba a utilizar los beneficios que su nueva condición le ofrecía, surcando el firmamento hasta posarse sobre la plazoleta en lo alto de la torre.

En ella no había cabida para el goce o la satisfacción al estar experimentando todo eso, no lo disfrutaría hasta que ese odio que corría por sus venas fuese descargado en aquellos que lo habían provocado, los vio reunidos en torno a una fogata bebiendo vino y disfrutando de la compañía de rameras, insultando el que fue el hogar de su familia, un recinto sagrado para ella.

—Buenas noches, señores… parece que se están divirtiendo —esbozó y su voz sonaba distinta.

Ya no era una dulce melodía, había algo en ésta que helaba la sangre y justo eso fue lo que les sucedió a los cuatro hombres que se volvieron a mirarla. El estado de ebriedad quizás no les permitió reconocerla en principio, pero cuando se acercó más y la luz de la fogata iluminó su figura vio de inmediato cómo la sorpresa se apoderó de sus semblantes.

Uno de ellos fue el primero en reaccionar, poniéndose de pie dejó caer al suelo a la mujer sentada en sus rodillas mientras la veía con cara de asombro.

—¡Tú no existes! ¡Estás muerta! —exclamó François Sagnier, escupiendo los restos del último trago de vino que había tomado.

Pandora pudo sentir cómo los latidos de los siete corazones que la rodeaban se aceleraron, reconociendo enseguida el sentimiento que embargó sus cuerpos, era miedo. Pero ella se encargaría de hacerles conocer el terror esa noche.

—¿Lady Corneille? Usted no puede ser real… es un sueño… estamos todos soñando —pronunció con voz trémula Claude el menor de los Sagnier, quien la miraba con verdadero espanto.

—O quizás sea una pesadilla —indicó ella mostrando media sonrisa al ver cómo la respiración en los hombres se volvía irregular.

Sus alientos creaban nubes de vapor que salían de sus bocas y la palidez en sus rostros aumentaba a cada instante, se llevaron las manos a los cinturones buscando sus armas, intentando intimidarla con ese gesto, los desgraciados seguían pensando que era la misma mujer débil a la que le destrozaron la vida.

—¿Por qué piensan que estaría muerta? ¿Acaso no me dejaron viva? —cuestionó buscando las miradas de cada uno, pudo sentir ese nuevo poder fluir por sus venas y sus ojos vieron más allá.

—¡Santa madre de Dios!

Exclamó una de las mujeres al ver cómo los ojos de Pandora se oscurecieron por completo, dejando solo dos cuencas que parecían estar vacías y la piel nácar se volvió casi traslúcida. La que se encontraba tirada en el suelo de inmediato se puso de pie para salir corriendo.

—¡Salgamos de aquí!

Gritó una pelirroja dejando ver su horrible dentadura manchada y corrió junto a sus dos compañeras, intentando escapar se movieron con rapidez hacia la escalera que llevaba a los salones inferiores.

Fueron las primeras en pagar, antes de que pudieran llegar a la pesada puerta de hierro sintieron cómo algo las impactaba con fuerza dejándolas tendidas en el suelo, sus cuerpos empezaron a retorcerse a causa del dolor y segundos después el calor de las llamas se apoderaba de ellas haciéndolas entrar en pánico.

Pandora movió apenas sus dedos y los leños que se consumían en la hoguera comenzaron a volar hacia ellas. Las llamas alcanzaron la tela de sus vestidos y en cuestión de segundos esas tres infortunadas se habían convertido en antorchas humanas, corriendo con la misma suerte que habían tenido muchas inocentes en los últimos años, ni siquiera se inmutó ante los desgarradores gritos de dolor que liberaban, ya se había acostumbrado a ellos, eso fue parte del terror que tuvo que vivir estando en aquella prisión.

—¡No te acerques a nosotros maldita! —gritó Gautier Sagnier—. ¡Eres una bruja, una hereje!

Su voz fue silenciada cuando Pandora se volvió a verlo, ella podía manejarlo todo solamente con sus pensamientos, el deseo de matarlo se hizo presente y comenzó a asfixiarlo. Disfrutaba de ver cómo el rostro del infeliz oportunista comenzaba a teñirse de azul y sus labios cambiaban el feo tono pálido que tenían por un intenso púrpura.

—¡Déjalo en paz criatura del infierno! —habló una vez más François tomando su pistola y dirigiéndola hacia Pandora.

Sus habilidades como hombre de guerra le ayudaron a manejar el arma con rapidez, pero no la suficiente para pegarle a su blanco. Su mirada atónita vio cómo el disparo se perdía en el espacio vacío donde se suponía estaba parada Pandora, antes de poder cargar pólvora una vez más sintió un espantoso dolor que se apoderaba del lado izquierdo de su pecho y ella se materializó frente a él.

—No será tan rápido… antes verás a tu familia morir y sentirás en carne propia todo el dolor que me provocaste —esbozó ella mirándolo a los ojos para responder a la pregunta en los pensamientos del castaño mientras clavaba sus largas uñas ejerciendo mayor presión—. ¿Te duele? —inquirió con tono amable al ver cómo los ojos verdes se colmaban de lágrimas.

—Mátame de una vez perra. —La retó manteniéndole la mirada al tiempo que se esforzaba por aguantar la tortura.

—Será cuando yo lo desee… y créeme, antes de que ese momento llegue habrás deseado morir muchas veces —contestó mostrando media sonrisa y lo elevó tomándolo por el cuello.

—¡Pandora Corneille suéltalo! —La amenazó Claude, quien temblaba de pies a cabeza mientras la apuntaba, ella no reaccionó e intentó de nuevo apostillando el arma—. Te he dicho que dejes a mi padre —indicó armándose de valor para caminar hasta ella.

—Veo que estás ansioso por ocupar su lugar —dijo lanzando al viejo contra el muro de piedras que se encontraba a varios metros.

El sonido que provocó el golpe seco del hombre contra la muralla de piedra los hizo estremecer a todos, la experiencia en batalla les decía que varios huesos se habían fracturado en el cuerpo de François. Los quejidos que brotaban de los labios calcinados de la única mujer que

aún quedaba con vida solo aumentaba el temor en los cuatro Sagnier, quienes la miraban con horror.

—Pandora… Si nos matas te condenarás aún más… perderás tu alma —dijo Gustave en tono conciliatorio acercándose con cautela.

No podía creer que aquella dulce joven que lo deslumbró con apenas dieciséis años se hubiera convertido en ese engendro salido del infierno. Cuando surgió la idea de acusarla de brujería no sospechó nunca que ella fuera una en realidad, no podía serlo; o de lo contrario, habría acabado con todos ellos aquella noche, algo había cambiado.

—¿Me condenaré? ¿Perderé mi alma? —preguntó después de soltar una carcajada y acortar la distancia entre ella y el hombre que meses atrás le había prometido amor eterno—. Yo ya no tengo alma Gustave —esbozó muy cerca de él, percibiendo el miedo que se hallaba tras el olor a vino que impregnaba su aliento—. Y te juro que ya nada puede condenarme más de lo que ustedes lo hicieron… pero hoy tendré la justicia en mis manos.

—Cóbrame a mí lo que quieras… no le hagas nada a Claude, es solo un chico y no tuvo la culpa, su padre lo arrastró a ir esa noche con nosotros… —decía cuando ella lo detuvo.

—¡Mi hijo era solo un niño y ustedes lo mataron! —gritó con furia mientras sus ojos de nuevo se tornaban oscuros como la noche.

Un relámpago surcó el cielo e iluminó el tétrico paisaje que rodeaba el castillo que tiempo atrás fue su hogar, segundos después el sonido retumbó en el lugar y los cuatro hombres temblaron al mismo tiempo, ella tomó a ese que estaba frente a ella por el cuello y sus manos comenzaron a ejercer presión hacia arriba, quería decapitarlo con sus propias manos.

—Tenemos que detenerla… es una bruja… debemos quemarla —mencionó Gautier a su sobrino y corrió hasta ella para arrojarla en la hoguera que aún mostraba llamas vivas.

—¿Quemarme? ¿Todavía deseas llevarme a la hoguera Gautier? —preguntó volviéndose a ver al hombre.

Dejó caer el cuerpo de Gustave cuyos ojos ya lloraban sangre, caminó hasta donde se encontraba el más sádico y cobarde de todos los Sagnier, tomó el pedazo de madera encendido sin preocuparle las llamas, ya Hazazel le había demostrado que no debía temerle al fuego y pensó en utilizarlo, tomó al hombre de los cabellos y lo arrastró al centro de la hoguera, las llamas se avivaron en cuanto ella puso un pie dentro del círculo y Gautier comenzó a forcejear para liberarse.

—¡Suéltame, hija del demonio! ¡Arderás en el infierno Pandora Corneille! —exclamaba mientras sentía cómo las brasas le quemaban los pies y las llamas empezaban a devorar su ropa.

—Seguramente… pero tú lo harás primero —pronunció ella y movió su mano para atraer sin siquiera tocar una de las lanzas que se hallaban cerca, vio cómo el hombre abría mucho los ojos —. ¿Dónde está ahora tu valentía Gautier Sagnier? —inquirió con media sonrisa y solo esperó a que él abriera la boca para responder clavándole la lanza atravesándole el cuerpo y con el golpe la hundió en la tierra, dejándolo empalado en medio de las llamas, éste mantuvo su mirada fija en Pandora mientras se convulsionaba expulsando sangre por boca y oídos, hasta que un último temblor anunció su muerte.

—¡Tío Gautier! ¡Maldita bruja! —gritó Claude y corrió hacia ella.

Pandora salió del trance donde se había sumido justo a tiempo para esquivar la detonación del disparo, sabía que eso tampoco podía hacerle daño, pero lo hizo más por instinto. Remontó su vuelo sintiéndose aturdida por todas esas sensaciones que la recorrían, sin saber cómo explicarlas.

Mientras descendía escuchaba el llanto desgarrador del joven y los gritos de François que

juraban venganza, le había roto la columna así que no podía hacer más que arrastrarse.

Gustave no podía emitir sonido, Pandora le había roto las cuerdas vocales y sentía que agonizaba lentamente, víctima del espantoso dolor que sentía en el cuerpo y el alma, consciente de que ellos habían creado a ese monstruo, intentó moverse, pero su cuerpo tampoco respondía y cuando la vio bajar desde el cielo hasta posarse frente a él, supo que era su fin.

Sus ojos se encontraron con las oscuras cuencas que eran los de Pandora solo un segundo ante de liberar su último aliento, ni siquiera sintió dolor, solo escuchó el leve crujido de su espina dorsal rompiéndose, luego cómo su carne se desgarraba y después de eso dejó de existir, su última visión fue la imagen de la mujer que había amado durante siete años convertida en un ser infernal.

—Te estás condenando… ¡Vas arder por esto ramera! —mencionaba François con lágrimas en los ojos mientras se arrastraba hasta el cuerpo decapitado de su hermano menor.

—Me estoy sintiendo realmente tentada a dejarte con vida… ¿Te imaginas lo gracioso que sería pasar los años que te quedan arrastrándote como la serpiente que eres? —dijo posando su pie sobre el hombro de François para detenerlo.

Él intentó sujetarla por la pierna, pero ella fue más rápida y le dio una patada que casi le desfiguró medio rostro, su fuerza era descomunal y aumentaba con su rabia. Comenzó a toser lanzando escupitajos de sangre y algunos dientes mientras lloraba como el cobarde que era, quizás deseando inspirar lástima en ella, pero lo único que consiguió fue que su ira se hiciera mayor.

—Claude… ¿Te gustaría volar? —preguntó mirando a los ojos del maldito Sagnier que la veía como si quisiera matarla.

Se volvió hacia el joven que se encontraba hecho un ovillo en un rincón, sin poder dejar de llorar y temblar. Era verdad que no era más que un chico, pero al igual que sus tíos y su padre era un malnacido sádico que terminaría siendo peor que ellos.

—No te atrevas… a tocar a mi hijo… Pandora… —La amenazó François con palabras enredadas por la falta de dientes.

—¿Dónde está el mío maldito bastardo? ¿Acaso no recuerdas dónde lo dejaste? —preguntó temblando de rabia y volvió a patearlo.

—No… no… no… aléjate… no me hagas daño —balbuceada el joven con el rostro transformado por el miedo y bañado en llanto.

—No debes temer… solo iremos a dar un paseo, ¿te gustaría volar como las aves? Yo puedo hacerlo y te aseguro que es muy divertido… Ven —pronunció con tono calmado, extendiéndole la mano.

—Pandora no le hagas nada… por favor… por el amor de Dios, te lo suplico… es tan solo un chico —mencionó François llorando de manera desgarradora.

—Mi hijo tenía seis años… era tan hermoso, era mi príncipe y tú con tu maldita ambición lo arrancaste de mi lado. Cuando te dije que ibas a desear estar muerto François hablaba en serio —pronunció sin conmoverse por el llanto del hombre y levantó a Claude de un tirón.

—¡Pandora suéltalo! No lo hagas… te juro que te mataré con mis propias manos maldita bruja… ¡Te voy a matar! —gritaba al ver cómo arrastraba a su hijo mientras caminaba hacia él y reía.

—No creo que estés en condiciones para amenazarme —esbozó pasando por encima del cuerpo de François y con la fuerza de sus pisadas le rompió la columna a la mitad.

El grito de dolor que liberó se esparció por todo el lugar y aumentó el temblor en Claude quien no paraba de llorar, pero nada de eso la detuvo, ella saciaría su sed de venganza esa noche. Subió

hasta posarse sobre la muralla de piedra que los separaba del acantilado y miró al joven una vez más a los ojos, evitando que continuara suplicándole a su padre con la mirada, después de todo ella no pudo despedirse de su hijo, lo aferró por los brazos con fuerza y se elevó.

—¡Claude! —gritó François extendiendo su mano hacia el cielo mientras seguía con su mirada las dos figuras que surcaban el firmamento, la claridad de la luna le permitía verlas mientras rogaba que Dios descargara toda su furia sobre ese ser maligno y liberase a su hijo de sus garras.

Pandora subió muy alto en el cielo, surcando entre las heladas nubes que anunciaban una gran tormenta, viajó hasta llegar mar adentro mientras sentía el terror recorrer el cuerpo de Claude Sagnier y supo que era el momento para que su enemigo sintiera lo que era perder a un hijo, se quedó suspendida en ese lugar y le habló.

—Abre los ojos Claude… —Lo vio negar con la cabeza—. ¡Abre los ojos maldito miserable! Ábrelos como lo hacías mientras violabas aquellas chicas —siseó acercando su rostro al de él.

Él la miró sorprendido creyendo quizás que nadie estaba al tanto de lo que hacía cuando se escapaba en las noches hasta la prisión y les pagaba a los guardias para que buscaran entre las reclusas alguna doncella bonita en la cual pudiera saciar su depravado apetito.

—Esto también es por ellas —pronunció Pandora, su voz mostró la satisfacción de la venganza y lo soltó.

Pudo ver cómo caía mientras gritaba desesperado moviendo los brazos, luchando por encontrar algo a que sujetarse y le evitara su trágico destino.

Cerró los ojos sintiendo una vez más como si le oprimieran el pecho, ya no había lágrimas que derramar en ella, por eso no lloró, aunque la sensación que la embargó se pareciera a esa que antecedía al llanto, elevó el rostro al cielo consciente de que el vacío aún seguía en ella. Todavía le quedaba una cuenta pendiente.

Regresó a la plazoleta donde yacían los cuerpos de Gustave, Gautier y las tres desafortunadas que los acompañaban, tendido en el suelo François seguía llorando por la pérdida de su hijo, ella fue consciente de que él había presenciado todo desde ese lugar.

—Mátame ya… acaba conmigo —pedía en medio de sollozos.

—Lo mismo te pedí yo esa noche… ¿Lo recuerdas? —inquirió halándole los cabellos para que la viera a los ojos.

—¡Debí hacerlo maldita ramera! —gritó, escupiendo sangre.

—Sí… debiste hacerlo —acotó ella dejándole caer la cabeza y su mandíbula quebrada se estrelló contra el pavimento.

Se movió para sujetarlo por el tobillo y comenzó a arrastrarlo mientras él intentaba liberarse, pero la fuerza que él pudiera tener no se comparaba con la que poseía Pandora, se acercó al mismo muro de donde salió minutos atrás con Claude y se lanzó a volar llevando con ella el cuerpo de François. Se dirigió hasta la capilla ubicada en lo alto de la montaña, abrió las puertas sin tener siquiera que tocarlas y éstas crujieron al impactar con las paredes.

—Vamos a darte una última oportunidad —mencionó antes de lanzar a François haciéndolo rodar sobre su estómago por todo el piso de la bóveda hasta quedar a los pies del altar—. Pídele a tu Dios que te salve, quizás a ti sí te escuche. —Se sentó en uno de los bancos de madera a esperar sin elevar el rostro para no tener que posar su mirada en las imágenes religiosas.

Él levantó su cara hacia la imagen del Cristo crucificado mientras las lágrimas bajaban copiosas por sus mejillas y después buscó la imagen de la Virgen que llevaba al niño en brazos. A la primera le pidió justicia para los miembros de su familia que habían muerto a manos de aquel engendro y a la segunda que le diese paz a la pobre alma de su hijo que acababa de perecer siendo tan joven.

—¿Por qué haces todo esto? —preguntó entre sollozos.

—¿Cómo esperabas que reaccionara al ver que me lo habían arrebatado todo? ¿Dónde estaba el Dios al que le había rezado desde niña? —cuestionó sintiendo que el odio volvía a resurgir en ella—. ¿Por qué dejó que unos malditos demonios como ustedes acabaran con mi vida? —se puso de pie y caminó hasta quedar frente a él—. Tristán era inocente ¡Mi hijo era inocente! Yo era inocente —esbozó con los dientes apretados intentando contener sus deseos de asesinarlo, pero su mirada cada vez era más oscura.

—¿Inocente? ¡Tú eres la ramera de Satanás! —gritó salpicando la blanca piel del rostro de aquella bruja con gotas de saliva manchadas de sangre y comenzó a reír al ver su gesto de repulsión.

—Soy una bruja… tienes razón François, ahora pídele a tu Dios que venga y acabe conmigo; de lo contrario, te juro que esta noche te enviaré al mismísimo infierno —pronunció con un tono mucho más gélido y su mirada más oscura.

Él se llenó de miedo e intentó arrastrarse hacia atrás, pero ya no tenía escapatoria, Pandora se movió con rapidez y lo giró tumbándolo sobre su espalda sin consideraciones, viéndolo retorcerse de dolor. Sus miradas se encontraron y la de él estaba cargada de pánico, como si estuviera viendo a la muerte directamente a los ojos y así debía ser.

Pandora le desgarró la tela de su vestidura, hasta dejarle el pecho al descubierto y clavó sus uñas en el lado izquierdo, justo por encima del corazón. Le mantuvo la mirada e impidió que él cerrara los ojos mientras ella abría su piel y rompía huesos hasta llegar al músculo.

—Tu Dios no existe François —sentenció antes de cerrar su mano alrededor del músculo palpitante y arrancarlo de un tirón.

Después del desgarrador grito que liberó François todo quedó en silencio, un silencio sepulcral que fue llenado por otro grito cargado de ira y dolor que se desprendió de lo más profundo de Pandora, el hombre que había destruido su familia ya no existía, pero eso no alejaba la pena y el vacío que seguía sintiendo.

Lanzó el corazón de su enemigo contra las imágenes y comenzó a caminar para abandonar el lugar, pero antes de salir vio las velas encendidas que mostraban decenas de plegarias, recordó todas las que ella había encendido rogando también a un Dios que la abandonó y sin sentir temor del castigo que podía recibir del cielo, se acercó hasta las estructuras lanzándolas sobre los bancos de madera que de inmediato empezaron a ser consumidos por las llamas.

# Capítulo 3

Nathaniel comenzó a moverse inquieto nuevamente y el sudor a recorrer su cuerpo, su pecho subía y bajaba con rapidez mostrando su respiración acelerada, mientras sus manos crispadas se sujetaban con fuerza de las sábanas y su voz era un ronco murmullo intentando esbozar algo, tembló y eso captó la atención de Pandora quien se había perdido en la imagen de la luna llena.

Se volvió de inmediato para intentar tranquilizarlo, no quería que sus demonios lo asustaran, no quería que él pudiese sentir la maldad que fluía por sus venas, esa que la había envenenado después que los separaron y la habían condenado a una eternidad de rencor y venganza. Sin poder resistirse a lo que sentía se acercó a él y depositó un suave beso en los labios del joven, apenas un roce.

—Dejé de ser la persona que amabas Tristán … me convertí en un monstruo, necesitaba detener el dolor que me consumía, que me asfixiaba, por favor no me rechaces, no me odies… no te imaginas todo lo que pasé desde que te perdí.

Una lágrima rodó por su mejilla para morir justo sobre el pecho de su esposo, sobre su corazón y pudo sentir que él se estremecía, eso la llenó de miedo e intentó justificarse.

—Nada llenaba el vacío, ni el dolor, ni siquiera haberlos asesinado… —Dejó libre un jadeo cargado de dolor mientras más lágrimas llenaban sus ojos—. Nada Tristán, en eso se transformó mi vida, en nada…Mis noches eran eternas, mis días eran eternos… todo mi mundo pasó de ser una brillante mañana de primavera a una desolada y aterradora noche de invierno, todo fue gris y frío.

Hundió el rostro entre las sábanas a un costado del cuerpo de Nathaniel, llorando amargamente, temblando a causa de los sollozos.

—Quería liberarme, quería sacar todo esto de mi pecho… solo quería terminar con todo, pero fui una cobarde… no tuve el valor para quitarme la vida Tristán, no pude y estoy tan cansada… estoy tan cansada amor mío —confesó sin lograr mirarlo.

Su llanto estaba tan lleno de dolor, pudo sentir cómo él temblaba de nuevo y había dejado libre un sollozo, aunque permanecía dormido, ella lo buscó con la mirada.

—Perdóname… perdóname por no haberme ido detrás de ti, perdóname por favor… por favor, amor mío —susurró tomando el rostro entre sus manos y una vez más posó sus labios sobre los de él, buscando un alivio al dolor que sentía.

Nathaniel sintió su cuerpo temblar con fuerza, para inmediatamente después relajarse, quedar como en un estado de paz absoluta, pero al mismo tiempo eso hizo que la pesada fuerza que mantenía el sueño sobre él se desvaneciese. Muy despacio abrió los ojos, parpadeando para aclarar su vista, se sorprendió al notar que una mujer lo besaba y no podía moverse.

Sabía que estaba despierto, podía jurar que estaba despierto, pero no lograba moverse, solo conseguía sentir cómo ella paseaba sus labios por encima de los suyos en un toque tan delicado que apenas parecía real. Reunió toda su fuerza de voluntad para abrir sus labios y el sabor que percibió fue tan extraordinario que se sintió elevar poco a poco, cerró los ojos y movió su mano para sujetar la de la mujer que descansaba a un lado de su cuerpo.

Ella reaccionó de inmediato alejándose del contacto, se separó de él con tal rapidez que lo dejó besando el espacio vacío, pudo jurar que se volvía un halo de luz, un ser brillante y etéreo. Nathaniel se preguntó si había sido solo una visión, pues sus ojos la perdieron en segundos.

Sin embargo, percibía que una extraña presencia se mantenía en el lugar, el aire estaba tan frío y denso además de ese dulce e intenso olor a jazmín que no había sentido nunca en su departamento. La buscó con la mirada e intentó ponerse de pie, pero no pudo, su cuerpo parecía estar hecho de plomo, respiró profundamente para calmarse pensando que todo había sido un sueño y cerró los párpados.

Pero algo hizo que los abriera de nuevo cuando sintió el cabello en su nuca erizarse, la buscó y terminó encontrándola en un rincón, se veía desconcertada y temerosa, escondida entre las penumbras de la habitación, observándolo fijamente como si se tratara de un animal herido y acorralado cuya mirada suplicaba que no la asesinara.

En ese momento cayó en cuenta de algo que lo hizo estremecerse de pies a cabeza, sus ojos no podían distinguirse pues eran de un negro cerrado como las noches sin luna, abarcando un espacio que resultaba infinito en ese hermoso rostro que parecía estar hecho de porcelana, sus labios eran delicados y rojos, resaltando como lo haría una rosa en medio de la nieve; sin embargo, esa belleza no parecía ser natural, había algo extraño en ella.

—¿Quién eres...? —preguntó con la voz ronca por las emociones que llevaba dentro del pecho.

Sentía su corazón latir con fuerza, luchó por levantarse, pero una vez más su cuerpo no respondía, a cada segundo que transcurría sentía que la sangre en sus venas comenzaba a helarse y su respiración se tornaba más pesada. Era miedo lo que lo embargaba, en realidad era terror, estaba aterrado.

Esa mujer seguía en silencio, inmóvil como una estatua, sin siquiera respirar, solo lo observaba y el temor no se alejaba de su expresión, tampoco lo hacía de la de él. Su corazón que ya latía frenéticamente triplicó sus pulsaciones, jamás había creído en cosas sobrenaturales e incluso se había burlado un montón de veces de aquellas personas que sí lo hacían, los consideraba cobardes y estúpidos.

Pero en ese momento sentía que fuese quien fuese esa mujer que estaba dentro de su habitación, no podía ser humana, su instinto se lo gritaba, así como le exigía que saliese de allí inmediatamente, que gritara, que forcejeara contra eso que lo mantenía preso. Sintió sus ojos llenarse de lágrimas y tragó en seco para pasarlas.

«¿Por qué pensar que era algo sobrenatural? Podía ser alguna de esas mujeres obsesionas por seducirlo que sobornara al conserje del edificio para que le permitiera entrar.»

Intentó engañarse, pero no era tan fácil, las sensaciones que lo recorrían se lo dejaban muy claro; no obstante, él no era de los que se dejaban amedrentar por nadie, así que reuniendo todo el valor que poseía habló de nuevo.

—Te he preguntado que quién eres —mencionó intentando que su voz no mostrase el temor que lo invadía.

No obtuvo más respuesta que el mismo silencio que cada vez era más pesado, su mandíbula se tensó y sus ojos se llenaron del brillo de la ira, encontrando en ésta la valentía para interrogarla.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo entraste a mi habitación? ¡Respóndeme! ¿Quién demonios eres? —preguntó entre gritos a la figura impasible en el rincón, que no dejaba de mirarlo, provocando que su cuerpo fuese víctima de intensos escalofríos y que una capa de sudor comenzara a cubrirlo y su garganta a cerrarse.

—Mi nombre ahora no tiene importancia… no ha llegado el momento para que debas pronunciarlo.

Al fin contestó, su voz era suave y tan hermosa que a Nathaniel le resultó peligrosa, como el canto de las sirenas. Se acercó a él muy lentamente y una sombra la cubría, la luz de la luna que

entraba por la ventana no alcanzaba a iluminar su rostro.

—¡Aléjate, no te acerques! —Intentó levantarse.

Por primera vez en su vida estaba verdaderamente aterrado, la desesperación comenzó a ser palpable y gritó de nuevo.

—¡Largarte! ¡Llamaré a la policía, no te me acerques! ¡Maldición, maldición! —exclamaba retorciéndose con poderío para salir de ese lugar y correr, sentía que debía hacerlo.

Necesitaba alejarse de allí, pero todo esfuerzo era inútil, sus músculos se encontraban rígidos como piedras, su respiración cada vez se hacía más dificultosa y las lágrimas estaban a punto de desbordarlo mientras ese sudor frío y pegajoso cubría su cuerpo.

—No te haré daño… jamás podría lastimarte, solo deseo que vuelvas a dormir —susurró Pandora cerniéndose sobre él.

Mientras la suave manta que la cubría se movía de un lado a otro con el suave vaivén de la brisa que entraba por el ventanal abierto, pegándose a su figura y mostrando que debajo no había nada más que sus perfectas formas de mujer.

—¡No, no! ¡Déjame en paz! —Su voz ya no podía ocultar el miedo, dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

De pronto fue como si un denso vaho comenzara a envolverlo, él continuó luchando por liberarse de esas ataduras invisibles que lo tenían cautivo, sintiendo que el corazón le saldría disparado del pecho de un momento a otro y que su cuerpo caería en un abismo, todo eso se hacía más fuerte a medida que ella avanzaba.

—No debes temer a quien te ama… a quien le perteneces… tranquilo —esbozó acariciando con suavidad el rostro del joven.

—No me toques… déjame… no… —mencionaba intentando parecer determinante pero sus párpados comenzaron a cerrarse, su voz se convirtió en un murmullo y una vez más cayó en un profundo sueño.

Ella lo besó en la frente susurrando una hermosa canción en francés, la respiración acompasada le hizo saber que se hallaba profundamente dormido. Siguió cantándole un par de horas más mientras sus ojos fijos en el rostro de Nathaniel se mantenían atentos a cualquier cambio, no comprendía cómo había logrado salir del trance en el cual lo había sumergido en cuanto se tendió en la cama, él no debió haber despertado, sabía que tenía que borrar de su mente lo ocurrido para no terminar perturbándolo.

Comenzó a susurrarle al oído una especie de ritual mientras le apoyó su mano sobre el pecho, justo en el corazón. Le dio un beso en la mejilla, lo miró una vez más y después de eso salió del lugar tal cual había llegado, desvaneciéndose en la oscuridad de la noche, la cual empezaba a alejarse dispersada por los rayos del sol que salían en el horizonte.

A la mañana siguiente cuando Nathaniel abrió los ojos se sentía realmente extraño, sus músculos estaban rígidos, con una leve tensión casi dolorosa, sus párpados pesados y la garganta seca, sumamente seca. Se llevó la mano a la frente para evaluar su temperatura pensando que podían ser los síntomas de un resfriado.

Para su sorpresa se encontraba fría, inusualmente fría, aunque tenía una constante y molesta punzada, intentó levantarse y un mareo se lo impidió haciendo que se lanzara una vez más a la cama, cerró los ojos y una serie de imágenes algo borrosas se apoderaron de su cabeza, como si fueran parte de un sueño que no recordaba muy bien, confuso y extraño.

—Lo que me faltaba… pesadillas, como si no viviese día a día en una. —Liberó un suspiro pesado y lento.

Eran cerca de las once de la mañana cuando llegó hasta la galería, desde hacía una semana

estaban realizando trabajos de remodelación en una de las salas y los trabajadores iban de un lugar a otro, ese día parecían estar tumbando alguna pared y el ruido que hacían le resultaba infernal, pues aún le dolía la cabeza, se sentía tan cansado que no se molestó en entrar a saludar a Robert.

Si su aspecto lucía igual a como lo vio esa mañana cuando se miró en el espejo, él seguramente le mencionaría algo al respecto y lo último que deseaba era hablar; así que pasó de largo hasta su estudio, giró la perilla y abrió la puerta. Se detuvo en seco bajo el umbral cuando vio la figura de una mujer de espalda a él.

—¿Qué hace aquí? —preguntó molesto y terminó de entrar.

—Disculpe… señor Gallagher —respondió Pandora y se volvió mostrándose apenada sin levantar la mirada—. Solo estaba organizando sus cosas… —explicaba sintiéndose desconcertada.

Una vez más fallaba en anticipar la presencia de una persona estando en ese lugar, ni siquiera percibió que Nathaniel se acercaba y eso para alguien con sus facultades era absurdo, elevó el rostro deseando mirarse en los hermosos ojos topacio de su esposo como solía hacer todas las mañanas desde que él la hizo su mujer hacía tantos años.

—Señorita… —Se interrumpió al no recordar el apellido.

La miró por primera vez a los ojos, éstos eran cristalinos, brillantes y hermosos, mostrando lo que parecía ser su verdadero tono, un gris claro que parecían hechizar a quien los mirara directamente.

—Corneille —indicó ella alejándose de donde estaba, sintiendo una punzada en el pecho al notar que él no recordaba ni su propio apellido, además le costaba mucho mostrar esa actitud sumisa.

—Señorita Corneille, no tiene que disculparse… usted solo hace su trabajo. Por lo general prefiero que pidan mi autorización para entrar a mi estudio y más en mi ausencia, sin importar quién sea… incluso si se trata del mismo Robert… —indicaba cuando ella lo interrumpió.

—Solo intento hacer mi trabajo bien señor, no puedo darme el lujo de ser despedida… necesito estar aquí. Lamento haberlo molestado, no volverá a suceder, ahora con su permiso me retiro —mencionó para salir sintiéndose molesta por su actitud tan déspota.

Antes de que pudiera hacerlo sintió cómo la mano de él se cerraba en su antebrazo impidiéndoselo y de inmediato su cuerpo se estremeció ante la ola de recuerdos que llegaron hasta ella y la turbaron.

—Espere… —dijo Nathaniel sujetándola, pero no pudo continuar, su voz se perdió al momento de sentir que algo lo golpeaba con fuerza, haciendo que sus piernas temblaran.

Ella retiró el brazo con rapidez del agarre, con tal facilidad que pareció que fuese él quien la liberaba, aunque no se había movido un milímetro, estaba seguro de ello, su mano no se abrió ni un segundo, pero ella estaba libre y a unos pasos de él.

—Debo continuar, con su permiso. —Salió del lugar con rapidez.

Nathaniel se quedó parado en medio de su estudio, de nuevo tenía esa sensación de no poder moverse, que era lo que más recordaba de su sueño la noche anterior, solo observaba la puerta con una extraña sensación que no lograba descifrar. Miró la mano con la cual la había sujetado y sintió una extraña corriente circular a través de ella, la abrió y la cerró en un par de ocasiones para liberarse del efecto que el toque de aquella mujer le había provocado.

Durante el día mientras mezclaba los colores en su paleta para continuar con el cuadro en el que llevaba una semana trabajando, percibió la misma sensación del día anterior, ésa de estar siendo observado, pero cada vez que buscaba con su mirada se encontraba con el lugar

completamente vacío, solo se hallaba él. Luego de comer algo ligero que pidió a un restaurante cercano, decidió subir hasta la azotea para relajarse un poco y alejar esa estúpida sensación de zozobra y paranoia que lo colmaban sin razón aparente.

Sus pensamientos buscaron de inmediato la imagen de aquella que lo llenaba de paz, que lo hacía feliz aun en la distancia, la que su corazón mantenía dentro, aferrada a su alma. Dejó libre un suspiro cerrando los ojos mientras en sus labios afloraba una sonrisa.

∞∞∞

Los intensos rayos del sol de verano jugaban con la hermosa y sedosa cabellera de Rosemary, a él le encantaba ver cómo la luz le sacaba destellos dorados a sus hebras, que no terminaba de definir si eran rubias o castañas, era una hermosa mezcla de ambos colores, aunque lo que creaba ese hechizo en él era la encantadora sonrisa que le regalaba, la había amado desde que eran unos niños y ese amor solo se había fortalecido con los años.

Así como el deseo que lo recorría cada vez que su mirada se paseaba por las sutiles formas que iban transformando su cuerpo de una tierna niña a una atractiva mujer. La observaba mientras ella intentaba alcanzar unas manzanas del árbol que le había pedido su abuela, siempre deseando mostrarse independiente, no le pedía ayuda a ninguno de los trabajadores de la casa, prefiriendo hacerlo ella.

—Te vas a caer… pareces una mona subida en ese árbol Rose —mencionó poniéndose bajo la sombra del frondoso manzano.

—No me pasará nada, estoy acostumbrada a hacerlo Nathan y además, solo yo escojo las mejores —esbozó moviéndose a otra rama mientras se estiraba para alcanzar la fruta que estaba por encima de ella y en el intento resbaló y estuvo a punto de caer.

—Te lo advertí, siempre eres tan terca Rose —esbozó Nathaniel disponiéndose a subir al árbol.

—Está todo bien —indicó ella sentándose en una rama más gruesa para recuperar el equilibrio —. Creo que ya tengo suficientes, mi abuela desea hacer una jalea y me pidió que todas estuvieran maduras, pero no demasiado —agregó sonriéndole al ver que a él le costaba más subir el tronco.

Nathaniel se apoyó contra una de las ramas más gruesas y esperó a que su respiración se normalizara para hablar, aunque era un joven vigoroso y atlético, subir árboles no era una tarea que hiciera a diario, eso no estaba bien visto por la sociedad y menos en el hijo del ilustre Duque de Lancaster, sin importar que fuera ilegítimo debía seguir con el protocolo de la sociedad.

—No era necesario que subieras —mencionó ella divertida, mirándolo a los ojos.

—Se me antojó una también. —Llevó su mano a la malla colgada de la cintura de Rosemary donde llevaba las manzanas.

—¡No! Ya que estás aquí toma una por ti mismo —contestó pegándole en la mano para alejarlo.

—No seas egoísta Rose, tú siempre escoges las mejores y dejas solo las feas… además, ¿por qué llevas tantas? ¿Para cuántas personas piensa hacer la jalea tu abuela? —preguntó intentando convencerla para obtener al menos una de las que ella tenía.

—No lo sé, pero por lo que pude escuchar hoy a la bruja de Lucrecia, al parecer el duque recibirá visitas, vienen de Norwich y se quedarán aquí durante el verano… —decía y se detuvo al ver la mirada divertida de él, seguro la consideraba una chismosa—. Me enteré por casualidad,

no estaba escuchando detrás de las puertas… ella le informó a todo el personal de la casa y también que debíamos ser respetuosas con las chicas que vienen porque son tus primas.

—¿Mis primas? Mi padre tiene solo tres hermanos y ellos no tienen hijas señoritas, seguro escuchaste mal —comentó buscando una manzana, sin prestar mucha atención a la conversación porque esos temas no le interesaban.

—Quizás sean sobrinas de tu madrastra —esbozó Rosemary con cautela porque sabía que él odiaba a esa mujer.

—En ese caso no son mis primas, no llevo la sangre de la duquesa, por fortuna —acotó, concentrado en su tarea.

—Por fortuna —dijo Rosemary sonriendo y tomó una manzana de las que tenía en la malla.

—Te gusta hacerme sufrir. —Se quejó él mirándola con desaprobación, pero no pudo evitar sonreír ante su inocencia.

—Solo me gusta hacer que luches por lo que deseas Nathan —mencionó sonriendo con ternura y sintiéndose intimidada ante esa mirada penetrante que él siempre usaba con ella.

—Llevo años luchando para que me des un beso y siempre me lo niegas —esbozó acercándose a ella.

—Somos amigos y los amigos no se besan —mencionó elevando una ceja mientras le mantenía la mirada.

Lo vio mostrar esa sonrisa deslumbrante que poseía, esa que dejaba ver la perfecta y blanca dentadura que tenía, los labios de Nathaniel se estiraban haciéndose delgados, pero sin perder atractivo y algo dentro de su pecho temblaba cuando él le dedicaba esa sonrisa. La verdad era que él le gustaba mucho, siempre le había gustado y se moría por ser besada por él, pero su abuela siempre le decía que los hombres solo valoraban aquello que les costaba, lo que obtenían rápidamente terminaban olvidándolo en pocos días.

—Y si te dijera que deseo que seamos algo más, ¿qué me dirías Rosemary? —preguntó sintiendo que su corazón se aceleraba.

Ella separó los labios para responderle, pero su voz parecía haberse esfumado, solo alcanzaba a mover sus pupilas que se paseaban por el hermoso rostro de Nathaniel. La voz de su abuela llamándola a gritos la sacó de ese trance y los nervios se dispararon dentro de su cuerpo, se alejó de él bajando de manera torpe del árbol y casi terminó cayendo.

—¡Ya voy abuela! —exclamó mirando hacia la puerta de la cocina donde se encontraba la anciana con los brazos en la cintura y la miraba con desaprobación.

—Rosemary. —La llamó Nathaniel, quien bajaba con rapidez.

—Yo… yo… —decía sintiéndose nerviosa por la cercanía de él y la mirada acusatoria de su abuela—. Tengo que irme.

—Ve, hablamos después. —Mostró una gran sonrisa—. Gracias por la manzana —Le guiñó un ojo, mordiendo la fruta.

Ella también le sonrió sintiéndose hipnotizada ante sus encantos y salió corriendo antes de que su abuela viniera a buscarla para llevarla de regreso a la casa por los cabellos.

Nathaniel se encaminó hasta las tumbonas ubicadas en el otro extremo del jardín, allí donde había dejado el libro que leía cuando vio a su hermosa Rosemary trepando el manzano, captando de inmediato su atención. La verdad era que desde hacía un tiempo no podía dejar de mirarla, era la joven más hermosa que hubiera visto en su vida y ni siquiera notó en qué momento cambió de ser una tierna niña que se había criado junto a él, a la encantadora señorita que se había apoderado de sus pensamientos y sus sueños.

∞∞∞

Como siempre le ocurría cuando el recuerdo de Rosemary llegaba hasta él, se sentía lleno de felicidad y flotando en una nube. A pesar de los años, su hermosa chiquilla tenía el poder para alejar todas las cargas pesadas que llevaba sobre su espalda, por eso siempre la buscaba en pensamientos, aun sabiéndola un imposible.

—¿Quién es ella?

Preguntó una voz que lo hizo sobresaltarse.

Abrió los ojos sintiéndose molesto por haber sido sacado de sus ensoñaciones y buscó de inmediato a quien se atrevía a entrometerse en sus pensamientos, pero grande fue su sorpresa cuando a pocos pasos vio a la nueva restauradora observándolo con sumo interés.

—¿Quién es quién? —respondió con otra pregunta.

Mostrando cierta tensión por la intromisión de la chica, quiso responder que no era de su incumbencia, pero no estaba bien mostrarse grosero, quizás estaba buscando ser amable.

—La chica por quien sonríes —contestó Pandora acercándose muy despacio a él, pero se detuvo a cierta distancia, no podía dejar que la tocara de nuevo.

Él se mantuvo en silencio y desvió la mirada hacia el río Hudson, no quería hablar con nadie, quizás esa actitud le dejara en claro que no era bienvenida y terminara por marcharse, pero al ver que no lo hacía volvió sus ojos para buscarla y pedírselo con palabras, pero en el instante que sus miradas se cruzaron, los ojos de ella lucían oscuros, fríos, lejanos y un escalofrío lo recorrió por entero.

—Te hizo daño… —Pandora notó el dolor en la mirada gris que era casi palpable.

Él logró escucharla, percibiendo que su voz sonaba distinta.

—¡No! Y no es tu problema… quiero estar solo —mencionó lleno de rabia, por lo rápido con que ella llegó hasta esa conclusión.

—Nunca debió hacerlo. —Salió del lugar con paso decidido, antes de que él pudiese decir algo más para detenerla.

Nathaniel se quedó mirándola desconcertado, esa actitud le resultó completamente distinta a la de la chica de esa mañana que se mostró ante él tímida y retraída, quiso ponerse de pie y seguirla, pero algo en su interior le sugirió que no lo hiciera, que no le diese importancia.

Sin embargo, eso no alejó de su interior esa extraña sensación de temor que lo invadía, como si algo malo estuviese a punto de suceder, solo que no sabía qué.

# Capítulo 4

Desde aquel episodio Pandora se alejó del pintor, ni siquiera se había acercado a visitarlo por las noches a su departamento, necesitaba calmarse y ordenar sus pensamientos, cada vez se encontraba más perturbada y desorientada, odiaba ser vulnerable, odiaba no tener el control de su vida. Sentía además que un inmenso dolor le oprimía el pecho al recordar la felicidad que pudo percibir en Nathaniel Gallagher mientras pensaba en aquella desconocida, era como si ella fuera realmente importante para él.

Se negaba a creer que pudiera estar enamorado de otra mujer, se suponía que eran almas gemelas, que él solo la había amado a ella. ¿Entonces por qué no la reconocía? ¿Por qué no la buscaba? Ya llevaba casi dos semanas trabajando en ese maldito lugar y él seguía mostrándose distante.

—Esto no puede seguir así, tienes que hacer algo Pandora.

Se decía caminando de un lado a otro en el estudio que le había asignado Robert Hathaway para restaurar antiguos cuadros familiares; después de todo, la galería no podía vivir solo de las exposiciones y por el contrario de lo que pudiera parecer, era una actividad que disfrutaba y por eso lo hacía. También que a través de una pintura tenía la posibilidad de conocer el pasado y los deseos de las personas, solo que procuraba no hacerlo muy de prisa para no levantar sospechas.

Suspiró mirando el cuadro sobre el caballete, movió su dedo índice y poco a poco fue llenando de luz y color el rostro de los niños, era una familia de cinco personas, los esposos y sus tres hijos, uno de ellos tenía la sonrisa de su pequeño príncipe.

La nostalgia la invadió de nuevo y sintió que debía salir de ese lugar, tomar un poco de aire, quizás volar durante un rato le permitiese aclarar sus pensamientos, después de todo era el poder que más disfrutaba. Se miró en un viejo espejo de cuerpo entero que también debía pulir y torció la boca al comprobar la horrible ropa que llevaba, se vio tentada a desnudarse y salir por la ventana, pero eso podía ser peligroso, si llegaban y encontraban su ropa allí sospecharían, suspiró mientras cerraba los ojos resignándose.

—Te tocará salir por la puerta y hacerlo con estos trapos Pandora.

Se dijo a sí misma caminando hacia la puerta, sabía que al momento de hacerse invisible nadie notaría la ropa que llevaba puesta, pero no había nada como volar vestida con su manto.

∞∞∞

El cielo de Nueva York se mostraba gris y cargado, amenazando con dejar caer un diluvio igual al de la noche anterior, aún las calles se encontraban cubiertas por humedad, los árboles y los edificios también lucían oscuros producto de ésta, mientras breves y fuertes ráfagas de viento creaban remolinos con las hojas caídas de los árboles del Central Park.

Esta será una noche más, igual a las anteriores.

Pensó Nathaniel mientras estacionaba su auto junto al edificio de la galería. Bajó y se encaminó con paso lento hacia el interior mientras recorría el pasillo con la cabeza baja.

Se volvió para mirar sobre su hombro pues una figura tras él captó su atención, se volvió rápidamente para encararla, pero toda la adrenalina que corría por sus venas se esfumó al ver que

era la nueva empleada, la chica lucía diferente, se notaba triste y disipada.

—Buenas tardes —la saludó intentando ser amable.

Algo dentro de él lo llevaba a mostrarse así, aunque no le había gustado la manera en la cual ella actuó la última vez que se vieron, no podía ser un tipo rencoroso al menos no con quien no le había hecho daño y Pandora Corneille estaba libre de pecados.

—Buenas tardes, señor —contestó ella con la voz ronca y de inmediato se dio la vuelta para alejarse con pasos rápidos.

Había sentido cómo la presencia de él cambiaba todo, su energía era tan poderosa que podía hacer lo que desde hacía mucho no le ocurría, la ponía a temblar. No quería verlo, no todavía.

—¡Espere Pandora! —exclamó Nathaniel y casi tuvo que correr para alcanzarla—. ¿Le sucede algo? —inquirió con la respiración agitada, parándose ante ella y obstaculizándole el paso.

Pandora negó con la cabeza apretando los labios, pero sus ojos se notaban cargados de un brillo extraño.

Él se pasó una mano por el cabello mientras buscaba las palabras adecuadas para continuar, nunca había sido bueno consolando.

—¿Alguno de los artistas fue grosero con usted? —Intentó una vez más mientras la miraba.

—No señor Gallagher… todo está bien, es solo que tengo mucho trabajo, por favor continúe con su camino, seguramente tiene cosas que hacer para haber llegado antes de la velada de esta noche. —Le esquivó la mirada.

—Sí, pero no es nada que no pueda esperar… ¿Por qué no me habla un poco de usted? ¿De dónde es Pandora? Su acento es… es extraño, me resulta conocido, pero no termino de identificarlo —mencionó obviando la sugerencia de ella.

—De Inglaterra… del sur, pero hace mucho que dejé ese lugar, me trasladé a Francia cuando era muy joven… ahora si me permite, tengo cosas que hacer —contestó y se disponía a marcharse cuando una vez más él la detuvo.

—Yo nací en Inglaterra… estuve allí hasta que cumplí la mayoría de edad, nunca viajé al sur, quizás por eso su acento no me resulta familiar; disculpe que lo mencione, pero habla usted como si viniese de otro siglo —acotó en tono divertido para mejorar el humor de la chica, no le gustaba verla así.

Ella se volvió a mirarlo y sus ojos habían cambiado, su mirada era más cálida, con una luz que los hacía lucir hermosos, completamente distintos y en sus labios se dibujaba algo parecido a una sonrisa.

—Quizás sea porque leo muchas obras antiguas señor. Me gusta Shakespeare —susurró con ese tono de voz dulce que no había usado en años y de nuevo sentía su corazón latir de prisa.

—Romeo es seguramente su favorito —mencionó él con media sonrisa, sin poder apartar la mirada de los ojos grises de ella.

—No… mi favorito es Hamlet, porque logra hacer justicia a su ser querido, hace que los culpables paguen por sus crímenes —esbozó desviando la mirada una vez más.

No pudo atajar sus palabras y ocultar la verdad, dejó ver un poco de esa amargura que la seguía invadiendo, por eso le rehuyó la mirada, no quería que él viera el odio en su interior.

—Creo que es la primera mujer a la que le escucho decir que prefiere a Hamlet en lugar de Romeo —dijo con una sonrisa mucho más amplia y ladeaba la cabeza para buscar los ojos de ella.

—Soy una mujer muy distinta a las demás, señor Gallagher… Tengo que regresar al trabajo, el señor Hathaway necesita uno de los retratos para dentro de poco —pronunció para despedirse.

La amargura de recordar en lo que se había convertido por vengar a su familia hizo que todo

rastro de calidez desapareciera de su voz, las palabras salían de sus labios en un acto mecánico, incluso su cuerpo se había puesto rígido.

—Por supuesto, no era mi intención distraerla, solo quería charlar un poco con usted… Desde que llegó apenas hemos cruzado palabra y no quiero que la fama que muchos me han dado la intimide —señaló sintiendo una extraña urgencia por hacer que ella le creyera.

—No tiene que preocuparse por ello, no suelo dejarme llevar por los comentarios, espero que tenga éxito con su exposición de esta noche —mencionó y no pudo evitar perderse en los ojos grises de su esposo.

—¿No asistirá al evento? —inquirió pensando que quizás Robert la había invitado a la gala.

—Me gustaría, pero tengo cosas que hacer.

Por supuesto que estaría, pero no como la insulsa restauradora de pinturas sino con su verdadera personalidad; sin embargo, él no podía enterarse, lo haría siendo discreta para no levantar sospechas.

—Comprendo, bueno… quizás más adelante. Fue agradable charlar con usted —dijo mirándola con sinceridad—. Que tenga buena noche Pandora, hasta mañana. —Se despidió con un ademán, sin poder apartar la mirada de ella.

—Igual para usted señor Gallagher, también me agradó charlar —indicó y se volvió para encaminarse por el pasillo.

Detuvo sus pasos recordando que le había dicho que seguiría trabajando, así que regresó hasta su estudio con rapidez para evitar caer de nuevo bajo la influencia que él provocaba en torno a ella.

Nathaniel la miraba mientras sonreía divertido al verla tan distraída, era evidente que él la perturbaba. Estaba acostumbrado a ver a las mujeres actuar de esa manera en su presencia, solo que a diferencia de la mayoría ella parecía desear mantenerse lejos de él.

«Una mujer muy distinta a las demás.»

Las palabras de Pandora Corneille se repitieron en sus pensamientos, dándole mayor firmeza a la actitud que mostraba.

—¡Vaya que lo es! Nunca había visto a una mujer como ella… es bastante extraña, casi no habla, sus ojos son tan raros, es hermosa… sí, es muy hermosa, pero parece estar empeñada en ocultarlo… ¿Del sur de Inglaterra? Seguramente será algún pueblo de esos aislados del mundo moderno que aún conservan esas viejas costumbres que ella posee —se dijo después que la vio entrar al estudio que ocupaba, mientras él caminaba hacia el suyo.

De pronto sintió como si algo recorriera su mejilla con un leve toque, se estremeció sintiéndose desconcertado, allí no había manera de que una corriente de aire entrara, ¿de dónde provenía eso que había sentido? Cerró los ojos luchando por olvidar todas esas sensaciones que cada vez se hacían más frecuentes cuando estaba allí y se negó a darles mayor importancia; o de lo contrario, terminarían por volverlo loco, suspiró y terminó por entrar en su estudio.

Esa noche durante la velada que habían hecho para presentar dos de sus pinturas más recientes y que habían despertado como siempre el interés del público, se esmeró por dedicar toda su concentración a la conversación con los críticos y otros pintores, pero esa sensación de sentirse observado y perseguido de nuevo lo embargaba, comenzaba a sentir cómo la paranoia lo invadía.

En más de una ocasión sus ojos buscaron entre los asistentes algo que le resultase extraño y siempre terminaba recriminándose por ello, se recordaba una y otra vez que era absurdo buscar lo que ni siquiera sabía si existía, que ciertamente no debía existir.

Cuando estaba por terminar la reunión sintió un extraño escalofrío deslizarse por su columna y sus ojos se pasearon una vez más por el lugar sin poder evitarlo. Esta vez se encontraron con

algo distinto, parada junto al pasillo que llevaba hacia los estudios se hallaba una hermosa y elegante mujer que lo miraba fijamente con tal intensidad, que lo hizo sentirse intimidado.

Ella no sonreía, pero su mirada tenía un brillo especial, cierta calidez que él podía sentir envolviéndolo, su piel era blanca, sus cabellos oscuros, sus labios tenían un delicado y provocativo rosa. Su belleza comenzaba a hechizarlo y quiso caminar hasta ella para hablarle, pero apenas había dado un par de pasos cuando sintió un nuevo estremecimiento apoderarse de su cuerpo.

El presentimiento de antes se hizo más fuerte mientras seguía mirándola, no podía despegar sus ojos de ella, era como si ya la hubiese visto antes, solo que no recordaba dónde y además una sombra oscura la cubría parcialmente impidiéndole detallarla.

Su atención fue atraída por otras damas que se acercaron hasta él para invitarlo a unas copas después de la exposición, desvió la mirada a ellas unos segundos agradeciéndoles con una sonrisa y excusándose, ya sabía el verdadero motivo que se escondía detrás de ese ofrecimiento, pero no estaba interesado, al menos no esa noche.

Sus ojos volaron de nuevo al sitio donde estaba aquella mujer que lo atraía con una poderosa fuerza, quizás cambiaría de idea sobre pasar la noche solo pensó, mostrando una sonrisa ladeada; cuando miró, ella ya no estaba y por peculiar que eso pudiese parecer, el pasillo se encontraba igual de iluminado que el resto del lugar.

—Nathaniel… ¿Te sucede algo? —preguntó Robert en un susurro a su lado al verlo tan distraído.

—¿Eh? No, no Robert… solo que me pareció ver a alguien conocido —contestó observando a su amigo unos segundos, dejó libre un suspiro para controlar la ansiedad que lo invadió de un momento a otro.

Cuando llegó a su departamento era pasada la medianoche, abrió la puerta con movimientos mecánicos, lanzó su gabardina con desgano sobre el sillón en medio de la pequeña sala y se encaminó a su habitación. Al entrar allí todo cambió, su respiración se tornó irregular, afanosa, mientras un escalofrío le recorría la espina dorsal, anunciándole la presencia de algo o alguien dentro de éste, que no podía ver a causa de la penumbra que reinaba en el mismo, pero cuya energía y proximidad sentía, incluso en la oscuridad.

Su corazón comenzó a latir con fuerza produciendo un sonido que parecía ir en aumento y estaba seguro se podía escuchar retumbando perfectamente contra las paredes como un eco sordo, respiró profundamente para intentar calmarse.

—Te estás comportando como un estúpido Nathan. —Se reprochó en voz alta caminando al salón donde tenía el gramófono.

Escogió entre su valiosa colección de discos de vinilo uno de sus favoritos y de inmediato las notas de *La Follia* llenaron el abrumador silencio que lo envolvía, cerró los ojos mientras movía su cabeza al compás de la música de *Arcangelo Corelli* y una sonrisa se instaló en sus labios, se sirvió un trago de brandy, se sentó en el sillón junto a la ventana para disfrutar del licor y la música.

—Así está mucho mejor —expresó dispuesto a relajarse.

De un momento a otro el ambienta parecía haber cambiado, se notaba más ligero y aunque solo la luz de la pequeña lámpara en su escritorio iluminaba el lugar, podía jurar que éste lucía menos tétrico que cuando llegó.

Se puso de pie minutos después y concentrándose en la tarea de desvestirse regresó hasta su habitación. Entró al baño encendiendo la luz, observó su reflejo en el espejo, lucía demacrado, perturbado y sobre todo cansado, suspiró esquivando sus ojos de la imagen.

En ese instante algo le hizo levantar la vista y tuvo que sostenerse para no caer al piso cuando sus ojos captaron una sombra difusa dentro de la habitación, ésta se había atravesado en el ventanal, mostrándose perfectamente, liberó un jadeo mezcla sorpresa y terror.

Se volvió rápidamente para comprobar que sus ojos no lo habían engañado, pero solo halló la estancia completamente vacía.

Sin embargo, la sensación de no estar solo se había hecho casi palpable, regresó con rapidez hasta el gran ventanal cuyas cortinas estaban abiertas; no recordó haberlas dejado así, pero tampoco tenía la certeza de haberlas cerrado, no le dio mucha importancia a eso, abrió una de las hojas de cristal para mirar afuera, la sombra pudo ser cualquier cosa, un búho, un gato.

Sus cabellos fueron removidos por la fuerte corriente de aire que entró al lugar y venía acompañada de un dulce olor a jazmín, paseó su mirada por la estancia, pero todo se encontraba en aparente calma, en silencio a excepción del rumor del viento. Cerró los ojos al tiempo que se exigía esta vez dejar de lado ese maldito miedo y los delirios de persecución.

Aseguró la ventana y no olvidó correr también las cortinas, mientras caminaba hacia el baño pudo notar que algo había cambiado en el ambiente una vez más, se encontraba menos denso, incluso podía decir que se había vuelto cálido.

Minutos después se encontraba acostado en su cama con los ojos abiertos mientras miraba el techo, no podía ver nada entre las sombras que envolvían su habitación, aun así, mantenía los ojos abiertos, quizás a la espera de algo.

∞∞∞∞

La verdad era que Nathaniel no estaba del todo equivocado sobre la presencia de alguien dentro de su departamento, para cuando llegó a éste ya Pandora se encontraba allí, aprovechando la ausencia del pintor se paseó por el mismo con total libertad, sus poderes le permitían entrar y salir a su antojo, pero cuando él se hallaba cerca de ella no podía manejarse con total libertad, era como si su presencia la hiciese vulnerable.

Tanto así que logró percibirla con solo entrar al lugar, tal vez era ese lazo que los había mantenido unidos desde otras vidas o que ella mantuviera la promesa de no usar sus facultades sobre él de manera directa. Se vio obligada a salir en cuanto sintió cómo el miedo y la angustia se instalaban en él, no quería inquietarlo no era ese su objetivo.

Mucho menos después de la sorpresa que le había entregado esa noche, Tristán también era amante de la música clásica, en especial de Corelli. Su emoción ante esa aparente casualidad casi estuvo a punto de rebasarla y hacer que se mostrara ante él, cada vez se convencía más que la esencia de su esposo dormía dentro del cuerpo de ese joven y que pronto lo tendría a su lado una vez más.

# Capítulo 5

Llegó hasta el lugar que ocupaba a las afueras de la ciudad, un antiguo castillo enclavado sobre un acantilado que se abría paso en las hermosas aguas del atlántico. Se quitó la gruesa capa que llevaba puesta lanzándola a un rincón del lugar, chasqueó sus dedos en dirección a la chimenea y los leños en ésta comenzaron a arder de inmediato, lo hacía más por costumbre que por necesidad, ya no sentía frío, su visión tampoco requería de la luz de las llamas para ver. Se detuvo en seco cuando sus ojos captaron la figura sentada en un sillón en el rincón más alejado del salón, completamente inmóvil.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó casi en un susurro, aunque su voz era amenazante.

—Jamás te he perdido de vista —contestó la voz grave de un hombre, mostrando en su tono cierto sarcasmo—. Conozco cada uno de tus movimientos Pandora —agregó sonriendo y la miró de pies a cabeza mientras sonreía con sorna.

Ella le dio la espalda sin mencionar una palabra, pero su mirada era muy elocuente, brillaba cargada de rabia. Se encaminaba hasta su habitación, pero antes de que pudiese desaparecer por el largo pasillo el caballero en la oscuridad habló de nuevo.

—Entonces piensas que has encontrado a tu gran amor… La verdad me sorprende que después de todo este tiempo hayas mantenido la esperanza.

—Fui recompensada —expresó volviéndose a mirarlo con una gran sonrisa, pero ésta no llegaba a sus ojos, ellos no habían vuelto a sonreír, lo hacía más para retarlo.

—Si así lo crees… pero si me dejas mostrarte mi visión del panorama te darás cuenta de que tu situación es preocupante mi querida Pandora… ese hombre que crees la reencarnación de tu difunto adorado y valeroso esposo no es más que un chiquillo con un pasado tan desgraciado como seguramente lo será su futuro… un pintor con demasiadas ínfulas… bueno, aunque viéndolo bien Tristán era igual de arrogante… —exponía cuando la vio acercarse y prefirió callar.

—No hables de él… no vuelvas a poner en tu maldita boca su nombre —siseó mirándolo fijamente, haciendo que el ambiente en torno a ellos casi se helara.

—En ocasiones abusas de mi buena voluntad Pandora… ¿Has pensado en que tal vez yo pueda terminar cansándome y enviarte a un lugar del cual no podrás salir jamás, condenándote a revivir una y otra vez el sufrimiento de años atrás? —susurró con voz fría y dura.

—Sabes que no te tengo miedo Hazazel, que ya nada puede causarme dolor —esbozó mirándolo a los ojos.

—¿Nada? ¿Ni siquiera ver a ese pobre desgraciado terminar igual que tu amado esposo? —inquirió levantando una ceja, para después mostrar una sonrisa cuando vio el miedo reflejado en las pupilas de ella—. ¿Ves Pandora? Todos… todos le tememos a algo en esta vida —agregó poniéndose de pie para tomar su sombrero y su bastón.

—¿A que le temes tú? —inquirió ella en un susurro deteniéndolo.

—Eso… jamás te lo diré mi niña, ya te he enseñado demasiado, solo pasé para hacerte saber que te estoy vigilando, si deseas seguir jugando a la pequeña chica indefensa que espera ser rescatada por su amado príncipe es tu problema… pero ten en cuenta que todo tiene su final y este jueguito también. Cuanto más te acerques a aquello que eras antes de tener los dones que tienes ahora, más te debilitarás, tu fortaleza está en tu odio, en tu sed de venganza… sin eso no

eres nada ¡Recuérdalo! —sentenció y salió dejándola sola.

Ella se volvió y fijó su mirada en las llamas que se desprendían con fuerza de los leños en la chimenea, sintiendo una enorme opresión en el pecho, unas ganas de llorar que hacía mucho no la aquejaban, era como si todo el dolor y la tristeza se le vinieran encima de golpe, se envolvió con los brazos y un sollozo escapó de su garganta.

—Mi odio… mi sed de venganza… ya no tengo nada de eso, ya no deseo tenerlo… estoy cansada, ¿a quién debo seguir asesinando? ¿Acaso no he pagado ya el precio de haberte entregado mi alma? —preguntó en susurros y las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—No entiendo por qué sigues escuchándolo.

Mencionó una cálida voz tras ella.

—¡Demonios! —exclamó sobresaltándose—. Gardiel… ¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces aquí? —inquirió alarmada mirando hacia la puerta por donde había salido el hombre vestido de negro.

—Demonio es el que acaba de dejar tu morada —indicó con molestia—. Y no, no me he vuelto loco… sabía que él vendría, no te pierde pisada, eres su más preciada posesión Pandora. Debía advertirte para que fueses precavida, pero temo que he llegado tarde, ya se enteró de lo de Nathaniel Gallagher… Debemos cuidar del joven —agregó acercándose.

—Sabes que es peligroso, si Hazazel se entera de lo que he estado haciendo, todo se vendría abajo y no quiero ni pensar lo que nos haría, no temo por mí sino por ti… Por el joven no te preocupes, sabe que no puede tocarlo, de hacerlo me perdería a mí completamente y no creo que desee que eso ocurra —aseguró mientras se acercaba a las ventanas y dibujaba unas figuras invisibles en éstas.

—No debes temer por mí Pandora… yo soy mucho más fuerte que el miserable de Hazazel, si no he acabado con él es porque debemos mantener en secreto nuestro pacto, una vez que hayamos conseguido lo que deseamos no habrá necesidad de que ninguno de los dos nos manchemos las manos con esa escoria… —mencionó acercándose a la chimenea—. Pandora… esto no servirá de nada si dejas que el odio vuelva a apoderarse de tu corazón, ¿lo sabes verdad? —preguntó con sus ojos puestos en las llamas.

—No has dejado de repetírmelo a diario, ¿cómo podría olvidarlo? —contestó con ironía.

—La otra tarde estuviste a punto de hacerlo… esa chica, la que ocupa el corazón del pintor… —decía cuando ella lo interrumpió.

—No le he hecho nada… ni siquiera la conozco —se defendió.

—No… pero lo pensaste, pude sentir tu odio Pandora, incluso pude ver lo que veías y no era nada agradable, eso puede lanzar por tierra todos tus esfuerzos…

—Ella no debió lastimarlo —expresó, la rabia era palpable en su voz y visible en su postura amenazante.

—¿Acaso sabes lo que ocurrió entre ellos? Tú no eres Dios para juzgar a las personas y menos sin conocer sus historias, calma esa ansia de venganza que te corre por las venas —demandó con voz autoritaria mirándola a los ojos.

—No… no lo soy, no soy tu Dios… yo soy mi propio Dios… tomo la justicia en mis manos cuando me place sin tener que esperar la gracia divina…

—¡Ya deja de renegar de tu padre! —gritó el hombre mirándola con rabia y haciendo que se sobresaltara, dejó libre un suspiro y cerró los ojos para calmarse.

—Me pides que no reniegue de un padre que no acudió en mi auxilio cuando más lo necesité… que me abandonó a merced de aquellos que me lo quitaron todo en su nombre… ¡Cómo quieres que no reniegue de ese padre que se quedó impasible viendo cómo me

despojaban de todo lo bueno que tenía! —exclamó con dolor y odio, las lágrimas estaban de nuevo en sus ojos.

—No fuiste la única que sufrió Pandora, muchos más también lo hicieron… muchos perdieron a sus familias, sus casas, sus fortunas, corrieron con tu misma suerte; sin embargo, no hicieron lo que hiciste tú, comprendo que te sintieras agobiada por el dolor, por la impotencia y la soledad, pero… —decía acercándose a ella para ponerle una mano en el hombro.

—¡No deseo tu lástima Gardiel! —mencionó alejándose y dejándole la mano extendida en el aire, dándole la espalda—. Tú jamás podrás comprenderme porque no perdiste lo que yo perdí… Apenas tenía veinticuatro años cuando me destrozaron la vida y todo por la maldita ambición, no se conformaron con lo que Tristán les ofrecía, ellos lo querían todo… tuve suerte de no ser ultrajada como muchas de las pobres desgraciadas que encerraron conmigo, supongo que temían que si recibía un solo maltrato más podía terminar muriendo —esbozó con amargura, secándose las lágrimas con fuerza innecesaria.

—No ganas nada con seguir alimentando ese rencor… solo darle más poder a Hazazel sobre ti, te dice que eso es lo que te mantiene fuerte, viva, joven y hermosa, es todo un engaño y lo sabes… el único beneficiado en todo esto es él, se alimenta de tu furia y tu sed de venganza… ¿Acaso no estás cansada ya Pandora? —preguntó con un tono lento y triste.

—Dices que puedes ver mi alma… dime tú cómo me siento Gardiel, he vagado por el mundo por casi dos siglos, siguiendo a todo aquel que lleve en sus venas la sangre de quienes se robaron la mía, imponiendo mi propia justicia… derramando mi odio sobre ellos —contestó, su voz era un murmullo en la noche, un lamento.

—Tienes salvación… aún la tienes, aún existe amor y bondad dentro de ti, te duele lastimar a los demás, tu salvación está aquí dentro… —mencionó parándose ante ella y colocando una mano sobre su pecho mientras la miraba a los ojos—. Pude sentirla, especialmente cuando estuviste anoche en el departamento de ese joven…

—No quiero que estés cerca cuando lo veo, te lo pedí —espetó alejándose de él una vez más sintiéndose molesta.

—¿Por qué no te gusta que vea cuando eres buena Pandora? —cuestionó desconcertado.

—Porque no… porque en esos momentos soy vulnerable y… no quiero serlo, no quiero serlo nunca más —respondió con un hilo de voz esquivando la mirada del rubio—. Seguiré ayudándote, pero no esperes mucho de mí… no puedo cambiar lo que soy, menos puedo regresar a ser quien era, lo sabes bien —indicó observando los relámpagos que cruzaban el cielo a través del ventanal.

—¿Cómo harás para hacer que nazca el amor en ese chico entonces? Sé que no deseas utilizar tus poderes sobre él… pero si le dejas ver quién eres realmente dudo que pueda llegar amarte —susurró con tristeza, pues sabía que eso la lastimaba.

—Lo sé… no es necesario que lo digas y me hagas sentir más miserable de lo que ya soy, he cometido tantos errores Gardiel… tantos… —dijo y un suspiro pesado se escapó de su pecho—. Él es mi única salvación… si existe alguna para mí es ese joven, solo necesito que la esencia de Tristán que duerme en él despierte, solo eso… sé que está allí, puedo percibirla y me salvará, Tristán borrará todo el odio —agregó mostrando un hermoso brillo que iluminaba sus ojos, mostrando el hermoso gris que era su tono real.

—Te estás metiendo en terrenos peligrosos Pandora, ¿has pensado acaso en lo que puedes ofrecerle? ¿Lo que puede sentir él cuando vea todo esto, cuando sepa la verdad?… —Intentaba hacerla entrar en razón, mostrándole el lugar donde se encontraban.

—¡Por qué todo tiene que ser tan complicado contigo maldita sea! Ya encontraré la manera de

controlar todo eso… yo lo quiero ¡Lo quiero entiende! Y lo tendré Gardiel… ¡Te juro que lo tendré! —gritó con una mezcla de miedo y furia—. ¡Mantente alejado de él, no interfieras en esto! ¡No es asunto tuyo! Y déjame en paz de una buena vez… antes de que me harte y mande todo al demonio —esbozó y su tono era amenazante.

—No me hables así Pandora… muéstrame respeto ¡Ya he sido muy condescendiente contigo! No pongas a prueba mi paciencia, no lo hagas porque puedes terminar lamentándolo —expuso en el mismo tono de ella, mirándola a los ojos.

—¡Bien, pues hazlo de una vez! No soporto una amenaza más, ni de tu parte ni de Hazazel, me tienen harta los dos… ambos peleándome como si fuese un maldito juguete. ¿Les parezco caprichosa e intransigente? ¡Se aguantan! Si no, ya saben lo que tienen que hacer… ¡Vamos, aquí estoy! —gritó con sus ojos fijos en él, destellando ira.

Gardiel se quedó inmóvil mirándola tenso como la cuerda de un violín, pero sin moverse un solo milímetro, sintiendo el aire vibrar entre ambos.

Ella al ver que él no hacía nada lanzó un grito de frustración que era más un alarido, giró con asombrosa rapidez y desapareció ante los ojos azules que la observaban sin mostrar sentimiento alguno. Pero se cerraron sintiéndose derrotados en cuanto se encontró solo en ese lugar.

—Si no fuese por lo mucho que me importas ya me hubiese marchado de tu lado, dejándote a tu suerte una vez más… pero no puedo hacerlo… ¡Dios, ayúdame a encontrar la voluntad para hacer lo correcto! —rogó abriendo sus párpados, clavando su mirada en el fuego dejándose envolver por el brillo de éste.

∞∞∞∞

Ella salió volando del lugar, envuelta en nubes densas y oscuras que anunciaban una gigantesca tormenta, casi tan grande como la que azotaba su alma en ese momento, todas esas sensaciones que la colmaban nuevamente la desconcertaban y la llenaban de temor, justo como confesara minutos antes, no quería ser vulnerable de nuevo ya había sufrido demasiado, todos los días vivía un constante martirio como para verse de nuevo en ese pasado donde la vida la golpeaba a su antojo y ella tenía que permanecer tendida en el suelo dispuesta a recibir un golpe tras otro.

La noche aún era joven y ella no deseaba volver a la mansión, no quería ver a Gardiel ni sufrir sus constantes cuestionamientos, él estaba comenzando a cansarla y si no lo dejaba era porque había sido el único ser que se había interesado realmente por lo que sentía, se había vuelto una especie de amigo y confidente; lo apartó de su cabeza y sin poder evitarlo la imagen de Nathaniel Gallagher llegó hasta ella, se había prometido no importunarlo, pero no podía mantenerse alejada de él, lo necesitaba.

El viento azotaba con fuerza los cristales del gran ventanal ubicado en la habitación de Nathaniel, las cortinas inmóviles mantenían alejadas del joven las resplandecientes luces de los relámpagos que cruzaban el cielo a minutos, para luego retumbar con gran estruendo a las afueras del edificio; sin embargo, eso no lograba sacar a Nathaniel del profundo sueño donde se hallaba, envuelto por una acogedora calidez que lo hacía sentirse cómodo y protegido.

Mientras a pocos pasos de la cama y sentada en el sofá favorito de Nathaniel se encontraba Pandora observándolo, era la quietud, la calmada adoración con la cual lo miraba lo que hacía que él durmiese plácidamente.

Tristán le brindaba una paz infinita y ella se la devolvía de igual manera, esta vez optó por no

acercarse, solo lo admiraba mientras dormía, pero su cuerpo era víctima de ciertos estímulos debido a esa cercanía.

Aquellos recuerdos de años atrás cuando fue una mujer amada y deseada se hicieron presentes, provocando que suaves olas de calor le recorrieran el cuerpo y una sensual sonrisa se instalara en sus labios al tiempo que sus ojos se llenaban de luz.

—Me encantaba verte sonreír… ver cómo se te iluminaba la mirada, el amor y la devoción que mostraban tus ojos cuando me despertabas en las mañanas entre besos y caricias… tu sonrisa era como la de un niño, un niño travieso en ocasiones.

Susurraba y a medida que los recuerdos llegaban a ella las emociones se hacían más palpables.

—Ese niño travieso que se convertía en segundos en un hombre apasionado y tempestuoso, que me azotaba con toda la lujuria que pudiese imaginar… El deseo hacía estragos en mí cada vez que me seducías, sabías cómo hacer que te deseara con locura.

Se puso de pie atraída por la figura del hombre entre las sábanas.

Su mano comenzó a acariciarlo con un toque casi imperceptible, deslizándose por el fuerte pecho que por fortuna se hallaba libre de prendas. Apreciaba el calor, la suavidad y al mismo tiempo la fortaleza de sus músculos bajo la bronceada piel, esa piel que tantas veces recorrió con sus labios hasta sentir que deliraba.

Llevada por esas sensaciones que la cubrían se elevó en el aire, levitando lentamente hasta dejar su cuerpo suspendido por encima del de él, sin llegar a rozarlo siquiera, pero con la cercanía suficiente para beber el aliento que brotaba de los labios de Nathaniel.

Sus cabellos oscuros caían a ambos lados de su rostro como una espesa y hermosa cortina de terciopelo, mientras la manta que cubría su cuerpo se deslizaba emulando su cabellera, extendiéndose cuan larga era sobre las sábanas que cubrían el tibio cuerpo masculino.

—¡Cuánto adoro tu calor! —expresó extasiada en esa intimidad de la cual gozaba, cerrando los ojos y dejándose embriagar por el perfume que desprendían los poros de la piel de él.

Su cuerpo le pedía más y cedió a ese deseo, apoyando su figura casi etérea sobre el cuerpo sólido de quien para ella era su esposo mientras sentía el dulce palpitar de su corazón estrellarse contra sus senos, los músculos tensos por la fuerza y al mismo tiempo relajados por el sueño, solo le bastó un simple toque en los labios para perderse completamente.

Sus ansias la rebasaron, no pudo controlar sus impulsos y tomó la boca de él en un beso profundo e intenso, volcando en éste toda la necesidad y el deseo reprimido por años. Los labios de él se abrieron voluntariamente para recibir el asalto al cual ella lo sometía, sin querer ser consciente de lo que estaba haciendo Pandora solo bebía de esa boca que fue su fuente de vida casi dos siglos atrás, sin importarle nada más se entregó también a la satisfacción de tenerlo una vez más.

Las sensaciones la llevaron a años atrás cuando por primera vez experimentó a plenitud el placer y dejó de ser niña en los brazos del hombre que para ella lo significaba todo.

# Capítulo 6

La ceremonia se llevó a cabo durante el día como era tradición en primavera, ella todavía no terminaba de asimilar que su vida estaría unida a la de Tristán para siempre, aún le parecía estar en medio de un sueño. Pero cuando su doncella la ayudó a despojarse del pesado traje de novia y a prepararse para su noche de bodas, untando su cuerpo con dulces esencias después de haber tomado un baño en la tina con agua caliente para liberar el cansancio, comenzó a ser consciente de su verdadera realidad, era la condesa de Provenza.

—¿Estás nerviosa Pandora? —preguntó al escuchar el suspiro que había liberado y buscó su mirada a través del espejo mientras deshacía los bucles que había formado parte de su peinado.

—No lo sé… me siento extraña, Tatiana —respondió con la confianza que le tenía, pues más que su doncella era su amiga.

—No debes estarlo… el conde te ama y será gentil contigo —mencionó dedicándole una sonrisa.

—Tienes razón, soy una tonta al preocuparme… además, yo también lo amo y seré gentil con él —esbozó con la mirada brillante.

—Estoy segura de que sí —acotó Tatiana con picardía, pues ella sabía que la mujer no tenía mucho que hacer la primera vez, ya después las cosas cambiaban, pero Pandora era muy inocente para saberlo.

Minutos después la rubia abandonó el lugar, dejando a la nueva condesa de Provenza lista para recibir a su esposo.

Pandora se miraba en el espejo de cuerpo entero con hermoso marco dorado que le devolvía su reflejo, apenas podía reconocerse llevando esa ropa, era un elegante salto de cama de seda blanca y encajes que la hacían sentir desnuda, sobre todo porque no llevaba nada más debajo de éste, Tatiana le había dicho que así debía ser, pero ella seguía dudando, jamás se había mostrado desnuda ante nadie más que no fuera su doncella.

Escuchó la puerta abrirse y eso la hizo sobresaltarse, se volvió de inmediato para ver de quién se trataba y su mirada se topó con la topacio de su esposo, quien le sonreía. Tristán lucía muy apuesto y al igual que ella solo llevaba ropa de dormir, sintió sus mejillas arder cuando vio la mirada de él recorrer su figura.

—Luces hermosa Pandora —susurró acercándose despacio y se detuvo frente a ella, llevó sus manos hasta los hombros de su esposa sintiendo cómo ese toque la hacía estremecer.

—Gracias —esbozó ella como pudo y después le desvió la mirada, sintiendo que los latidos de su corazón se aceleraban.

Él deslizó sus manos por el delgado cuello de ella masajeando con suavidad la nuca, justo donde las hermosas y sedosas hebras castañas nacían, le gustaba verla así con el cabello suelto, lucía mucho más bella, deslizó los pulgares por las mejillas que se mostraban sonrojadas y la instó a subir el rostro.

—Mírame —le pidió en un susurro, ella lo hizo parpadeando de manera nerviosa y él le dedicó una sonrisa—. Te amo Pandora… estoy perdidamente enamorado de ti y muero por hacerte mi mujer —esbozó con su frente en la de ella, con sus miradas fundiéndose.

Pandora se estremeció de pies a cabeza ante esa declaración, una ola de calor le recorrió todo el cuerpo y su corazón que antes latía rápidamente pareció enloquecer, se aferró a los fuertes

brazos de su esposo para no caer al piso cuando sintió que sus piernas flaqueaban y de sus labios solo salió una frase.

—Te amo Tristán.

Él la envolvió entre sus brazos y la besó con pasión, con esa que se había estado guardando desde la noche en que la conoció. Ya la había besado antes, pero siempre siendo tierno y caballeroso, sin ir más allá de un delicado roce de lenguas para no asustarla o hacerla sentir ofendida, pero en ese momento ya no tenía por qué seguir cohibiéndose, Pandora era suya, por fin era suya.

Ella sintió cómo Tristán la elevó y comenzó a caminar con ella en brazos hacia la inmensa cama vestida con gazas, sedas y algodón, el lecho matrimonial se mostró ante ella como la entrada a un mundo de ensueño. Suspiró y buscó con su mirada la de su esposo quien le acariciaba la cintura, tembló cuando las manos de él se deslizaron por sus caderas hasta llegar a la curva de su trasero.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Tristán con tono suave mientras la miraba a los ojos.

Ella negó entregándole una hermosa y tímida sonrisa, él respondió con el mismo gesto mientras llevaba sus manos hasta la delicada cinta que mantenía cerrada la bata que cubría el cuerpo de Pandora.

—Espera… —pidió ella deteniéndolo, se alejó para subir con rapidez a la cama y meterse bajo las mantas.

—¿Qué haces? —La interrogó sintiéndose desconcertado.

—Lo que dijo mi tía Amaranta —contestó con voz trémula.

—¿Ella te dijo que te escondieras de tu marido? —inquirió algo divertido apoyando una rodilla sobre la cama.

—No, me dijo que debía esperarte y una vez que entraras debía meterme a la cama y cubrirme, que tú encontrarías el camino hasta mí sin que yo hiciera nada que de esa manera sería mejor —respondió sin siquiera respirar entre una frase y otra.

Tristán mostró una sonrisa más amplia, esa que iluminaba sus hermosos ojos topacio y exponía la perfecta dentadura que parecía resplandecer en la tenue oscuridad que colmaba la habitación. Con cuidado apartó las mantas que cubrían el cuerpo de su esposa y le brindó una tierna caricia sobre el hombro desnudo, la tela se había deslizado dejándolo expuesto, la miró a los ojos antes de seguir avanzando hacia el nacimiento de sus senos.

—A partir de este momento… te vas a olvidar de todo lo que te haya dicho tu tía —decía y la calló posando sus dedos sobre los labios llenos y suaves al ver que pretendía protestar—. Vas a olvidarlo todo Pandora y vas a dejar que sea yo quien te enseñe, esta es una experiencia que nos pertenece solo a nosotros… y somos los dos quienes debemos vivirla, quienes debemos decidir qué hacer y qué no —pronunciaba con lentitud mientras ella lo miraba fijamente, estremeciéndose ante el roce de su pulgar sobre el pequeño pezón que empezaba a tensarse, él tragó al sentir su boca hecha agua—. Son nuestros cuerpos… es nuestro amor, nuestro deseo, Pandora.

Ella asintió cerrando los ojos y arqueando la espalda mientras gemía al sentir la mano de Tristán apoderarse por completo de su seno, la acariciaba con suavidad y posesión al mismo tiempo, como si su cuerpo no fuera suyo sino de él. Todo fue mucho más intenso cuando tomó entre sus manos ambos senos y comenzó a masajearlos con ese exquisito toque que aceleraba su corazón.

—Tristán —esbozó en medio de un suspiro, acariciándole las manos, sintiendo la piel de él igual de caliente que la suya.

Él subió a la cama, pero no la cubrió con su cuerpo, deseaba ir despacio, después de todo solo tendría una noche de bodas en su vida; se acomodó junto a Pandora quedando de lado y con agilidad abrió la hermosa prenda dejando el cuerpo de su mujer completamente desnudo para su deleite.

—Eres tan hermosa —susurró dibujando con sus dedos un camino por el suave estómago de ella, dándole tiernos besos en la mejilla y el cuello mientras sus dedos ya se encontraban en el vientre que temblaba—. Dime qué quieres hacer Pandora… pídeme lo que desees y yo te lo daré, te daré todo de mí —expresó con la voz ronca.

—Bésame —pidió jadeando cuando él comenzó a tocarla en medio de sus piernas.

Pandora empezaba a sentir que se quemaba, todo su cuerpo estaba como cuando le daba fiebre, temblando, con el corazón acelerado y un latido que retumbaba en cada rincón. Separó sus labios al sentir la pesada y ágil lengua de su esposo rozarlos, él entró de lleno en su boca arrancándole un gemido profundo y largo; algo en su interior comenzaba a crecer, provocando que se aferrara al brazo de Tristán y tensara sus músculos internos al sentir cómo introducía un dedo suavemente en ella, haciendo vibrar cada fibra de su ser a medida que aumentaba el movimiento.

Ella jadeó con fuerza y enredó su otra mano en las hebras cobrizas de la espesa cabellera de su esposo cuando Tristán presionó con el pulgar ese brote en su intimidad que ella nunca había tocado así, el mismo que palpitó haciendo que más humedad brotara de su interior. Por instinto cerró las piernas para detener la ola de sensaciones que la recorrían y la llevaban por terrenos desconocidos para ella.

Tristán gimió dentro de su boca al sentir cómo ella apretó las piernas capturando su mano y se contraía entorno al dedo sumergido en ese maravilloso y cálido paraíso, el que dentro de poco sería suyo. Comenzó a deslizar sus labios por el cuello, bajando hasta los senos mientras su mano intentaba llevar el movimiento en el interior de Pandora, disfrutando de las palpitaciones que cada vez eran más fuertes, podía sentir que estaba a punto de irse.

—Tristán … Oh, Tristán. —Gemía ella moviendo la cabeza de un lado a otro, sin poder mantener los ojos abiertos.

—Aquí estoy mi amor, solo siénteme Pandora —susurró él contra los labios temblorosos—. Mírame, quiero ver cómo se ilumina tu mirada —pidió apoyando su frente en la de ella.

Pandora abrió los ojos parpadeando al sentir la vista nublada y verlo a él fue lo más hermoso, su corazón aceleró su ritmo al tiempo que cientos de sensaciones atravesaban su cuerpo con rapidez y ese algo que crecía dentro de ella estaba colmando cada rincón.

Comenzó a tensarse y estuvo a punto de cerrar los ojos de nuevo, pero no quería dejar de mirar a Tristán, así que luchó para mantenerlos abiertos, sus labios se separaron liberando un sonido mezcla de jadeo y alarido que retumbó contra las paredes cuando eso en su interior estalló haciéndola convulsionar.

Después de un par de minutos volvió a ser consciente de su realidad, a sentir los besos de Tristán sobre su cuello y la respiración cálida que acompañaba cada toque de sus labios, se estremeció cuando él retiró la mano de entre sus piernas y una tibia humedad impregnó su intimidad, haciéndola sentir apenada pues era como si hubiera mojado las sábanas, no tanto como de niña, pero se sentía extraña, él buscó su mirada dedicándole una sonrisa.

Lo vio a él tan feliz y satisfecho que eso la hizo olvidar las dudas y la incómoda sensación que la embargaba al no saber qué decir o hacer, suspiró captando la atención de su esposo. En ese instante una pregunta llegó hasta su cabeza y salió de sus labios de manera espontánea.

—¿Ya soy tu mujer? —preguntó con timidez mientras parpadeaba mirándolo a los ojos.

Su tía le había dicho que él se pondría encima de ella, que empujaría y podía causarle dolor pero que pasaba rápidamente, que era necesario para que ella fuera madre algún día. Pero nada de eso había sucedido, al menos no de esa manera, él había empujado en su interior, pero sin llegar a lastimarla; por el contrario, todo fue demasiado placentero, abrumador y completamente extraordinario.

—Apenas estamos comenzando, condesa —respondió con una sonrisa radiante—. Yo también quiero ser tu hombre, esta noche seremos uno del otro Pandora, esta noche y por el resto de nuestras vidas —mencionó con un tono de voz que prometía cumplir todas sus promesas de amor.

Luego procedió a despojarla por completo del salto de cama, con suavidad recorrió con sus manos el cuerpo de su mujer una vez más, deleitándose en sus delicadas formas que aún mostraban el cuerpo de una joven, pero que anunciaban que tendría una extraordinaria figura al llegar a la adultez, tal vez después del embarazo.

Se puso de rodillas en medio de las piernas de Pandora y con un movimiento rápido se despojó de la ropa que llevaba, la vio desviar la mirada apenada y eso lo hizo sonreír, se acostó encima de ella suspirando al sentir la suavidad de los pequeños senos cuando su pecho los rozó. Le entregó una hermosa sonrisa para llenarla de confianza y procuró no dejar caer todo el peso de su cuerpo sobre ella para no hacerla sentir sofocada.

—Tócame Pandora, acaríciame… Quiero que lo hagas, yo soy tuyo —susurró abriéndose espacio entre las piernas de ella, gimiendo ante el roce de sus pieles y el húmedo calor que lo recibió cuando su erección rozó el centro palpitante de ella.

—Eres mío —esbozó ella deslizando sus manos por la fuerte espalda de su esposo, cerrando los ojos ante la maravillosa sensación que le producía tocar los músculos tensos y cálidos de él —. Eres mío… eres mío Tristán.

Ahogó un gemido y se tensó cuando él comenzó a entrar en el interior de su cuerpo, la sensación de sentirse colmada por Tristán le resultó mucho más contundente que ésa vivida minutos atrás, era como si las emociones y la expectativa se duplicaran exigiéndole que diera mucho más de ella en ese momento.

Tristán suspiró contra la suave piel del cuello de Pandora y le acarició las piernas para separarlas un poco más y tener el espacio para maniobrar con facilidad, estaba conteniéndose tanto como podía para no hacerle daño, no quería que ella tuviera una primera experiencia traumática.

—Relájate, amor… necesito que te relajes, Pandora —pronunció y su voz cada vez era más grave, podía sentir el retumbar de los latidos de su corazón dentro de su cabeza.

—Pídeme lo que quieres que haga, Tristán … dime cómo debo comportarme —susurró ella con timidez.

—Envuélveme con tus piernas —respondió con una sonrisa que le iluminaba el rostro, saber que ella también quería complacerlo le hinchó el pecho de felicidad, sintió que intentaba hacerlo y él llevó sus manos a cada extremidad de Pandora para ayudarla—. Ahora abrázame… Después de esto seremos un mismo ser, un solo corazón, una sola alma… seremos uno solo mi amor — expresó dándole suaves toques de labios mientras la veía con ternura, con devoción y deseo.

Pandora asintió con la cabeza al tiempo que sonreía y sus ojos se humedecían por las lágrimas, él era tan perfecto, mucho más de lo que alguna vez soñó, subió sus labios para besarlo y en medio de ese beso dejó escapar un jadeo cuando Tristán desgarró algo en su interior, tembló apretando los párpados con fuerza. Sintió cómo él rozaba sus labios con suavidad y se mantuvo sin moverse mientras un par de lágrimas brotaron de sus ojos rodando por sus sienes hasta

perderse en su cabellera, suspiró soltando el aire lentamente.

—Lo siento amor… —expresó Tristán preocupado al ver el semblante contraído de Pandora.

—Ya pasó… estoy bien —esbozó ella abriendo los ojos para mirarlo, sonrió acariciándole el rostro para alejar la tristeza que veía en él—. Después de esto puedo ser mamá —acotó al tiempo que su mirada se llenaba de luz y elevó un poco el rostro acercando sus labios para besarlo con ternura.

Tristán sonrió rebosante de felicidad ante la idea de tener un hijo con ella, recibió ese beso cargado de ternura y le cedió un poco más de tiempo para que su mujer se acostumbrara a él, después comenzó a moverse al ver que ella deseaba que lo hiciera, la vio fruncir el ceño suprimiendo un quejido y eso lo hizo detenerse una vez más.

Pandora lo instó a seguir intentando ocultarle la incómoda sensación en su interior, pensó que todo pasaría rápido, pero le llevó un par de minutos acostumbrarse al roce de su esposo y las profundas penetraciones que la hundían entre las suaves cobijas bajo su cuerpo, mientras la respiración de ambos se tornaba agitada.

A pesar de tener que contenerse y su preocupación por que Pandora se sintiese bien, esa experiencia estaba siendo maravillosa para Tristán, nunca antes se había sentido tan abrigado por una mujer, ni su cuerpo había sido recorrido por tantas sensaciones o esa emoción que le colmaba el pecho y crecía a cada momento. Se tensó cuando se percibió a las puertas de su desahogo, buscó los labios de Pandora y la besó con premura, pero manteniendo el ritmo pausado de sus caderas para evitar hacerle daño.

—Tristán … amor… Tristán —pronunció ella con urgencia.

Lo llamaba para que él le ayudara a soportar esa fuerza poderosa que crecía en su interior y amenazaba con romperla, era algo parecido a lo que vivió antes pero mucho más poderoso y abrumador, comenzó a temblar mientras se aferraba a él con piernas y brazos, anclando su mirada en los ojos topacio de su esposo.

—Te amo Pandora… eres mi vida —esbozó él con la voz ronca y no pudo contenerse más, estalló dentro de ella con potentes descargas que lo hicieron temblar de pies a cabeza.

—¡Mi amor! —gritó ella hundiendo su cabeza entre las almohadas, abandonándose a ese placer absoluto que experimentaba por primera vez en su vida.

La felicidad los envolvió llevándolos muy alto y dejándolos allí por un buen rato, unidos tan estrechamente que sus corazones parecían latir al unísono, sus respiraciones seguían siendo agitadas y esas descargas de placer que los atravesaban a momentos, hacían brotar de sus labios gemidos que compartían en medio de besos.

Sus miradas rebosantes de satisfacción se fundieron durante un tiempo que no lograron contar, el mismo durante el cual se expresaron los sentimientos sin necesidad de esbozar palabras y sus labios se entretuvieron en brindarse besos que iniciaron en roces tiernos hasta pasar a aquellos que lo abarcaban todo, apasionados y profundos, los que despertaron el deseo.

Pandora y Tristán vivieron una segunda entrega, esa vez él se movió quedando acostado sobre su espalda, para darle a su esposa la libertad de ser quien llevara las riendas del acto de amor y ella aún desde su inexperiencia logró darle uno de los mejores momentos de su vida, porque le entregó más que un cuerpo, le dio su alma.

El cansancio terminó sumergiéndolos después de medianoche en un sueño colmado de satisfacción y paz cuando ella apoyó su cabeza en el pecho de su esposo y él envolvió con sus brazos el cuerpo de su mujer.

# Capítulo 7

En un espacio entre el sueño y la realidad, Nathaniel podía sentir cómo su cuerpo era barrido por decenas de sensaciones extraordinariamente placenteras, su instinto masculino despertaba a esos estímulos externos que recibía, el suave roce de un cuerpo femenino apostado sobre el suyo calentaba la sangre que corría con más fuerza dentro de sus venas.

La dulce tibieza de una lengua que se movía en torno a la suya provocaba una avasalladora pasión que inundaba sus sentidos, los suaves labios que presionaban y succionaban con un excitante movimiento, lo impulsaban a entregarse a eso que llenaba su pecho de emoción… estaba soñando… sí, podía jurar que estaba soñando, tenía que estar soñando y solo existía una mujer que podía estremecer su cuerpo y su alma de esa manera, solo una, la misma con la cual había soñado por tanto tiempo, incluso después de haberla visto volverse un imposible.

—Rosemary… mi adorada Rose… —susurró entre besos, elevando sus manos para acariciarla.

Pandora sintió su corazón cubrirse de hielo en segundos, el calor que la envolvía desapareció ante la ola de frío que la recorrió entera, sus ojos se abrieron clavándose en el rostro de él, quien mostraba las huellas del placer y el deseo, olvidando su temor de haberlo despertado como ocurrió la noche anterior, ahora solo sentía una ira incontrolable, un deseo enorme de fulminar ese nombre que aún vibraba en el aire de sus pensamientos, deseaba no haberlo escuchado jamás.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y el corazón comenzó a latirle con tal lentitud que casi dolía, intentó incorporarse pero algo la mantuvo pegada al cuerpo del joven, buscó con sus ojos, apenas percibiendo que él estaba tocándola, sus manos la tenían sujeta de los brazos apostados a cada lado, con una fuerte prensa que ella no podía romper y eso era imposible, él no podía tener la fuerza para atarla de esa manera, respiró profundamente para calmarse y lo único que logró fue que un sollozo se escapase de sus labios.

—No llores… no lo hagas… prometo no dejarte nunca más.

Lo escuchó susurrar entre sueños y eso solo provocó que un nuevo tumulto de emociones la estremeciera, ella cerró los ojos para controlar la ola de lágrimas que los inundó, temblando ante el esfuerzo de mantener el andén que contenía dentro de su cuerpo todo el dolor que sentía, una vez más intentó alejarse de él pero la debilidad que la dominaba era demasiado poderosa, se dejó caer por completo sobre el cuerpo de Nathaniel, hundiendo su cabeza en el cuello y comenzó a sollozar en éste mientras temblaba como una hoja.

—Yo cuidaré de ti… no estarás sola nunca más Rosemary… te lo prometo mi amor… te lo prometo, no llores.

Susurraba acariciando con suavidad el espeso cabello negro.

—Duerme… —esbozó ella en un hilo de voz, luchando por permanecer calmada.

Minutos después Nathaniel se encontraba profundamente dormido una vez más y ella lo observaba parada junto al ventanal, ni siquiera notó cuánto tiempo había pasado allí atrapada en su imagen. El sol empezaba a asomarse en el horizonte y ella seguía sintiéndose abrumada por las sensaciones que la recorrían, mientras ese nombre se le clavaba en el corazón como un puñal y se repetía en su cabeza como una letanía, torturándola.

Descubrir que había una mujer en su vida de la cual estaba enamorado fue un golpe demasiado fuerte para ella, se llenó de rencor y dolor, se desesperó. No pudo evitarlo, aún después de todos

esos años ella tenía un alma, una que sufría y era atormentada por la idea de perderlo, pero no dejaría que eso sucediera, no ahora que lo había encontrado.

«Yo seguiré siendo tuyo incluso después de muerto Pandora»

Recordó las palabras que él siempre le decía cuando ella mostraba sus celos, eso hizo que su confianza se reforzara. No actuaría de manera impulsiva, debía ser cautelosa, tal vez esa chica no era tan importante, quizás él solo estaba confundido y ella se preocupaba de más, Pandora se marchó de ese lugar decidida a no dejar que nada le arrebatara la oportunidad de recuperar a su esposo y su vida.

∞∞∞

Al día siguiente Nathaniel llegó puntual a su estudio para prepararse antes de la exposición de esa noche y fue recibido por ese dulce olor a jazmín, el cual le inundó los sentidos y lo relajó por completo; se encaminó hacia el espejo y su semblante lucía mucho mejor que el día anterior, al menos no había tenido pesadillas; por el contrario, tuvo un sueño muy agradable y mucho más real que los vividos en el pasado.

Su cuerpo al despertar dio muestra de ello y una sonrisa se dibujó en sus labios al recordarlo, bajó la mirada captando el brillo de un pequeño broche, lo tomó entre sus dedos descubriendo que estaba elaborado en hilos de plata entretejidos, perlas, zafiros y topacios, los que resaltaban en el diseño, esa joya debía valer una fortuna.

Sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral cuando su pulgar rozó las piedras preciosas comprobando que eran reales, no recordaba haberlo visto antes.

«Era tuyo y me lo disté cuando quedé embarazada»

Escuchó esas palabras cerca de su oído, como un suave siseo que le heló la sangre, se volvió para mirar en un movimiento espontáneo, pero se hallaba solo.

—¡Por supuesto que estás solo Nathan! No seas ridículo. —Se recriminó en voz alta, posando su mirada de nuevo en el prendedor, su vista comenzó a nublarse, sentía los párpados pensados, como si tuviese mucho sueño, demasiado sueño.

De pronto una imagen llegó hasta su cabeza, sus ojos alcanzaron a ver un inmenso castillo de piedra enclavado en lo alto de un risco, era hermoso e imponente, con altas torres que finalizaban en almenas vigilantes, resultaban intimidantes desde la distancia, pero por extraño que pudiera parecer, todo eso le resultaba familiar e indiscutiblemente era Europa.

Su mirada se paseó por los valles alrededor, el paisaje estaba lleno de esplendor, verde y colmado de vida, el cielo de un azul claro y el sol brillando con fuerza en lo alto, incluso podía sentir la suave brisa que provenía del mar y las voces de los pescadores y los hombres que trabajaban en el puerto, así como el canto de las mujeres que recorrían la lavanda.

Un extraño sentimiento lo recorrió, sentía como si se encontrase en casa, como si ése fuera su hogar; sus ojos buscaron de nuevo el castillo, vio que en una de las torres hondeaba un gran estandarte de un azul intenso y brillante, mostrando un escudo familiar donde resaltaba la figura de un poderoso halcón.

Su vista recorrió el lugar y alcanzó a ver a una hermosa muchacha de cabellos oscuros y largos, piel nívea pero sonrosada tal vez por encontrarse expuesta al sol, vestida de un blanco virginal que la hacía lucir como un ángel, ella jugaba entre las flores con un niño. El pequeño tendría unos cinco años, quizás menos. En un instante ella levantó la mirada clavándola en la suya, la sonrisa desapareció y el brillo en aquellas pupilas rodeadas de un bellísimo iris gris,

despareció devorado por un gran dolor.

—Recuerda tus promesas… prometiste amarme siempre… prometiste que serías mío por la eternidad y debes cumplirlo… ¡Debes cumplirlo! —Le gritó mientras lloraba con amargura.

Un par de golpes en la puerta lo sacaron del trance en el cual había caído, tuvo que sujetarse con fuerza de una mesa para no caer al piso al sentir cómo sus rodillas se doblaron, los nudillos blancos y sus manos adoloridas le indicaron que llevaba rato aferrado a esta, se sorprendió al percatarse de que el extraño broche se encontraba sobre la madera pulida.

—Lo tenía en mis manos… yo… lo tenía… —susurró negando con la cabeza mientras lo observaba con creciente desconcierto, un escalofrío lo recorrió un par de segundos como si una corriente de aire frío hubiese entrado al lugar, pero la única ventana se encontraba cerrada y las cortinas se mantenían inmóviles.

—Señor Gallagher… —Lo llamó una voz al otro lado de la puerta.

—¡Un momento! —gritó tomando aire para calmarse.

Su imagen en el espejo reflejaba cuán perturbado se encontraba, pálido, sudoroso, con la respiración fatigada. Se llevó las manos al rostro frotándolo repetidas veces como para despertar de un sueño, luego las dejó ir hasta el cabello y respiró de nuevo cerrando los ojos, segundos después abrió los párpados, temeroso de lo que pudiera encontrarse al hacerlo y el reflejo en el espejo le devolvió la imagen de un desquiciado.

—Buenas noches, señor Gallagher, disculpe que lo moleste… — decía Martin observándolo temeroso al ver el semblante que tenía—. ¿Se encuentra usted bien? —preguntó.

—Sí… sí Martin estoy bien… ¿Qué se le ofrece? —inquirió Nathaniel aún desconcertado.

—Es su novia… la señorita Greenwood, llegó hace unos minutos y me pidió que le dijera que desea esperar el inicio de la exposición aquí en su estudio señor… sé que no le gusta que lo molesten antes de una presentación, pero… —Se quedó callado al ver la mirada fría y dura del hombre quien evidentemente se había molestado.

—Sarah… —siseó con rabia liberando un suspiro—. ¿Acaso no sabe que la velada empieza dentro de dos horas? ¿Qué hace aquí tan temprano? —cuestionó más para él mismo.

—Señor… la exposición está por iniciar, ya muchos de los clientes y críticos se encuentran en el salón principal de la galería… —contestaba cuando Nathaniel lo interrumpió.

—A menos que la hayan adelantado y no me informaran de ello… —mencionó volviéndose al reloj colgado en la pared y se detuvo en seco con asombro, al ver que el reloj marcaba las siete y veinte de la noche. Pero él acababa de llegar y cuando lo hizo eran las cinco y media, estaba seguro, el día estaba nublado, pero… —Fue sacado de sus pensamientos por la voz del caballero.

—Usted llegó hace dos horas al teatro señor, al menos eso me dijo Pandora cuando me la encontré hace un momento en el pasillo… la vi salir de este estudio y le pregunté por usted pensando que no había llegado aún, pero ella me dijo que se encontraba aquí y que estaba descansando… que no lo molestara…

Martin se quedó en silencio observando al pintor sumido en pensamientos como si estuviese recordando, mientras en su cabeza otras ideas revoloteaban y no tenían nada que ver con las que rondaban en la del artista. Estaba claro que la nueva empleada había pasado esas dos horas junto a Nathaniel Gallagher.

«¿Haciendo qué? Pues solo ellos dos lo sabían.»

Pensaba sonriendo en su interior al ver la agilidad que tenía el hombre para hacer conquistas en tan poco tiempo, ella apenas tenía un mes en ese lugar, además debía reconocer el buen gusto del pintor, aunque la muchacha se vestía como una anciana, poseía una belleza innegable.

—¿Pandora? —preguntó Nathaniel en un susurro, encontrándose mucho más desconcertado

que minutos atrás.

—Sí señor, ella… acababa de salir por esta puerta cuando yo venía por el pasillo, me dijo lo que le he mencionado. Seguí su sugerencia… pues seguramente usted estaba… cansado, así que me volví, pero la señorita Greenwood insistió en ser anunciada y no me quedó más remedio que molestarlo —explicó observando la turbación en el semblante del joven.

«Cada vez entendía menos, si él estaba en el estudio cuando salió la nueva restauradora, ¿por qué actuaba como si no lo supiera?»

Se preguntó el hombre en pensamientos, aunque se concentró en lo que había ido hacer y continuó.

—¿Qué le digo señor? —inquirió con voz pausada.

—¿Qué le dice a quién? —contestó Nathaniel con otra interrogante, sintiéndose molesto y completamente perdido.

—A su novia señor… ¿La hago seguir o le digo que espere en el vestíbulo? —inquirió sin entender la actitud del joven, siempre le había parecido un tanto extraño, pero ese día lo estaba mucho más.

—Que se quede en el vestíbulo hasta que empiecen a pasar a la sala, dígale que me estoy preparando —contestó y cerró la puerta prácticamente en las narices del empleado.

Martin se quedó mirando la hoja de madera unos segundos, después dejó libre un suspiro y se encaminó hasta el vestíbulo, armándose de paciencia para enfrentar a la insoportable señorita Greenwood. Aquella niña que a primera vista lucía dulce y jovial, era en verdad una arpía, desdeñosa y malhumorada. Los pensamientos de Martin fueron interrumpidos por la voz de la señorita en cuestión.

—Martin… lléveme con Nathaniel —ordenó Sarah sin siquiera ser cortés.

—Lo siento señorita, pero el señor Gallagher desea que espere en el vestíbulo hasta que pueda pasar a la sala, yo me encargaré de llevarla… —decía cuando la rubia lo detuvo.

—¿Por qué no puedo ir hasta su estudio? —preguntó al tiempo que el brillo de la sospecha iluminaba sus ojos grises.

—Se está preparando para la exposición… al parecer estaba algo cansado y se quedó dormido, se ha despertado cuando llamé a su puerta —respondió el hombre intentando parecer casual.

—Bien… —esbozó Sarah con rabia y sus pensamientos llevaban otro rumbo.

«¿Qué te está ocurriendo Nathan? Cada día estás más distante de mí… Se supone que este tiempo juntos nos acercaría, que me habías dado la oportunidad de alcanzar tu amor… Pero siento que cada vez te alejas más y más, ¿piensas acaso en ella todavía? ¿Es eso Nathan, la sigues amando?»

Se cuestionaba en pensamientos mientras era conducida por Martin hasta la sala principal de la galería, esa que ocupaba la exposición de las pinturas de su novio.

∞∞∞

Después de cerrar la puerta se encaminó hasta el tocador y fijó su mirada en el prendedor sobre éste, el que desprendía un brillo hipnótico. Él no estaba loco, había llegado al teatro hacía unos minutos apenas y esa mujer nunca estuvo en su estudio, al menos no junto a él.

«¿Qué demonios era todo esto? ¿Qué estaba ocurriendo?»

Se preguntó caminando de un lugar a otro mientras entrelazaba las manos en su nuca y cerraba los ojos para calmarse, respiró profundamente para estabilizar los latidos acelerados de su

corazón.

—No me quedé dormido, yo entré y caminé hasta esta mesa… cuando tuve esa maldita visión… solo eso… no estaba dormido ¡Por Dios yo estaba aquí de pie! —mencionó acercándose al lugar y sus ojos captaron nuevamente el broche, armándose de valor lo tomó entre sus dedos, mirándolo más de cerca por un par de segundos, sintió que le quemaba los dedos, tragó en seco y lo guardó en una de las gavetas, se observó de nuevo al espejo.

—Si esto es tuyo, tendrás explicarme qué demonios hacía en mi estudio —dijo en voz alta y un sentimiento crecía dentro de él, era rabia—. Todo esto está pasándome desde que llegaste a este lugar Pandora Corneille, yo no creo en fantasmas, tú no eres uno… eres de carne y hueso, te juro que tendrás que explicarme todo esto —sentenció con la mirada enfurecida.

Esa noche no fue mejor que la anterior para Nathaniel, no podía concentrarse, no dejó de buscar por todos lados a la misteriosa mujer que vio cuando inauguraron la exposición, ni siquiera conocía la razón, quizás era para escapar de la agobiante presencia de Sarah o para olvidarse de lo ocurrido en su estudio, no podía permitir que eso lo siguiera perturbando.

Sabía que todo era una locura, pero si seguía alimentando las ideas que giraban en su cabeza todo sería peor, debía calmarse. Haciendo acopio de todo su autocontrol se concentró en hablar sobre su trabajo y el proceso creativo con sus principales clientes y la prensa.

Como era de esperarse Sarah se colgó de él durante toda la velada, obligándolo acompañarla hasta su casa y compartir con ella un par de horas, era insoportable cuando se quedaban a solas.

Su cabeza estaba ocupada con cientos de cosas que intentaba comprender, se obligaba a verla mover los labios mientras le hablaba, pero no llegaba a escuchar lo que decía, no era que le importara lo más mínimo pero seguro que notaría su indiferencia y no tardaría en acribillarlo a preguntas, preguntas para las cuales no tenía respuestas, pero se aseguró a sí mismo que las encontraría pronto, muy pronto.

# Capítulo 8

Después de haber pasado horas escuchado conversaciones, atravesando una larga distancia y visitado un montón de lugares, al fin había llegado a donde deseaba desde la noche anterior; su mirada recorría el humilde apartamento ubicado en el centro de uno de los barrios de clase media de San Francisco, no le fue nada difícil entrar, a pesar que la muy mojigata de que Rosemary White tuviese un montón de imágenes religiosas por cada rincón, que no eran más que baratijas, esas mismas que años atrás ella observaba con devoción y respeto pero que ahora solo le causaban molestia y desprecio.

Envuelta en ese velo que impedía que otros la viesen entró sigilosamente. Quería conocerla y saber qué era lo que había cautivado al pintor. Escuchó la llave girar en la cerradura de la puerta principal y se apostó en un rincón del diminuto departamento, invisible al ojo humano.

—Muchas gracias, señora Jones, mañana temprano le devuelvo el plato… me ha salvado la noche. Que descanse.

Se dejó escuchar la voz de Rosemary despidiéndose de alguien.

—¡Oh, Dios, que hambre tengo! Me libré de tener que preparar la cena… con lo cansada que me encuentro esto me viene de maravilla, además huele delicioso. —Se dirigió hacia la cocina.

Tomó de la gaveta un par de cubiertos y regresó al comedor, dejó caer su bolso sobre la mesa y puso el plato donde se podía apreciar una jugosa porción de lasaña, se quitó el abrigo y lo puso en el espaldar de la silla.

Se disponía a tomar asiento con una gran sonrisa cuando sintió una corriente de aire envolverla provocando que su cuerpo se estremeciera ligeramente, instintivamente desvió la mirada hacia el ventanal para comprobar que estuviese cerrado, efectivamente así era.

—Seguramente esa corriente se coló cuando abrí la puerta… el clima cada vez está más loco, ojalá y no llueva tan fuerte como anoche —pronunció de manera distraída, tenía por costumbre pensar en voz alta para llenar el insoportable silencio que colmaba su hogar, desde que su abuela murió dos años atrás se había hecho más pesado. Tomó los cubiertos para comenzar a comer.

Desde un rincón del lugar, Pandora la observaba con detenimiento y comprobó que ella también pudo sentir su presencia, claro no como lo hizo Nathaniel, pero ese sentimiento de alegría que la embargaba cuando llegó fue menguando de a poco. Había conseguido enterarse de que vivió sus años de infancia junto a Nathaniel Gallagher y desde ese tiempo venía su relación, pero necesitaba más detalles y sobre todo conocer porqué se había separado de él, para eso había llegado hasta ese lugar, buscando respuestas y esa noche las tendría.

Se acercó muy despacio hasta la mesa, manteniendo su forma incorpórea y se sentó justo en frente de Rosemary, desde ese ángulo la podía apreciar mejor, tenía unos llamativos y lindos ojos grises, un gris como los suyos. Su perfil si bien no era como el ideal de belleza, tenía cierta gracia, sus manos daban muestra de su labor diaria. Era bastante sencilla, pero debía reconocer que poseía una calidez que atraía como un imán, tal vez eso vio Nathaniel en ella, quizás allí era donde estaban cifradas todas sus esperanzas, en formar una vida junto a ella completamente distinta a la que había llevado desde que era un chico.

«Solo espero por tu bien niña, que tú no lo hayas hecho sufrir también.»

Pensaba observando a la rubia que se había puesto un poco rígida, sus movimientos antes naturales ahora parecían forzados, la vio llevarse una mano al crucifijo que colgaba de una

cadena en su cuello y eso la hizo mostrar una sonrisa perversa.

«Ni siquiera las paredes de una iglesia evitaron que le hiciera justicia a quienes amé niña, dudo que esa simple imagen lo haga, no ganas nada con aferrarte a ella… Si lo lastimaste con plena consciencia de ello, si te burlaste de sus sentimientos, ten por seguro que de esta noche no pasa que te vayas directo al infierno… Pero antes conocerás lo que es que te arranquen el corazón de un tajo.»

Aunque se había prometido actuar de manera justa, para poder impartir su juicio con conocimiento de causa y no tener que ser sometida a la insufrible tortura de Gardiel, quien siempre le reprochaba cuando actuaba de manera impulsiva.

Mientras Rosemary se preparaba para ducharse, sentía que algo extraño se hallaba en la casa, era una presencia que la llenaba de temor y aunque años atrás creyó haberse enfrentado a situaciones que provocasen el miedo en ella, nunca lo sintió como en esta ocasión. El aire a su alrededor era denso y frío, con un peculiar aroma a flores, no era desagradable pero tampoco era conocido para ella.

Caminó hasta el baño, abrió la llave y esperó a que el agua tuviese la temperatura adecuada, se despojó de su ropa y al quedar desnuda una vez más ese frío que la erizó por completo minutos atrás, la envolvía.

—Va a llover esta noche, es solo eso Rose, por eso el aire está más helado… —susurró a modo de explicación mientras se quitaba la coleta y dejaba caer la cascada de cabellos dorados.

«Sí… esta noche lloverá, aunque para ti puede terminar ardiendo. Sería una lástima que este lugar tan bonito y acogedor quede hecho escombros y cenizas.»

Pensó Pandora y se apoyó en el quicio de la puerta para observar con detenimiento a su rival.

«Un cuerpo bonito… Como el de muchas otras, pero jamás como el mío.»

Agregó en tono despectivo y un brillo perverso destelló en sus ojos al ver que Rosemary comenzaba a relajarse gracias al agua caliente, sopló hacia la regadera provocando que la temperatura de ésta bajara drásticamente.

—¡Jesús! —exclamó Rosemary al ser bañada por el agua helada y se replegó contra la pared, mostrando una respiración afanosa mientras sus ojos desorbitados miraban a todos lados.

«No querida… él no está aquí y dudo mucho que venga… Nunca aparece cuando lo llaman.»

Caviló con burla mientras sonreía feliz por su pequeña demostración de poder.

La vio armarse de valor una vez más y regresar a la ducha comprobando primero que el agua estuviese caliente; sin embargo, se podía apreciar el miedo recorriendo cada centímetro de su cuerpo, su corazón tenía ese latido ensordecedor y molesto que siempre mostraban sus víctimas cuando la sentían cerca, salió de allí para no tener que soportarlo. La verdad es que resultó ser una estúpida miedosa, el espectáculo ni siquiera empezaba y ya ella estaba aterrada.

Después de una hora Rosemary se hallaba en su cama, envuelta por gruesas cobijas mientras afuera la tormenta descargaba toda su furia, los rayos iluminaban su habitación a minutos y luego retumbaban con fuerza estremeciéndolo todo a su alrededor.

Mientras Pandora tarareaba una suave melodía, imperceptible para el oído de la chica por supuesto, sentada en un cómodo sillón desde donde podía observar cómo la tormenta se apoderaba de las calles, dejó libre un suspiro volviéndose para mirar a Rosemary, quien temblaba como una hoja.

«Bueno, ya tuve suficiente de tus estremecimientos de chiquilla cobarde, debemos empezar. No tengo siglos para perderlos contigo… Solo espero por tu bien que la oportunidad que te estoy dando gracias a Gardiel sea de provecho para ti; de lo contrario, a lo que menos le debes de temer esta noche será a los relámpagos.»

Se puso de pie y se acercaba hasta ella con pasos seguros cuando la vio incorporarse en la cama, quedando sentada.

—Ya sé que si estuvieses aquí te estarías burlando de mí por ser una cobarde, pero odio las tormentas… creo que las únicas que logré soportar fueron las que pasaba junto a ti en esas ocasiones cuando mi abuela debía viajar con los duques y yo me quedaba sola en la casa —esbozó Rosemary con voz trémula.

Sacó de la mesa de noche junto a su cama un pequeño portarretrato, su mirada se iluminó mientras la sonrisa hermosa y dubitativa en sus labios le daba cierto aire travieso a su rostro angelical.

—Tú alejabas de mí todos los miedos Nathan… A tu lado me sentía protegida, te extraño tanto… Jamás dejaré de hacerlo, no sé si aún me recuerdes, pero yo no te he olvidado, cambiaste mi vida Nathaniel y ni siquiera lo notaste… Si lo hiciste nunca me lo dejaste ver, siempre fuiste mi amor, mi sueño… mi… —se detuvo y sus ojos se llenaron de lágrimas de inmediato.

—No, no… Ya no eres mío… debo alejar esa idea de mi cabeza ¡Deja de estar soñando con imposibles Rosemary! ¡Sabes que él se va a casar pronto! ¡Se va a casar con ella! —se reprochó cerrando los ojos y dejando libre un suspiro.

Pandora la observaba completamente desconcertada, no entendía o quizás no deseaba entender lo que las palabras y la actitud de la chica dejaron ver, cerró los ojos respirando para controlar los latidos de su corazón y centrar sus pensamientos. No podía dejarse confundir, si bien debía reconocer que algo en ella impedía que la odiase como se supone debió hacer nada más verla, eso no borraba el que fuese un obstáculo entre el pintor y ella.

—Mejor acompáñame… Solo por esta vez, es que… No sé, tengo miedo, es como si hubiese algo cerca de mí esta noche, cuida de mí, así como yo cuido de ti Nathaniel… Por favor —pidió en un susurro llevándose la mano a la mejilla para limpiar una lágrima que rodó humedeciéndola.

Pandora la miró descubriendo que aún había amor dentro de ella, lo seguía amando, pero ya era tarde, su oportunidad había pasado y no tendría otra, no después de haberlo hecho sufrir. Esperó hasta que se recostara de nuevo y una vez envuelta entre las sábanas, notándola más calmada mientras abrazaba el portarretrato que guardaba la imagen del pintor recortada de un periódico, se dispuso a comenzar con su ritual.

—Deseo que esta noche me muestres tus miedos, tus esperanzas, tus alegrías, quiero saber quién eres en verdad Rosemary… No podrás ocultar nada de mis ojos, no habrá silencios ni secretos —esbozaba con los ojos cerrados.

Su voz era apenas un murmullo dentro del silencio de la habitación y en minutos consiguió el efecto deseado, podía sentir cómo la esencia de la chica comenzaba a unirse a la suya, se hizo visible junto a la cama y con lentitud llevó su mano hasta el pecho de Rosemary, por encima de su corazón, antes de comenzar a ahondar en lo que deseaba. Sus latidos cobraron mayor fuerza antes de pronunciar lo que seguía.

—Me revelarás quién es el dueño de tus deseos y tu amor, quiero que abras tu alma para mí y que pueda leer en ella como si fuese un libro; tu piel será la mía, tus ojos los míos… sentiré lo que sientes con la misma fuerza que lo haces, esta noche viviré a través de ti todo lo que has vivido Rosemary White… —esbozó con los ojos cerrados.

Después de eso su cuerpo se elevó por el aire lentamente, quedando en posición horizontal y fue cuestión de segundos para que su figura etérea se fundiese en la de la joven que dormía plácidamente en la cama y solo mostró un ligero temblor al recibirla.

∞∞∞

Pandora viajó dentro de la mente de Rosemary hasta el punto más lejano de su vida, desde esa primera vez que sus ojos vieron la luz, el primer llanto que brotó de su pecho anunciando al mundo que estaba viva. El nacimiento fue traumático, la madre apenas tenía fuerzas para traerla al mundo, pero lo consiguió casi con su último aliento. Rosemary no disfrutó de ella por mucho tiempo, quedó huérfana al mes de nacida y sobrevivió gracias a la caridad de dos ancianos que la acogieron como su nieta.

Viajó a través del tiempo hasta la edad de siete años de la niña, cuando llegó en compañía de su abuela adoptiva a la mansión del duque de Lancaster y comenzó a trabajar junto a la anciana en la cocina. Su niñez no fue fácil, los niños se burlaban de ella por ser huérfana, eran crueles y la maltrataban porque sus ropas eran viejas y sus manos ásperas por el trabajo.

Sin embargo, uno de ellos era distinto y Pandora supo de inmediato quién era ese pequeño, Nathaniel era tan parecido a su hermoso Dorian, aunque ya éste tenía diez años y su hijo apenas logró alcanzar los seis, pero esa sonrisa franca que iluminaba sus ojos y el hermoso tono cobrizo de su cabello era idéntico.

Verlo removió muchos sentimientos dentro de ella, era como si la vida le hubiera dado la oportunidad de disfrutar de la imagen de su hijo de no haber sido condenado al destino que los malditos Sagnier marcaron para él aquella noche.

La sonrisa que se dibujaba en los labios de Rosemary también era la suya mientras lo veía montar con destreza sobre un hermoso corcel blanco al cual llamaba Viento, recordaba el miedo que le daba a ella la sola idea de ver a su hijo cabalgar junto a Tristán, aunque sabía que su esposo era un experto jinete, su instinto de madre nunca estaba en paz hasta no tener a su niño en brazos.

Los años pasaron mientras el sentimiento entre Nathaniel y Rosemary cada vez se fortalecía más, transformándose en algo mucho más profundo y apasionado que aquella amistad de niños. Él estaba por terminar sus estudios y tenía cientos de planes, mientras que ella también soñaba con dejar esa casa y comenzar una vida lejos junto a Nathaniel; se llevaría a su abuela para que no tuviera que trabajar más, los tres se librarían de las humillaciones de la duquesa.

—América… estoy segura de que en América todo es distinto, allí las personas son libres, no tienen reyes que los obliguen a nada —decía Rosemary con tono soñador, tendida en el suave pasto mientras los rayos del sol llenaban de calidez sus cuerpos y secaban la humedad de sus ropas, había caído al río junto a Nathaniel.

—Si consigo dos boletos para viajar a América… ¿Vendrías conmigo Rose? —preguntó él volviéndose para mirarla.

Pandora pudo sentir el corazón de la chica acelerarse y un nudo formarse en su garganta, no encontraba su voz para dar respuesta a esa pregunta, solo podía mirarse en los hermosos ojos de Nathaniel.

—Podemos largarnos de este lugar, hacer una vida lejos de aquí siendo libres, sin tener que rendirle cuenta de nuestros actos a nadie, no nos juzgarán por nuestros orígenes —hablaba intentando convencerla y se acercó más a ella.

—Nathaniel… Ambos sabemos que eso es imposible, tu padre jamás permitirá que abandones este lugar y… ¿Qué futuro podría tener yo en América? Solo lo decía… —Se detuvo mordiéndose el labio inferior, desviando la mirada—. Solo estaba soñando en voz alta, ya sabes que es una mala costumbre que tengo… Será mejor que regresemos a la casa, mi abuela debe

estar por despertar de su siesta y si no me consigue se molestará —mencionó poniéndose de pie.

Su voz y su semblante habían cambiado por completo, ya no irradiaba felicidad como minutos atrás, ella era una chica optimista y siempre veía el lado positivo de las cosas; no obstante, había situaciones que la sobrepasaban y pensar en una vida libre en América junto a Nathaniel era una de ellas, por mucho que lo deseara sabía que era imposible.

—Rose… sabes que yo no quiero seguir los mismos pasos de mi padre, no deseo un matrimonio arreglado ni ser relegado a un rincón lejos de aquí para cuidar algunas de sus propiedades más pobres o solo para no convertirme en una amenaza o una vergüenza para el futuro duque… —se levantó caminando hacia el arroyo y tomó una piedra para lanzarla, la misma fue a parar al medio del cauce—. No me quedaré aquí para condenarme a una vida tan miserable como la que él lleva, yo quiero pintar… y poder ser yo mismo —confesó con la mirada pérdida en las aguas que se deslizaban sobre las piedras.

—Tú serás siempre tú —esbozó ella abrazándolo con cariño por la espalda, apoyando su mejilla sobre el hombro fuerte y cálido de Nathaniel—. Nunca nadie podrá cambiarte Nathan, eres demasiado terco para que alguien lo consiga —agregó para hacerlo sonreír, lo logró y sin siquiera pensarlo acercó sus labios a la mejilla y le dio un tierno beso.

Nathaniel cerró los ojos liberando un suspiro ante el suave roce, acarició con sus manos los brazos de Rosemary que le envolvían la cintura y despacio se movió hasta quedar frente a ella, la vio sonreírle, pero en él había una seriedad poco habitual, esa que era el preludio de una intensa descarga de deseo, llevó sus manos hasta el rostro de Rosemary acunándolo y su mirada detalló cada hermoso rasgo.

—Nathan… —susurró ella sintiendo que todo su cuerpo temblaba y no podía apartar la mirada de los ojos topacio de él.

El miedo se instaló en su interior e intentó alejarse, pero Nathaniel se lo impidió manteniendo su rostro cautivo y eso empeoró el temblor en su cuerpo, abrió la boca para pedirle que la dejara y en un segundo la silenció posando los labios sobre los de ella. Se tensó al sentir la presión que intentaba mantener sus labios separados y el roce húmedo de la lengua de Nathaniel mientras la sorpresa se reflejaba en sus ojos que estaban a punto de salírseles de sus órbitas, llevó sus manos hasta las de él para alejarlo.

—¿Qué haces? —preguntó aturdida y molesta.

No era así como lo había soñado, no de esa manera, ella quería que su primer beso fuera especial, compartido y que fuera por amor. Sus ojos se anegaron en lágrimas, mostrando el dolor y la decepción por ser abordada de esa manera, él había sido rudo.

—¿Por qué me rechazas? ¿Acaso no lo deseabas también? —Le cuestionó dolido ante su actitud e intentó besarla de nuevo.

—¡No! —gritó Rosemary empujándolo.

Ella dejó correr su llanto al ver que él intentaba forzarla de la misma forma que siempre intentaban hacerlo los demás. Desde hacía años había vivido en una constante lucha para mantener a los hombres abusivos lejos de ella, todos se creían con derecho a ponerle las manos encima solo por ser una sirvienta, pero estaban equivocados porque merecía el mismo respeto que las demás mujeres, ella también era una dama.

—Rose… no llores. —Intentó acercarse una vez más, pero lo hizo con cautela—. Bonita, yo pensé que tú también lo deseabas, no quise ofenderte Rosemary —decía extendiéndole la mano.

—Lo quería… pero no así, tenía que ser especial y lo has arruinado —hablaba con la voz ronca por las lágrimas.

—¿Especial? No entiendo Rose… ¿Especial cómo? —inquirió mirándola con desconcierto.

—¡Tenía que ser un beso de amor! —le gritó dolida y furiosa.

Aprovechó que él se había quedado estático, sin tener palabras para justificar su actitud y salió corriendo, quizás la hirió mucho más el que él no intentara detenerla para decirle que su beso había sido de amor y le confirmara que la amaba tanto como ella lo amaba a él.

Pandora podía sentir la pena de Rosemary, había pasado su corta vida esperando un amor real, no aquel que le daban algunos por lástima sabiéndola una huérfana o ése que le daba la anciana que la crio, Rosemary esperaba un amor que fuese inspirado por ella y deseaba con todas sus fuerzas que Nathaniel fuera quien se lo diese, pero solo había actuado como todos los demás, solo le interesaba obtener una cosa de ella.

Se adentró más en la esencia de Rosemary, hasta el punto de no poder decir dónde comenzaba una y dónde terminaba la otra, eran las dos caras de una misma moneda, sintiendo exactamente lo mismo.

Transcurrió un tiempo antes de que Nathaniel pudiera recuperar la confianza de Rosemary de nuevo, ambos se mostraron dolidos por sus actitudes, sobre todo él a quien le costaba mucho mostrar sus sentimientos y recibir el rechazo de quien creía la única persona en el mundo que lo conocía en verdad le causó una herida difícil de sanar.

Por ello decidió tomar distancia y no volver hablarle a Rosemary de sus sentimientos, ni siquiera le insinuaba sus deseos cada vez que la tenía cerca, creó una coraza a su alrededor y dejó que el tiempo decidiera lo que sucedería entre los dos.

Todavía seguía soñando con tenerla entre sus brazos y hacerla suya; sin embargo, se había prometido que la respetaría y la tendría solo cuando fuese su esposa, demostrarle de esa manera que en verdad la valoraba, solo esperaba que no transcurriera mucho tiempo para ello. Había logrado reunir algún dinero y ya estaba por cumplir la mayoría de edad, una vez eso sucediera podría largarse de casa de su padre y construir junto a Rosemary la vida que deseaba.

Pero todo el panorama cambió cuando al castillo Lancaster llegó Sarah Greenwood, la chica era la mayor de las sobrinas de Katrina la madrastra de Nathaniel y había llegado para pasar una temporada bajo el techo del respetable duque de Lancaster, afianzar los lazos con el primo del rey le ayudaría a encontrar un extraordinario partido, pues acababa de entrar a edad casamentera.

Todos los planes de Sarah cambiaron cuando conoció a Nathaniel, ella quedó deslumbrada ante la belleza del joven y buscó la manera de atraer su atención; ni siquiera le importaba que fuera un bastardo, ella sencillamente lo quería a él y lo tendría.

—Sabes que la tía se opondrá rotundamente a que entables una relación con Nathaniel, ella lo desprecia —decía su hermana mientras compartían el té en el salón que había sido acondicionado para ellas.

Rosemary se encontraba haciendo el servicio y no podía evitar que una mezcla de sentimientos la embargaran, sabía que en algún momento debía enfrentarse a una situación como ésa. Nathaniel era un joven muy apuesto y aunque fuera hijo ilegítimo del duque de Lancaster, su padre le heredaría una fortuna considerable, así que era inevitable que las chicas se fijaran en él.

—La tía no tiene porqué enterarse y tú no irás de lengua suelta a decirle nada —señaló dedicándole una mirada de advertencia—. Además, yo no he dicho que vaya a considerarlo para marido, sencillamente es atractivo y quizás pueda pasar una temporada agradable junto a él antes de comprometerme —dijo con una sonrisa ladeada mientras revolvía su té con la cucharilla para que la leche se integrara por completo.

—Una dama no debería expresarse de esa manera —esbozó Rosemary sin poder evitarlo y bajó la mirada clavándola en sus zapatillas, consciente de que su intromisión había sido una imprudencia.

—¿Quién eres tú para darme clases a mí? —inquirió Sarah furiosa y dejó caer la cucharilla al suelo para que la sirvienta se viera en la obligación de recogerla—. Recuerda quién eres… estás aquí para hacer justamente eso, no para inmiscuirte en la conversación de los demás ¡Esto es el colmo! Yo recibiendo lecciones de una estúpida sirvienta —su voz estaba cargada de desprecio.

—Sarah… No creo que. —Intentó intervenir su hermana, pero se detuvo al ver que la miraba con reproche.

—Tiene razón señorita disculpe, no volverá a suceder —pronunció Rosemary con la voz ronca por las lágrimas que la ahogaban, manteniendo la cabeza gacha.

—Por supuesto que no volverá a suceder… porque la próxima vez que se te ocurra cuestionar mi manera de proceder te largas de esta casa, haré que la tía te lance a la calle y a la inservible de tu abuela también, ¿te queda claro? —preguntó mirándola con desprecio.

—Sí señorita —dijo haciendo una reverencia y caminó para salir de ese lugar antes de que el llanto la desbordase.

Mientras caminaba por el pasillo, su vista se empañó por las lágrimas y el temblor en sus piernas le impedía alejarse tan rápido como deseaba, se llevó una mano a la boca para ahogar el sollozo que le rompió la garganta. Sus ojos captaron a Nathaniel, quien llegaba de cabalgar y corrió hasta él, lo abrazó con fuerza mientras hundía el rostro en su cálido y fuerte pecho, temblando como si estuviera a punto de quebrarse.

—Rose… Rose. ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás así? —preguntó angustiado mientras le acariciaba la espalda con una mano y con la otra le tomaba el mentón para mirarla a los ojos.

—Quiero irme de este lugar —esbozó dejando libre su dolor.

—¿Qué te hicieron Rose? Dime quién te maltrató y voy en este momento a ponerlo en su lugar… —decía cuando ella lo calló.

—No, no ha sido nadie… —mintió porque no quería que él estuviera cerca de Sarah Greenwood, intentó calmarse tomando aire y le desvió la mirada—. Son muchas cosas Nathan, a veces me siento abrumada, por tanto trabajo… es solo eso, no me hagas caso —agregó luchando por sonreír y olvidar lo sucedido.

—¿Estás segura? —inquirió él de nuevo.

No le creía y tenía motivos para hacerlo, Rosemary siempre había sido muy mala para decir mentiras y ella jamás se quejaba por el trabajo; por el contrario, siempre se mostraba inquieta buscando algo en lo que ocuparse.

—Sí —esbozó una sonrisa para alejar la molestia que había endurecido las bellas facciones de Nathaniel.

—Quiero que me prometas que siempre confiarás en mí, que si alguien te hace daño dejarás que yo te defienda —expresaba mirándola a los ojos—. Yo quiero cuidar de ti Rose, quiero verte feliz siempre —indicó atrapando la mirada de ella.

—Yo también cuidaré de ti Nathan —respondió ella sonriendo, lo abrazó con fuerza y después se alejó con rapidez antes de que alguien los viera y terminaran en problemas.

Nathaniel se quedó con una extraña sensación en el pecho, sabía que Rosemary estaba mintiendo, ella era demasiado transparente para esconder cuando algo la había lastimado. Pasó frente al salón donde se la pasaban las sobrinas de su madrastra y pudo escuchar la odiosa risa de la mayor de las Greenwood, haciendo que su estómago se contrajera y una desagradable sensación lo recorriera entero, era como los sonidos que hacían las hienas.

Continuó de largo y subió las escaleras, no podía apartar de su cabeza la imagen de Rosemary y el deseo por sacarla de allí se hacía cada vez más imperioso. Los meses que le faltaban para cumplir la mayoría de edad y poder al fin tener el control de su vida se le estaban haciendo

eternos.

La decisión estaba tomada, solo debía esperar a que el tiempo corriese y cada día tenía más motivos para dejar esa casa, sabía que no sería fácil emprender una nueva vida en un país diferente y lejos de todo lo que le era conocido, tal vez pasarían carencias al principio, era consciente de que ella no dejaría a su abuela y él tampoco lo quería, la mujer casi había sido una madre para los dos, se la llevaría y lucharía por solventar todas las necesidades de ambas, sabía que su amor por Rosemary y sus deseos de libertad lo fortalecerían para tener la vida que siempre había anhelado.

Entró a su habitación y se encerró allí por el resto de la tarde para no tener que toparse con ninguna de las Greenwood, le resultaban demasiado desagradables para estar fingiéndose amable con ellas. Además, debía trabajar para conseguir el dinero que le permitiera comenzar una vida junto a Rosemary lejos de todas esas personas que tanto detestaba.

# Capítulo 9

Pandora siguió ahondando en el pasado de Rosemary, viviendo en su propia piel todas las humillaciones y el sufrimiento al cual la sometió Sarah Greenwood durante su estadía en ese lugar, sobre todo al enterarse de la relación que tenía con Nathaniel.

—Rosemary necesito hablar contigo —mencionó un día mientras subía las escaleras y su mirada se topó con la mucama.

—Por supuesto señorita dígame, ¿en qué puedo servirle? —preguntó con actitud sumisa para no tener un nuevo conflicto.

—No encuentro mis pendientes de zafiro, aquellos que te pedí que guardaras en el cofre de las joyas la otra noche… —decía cuando vio que Rosemary comenzaba a negar con la cabeza.

—No sé de qué me habla señorita… Yo no he visto nunca esos pendientes —contestó mirándola a los ojos.

—¡Por supuesto que los has visto! Incluso te vi mirándolos con mucho interés y te dije que tú jamás tendrías unos así —mencionó elevando la voz mientras la miraba de manera amenazante.

—Si lo que está insinuando es que yo tomé esos pendientes…

—No estoy insinuando nada maldita mugrosa, yo sé que tú los tomaste y ahora mismo voy a contarle todo al tío para que te lance a la calle —dijo apretando los dientes y tomándola del brazo para hacerle daño, quería hacerla pagar la indiferencia que le mostraba Nathaniel.

—¡Suélteme! Yo no he tomado nada… —Intentó liberarse, comenzaba a cansarse de los maltratos.

Sarah sintió que la puerta se abría y sabía perfectamente que era Nathaniel que regresaba de su habitual cabalgata, pero aun así buscó cerciorarse mirando por encima de su hombro. Lo vio observar con desconcierto la escena y supo que había llegado su momento de cerrar con broche de oro, sin poder ocultar la sonrisa malvada que se dibujó en sus labios miró de nuevo a Rosemary.

—¡Eres una ladrona! —le gritó apretándole aún más el brazo.

Y en su intento por lastimarla, la haló hacia su cuerpo y resbaló del escalón, sus ojos se abrieron con horror al sentir que se iba hacia atrás y aunque intentó sujetarse de Rosemary ya fue muy tarde, solo consiguió que sus manos se movieran desesperadas por encontrar algo de qué aferrarse.

Rosemary intentó sostenerla para evitar que se cayera, pero ella también estuvo a punto de perder el equilibro y no pudo más que quedarse paralizada, viendo cómo Sarah rodaba por las escaleras aparatosamente hasta terminar a los pies de ésta, inconsciente.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó llevándose las manos a la boca, bajando con rapidez para auxiliarla.

—¡Sarah! —gritó Nathaniel y corrió para ayudar a Rosemary a socorrerla, todo su cuerpo temblaba cuando tomó a la chica en sus brazos—. ¿Qué sucedió? —preguntó mirando angustiado.

—Yo… yo… no sé, no hice nada… te juro que no hice nada Nathan —respondió dejando libre su llanto mientras con manos trémulas intentaba hacer reaccionar a Sarah.

Un grupo de sirvientes llegó hasta el salón al escuchar el ruido y también los dueños de la

casa, quienes descubrieron con horror lo que había acontecido, entre lamentaciones, llanto y gritos, todo se volvió un caos; sin embargo, Nathaniel actuó con rapidez.

—No digas nada… yo me encargaré de todo esto Rose, no hables por favor —pidió en un susurro mientras la miraba a los ojos.

—Nathan yo no hice nada… no hice nada, intenté ayudarla… —decía queriendo defenderse mientras lloraba y negaba.

—Te creo… yo te creo, pero por favor no digas nada, solo fue un accidente —mencionó en voz baja y se irguió llevando el cuerpo de Sarah en sus brazos—. No dejaré que te hagan daño.

Sentenció y después se marchó dedicándole una última mirada con la que le pedía que confiara en él, la vio asentir y eso lo tranquilizó, pero no calmó la tormenta que se había desatado dentro de su pecho, no tenía ni idea de cómo salvar a Rosemary, pero lo haría, aunque tuviera que fugarse con ella esa misma noche.

Nathaniel se mantuvo junto a Sarah todo el tiempo, solo se apartó de ella durante la revisión del médico, pero después de eso no hubo fuerza que lo apartara de la chica. Debía ser el primero en hablar con ella en cuanto despertara, saber qué tanto recordaba de lo sucedido y porqué había tomado esa actitud con Rosemary.

Ya sospechaba que el motivo era él, Sarah no había dejado de insinuársele desde que llegó al castillo y en cada ocasión solo había recibido rechazo o indiferencia por parte de él. Incluso días atrás le había confesado que le gustaba y aunque intentó rechazarla de manera sutil, sabía que eso traería consecuencias, lo que jamás imaginó fue que serían de esa magnitud.

Se frotó el rostro con ambas manos en un inútil intento de alejar de él la angustia que estaba a punto de quebrarlo, miró el cuerpo desvalido de Sarah mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Rose no te hizo nada malo, ella nunca quiso lastimarte, tienes que levantarte de allí y decir la verdad Sarah, tienes que decir la verdad —pedía en un susurro, dejando correr su llanto en silencio.

∞∞∞

Rosemary lloraba aferrada al robusto cuerpo de su abuela mientras rezaba para que a Sarah no le pasara nada, solo a la anciana le había comentado todo lo sucedido y esperaba un regaño muy fuerte de su parte, pero la dulce mujer le dijo que le creía y la consoló lo mejor que pudo, abrazándola con fuerza al tiempo que la arrullaba como si fuese bebé una vez más.

Al igual que Nathaniel, ella pensaba que lo mejor era sacar a su niña de allí cuanto antes, sabía que la señora de la casa nunca la había visto con buenos ojos por su amistad con el hijo mayor del duque y tampoco aprobaba que la institutriz de las señoritas ocupara su tiempo libre en educar a Rosemary, su pequeña niña se había ganado el resentimiento de la duquesa y estaba segura de que aprovecharía esa situación para causarle mucho mal.

—Rose… debemos irnos mi niña, hay que salir de aquí antes de que la señorita Greenwood despierte y te acuse de su accidente.

—Abuela… pero yo no puedo irme, debo hablar antes con Nathan, le prometí que me quedaría aquí y permanecería tranquila —pronunció con voz ronca por las lágrimas intentando persuadirla.

—No podemos quedarnos, ¿acaso no entiendes la gravedad de todo esto? Mi niña, si la señorita Greenwood despierta y te acusa de haberla lanzado por esas escaleras irás a prisión… incluso pueden llevarte a la horca —mencionó siendo directa mientras la miraba a los ojos,

necesitaba hacerla reaccionar.

—¡Pero yo no hice nada! —se defendió y un sollozo le rompió la garganta—. Abuela yo no la lastimé… intenté ayudarla, solo que no pude… no pude —decía negando con la cabeza.

—Eso lo sé yo, pero los demás no Rose y ellos no van a creerte, será tu palabra contra la de ella y sabes bien quién lleva las de perder… —mencionaba cuando su nieta habló de nuevo.

—Nathan lo vio todo… puede decir lo que sucedió y su palabra también vale abuela —mencionó queriendo creer que sería así—. Él dijo que no me dejaría sola en esto, me lo prometió, prometió que cuidaría de mí y yo le creo abuela —dijo con firmeza, no se marcharía de allí porque no había hecho nada malo.

La anciana intentó convencerla durante un buen rato, pero Rosemary se aferró a su postura, ella demostraría que era inocente y si debía salir de esa casa lo haría con la frente en alto, no dejaría que la siguieran humillando. Aunque por fuera se mostrara firme, en su interior la zozobra estaba destrozándola, no quería ni siquiera cerrar los ojos para descansar porque la imagen de Sarah cayendo por las escaleras la torturaba, repitiéndose en su cabeza una y otra vez.

No había tenido noticias de Nathaniel desde que se separó de él en el salón, eso también la atormentaba porque no sabía lo que él estaría pensando y un doloroso nudo le cerraba el estómago.

∞∞∞

Cuando Sarah abrió los ojos al día siguiente solo recuerdos borrosos colmaban su cabeza y no le encontraba sentido al gran dolor que sentía en su pierna derecha, movió su cabeza hacia la izquierda primero, notando la espesa neblina que se podría apreciar a través del ventanal de su habitación y cuando la giró al otro lado se encontró con su doncella quien dormía retorcida en un sillón y más allá pudo ver a Nathaniel sentado en el extremo del diván burdeos, con la mirada en el piso y la cabeza entre las manos, como si no pudiera con el peso de la misma. Ella intentó hablarle, pero su boca estaba demasiado seca y lo único que consiguió fue toser, su mirada se encontró con la topacio del joven, su rostro lucía desencajado.

—Tengo sed… —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

—Quédate tranquila… no debes moverte Sarah. —Le pidió Nathaniel en un susurro para no despertar a la mujer.

Se acercó a la mesa donde reposaba una jarra con agua y un vaso, llenó éste hasta la mitad y caminó de regreso. Despacio le ayudó a beber, por alguna extraña razón no podía mantenerle la mirada, quizás porque en parte se sentía culpable de lo que le había sucedido.

—¿Qué me ocurrió? —preguntó ella mirándolo a los ojos, sus recuerdos no eran precisos y la tenían confundida.

Nathaniel liberó un suspiro pesado y lento, cerró los ojos armándose de valor antes de comenzar a relatarle todo lo sucedido, intentando por supuesto hacer énfasis en la inocencia de Rosemary, incluso le aseguró que ella estuvo a punto de caer también por intentar ayudarla.

Sarah se mantuvo en silencio escuchando atentamente cada palabra de Nathaniel, mientras en su cabeza los recuerdos iban encajando de a poco. Mucho antes de que él terminara de contarle ya ella lo recordaba todo; sin embargo, dejó que prosiguiera haciéndole creer que aún seguía sin recordar, buscando a su vez la manera de ganar tiempo para trazar un plan, debía aprovechar esa oportunidad y poner el juego a su favor, librarse para siempre de la insulsa de Rosemary.

—¿No recuerdas nada? —inquirió Nathaniel con prudencia.

—Está todo muy confuso en mi cabeza aún, no sé ni siquiera porqué estaba discutiendo con Rosemary… Me gustaría hablar con ella —pidió con un tono de voz tan débil, que tuvo que esforzarse por no sonreír al ver cómo la mirada de Nathaniel se llenaba de pesar.

—Por supuesto, pero será mejor que descanses ahora… el doctor dijo que estarás bien, pero debes guardar reposo —indicó él, esa petición de Sarah le había caído como un peso en el estómago.

—¿Por qué me duele tanto la pierna? —cuestionó dejando un par de lágrimas correr por sus sienes e hizo el intento de moverse.

—No, no lo hagas… tuviste una fractura por la caída, pero sanará pronto. —Deseaba creer que eso sería cierto.

El doctor no se había mostrado muy optimista al respecto, les había dicho que la lesión en su tobillo podía dejar secuelas de por vida; no obstante, su padre les aseguró a todos que Sarah volvería a caminar de manera normal, haría lo que estuviera en sus manos, buscaría a los mejores cirujanos y la llevaría a donde fuera necesario.

Como siempre el duque jugaba a ser Dios, queriendo imponer su voluntad por encima de todos y en ese instante Nathaniel deseó con todas sus fuerzas que esta vez sus palabras se cumplieran, que Sarah no terminara con un defecto que le impidiera volver a ser la chica normal de siempre.

—Puedo traerte lo que desees o llamar al doctor, despertaré a Margaret para que te dé los medicamentos… seguro el efecto ya pasó y por eso sientes dolor —decía Nathaniel alejándose de ella.

—No… no me dejes por favor —rogó ella estirando su mano para sujetarlo mientras dejaba correr su llanto—. Nathan no te alejes, quédate conmigo… necesito que te quedes junto a mí —expresó en medio de sollozos mientras se aferraba a él.

Pandora pudo enterarse de todo eso porque se desdobló del cuerpo de Rosemary y viajó a otros espacios dentro del castillo, aunque eso no era algo que hiciera con mucha frecuencia pues requería de mucha de su energía, necesitaba saber lo que planeaba Nathaniel y lo que ocurría con Sarah.

Ya presentía que la sobrina de la duquesa no dejaría pasar el momento para atar a Nathaniel a su lado, pero jamás llegó a imaginar que sería tan malvada. Lo descubrió horas después cuando al fin Rosemary pudo entrar a la habitación para que tuviera lugar la conversación. Pandora una vez más entró al cuerpo de la rubia, pues necesitaba de un vínculo que la mantuviese en ese espacio, ya comenzaba a sentirse débil.

—Margaret, déjame a solas con Rosemary. —Le pidió a su doncella.

—Señorita… pero su tía me encomendó que estuviera a su lado todo el tiempo —decía la mujer mirándola desconcertada.

—Te he dicho que salgas de aquí, ve a comer, a darte un baño o lo que sea, pero quiero que nos dejes solas y ni una palabra de esto a nadie —ordenó con un tono de voz que no dejaba lugar a cuestionamientos.

—Por supuesto señorita, con su permiso. —Bajó la mirada con pesar y después salió.

—Siento mucho lo que sucedió señorita… Yo intenté… —comenzó a hablar Rosemary.

—Cállate estúpida, no necesito de tus necias excusas… Acércate, necesito que escuches muy bien lo que voy a pedirte.

Rosemary se acercó manteniéndose de pie mientras sentía todo su cuerpo temblar, estrujaba la gruesa tela de su falda con los dedos para drenar la ansiedad que laceraba su interior. Respiró profundamente, se concentró en escuchar las palabras de Sarah y en mantener a raya las lágrimas que colmaban sus ojos.

Sarah hablaba con voz fuerte y clara, exponiendo todo lo que deseaba que Rosemary hiciera; podía ver la turbación apoderarse del semblante de la estúpida sirvienta, pero no le importaba lo que sintiera, solo que acatase al pie de la letra cada una de sus órdenes o de lo contrario, acabaría muy mal.

Se regodeaba haciéndole creer que Nathaniel jamás tendría nada serio con una sirvienta, que solo la quería para entretenerse con ella y después la dejaría como hacían todos los hombres cuando se aburrían de la amante de turno. Incluso llegó asegurarle que el joven había mostrado interés por cortejarla, pero que no se animaba hacerlo de manera más abierta por su tía.

Rosemary seguía sin creer nada de lo que le decía, se mantenía aferrada a lo que sentía por Nathaniel y todo lo que él le había demostrado. Confiaba en que él no la querría para que fuera su juguete, la quería para esposa, estaba segura de ello.

Intentó mantener a raya el veneno que salía de la boca de Sarah Greenwood, pero eso no evitaba que sus palabras la hirieran, porque en parte sabía que muchas eran verdaderas, junto a ella Nathaniel tal vez no tendría el futuro que merecía, no cumpliría su sueño de ser un gran pintor.

Al final no pudo seguir conteniéndose más y retomando su postura empezó a negar con la cabeza mientras la miraba fijamente a los ojos, no haría nada de lo que le pedía, prefería morir antes que entregarle el amor de Nathaniel, ella no lo merecía.

—Yo… yo no puedo hacer eso. —Rosemary la detuvo mientras negaba con la cabeza.

—¿Entonces prefieres acabar en la horca? —preguntó mirándola con odio y al notar que se quedaba callada continuó—: Vas hacer exactamente lo que te digo o te mueres, así de sencillo… ¿Sabes cuál es la pena por robo e intento de asesinato? —inquirió con dureza.

—Pero… yo no hice nada de eso —se defendió Rosemary en un susurro, dejando que las lágrimas bajaran por sus mejillas.

—¡Lo hiciste! —le gritó Sarah y después se arrepintió, alguien podía escucharla y no quería que nadie se enterara.

—¡No lo hice! Usted… usted me está calumniando, no tomé sus pendientes y tampoco la lancé por las escaleras, fue un accidente, intenté ayudarla, pero no pude —decía con desesperación.

—Será tu palabra contra la mía —indicó elevando una ceja.

—Yo no puedo hacer lo que me pide… no tengo a donde ir, tampoco puedo marcharme así… Y menos romperle el corazón a Nathaniel, yo lo amo —pronunciaba llorando amargamente.

—Él es demasiado para ti… ¿Cuál crees que será su futuro si se queda contigo? ¿Ser un burdo comerciante, un obrero? Tú no lo amas, solo eres una egoísta y una trepadora, el duque jamás les dará nada… Él debe encontrar a una dama de su altura para recibir su herencia, no lo hará al lado de una asquerosa sirvienta como tú.

—A él no le interesa nada de eso, solo quiere ser feliz… Y yo puedo hacerlo feliz —expresó con vehemencia.

—Tú lo condenarás a una vida desgraciada —aseguró mirándola con desprecio.

—Usted no conoce a Nathan, no sabe nada de él y puede amenazarme cuanto quiera… pero no lo lastimaré, nosotros nos amamos y es todo lo que importa —sentenció y caminó para salir.

—Rosemary… o haces lo que te digo… —Hizo una pausa al ver que ella se detuvo para escucharla—. O les cuento a todos que tú te robaste los pendientes en complicidad con Nathaniel para venderlos y así los dos poder fugarse juntos y que, al verse descubiertos, ambos intentaron asesinarme lanzándome por las escaleras —se detuvo al ver que ella se volvía y la miraba horrorizada—. Los dos tendrán el mismo trágico destino.

Pandora liberó un alarido cargado de odio dentro de su cabeza y la frustración la envolvió por completo ante las palabras de Sarah, deseaba en ese instante que eso no fuera un recuerdo para poder aniquilar aquella maldita arpía, le arrancaría el corazón y la lengua, haría su cuerpo trizas y lo esparciría por todo el campo para que los animales se dieran un festín.

Sin embargo, no pudo hacer más que sufrir el terrible dolor que recorrió cada rincón de Rosemary cuando vio la seguridad en la mirada de Sarah, con la que sin espacio a dudas garantizaba el cumplimiento de su promesa. Esa mujer haría lo que fuera con tal de separarla de Nathaniel y ni siquiera le importaba si el precio era condenarlos a los dos a la muerte.

Rosemary estaba tan conmocionada que ni siquiera tuvo fuerzas para lanzarse sobre Sarah, jamás había sentido tanto odio hacia alguien, en su vida nunca había odiado hasta ese instante. Abrió la puerta con rapidez y salió sin pronunciar palabra, mientras caminaba por el pasillo su cuerpo se convulsionaba por los sollozos y aumentaba el temblor de sus piernas, bajó con rapidez para salir por la puerta de la cocina y correr a campo abierto.

Lo hizo hasta que sus piernas no pudieron soportarla y terminó cayendo aparatosamente en la hierba, arañándose los codos con las afiladas piedras que sobresalían. Pegó su rostro a la hierba queriendo fundirse en ese lugar al sentir que tanto dolor estaba a punto de matarla, clavó las uñas en la tierra húmeda mientras sollozaba con fuerza y seguía negando con la cabeza.

Pocas veces en su existencia Pandora había sentido tantas ganas de hacer uso de sus poderes y acabar con la vida de alguien, en ese instante mientras sentía que el alma se le quebraba al igual que a Rosemary, Pandora quiso retroceder el tiempo y acabar con aquella maldita manipuladora; sin embargo, sabía que estaba atada de manos, sus facultades no llegaban tan lejos, ella no podía manipular el tiempo, de poder hacerlo hubiera salvado a su familia.

La frustración llegó a su nivel más alto dentro de Pandora cuando Rosemary tomó la decisión de seguirle el juego a Sarah, las dudas fueron minando su amor por Nathaniel y terminaron por desmoronarlo.

«Rosemary no lo hagas, no seas estúpida… ella solo está jugando contigo, no lo ama y lo hará sufrir, ¿acaso no puedes verlo? ¡Abre los ojos, niña! ¡Estás cometiendo un error y te vas a arrepentir toda tu vida!»

Pensaba ella mientras seguía cada movimiento de Rosemary cuando llenaba la pequeña maleta con la que había llegado a esa casa, sabía que ella temía por la vida de Nathaniel y estando en su caso también hubiera hecho lo mismo, sacrificar su amor para que Tristán siguiera con vida.

Dejó que sus lágrimas acompañaran las de Rosemary al ser consciente de que estaba igual de atrapada como lo estuvo ella, que hablar con Nathaniel y contarle todo quizás empeoraría las cosas, ellos se podían fugar, pero vivirían todo el tiempo escapando de las autoridades, perderían el cariño de su familia y de sus amigos. No, la solución no era huir, era enfrentar la situación, pero sería su palabra contra la de Sarah y eso la dejó en la misma posición en la cual se encontró Pandora hacía cientos de años, condenada por una mentira.

—¿Qué haces mi niña? —preguntó su abuela .

—Tenemos que irnos abuela. —Fue su respuesta escueta mientras se peinaba la larga cabellera para terminar haciendo un moño en la base de su nuca, dejó libre un suspiro observando su reflejo.

—Rose, ven acá —dijo la mujer señalando un lado de la pequeña cama donde estaba sentada —. ¿Qué te dijo la señorita Greenwood? ¿Va a culparte de lo que sucedió? ¿Ya hablaste con Nathan? —La interrogó sin apartar la mirada de ella.

Rosemary sentía que debía compartir con alguien más el peso de la decisión que estaba tomando y le contó todo a su abuela, cada detalle de la conversación que había tenido con Sarah

Greenwood, mientras dejaba libre su dolor a través de copiosas lágrimas que bajaban por sus mejillas y se estremecía a causa de los sollozos.

Nancy apoyó su decisión de marcharse de esa casa, había logrado ahorrar algún dinero y también tenía la pequeña propiedad que había heredado de su difundo marido, algo podía pedir por ella y comprar algo más pequeño que le sirviera para vivir con Rosemary entre tanto conseguían otro empleo. Ella sabía que las personas como la señorita Greenwood no conocían de límites, por sus venas corría la misma sangre malvada de la duquesa y no dudaba de que fuera capaz de enviar a la horca a su nieta y al joven Nathaniel.

Después de comunicarle la noticia a la duquesa y que la mujer accediera a que abandonaran la casa, no sin antes mostrar su sorpresa y también su emoción por la noticia, pues nunca se había mostrado complacida con su presencia en ese lugar, Rosemary y su abuela tomaron las pocas pertenencias que tenían y salieron del castillo que había sido su hogar por tantos años.

El aire frío de esa noche de finales de otoño se arremolinaba en torno a ellas, no tenían para pagar un carruaje y se disponían a marchar a pie hasta el pueblo, allí seguramente encontrarían alguien que las llevara hasta la pequeña casa a las afueras que era propiedad de la anciana. Lágrimas silenciosas bajaban por las mejillas de Rosemary mientras su corazón se caía a pedazos con cada paso que daba, en sus pensamientos se repetía una y otra vez que había tomado la decisión correcta, que lo hacía por el bien de Nathaniel.

—¡Rosemary! ¡Rose! ¡Espera por favor!

Ella escuchó la voz de Nathaniel llamándola y todo su cuerpo se estremeció, más llanto brotó de sus ojos al tiempo que apresuraba el paso, no quería verlo y tener que despedirse de él, no sabía cómo explicarle la razón por la cual lo abandonaba.

—¿A dónde vas? —Le cuestionó Nathaniel tomándola del brazo.

—Tengo que irme —contestó ella intentando zafarse.

—¿Por qué? —preguntó mirándola desconcertado negándose a dejarla libre cerró su mano en la delgada muñeca de Rosemary.

—No puedo quedarme Nathaniel… —decía cuando él la detuvo.

—¿Es por Sarah? —inquirió y al ver que Rosemary se quedaba en silencio continuó—: No tienes que preocuparte por ella… Estarás bien Rosemary, ¿recuerdas que te prometí que yo me encargaría de todo? Pues lo he hecho, ya está —mencionó viéndola a los ojos.

Rosemary se quedó mirándolo en silencio, sabía que ése era el plan de Sarah, que él la viera como la víctima y dejarla a ella como la villana, ahora le tocaba romperle el corazón a Nathaniel para que la olvidara, para que Sarah tuviera el camino libre y se quedara con él.

Rosemary le entregó una sonrisa mezcla de ternura y tristeza, movió su mano consiguiendo que Nathaniel la liberara haciéndole creer que se quedaría, pero después se dio la vuelta y dio un par de pasos para alejarse de él.

—¡Rosemary! ¿Acaso no me escuchas? —inquirió intentando sujetarla de nuevo, pero ella alejó la mano con rapidez.

—¡No me quedaré! —le gritó y el gesto de dolor en el rostro de Nathaniel la hirió aún más, suspiró y mirándolo a los ojos habló de nuevo—. Ve con ella, debes estar a su lado… ella puede darte lo que yo jamás te entregaré, junto a ella cumplirás tus sueños, saldrás de aquí como tanto deseas y serás feliz.

Pandora deseaba tener el poder para silenciar a Rosemary y evitar que lastimara a Nathaniel de esa manera, sabía que en el fondo ella tampoco lo deseaba, pero lo estaba hiriendo y eso la enfurecía, estaba actuando como una cobarde.

—Yo no quiero estar con ella —mencionó de manera determinante y la tomó por los brazos—.

Quiero estar contigo. —Acercó su rostro peligrosamente al de ella.

Rosemary se sintió aturdida por esa cercanía y la intensidad con la cual Nathaniel la miraba, la misma que de un momento a otro cambió por esa mirada cargada de ternura que él le entregaba, quiso lanzarse en sus brazos y pedirle que no la dejara marchar nunca; sin embargo, sabía que no podía hacerlo, si se quedaba terminaría condenándolo.

—Yo no quiero estar contigo, quiero irme de este lugar y olvidarme de todo lo que viví aquí —pronunció armándose de valor para mantenerle la mirada.

—¿Incluso de mí? —preguntó Nathaniel con la voz estrangulada, sintiendo una dolorosa punzada en el pecho.

—Sí —expresó Rosemary en un hilo de voz, apretando los dientes con fuerza para contener las lágrimas.

En ese instante ella supo que había ocasionado un dolor abismal en el corazón de Nathaniel, lo había herido intensamente; pudo verlo en la mueca que desfiguró su rostro y en el brillo que colmó su mirada anunciando las lágrimas. Sintió que después de Sarah a la persona que más odiaba en el mundo era a ella misma, le estaba haciendo daño a la persona que más amaba en su vida y no era justo, nada de eso era justo.

—Vete —pronunció Nathaniel soltándola con brusquedad.

Ella sollozó y comenzó a negar con la cabeza intentando reparar el daño que le había causado, pero ya era demasiado tarde. Elevó su mano para acariciar el rostro de Nathaniel y alejar la rabia que veía en él, pero le esquivó la cara dejando ver un gesto de desprecio.

—No, lárgate, Rosemary… Aprovecha ahora que puedes hacerlo.

—Tú… no entiendes nada Nathan, no entiendes que lo que hago es lo mejor para ambos —decía cuando él la interrumpió.

—La que no entiendes nada eres tú Rosemary, te pedí que confiaras en mí, que yo lo arreglaría todo, pero no lo creíste —mencionó dejando correr una lágrima por su mejilla mientras temblaba de ira—. Tú al igual que los demás no crees en mí, no me crees capaz de hacer nada… pues entonces ¡Lárgate! ¡Vete de aquí! ¡Huye como la cobarde que eres! —gritaba completamente furioso.

—Nathan —pronunció con tono de advertencia la abuela de la muchacha mientras lo miraba con severidad.

—No se meta en esto señora Nancy. —Le advirtió mirándola a los ojos para luego girarse hacía Rosemary—. Ya has tomado una decisión y te ibas sin siquiera buscarme para despedirte, pues no te retengo más… Adiós y que te vaya muy bien —pronunció posando sus ojos topacio colmados de lágrimas en el rostro de la mujer que amaba.

—El tiempo te demostrará que este sacrificio que estoy haciendo es por el bien de los dos Nathaniel —dijo ella con voz temblorosa.

—No me hables de sacrificios Rosemary, no cuando ni siquiera sabes hasta dónde soy capaz de llegar por ti —señaló con el ceño profundamente fruncido y se volvió para darle la espalda.

—Nathan… —esbozó ella en medio de un sollozo y dio un par de pasos para ir tras él, pero su abuela la tomó del brazo para impedírselo y no pudo hacer más que verlo alejarse.

—Vamos mi niña… salgamos de aquí, es lo mejor. —Nancy luchaba por contener su propio llanto.

Rosemary asintió con la cabeza mientras dejaba correr su llanto y se volvió para salir de allí pero su corazón se lo impidió, negó con la cabeza al tiempo que sollozaba y corrió para alcanzar a Nathaniel, lo abrazó con fuerza por la espalda, se estremeció junto a él mientras hundía su rostro en la tela del grueso abrigo que llevaba.

—Prométeme que irás tras tus sueños… prométeme que saldrás de aquí y buscarás tu felicidad Nathan —pronunció apretándose con fuerza a él mientras sentía cómo ese dolor que le llenaba el pecho estaba a punto de matarla.

—No te prometeré nada Rosemary, todas las promesas que tenía para hacerte ya no se cumplirán, así que no tiene caso hacer una más… hoy no solo te pierdo a ti, lo pierdo todo —expresó y se soltó despacio del abrazo, no pudo evitar llevarse una mano de ella a los labios y darle un beso, un beso que le dolió como si le hubieran clavado un puñal en el pecho—. Adiós, Rose… Que seas feliz.

Pandora se quedó congelada en ese sitio al igual que Rosemary, no conseguía entender la actitud de Nathaniel, jamás imaginó que él pudiera rendirse con tanta facilidad.

Aquello no era normal, algo sucedía y ella se moría por descubrirlo, él había mencionado algo de un sacrificio, pero nada más. Sabía que todo eso tenía que ver con Sarah, era ella quien estaba moviendo las piezas del juego a su antojo, era una maldita manipuladora al igual que los Sagnier.

Los pasos cansados de Rosemary las alejaron a las dos de la inmensa y fría propiedad, aunque por suerte no tuvieron que caminar mucho, el duque se condolió quizás al verlas a la intemperie y envió a uno de sus cocheros a llevarlas. A lo mejor solo esperaba que Nathaniel lograra convencerlas para que se quedaran, pues en el fondo él le tenía aprecio a Nancy.

La mujer prácticamente había criado al duque, estuvo al servicio de los Lancaster hasta casarse y luego al enviudar regresó con su nieta y no dudó un instante en aceptarla, sabía que Nathaniel encontraría en la anciana el mismo cariño que él en su tiempo encontró.

# Capítulo 10

Lo que siguió fue una época muy traumática para la joven, las personas se negaban a darle trabajo pues la duquesa se había encargado de dañar su reputación y el dinero de la venta del terreno cada vez era menos, así que arriesgándose a todo decidieron emprender una nueva vida lejos de ese lugar, compraron dos boletos para viajar a América.

Esa fue la última vez que vio a Nathaniel, él se había enterado de que se marchaba y llegó hasta el puerto completamente desesperado, corría entre las personas buscándola y gritando su nombre. Rosemary volvió a sentir que la vida regresaba a su cuerpo y que su corazón a volvía latir con fuerza, también corrió para amarrarse con él en un abrazo.

Ella era consciente de que ese encuentro no podía cambiar sus planes, pero por unos minutos se permitió soñar, dejó que las ilusiones hicieran nido dentro de su pecho y se aferró a aquella quimera de compartir su vida junto a Nathaniel.

Sin embargo, el sueño le duró muy poco, un grupo de hombres que trabajaba para el duque llegaron hasta el lugar y los separaron. Alguien puso sobre aviso al padre de Nathaniel de sus intenciones de escaparse junto a Rosemary a América y lograron dar con el joven antes de que abordara el barco.

—Debes quedarte… debes hacerlo Nathan. —Ella lloraba.

—No me voy a condenar a una vida como la de él —pronunció Nathaniel con firmeza luchando por mantenerse aferrado a ella.

—No, no lo harás… pero tampoco puedes pedirme que yo te condene a una vida lejos de tus sueños, por favor comprende que solo deseo que seas feliz —esbozaba dejando libre su llanto.

—Te voy a buscar Rose, lo haré y estaremos juntos… no importa cuánto tiempo tenga que pasar, yo tendré la vida que deseo a tu lado —sentenció mirándola a los ojos.

Se acercó a ella amarrándola en un abrazo y ante el asombro de todas las personas que los veían la besó, no fue un beso casto ni mesurado, la besó con desesperación y entrega, acunando el delicado rostro de Rosemary entre sus manos mientras sus labios no le daban tregua y se sintió feliz al percibir en ella la misma ansiedad que lo recorría, sujetada a él como si de ello dependiera su vida.

—Te voy a esperar… por siempre —susurró Rosemary cuando la falta de aire los hizo separarse, ahogándose en la mirada topacio.

Él sonrió asintiendo pues sabía que eso sucedería, tarde o temprano ellos estarían juntos, se disponía a darle otro beso y despedirle cuando la voz cargada de ira y autoridad de su padre resonó en todo el lugar haciéndolo sobresaltarse, como si volviera a tener cinco años y él lo reprendiera por una travesura.

—¡Nathaniel! Regresa aquí ahora mismo —le ordenó mirándolo con severidad, avergonzado por el espectáculo que estaba dando.

Nathaniel se disponía a mandarlo al diablo, pero la mirada de Rosemary se lo impidió, lo abrazó de nuevo con fuerza y después de darle un beso en la mejilla, se fue alejando de él. Nathaniel quiso retenerla, pero sabía que eso podía causarle problemas, así que sin poder evitarlo le dio un beso en la frente y cerró los ojos al tiempo que dos lágrimas bajaban por sus mejillas, después de eso la soltó.

—Prométeme que vas a cuidarte, que estarás bien y buscarás ser feliz Rose… Que lo harás

hasta que yo pueda estar contigo de nuevo —le rogó mirándola a los ojos.

—Te lo prometo, hazlo tú también Nathan… Quiero que seas feliz… Prométeme que, aunque no nos volvamos a ver buscarás tu felicidad —susurró ella aferrándose a sus manos.

Él asintió porque no encontró la voz para hablar, algo dentro de su pecho le gritaba que estaba perdiendo a Rosemary para siempre, que esa vida que soñó no sería una realidad.

Pandora también lo sentía y no solo eso, lo sabía. Después de diez años ellos seguían separados, no se habían visto de nuevo, además las dudas habían hecho mella en ese amor que compartían, pero podía sentirlo latiendo dentro de Rosemary y lo sintió también en la actitud de Nathaniel la otra noche.

Nathaniel sintió la mano de su padre cerrarse con fuerza en su brazo y tirar de él para meterlo al carruaje, nada de eso le importó, solo quería seguir viendo a Rosemary, guardar su imagen, grabársela en las pupilas para recordarla siempre.

Ella hizo lo mismo, pero también sintió cómo su abuela la tomaba del brazo para llevarla hacia la rampa por donde abordaban los pasajeros de tercera clase, había dado dos pasos hacia atrás cuando vio venir al duque caminando con paso decidido a su encuentro.

—Espera Nancy, necesito hablar con tu nieta —ordenó a la mujer y con una mirada le indicó a la chica que lo acompañara.

Rosemary vio a Nathaniel intentar salir del coche para acercarse hasta donde ellos estaban, pero dos guardias de su padre lo impidieron, de pronto sintió un peso alojarse en su estómago presintiendo que algo no andaba bien, clavó su mirada angustiada en los ojos grises del duque de Lancaster.

—Rosemary, esta decisión que has tomado es lo mejor para todos, sabes muy bien que jamás podría existir una relación entre Nathaniel y tú, ambos están separados por un abismo social que no acepta que dos personas como ustedes unan sus vidas

Henry Gallagher hablaba por experiencia, la madre de su hijo había sido una hermosa cantante que lo enamoró desde el mismo instante que la vio, no solo por su belleza o su talento, sino por su maravillosa manera de ser. Rosemary se la recordaba mucho, así como aquella mujer fue un imposible para él, ella también lo era para su hijo, en su mundo el amor no existía, solo el deber.

—Mi lord… yo… —Rosemary intentaba defenderse, no quería perjudicar a Nathaniel, ella lo amaba.

—Por favor déjame continuar, yo sé que ustedes ahora están ilusionados y creen que todo es posible, pero en el mundo real las cosas no son tan sencillas, si ya has tomado esta decisión te ruego que la mantengas y te alejes de mi hijo… —se detuvo extrayendo un pequeño saco de terciopelo negro del bolsillo interior de su abrigo, se lo extendió cuidando que Nathaniel no lo viera—. Toma este dinero y empieza una nueva vida lejos de aquí pequeña, el tiempo se encargará de hacerte olvidar… —decía cuando ella lo interrumpió.

—Yo no quiero su dinero duque de Lancaster y no hago esto por lo que dicta la sociedad, lo hago para que Nathan cumpla con sus sueños de ser un gran pintor, no me sacrifico por guardar las apariencias, lo hago por amor y para salvarle la vida —expresó sintiéndose dolida por la insinuación del hombre.

—Por favor, no intento comprar tu promesa, solo deseo ayudarte —medió para que ella aceptara, en el fondo sí estaba comprando su lealtad como hacía con todo el mundo.

—Pues se lo agradezco mucho pero no lo necesito, me labraré un camino por mis propios medios —indicó determinante.

La sirena del barco volvió a retumbar en todo el lugar cortando el tirante silencio que se había instalado en torno a ellos, Rosemary tenía la barbilla alzada mostrando un gesto de dignidad y el

duque la miraba sin poder creer su altanería, turbado por los recuerdos de la única mujer que había amado y que también lo desafió defendiendo su orgullo cuando él intentó pisotearlo sugiriéndole que fueran amantes.

—Haz lo que mejor te plazca… solo te diré algo, no permitiré que condenes a Nathaniel a una vida desgraciada, él es joven, talentoso y tiene un futuro prometedor por delante… —hablaba cuando una vez más ella lo cortó.

—Me asombra que se haya dado cuenta de ello señor, en todos estos años usted no ha hecho nada más que ignorar a su hijo y herirlo con su indiferencia —dejó libre aquello que se había callado siempre.

—¡Tú no eres quién para cuestionar mi manera de proceder con Nathaniel! —pronunció y su rostro se pintó de carmín por la rabia.

—Y usted tampoco es quién para cuestionar mis sentimientos hacia él, ya no soy su empleada duque de Lancaster, no tengo por qué hacer lo que me ordena. Y déjeme aclararle algo más, no se equivoque conmigo señor, yo no estoy ni estaré a la venta nunca, así que tome su dinero e inviértalo en lo que mejor le plazca. Ahora con su permiso, debo tomar el barco —dijo cortante, manteniéndole la mirada. De manera fugaz le dio un último vistazo a Nathaniel, quien observaba a través de la ventanilla del carruaje, luciendo aturdido.

—Él se casará con la sobrina de Katrina —expuso deteniendo los pasos de Rosemary. Al ver que su comentario había surtido el efecto deseado, hurgó más en la herida—. Nathaniel y Sarah se comprometieron en matrimonio, esperaremos a su cumpleaños cuando ya tenga la mayoría de edad para anunciarlo.

Rosemary sintió que el suelo bajo sus pies desaparecía, todo se le vino abajo ante ese anuncio del duque, su cuerpo entero tembló y después una ola de dolor la azotó con fuerza hasta hacerla sollozar, el sentimiento fue reemplazado por una gran decepción y por la rabia que le causaba el engaño de Nathaniel.

Se volvió a mirarlo deseando con todas sus fuerzas que aquello fuera mentira, que pudiera ver algo en su mirada o en su rostro que le dijera que su padre mentía. Los guardias obligaron a Nathaniel a entrar al carruaje impidiéndole descubrir la verdad. Recordó las palabras de Sarah donde le aseguraba que Nathaniel se había mostrado interesado en ella, que era la mujer indicada para él. Eso desató su dolor y salió corriendo para subir al barco, jurándose que jamás volvería a creer en las palabras de un hombre, ni le entregaría su corazón, no sufriría el destino de su madre.

—¡Rosemary! —gritó Nathaniel sintiendo que se le desgarraba el alma al verla marcharse, el llanto brotó de sus ojos.

Se sintió perdido, mucho más de lo que se hubiera sentido en toda su corta vida, en ese momento el corazón de Nathaniel, el que había recibido tantas heridas, sufrió la más profunda de todas.

∞∞∞

Para cuando Pandora terminó de ahondar en el pasado de Rosemary sus emociones eran un remolino que giraba y giraba sin control. Salió del cuerpo dejándose caer sentada en la alfombra junto a la cama, cada vez que hacía algo así sus fuerzas disminuían, se requería de mucha concentración y también de no hacerlo tan seguido, cosa que ella no había cumplido.

El día anterior se había metido en el cuerpo de Nathaniel Gallagher para sembrar en su

memoria aquel recuerdo de la última tarde feliz que vivió junto a Tristán. Un recuerdo que fue manipulado para hacer sentir culpable al pintor, pues nunca se vio en la necesidad de gritarle a su esposo que cumpliera sus promesas.

Su atención fue atraída por el llanto amargo que brotaba de Rosemary y la estremecía a causa de los sollozos mientras sus manos se aferraban al portarretrato sobre su regazo, Pandora se estiró un poco y puso una mano sobre la frente perlada en sudor.

—Deja ir tus recuerdos… no son tu aquí, ni tu ahora… no le des el poder de seguir torturándote, déjalos ir, libera tu alma —susurró para sacarla del trance en el cual se encontraba aún, después de revivir de golpe todo un pasado lleno de dolor y tristeza.

Ella suspiró y se sentó apoyando su espalda contra la mesa de noche, intentando ordenar sus pensamientos y controlar sus emociones, las cosas habían cambiado radicalmente, esa chica había pasado de ser la victimaria a la víctima.

Todo el sufrimiento vivido, las pérdidas y aún sin tener prácticamente nada, mantenía ese optimismo ante la vida. No pudo evitar sentirse miserable y malagradecida, era cierto que sus historias distanciaban mucho la una de la otra, que ella no había tenido carencias en su niñez; sin embargo, Rosemary tampoco vivió todo el horror que le tocó pasar a ella, el encierro, la soledad, el dolor.

Ella no solo había perdido el amor de Tristán, también había perdido a su pequeño Dorian, su bebé, la prueba más hermosa y pura que la vida le había dado para certificar su amor.

Las lágrimas no tardaron en hacerse presentes, en ese momento era Pandora quien lloraba amargamente, quien hecha un ovillo en el suelo se lamentaba una vez más al recordar su pasado, en ese momento su dolor se había fusionado con el de Rosemary y lloraba por las dos, todavía la pena de la chica vibraba dentro de su alma.

Después de varios minutos que no pudo ni contar, se incorporó de nuevo sintiéndose más calmada y aunque ella sabía que Nathaniel seguía siendo soltero, que no se había casado con Sarah Greenwood, sí estaba a su lado y eso al igual que a Rosemary la hacía sentir traicionada, porque ese amor que el joven le juró, tal vez no era tan fuerte después de todo, flaqueó ante la primera complicación y esa no era la actitud de un caballero que se decía enamorado, sino la de alguien que solo buscaba obtener algo para su provecho y nada más.

De allí en adelante le tocaba averiguar qué había llevado a Nathaniel a comprometerse con Sarah y porqué nunca había hecho nada para buscar a Rosemary si los dos se encontraban en el mismo país, él había llegado cinco años después que ella era verdad, pero estaban allí, ¿por qué no se habían reencontrado?

Todas esas dudas la torturaban, decidió aplacar un poco sus pensamientos, necesitaba descansar, se llevó una mano a la frente sintiéndola más fría que de costumbre y dejó libre un suspiro pesado. Escuchó a Rosemary sollozar de nuevo y pensó que ella merecía una compensación por todo lo que había sufrido.

—Tu padre pudo ahorrarte tanto dolor y tantas humillaciones, pequeña, ¿cómo pudo tener corazón para abandonarte? Fue él quien desatendió a tu madre, fue el único responsable —decía sintiendo el odio crecer dentro de su pecho hacia ese desconocido—. No existe nada en ti que inspire mi odio… tú también lo amas, lo amas quizás tanto como yo, pero… yo no quiero resignarme a no tenerlo, no puedo hacer lo que tú has hecho, no se lo dejaré a ella porque no lo merece ¡No lo merece! Lo voy a recuperar y te prometo que lo haré feliz.

Se levantó dándole la espalda y se disponía a salir de la habitación complacida con lo descubierto, pero antes de hacerlo una idea cruzó su cabeza. Se volvió con pasos lentos hasta el lecho donde Rosemary aún batallaba contra sus recuerdos y sollozaba a momentos.

«Te agradezco lo que hiciste por él… pero no puedo dejártelo.»

Se llevó una mano hasta la cintura, de entre los pliegues del vestido que llevaba sacó una pequeña bolsa de terciopelo negra, extrajo de la misma una hermosa daga coronada por un precioso rubí que destelló en la oscuridad de la habitación y lo acercó a ella, tomándole la muñera para exponer las venas.

—Sin embargo, deseo recompensarte. Pondré ante ti al desgraciado que abandonó a tu madre a su suerte —susurró hiriéndola suavemente con solo un pequeño corte en la piel nívea.

Rosemary liberó un gemido ante el dolor, pero se mantuvo dormida, solo una mueca desfiguró su rostro un instante. Una gota de sangre brotó de la herida manchando la piel de rojo, justo allí donde la había pinchado.

Pandora la tomó con rapidez impregnándola en el rubí, para después llevarla hasta la palma de su mano, apretó con fuerza la piedra cerrando los ojos y concentrándose. Sus párpados mostraban el movimiento de sus pupilas y su piel ya blanca se volvió casi traslúcida, su habitual belleza no desaparecía, pero adquiría un aspecto espectral que causaba temor en quienes la veían en esos momentos, por lo general quien lo hacía perdía la vida.

Viajó mucho más allá del nacimiento de Rosemary, buscando la imagen y el nombre de los padres de la chica, de pronto su cuerpo se estremeció con fuerza y un jadeo salió de sus labios al reconocer la esencia del linaje.

—¡Eres una Sagnier! ¡Llevas en tus venas la sangre de esos malditos! —exclamó con furia clavando su mirada oscura y brillante como brasas ardientes en Rosemary.

El odio transfiguró su rostro mostrando una imagen realmente aterradora, no porque se convirtiera en una bestia o algo espantoso, sino por la peligrosa amenaza que se podía ver en su mirada la cual se tornó oscura hasta el punto de parecer que sus cuencas estuvieran vacías y con solo un destello en medio que los hacía lucir mucho más terroríficos, amenazando con destrozarlo todo.

# Capítulo 11

Pandora sentía ese intenso fuego que provocaba el odio cuando se apoderaba de su interior, ardía dentro de ella con fuerza, sus manos temblaban incontrolablemente y sus ojos no lograban despegarse de la figura de Rosemary, no podía creerlo, podía asegurar que no quedaba un solo miembro de esa miserable familia caminando en el mundo, ella se había encargado de desaparecerlos a todos.

«¿Cómo podía llevar ella la sangre de uno de los asesinos de su familia?»

Se preguntaba en pensamientos totalmente desconcertada.

—Yo pensaba que ya no tenía motivos para odiarte niña… pero acabas de dármelos, si lo que le hiciste en el pasado a ese joven no te condenó, tu sangre sí lo ha hecho… —esbozó levantando la mano donde tenía la daga para atacarla, pero algo la sujetó con fuerza, evitando que llegase a tocar la blanca y tersa piel de Rosemary.

—¡No lo hagas Pandora! No puedes hacerlo —mencionó Gardiel mirándola a los ojos mientras cerraba con fuerza su mano en la muñeca de la mujer.

—¡Lárgate de aquí! Esto no es tu problema —exclamó con furia soltándose de un tirón—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué demonios me seguiste? Te dije que te mantuvieses alejado de esto. —Destilaba ira por los poros, mirándolo con creciente odio.

—Te pedí que no vinieses a este lugar y es lo primero que haces en cuanto doy la espalda —contestó sin mostrarse intimidado por la rabia de ella, pudo ver que la joven tenía un sueño intranquilo y que podía despertar en cualquier momento, era mejor alejar a Pandora de allí de inmediato, antes de que le fuera imposible controlarla, la tomó del brazo una vez más—. ¡Ven, salgamos de aquí! —le ordenó mirándola a los ojos con severidad.

—¡No voy a ningún lado! —se soltó con fuerza, empujándolo.

—Tenemos que hablar… Nathaniel Gallagher está comenzado a sospechar de ti y si llegas a tocarla, él sabrá que fuiste tú —apeló a la debilidad que representaba el pintor.

—¿Qué quieres decir? —inquirió desconcertada, pero sin dejar la molestia.

—Ven conmigo y te diré lo que sé —respondió sin titubear.

—Aún no he terminado en este lugar… —dijo cuándo Gardiel la tomó por los hombros.

—¡Te dije que vengas conmigo ahora! —ordenó en un tono de voz que no admitía negativas.

Ella lo miró a los ojos sintiendo que las llamas de la ira la envolvían, él no era quién para hablarle o tratarla de esa manera, solo porque tenían un pacto no podía creerse su maldito dueño, se desvaneció de entre las manos del rubio y con un enorme estruendo salió del lugar por el ventanal, haciendo añicos los cristales.

Gardiel dejó libre un suspiro, se volvió de inmediato hacia Rosemary quien había despertado y observaba aterrorizada la escena, por suerte no podía verlo a él, se acercó a la chica que sollozaba con fuerza presa de un ataque de nervios, puso un par de dedos en la frente fría y sudorosa mientras susurraba una oración, un minuto después el cuerpo de la rubia caía pesadamente sobre la cama, sumida en un profundo sueño.

Él elevó una mano haciendo como si recogiese algo y un segundo después los cristales de la ventana estaban intactos, terminó por desaparecer dejando el lugar como si no hubiese ocurrido absolutamente nada, se dispuso a buscar a Pandora, no fue difícil hallarla, su furia hacía que la tormenta fuese más fuerte justo en ese lugar.

—¡Aléjate de mí, no tienes ningún derecho a tratarme así! —gritó llena de rabia mientras lo miraba de forma amenazante, parada en medio de la lluvia.

—Intenta calmarte Pandora… todo lo que hago es por tu bien, no querías escuchar, ¿cómo pretendías que te hiciera entrar en razón? —inquirió mostrándose impasible.

—¡Pues no deseo ser racional! Lo único que quiero es calmar esta ira que me consume por dentro… ¡Así que sal de mi camino ahora mismo! —exigió con la mirada ardiendo.

—No lo haré… y tampoco dejaré que cometas una estupidez más. ¿Acaso no lo ves? Esa chica puede ser tu única oportunidad de salvarte, si le perdonas la vida a un descendiente de tus enemigos tu culpa será menor… —explicaba cuando ella lo detuvo.

—Pues prefiero condenarme para toda la eternidad a dejar a un maldito Sagnier vivo… ellos me lo quitaron todo, ¿por qué tendría que ser piadosa? —preguntó mirándolo con rabia.

—¿Fue ella acaso? ¿Fue Rosemary White quien asesinó a tu marido y a tu hijo? —contestó con otra interrogante, molesto por la actitud desmedida de Pandora.

—Juré que no habría en este mundo uno de ellos que no pagase por lo que me hicieron —sentenció como si solo eso bastara para que él comprendiese.

—Esa chica no es culpable de lo sucedido hace tanto tiempo Pandora, ni siquiera sabe que por sus venas corre la sangre de tus enemigos… ¿Recuerdas a Vicent Sagnier? —preguntó en una posición más conciliatoria.

Ella se sintió desconcertada por la pregunta de Gardiel, no sabía a qué venía todo eso, pero con tal de liberarse de él y terminar con lo que se había propuesto le respondió.

—Por supuesto que lo recuerdo, era un miserable sádico y disfruté mucho cuando dejé que una jauría de lobos lo destrozara —contestó con suficiencia, sin comprender.

—La madre de Rosemary no corrió con la misma suerte de aquella chica que salvaste en esa cabaña donde encontraste a Vicent… —susurró con pesar desviando la mirada.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó sin querer comprender las palabras del ángel.

—Anne Rose White fue víctima de ese monstruo. Era apenas una chiquilla, tenía dieciséis años cuando ese hombre abusó de ella dejándola embarazada, trabajaba como criada en su casa, era huérfana por lo que no tuvo quién la defendiese de ese miserable, él al enterarse del embarazo la lanzó a la calle… La pobre chica sobrevivió gracias a la caridad de un matrimonio de ancianos que se apiadó de ella y le dieron techo, la alimentaron y la recibieron como una hija, pero su estado de salud era precario; sin embargo, en ningún momento durante su embarazo o después renegó de la criatura, la amaba sin importarle la manera en la cual fue concebida… —decía y vio alejarse a Pandora, se asustó pensando que nada de lo que le contaba evitaría que asesinara a esa pobre chica que solo había sufrido en su vida.

Ella movió ligeramente su cabeza negando para aclarar sus pensamientos y sin poder evitarlo viejos recuerdos la invadieron.

De nuevo el horror que vivió en aquel calabozo la golpeó, todas las chicas de la campiña habían sido abusadas, inocentes y sencillas campesinas cuyo único pecado había sido ser mujeres y no contar con el título de condesa que ella poseía, muchas de ellas ultrajadas hasta llevarlas a la muerte, saciando los viles apetitos de aquellos desgraciados a quienes no les importaba el llanto, los gritos, la desesperación, parecían disfrutar haciéndolas sufrir, encontrando placer cuando las convertían en piltrafas.

Se llevó las manos a los oídos intentando aplacar aquellos gritos que retumbaban en su cabeza como si estuviese escuchándolos en ese preciso instante y sus ojos una vez más se llenaban de lágrimas mientras el miedo de ser la próxima víctima de aquellos depravados la golpeaba una vez más, casi dos siglos y aún no lograba liberarse.

—¡Malditos, malditos… eran unos malditos! —gritaba llena de dolor ante los recuerdos.

—Pandora… Pandora, ya pasó… cálmate por favor —susurró Gardiel tomándola entre sus brazos, sabía lo que estaba sintiendo ella en ese momento. Buscó darle consuelo—. Ya pasó… ahora estás a salvo Pandora, no te ocurrirá nada, por favor mírame… ellos no podrán tocarte, estás aquí, estás conmigo y yo te mantendré a salvo —esbozaba arrullándola contra su pecho.

Pasaron algunos minutos hasta que Pandora logró calmarse y regresar a la realidad, hasta que los recuerdos se aplacaron liberándola de la torturar que vivió años atrás, una de las cosas que más agradecía de sus facultades era que le impedía dormir, de ese modo no se vería continuamente sometida a las horribles pesadillas de revivirlo todo.

—¿Qué le pasó a ella? ¿Qué le ocurrió a la mamá de esa chica? —preguntó centrándose en el momento, pero el desespero seguía instalado en sus pupilas.

—Un mes después de dar a luz murió de tuberculosis, pero antes le pidió al matrimonio que se hiciera cargo de la pequeña, consciente de que ella no podría hacerlo… Supuso que ellos criarían bien a su hija. Antes de morir les hizo prometerle que jamás buscarían al padre de la niña, seguramente por miedo a lo que ese demonio pudiera hacerle a la pequeña… —Gardiel le relató todo aquello que conocía.

—Sabías que era una Sagnier y me lo ocultaste —susurró Pandora con la mirada perdida.

—Te pedí que no vinieses a este lugar, quería evitarte todo esto… pero como siempre, nunca haces lo que te pido, te encanta llevarme la contraria y poner en el filo de una navaja todo lo que hemos logrado hasta ahora… Pandora, debes comprender que si hago todo esto es porque deseo tu bien. —Movió su cabeza para verla a los ojos, sufriendo al verla tan frágil.

—Debiste habérmelo dicho —pronunció con reproche ella.

—Lo sé, pero no sabía cómo reaccionarías, lamento haberme comportado como lo hice… pero estabas fuera de tus cabales y temí por el bienestar de esa joven… también lo hice por ti, sé lo importante que es para ti acercarte a ese hombre y si cometías un error ibas a terminar pagándolo muy caro —agregó llevando su mano hasta la mejilla para acariciarla con suavidad, intentando darle un poco de calor en medio de esa lluvia torrencial que los envolvía a ambos, sabía que el frío no le haría daño, pero no pudo evitarlo.

—¿Por qué lo haces? —cuestionó mirándolo a los ojos.

—¿Por qué hago qué? —contestó con una pregunta tensándose de inmediato, sintiéndose descubierto.

—Cuidar de mí… intentar salvarme una y otra vez… ¿Por qué lo haces, Gardiel? —preguntó clavando su mirada en los iris azules, impidiéndole que escapase.

—Porque es mi deber Pandora… me fue encomendada una misión y debo… —decía cuando ella lo interrumpió alejándose de él.

—Basta de mentiras, Gardiel… Sabes que no creo nada de lo que dices, ni siquiera creo en ese Dios del cual me hablas… dejé de creer en él cada día que pasé encerrada en ese calabozo muriendo lentamente… atormentada por los recuerdos y las manos de esos desgraciados que a base de tortura trataban de sacarme la confesión de un pecado que yo no había cometido… —esbozó dándole la espalda.

—Es tan irónico que lleves ese nombre y no tengas esperanza, se supone que tú guardas ese sentimiento en tu interior —comentó él retomando su postura distante.

—Yo soy una persona llena de odio y rencor, tengo mis manos manchadas por la sangre de tantas personas que… que tampoco creo en esa salvación que me prometes, no puedo cambiar Gardiel, me he convertido en eso que acabas de ver en aquella habitación, en una asesina cruel y despiadada, ya nada me conmueve… incluso he comenzado a temer que ni siquiera el amor que

aún guarda mi corazón sea suficiente para mantenerme en pie… estoy tan cansada… —expresó dejándose caer sentada en el frío piso de la azotea mientras la lluvia la bañaba y su pecho se abría una vez más.

—Lo hago porque sé que detrás de todo ese odio y amargura aún está aquella chica maravillosa que encantaba a todo el mundo con su sonrisa, aquella de mirada clara y brillante… Pandora yo…

Gardiel se hincó de rodillas tras ella y le puso las manos sobre los hombros, intentaba explicarle lo que sentía, aunque él mismo no supiese a ciencia cierta cómo definirlo, todo eso iba contra su naturaleza, él era un servidor de Dios.

Un ángel no debía tener sentimientos de ningún tipo, era un guerrero, un guardián, no había cabida dentro de él para abrigar eso que crecía día a día. Dejó libre un suspiro negando con su cabeza, cerrando los ojos con fuerza para acallar eso que gritaba desesperado dentro de él, clamando por ser liberado.

Ella comenzó a llorar llena de dolor, su cuerpo se estremecía a causa de los sollozos, se llevó las manos al rostro intentando controlar el llanto, ahogándose en ese dolor que cada vez era más intenso, ya no entendía nada, ya no sabía nada, solo quería olvidar, liberarse de todo eso, sentía que más que nunca necesitaba a Tristán a su lado, necesitaba de su fortaleza, de su amor… Lo necesitaba.

Gardiel la rodeó con sus brazos para brindarle un poco de alivio a la pena que la aquejaba, hundiendo su rostro en el cabello de ella, deseando ser ese que sus pensamientos invocaban, ser la razón de vivir de Pandora.

Ya no podía seguir negándose lo que sentía, estaba enamorado, la amaba con cada espacio de su ser, aun conociendo la maldad que vivía dentro de ella, el pasado, las muertes. Conocía lo peor de Pandora y con todo la amaba, de lo que había hecho, dentro de ella seguía estando aquella pequeña que conoció hacía más de dos siglos, la recordó perfectamente.

∞∞∞

Una mañana de primavera cuando Pandora apenas tenía quince años, estaba tendida entre las flores silvestres que crecían en el campo, más hermosa, más inocente y pura que todos los ángeles juntos, era un alma maravillosa que lo cautivó en ese entonces y lo enamoró. Era el ser humano más hermoso que hubiera conocido y como atraído por una fuerza a la cual no pudo resistirse se acercó a ella, tanto que por primera vez se aventuraba a tener contacto con una persona, le acarició la punta de nariz y ella la movió creando un mohín que encendió una sensación dentro de él, algo como una chispa.

Era la primera vez que sonreía, le gustó tanto la calidez y la suavidad de Pandora que repitió la acción y estaba por sentir también sus labios cuando alguien la llamó y ella se levantó con rapidez, atravesando su figura etérea con una fuerza tan avasalladora que él estuvo a punto de elevarse, en ese instante ella le demostró que era eso que los humanos llamaban amor, lo hizo sentir. Pero un año después descubrió que le era prohibida, que ella le había entregado su corazón a un hombre, a un mortal; sin embargo, Pandora siguió siendo su amor, solo que él no era y jamás sería el suyo.

∞∞∞

Regresó de sus pensamientos cuando la sintió calmarse, levantó el rostro para mirarlo a los ojos, llevando una mano hasta su mejilla, él se tensó al tiempo que la miraba fijamente.

—Sé lo que sientes por mí —susurró mirándolo a los ojos—. Eres demasiado transparente para poder ocultarlo, Gardiel… pero yo… —intentó decir algo cuando él la calló llevando un par de dedos trémulos a sus labios, todo él temblaba.

—No lo digas… no digas nada, Pandora… olvídalo… No es posible, ambos lo sabemos… lo único que deseo es salvarte. Por favor permíteme hacerlo… déjame recuperar todo lo bueno que hay en ti. Si tan solo pudieras verte como te veo yo… si vieras la luz que llevas dentro del pecho —pronunció perdido en los ojos grises de ella y algo en su interior clamaba por besarla.

Hacer eso que los humanos hacían y que ponía a latir su corazón tan de prisa, pero él no sabía cómo hacerlo y más que eso temía lo que pudiera sentir después.

Se perdió en los hermosos ojos de ella que justo en ese momento lucían su color natural, limpios y claros, cargados de dolor, pero eran los ojos de aquella chica que él conoció, tomó entre sus manos el rostro y bajó su frente hasta dejarla pegada a la de ella y cerrando los ojos continuó diciéndole.

—No puedo expresar con palabras lo que siento dentro Pandora… no puedo esbozar algo que para mí está prohibido… no me pidas que lo haga… ya duele demasiado… demasiado —dijo y en un segundo desapareció de allí dejándola sola.

Pandora se sintió desolada, fría, vacía, pero sobre todo confundida, había llegado a esa conclusión hacía ya algún tiempo, pero ni siquiera se atrevía a concretar la idea en su cabeza, era imposible que Gardiel estuviese enamorado de ella, él era un ángel; todo lo contrario, a ella que era una condenada.

No había posibilidades para que algo como eso ocurriese, pero había pasado, él la amaba y en ese momento que lo confirmaba sufría; no quería hacerle daño, Gardiel no se merecía eso, había sido tan bueno y condescendiente con ella. Regresó de sus pensamientos viéndose envuelta en la oscuridad que la rodeaba y tuvo miedo de encontrarse en la misma situación de años atrás, ya no quería seguir odiando, ni arrebatando vidas.

—Él ha sacrificado tanto por tu salvación, está en tus manos devolverle parte de todo lo que Gardiel te ha dado Pandora —expresó en voz alta.

Con esa convicción se levantó, salió de ese lugar mientras la lluvia comenzaba a menguar.

El sol mostraba sus primeros rayos con timidez, iluminando la habitación de Rosemary, ella aún permanecía profundamente dormida mientras Pandora la observaba de pie en un rincón de la misma, había pasado horas contemplándola, sorprendiéndose al notar que ese odio que la dominó todas las veces anteriores con los otros Sagnier que se habían cruzado en su camino, con la chica parecía no tener efecto, incluso podía decir que le había tomado cierto afecto al conocer su historia, ella también había sido víctima de aquel desgraciado.

Rosemary abrió los ojos parpadeando un par de veces ante el choque de la luz que entraba por el ventanal, sentía su cabeza dar vueltas y con una punzada bastante intensa, se movió para incorporarse pero una abrumadora debilidad la hizo tumbarse de nuevo en la cama, cerró los ojos y dejó libre un suspiro, intentando ordenar algunas imágenes confusas que llenaban su cabeza, pero todo estaba demasiado borroso, sus ojos se abrieron de nuevo apreciando la brillante luz del sol que se encontraba en lo alto, dejó ver una sonrisa y se estiró cuan larga era en la cama, su mano tropezó con la fotografía de Nathaniel y la tomó acercándola a su pecho.

—Buenos días —expresó con una gran sonrisa y en un acto espontáneo dejó caer un beso en la imagen, cerrando los ojos al hacerlo.

Pandora observó la escena y sin poder evitarlo una sonrisa también se dibujó en sus labios,

ella hacía lo mismo cuando Tristán se iba de viaje para atender los asuntos del condado y ella no podía acompañarlo, solo le quedaba el retrato de su marido como compañía y era esa imagen la que recibía siempre los besos de buenos días.

«Es imposible no amarlo… lo sé muy bien pequeña, no te imaginas cuán afortunada fuiste al tenerlo.»

Después de eso se alejó para que Rosemary no pudiese sentir su presencia, aunque su ánimo estaba bastante relajado, su poder vibraba aún en el ambiente. Algo la había mantenido atada a ese lugar, no pudo marcharse y regresar al lado del pintor, quizás era la marea confusa de pensamientos y sensaciones que la embargaban o la preocupación por lo que sucedería entre Gardiel y ella.

Horas después Rosemary caminaba por las calles de San Francisco saludando con una gran sonrisa a todo aquel que se topaba con ella, se notaba feliz y relajada, Pandora la seguía a cierta distancia comprobando que el rito que hiciese cuando regresó de la azotea hubiese hecho efecto en ella, ante todos la rubia se notaba feliz y segura de sí misma, pero ella descubrió que tenía un insoportable espíritu de mártir, que se había sacrificado una incontable cantidad de veces por el bienestar de los demás, dejando el suyo relegado en un rincón, evidentemente eso lo había heredado de la madre, pero hay herencias que no siempre son buenas y esa era una de ellas.

Durante el día le descubrió un montón de cualidades, era generosa, alegre, pícara y muy inteligente. Le recordó tanto a quien fuese ella antes de que la desgracia llegase a su vida. Muy a pesar de la forma en que la criaron, siempre buscó la manera de ser libre y acercarse a los menos afortunados, siempre fue amable con quienes la rodeaban. Fue para Tristán una amiga y su amante también, la mejor cómplice de su hijo, su compañera de juegos y aventuras tuvo una vida maravillosa, podía jurar que la mejor de todas mientras duró.

Se había prometido intentar alejar de su corazón todo el odio que la invadía al recordar solo lo malo de su pasado, debía hacerlo por Gardiel, se lo debía a él. Aun si nada de eso la llevaba a conseguir el perdón que él decía encontraría al limpiar sus pecados, eso era lo que menos le importaba, la verdad era que desde hacía mucho había dejado de importarle lo que le pasara a su alma una vez tuviese que enfrentarse al temido juicio de Dios, su verdadero miedo era olvidar a su esposo e hijo.

∞∞∞∞

Nathaniel se paseaba de un lugar a otro como una fiera enjaulada dentro de su estudio, su paciencia se encontraba al límite. Había llegado a la galería desde muy temprano y la noche anterior apenas logró dormir dándole vueltas en su cabeza a esa visión que había tenido, descubriendo cosas que lo inquietaron aún más.

La mujer que le reclamó en la visión tenía mucha semejanza con Pandora, su cabello, su color de piel, sus ojos, en general tenía sus rasgos, aunque la vio a la distancia. Claro, todo se veía más vivo en ella, se notaba feliz y lozana como si fuera alguien más, no la fría y distante restauradora. Se repitió toda la noche que era una locura lo que estaba pensando, pero no le conseguía más explicación y aunque sabía que era un imposible, que se estaba adentrando en terrenos peligrosos y desconocidos, no podía desligar ambas imágenes, debía encontrarle una explicación a todo pronto, pues si alguien llegaba a darse cuenta de lo que lo aquejaba lo tildarían de loco.

Un par de golpes en la puerta lo hicieron detenerse en seco, clavó su mirada de inmediato en ésta y trató de calmarse.

—Adelante —esbozó con naturalidad para confrontar a la chica.

—Buenos días, señor Gallagher. —Lo saludó Martin.

—Buenos días, Martin, ¿se te ofrece algo? —inquirió desconcertado y molesto, no lo había llamado a él.

—No señor… En realidad, he venido a ver si necesitaba mi ayuda en algo. La verdad es que me ha enviado el señor Hathaway, está preocupado por usted… dice que lo nota algo perturbado —contestó el hombre mirándolo con algo de extrañeza.

—Pues no necesito nada y dile a Robert que me encuentro de maravilla —indicó con determinación y estaba por despacharlo—. Espera un momento Martin, creo que sí puedes ayudarme en algo. ¿Has visto a Pandora? —preguntó escondiendo su enojo.

—No, señor… ella se reportó enferma, al parecer es un resfriado… algo muy habitual dado el clima que ha hecho los últimos días —respondió el hombre desconcertado por la reacción del pintor.

Vio cómo Nathaniel se llevaba las manos al cabello y lo revolvía con exasperación, ya sospechaba que algo sucedía con esos dos.

—¿Acaso vino algún familiar? —Vio la posibilidad de encontrarla.

—No señor, creo que envió un mensaje, yo me enteré porque se lo escuché a otros artistas.

—Entiendo, muchas gracias por la información Martin y no te preocupes que todo está bien —indicó Nathaniel mostrándose pensativo, pero antes de que lograse salir lo detuvo de nuevo—. Espera Martin… ¿Por casualidad sabes dónde vive Pandora, conoces su dirección? —preguntó mirándolo a los ojos.

—Lamentablemente no la sé señor… y la verdad dudo que alguien la sepa, la muchacha es bastante reservada, apenas sí habla con los demás trabajadores. Incluso su trato con los artistas es estrictamente profesional… la mayoría carecemos totalmente de información sobre ella, no sabemos dónde vive, de dónde viene, si tiene familia… —comentaba el hombre—. Pero de algo sí puede estar seguro, es una excelente trabajadora, el señor Hathaway que es tan exigente se siente complacido con su desempeño… en las tres semanas que lleva aquí ha restaurado dos pinturas que parecían imposibles de recuperar —acotó observándolo, su voz no podía ocultar el asombro.

—Un gran logro, ¿no es así? —él sabía perfectamente lo complicado que era restaurar y esa mujer parecía hacer magia, un dato más que analizar—. Bueno no te quito más tiempo, gracias por la información Martin, no necesito nada más, puedes retirarte —mencionó Nathaniel aún más confundido que minutos atrás.

Caminó hasta el escritorio abriendo la gaveta y tomó el broche una vez más observándolo con detenimiento, esperando que algo como lo ocurrido el día anterior se repitiese, temblando ante la sola idea de revivirlo, no entendía lo que pasaba y eso lo torturaba más que exponerse a ese tipo de situaciones supernaturales, se esforzó frotando el prendedor, incluso cerró los ojos con fuerza, pero nada sucedió, todo continuó de manera normal.

—¡Esto es estúpido! ¡Por Dios Nathan sé sensato! ¿Qué demonios te ocurre? —se reprochó en voz alta para llenarse de seguridad y controlar la ansiedad que lo mortificaba, lanzó el broche en la gaveta cerrándola de un golpe.

Caminó hasta el diván que tenía en el lugar para descansar y se tendió haciendo unos ejercicios de respiración para alejar la tensión que podía sentir en todo su cuerpo.

# Capítulo 12

Al día siguiente Pandora regresó a Nueva York, el crepúsculo pintaba el cielo con sus hermosos colores y ella se quedó en la playa para verlo, presenciando uno de los espectáculos más hermosos que la naturaleza podía regalarle. Se sentía extraña después de superar una de las pruebas más difíciles a las cuales se había enfrentado, había dejado por primera vez desde que su venganza comenzó a una Sagnier con vida, sabía que eso había sido un acto de fortaleza y piedad que tiempo atrás no hubiese siquiera concebido.

Quizás si le hubiese dado la misma oportunidad que le dio a esa chica a todos aquellos que había asesinado por su sed de hacer justicia con sus propias manos, a lo mejor éstas no estuviesen tan manchadas de sangre, cavilaba entrando a la solitaria mansión que ocupaba, despojándose de la larga capa y encendió la chimenea.

—¿Haciendo turismo querida?

Escuchó una voz a su espalda que la hizo detenerse.

—Hazazel… se te ha vuelto una costumbre entrar en mi casa sin ser invitado o al menos tener la delicadeza de anunciarte antes —esbozó volviéndose para mirarlo.

—No creo que necesite de lo uno o de lo otro, total todo lo que tienes es gracias a mí… no sé por qué te empeñas en olvidar algo tan importante para ti… algo casi vital —mencionó moviendo la copa con brandy que tenía en las manos, aspirando el dulce aroma de éste.

—Quizás porque no es tan vital como piensas… —dijo con naturalidad, mientras le daba la espalda para ignorarlo.

—Oh Pandora… Pandora… Te complace tanto irritarme, lástima que casi nunca lo logres, eres como una pequeña niña que aún juega a ser Dios… —susurró con sarcasmo y le dio un gran sorbo a su bebida—. Por cierto… ¿Qué hacías en San Francisco? —inquirió mirándola con detenimiento.

—No es tu asunto. Yo puedo ir a donde me plazca sin tener que darte explicaciones —contestó con la mirada fría.

—¿Estabas visitando a tu rival? Esa joven que es dueña del amor de tu caprichoso espejismo de Tristán —preguntó una vez más obviando la hostilidad de su pupila.

—Si viniste a hacerme un interrogatorio estás perdiendo tu tiempo. Sabes que no te diré nada, así que por favor sal de mi casa, deseo estar sola —indicó sin siquiera mirarlo.

—Bien, sigue con tus estupideces… solo me interesa saber una cosa, ¿encontraste al Sagnier que vive en esa ciudad? —preguntó mirándola con detenimiento, apreciando cómo ella se tensaba —. ¿Sabías que había una Sagnier con vida en esa ciudad Pandora? —indagó una vez más y su tono se voz se tornaba serio.

—Sí —respondió sin agregar nada más.

—Perfecto, me alegra saber que al menos no estás desperdiciando todo tu tiempo en tonterías sentimentales… —decía cuando ella lo interrumpió.

—No la maté. —Su voz fue apenas un murmullo.

—¿Qué dijiste? —inquirió clavando su mirada en ella.

—Dije, que no la maté… no le hice nada, era una pobre chica que no tenía culpa de llevar en sus venas la sangre de esos desgraciados —contestó con naturalidad armándose de valor.

—Permíteme comprender… Tú encuentras a una Sagnier y no cobras venganza, ¿es eso lo que

debo entender? —preguntó una vez más con desconcierto y rabia.

—Exactamente eso y ahora por favor, déjame sola… —pronunciaba cuando él la detuvo.

—¿Qué te está pasando Pandora? —Le gritó al tiempo que se ponía frente a ella y le bloqueaba el paso, mirándola furioso.

—¡Déjame en paz Hazazel!… ¡Estoy cansada de todo esto! ¡Solo quiero que termine! —contestó a gritos, se sentía exasperada.

—¿Deseas que termine? ¡Pues bien, regresa a San Francisco y acaba con esa mujer! —ordenó señalando con el dedo la puerta.

—No lo haré… no seguiré asesinando a personas que no tuvieron nada que ver con lo que me ocurrió hace tanto tiempo, esto se acabó —mencionó con determinación.

—Todo esto es por él ¿no es así? ¿Piensas que no descargar tu ira ahora te hará mejor de lo que eres? ¿Que no cobrar venganza hará que te redimas y seas digna del amor de ese chico? ¡Eres una estúpida Pandora! ¡Una completa estúpida!… Sabes que solo hay una manera de tenerlo y es usando tus poderes, él ama a otra mujer y tú no podrás cambiar eso… Eres hermosa, eres deseable; pero si continúas en el papel de la insulsa restauradora que adoptaste, no lograrás absolutamente nada… Y si no mantienes el poder que te di, haciendo lo que debes hacer, entonces comienza a despedirte de todo esto… —Esta vez ella lo detuvo.

—No me importa, ya nada me importa… Si se tiene que acabar bien, que termine de una vez, no voy a seguir formando parte de tu juego morboso y perverso, me cansé, Hazazel, he dicho que esto se acaba y se acaba —se plantó ante él sin temor.

—Estás completamente equivocada, tú me perteneces y no puedes decir se terminó y ya… Esto no es un juego del cual puedas escapar Pandora, lo sabías muy bien cuando decidiste tomar parte en él, debes quedarte a mi lado para siempre y hacer lo que te digo —la amenazó tomándola por los brazos.

Pandora se sorprendió ante esa actitud desesperada de Hazazel, él jamás perdía los estribos y en ese momento le resultó totalmente irreconocible, haciendo uso de sus facultades vio en el interior del demonio y lo que descubrió la sorprendió, aunque ya lo sospechaba.

—Yo soy tu peor miedo —susurró, ahogada en las pupilas oscuras, él se tensó, pero no la soltó —. Lo soy. Tu peor miedo es perderme… ¿Lo es Hazazel? —inquirió solo para confirmarlo.

—¡Deja de usar tus malditos poderes conmigo! —exclamó sin poder ocultar el terror en sus palabras y en sus ojos—. Vas a hacer lo que te diga y no se habla más… Si no lo haces quien terminará pagando será Nathaniel Gallagher, no me obligues a herirte donde más te duele Pandora, no me hagas demostrarte cuán despiadado puedo ser —mencionó con rabia.

Ella lo empujó con todas sus fuerzas, lanzándolo contra la pared, voló con rapidez al lugar donde cayó y lo tomó por el cuello para elevarlo hasta que el delgado cuerpo que usaba como cascarón se estrellara en un golpe seco contra el techo.

—¡Eres un maldito! —Su grito resonó en todo el lugar como el rugido del mar en plena tormenta, profunda y amenazante.

La furia que surgió en ella ante la sola mención de Hazazel, la hizo una criatura salvaje y desconocida, sus ojos se habían convertido en dos abismos oscuros que parecían infinitos y la hermosa piel blanca se tornó traslúcida mostrado delgadas vetas verdes que la surcaban, dándole un aspecto espectral.

Hazazel la miraba asombrado, pues incluso para él Pandora se volvió irreconocible, nunca la había visto transformase de esa manera, ni siquiera cuando les arrancó la vida a los asesinos de su familia y en ese instante tuvo miedo de que ese poder que le había dado a ella fuese mucho mayor de lo que imaginaba; sin embargo, se recuperó rápidamente aprovechando esa actitud de

su discípula para recordarle a ella quién era y que por más que luchase ya no podía negar su naturaleza.

—¡Bien, déjalo salir! Demuestra todo ese odio que llevas dentro… Acepta que eres lo que eres… ¡Vamos Pandora! —le gritó con una gran sonrisa—. La maldad siempre ha estado en ti, desde que naciste la llevas contigo, yo solo te abrí la puerta para que saliera. No puedes cambiar lo que eres, no puedes hacerlo… Eres una asesina ¡Una asesina! —exclamó una vez más.

—No te atrevas a tocarlo porque entonces sí sabrás en lo que me has convertido… —Le advirtió mirándolo con esas cuencas vacía donde se suponían debían encontrarse sus ojos y su sola voz le hubiese helado la sangre a cualquiera.

Se esfumó en un segundo dejándolo caer con fuerza sobre el piso, salió volando con rapidez internándose entre las livianas nubes que se esparcían por el firmamento, esa noche estaba completamente despejada, no se desataría una tormenta como las anteriores. Pero dentro de Pandora una tempestad ya había comenzado y giraba azotando sus sentimientos y emociones, la peor de todas fue el miedo que la embargó al ser consciente de que Nathaniel Gallagher corría peligro, ella no podía permitir que le hicieran daño, debía estar cerca de él, debía protegerlo.

∞∞∞∞

En la mansión, Hazazel se acomodaba el saco arrugado, apagaba la chimenea y salía del lugar en completa calma, como si nada hubiese ocurrido, aunque el miedo corría por sus venas, Pandora lo tenía atado de manos, había encontrado su lado vulnerable.

Era ella, lo que más temía era perderla y sabía que si se le acercaba a aquel imberbe, ella no dudaría un segundo en hacerle pagar por ello, aun acosta de su propia existencia. Se le estaba escapando de las manos, no sabía en qué momento había comenzado a alejarse, pero la verdad era que no podía dejar que eso terminara, él la necesitaba y debía retenerla.

∞∞∞∞

Pandora llegó hasta el apartamento de Nathaniel y se quedó allí vigilante, envuelta entre las sombras a la espera de cualquier detalle que le revelase la presencia de Hazazel o algún otro demonio de esos que le servían a él, sabía que tenía el poder para defender al joven, podía enfrentar al mismo que poseía su alma; sin embargo, el miedo que le recorría el cuerpo no la dejaba en paz, se movía como una fiera cuidando celosamente lo que era suyo, tallando en los cristales símbolos que le permitiesen tener alejados a cada ser que pudiese llegar hasta ahí para hacerle daño.

No soportaría perderlo a él también, pues más allá de cualquier infierno que le pudiese esperar, estaba el ser consciente que una vez más que el hombre que amaba caía en manos de sus enemigos, que sería la causante de su muerte nuevamente; ella no soportaría algo así ni estando en el cielo o en el infierno.

Pasó toda la noche contemplándolo y en un estado de tensión que no había vivido antes o quizás sí, solo esa noche cuando ocurrió todo, esa noche que cambió su vida para siempre. Se arrodilló junto a la cama de Nathaniel temblando y llorando a momentos, ella le había traído la desgracia, debía librarlo de eso, debía hacerlo, tenía que salvarlo.

Cuando el sol salió se mantuvo en el lugar, de manera incorpórea, sabía que él podía sentirla,

intentaba controlar su angustia, aunque era poco lo que lograba hacer. Pero no lo abandonó un instante, incluso mientras viajaba en el auto hacia la galería ella se mantuvo a su lado, odiaba lo lento que era desplazarse así pero no podía hacer nada.

Una vez que llegó a ésta atravesó la puerta junto a él, lo siguió hasta su estudio y después de asegurarlo con un montón de sellos y símbolos, se dispuso a dejarlo descansar, si lo seguía manteniendo bajo su presencia podría terminar volviéndolo loco.

∞∞∞

Nathaniel sentía que todo a su alrededor era denso y pesado, aunque había dormido profundamente, desde que despertó no lograba alejar esa sensación de tensión que le embargaba el cuerpo, esa de sentirse vigilado, quería gritar que lo dejaran en paz, pero sabía que eso era algo estúpido.

La paranoia estaba haciendo de las suyas y si no se controlaba todo sería mucho peor, debía hablar con aquella mujer y esclarecer el panorama, obtener respuestas lógicas a todo eso; decidió que no podía seguir esperando, así que salió dispuesto a encontrarla y encararla.

Contando con más suerte de la que pudiese imaginar sintió una especie de alivio cuando sus ojos captaron la delgada figura de la chica en el pasillo, sus ojos se encontraron con los de ella y pudo notar algo extraño, se veía turbada, atribulada por algo, incluso pudo descubrir temor en su mirada. Se acercó con paso seguro, pero al ver que ella se alejaba sin decir una palabra, corrió y la atrapó tomándola por la cintura.

*Grosso* error para ambos, sobre todo para él. Su cuerpo fue golpeado por una enorme fuerza y hasta su mente llegaron una serie de imágenes borrosas y ambiguas, recuerdos recientes y otras visiones totalmente lejanas, algunas que no eran suyas. Su corazón se lanzó en una carrera frenética y un escalofrío lo recorrió por completo, pero a tiempo pudo recuperarse y sintió que ella intentaba alejarse, él se lo impidió, la giró para verla a los ojos. Ambos estaban jadeantes, temblorosos, llenos de cientos de emociones que no lograban comprender, al menos no Nathaniel, aun así, la mantuvo junto a él.

—¿Quién eres? —inquirió mirándola a los ojos, sintiendo un miedo enorme alojarse en su estómago, formando un nudo doloroso y un sudor frío le perlaba la frente.

Ella negó con la cabeza y luchó por liberarse una vez más, pero Nathaniel reaccionó más rápido, la pegó contra la pared de madera tras ella, sujetándola por las muñecas al tiempo que ejercía presión con sus antebrazos sobre los de Pandora, dejándola completamente atrapada, aproximó su rostro a centímetros, tan cerca que sus alientos se mezclaban, tanto que podía sentir el roce de los senos de ella contra su pecho duro y tenso, sus respiraciones eran afanosas, sus miradas oscuras, olas de calor comenzaban a azotar sus cuerpos que se veían atraídos como si fuesen dos imanes.

—¿Nathan?

Lo llamó una voz cerca de ellos, que los sacó del estado en el cual se encontraban.

Ambos se volvieron de inmediato para ver quién era, pero no lograron alejarse, no hasta que la mirada desorbitada de la joven rubia les indicase lo íntimo del encuentro que mantenían, al fin Pandora salió del trance y cuando fijó bien su mirada en la mujer, un nombre de inmediato vino a su mente: Sarah Greenwood.

Sarah no podía creer lo que sus ojos veían, sintió su corazón detenerse y después caer en un abismo, dejando un gran dolor instalado en ese lugar donde éste debía estar, sus ojos se llenaron

de lágrimas y todo su cuerpo tembló.

Aunque sospechaba que Nathaniel le era infiel, nunca imaginó que se toparía con una imagen como ésa, sencillamente era imposible, completamente inaudito.

«¿Cómo podía él hacerle eso? ¿Cómo podía humillarla de esa manera?» Se preguntaba en pensamientos sin lograr aparta sus ojos de ese par de traidores.

Nathaniel se alejó de Pandora soltándola con suavidad, desvió la mirada de Sarah y la posó de nuevo en la pelinegra que justo en ese instante se notaba distinta. El miedo que hasta hacía un minuto parecía invadirla se había esfumado, su mirada ya no mostraba terror; por el contrario, estaba cargada de odio, de desprecio y se encontraba clavada en la diminuta figura de su prometida, era como si se hubiese olvidado de él.

—Pandora —susurró para captar su atención, ella se volvió a mirarlo y allí estaba de nuevo esa turbación que podía apreciar minutos antes, verdaderamente esa mujer lo iba a volver loco.

«¿Qué demonios ocurría con ella? ¿Por qué se comportaba como si fuese dos personas completamente distintas?»

Se cuestionó internamente mientras la observaba con detalle.

—¿Podrían al menos respetar que estoy presente? —gritó Sarah histérica al ver el intercambio de miradas que ambos tenían.

Si no fuera por su maldita limitación, habría llegado hasta ellos y hubiera separado a esa cualquiera de su prometido a bofetadas por ser tan descarada.

Pandora escuchó los pensamientos de la infeliz manipuladora y se volvió a mirarla, sus ojos antes claros ahora se notaban más oscuros, así como sus cabellos y sus labios, incluso se podía decir que la chica pálida y desgarbada se transformó en otra.

De pronto Sarah comenzó a sentir que le faltaba el aire, su corazón se lanzó a latir frenéticamente y una corriente desagradable se esparció por todo su cuerpo haciéndola temblar. Se llevó la mano a la garganta que parecía estar siendo presionada con fuerza por algo, lo podía sentir claramente pero no había nada a su alrededor, todo se hizo mucho peor cuando una espantosa sensación como de estar siendo herida con cientos de alfileres cubrió su cuerpo, con el poco oxígeno que tenía logró lanzar un grito desgarrador.

—¡Sarah cálmate por favor! —Le gritó Nathaniel.

Ya conocía perfectamente los trucos que usaba para atraer la atención, liberó un suspiro pesado y se acercó hasta ella con rapidez, la notaba pálida, pero pensó que sería otra de sus actuaciones, cada vez eran más convincentes.

De inmediato Pandora la soltó, aunque deseaba con todas sus fuerzas liberar a Nathaniel de una vez por todas, de la absorbente presencia de la manipuladora consumada que tenía ante sus ojos, no era el momento, debía esperar; se relajó y viendo una posibilidad de escapar en ese momento comenzó a alejarse.

—¿Quieres que me calme ante lo que acabo de ver? ¡Por Dios Nathan! ¡Si supieras cuánto me duele esto!… ¿Por qué lo haces, acaso yo no te he dado todo, no me he desvivido por ti? —preguntó en medio de un llanto amargo.

El muy miserable jamás la había tocado y ahora sabía la razón, no era su maldito sentido de caballerosidad; por el contrario, él no era más que un bastardo que se complacía revolcándose con mujerzuelas, no podía dejar que la tocara después de haberlo hecho con aquella sucia marginal y comenzó a darle golpes para alejar sus manos de ella.

—¡Sarah para ya! Estás confundiendo las cosas… Lo que viste no es lo que parece, la señorita Corneille es… —decía volviéndose para mirarla y al ver que ella se alejaba dejó a su prometida.

Él pudo liberarse de Sarah porque una vez más Pandora la castigaba, ni siquiera tuvo que

mirarla para hacer que casi se ahogara con su asquerosa lengua, quizás también debía extirparle alguna parte del cerebro para que no volviera nunca a expresarse así de su Tristán, ni siquiera en pensamientos.

Nathaniel caminó con rapidez hasta ella, no se atrevió a tocarla temeroso de las reacciones que tenía su cuerpo cuando lo hacía, así que sin llegar a tocarla le susurró en el oído.

—No te vas a escapar, tienes muchas cosas que explicarme… —pronunciaba cuando ella lo detuvo sin volverse a mirarlo.

—Su novia lo espera… Vaya antes que comience a gritar como loca de nuevo —indicó en el mismo tono de él.

Sabía que la mujer no podía hablar, le tenía la garganta cerrada y su lengua estaba asfixiándola, movió sus dedos para irla soltando lentamente al escuchar que los latidos de su corazón menguaban drásticamente, deseaba matarla, pero no lo haría en ese momento, ya tendría la oportunidad y podía estar segura de que lo disfrutaría mucho, dejó ver media sonrisa ante el pensamiento.

—Necesito hablar contigo… no puede ser ahora, pero tiene que ser hoy y no se te ocurra desaparecer porque no importa a dónde vayas, te juro que encontraré la forma de dar contigo ¡Mírame! —le exigió, aunque su voz era baja.

Pandora podía sentir la amenaza y la rabia en la misma, se volvió observándolo por encima del hombro, sin saber por qué maldita razón dejaba que él la tratara así, porqué podía intimidarla de esa manera.

—¡Esto es tuyo y no lo quiero cerca de mí! —le tomó la mano con brusquedad y depositó el medallón en la palma blanca y trémula de ella, clavó su mirada que se había oscurecido como el plomo fundido, en la de ella y confirmó sus palabras—. No lo quiero, ¿entendido? —preguntó mirándola a los ojos mientras sentía la ira correr por sus venas al ver que ella se mantuvo impasible.

—Su novia —susurró de nuevo y esta vez su voz era fría y dura, tanto como la de él.

Sus ojos habían cambiado una vez más, podía sentir esa arrolladora fuerza que era alimentada por el rencor atravesaba su cuerpo con poderosas descargas, el hermoso tono gris se había esfumado y ese peligroso abismo negro en el cual se convertían sus pupilas empezaba a mostrarse con nitidez.

Nathaniel pudo ver el extraño brillo que cubría la mirada de Pandora y un escalofrío lo barrió de pies a cabeza, su instinto de supervivencia le gritó que debía alejarse de ella. Quería hacerlo, pero no podía, era como si lo tuviese atado a ese lugar, no conseguía escapar de esa mirada que lo hipnotizaba, su corazón latía con rapidez y respirar se le hacía difícil.

Pandora sentía su cuerpo tenso y la lucha férrea en su interior por controlar ese lado salvaje que poseía cada vez se hacía más difícil de contener. La sola cercanía de ese joven hacía que la sangre corriese más de prisa, que su corazón latiese lleno de vida, ese que se había convertido en un bloque de hielo en ese instante sencillamente golpeaba una y otra vez dentro de su pecho, su mirada abandonó la de él y sin poder evitarlo se posó en sus labios.

«¡No debió hacerlo!»

Toda la concentración se vino abajo, su cuerpo tembló y sus rodillas flaquearon, solo fueron segundos, pero él también pudo sentirlo porque intentó sujetarla. Ella no se lo permitió, se alejó con rapidez.

Nathaniel quedó aturdido y vio con asombro la rapidez con la cual Pandora parecía haber llegado casi tres puertas de donde se encontraba antes, eso eran unos doce metros. El golpe seco del cuerpo de Sarah cayendo al suelo a su espalda lo distrajo y de inmediato desvió la mirada de

Pandora para posarla Sarah.

—Nathaniel… —susurró la rubia una vez que quedó libre de eso que la ahogaba.

Él se volvió para mirarla, ella lucía tan pálida como un papel, sus labios estaban morados y sus ojos completamente desorbitados, intentó levantar la mano, pero no tuvo la fuerza suficiente. Nathaniel se sorprendió al ver el estado de Sarah, la vio cerrar los ojos y dejar caer su cabeza contra la dura madera del piso, eso lo llenó de pánico.

—¡Maldición, Sarah! —exclamó corriendo hasta ella que yacía en el suelo completamente pálida, aterrado lo primero que hizo fue tomarla en brazos y revisar su pulso—. Sarah reacciona… ¡Por Dios no hagas esto! ¡Sarah tampoco es para tanto, abre los ojos! Sarah que no estamos para tus actuaciones, deja tus aspiraciones de actriz para otro momento —mencionaba frustrado, temiendo que en esta ocasión no estuviera fingiendo para captar su atención.

—De ser una aspirante a actriz sería maravillosa, su actuación es muy convincente —esbozó Pandora con sorna sin poder controlar la sonrisa cargada de malicia.

—Deja de burlarte, no encuentro divertida esta situación… en lugar de eso deberías buscar ayuda —indicó mirándola con rabia.

—Pues a mí sí me parece muy entretenida y por si lo olvida yo no recibo órdenes de usted sino del señor Hathaway, así que arrégleselas como pueda con su… carga, con su permiso señor Gallagher —indicó con toda la arrogancia que pudo.

—¡No sea insolente! —Le reprochó al ver el cambio que había dado, ya no había rastros de la chica tímida.

—Y usted no sea estúpido, no le pasa nada solo está desmayada, será mejor que la lleve a su estudio y le dé un poco de agua, no se preocupe no tendrá que preparar un sepelio… Por ahora —mencionó Pandora desde donde se encontraba, sin un rastro de emoción en la voz, ya no había burla, ese cuadro era demasiado patético para ella.

Nathaniel levantó sus ojos y sus miradas se encontraron solo segundos antes de que ella se diera la vuelta y se alejase del lugar con pasos rápidos, dejándolo allí con Sarah inconsciente entre sus brazos.

Dejó libre un suspiro, cerrando los ojos al sentirse cansado, los abrió al segundo siguiente mirando el frágil cuerpo de Sarah y después la levantó, sintiendo que el peso no era nada comparado ése que se alojaba en su alma cada vez que debía llevarla en brazos. La llevó hasta su estudio, la dejó allí después de intentar animarla varias veces y al ver que no reaccionaba decidió salir para buscar a un médico que la atendiese.

Sarah duró inconsciente cerca de dos horas, según el doctor que la vio, dijo que había presentado una especie de alergia a algo, quizás una comida, eso la intoxicó y fue lo que produjo esa sensación de asfixia que mostró y que la hizo perder el conocimiento. Nathaniel se relajó al escuchar del doctor que no era nada de cuidado, que Sarah solo necesitaba reposo y estaría perfecta de nuevo.

Por supuesto ella aprovechó su estado para hacer sentir a Nathaniel culpable como siempre hacía y obligarlo a permanecer junto a ella todo el día. Él le explicó tres veces y con diferentes palabras que la escena que vio en el pasillo no significaba nada, que solo intentaba aclarar algo con la nueva empleada de la galería.

Su paciencia estaba al límite y Sarah lo supo cuando lo vio abandonar el lugar y caminar hasta el baño, el golpe que dio la puerta cuando se cerró retumbó haciéndola temblar, la tensión en él era tan palpable que ella tuvo miedo. Así que cambió toda su estrategia y se mostró de nuevo sumisa ante su prometido, haciéndole creer que daría por olvidado el episodio.

Después de una rápida charla con los asistentes a la exposición, se excusó con ellos y llevó a

Sarah hasta su casa, donde además tuvo que aguantar los reclamos de la madre de ella, la antigua condesa era mucho peor que su madrastra, después que su esposo perdiera todo y se suicidara, ella también se volvió una carga para él.

Obtuvo su libertad y su independencia para desarrollarse como pintor a cambio de cargar con las Greenwood. Su padre al final había conseguido la manera de imponerle lo que deseaba, pero no podía culparlo del todo, él había seguido ese maldito juego, aunque últimamente se estaba hartando de esa situación, sentía que si no hacía algo pronto terminaría asesinándolas a ambas.

Eso pensaba en sus momentos de rabia, pero sabía que jamás sería capaz de hacerles daño, no se lo haría a ningún ser humano por muy molesto o presionado que estuviese él no era un asesino y tampoco poseía ese grado de maldad que se necesitaba para arrebatar una vida.

Cuando llegó hasta su departamento se sentía cansado física y emocionalmente, se quitó la gabardina, la bufanda, la boina que usaba para distraer a las admiradoras y a la prensa que siempre lo perseguían, ser el hijo rebelde del duque de Lancaster y una de las grandes promesas del arte contemporáneo tenía su precio.

Al entrar en su habitación el ambiente estaba frío, todo el día había pasado de esa manera, pero él esperaba al menos encontrar algo de calidez en su hogar. Sin embargo, éste se encontraba colmado de un frío y silencio sepulcral.

Era consciente que tenía que hablar con Pandora Corneille, pero no sabía dónde encontrarla, por culpa de Sarah había perdido la oportunidad de enfrentarla y descubrir lo que estaba sucediendo. Por suerte la madre de Sarah fue un poco más racional que la rubia y no lo forzó a dormir esa noche en la casa como pretendía su prometida, alegando que quizás podía sufrir otro ataque y que no habría quién la llevase a un hospital si eso sucedía

«¡Por Dios si hasta un chofer había contratado para que estuviese allí las veinticuatro horas en caso de una emergencia!»

Definitivamente, Sarah ya no tenía límites, si eso era de novios no quería ni imaginar lo que le esperaba una vez que estuviesen casados, jamás pensó que le tocaría vivir la misma suerte de su padre. Tanto que lo criticó por haber abandonado el amor y haberse condenado a una vida tan miserable, la misma vida que seguramente que a él le esperaba de seguir así, ese círculo vicioso donde nadie salía ganando.

Pandora podía escuchar los pensamientos de Nathaniel claramente, la verdad no se había interesado en conocer un poco más de su pasado, solo verificó que no fuese un Sagnier y revisó su árbol genealógico para ver si estaba ligado de alguna forma a la familia de su esposo. Aunque Tristán fue hijo único.

Solo conocía lo básico de Nathaniel Gallagher, hijo de un duque inglés y una famosa cantante de ópera, también que había vivido en Londres más de la mitad de su vida y lo de su madrastra. Al menos ya se había encargado de eso haciéndole pagar a la desgraciada duquesa todas las humillaciones que le hizo, así que no tenía relevancia, ella lo había vengado.

Las cosas estaban comenzando a cambiar entre los dos, pero la manera en cómo le entregó el broche la lastimó y la enfureció también, había sido grosero de su parte expresarse de esa manera tan violenta y además hacerle exigencias como si se tratase de su esposo. No lo era, después de todo no lo era.

Solo era un malcriado, frío y arrogante, Tristán jamás la trató de esa manera, siempre fue un caballero, atento y gentil.

# Capítulo 13

Pandora observaba a través del ventanal del apartamento ubicado en el bohemio barrio de Greenwich Village, no había tenido noticias de Gardiel ni de Hazazel y eso la preocupaba, prefería saberlos cerca, bueno en cuanto al primero no al segundo, porque de ser así las cosas se complicarían mucho pero justo como él les había enseñado a los enemigos era mejor tenerlos cerca, poder saber qué hacen, vigilar cada movimiento, estar al tanto del siguiente paso.

Vio a Nathaniel encaminarse hacia el baño y dejar la puerta abierta, ella dejó ver media sonrisa, pues Tristán solía hacer lo mismo. Claro él lo hacía en una clara invitación para ella; no con la indiferencia del pintor, sino con una maravillosa sonrisa que no dejaba lugar a dudas de cuáles eran sus deseos.

Ella prefirió comprobar que los sellos que había colocado la noche anterior estuviesen intactos, escuchó el agua de la ducha cayendo y pensó en vengarse por la actitud tan grosera que había tenido esa mañana, se encaminó hasta el baño, pero antes de entrar desistió de hacer lo mismo que le hizo a la enfermera.

Sin embargo, movió su mano para cerrar la puerta, ésta lo hizo con más fuerza de la que ella deseaba y escuchó cómo él exclamaba una *"Maldición"*, sonrió satisfecha y regresó al ventanal. Vio a través del reflejo en el cristal que él abrió la puerta con rabia, saliendo del baño miró a todos lados como buscando algo, quizás presentía que ella estaba allí, Pandora se volvió para mirarlo.

«Si no te cubres o regresas al baño rápido puedes terminar resfriándote, me encanta verte desnudo, pero aún sigo molesta contigo… Así que regresa a la ducha ¡Ahora!»

Pensaba observándolo y como si la orden la hubiese hecho en voz alta, Nathaniel se volvió cerrando la puerta con un golpe seco, de nuevo una sonrisa afloró en sus labios.

«¿Cómo puedes mover tantas sensaciones dentro de mí? ¿Cómo puedes despertar mis sentimientos y mis sensaciones sin el más mínimo esfuerzo?»

Creía que todas las sensaciones que poseía antes del pacto con Hazazel se habían esfumado, que habían muerto aquella noche… Pero no fue así, de alguna manera u otra seguía viva, seguía sintiendo. Sus pensamientos volaban con total libertad mientras su mirada se paseaba por las calles que rodeaban el edificio, atenta a cualquier indicio de peligro, no podía confiarse, pudo ver sobre una de las azoteas cercanas a Gardiel y eso hizo que el corazón se le llenara de felicidad.

«¿Cómo estás?»

Preguntó al ángel en un tono tímido a través de sus pensamientos.

«Estoy bien, Pandora.»

Respondió él desde donde se encontraba, el tono en sus pensamientos como era habitual no mostraba emoción alguna.

«Sé lo que pasó con Hazazel, no te preocupes no estás sola… yo te estoy cuidando, has hecho bien en colocar los sellos que te enseñé, no sabemos cómo puede actuar en estos momentos, siente que te está perdiendo y eso lo hace letal. Tengo a unos guardianes vigilándolo, si intenta acercarte a ti o a Rosemary me lo harán saber de inmediato… ¿Cómo está Nathaniel Gallagher?»

Inquirió y esta vez su tono no fue tan impersonal, aunque él luchó porque lo fuese.

«Soportándome… Al parecer es bastante sensible a mi presencia aquí, siempre puede sentirla… No entiendo bien cómo lo hace.»

Acotó frunciendo el ceño.

«Es porque no utilizas tus poderes con él, te ocultas… pero no haces nada para bloquearlo a él, por eso despertó la otra noche, tus emociones alejaban esa coraza que creó Hazazel para ti, te vuelves más humana Pandora, más sensible… Te ha pasado lo mismo en la galería ¿verdad?»

Preguntó mirándola.

«Algo por el estilo… Sabes que debo mantener mi fachada en ese lugar y te dije que no quiero usar mis poderes con él, de haberlo hecho no estaríamos en este lugar, ya lo tendría viviendo conmigo y de camino a Europa…»

Expresó sin notar que esas palabras podían herir a su amigo, cuando se dio cuenta de la tensión en el semblante de Gardiel ya era muy tarde.

«Me alegra mucho tenerte cerca… Gracias por todo lo que haces por mí, aún si no obtengo lo que prometiste no me importa, me conformo con haberte tenido de amigo Gardiel.»

De nuevo sintió la presencia de Nathaniel en la habitación.

«Cuídate mucho Pandora… y no hablo de Hazazel… hablo de ti y de lo que estás sintiendo, no te confundas, no caigas en quimeras que pueden terminar hiriéndote aún más.»

Antes de que ella pudiese replicar lo que le dijo desapareció.

—Quimeras que pueden terminar haciéndome más daño… La verdad no lo creo Gardiel, ya nada puede hacerme más daño del que recibí tiempo atrás —susurró anclando su mirada en la luna plata que destacaba en lo alto del firmamento.

Nathaniel se puso un suéter de algodón blanco y un pantalón de lino crudo azul marino, su cabello todavía mojado se hallaba en ligero desorden. Caminó hasta la cocina, sacó de la alacena algunas cosas para preparar la cena, no había probado bocado en todo el día y su estómago ya le exigía alimento.

Desde un rincón, Pandora lo observaba entretenida en cada uno de sus movimientos, de vez en cuando se levantaba y se paseaba por el lugar mirando a través de las ventanas, se acercaba hasta él para deleitarse con su aroma, su calor, su imagen, se perdía en ese tono azul maravilloso que poseían sus ojos y las distintas tonalidades que las luces de la habitación le daban al mismo, le encantaba la ligera capa de sudor que se alojaba en sus sienes y sobre su labio superior, también la que se podía apreciar en ese hermoso lugar que unía el cuello y el torso.

No pudo evitar la tentación y se metió entre la mesa donde cortaba las verduras y el atlético cuerpo masculino que seguía conservando las mismas formas que ella conocía tan bien. Con suavidad deslizó sus labios por el espacio bajo el ombligo, sintiendo cómo él se tensaba y contenía el aire.

Ella dejó ver una sonrisa llena de picardía y subió esta vez abriendo los labios, provocando de esa manera que su cálido aliento cubriese la piel dorada del pecho, subió por la garganta, la mandíbula, siguió hasta posarse cerca de su oído y dejó libre un susurro.

*Eres mío.*

Su voz hizo que Nathaniel se estremeciera, pudo sentirlo y eso hizo que su corazón se lanzara en latidos desbocados, de esa manera en la que él le provocaba tantos años atrás.

Nathaniel pudo sentir un sutil calor envolviéndolo, era como si de repente el aire dentro de la cocina se hubiese tornado más denso y cálido, su cuerpo se estremeció cuando junto a su oído un susurro confuso se dejó escuchar, no podía estar seguro de lo que significaba, pero sí de que había sido un murmullo, una frase apenas esbozada; cerró los ojos cuando nuevas olas de calor viajaron a través de su cuerpo concentrándose en su entrepierna.

Sentía su corazón latir cada vez más rápido y su respiración acelerarse también, era como si esos estímulos que recibía lo provocasen, despertando su cuerpo; cerró los ojos luchando por

apartar de su ser todas esas sensaciones a las cuales no les conseguía explicación, pues no existía un motivo para sentirse así.

No era que hubiera transcurrido mucho tiempo sin tener el cuerpo de una mujer… Pero sus recuerdos lo llevaron a la última vez y se sorprendió al darse cuenta de que había pasado más de un mes.

Negó con la cabeza y le echó la culpa de esas reacciones a su tiempo de abstinencia, ya después buscaría liberar tensión, en ese momento solo debía concentrarse en lo que estaba haciendo si no quería terminar perdiendo un dedo o aún peor la cabeza, dejó libre un suspiro lento y tomó de nuevo el cuchillo.

Pandora sonreía ante las reacciones del que para ella era su esposo, pero al descubrir lo que él pensaba se tensó, la sola idea de imaginarlo entregándose a otra mujer hizo que su corazón se encogiera de dolor, cerró los ojos y buscó pensar de manera racional, calmarse y comprender que como hombre él necesitaba de sus desahogos.

Sin embargo, ella le demostraría que ninguna mujer podía hacerlo sentir como ella, porque él era suyo, únicamente suyo. Bajó hasta quedar de rodillas ante él y dejó caer un par de besos en el abdomen fuerte y cubierto por una ligera y muy masculina capa de fino vello, que indicaban ese camino que ella había recorrido muchas veces mientras le acariciaba las piernas hasta llegar a sus muslos que eran gruesos y fuertes.

Todo en él era exactamente a como lo recordaba, cada espacio de piel, cada músculo, sus puntos débiles eran los mismos, deslizó su mano por su punto más vulnerable y pudo sentir cómo Nathaniel daba un respingo y dejó caer el cuchillo, la sonrisa de ella se hizo más amplia y su mirada brillaba con picardía.

«Continuaré con esto mi amor… pero cuando pueda tenerte como deseo, te entregaré todo de mí y tendré todo de ti, solo debo tener paciencia, un poco de paciencia y ya no habrá nada que nos impida estar juntos.»

Susurró ella mientras subía lentamente hasta depositar un suave beso en los labios de Nathaniel y rozarlos con su lengua, después pasó a través de él para que pudiese sentir realmente su presencia y ese calor que a ella también la invadía.

—¡Oh, Dios! —mencionó Nathaniel en medio de un jadeo ahogado y se encaminó con rapidez hasta el baño.

Abrió el grifo y comenzó a lanzarse agua en el rostro sin mucho cuidado, humedeciendo también sus cabellos, se llevó las manos entrelazando sus dedos en las gruesas y onduladas hebras que se habían oscurecido, mostrando un intenso tono bronce.

Fijó sus ojos en la imagen del espejo, se notaba turbado, ansioso y los latidos de su corazón parecían retumbar en sus oídos, apreciándose con claridad en el lado izquierdo de su cuello, mientras sus pupilas dilatadas le anunciaban que además se encontraba excitado. Algo que lo desconcertó aún más porque nunca había asociado el miedo con el deseo.

—¿Qué demonios me está pasando? ¿Qué es todo esto? —Se preguntó cerrando los ojos y apoyando las manos en el lavabo.

Se mantuvo allí con los ojos cerrados a la espera de que las sensaciones que lo recorrían se sosegaran de a poco, liberando bocanadas de aire que salían tibias de entre sus labios.

Minutos después se encontraba más calmado, así que se dispuso a cenar tal como había planeado y después leería un capítulo del libro que comenzó la noche anterior para calmar la ansiedad que le había provocado la ausencia de la restauradora. No podía permitir que esa mujer trastocara su mundo de esa manera, apenas la conocía y aunque le parecía ciertamente hermosa, él no era de los que se dejaba deslumbrar por un rostro bonito.

Además, no quería saber nada del amor y todas esas tonterías, no era que la quisiera, eso sería absurdo pues apenas habían intercambiado algunas palabras, pero al menos debía admitir que no lograba sacársela de la cabeza y eso lo enfurecía.

—¡Ya basta Nathaniel!, concéntrate en el maldito libro de una buena vez o hazte a la idea de buscar a un loquero —se reprochó en voz alta pasando la página con un movimiento brusco.

Pandora no pudo evitar sonreír y morderse el labio inferior de manera traviesa mientras escuchaba a Tristán, aunque en ese momento él llevara otra vida y no la recordara, seguía siendo su esposo, esos arranques de rabia acompañados de demostraciones tan infantiles como esa que acababa de hacer, solo podían ser parte de su esencia.

Había decidido mantenerse lo más tranquila posible para no perturbarlo, quizás lo estaba presionando demasiado, así que pensó que lo mejor era darle espacio, se apoyó contra la pared junto al sillón donde se encontraba él y paseaba sus ojos por las mismas líneas. Estaba leyendo ***"La importancia de llamarse Ernesto"*** de Oscar Wilde. Hacía mucho tiempo que Pandora no leía, había perdido todo interés por el hábito de leer, pero al estar junto a él recordó lo mucho que disfrutaba de compartir un libro con su marido.

Después de un rato lo vio ponerse de pie y dejar libre un bostezo que lo hizo lucir como un niño, ella sonrió de nuevo deseando abrazarlo, pero no lo hizo, solo se encaminó junto a él hacia la habitación y dejó que entrara al baño solo. Ella se quedó comprobando una vez más que los sellos en los cristales de las ventanas y en el piso de la habitación estuvieran intactos.

Lo sintió regresar ya con su pijama, lucía tan apuesto como siempre y eso le arrancó un suspiro del fondo de su pecho, él seguía despertando en ella amor, pasión y admiración. Lo vio meterse en la cama y después estirar el brazo para apagar la tenue luz de la lámpara de noche que era la única que quedaba encendida.

Suspiró aliviada cuando sintió que la respiración de Nathaniel se tornaba sosegada, pues por fin podría adoptar su forma natural, aunque era mucho más cómodo y práctico ser un ente etéreo, ella prefería la sensación de contundencia que la colmaba cuando sus pies tocaban el suelo, cuando la brisa rozaba su piel, cuando el sol la bañaba, incluso si lo hacía la luna, era mucho mejor que ser nada. Así se sentía cuando su cuerpo desaparecía fundiéndose con el entorno que la rodeaba, como si no fuese nada.

Miró su reflejo en el cristal de la ventana y se descubrió luciendo realmente hermosa esa noche, quizás había sido por pasar todo el día junto a ese joven, tal vez era sentirse un poco liberada de la mortaja con la cual la había cubierto Hazazel, no lo sabía a ciencia cierta, pero se sentía bastante relajada y sobre todo feliz, como hacía muchísimo no lo era. Dejó libre otro suspiro y algo afuera atrajo su atención, se aproximó a la ventana para estudiar el exterior temiendo que fuera Hazazel.

Su cuerpo se relajó por completo al comprobar que eran dos de los guardianes que acompañaban a Gardiel, aunque llevaban forma humana ella podía reconocerlos, lo sentía en su piel cuando se erizaba, ellos eran leales al ángel, solo por eso no le harían daño. Si fuese otro el caso su destino ya estaría sellado, ellos no tenían contemplaciones con seres como ella.

«¿Cómo se encuentra el joven?»

Pensó uno de ellos atrapando su mirada, ella podía escucharlo dentro de su cabeza, su tono retumbó con fuerza haciéndola temblar.

«Estoy cuidando de él, ahora está dormido… no dejaré que nada malo le pase.»

Aseguró soportando la mirada oscura del ángel, intentando no demostrar el temor que sentía, tragó y se animó a hacer una pregunta.

«¿Rosemary White, está…?»

No pudo terminar de formular la pregunta.

«Ella se encuentra bien, hay dos guardianes cuidándola… no dejarán que nadie le haga daño.»

Respondió el ángel, aunque no estaba en la obligación de darle información a la bruja, solo lo hizo para demostrarle que ese demonio que la acompañaba no tenía poder contra ellos.

*¿Y…?*

Pandora intentó preguntar por su amigo, pero una vez más sus palabras fueron cortadas.

«Él está bien y es mejor que se mantenga lejos.»

Respondió Menadel adivinando la pregunta que la bruja quería hacerle y la advertencia en su voz fue más que evidente, aunque llevaba años siguiéndole los pasos junto a Gardiel a esa mujer, no terminaba de aceptarla, seguía aborreciéndola y le sobraban los motivos para hacerlo. Ella había cambiado a su compañero, a veces no reconocía el ser en el cual se había convertido Gardiel y hasta dónde podía llegar por Pandora Corneille.

Ella asintió y esquivó la mirada cargada de desprecio del ángel, no podía soportar el peso de esta, buscó olvidarse de la culpa que la hacía sentir Menadel y la aplastó contra el suelo. Se encaminó de regreso hasta el lecho donde dormía Nathaniel Gallagher, la respiración acompasada de él era como una canción que la arrullaba, sumiéndola en un estado de paz absoluto que tanto necesitaba su alma, un estado de paz que ansiaba tanto como creer que en verdad ese joven era su esposo, a veces las dudas la asaltaban y se torturaba pensando que él jamás la recordaría, pero esa noche no quería hacerlo, esa noche deseaba creer que era él y que la cuidaría.

Nathaniel no estaba dormido, solo tenía los ojos cerrados, logró sosegar sus latidos y el ritmo de su respiración mediante unos ejercicios de relajación que le había enseñado otro de los artistas que practicaba el budismo.

A medida que pasaban los minutos empezó a ser consciente de una presencia dentro del lugar, sentía cómo el aire cambiaba dentro de la habitación, cómo un exquisito olor a flores lo inundaba todo, el mismo olor que ya había sentido antes. Aferrándose a todo su autocontrol, mantuvo la respiración totalmente relajada, igual que su cuerpo; sin embargo, sus sentidos se habían agudizado, su oído y su olfato estaban mucho más alertas; pero temeroso de lo que pudiera descubrir no quiso abrir los ojos, aunque de algo sí estaba seguro, no se encontraba solo.

Pandora se apoyó de rodillas junto a la cama y comenzó a acariciarle suavemente la frente, sintiendo la ligera capa de sudor que la cubría y pensó que tal vez era el cálido aire de esa noche. No había señal de tormenta y el aire allí dentro se encontraba cargado de humedad. Se inclinó un poco más hacia él para soplarle suavemente sobre el rostro y pudo notar que eso lo refrescó, pero al ver que él se tensaba paró.

De inmediato volvió a mostrarse relajado, ella sonrió y se acercó para darle un beso muy leve, solo un toque de labios que no podía ni quería negarse, el contacto cálido y suave de los labios masculinos contra los suyos la hizo estremecer, suspiró y sin poder contener sus ansias dejó que su lengua rozara en un toque húmedo y delicado el labio inferior de Nathaniel.

En un segundo todo cambió, ella no tuvo tiempo de reaccionar ya que todo ocurrió con demasiada rapidez. Pandora no estaba preparada para lo que sucedió, de pronto sintió cómo las manos de él la tomaban por los brazos con fuerza, la hizo volar por el aire como si fuese una pluma y la lanzó en la cama, dejándola caer sin la mínima delicadeza, para después posársele encima a horcajadas, sujetando sus manos para que no escapase, inmovilizándola en medio de sus piernas, dejándola completamente a su merced como aquel depredador que ha capturado a su presa y no la dejara libre hasta verla vencida.

Ambos se miraban a los ojos sin poder ocultar el temor que los recorría, incluso él quien lucía

salvaje y sumamente letal no lograba ocultar el miedo que se había adueñado de su ser, los cabellos revueltos, el torso desnudo y bañado por la luz plata de la luna, con la respiración agitada, los ojos abiertos de manera desorbitada y la boca abierta, la mirada con sorpresa.

Ella intentó alejarse de allí, cerró los ojos luchando por desvanecerse, pero no podía hacerlo, seguía congelada en el mismo lugar, prisionera de la fuerza y el desconcierto de él, con el corazón latiendo como no lo hacía desde hacía casi dos siglos, desde aquella noche cuando perdió a su familia, sentía los ojos llenos de lágrimas y estaba temblando como una hoja que luchaba por mantenerse en la rama que era azotada por el viento y una vez más forcejeó con él.

—¡No! —le advirtió Nathaniel con la voz más ronca de lo habitual y la mirada bañada por un extraño brillo, apretando el agarre de sus muñecas—. ¿Quién eres y qué quieres? —preguntó mirándola a los ojos sin mostrar una pizca de piedad, consciente de que la estaba lastimando.

Ella seguía en silencio, no sabía qué decir o cómo responder a esas preguntas, jamás pensó que se enfrentaría a una situación como esa, se suponía que tenía todo bajo control y ahora no podía siquiera moverse, estaba acorralada y aterrada como un animal herido, sentía unas enormes ganas de llorar, su respiración era apenas perceptible, la estaba conteniendo, cerró los ojos buscando en su cabeza alguna manera de salir de esa situación pero no encontraba nada, no recordaba hechizos, palabras, nada… absolutamente nada.

—¡Pandora! —gritó de repente haciéndola sobresaltarse—. ¡Dios santo! ¡Dime qué es todo esto! —Lanzó un torrente de palabras y su voz era temblorosa, sus manos habían suavizado el agarre.

—Pensé que estabas dormido… no debiste verme —susurró ella como respuesta sin abrir los ojos, sintiendo que un nudo en su garganta la ahogaba.

—¡Pues no lo estoy! Quise que lo creyeras, podía sentir que había algo extraño rondándome… desde hace varios días, desde que tú llegaste… —Detuvo sus palabras asombrado por la conclusión a la cual había llegado, se alejó saliendo de un salto de la cama pegándose contra la pared.

—¿Cómo entraste aquí? ¿Qué demonios eres? —inquirió mientras un sudor frío cubría su cuerpo y sentía que su alma caía al piso estrellándose con fuerza, su respiración de inmediato se tornó fatigosa. Era pánico, un exorbitante pánico lo recorría y las lágrimas no tardaron en colmar sus ojos.

—Cálmate… no te haré daño Nathaniel, no te haré nada malo… Por favor respira —rogó ella incorporándose, preocupada al ver la reacción de él, no podía esperar otra, lo sabía, pero debía tranquilizarlo, se puso de pie para acercarse con cautela.

—¡No te me acerques! ¡Sal de aquí! ¡Lárgate ahora!

Comenzó a gritar con desesperación e intento salir corriendo, pero su cuerpo estaba estático en ese lugar.

—Intenta relajarte o tu corazón estallará… por favor Nathaniel, me voy… si lo deseas me voy, pero cálmate por favor, respira… solo respira —mencionó con evidente preocupación, manteniéndose justo donde estaba, no avanzó más y sus ojos se anegaron en lágrimas.

Nathaniel estaba cada vez más pálido, la capa de sudor que lo cubría se había hecho más perceptible, su cuerpo temblaba, tenía la garganta seca y había comenzado a hiperventilar.

Pandora percibió que estaba empeorando por la manera en cómo subía y bajaba su pecho, había entrado en un estado de pánico tal que podía hacerle mal, arriesgándose a empeorarlo todo se acercó hasta él con rapidez y le tomó el rostro entre sus manos, lo miró a los ojos un segundo y después cubrió con sus labios los de él. Con un movimiento lento pero constante se apoderó de la boca, dejando que su aliento le llenase los pulmones que estaban a punto de colapsar ante la

falta de oxígeno.

Él no se podía mover, era como si ella lo hubiese convertido en una estatua, solo podía dejar que lo besara y empezó a sentir cómo poco a poco su cuerpo se iba relajando, cerró los ojos dejándose enloquecer por ese embriagante elixir que la pelinegra le transmitía en cada roce de su lengua contra la suya, en medio de ese embrujo que ella tejía a su alrededor se rindió a las caricias que Pandora le brindaba, su cuerpo liberó la tensión a tal punto que sintió sus piernas flaquear, jamás se había desmayado, pero sentía como si estuviese a punto de hacerlo, su mente estaba complemente nublada.

—No temas… —susurró ella contra los labios de Nathaniel, pegando su frente a la de él, envolviéndolo con sus brazos para sostenerlo, cuando sintió que el cuerpo se había convertido en una masa trémula y no tenía las fuerzas para mantenerse en pie.

Pandora lo llevó hasta el sillón junto al ventanal, apoyando todo el peso sobre su cuerpo, que para ella no significaba nada, había lanzado por los aires a hombres mucho más corpulentos que Nathaniel y más altos también, lo depositó con cuidado en éste.

Él aún seguía aturdido, pero se dejaba guiar, Pandora agradeció que colaborara, aunque sintió que el mundo se le venía abajo una vez más cuando vio lo mal que se encontraba y temió perderlo. Había visto a tantas personas morir de miedo, se alejó un poco para darle espacio.

Nathaniel se hundió en el sillón cerrando los ojos, apretándolos con fuerza en un desesperado intento por creer que todo eso era una pesadilla y que despertaría en unos minutos, que solo era un mal sueño; pero nada ocurrió, podía sentir la presencia de esa mujer o lo que sea que fuese cerca de él y los latidos de su corazón que aún mostraban la aceleración de minutos atrás, ella lo había calmado con ese beso… pero el miedo no lo había abandonado en lo absoluto.

—¿Qué eres? —Se aventuró a preguntar mientras abría los ojos muy despacio y clavó su mirada topacio en ella.

Para su alivio y la estabilidad de su cordura ella se mantuvo lejos de él, pero su silencio comenzaba a exasperarlo, necesitaba respuestas o terminaría loco y ella solo lo miraba como si fuera un maldito espectáculo de circo. La vio separar los labios, pero no dijo nada, dudaba, él podía sentirlo, así como seguramente ella sentía el miedo de él, Nathaniel dejó libre un suspiro tembloroso.

—¿Pandora? —inquirió y su voz mostraba la exigencia.

—¿No lo sabes? —contestó algo desconcertada.

No podía entender por qué estaba tan aterrada de contarle la verdad o quizás sí lo sabía, pero no quería admitirlo, era como decirle a Tristán en lo que se había convertido.

—No —respondió él con la voz estrangulada mientras negaba con la cabeza, pero sin apartar la mirada de ella.

Pandora se sintió aterrada, atrapada entre la espada y la pared. Jamás pensó que llegaría hasta ese punto, en tener que revelarle su verdadera naturaleza, solo esperaba que al final de la noche pudiera crear un hechizo que le borrara de la memoria todo, debía hacerlo si quería recuperarlo.

—¡Habla ya! —Le exigió en un grito desesperado.

—¡Soy una bruja! —respondió en el mismo tono y después sintió como si el peso de todos sus crímenes le cayese encima aplastándola, llena de vergüenza y dolor bajó la cabeza.

Un incómodo silencio se instaló en el lugar, solo podía escuchar el latido pesado de sus corazones y la afanosa respiración de él.

—¿Una bruja? ¿Me estás hablando en serio? —preguntó una vez más y el pánico fue desplazado por la rabia, se sentía burlado.

—Totalmente… Soy una bruja, lo he sido durante mucho tiempo… —decía cuando él la

detuvo.

—Entonces una bruja… —esbozó con sorna mirándola y sus ojos habían adoptado un brillo intenso—. Como las de los cuentos de hadas, supongo —acotó con palpable sarcasmo.

—No… no como las de los cuentos —indicó ella arrastrando las palabras, molesta al sentir la sorna en sus palabras.

—Ya veo… —Él se mostró su incrédulo, haciendo un ademán despectivo con la mano.

Empezaba a comprender todo, ella seguramente había colocado algunas hiervas en el té que siempre bebía en su estudio, por eso la había encontrado el otro día allí. Había jugado con su mente y al verse descubierta se inventaba toda esa estupidez para despertar el interés en él, no era ninguna bruja ¡Solo era una loca que se había obsesionado con él!

—No me crees —mencionó ella escuchando sus pensamientos.

Él se encogió de hombros ligeramente y levantó una ceja sin dejar de mirarla un segundo.

Pandora cerró los ojos suprimiendo un suspiro, eso era tan propio de Tristán, la desconfianza.

—Bien… tendré que demostrártelo entonces —agregó mirándolo.

—Me estoy muriendo por verlo. —Le hizo un ademán con la mano, un gesto muy arrogante.

Ella se alejó un poco de él mirándolo directamente a los ojos, completamente desconcertada ante el cambio que había dado, no comprendía cómo después de todo lo ocurrido él estuviese tan relajado y lo más absurdo, que se mostrase tan incrédulo. A ella no le quedaba más que hacer que le creyera.

Nathaniel se acomodó en el sillón cruzando sus brazos en un gesto soberbio, mostrándole a esa mujer que ya había descubierto su plan y si le daba esa oportunidad era solo para que ella misma se estrellase contra su propia mentira. Se sentía demasiado molesto, engañado y estúpido. Clavó su mirada de manera intimidante en ella y un segundo después todo su panorama se había transformado por completo, ella desapareció ante sus ojos, se esfumó, sencillamente estaba allí un segundo y al siguiente no.

# Capítulo 14

Una vez más su corazón se lanzó en una carrera frenética, un escalofrío recorrió su cuerpo, reaccionando por instinto se subió como un felino sobre el sofá donde se hallaba sentado y sus ojos buscaron entre las penumbras.

Ella dejó libre una carcajada sin poder evitarlo, él le había propuesto un juego sintiéndose demasiado seguro de ganar y ella le devolvió la estocada.

—No me busques, no puedes verme —susurró cerca de su oído de manera incorpórea.

Él se volvió de inmediato ignorando sus palabras, buscándola de nuevo.

—Nathaniel… no quiero asustarte, tú me pediste esto… relájate por favor —le pidió al ver que de nuevo él se llenaba de temor y su corazón latía con la fuerza del galope de un caballo desbocado.

—Ya tuve suficiente —murmuró sin poder esconder el miedo en su voz, ni el temblor en su cuerpo.

Pandora se hizo visible de nuevo, se encontraba apoyada en el ventanal, mirándolo con cautela y manteniendo una distancia prudente para que él no se sintiese presionado. Nathaniel la miraba como si fuese un animal extraño, eso le dolía, pero no podía esperar menos, otros en su lugar hubiesen salido de allí lanzando alaridos y dándose contra las paredes completamente desquiciados, por lo menos él seguía encaramado sobre el sillón. Ella sonrió ante la actitud de Nathaniel, hasta hacía un momento se mostraba como todo un hombre cabal y seguro de su postura y en ese instante parecía un niño asustado.

—Esto es increíble… podía jurar que a estas alturas ya nada podía sorprenderme… pero… —Nathaniel intentaba esbozar alguna de las tantas de ideas que revoloteaban de manera descontrolada dentro de su cabeza; sin embargo, solo conseguía mirarla.

—He rebasado todo… —acotó ella asintiendo ligeramente y él imitó su gesto con un movimiento lento—. Lo sé… lamento haberte asustado, se suponía que no debías verme… ¡Me engañaste! ¡Fingiste estar dormido! —Lo acusó mirándolo con reproche.

Él reaccionó de inmediato y el desconcierto por su reclamo hizo que el miedo y el asombro pasaran a segundo plano, para ser quien pusiera las cartas sobre la mesa.

—¡Espera, aquí quien ha engañado todo el tiempo ha sido tú! —exclamó ofendido, ella intentó hablar, pero no la dejó—. ¿Desde cuándo estás haciendo esto? ¿Por qué entraste a la galería? ¿Por qué a mi casa? ¿Qué pretendes con lo que sea que estés haciendo? —Le lanzó un torrente de preguntas.

De pronto se sintió apenado al ver que aún seguía sobre el sillón como un cobarde, se sentó de nuevo retomando su postura de hombre adulto y con toda la gracia de la sangre aristocrática que le corría por las venas, le hizo un movimiento con la mano para invitarla a tomar asiento en el sillón junto a la ventana, después de todo era un caballero y ella… bueno, en apariencia una dama.

—¿Me estás sometiendo a un interrogatorio? —preguntó divertida, definitivamente no podía entenderlo, pero le encantaba saber que el miedo empezaba a alejarse de él.

—Considérame la Inquisición esta noche… —decía cuando ella lo interrumpió.

—¡No te compares con esos malditos! —gritó llena de rabia.

Sintió como si le hubiesen hincado en la piel un hierro ardiente, se volvió dándole la espalda

para mirar a través del ventanal, no soportaba ver de nuevo el miedo en sus ojos, respiró profundamente para calmarse mientras cerraba los ojos.

Nathaniel se estremeció por la furia impresa en la voz de Pandora, incluso podía jurar que las paredes a su alrededor temblaron como si en ese lugar hubiera sido el epicentro de un terremoto. Intentó sosegar los latidos de su corazón que una vez más se desbocaron mientras se reprochaba internamente por haber sido tan estúpido, solo a él se le ocurría hablarle a una bruja de su principal enemigo.

Sin embargo, se aventuró a continuar en un tono conciliatorio, no podía con el abrumador silencio que se había instalado en el lugar, eso solo acrecentaba su miedo, ése que lo quisiera reconocer o no le estaba carcomiendo el estómago.

—¿Te hicieron daño? —inquirió una vez más temeroso de la respuesta o de la reacción de ella.

—Me hicieron mucho más que daño Nathaniel… me lo arrebataron todo. —Su voz había cambiado, era dura y fría.

Pandora luchaba contra sus demonios para permanecer tranquila y no asustarlo de nuevo, pero él había metido el dedo en la herida hundiéndolo muy profundo, haciendo que el odio y la sed de venganza resurgieran dentro de ella con poderío.

—Pero… no entiendo… —Intentó él una vez más.

Algo no encajaba en eso, la Inquisición había dejado de funcionar como tal desde hacía varios siglos. Pensaba admirando la figura de Pandora que lucía tan frágil y hermosa, evidentemente mucho más hermosa que como la había visto antes.

—¿Cuándo ocurrió? ¿Qué edad tienes? —preguntó para tratar de comprender.

—Eso no se le pregunta a una dama —contestó ella volviéndose para mirarlo, sintiéndose más calmada; con una sonrisa triste, sus ojos lucían apagados.

La pregunta de él le hizo recordar a Tristán, justo antes de darle su primer beso le había preguntado su edad, no era que la considerara una niña, pues ya estaba en edad para casarse, pero él insistió alegando que se sentiría mejor sabiendo que no era una chiquilla de trece años. Con las formas que ya mostraba su cuerpo estaba segura de que él no creía que tuviera trece años; sin embargo, él le confesó años después que ella se mostraba demasiado inocente para tener dieciséis y ciertamente así era.

—Me dijiste que no eras una dama como la mayoría… ahora puedo ver a lo que te referías, solo deseo entender todo esto, no todos los días uno se encuentra en situaciones como esta —indicó mirándola a los ojos, no sabía por qué, pero el miedo se había ido, sentía que podía confiar en ella, que no le haría daño.

—Es una historia muy larga, Nathaniel… —decía y se detuvo al ver que él levantaba una cena mostrando su impaciencia, ella suspiró resignándose y se dispuso a contarle—. Todo sucedió en mil setecientos veinte… En realidad, ese fue el año que desgraciaron mi vida —mencionó con resentimiento, lo vio abrir los ojos con sorpresa y supo de inmediato lo que estaba pensando, era bueno para las cuentas como su esposo—. Sí tengo doscientos doce años… Nací el dieciocho de abril de mil seiscientos noventa y ocho, en Dover, Inglaterra… Mi nombre es Pandora Elizabeth Townsend de Corneille, décima condesa de Provenza… —Veía el asombro reflejado en el semblante de él.

—¡Espera un segundo! —exclamó agobiado por las palabras de ella—. Mi padre es el décimo cuarto duque de Lancaster… y hasta donde sé el condado francés de la Provenza fue absorbido por la corona francesa cuando su último conde…

Se interrumpió recordando lo poco que se había interesado por conocer de la extinta realeza

francesa, al ser hijo ilegítimo su destino era ser relegado a algún rincón fuera de Inglaterra en cuanto su padre muriera, para que su hermano pudiera asumir el ducado sin correr el riesgo de que él se revelara o intentara asesinarlo y quitárselo a la fuerza. Y de sus posibles destinos, Francia era el que más le gustaba.

Pandora lo observaba con interés y no quiso hablar ni intervenir, su esperanza estaba en que él comenzara a recordar, que al escuchar lo del condado y la Provenza, algún recuerdo fuera atraído a su mente y desencadenara todos los demás.

—¡Tristán Corneille! Décimo y último conde de Provenza —esbozó mirándola con asombro.

Fue como si le cayera un rayo golpeándolo con fuerza, trayendo a su cabeza esa historia, la recordaba en especial porque siempre le pareció extraña la manera en cómo terminó esa familia. No había muchos detalles, solo que habían perecido por la peste que azoló el sur de Francia en aquella época, incluso llegó a ver un retrato de los condes entre los documentos que hablaban de ellos, se notaban tan felices y eran jóvenes. La cabeza de Nathaniel era un torbellino, luchando por recordar con exactitud aquella imagen.

—Tristán Corneille, décimo conde de Provenza… Era mi esposo —mencionó y suspiró sintiéndose frustrada por no poder esperar un poco más, intentó remediar su error y se acercó a él —. ¿Viste alguna vez un retrato suyo? —inquirió un poco temerosa de la respuesta.

Quería tomar ese riesgo y al mismo tiempo temía lo que pudiera suceder dependiendo de la respuesta que Nathaniel le diera, no había planeado que las cosas fueran de esa manera, pero sentía que en ese punto ya no tenía retorno, solo debía actuar con cautela.

—Sí… Bueno, a decir verdad, no lo recuerdo en este momento, estaba en unos documentos históricos que mi padre tenía en su biblioteca, yo era un niño en ese entonces y me encerraba en ese lugar a leer… me escondía de todos y así encontraba un escape a los maltratos de mi madrastra —contestó sumido aún en sus recuerdos, con el ceño fruncido.

—Tu madrastra, aquella mujer miserable… —decía cuando él la interrumpió.

Nathaniel clavó su mirada en los ojos grises de Pandora que lucían más oscuros.

—¿La conoces? —preguntó desconcertado.

—Tuve la oportunidad de hacerlo antes de venir a América… Después de que me enteré de tu existencia. Lo primero que hice fue visitar la casa de tu padre en Oxford, él no se encontraba, la verdad no me extraña yo tampoco lograría convivir bajo el mismo techo con una mujer como esa… pero ya no será un problema, pagó por lo que te hizo —respondió con naturalidad.

—¿Qué quieres decir? —inquirió poniéndose de pie.

—Nada relevante. Tu madrastra se está pudriendo en un manicomio al sur de Londres. —Se encogió ligeramente de hombros—. Ciertos sucesos alteraron sus nervios y le hicieron perder la cordura, tu padre tuvo que internarla para que no pusiese en riesgo ni la integridad de la familia, ni la suya propia —agregó con toda la calma del mundo.

—Estaría en lo cierto si pienso que tú tuviste algo que ver en todo eso —no preguntó, solo esbozó lo que su cabeza encerraba.

—Efectivamente… —dijo y al ver que él cerraba los ojos y tensaba la mandíbula, se sintió molesta—. ¡Nathaniel ella te maltrataba! Disfrutaba humillándote… puso a tus hermanos contra ti, incluso hizo que tu padre te internara en ese horrible lugar desde que eras un niño… te convirtió en un ser hosco, amargado, rencoroso…

Exponía cegada por la rabia y la molestia que le causaba que él sintiera pena por aquella desgraciada mujer, que no era más que un ser humano horrible, de los más bajos que había enfrentado y nada la haría arrepentirse de lo que había hecho, se lo merecía por todos los años de maltrato, por haberle hecho tanto daño desde que era apenas un bebé de cinco años, estaba por

decir algo más cuando él la detuvo.

—¡Ya basta! Tú no tenías ningún derecho a inmiscuirte en mi vida… ¿Por qué demonios haces todo esto? —La cuestionó mirándola con rabia y desconcierto.

Ella se quedó en silencio, solo observándolo, sintiéndose herida por su actitud, tomó entre sus manos el relicario que llevaba colgado de una cadena al cuello, sin siquiera mover sus manos para soltarla, la misma se deslizó abandonándolo.

Nathaniel no pudo evitar sorprenderse al ver el gesto, fue como si la cadena se hubiese abierto para dejar su cuello y después se hubiese cerrado nuevamente, ella se lo tendió mirándolo a los ojos, su mirada estaba llena de una mezcla de dolor y rabia, incluso podía jurar que estaba conteniendo las lágrimas, eso lo hizo sentirse mal.

—Toma… ábrelo y descubre por ti mismo la respuesta a esa pregunta —mencionó con la voz ronca.

Él le mantuvo la mirada, aunque estaba dudoso de recibirlo, sentía que fuese lo que fuese, lo que iba a descubrir al abrirlo no sería nada bueno para él, desvió sus ojos al broche que tenía tallada en una de sus caras aquella imagen del prendedor que encontró en su camerino era exactamente igual, incluso con las piedras preciosas.

Extendió su mano para recibirlo y un escalofrío recorrió su columna cuando ella lo posó en su mano, él tragó en seco levantando sus ojos para mirarla a la cara, su expresión era seria e indescifrable, tan solo le indicó con un gesto que lo abriese.

Pandora sentía su corazón latir muy rápido, como hacía siglos no le sucedía, sabía que se estaba jugando mucho en ese momento, que de la reacción de él dependían muchas cosas e internamente se encontró suplicando para que Tristán despertase y la reconociese.

Nathaniel tomó un respiro profundo y se armó de valor, en un movimiento rápido lo abrió. Ni su cuerpo, ni su mente estaban preparados para lo que sus ojos vieron, intentó hablar, pero no encontraba su voz, sus manos temblaron, en realidad todo su cuerpo lo hizo, el aire se le atascó en el pecho, sentía una y mil cosas que lo recorrían entero y no lograba definir, solo conseguía mantener su mirada clavada en la imagen.

Tristán Corneille era idéntico a él, tan parecidos que si no fuera porque el otro llevaba barba y se notaba mayor quizás por un par de años, diría que él era ese hombre del pequeño retrato. De pronto se sintió mareado y cerró los ojos para comprobar que no estaba teniendo una pesadilla o una alucinación, eso no era posible, ni siquiera a su padre se parecía tanto.

Tomó aire para llenar sus pulmones que habían quedado vacíos y la curiosidad lo llevó a abrir sus párpados de nuevo y concentrarse en la imagen, comenzó a estudiarla con detalle, la forma de sus cejas, los ojos, podía hasta jurar que el tono era idéntico, la nariz, los labios… no tenía que seguir, ese hombre era su viva imagen.

Cerró los ojos con fuerza una vez más al tiempo que sentía su cuerpo ser preso de un cúmulo de emociones que revoloteaban dentro de su pecho y lo tenían temblando más que minutos atrás, torturándolo y lanzándolo de un lugar a otro.

—Nathaniel… —esbozó con suavidad Pandora al ser consciente de la marejada de emociones y sensaciones que lo embargaban.

—Por favor, no… —pidió elevando una mano para detenerla al sentir que se acercaba a él, no necesitaba su consuelo sino olvidar toda esa locura que estaba viviendo.

Respiró para intentar encontrar una idea lógica a todo eso en medio de la maraña de absurdos pensamientos que lo asaltaban, pero no surgía nada, solo una idea que parecía multiplicarse y fortalecerse a cada minuto que pasaba. Abrió los ojos una vez más y en esta ocasión se fijó en la otra imagen, ésta mostraba a un niño de unos seis años…

—¡El niño! —exclamó temblando de nuevo al recordar que había sido el mismo de la visión que lo asaltó una semana atrás en su estudio, fijó su mirada en Pandora quien lo observaba en silencio.

Ella intentó hablar y justificarse, los pensamientos de Nathaniel eran tan nítidos y claros que era como si ella se encontrase dentro de su cabeza, sabía lo que estaba pensando y sintiendo.

—No soy él —pronunció queriendo sonar vehemente, pero su voz no mostró la seguridad que había deseado, cerró el broche y se lo devolvió, para después ponerse de pie y darle la espalda.

—Eso… no lo sé con certeza… ¿Me creerías si te digo que esto también está a punto de volverme loca? —inquirió con voz calmada, pero el miedo era evidente.

Era la verdad, ella esperaba más de toda esa situación, esperaba que él al verse entrara en una especie de trance, que recordara al menos algo de lo sucedido, no esperaba que de un momento a otro le dijera «Soy yo, soy Tristán» pero sí que al menos se mostrara más receptivo a la idea de serlo, eso la hizo sentir profundamente herida, decepcionada y esa reacción casi había acabado con sus esperanzas.

—Perfecto… entonces los dos iremos a hacerle compañía a mi madrastra al manicomio —susurro él con sarcasmo.

—Nathaniel por favor… —Lo censuró ella, intentó decir algo, pero no supo qué.

Se quedó en silencio observando la espalda del hombre que deseaba con todas sus fuerzas que fuese su esposo, en ese momento entendió las palabras de Gardiel, la quimera era seguir aferrada al recuerdo de su esposo, era creer que podía recuperarlo.

—¿Quién es el niño en la imagen? —preguntó mirándola por encima del hombro.

—Nuestro… mi hijo… Dorian Corneille Townsend —contestó mirando el relicario.

—¿Qué fue de él? —inquirió una vez más.

—Murió… el mismo día que Tristán —murmuró ella, solo mencionarlo le causaba un dolor insoportable.

—¿Por la peste? —inquirió deduciendo eso por lo que leyó.

—No… los asesinaron —respondió y el dolor fue reemplazado por el odio, su mirada se oscureció ante el recuerdo.

—Pero la historia dice que… —pronunciaba él volviéndose para mirarla cuando ella lo interrumpió.

—¡Sé lo que dice la historia! —gritó furiosa y se alejó de él para que no viera cómo el odio la transformaba, se internó en las penumbras de la habitación.

Nathaniel sintió como el ambiente a su alrededor se hacía más frío y pesado, el aire se hizo tan denso que incluso le estaba costando respirar, se asustó de nuevo sin saber qué esperar al verla desaparecer, podía sentir su presencia, pero no verla, la luz de la luna era débil y no lograba iluminarla, pero ella lo miraba; él podía sentirlo, además que su piel erizada y el latido desbocado de su corazón se lo gritaban.

—La historia dice lo que los malditos Sagnier se inventaron para ocultar el crimen que cometieron contra mi familia… Pero no fue eso lo que realmente pasó Nathaniel, ellos se ensañaron contra nosotros por la sed de poder y la ambición que los cegó… La verdad es que no me gustaría hablar de eso, es algo que he luchado por alejar de mi mente el último año —dijo con voz cansada.

Ella no quería asustarlo, mucho menos hacerle daño; sabía que no se lo haría, pero revivir lo que le había ocurrido a su familia solo despertaba lo peor dentro de su ser, una ira incontrolable, una sed de venganza que solo podía saciar arrebatando vida de la estirpe de esos malditos y la única Sagnier que sabía se encontraba con vida en ese instante era la dueña del amor del hombre

frente a ella.

—Yo deseo conocer la verdad… quiero saber qué sucedió —pidió mostrándose realmente interesado, no sabía por qué, pero verdaderamente lo estaba, eso iba más allá de satisfacer su curiosidad, era algo más—. Necesito saberlo Pandora —agregó mirándola a los ojos mientras los suyos mostraban la urgencia que sentía por conocer lo sucedido—. Toma asiento por favor. —Señaló el sillón que ella ocupaba momentos antes.

También necesitaba verla o de lo contrario no dejaría de temer por su vida, no sabía qué demonios lo llevaba a actuar de esa manera, debería pedirle que se marchara de su casa, que no volviera a aparecer nunca más en su vida, pero allí estaba suplicándole que le relatase una historia que no le incumbía.

—No hace falta gracias, es mejor que me quede donde estoy… Sin embargo, tú sí lo necesitarás… —Liberó un suspiro y cerró los ojos armándose de paciencia y valor una vez más, tal vez esa urgencia de él por conocer la historia era la puerta que debía abrir para encontrar a Tristán —. Intentaré ser lo más breve y concisa posible Nathaniel — señaló mirándolo con cautela desde la oscuridad.

—Perfecto, pero en serio me gustaría que tomaras asiento, me sentiría más cómodo —expresó.

—Un caballero, ante todo —susurró mostrando una sonrisa.

La verdad era que tenía miedo, podía sentirlo en el aire, estaba aterrado, pero al mismo tiempo la valentía que corría por sus venas era admirable. Caminó despacio y llegó junto al sillón, después de mirarlo y comprobar que no sufriría un paro cardíaco tomó asiento, cerró los ojos un instante buscando en su memoria, dejó libre un suspiro y empezó.

—Yo era una chica… normal, como cualquier otra. Mis padres habían fallecido en un accidente cuando apenas yo contaba con diez años, era hija única, toda su fortuna, propiedades y demás títulos pasaron a mí, con solo diez años fui nombrada condesa de Cumbria, mi madre tenía dos hermanas una solterona y la otra viuda, ellas se encargaron de mí desde ese entonces… conocí a Tristán en una fiesta que organizaron para hacer mi presentación en sociedad, tenía dieciséis años pero mi tía Amaranta la viuda, alegó que ya era momento de hacerlo o de lo contrario, terminaría como mi tía Amelia, la solterona.

En ese instante Pandora dejó ver una sonrisa que la hizo lucir muy hermosa y relajada, incluso más joven, como si volviese a ser esa chica de dieciséis años de la cual hablaba, al menos así la percibió Nathaniel. Él la escuchaba con detenimiento y le devolvió el gesto como si fuese completamente natural, se sentía cómodo escuchándola y eso era extraño pues siempre huía de ese tipo de situaciones.

—Como era de esperarse mi tía se había encargado de invitar a todos los solteros de buena posición, cuna y con credenciales suficientes para recibir el mérito de cortejarme… La verdad yo no estaba muy convencida de querer abandonar mi casa, de casarme y formar una familia, sentía que aún era muy joven.

Nathaniel escuchaba atento cada palabra, sumergido por completo en la historia, como si se tratase de un niño al que le relataban un cuento antes de dormir, había algo en la voz y el rostro de Pandora que lo tenía cautivado; era su belleza, no podía negar que era hermosa, solo una vez en su vida se había sentido así.

—Soñaba con el amor, claro que lo hacía, lo vi en mis padres quienes se adoraban y deseaba tener algo así.

Seguía ella que de un momento a otro había olvidado el rencor que la colmó minutos atrás. El recuerdo del día que conoció a Tristán lo había alejado de ella y sonreía sin poder evitarlo

—Esa noche el castillo se vistió de gala, todo era tan hermoso, la fiesta era maravillosa,

hicieron mi anuncio y para satisfacción de mis tías fue todo un éxito, los caballeros se desvivían por hacerme sentir halagada e importante… pero… también agobiada —mencionó poniendo los ojos en blanco, algo no muy propio de una dama.

Eso hizo que Nathaniel recordara a alguien y dejó ver una sonrisa, sintiendo su corazón latir ante los recuerdos del amor de su vida, la dueña de sus sueños.

—Estos caballeros apenas me dejaban respirar, todos querían mi atención y uno de ellos… era demasiado insistente, incluso llegó a jurarme amor y apenas llevaba una hora conociéndome, eso me hacía sentir más angustiada que halagada. Así fue cómo contando con la complicidad de mi tía Amelia escapé del salón, salí al jardín un rato para tomar aire y… allí estaba él…

Ella se interrumpió recordando el instante en el cual su vida cambió y la emoción iluminó su rostro, así como su interior, porque con solo recordarlo Tristán podía regresarla a la vida.

# Capítulo 15

Pandora se sintió sorprendida por la presencia del caballero allí, suponía que nadie estaría fuera del salón y sus planes de tener unos minutos de libertad y soledad al parecer no se darían, suspiró sintiéndose frustrada y cerró los ojos mientras negaba con la cabeza, estaba a punto de dar media vuelta decidida a marcharse, pero algo dentro de ella se lo impidió animándola a quedarse.

Se acomodó el hermoso vestido que lucía esa noche y también su cabello, no quería impresionarlo, pero una dama siempre debía estar bien presentable, se irguió en una postura elegante y caminó despacio para saludarlo como el protocolo dictaba.

—Buenas noches —dijo con suavidad y una sonrisa amable.

—Buenas noches —pronunció él volviéndose para mirarla.

De inmediato sus miradas se anclaron la una en la otra, el gris de ella brillante y lleno de vida, con el azul topacio de él.

Tristán despertó de la acostumbrada apatía que siempre lo cubría en eventos como esos. Su naturaleza solitaria no encajaba la mayoría del tiempo en reuniones sociales que ameritaban reírse de las aventuras amorosas de sus «amigos» y mucho menos alardear de las contadas conquistas que había tenido. La verdad era que, para tener su edad, muchos lo consideraban prácticamente un monje.

En cuanto sus ojos se encontraron con los de la joven tras él, algo dentro de su pecho se estremeció, no fue la simple atracción que provoca un rostro hermoso y una bella sonrisa, eran sus ojos los que lo habían hechizado.

Al parecer a ella le sucedía lo mismo pues tampoco podía dejar de verlo, sus miradas se fundieron como el plomo, reconociéndose o descubriéndose. Tristán se acercó para rendirle las pleitesías habituales en esos casos, le tomó la mano con suavidad y se la llevó a los labios, manteniendo le la mirada.

—Es un honor conocerla, Lady Townsend, reciba mis más sinceras disculpas por no haberme presentado antes. Tristán Corneille, conde de Provenza, a sus pies —pronunció con esa voz tan maravillosa, cálida y varonil que poseía.

—Encantada, Lord Corneille… —esbozó en un susurro, pues apenas dio con su voz.

Pandora estaba perdida en la belleza de ese caballero al que nunca había visto, cautivada ante su gallardía y su voz, esa voz que sintió como la seda cuando se desliza por la piel, la sensación la hizo estremecerse ligeramente, nunca antes le había ocurrido algo parecido, sonrió de manera cortés obligándose a reaccionar y seguir con lo que dictaba la norma.

—Acepto sus disculpas… más si tomamos en cuenta que he estado muy solicitada esta noche, no pensaba que una presentación en sociedad pudiese ser tan absorbente —agregó con su don natural para entablar una conversación.

—Sucede con todas las señoritas, en diferentes dimensiones según el título y la belleza que posean; claro está, en usted ambas son relevantes; es lógico que tenga toda la atención que ha recibido —mencionó él cautivado por la belleza de la joven mientras la seguía hasta el balaustre que separaba la terraza del jardín.

—Muchas gracias por el cumplido —susurró sonrojándose.

Esa noche todos los hombres le habían dicho lo mismo, pero ninguno la había hecho sentir tan halagada como él, suspiró cuando recibió como respuesta la sonrisa más hermosa que hubiera

visto, esquivó la mirada sintiéndose apenada.

El sonrojo que pintó las mejillas de ella la hizo lucir mucho más atractiva a los ojos de Tristán, quien sintió cómo su corazón aumentaba sus latidos, de manera galante sacó un pañuelo de su bolsillo para limpiar la superficie de mármol, al ver que ella pretendía apoyar los brazos allí.

—Permítame —pidió deteniéndola y pasó con suavidad la tela para retirar el polvo.

La verdad el balaustre estaba impecable, la servidumbre se había encargado de ello seguramente, pero él no desaprovecharía la oportunidad de estar más cerca de ella, usando esa estrategia. La vio tensarse, pero se mantuvo allí y eso la hizo admirarla, tenía coraje o tal vez ella también deseaba estar cerca de él.

Sus ojos detallaron el perfecto perfil de la joven, su nariz era pequeña, sus labios también pero tenían un toque voluptuosos que los hacía lucir como una rosa cuando aún es capullo, podía jurar que las mejillas poseían la suavidad de la piel del melocotón, pero lo que sin duda alguna era su mayor atractivo se hallaba enmarcado por las negras y espesas pestañas, esos enigmáticos ojos grises que a veces lucían azules gracias al reflejo de la luna, los mismos que en ese instante lo miraban con curiosidad y algo de emoción, impidiéndole escapar del hechizo que iban tejiendo en torno a él.

Tenía la lozanía de una niña y a la vez la sensualidad de la mujer que empezaba a despertar, aunque había escuchado que estaba cumpliendo dieciséis años, no los aparentaba, era algo contradictorio porque su cuerpo ya mostraba formas femeninas definidas, pero su actitud comparada con otras chicas de la misma edad que él había conocido resultaba tan inocente.

La mayoría de las señoritas en edad casamentera al enterarse de quién era prácticamente se le lanzaban encima, comenzaba a coquetear con él sin ningún sentido de sutileza; sin embargo, lady Townsend no parecía estar interesada en atraer su atención, se le notaba nerviosa como era lógico al encontrarse allí a solas con él, pero no veía en ella intenciones de comprometerlo y tenía todo de su lado para hacerlo.

—Gracias, es usted muy amable lord Corneille —pronunció Pandora sintiendo que debía llenar el abrumador silencio, debía hacerlo antes de que él escuchara el escándalo que estaban haciendo los latidos de su corazón.

Tristán admitió que también le gustaba mucho la voz de lady Townsend, su tono era dulce compaginando a la perfección con su fisionomía. Sus ojos se posaron en el cabello oscuro y de pronto se descubrió deseando acariciar la espesa cabellera que se encontraba recogida en un elegante peinado, cerró sus manos en dos puños para controlar la inquietud que se apoderó de sus dedos ante esa imagen.

—Es un placer —contestó Tristán con una sonrisa.

Buscó concentrarse en la conversación para atajar sus pensamientos y esas sensaciones que llegaron a sorprenderlo, nunca antes se había puesto de esa manera frente a una dama. Podía entender que ella estuviera algo turbada, era normal, pero él era un hombre adulto; una sonrisa afloró en sus labios cuando la escuchó suspirar pues supo que ese gesto había sido por él.

Era consciente de ser un hombre apuesto y tener cierto poder sobre las mujeres, pero nunca se había sentido tan satisfecho de ello hasta ese momento, quería atraer su atención, que ella tampoco lograse apartar la mirada de su rostro, quería agradarle.

—Supongo que es cierto lo que usted me dice, que todas las presentaciones son iguales —esbozó ella para salir de esa situación que la desconcertaba y posó su mirada en el jardín—. ¿Ha asistido usted a muchas? —preguntó mirándolo de soslayo, porque si lo hacía de frente se quedaría como una tonta de nuevo.

—Sí, se puede decir que sí… recibo invitaciones todo el tiempo —comentó de manera casual.

—Y si ha estado en tantas, ¿por qué aún sigue soltero? —Ella lo cuestionó llevada por la curiosidad y en cuanto la interrogante salió de sus labios se reprochó ser tan osada, le esquivó la mirada deseando esconder la vergüenza que sentía.

Él dejó libre una carcajada ante la actitud de ella, le gustaban las chicas espontáneas con pensamientos propios, quienes no se empeñaban en esconderlos por el protocolo y aunque lady Townsend se notaba visiblemente apenada, ese sonrojo en sus mejillas lo cautivó una vez más, dejó libre un suspiro buscando los hermosos ojos grises.

—Perdóneme… no debí formular esa pregunta… —decía sintiéndose aún peor al ver cómo se burlaba de ella.

—Está bien… está bien, no se preocupe mi lady, es normal que sienta curiosidad. Pero para responder a su pregunta, sigo soltero porque siento que aún es pronto para casarme o quizás sea porque aún no había encontrado a la mujer que me inspirase a contraer un compromiso tan importante como lo es el matrimonio —esbozó y sin darse cuenta, prácticamente le había confesado que acababa de hacerlo, que había encontrado en ella a esa mujer capaz de conquistar su corazón.

—Comprendo, yo me siento igual —acotó con rapidez volviéndose a mirarlo, aliviada al poder sentirse identificada con él, respondió con una sonrisa cuando él mostró el mismo gesto—. Mis tías dicen que no pienso como una chica de mi edad, sino como una niña de diez años… —esbozó apenada y bajó la mirada.

—Entonces yo también seré un niño de diez años —indicó él riendo y el gesto mostró su perfecta dentadura.

Pandora elevó la mirada al escuchar el sonido que hizo estremecer sus piernas y causó una sensación extraña y agradable a la vez en su estómago. Él no era un niño, era un hombre, el más apuesto y gentil que hubiera conocido, nunca se había sentido tan a gusto compartiendo con un caballero. La verdad era que nunca había mantenido una conversación así con ningún hombre y aunque sus tías le habían advertido que no estaba bien que lo hiciera, ella no veía nada de malo en eso.

Aunque su tía Amelia estaba a pocos pasos, estaba segura de que no podía escucharla y no le daría un sermón después, tampoco podía decir que estuviera a solas con lord Corneille, en realidad no encontraba nada de inadecuado en ese encuentro.

—Yo estoy esperando algo más —pronunció ella sin siquiera proponérselo, simplemente le salió de dentro del pecho.

—¿Algo más? —preguntó él intrigado por la actitud de ella.

—Sí, algo más… —Detuvo sus palabras sin saber cómo explicarse mientras se miraba en los ojos topacios de Lord Corneille, se irguió con rapidez al darse cuenta de que ambos se habían acercado más de lo que permitido—. Aunque todavía no sé a ciencia cierta qué sea, pero estoy completamente segura de que no es todo esto… no esperaba ser seguida por un montón de caballeros que solo me hablan de carreras de caballos, jardinería, de las leyes que apoyan en el Parlamento, de sus fortunas, sus títulos… Cosas que la verdad, no me resultan muy interesantes —acotó desviando su mirada al jardín.

Tristán la admiraba fascinado, jamás había escuchado a una joven de su edad expresarse con tanta libertad, la mayoría siempre eran recatadas, entrenadas para decir solo aquello que un aspirante a futuro esposo le pudiese resultar agradable. La mayoría de las veces algo que los halagase a ellos, que resaltara su inteligencia, esa que en muchas ocasiones era sumamente escasa.

Él se mantuvo en silencio admirando su hermoso perfil, en verdad era bellísima, sus ojos eran

los más hermosos que hubiese visto nunca, su sonrisa era tan natural y contagiosa, ella se volvió para observarlo y una vez más sus miradas se prendaron la una de la otra.

—Yo, por el contrario, he intentado hablarles de poesía, de mis escritores favoritos, de música… de las estrellas. Me gusta mucho la astrología, pensé que era un tema que a los hombres también podía interesar, pero me he dado cuenta de que no es así —expresó con el ceño fruncido en profunda reflexión—. ¡Oh! Disculpe usted… debo estar aburriéndolo con mis locas ideas —se excusó sonrojándose, los nervios la habían llevado a hablar sin parar, aunque su sonrojo se debió más a la intensidad en la mirada de su acompañante que a sus palabras.

—En lo absoluto mi lady, su conversación me resulta muy interesante y agradable, también me atraen las estrellas, muestra de ello es que no pude evitar la tentación de salir a mirarlas esta noche, lucen muy hermosas desde su castillo —señaló con naturalidad elevando la mirada al cielo para después regresarla a ella mostrando una hermosa sonrisa—. También me gusta la literatura y la música… aunque a veces las ocupaciones del día no me permiten dedicarle mucho tiempo a ninguna de las dos, pero usted y yo podríamos llevar una conversación dejando fuera las carreras de caballos, los discursos en el Parlamento y las posiciones que ocupamos y que todo el mundo ya conoce —indicó apoyándose en el balaustre junto a ella, pero conservando la distancia que como caballero se le exigía.

El entusiasmo en Pandora se desbordó, al fin había conseguido a alguien con quien conversar esa noche. Durante una hora las sonrisas tímidas de ella se mezclaron con las francas de él, así como las miradas cargadas de emoción de ella se perdían en las cómplices que él le entregaba o la picardía y el sonrojo que estuvo presente también. Cuando la conversación se trasladó a un tema que la mayoría consideraba impropio para una dama pero que a ella le fascinaba, la actuación. Se compenetraron tanto disfrutando y compartiendo sus puntos de vistas sin reservas ni condiciones, creando una cercanía, un lazo invisible entre ellos.

Sin embargo, los mejores momentos en la vida de las personas siempre pasan demasiado de prisa y a ellos se les escurrió como agua entre los dedos. Después de unos minutos ambos fueron conscientes de que debían regresar al salón donde se llevaba a cabo la fiesta, ella había dado un par de pasos para alejarse cuando él la detuvo.

—Lady Townsend… espere un momento —susurró sintiendo su corazón latir desbocado, algo dentro de su pecho lo empujó a retenerla, no quería separarse de su lado y la tomó de la mano, el contacto fue cálido incluso a través de la seda del guante.

—¿Sí?… —preguntó Pandora volviéndose a mirarlo, sintiendo cómo el toque de su mano le puso a temblar las piernas y su corazón latía como nunca.

—Creo que nos falta algo… ya hablamos de literatura, música y astrología… incluso del teatro, pero usted mencionó además que también le fascina el baile —explicó él mirándola a los ojos.

—Así es… y creo que es mejor regresar ahora al salón pues supongo que dentro de poco empezará uno —contestó luchando porque su voz sonara firme y calmada.

—Ciertamente… Sin embargo, me gustaría y perdone mi atrevimiento, ser quien comparta la primera pieza con usted, por supuesto si eso es posible —pidió sintiéndose nervioso.

—Sería un placer, lord Corneille… le diré a mi tía… es que… es ella quien lleva… —Intentaba decirle, aunque la avergonzaba hacerlo, que su tía llevaba una lista de los invitados que le habían solicitado bailar con ella y por supuesto, a quienes ya había escogido como posibles esposos.

—Entiendo… bueno, creo que seré de los últimos. Es mi culpa no me presenté cuando lo hicieron todos los demás, seguramente ya su tía tiene una lista interminable.

—Pero… podemos hacer algo al respecto, después de todo ha sido usted con quien más he hablado esta noche…

—Eso me alentaría muchísimo… ¿Qué dice si bailamos ahora? —inquirió con entusiasmo mientras la miraba a los ojos.

—¿Ahora? Pero… aquí no tenemos música mi lord… —expuso Pandora sin poder ocultar su asombro y su emoción.

—No la necesitamos… el cantar del agua en la fuente y el sonido de la suave brisa que se cuela entre las ramas de los árboles nos podrían servir de marco —mencionó sin dejarse vencer.

Ella mostró una sonrisa nerviosa, la verdad jamás pensó que su primer baile fuese ambientado por el sonido de la brisa y el de la fuente, pero ciertamente sentía todo eso como algo mágico y especial; además, que deseaba con todas sus fuerzas que fuese lord Corneille el que compartiese su primer baile con ella, no quería a ninguno de aquellos otros caballeros.

—Está bien —concedió asintiendo suavemente, mostrando una sonrisa tímida.

Él en cambio mostró una radiante que iluminó sus ojos, se acercó muy despacio, mirándola con emoción mientras la rodeaba con ese andar ágil y galante que debe mostrar un caballero antes de iniciar la pieza de baile. Sus manos no pudieron mantenerse alejadas de su cintura, así que con delicadeza deslizó un par de dedos por el delgado talle, sintiéndola estremecer.

Pandora abrió los ojos con sorpresa cuando él la tocó de esa manera, pero no pudo alejarse del contacto y cuando lord Corneille le entregó una radiante sonrisa, no pudo más que emular el gesto y hacer la venia correspondiente.

La expectativa hacía que sus corazones golpearan dentro de sus pechos con fuerza, él puso sus manos con las palmas hacía el frente y ella apoyó las suyas sobre éstas, observando que en comparación eran diminutas y eso la hizo sentirse abrigada, sobre todo cuando se colmaron de esa sensación de calidez que a cada segundo se hacía más poderosa, ambos temblaban, más ella que él pero era un temblor tan exquisito que no deseaban que acabase, él le dedicó una mirada para dar inicio mientras los dos intentaban controlar sus respiraciones que se habían acelerado y sus ojos parecían haberse colmado de estrellas.

—Usted… usted deberá guiarme mi lord, es mi primer baile y sin una melodía puedo equivocarme —susurró ella para justificar el temblor que la recorría de pies a cabeza.

—Será un placer mi lady —expresó sonriendo y se movió hacia su derecha manteniendo el contacto de sus manos, mientras la miraba fijamente—. Usted es la música.

Tristán jamás había visto algo más hermoso en su vida que el rostro de Pandora iluminado por la luz de la luna, nunca había sentido su corazón colmado de tanta emoción, su cuerpo tan relajado y libre, se sentía maravillosamente bien mientras se movía con ella al compás de la melodía inexistente más sublime que hubiese escuchado.

Para ella todo eso era mucho más de lo que siempre había esperado, sentía que flotaba y temblaba sintiéndose llena de vida, ahogada en los ojos más hermosos que hubiese visto, entregándose a todas esas sensaciones que eran tan nuevas como extraordinarias para ella, sentía la pesada y cálida respiración de él cuando hacían los cruces y su cercanía era mayor.

Comenzaba a sentirse mareada y no era por las vueltas que daba, sino por la poderosa presencia de lord Corneille quien la hacía sentirse pequeña, él era tan imponente, alto y apuesto que le resultaba abrumador; sobre todo, cuando se acercaba dejando que su dulce aliento con suaves notas de vino le calentase la piel de las mejillas.

El hechizo fue quebrado de manera abrupta por la presencia de alguien que los espía desde las sombras del jardín.

—Pandora Elisabeth Townsend… Tu tía solicita nuestra presencia en el salón de inmediato.

La voz de la tía Amelia llegó hasta ellos rompiendo la burbuja que se había creado a su alrededor y los alejó del exterior, caminaba con premura hasta la pareja, sintiéndose asombrada por ese indecoroso comportamiento que estaba mostrando su sobrina, solo se descuidó un momento, animada por ese lindo baile que llevaban a la perfección aun sin tener música. Pero cuando notó la cercanía que tenían reaccionó de inmediato, si alguien llegaba a verlos así la reputación de Pandora quedaría arruinada para siempre.

—Tía Amelia… —Intentó excusarse ella aún aturdida por el baile y las sensaciones que la recorrían por completo.

—Mi lady, permítame presentarme… —Buscó decir Tristán para borrar cualquier impresión equivocada en la tía de lady Townsend.

—Ya nos han presentado mi lord, hace años cuando visitó Londres por primera vez, sé perfectamente quién es usted y también conozco a su tío —se apresuró Amelia, no se dejaría engatusar por una sonrisa galante, no lo hizo en sus años mozos, menos lo haría a esas alturas cuando ya había pasado esa etapa.

—Tía… pero… —decía Pandora al ver cómo prácticamente la arrastraba del brazo, encaminándola al interior del castillo.

Pandora vio a Tristán quedarse parado en medio de la terraza sin dejar de mirarla. Ella tampoco pudo despegar la mirada de él mientras su tía la llevaba de vuelta al salón, sintió su corazón latir de manera desbocada y una imperiosa necesidad de estar junto a él una vez más, se despertó dentro de ella.

# Capítulo 16

Nathaniel escuchaba atentamente cada una de las palabras de Pandora, mientras se sentía transportado en el tiempo y disfrutaba de las emociones que parecían recorrerla a ella, la emoción de un primer encuentro, el amor que había nacido de inmediato entre ella y el conde de Provenza.

Pandora ni siquiera se había dado cuenta de lo fácil que le resultaba hablar de esa etapa tan feliz en su vida, cada vez que recordaba lo hacía con una mezcla de dolor, un sentimiento de pérdida, desolación y una pequeña, muy pequeña cuota de felicidad.

—Una vez que regresamos al salón fui abordada de nuevo por todos mis "pretendientes" y tuve que bailar con cada uno, pero no volví a sentirme como lo hice con lord Corneille —mencionó mostrando media sonrisa y su mirada gris brillaba luciendo más hermosa, un suspiro escapó de sus labios.

—Al parecer el conde te conquistó a primera vista —comentó Nathaniel de manera casual y por extraño que pudiera resultar, eso le causó una punzada en el pecho.

—¿Cuántas mujeres se han sentido atraídas por ti en cuanto te ven? —preguntó ella elevando su ceja derecha.

—No estamos hablando de mí sino de él… no somos la misma persona Pandora —indicó para que ella no se crease falsas esperanzas.

—Físicamente son idénticos…

—Puede ser, pero no lo somos en esencia y supongo que no solo su físico logró enamorarte ¿o sí? —inquirió mirándola fijamente.

—No, claro que no —respondió sintiéndose indignada.

—Cuéntame, quiero saber cómo lo hizo —señaló mirándola a los ojos y había algo en esa actitud altanera que lo divertía.

—Estuvo el resto de la noche al lado de la pista, observando todos los bailes que hice con otros caballeros, incluso se animó a invitar a mis tías a bailar para poder estar cerca de mí —dijo con una sonrisa que llegaba a su mirada al recordarlo—. Llegó el turno de compartir otra pieza los dos juntos y la magia regresó, todo era tan perfecto cuando estaba cerca de él, era como si ya lo conociera…

Se sumió una vez más en sus pensamientos al caer en cuenta que no había sentido lo mismo con Nathaniel Gallagher, lo reconoció físicamente era verdad, incluso sintió un tipo de conexión con él, pero no podía asegurar que fuese la misma que la unía a su esposo. Buscó alejar esas ideas de su cabeza con rapidez, ella no podía dudar, todas sus esperanzas, su salvación estaban en recuperar a Tristán.

—Como era de esperarse mi tía quedó encantada con el resultado de mi presentación, al día siguiente mi casa estaba llena de hermosos y delicados arreglos florales, todos con lindas dedicatorias… animada busqué uno que viniese de lord Corneille, pero él no envió ninguno, me sentí defraudada… intenté ocultarlo por supuesto, sobre todo de mi tía Amelia, quien estaba al tanto de lo sucedido —Pandora dejó libre un suspiro, su mirada se cruzó con la de Nathaniel—. ¿Seguro no te estoy aburriendo con todo esto? —inquirió con seriedad.

—En lo absoluto… —contestó y sin pensarlo le había dado la misma respuesta de Tristán, se

apresuró a corregir su descuido—. Continúa por favor —pidió en tono amable.

—Bien… después del almuerzo yo aún seguía sumida en mi fantasía de la noche anterior, pero no podía dejar de lado la pizca de desilusión que me había causado el no haber recibido flores de lord Corneille… Observaba a través de la ventana suspirando cuando mi tía Amelia llegó casi corriendo para avisarme que él no había enviado un presente, que había venido en persona a traerlo —expresó emocionada y en ese momento volvía a ser la chica de dieciséis años.

Nathaniel no pudo evitar sonreír al verla de esa manera, en verdad lucía tan hermosa, como una joven normal, no podía imaginar qué podía haber ocurrido para que ella terminara siendo lo que era.

—No sé cuál de las dos estaba más nerviosa cuando bajamos al salón donde lord Corneille conversaba con mi tía Amaranta, en cuanto nuestras miradas se encontraron sentí que todo mi mundo se iluminaba, se llenaba de color… me sentía tan feliz —esbozó sumiéndose en sus recuerdos.

—¿Te llevó flores? —preguntó Nathaniel entusiasmado por la historia, como si fuese suya también.

—No… Me llevó un libro —contestó y era la primera vez desde hacía años que mostraba una sonrisa sincera y radiante que llenaba de luz sus ojos—. Me regaló "Sueño de una noche de verano" de William Shakespeare —agregó y su sonrisa se hizo más amplia al ver la sorpresa en Nathaniel.

—Tu favorita imagino —comentó adivinando la respuesta y al igual que ella sonreía emocionado.

—Sí y desde ese momento supe que Tristán sería el hombre al cual amaría siempre, me había enamorado de él la noche antes… En solo una hora, solo eso le bastó para enamorarme —dijo con ensoñación mientras recordaba.

Nathaniel sonreía sin siquiera saber a ciencia cierta porqué lo hacía, la verdad era que había dejado de creer en el amor desde hacía mucho, para ser más concreto desde que su padre destruyó el amor que sentía por Rosemary y lo convirtió en un ser amargado y mucho más cerrado que antes; sin embargo, escuchar a Pandora hablar del nacimiento de su amor por su esposo era algo que lo conmovía y lo invitaba a descubrir más.

—Después de esa visita vinieron muchas más, salíamos a caminar casi todas las tardes en compañía de mis tías por supuesto, durante las dos veces que se ausentó para atender los asuntos del condado, nos comunicábamos por cartas… Una tarde cuando regresó de uno de sus viajes llegó hasta mi casa con un maravilloso ramo de rosas blancas.

Ella se detuvo dejando libre un suspiro tembloroso, apretó el relicario con una mano y sus ojos se llenaron de lágrimas, tragó para pasar el nudo en su garganta mientras algunos de los recuerdos más hermosos de su vida volvían a colmar su mente.

∞∞∞

El ramo de rosas que llevaba Tristán contaba con setenta y cinco en total, era la cantidad de días que llevaban conociéndose, aprovechó la ausencia de las tías de Pandora y aunque estaba en el salón de la casa muy cerca de la dama de compañía de la joven, él sentía que ya no podía seguir callando lo que llevaba dentro del pecho.

—Pandora, yo… tengo algo muy importante que decirte, la verdad no sé por dónde comenzar —mencionó manteniéndole la mirada y empezó a frotarse las manos.

—¿Por qué estás tan perturbado Tristán? ¿Acaso es algo malo lo que tienes que decirme? —inquirió ella mirándolo con angustia y no pudo evitar llevar una de sus manos hasta las de él para calmarlo con una caricia.

Tristán pensó que lo mejor era hablar sin rodeos, todo sería más sencillo una vez que le explicara lo que sentía, que le mostrara sus sentimientos. Respiró profundamente para armarse de valor y posó su mirada topacio en la gris de ella.

—No puedo estar lejos de ti nunca más… ya sé que llevamos poco tiempo conociéndonos y que quizás esto te parezca una locura, pero lo que siento por ti es tan intenso y me hace sentir tan completo, que ni yo mismo tengo las palabras para explicarlo. —Le tomó las manos mientras la mirada que le dedicaba buscaba desesperadamente que ella comprendiera lo que deseaba.

—Tristán, yo… no sé qué decir —pronunció ella con voz trémula y sus ojos se habían llenado de lágrimas al tiempo que su corazón latía de manera desbocada.

—Pandora… lo que deseo decirte es que ya no puedo concebir una vida sin que tú estés en ella… No soportaría la idea de tenerte lejos de mí… yo… —Se detuvo a tomar aire y se llevó una de las manos de Pandora a los labios depositándole un largo beso mientras que cerraba los ojos y las suyas temblaban.

Ella también lo hacía y no sabía a ciencia cierta porqué, ni siquiera comprendía por qué sentía esa presión en el pecho o esas inmensas ganas de llorar. Era la sensación más extraña que hubiera experimentado en su vida.

De pronto Tristán hincó una rodilla en la alfombra y sacó de su abrigo una delicada bolsa de terciopelo rojo, la abrió con movimientos torpes a causa de los nervios que lo invadían y extrajo de ésta un anillo sumamente precioso. El más hermoso que ella hubiese visto en mi vida.

—¿Quieres casarte conmigo Pandora? —Le preguntó con la voz transformada por las emociones que lo azotaban.

No le respondió en ese instante, ella no pudo hacer más que llorar. Habían pasado poco más de dos meses desde aquella mágica noche en la cual lo conoció y su mundo adquirió un sentido distinto, quizás estaba actuando a la ligera pero su corazón solo alcanzaba a gritarle algo y ella lo escuchó.

Pandora no tenía dudas, así que se lanzó a creer en ese sueño que Tristán le ofrecía, lo abrazó con emoción y aceptó, aceptó compartir su vida con el hombre más encantador que había conocido, con el más generoso, sincero y honesto.

∞∞∞

No pudo seguir contándole a Nathaniel, dejó libre un sollozo y buscando escapar de ese dolor que la torturaba se levantó, caminó hasta el ventanal dándole la espalda, estaba llorando una vez más.

—Pandora… si deseas parar… no tienes por qué seguir, yo comprendo que no quieras —habló él con la voz ronca por las emociones que también lo colmaban.

—Está bien Nathaniel… hacía mucho que no recordaba ese tiempo en el que fui completamente feliz, ése que atesoraré por siempre —se volvió con una sonrisa, pero ésta no iluminaba su mirada como minutos atrás, suspiró y continuó—: Dos meses y medio después nos desposamos, la ceremonia fue tan hermosa y emotiva, sentía que mi vida apenas empezaba y era perfecta.

—Te llevó a Francia con él —mencionó Nathaniel intentando animarla, deseaba que esos

recuerdos le trajeran felicidad.

—Sí, yo recibí el título de condesa y me fui con Tristán a la Provenza, era un lugar maravilloso, asombrosamente hermoso, como si lo hubieran sacado de algún cuento de hadas —confirmó sonriendo con efusividad de nuevo—. La vida de casados era extraordinaria, Tristán delegó muchos asuntos del condado a otras personas para compartir más conmigo… Pasados tres meses descubrimos que estaba embarazada de Dorian, no había en este mundo una mujer más feliz que yo, tenía mucho más de lo que había deseado, nuestra vida era… era perfecta —esbozó con el rostro iluminado por esa felicidad que la hacía lucir tan hermosa y radiante.

Sin embargo, algo cambió de repente, Pandora se sumió en un prolongado silencio dejando que de nuevo en sus pensamientos la atrapasen por completo. Su cara perdió color y la luz se fue alejando de su semblante mientras tomaba distancia de Nathaniel, no quería que él descubriera lo que rondaba su cabeza y ella tampoco deseaba llegar a ese tiempo en el cual lo perdió todo.

Nathaniel esperó un par de minutos a que ella continuara, pero al ver que no lo hacía pensó en decir algo, buscaba en su cabeza alguna frase que pudiera sacarlos de ese incómodo silencio, no daba con nada. La verdad, ni siquiera sabía cómo se había mantenido allí, otros en su lugar habrían salido corriendo para salvar sus vidas a la primera oportunidad, definitivamente había perdido la cordura.

—No hay necesidad de que lo hagas, no te haré daño —pronunció Pandora mientras esbozaba media sonrisa.

—¿Cómo…? —Él se sobresaltó sorprendido ante la acotación de ella y después llegó a la conclusión más lógica—. ¿Puedes escuchar mis pensamientos? —preguntó solo para confirmar, pues ya sabía que sí podía hacerlo.

—Sí, también puedo escuchar los latidos de tu corazón y saber que justo en este instante te sientes asustado de nuevo…

—No estoy asustado —se defendió y al ver que la sonrisa de ella se hacía más amplia, supo que no le valía de nada mentir; sin embargo, reafirmó su postura—. Solo me encuentro un poco inquieto, no todos los días uno se enfrenta a situaciones como éstas Pandora —indicó mirándola a los ojos, esperando su comprensión.

—Tienes razón… lo mejor será que te deje descansar.

—No quiero hacerlo, necesito saber toda la verdad… lo que le sucedió a tu familia. —No pudo disimular la urgencia en su voz, ni la ansiedad que mostraba su mirada.

—Te lo contaré todo, pero ahora debes descansar Nathaniel —mencionó de nuevo y al ver que él se disponía a protestar, no le quedó más que hacer uso de sus poderes.

Lo miró fijamente mientras en su cabeza recitaba uno de los tantos rituales que hacía cuando quería sumir en un profundo sueño a alguien, la verdad no los usaba a menudo, siempre había deseado que todas sus víctimas estuvieran muy conscientes a la hora de hacerles pagar lo que habían hecho. No pudo evitar turbarse al caer en cuenta que a la mayoría los juzgó por pecados que no eran de ellos sino de otros, pero tampoco podía decir que hubieran estado libres de éstos.

No obstante, ella no era quién para impartir un juicio sobre muchos de ellos, sobre su espalda también pesaban muchas muertes, sus manos estaban manchadas de la sangre de los Sagnier era verdad, pero también de otros que solo tuvieron la desgracia de atravesarse en su camino cuando la ira la cegaba y lo único que saciaba su sed de venganza era el silencio que dejaba la muerte a su paso.

—¿Qué me estás haciendo? —inquirió Nathaniel sintiendo los párpados muy pesados y las rodillas flojas.

—Debes descansar. —Se acercó a él para sostenerlo al ver que estaba a punto de caer.

—Pero… yo no quiero… Pandora detente, no quiero dormir —pronunció casi arrastrando las palabras por el efecto del hechizo.

—No se trata de si quieres o no… debes hacerlo, estás agotado —mencionó ella rodeándolo con sus brazos.

Nathaniel no pudo hacer nada, aunque luchó por mantener los párpados abiertos éstos terminaron cerrándose pesadamente y una vez más se encontraba en su cama tendido, pero aún era consciente de lo que ocurría en su exterior, del calor del cuerpo de Pandora junto al suyo y ese dulce olor a jazmín que la envolvía, su voz alcanzó a decir algo más antes de caer en un profundo sueño.

—Quédate… no te vayas Pandora —murmuró estirando su mano para alcanzarla, sin poder controlar su necesidad de tocarla.

—No iré a ningún lado Nathaniel… me quedaré contigo —respondió ella sujetándole con suavidad la mano.

En ese instante no vio al pintor acostado a su lado sino a su esposo, una vez más era Tristán quien estaba junto a ella y dejó que la felicidad hiciera nido en su interior, se tendió en el espacio vacío de la cama mientras envolvía entre sus brazos el fuerte y cálido cuerpo masculino, dejando que su cabeza descansara sobre el pecho, justo donde los latidos del corazón se podían escuchar perfectamente, llenándola de vida.

Pandora se quedó junto a Nathaniel como le prometió, no solo porque sabía que debía cuidar de él, sino porque la urgencia con la cual se lo pidió alentó las esperanzas que guardaba en su pecho. Aunque no la recordara, sabía que en él latía la esencia de Tristán, estaba allí a la espera de más estímulos, solo debía tener paciencia.

∞∞∞

Nathaniel sentía los párpados pesados y una fuerte punzada de cabeza a la mañana siguiente cuando la consciencia regresó a él, podía sentir la fuerte luz del sol entrado a raudales a su habitación, calentándole la piel. Rodó sobre su costado para evitar que los rayos solares hiciesen sus pupilas, aunque tenía los párpados cerrados podía sentir cierta molestia en ellos.

Después de diez minutos de estar removiéndose entre las sábanas sin lograr hallar comodidad, decidió que lo mejor era levantarse, abrió los ojos lentamente y se llevó las manos a los cabellos en desorden para intentar aliviar el dolor de cabeza que cada vez cobraba mayor fuerza, al tiempo que liberaba un suspiro que terminó siendo un resoplido cargado de un profundo fastidio.

—Vaya noche has tenido Nathan, las jodidas pesadillas cada vez son más reales.

Su voz mostraba la ronquera característica de haber pasado varias horas durmiendo, cerró los ojos y negó con la cabeza mientras cientos de imágenes difusas se arremolinaban en su mente.

—No es propio de un caballero llamar pesadilla a una dama —mencionó Pandora quien se hallaba sentada en el sillón junto al ventanal que daba al Central Park.

—¡Maldición! —exclamó Nathaniel erizándose de pies a cabeza.

Se puso en estado de alerta de inmediato mientras su mirada se clavaba en la figura de la mujer en su habitación.

—¿Despiertas todos los días con ese vocabulario? —inquirió ella con el ceño fruncido mientras lo miraba fijamente.

—¿Eres real?

Nathaniel contestó con otra interrogante mientras parpadeaba con rapidez, sentía todos los

cabellos de su nuca erizados y una desagradable corriente atravesar su columna, además de la velocidad de sus latidos que estaban a punto de llevarlo a tener un ataque.

—Creí que te habías hecho a la idea anoche, por favor recuéstate… debes relajarte —respondió intentando acercarse, pero al ver que él se pegaba al cabecero de la cama mantuvo la distancia.

—Pensé que todo había sido un sueño —pronunció él con cautela y se sentó, se llevó las manos a la cara frotándola con fuerza para comprobar que estaba despierto, suspiró y al ver que ella se mantenía en silencio se aventuró a hablar de nuevo—. ¿Te quedaste toda la noche en este lugar? —inquirió con lentitud como si ella no hablase su mismo idioma.

—Tú me pediste que lo hiciera —le respondió Pandora, observándolo un tanto desconcertada por la actitud que mostraba—. ¿No lo recuerdas? —preguntó con el ceño fruncido.

—No… es decir ¡Sí! Claro que lo recuerdo, es solo que algunas cosas siguen confusas en mi cabeza —se excusó frunciendo el ceño al igual que ella y el gesto acentuaba las arrugas de su frente, dándole un aspecto más dramático a su semblante.

—Es normal que no recuerdes algunas cosas… Intenté borrar todo de tu memoria…

—¿Por qué? —demandó elevando el tono de voz.

—Porque creí que era lo mejor, no vine hasta aquí con la intención de perturbarte… yo… —Se interrumpió sin saber cómo explicar lo que la había llevado hasta él.

Pandora no comprendía por qué le costaba tanto decirle toda la verdad, ésa era su oportunidad para recuperarlo y ser feliz de nuevo, estaba segura que una vez él lo supiera todo, recordaría y se quedaría a su lado; la esencia de Tristán sobresaldría. Pero al mismo tiempo sentía las dudas torturándola, ¿y si nada de eso sucedía? ¿Y si después de contarle todo él seguía sin recordarla? O peor aún, ¿y si terminaba odiándola por haberse convertido en el monstruo que era? Porque sabía que inevitablemente tendría que explicarle cómo había logrado sobrevivir hasta ese momento y lo que había dado a cambio para vengarlo y también a Dorian.

—No puedes llegar hasta aquí y revelarme un montón de cosas para luego desaparecer y hacer como si nada hubiera pasado, yo merezco la verdad Pandora —esbozó Nathaniel con todo firme mientras la miraba a los ojos impidiéndole huir.

—Yo… lo siento —susurró bajando la cabeza.

La voz de Nathaniel le recordó a la única vez que Tristán le reprochó algo, fue justo en aquella ocasión cuando su vida estaba a punto de volverse una pesadilla. Ella le había sugerido en un acto desesperado que dejara que le impartieran el castigo que las autoridades eclesiásticas tenían destinadas para ella, que estaba dispuesta a sacrificarse por el bien de él y de su hijo, pero su esposo le dijo con severidad que jamás dejaría que algo así ocurriese.

Nathaniel vio con pesar que ella se encogía ante sus ojos sintiéndose apenada y en ese instante le pareció tan frágil; su corazón se sintió conmovido a tal punto que ni siquiera fue consciente de su miedo, suspiró y se encaminó hasta ella.

Cuando estuvo frente a Pandora, elevó sus manos hasta posarlas en los delgados hombros de ella y la instó a enderezarse para que lo mirara a la cara, lo hizo y él pudo ver la tormenta que la azotaba internamente a través de la mirada cargada de angustia y dolor, en ese instante ella no le pareció más que una pobre chica perdida que había cometido demasiados errores en su vida.

—Siento haberte hablado de esa manera… yo no tengo derecho a exigirte nada Pandora —pronunció con voz calmada.

Ella se olvidó de que él seguía siendo Nathaniel Gallagher y se lanzó entre sus brazos para aferrarse al cuerpo fuerte y cálido que la recibió de inmediato, tal como hiciera en aquella ocasión para pedirle disculpas a su esposo con gestos y no palabras.

—Ya… tranquila, todo está bien.

Pandora sollozó al escuchar esas palabras salir una vez más de los labios de Nathaniel, después de ese día nada estuvo bien, ella lo perdió todo y su vida se convirtió en un infierno, no quería que sucediera lo mismo, no soportaría atravesar por el dolor que significaba una nueva pérdida. Él era suyo, era su esposo y debía estar a su lado, necesitaba recuperarlo para poder salvarse.

Nathaniel la mantuvo en sus brazos consolándola por varios minutos, no la escuchaba ni la sentía llorar, pero sabía que ella estaba sufriendo. Toda esa situación le seguía resultando algo absurda, aunque no extraña, había una especie de conexión entre ellos que no lograba entender pero que era innegable, algo los ataba y la irracional idea de la reencarnación llegó hasta su cabeza.

Él nunca había sido creyente de esas cosas, la verdad es que era un completo escéptico, pero debía admitir que hasta el momento no se había enfrentado a algo que lo hiciera dudar, obviamente Pandora había cambiado todo eso, ahora sabía que la magia existía, tenía una parte de esta entre sus brazos.

Después de un par de horas, Nathaniel y Pandora iban camino a la galería, ella había insistido en que le contaría todo siempre y cuando eso no afectara con su rutina. Sabía que él debía preparar unos cuadros para la exposición anual que se llevaba a cabo en el Museo Metropolitano de Arte de la ciudad, se había estado preparando en los últimos meses para exponer sus mejores piezas y por supuesto presentar una nueva que esperaba se llevara las mejores críticas.

—Te espero en la galería —mencionó Pandora cuando le faltaban dos manzanas para llegar al lugar.

—No tengo problema en que nos vean llegar juntos Pandora —indicó él acelerando para alcanzar la luz en verde del semáforo.

—Tal vez tú no, pero a tu prometida puede darle otro ataque si se entera de ello —pronunció con una sonrisa cargada de malicia.

—Comienzo a sospechar que no fue una alergia lo que la puso así —dijo con los dientes apretados y mirándola de reojo.

Pandora solo apretó los labios para no romper en una carcajada y se encogió de hombros ligeramente, un gesto que había aprendido con los años, una dama no se comportaba de esa manera, sus tías hubieran muerto si la veían hacer algo así años atrás.

—Eres malvada —esbozó Nathaniel fingiéndose serio, pero no pudo contener la sonrisa que adornó sus labios.

—Ella es peor que yo, voy a bajar me muero ante tanta lentitud —acotó cerrando los ojos.

Nathaniel la miró con asombro, iba al límite de la velocidad permitida en esa zona, siempre conducía con más rapidez de la usada por los demás conductores, desde joven le gustaba hacerlo de esa manera, pero ella lo llamó lento.

—Espera al menos que me estacione —indicó bajando la velocidad mientras aproximaba el auto a la acera a su izquierda.

—No hace falta, te veo en minutos —mencionó ella y antes de que él dijera algo para detenerla se desvaneció.

—¡Mierda! —exclamó al verla desaparecer y casi se estrella contra un puesto de periódicos—. ¡Me vas a provocar un infarto! Deja de hacer esas cosas Pandora Corneille. —Sacó la cabeza por la ventanilla del auto mientras miraba a las aceras buscándola.

No dio con Pandora, pero pudo escuchar una entusiasta risa que supo le pertenecía, mientras las personas en la acera lo miraban como si se hubiera vuelto loco, frunció el ceño y metió la

cabeza de nuevo dentro del coche para retomar su camino sintiéndose estúpido.

Llegó hasta su estudio y Pandora lo esperaba sentada cómodamente en el diván junto al ventanal que daba al *Hudson River Park,* a esa hora el lugar estaba colmado de jóvenes madres que charlaban animadamente sentadas en las bancas de madera mientras alimentaban o mecían a sus bebés dentro de los coches para hacerlos dormir. Ella tenía la mirada perdida en el cuadro ante sus ojos y Nathaniel pudo percibir el sentimiento de nostalgia que la embargaba.

La molestia que le había causado el comportamiento de ella minutos atrás desapareció de inmediato, se acercó lentamente para observar a las mujeres en el parque. Tiempo atrás también añoró tener todo eso en su vida, una familia que lo recibiera con alegría cada vez que llegara de trabajar, pero ya no le interesaba.

Pandora escuchó sus pensamientos y se tensó enseguida, sabía que no podía darle eso, quizás él no lo deseaba de momento; sin embargo, con el tiempo podía quererlo. ¿Qué haría ella entonces? Se cuestionó.

—¿A dónde vas?

—A trabajar, por si lo olvidas yo también tengo varios compromisos pendientes que atender —contestó de manera casual.

—Como si te costara mucho restaurar esas pinturas, seguramente usarás tu magia para hacerlo y en minutos las tendrás listas —indicó él acercándose a donde se encontraban sus materiales de trabajo.

—Tienes razón, pero igual debo hacerlo, recuerda que tengo un jefe muy exigente —mencionó refiriéndose a Robert Hathaway.

La verdad era que tenía al hombre prácticamente a sus pies, no paraba de alabarla delante de los demás artistas y sabía que Nathaniel estaba al tanto de ello, pudo escuchar cómo el corazón de él se aceleraba y vio sus músculos tensarse, ¿acaso se había puesto celoso?

—¿Por qué no te quedas conmigo? Prometiste que me contarías tu historia y hasta ahora no has hecho más que evadirme —mencionó mirándola con seriedad.

Comenzaba a exasperarlo su negativa de contarle todo, estaba cansado de tener que lidiar con una mentirosa para tener que hacerlo con otra, además, con poderes sobrenaturales.

—No me compares con la maldita arpía con la que decidiste comprometerte, yo no soy como Sarah Greenwood —pronunció sintiéndose furiosa y ofendida.

—¿Puedes entonces actuar con honestidad y contarme toda la verdad? —demandó manteniéndole la mirada y cuando ella abrió la boca para responder la detuvo hablando una vez más—. Y otra cosa, deja de oír todo lo que pienso… es incómodo.

—Debes concentrarte en esas pinturas, esta noche cuando regresemos a tu casa te contaré todo y ahora me marcho, así no te incomodo al escuchar tus pensamientos —indicó dándose la vuelta y abandonando el lugar con un golpe seco en la puerta.

—Altanera, maleducada… arrogante —decía Nathaniel tomando los pinceles y la paleta para preparar los colores.

De pronto se sobresaltó al escuchar el estruendo que hizo el ventanal al abrirse de par de par, mostrándose como un cobarde corrió hasta el otro extremo del lugar pegándose a la pared mientras sus ojos asombrados buscaban la presencia de Pandora o de lo que sea que hubiera hecho eso.

# Capítulo 17

Pandora iba por el pasillo intentando controlar la rabia que bullía en su interior ante las malcriadeces de Nathaniel Gallagher cuando de repente sintió que una fuerza extraña y que ella conocía muy bien se encontraba cerca del lugar, agudizó su sentido auditivo, aunque no fue necesario, pues pudo escuchar perfectamente el violento ruido que provino del estudio de Nathaniel.

—¡Maldición!

Se desvaneció sin importarle si alguien la veía hacerlo y voló con rapidez entrando al lugar donde había dejado al pintor, lo encontró completamente pálido y pegado a la pared como si algo lo mantuviera aprisionado contra ésta.

—¡Nathaniel! —Lo llamó y su tono de voz evidencia la angustia que sentía, le acunó el rostro entre las manos para hacerlo reaccionar.

—Estoy bien… estoy bien —esbozó de manera abrupta, sintiéndose estúpido por mostrarse así, solo había sido el viento.

—Mírame —pidió Pandora posando su mirada en los ojos topacio y después apoyó la frente sobre la de Nathaniel.

—¿Qué haces? —preguntó él sintiéndose desconcertado.

—Reforzando un conjuro… es de protección, no te preocupes —contestó con voz suave para hacerlo sentir confiado.

—¿De protección? ¿De protección por qué? ¿De quién tienes que protegerme Pandora? —lanzó un torrente de preguntas.

Intentó zafarse del agarre, pero no contaba con que ella tuviera mucha más fuerza que él y eso lo hizo sentir impotente por lo que la rabia en su interior solo aumentó, forcejeó de nuevo.

—¡Suéltame! ¡Ya déjame en paz! —gritó apoyando sus manos en la delgada cintura de ella para alejarla.

Pandora lo soltó desvaneciéndose ante sus ojos, estuvo a punto de caer de bruces cuando se vio luchando con el espacio vacío delante de él, contuvo el aliento y cerró los ojos un instante para ordenar su cabeza, cuando los abrió pudo ver que el ventanal estaba cerrado de nuevo y las cosas que se habían caído en su sitio.

—Lo siento… siento ponerme de esta manera Pandora —decía sintiéndose apenado. Sabía que ella estaba allí, podía sentirla.

«Ofrecer una disculpa no borra las heridas que causas.»

Escuchó la voz de ella resonar en su cabeza, pero seguía sin verla.

—Lo sé, lo sé… pero debes ponerte en mi lugar un instante e intentar comprenderme, no sé cómo lidiar con esta situación, la tensión está a punto de quebrarme y me enfurece no tener el control de las cosas que me rodean —se excusó y esperaba que ella sintiera en su voz que en verdad lo sentía.

«Yo solo intento ayudarte, ya sé que todo esto es mi culpa… pero créeme, no dejaré que nada malo te suceda, tú eres lo más importante que tengo en este momento.»

Volvió a escuchar su voz y esta vez sonaba más calmada, menos dolida que minutos atrás, eso encendió la esperanza en él. Miró de nuevo buscándola, pero no podía verla.

—¿Puedes por favor hacerte visible? Me siento como un loco y un estúpido hablando solo a

una habitación vacía —pidió con tono conciliatorio, dejando ver una amplia sonrisa cuando la vio aparecer sentada en el diván, se le veía tensa así que se aproximó a ella con cautela—. Pandora, en verdad lamento haberme portado de esa forma, a veces soy demasiado hosco… los años me han hecho ser muy desconfiado con las personas.

—Las personas te han hecho así porque te han herido, pero yo no voy a hacerlo Nathaniel —mencionó mirándolo a los ojos.

Él asintió en silencio, no quería entrar en detalles sobre su pasado, ni mucho menos demostrar que ella había dado en uno de sus puntos débiles y quizás el más doloroso, habían sido las personas las que lo habían lastimado hasta volver su corazón casi una piedra. Quería confiar en ella, pero no era fácil erradicar años de decepciones, paró sus pensamientos al recordar que ella podía escucharlos.

Desvió la mirada posándola en las delicadas manos de la mujer frente a él y ni siquiera supo qué lo llevó a ello, pero cuando quiso reaccionar se había puesto de cuclillas y tomaba las manos de Pandora para llevárselas a los labios, depositó un suave beso en el dorso de cada una, la sintió tensarse, pero no hizo ademán de querer retirarlas.

Ella se encontró deseando que esos besos no fueran en sus manos, sino que tuvieran como destino sus labios. Cada vez que se molestaba con Tristán por algo, él terminaba pidiéndole disculpas con una lluvia de besos que siempre acababa con uno profundo y cargado de pasión en su boca, uno que por lo general tenía como desenlace a los dos haciendo el amor, reafirmándose una vez más cuán enamorados estaban y porqué se habían escogido para pasar el resto de sus vidas juntos.

Se alejó de Nathaniel con movimientos torpes al ser consciente del calor que invadió su vientre en segundos y despertó el deseo que comenzó a viajar a través de su cuerpo. No debía dejarse llevar, todavía no era tiempo, él seguía sin recordarla.

—Me quedaré contigo, es más seguro —dijo aproximándose a la ventana y comenzó a buscar algún indicio de amenaza en el exterior.

—¿De qué debes cuidarme? —preguntó Nathaniel sintiéndose preocupado de repente.

—Es mejor que no lo sepas por ahora, yo me encargaré de mantener a mis enemigos alejados de ti —contestó sin mirarlo.

—¿Tienes enemigos que quieren cobrar venganza asesinándome y me pides que me quede tranquilo? —inquirió entre perplejo y molesto mientras se acercaba a ella para hacer que lo encarara.

—Mis poderes no son de gratis Nathaniel, tengo enemigos, pero solo uno de ellos es de cuidado y si te digo que no debes preocuparte es porque tengo todo bajo control… ¿Puedes confiar en mí? —Le cuestionó volviéndose para mirarlo con severidad.

Él se quedó parado donde se encontraba, sintiendo de pronto que no debía tentar a su suerte ni jugar con la paciencia de Pandora, se le notaba tensa y cuando estaba así le inspiraba temor.

Ella dejó libre un suspiro pesado y estaba por hablarle de nuevo cuando una sombra se atravesó ante el ventanal, eso atrajo su mirada.

«Miserable ¡Déjame en paz!»

Le gritó en pensamientos a Hazazel que le sonreía con sorna y se retiraba el sombrero estilo Fedora negro para hacerle una venia al otro lado de la calle mientras la miraba con intensidad.

«¿Qué tal la estás pasando querida? ¿Ya te llevaste al muchachito a la cama? ¿Calmaste esos ardores que llevan años consumiéndote porque nos has querido darle alivio a ese tentador cuerpo que tienes?»

Preguntó al igual que ella sin tener siquiera que esbozar palabras, su comunicación era

telepática, era parte de los poderes que compartían. Sabía que Pandora no lo había hecho, era demasiado estúpida y recatada para dejar de lado sus principios y la obsesión que tenía por el marido. Él había pasado años insinuándosele en vano.

«Tus pensamientos me causan repulsión, Hazazel, lárgate de aquí y no vuelvas acercarte a Nathaniel Gallagher o sabrás de lo que soy capaz y créeme, no te va a gustar en lo absoluto.»

Lo amenazó manteniéndole la mirada y podía sentir cómo el odio renacía en su interior despertando ese lado salvaje y letal que poseía.

«Creo que estás olvidando que el poder que tienes te lo di yo Pandora, quizás esté siendo hora de que te demuestre a quién le debes todo lo que eres y cobre la deuda que tienes conmigo.»

Indicó él sin dejarse intimidar por la altanería de ella, su semblante serio debía demostrarle que esta vez no estaba jugando y que, si seguía abusando de su suerte, iba a terminar lamentándolo.

«Te dejo para que sigas disfrutando de tu juguete, pero recuerda que tienes cuentas pendientes y que, si no quieres que nada le pase a ese mocoso, regresarás a San Francisco y acabarás con aquella Sagnier.»

Esas palabras quedaron vibrando en el aire después que Hazazel desapareció mientras ella mantuvo la mirada perdida en el espacio vacío que había dejado el demonio, sin poder evitar que su corazón latiese como un pájaro enjaulado que luchaba por su vida.

Pandora se sumió en un profundo silencio que ni Nathaniel pudo romper, aunque lo intentó en varias ocasiones, ella estaba concentrada en dar con la manera de mantenerlo a salvo y se encontró pensando en cómo hacerlo con Rosemary White también. Sabía que Gardiel tenía a varios de sus guardianes velando por la seguridad de la chica, pero eso no le aseguraba nada, más de una vez los demonios que acompañaban a Hazazel y él mismo se habían burlado de los soldados celestiales, incluso ella lo había hecho un par de veces.

—Pandora… ¿Pandora, me estás escuchando?

La voz de Nathaniel la sacó de sus cavilaciones, enfocó la mirada en él mostrándose algo aturdida y después negó con la cabeza, lo vio suspirar con un gesto de exasperación y lanzó con desgano un pincel en el espacio para ellos que tenía el caballete.

—Lo siento, estaba distraída pensado en otra cosa, por favor repíteme lo que decías —pidió sintiéndose apenada.

—Te preguntaba por novena vez por qué estás tan callada y qué fue eso que viste allá fuera que te puso tan tensa. —La informó acercándose a donde tenía sus otros pinceles.

—No fue nada —contestó cortando sus avances de nuevo, vio que él fruncía el ceño y pensó que debía darle algo o no la dejaría en paz en lo que restaba del día, suspiró con resignación—. Es alguien con quien tengo una cuenta pendiente, pero no tiene que ver contigo.

—¿Y ese alguien tiene nombre? —inquirió lleno de curiosidad.

—Lo tiene, pero los humanos no deben pronunciarlo… Su nombre tiene el poder de invocarlo —decía cuando él la detuvo.

—¿Un demonio? —preguntó para confirmar.

—Sí y ya no hablemos más del tema… Mejor déjame ver cómo va quedando la pintura —se puso de pie encaminándose al caballete.

—Aún no está terminada —dijo él moviéndose con rapidez para detenerla, no le mostraba sus pinturas a nadie sin estar acabadas.

—No importa, me gusta ver cómo va cobrando vida… —esbozó con una sonrisa para relajarlo, se mantuvo a cierta distancia del lienzo.

Nathaniel sentía una mezcla de sentimientos que no lograba definir, solo a una mujer había

visto mirar sus pinturas de esa manera, con esa emoción que podía sentir verdadera, que parecía fluir a su alrededor. Esa sensación le trajo viejos recuerdos contra los cuales luchaba a diario, esos que deseaba dejar relegado en un rincón dentro de su alma, allí donde guardaba todo lo que había amado pero que había acabado hiriéndolo y decepcionándolo.

—Es hermosa —esbozó Pandora con honestidad.

—Es una crítica muy a la ligera para una pintura —acotó en tono adusto, lo hizo sobre todo porque era lo mismo que siempre decía Rosemary, eso lo hirió aún más.

—Pues yo no soy una crítica especializada, tampoco soy artista y mucho menos me desviviré en elogios vanos como los que hacen tus admiradoras para dármelas de interesante —apuntó molesta por su tono grosero—. ¿O acaso crees que esas mujeres ciertamente están interesadas en tus pinturas? Todo lo que dicen sobre ellas es solo para atraer tu atención y que tú caigas a sus pies cegado ante los elogios —indicó con arrogancia y se alejó de él.

Nathaniel quiso hablar y refutar todos los argumentos de Pandora, hacerlo con convicción; sin embargo, no era tan idiota como para darle veracidad a una mentira, sabía perfectamente que sus "admiradoras" sabían de pintura lo que él de mecánica, ellas solo repetían como loros lo que decían los críticos para quedar delante de él como unas mujeres interesantes que despertaran su atención, e inteligentes con las que pudiera tener una charla animada, que por lo general acababa en un mismo lugar: Una cama, donde las palabras sobrarían y allí se olvidaban de sombras, matices y formas.

Pandora se tendió en el diván cerrando los ojos, disponiéndose a ignorarlo o terminaría perdiendo la paciencia y aunque sabía que no llegaría al punto de hacerle daño a Nathaniel, sí podía terminar dándole una lección que le hiciera pagar cada uno de sus desplantes.

Se encontraba en esos pensamientos cuando tuvo que entrar en trance y alejarse de ese lugar un momento, alguien había llegado hasta el estudio donde trabajaba en ese lugar y la buscaba. Era el asistente de Robert Hathaway que necesitaba ver cómo iba la pintura que debían entregar esa semana, ella apenas sí dejó hablar al hombre, lo sacó exigiéndole que no la interrumpiera y que al día siguiente le entregaría el cuadro, la verdad era que ni siquiera lo había mirado.

Regresó a su cuerpo que se hallaba en el estudio de Nathaniel, liberando un suspiro cargado de fastidio, sin siquiera mirarlo se levantó hasta quedar sentada y esperar unos segundos para que su espíritu volviera a estar en armonía con su físico.

—Debo ir hasta el estudio a buscar un cuadro, Robert deseaba saber si estaba listo y la verdad es que no lo he mirado siquiera —informó de manera casual mientras se encaminaba a la puerta.

—¿Cómo…? ¿Cómo sabes eso? —cuestionó asombrado, pues ella no se había movido de ese lugar.

—Porque Martin fue a ver cómo iba, tuve que sacarlo casi a empujones del estudio —contestó en tono casual y al ver que él la miraba sin entender, no pudo evitar sonreír y comenzó a explicarle—. Se llama desdoblamiento astral, el espíritu abandona el cuerpo por unos instantes y puede desplazarse sin necesidad de cargar con el cuerpo —mencionó como si fuera muy sencillo de hacer.

—Supongo que… no todo el mundo puede lograr algo como eso ¿no es así? —preguntó él sintiéndose intrigado.

—Supones bien, pero han existido casos de grandes maestros que lo han logrado, yo puedo gracias a los poderes que me fueron otorgados —acotó mirándolo a los ojos con detenimiento, midiendo cuán dispuesto estaba a creer en lo que le decía.

—Por supuesto, poderes de los cuales no me has contado nada, ni la forma en la cual los obtuviste —señaló recordándole que era un completo ignorante de ese pasado que se suponía lo

ligaba a ella.

—Esta noche responderé todas las preguntas que desees hacerme y aclararé todas las dudas que tengas, no antes —sentenció con firmeza y salió del lugar con paso decidido.

Las horas de la tarde pasaron con lentitud mientras Nathaniel se sumió en esos trances que parecían envolverlo cada vez que tenía un pincel en la mano y un lienzo frente a él. Pandora lo admiraba completamente embelesada por la pasión que desbordaba en cada pincelada, que a momentos se transformaba en una sutil caricia que parecía darle a la tela hecha con fibras de cáñamo.

Ella por su parte solo había tardado unos diez minutos en restaurar la pintura que debía entregar, era sencillo hacerlo, solo tuvo que posar sus manos sobre el lienzo, cerrar los ojos y que el recuerdo plasmado en el lino se mostrara idéntico en su cabeza para dejarlo como si acabara de crearse, incluso mostrando las huellas húmedas de la pintura y daba la impresión de haber sido trabajada recientemente.

Nathaniel vio el proceso sin salir de su asombro, incluso se acercó con cuidado rodeando el caballete unos diez minutos para comprobar que lo que sus ojos habían presenciado no fuera una ilusión; sin embargo, la sonrisa arrogante de Pandora le dejó ver que todo era realidad, ella restauró ese cuadro que estaba casi irreconocible en cuestión de minutos.

—Voy a mi estudio a dejar esto, nos vemos en tu departamento.

Decía tomando con cuidado la pintura y antes de que pudiera salir él la detuvo tomándola del brazo, sintiendo una vez más esa poderosa ola de emociones que lo recorría de pies a cabeza cuando la tocaba.

—Te estaré esperando —fue lo único que consiguió decir.

Ella asintió en silencio liberándose del toque que igual la turbaba.

Ella debía hacer algo antes de comenzar a relatarle a Nathaniel cómo su vida había cambiado y caído en desgracia, era imperioso que viera a Gardiel para advertirle que debía redoblar su cuidado sobre Rosemary White. No había logrado sacar de su cabeza las amenazas de Hazazel, debía evitar que algo malo le sucediera a la chica, de pronto se encontró muy preocupada por ella, al punto que se desconocía pues se suponía que era su rival.

Después de asegurar con sellos el auto donde viajaría Nathaniel y verlo subir a éste comprobando que nada malo le sucedería, salió en busca de su amigo. Lo había citado en la azotea del edificio donde el actor tenía su residencia, consciente de que no podía dejarlo solo por mucho tiempo, él era muy vulnerable sin ella a su lado.

∞∞∞

Gardiel se encontraba de cuclillas mirando los alrededores del edificio donde se encontraban, era un guardián, un soldado. Toda su existencia había estado alerta, a la espera de algo que pudiera perturbar el perfecto equilibro que el mundo debía tener; no obstante, en ese momento no estaba velando por ello, solo esperaba la presencia de la mujer que lo había citado en ese lugar.

La vio aparecer con su grácil manera de desplazarse por los aires y de inmediato esas sensaciones que sabía no debía tener, se hicieron presentes en él. Tantos años de llevar como armadura un cuerpo humano, lo hacía parecer uno más, desenvolverse con naturalidad e incluso tener esos pequeños gestos que diferenciaban a unos de otros.

—Hola. —Lo saludó Pandora con cautela, quedándose a cierta distancia de él. Desde su confesión ya no sabía cómo comportarse—. Gracias por haber venido Gardiel.

—No tienes por qué agradecer Pandora, sabes que estaré para ti siempre que me necesites. —Se aventuró a mirarla a los ojos—. ¿Está todo bien? —preguntó rehuyéndole la mirada, obligándose a no volver a mostrar sus sentimientos como lo hizo la otra noche.

—No, Hazazel visitó hoy la galería y aunque no le hizo nada a Nathaniel, su advertencia fue clara, los sellos que puse en las ventanas no sirvieron, él logró tocarlas… —decía cuando el ángel la detuvo.

—¿Pudo entrar al estudio? —inquirió desconcertado.

—No, pero las abrió y eso lo asustó, ya él está al tanto de muchas cosas, sabe quién soy y también porqué estoy aquí —contestó Pandora y se movió para caminar junto a él, debía permanecer atenta.

—Los sellos funcionan, ese demonio no podrá acercarse a él, no debes preocuparte Pandora, Hazazel solo busca asustarte, pero no conseguirá lastimar al chico mientras esté protegido —le confirmó.

—Yo confío en ti Gardiel y en todo lo que me has enseñado; sin embargo, no es solo eso lo que me preocupa, es la amenaza sobre Rosemary White. Hazazel me exigió que acabara con ella y temo que, si no cedo a su demanda, pueda él mismo encargarse de la chica —pronunció aquello que la había atormentado todo el día.

—No lo hará él, ese no es su objetivo. Necesita que seas tú quien lo haga Pandora —se detuvo frunciendo el ceño ante la idea que atravesó su cabeza—. Debes tener mucho cuidado, Hazazel es un artista de la manipulación, va a intentar chantajearte con Nathaniel Gallagher para conseguir lo que desea.

—Ya lo está haciendo —susurró ella bajando la mirada.

—Pues no se lo permitas, sabes que tienes la fuerza para detenerlo si lo deseas —se volvió a mirarla y con suavidad le puso un dedo en la barbilla ejerciendo apenas presión para pedirle que lo mirara a los ojos—. No estás sola en esto Pandora, me tienes a mí —expresó con la voz ronca, mirándola con ese sentimiento que solo ella había inspirado en él y de pronto se sintió expuesto una vez más.

Pandora pudo notar la tensión que invadió a Gardiel y quiso tener las palabras para aliviar la pena que vio en su mirada, no era fácil estar en una situación así, no era fácil estar enamorado de un imposible, ella lo sabía muy bien, había pasado casi dos siglos anhelando el recuerdo de su esposo, anhelándolo como si tan solo un día antes hubiera descubierto junto a él todo lo que el amor encerraba.

—Lo sé —respondió para llenar el vacío que habían dejado las palabras de Gardiel.

Desvió la mirada hacia la otra azotea y pudo ver a varios de los ángeles que conformaban la guardia liderada por Gardiel, todos la miraban con rencor y desprecio, ella conocía la razón de ese rechazo, no podía culparlos por sentir tanto odio, no solo era una condenada más, también había llevado al ser que caminaba a su lado a cruzar límites que para ellos estaban prohibidos.

Supo el momento exacto en el cual Nathaniel había llegado hasta el edificio, lo estaba esperando, igual pudo sentir que Gardiel también había percibido la presencia del pintor, lo vio tensarse de nuevo y alejarse de ella para disimular que su cercanía le afectaba.

Ella no quería verlo en esa situación ni mucho menos lastimarlo, tal vez Gardiel creía que lo dejaría allí abandonado para volar al encuentro de Nathaniel, pero no lo hizo, se mantuvo caminando en silencio con su amigo porque eso era él, su amigo, el único que había tenido en años.

Sin embargo, después de varios minutos algo la hizo ponerse alerta, había sentido la presencia de alguien cerca del pintor, no era un ser a quien ella temiera y que lo pusiera en peligro, era

humano. Agudizó su oído para descubrir de quién se trataba y la voz de una mujer la hizo tensarse en cuestión de segundos.

—Debo regresar con Nathaniel. —Le hizo saber a Gardiel.

—Hazlo y no te preocupes por Rosemary, yo velaré que nada le pase —decía y antes de que ella se marchara la detuvo tomándola con suavidad del brazo—. Pandora, no le des más poder a Hazazel del que ya tiene sobre ti… y hoy mientras estés recordando lo que le ocurrió a tu familia, intenta librarte de ese pasado que te tortura, usa esta oportunidad para dejar atrás tanto rencor que llevas dentro… Si deseas comenzar una nueva vida junto a ese joven —Gardiel no pudo evitar que su voz se quebrara ante el dolor que eso significaba para él; sin embargo, reunió el valor para continuar—: Recuerda que debes hacerlo sin odios de por medio y no temas, quienes te hicieron daño ya no existen, no pueden herirte de nuevo —agregó mirándola a los ojos, buscando darle esperanzas.

Ella no supo cómo responder en ese momento, su voz había desaparecido y en un acto de agradecimiento se lanzó para abrazar con fuerza a Gardiel. Jamás dejaría de estar agradecida con él, era el único que había visto lo bueno que aún quedaba en ella, hundiendo su rostro en el suave pecho del ángel se dejó embriagar por ese olor tan especial que tenía, el olor que tenían las nubes.

—Gracias por creer en mí —le susurró cerca del oído y sin poder contener su impulso dejó caer un suave beso en la mejilla de Gardiel.

Ese gesto lo había tenido con contados hombres en su vida, su padre, su esposo y su pequeño hijo, pero Gardiel también lo merecía por el sentimiento que le profesaba.

Él no se tensó como en ocasiones anteriores cuando tenía un tipo de acercamiento con Pandora; por el contrario, apoyó su mejilla en los suaves labios de la mujer a su lado, queriendo prologar esa maravillosa sensación que parecía expandirse por todo su ser con la rapidez con que los rayos del sol iluminaban el mundo cada mañana, cerró los ojos al tiempo que suspiraba.

No le importaron los pensamientos de reproches de sus guardianes que llegaron hasta él, no le importaba nada y se dejó llevar por lo que sentía, tomó el rostro de Pandora entre sus manos, pero al ver que ella de pronto se mostró temerosa, no la besó en los labios como deseaba, sino que subió y lo hizo en la delicada frente.

Después de eso se alejó sin decir nada más y desapareció antes de que ella abriera lo ojos y descubriese una vez más lo perdido que se encontraba en ese sentimiento que le inspiraba.

Pandora abrió los ojos parpadeando para salir de la elipsis donde ese gesto de Gardiel la había sumido, suspiró encontrándose sola en el lugar, no se atrevió a levantar la mirada y buscarlo en las demás azoteas, sabía que no estaría allí, tampoco sintió la presencia de los demás guardianes y eso la llenó de alivio, no soportaría que la vieran como una aberración de la naturaleza, como una amenaza.

∞∞∞

Nathaniel había llegado hasta su departamento esperando encontrarse con Pandora, pero al hacerlo solo halló el lugar completamente desolado, no había rastro de ella. Pensó que quizás estaba saldando esas cuentas que le había dicho tenía pendientes, decidió disfrutar de esos instantes de intimidad para darse una ducha y cambiarse de ropa, quizás preparar algo para comer, aunque no tenía mucho apetito.

Estaba a punto de entrar al baño cuando escuchó el timbre, pensó que tal vez sería Pandora,

pero le pareció extraño que llamara de esa manera a la puerta cuando ya le había quedado constancia que podía ir y venir de donde quisiera sin usar las maneras tradicionales.

—Un momento —pidió mientras se abotonaba de nuevo la camisa y caminaba descalzo hacia la puerta, suponiendo que a ella no le importaría pues ya lo había visto en pijama.

—Empiezo a creer que te has olvidado de mí, Nathaniel Gallagher eres un desconsiderado.

Una mujer pelirroja, alta y delgada entró al lugar sin esperar a ser invitada, paseó su mirada por el salón del departamento y lanzó con desparpajo su abrigo sobre el sillón mientras caminaba contoneando sus caderas de manera sensual, creando su sutil vaivén con la seda de su elegante vestido azul cobalto que llevaba.

—¿Qué haces aquí Sonya? —preguntó sorprendido y a la vez molesto por las libertades que se tomaba la actriz.

Ella había sido una de esas tantas amantes casuales que había tenido, bueno más que casuales, su relación con la hermosa rusa había durado casi un año; sin embargo, no había quedado en buenos términos, por no decir que todo estuvo a punto de acabar en una tragedia cuando Sarah se enteró e intentó quitarse la vida.

—Acabo de regresar al país y vine directamente a verte querido —esbozó acercándose de nuevo a él, acariciándole el pecho con un toque sensual mientras lo miraba a los ojos—. No tienes ni idea de cuánto te extrañé Nathan, todos los demás hombres en el mundo me parecen simples mortales ante un Dios como tú —susurró llevando sus manos a la nuca de él mientras subía sus labios para besarlo.

El estrepitoso ruido que hizo la hoja de madera al estrellarse contra el marco los hizo sobresaltarse a ambos, sobre todo a Nathaniel quien sabía lo que eso significaba, pudo sentir de inmediato la poderosa presencia de Pandora en ese lugar y a juzgar por la manera en la cual había hecho su entrada, no se encontraba muy contenta.

—¡Oh, por Dios! ¿Qué fue eso? —inquirió Sonya asombrada.

—Una corriente de aire, será mejor que te vayas en este instante Sonya —le pidió Nathaniel buscando el abrigo.

—Pero… acabo de llegar, invítame al menos una copa —indicó ella negándose a abandonar ese lugar, había planeado su reencuentro desde que salió de Europa hacía un mes.

Nathaniel estaba por responderle cuando sus ojos se abrieron con sorpresa al ver a Pandora materializarse en el sillón junto al abrigo de Sonya, de inmediato se volvió a ver a la pelirroja, pero ésta se mostraba igual de casual.

«No puede verme, la bloqueé. Tal vez deberías servirle esa copa que pide, yo me encargaré de que la disfrute muchísimo.»

Él se quedó callado ante las palabras de Pandora que resonaron en su cabeza, no podía responderle en voz alta sin quedar como un loco delante de Sonya, tomó el abrigo y regresó hasta ella.

—Lo siento, pero no puedes quedarte.

—¡Pero Nathan! No seas aburrido. —Se quejó mirándolo.

Una vez más Pandora lo detenía antes de que diera una respuesta.

«Es verdad, Nathan, no seas aburrido… mejor juguemos un rato.»

La voz de Pandora hizo eco de nuevo en sus pensamientos y de pronto vio cómo Sonya caía de rodillas ante él, obviamente ella la había empujado; él contuvo el aliento ante la reacción de asombro y terror que mostró el semblante de la rusa.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó con voz trémula.

—¿Qué fue qué? —contestó con otra interrogante mientras la ayudaba a ponerse de pie—.

Seguramente te mareaste, suele pasar después de un viaje en barco tan largo Sonya.

«¡Pandora no vuelvas hacer eso!»

Le recriminó en pensamientos e intentó mostrarse casual.

«Entonces sácala de aquí… ¡Ahora!»

Exigió ella comunicándose con él de la misma manera.

—Es mejor que te vayas y descanses Sonya, yo tengo algunas cosas pendientes, ya iba de salida. —Mintió para sacarla de allí.

—Pero apenas acabas de llegar, te he estado esperando dos horas en el café de enfrente —comentó dificultándole la labor de echarla.

—Solo vine a cambiarme de ropa, por favor… nos veremos mañana —decía cuando la voz de Pandora de nuevo se metió entre sus pensamientos.

«Ni lo sueñes, no te acercarás a esa mujer, ¡Es una loca!»

—¡Eso es asunto mío! —exclamó Nathaniel en voz alta sin poder controlarse y después miró a Sonya quien lo veía horrorizada—. Lo siento, no es un buen momento —esbozó en tono calmado para tranquilizarla y abrió la puerta.

—No… no… no lo es —murmuró ella dejando que el miedo de ver cómo el rostro de Nathaniel se desfiguraba, se notara en su voz.

Salió casi corriendo de ese lugar y juró no volver a buscarlo.

—¿Contenta? —inquirió Nathaniel sintiéndose furioso mientras elevaba las manos al aire en una muestra de rendición.

—Mucho… ¿Sabes algo Nathaniel? —preguntó para captar la atención del joven—. Tienes un tino asombroso para hacer que las mujeres más perturbadas de la tierra se obsesionen contigo. La verdad no he conocido a un hombre al que persigan más las locas que a ti —dijo sin ocultar la molestia que sentía.

—¿Sabes qué Pandora? Dime algo más novedoso… eso ya lo sé, para muestra te tengo a ti —contestó furioso.

No dejaría que ella le controlara la vida y aunque sabía que terminaría agradeciéndole que hubiera espantado a Sonya de su lado, no deseaba reconocerlo, siempre se había valido por el mismo para defenderse, era un hombre adulto e independiente, no necesitaba de nadie cuidándolo.

Pandora abrió la boca asombrada ante la desfachatez de él, después se irguió sintiéndose indignada y comenzó a hacer volar los cojines sobre el sillón en dirección a Nathaniel.

—¡Ves lo que digo! —exclamó él moviéndose para esquivar el ataque, pero por una extraña razón la actitud de ella no le daba miedo; todo lo contrario, le causaba gracia—. ¡Pandora detente! ¡Para ya! —gritaba y comenzó a reír al ver que ella se quedaba sin armas.

La frustración estaba haciendo estragos en ella, así que decidió salir de allí antes de que el sentimiento fuera reemplazado por la ira, caminó dándole la espalda a él y abrió las hojas del ventanal sin tener que tocarlas, después de eso se paró en el dintel.

—¿A dónde vas? —preguntó Nathaniel entre temeroso y desconcertado por ver lo que ella se disponía a hacer.

—Iré a tomar un poco de aire… regreso en unos minutos —contestó y sin esperar una respuesta de él se lanzó al aire.

Nathaniel corrió para detenerla, pero fue muy tarde, solo contuvo el aire al verla lanzarse en picada y después como un celaje que apenas se podía apreciar, ver que remontaba muy alto en el cielo y se perdía entre las nubes.

Debía admitir que se sintió maravillado ante ese despliegue de Pandora, ella cada vez le dejaba

claro que no le mentía, que era todo lo que le había dicho y más, presentía que el poder de la castaña era sencillamente asombroso e incalculable.

# Capítulo 18

Una hora después Nathaniel se encontraba en el sillón con la mirada perdida en la oscura noche de finales de verano que cubría a Nueva York, espesas nubes cubrían el cielo amenazando con descargar sobre la ciudad una de esas tormentas que resultaban épicas.

Toda su piel se erizó cuando una corriente de aire helado entró a su habitación colmando el espacio en cuestión de segundos. Supo de inmediato que Pandora se encontraba de nuevo allí, no solo por ese aire frío que la acompañaba sino también por el exquisito aroma a jazmín que ya había identificado en ella.

—¿Estás más relajada? —preguntó con cautela en voz alta.

Ella se hizo visible a pocos metros de él, se encontraba apoyada contra el marco de la ventana y también observaba el exterior, fijó su mirada en Nathaniel antes de responderle.

—Sí, necesitaba salir —dijo sin mucho énfasis y deslizó sus manos por la suave tela de la manta negra que la cubría.

—Pandora… yo estuve analizando todo lo que ha ocurrido y no quiero hacerte sentir presionada, si no deseas contarme lo que le sucedió a tu familia porque es muy doloroso para ti, podemos dejarlo así… es tu pasado y tu verdad, yo no tengo ningún derecho sobre ninguno de los dos —decía sin mirarla a los ojos.

Estar lejos de ella le había dado la libertad para pensar con cabeza fría y ponerse en su lugar, sabía que había cosas que eran mejor no recordar porque dolían mucho, él también tenía un pasado que se había esforzado por olvidar y nadie tenía el derecho de obligarlo a hablar de ello si no lo deseaba.

—¿Por qué ese cambio de parecer? —preguntó sintiéndose desconcertada, estaba tan sumida en sus propios recuerdos que no escuchó los pensamientos de Nathaniel.

—Porque soy de los que piensa que nadie está obligado a hacer algo que no desea o al menos mientras cuente con la libertad para ello y yo deseo dártela Pandora, si sientes que esto te va a causar sufrimiento es mejor evitarlo —contestó mirándola a los ojos.

—Gracias, pero creo que es necesario.

—Bien, comencemos entonces… —mencionó él posando toda su atención en Pandora y en eso que tenía que contarle.

Ella tomó aire mientras dejaba que uno a uno los recuerdos del pasado la llenaran, sus pensamientos remontaron hasta ese instante donde la aparente causa de todos los males de ella y de muchos otros inocentes llegó a sus vidas para cambiarlas por completo.

—Cuando teníamos siete años de casados, llegó hasta la campiña una extraña enfermedad que mataba a las personas en pocos días… la Peste negra… así la llamaban. Algunos viejos del pueblo decían que había regresado el demonio, que ya antes había caminado por toda Europa robando vidas sin hacer distinciones y que ahora se encontraba de nuevo entre nosotros… —Su voz era pausada, carente de la emoción que la embargó la noche anterior cuando le contó a Nathaniel cómo había conocido a Tristán.

Él se llevó el dedo anular hasta los labios y lo apoyó allí mientras escuchaba atentamente las palabras de Pandora, haciendo memoria para ir uniendo lo que ella le decía a lo que él conocía de la historia. No era que no confiar en ella, sino que tampoco podía nunca creer ciegamente todo lo que le decían, ése era un defecto, quizás su mayor defecto, que muy pocas personas le inspiraban

confianza.

—Como era de esperarse el terror se apoderó de todos en el condado, las fanáticas religiosas empezaron a hacer llamados a Roma para que enviasen a un representante de la Inquisición. Los mismos no tardaron en llegar, puesto que el condado limitaba con los Estados pontificios dentro de Francia, la presencia de la iglesia más que traer alivio sembró el temor en los pobladores… la enfermedad sirvió de excusa a una gran barbarie… —esbozó mirando a través de la ventana y su semblante se iba oscureciendo ante los recuerdos.

∞∞∞∞

Pandora se encontraba en la capilla del castillo, de rodillas pedía por las almas de todos aquellos que habían sucumbido a la temible enfermedad que azotaba las tierras de su esposo. Muchos decían que las oraciones eran inútiles y habían dejado de hacerlo, sobre todo los hombres, solo se escuchaba decir en cada rincón de la Provenza que Dios se había olvidado de ellos, que los había condenado a todos a un trágico destino del cual ninguno lograría escapar.

Ella no pensaba igual, todavía conservaba las esperanzas y confiaba en la misericordia del ser supremo, sabía que Dios no abandonaba a sus hijos y que incluso aquellos que habían muerto se encontraban en un mejor lugar, uno donde ya no tendrían que seguir sufriendo los horribles dolores que provocaba la Peste.

—Mi lady, perdone que la interrumpa… pero usted me pidió que le avisara en cuanto lord Corneille llegara, ya está aquí en el castillo. —Le informó una de las mujeres que formaban parte de su corte.

—Gracias Letizia, por favor continúen con las oraciones y no pierdan la esperanza, Dios nos escuchará. —Les dijo a las mujeres antes de salir de la hermosa capilla de piedra.

Aunque debía mantener la compostura como su título de condesa le exigía, la emoción de ver a su esposo después de más de quince días la rebasaba, así que corrió hacia el castillo atravesando el hermoso tramo del jardín que separaba la capilla de su hogar. Subió las escaleras con la misma rapidez y cuando estaba por alcanzar los últimos peldaños vio la figura de Tristán aparecer en lo alto.

De inmediato toda la habitación se llenó de luz, fue como si el sol hubiera hecho acto de presencia en ese lugar, su corazón comenzó a latir con mayor fuerza al ver la radiante sonrisa que Tristán le entregaba y ese brillo que colmaba la mirada topacio haciéndola lucir tan bella, como si estuviera llena de estrellas.

Tristán también corrió para unirse a su esposa, la había extrañado demasiado en el tiempo que estuvieron separados y aunque venía de un largo viaje que lo había dejado cubierto de polvo y sudor, no pudo contener sus deseos de abrazar a Pandora.

—Te extrañé tanto —consiguió esbozar ella antes que él atrapara sus labios en un beso profundo y cargado de devoción.

Sin importarle la presencia de los sirvientes que siempre los escoltaban, se dejaron llevar por ese intenso amor que compartían y sus lenguas se entregaron en osados roces que iban más allá de los permitidos en público; sin embargo, el personal del castillo ya se encontraba acostumbrado a esas efusivas muestras de afecto que se daban sus patrones. A diferencia de muchos, ellos sí se habían casado enamorados y habían formado un hogar sobre ese sentimiento.

Después de dos horas Tristán y Pandora se encontraban acostados en el inmenso lecho matrimonial que habían compartido por siete años. Ella lo había consentido dándole el baño que

tanto necesitaba para relajar el cansancio que el viaje había dejado en su cuerpo, así como el aseo que él siempre insistía en tener antes de entregarse a su esposa.

Su ayudante de cámara era un hombre de sesenta años y desde niño siempre le inculcó que un caballero debía lucir impecable hasta para salir de cacería, mucho más si se trababa de intimar con una dama, sobre todo si la misma era su esposa.

—¿Por qué estás tan callado? —preguntó Pandora.

Se deleitaba acariciando el fuerte pecho de su esposo, peinando con sus dedos los suaves vellos cobrizos que lo cubrían, mientras sentía las caricias de él que nacían en su nuca y bajaban hasta el final de su espalda, haciéndola estremecer a momentos.

—Son demasiadas cosas para las que quisiera tener una solución Pandora, pero me siento atado de manos y es algo que detesto, odio sentirme impotente ante los problemas —confesó con la mirada puesta en la hermosa pintura que cubría todo el cielo raso.

—Tristán … existen situaciones ante las cuales las personas no podemos hacer nada, solo Dios puede, solo él puede interceder y hacer con sus manos aquello que nosotros no podemos —contestó ella y al ver que él solo fruncía el ceño, se acercó para darle un tierno beso en la mejilla —. No pierdas nunca la esperanza mi amor.

—Eso es imposible Pandora —mencionó él esbozando una radiante sonrisa, esa que creaban suaves surcos en su frente y llenaban de luz sus ojos topacio—. Tú me recordarás toda la vida que lo último que debemos perder es la esperanza, tú la llevas dentro de ti amor mío… y puedo verla a través de tus hermosos ojos grises —susurró acariciándole el tabique con los labios.

—También debes llevarla dentro de ti Tristán, siempre… Prométeme que sin importar lo que pase, jamás dejarás que las cosas malas que existen en la vida te abrumen, no pierdas nunca tu generosidad, ni tu compasión… no cambies nunca por favor —pidió mirándolo a los ojos con esa devoción que le entregaba.

—Te lo prometo Pandora, siempre seré el hombre del cual te enamoraste, siempre seré solo yo —pronunció muy cerca de los labios de ella, recibiendo con felicidad el beso que le brindó su esposa.

Rodó para poner a Pandora bajo su cuerpo y dejar que la pasión y el amor que ella le daba al entregarse alejaran de él todas las preocupaciones que sentía al verse atado de manos ante las desgracias que golpeaban a todas esas personas que de cierta forma dependían de él, pues era el señor de Provenza.

Pandora lo dejó descansar un par de horas más mientras ella iba a ver a su hijo y compartir con él como todas las tardes, le encantaba escuchar la alegre risa de su pequeño Dorian y verse en esos bellos ojos topacio que había heredado de su padre. En realidad, su hijo era idéntico a Tristán, tenía algunos gestos de ella, pero físicamente no le había perdido nada a su padre.

Esa tarde el niño se notaba distinto, se le veía taciturno y apenas sonreía mientras ella jugaba con él, al verlo de esa manera Pandora lo tomó en brazos para arrullarlo y se estremeció al sentir que él tenía una temperatura más alta de la normal, buscó la mirada de Dorian descubriendo que se notaba vidriosa y apagada.

—Dorian… mi amor, ¿te sientes mal? —preguntó con voz trémula mientras le acariciaba su delicada carita.

—Me duele la cabeza —pronunció con tono apagado y se llevó la mano a la frente para indicarle a su madre.

—¿Desde cuándo te sientes así? ¿Por qué no me habías dicho nada? —cuestionó pegándolo a su pecho mientras sentía que el corazón le latía frenéticamente.

El niño no supo cómo responder a las preguntas de su madre, solo se hundió en el suave

regazo de ella, sin atreverse a derramar una sola lágrima, porque escuchaba a los caballeros de la guardia de su padre decir que los hombres no lloraban nunca y él era un hombre.

Pandora se levantó con toda la rapidez que el cuerpo tembloroso le permitió, llevando a su hijo en brazos casi corría con él por el largo pasillo que la llevaría a su habitación, allí donde descansaba su esposo al tiempo que le rogaba con todas sus fuerzas a Dios para que su hijo no llevara la Peste en sus venas.

Entró intentando calmarse para no alarmar a Tristán y depositó el cuerpo de su pequeño, el que cada vez sentía más caliente y frágil en la cama junto a su esposo, un sollozo escapó de sus labios cuando vio a Tristán abrir los ojos y preguntarle con la mirada lo que sucedía.

—Tiene fiebre —susurró muy bajo para que su hijo no escuchara el miedo en su voz y fuera a empeorar.

Tristán palideció de inmediato y sintió cómo el corazón se le detenía un instante para después comenzar a latir preso de la desesperación que lo colmó en solo segundos. Se irguió en la cama junto a su hijo, quedando, sentando y sin siquiera pensarlo lo tomó en brazos para arrullarlo contra su pecho, el pequeño suspiró de manera cansada y él no pudo contener las dos gruesas lágrimas que escaparon de sus ojos y bajaron por sus mejillas.

—Vas a estar bien Dorian… papá te lo promete, vas a estar bien —pronunció deseando con todas sus fuerzas que esas palabras se hicieran una realidad, atrajo a Pandora a su cuerpo envolviéndole los hombros con un abrazo y le besó la frente—. Te juro que él estará bien, va a estar bien Pandora… va a estar bien —repitió como si intentara conjurar esas palabras para mantener a su familia a salvo.

Todos los doctores de cabecera de los condes visitaron la recámara de los esposos para examinar al pequeño, dos de ellos habían tenido contacto con varios enfermos con la Peste y casi podían asegurar que lo que el niño tenía no era esa enfermedad, pero la paranoia hizo de las suyas cuando la noticia comenzó a rodar por los pasillos y pronto todos dentro del castillo temían lo peor, las mujeres se reunieron en la capilla para orar por el bienestar del pequeño vizconde y los hombres se lamentaban de la noticia.

—¿Acaso le resulta muy complicado decirnos qué es lo que tiene nuestro hijo? —demandó Tristán con la autoridad que ser el señor de esas tierras le brindaba mientras miraba de manera severa al anciano que se estrujaba las manos con el ceño fruncido—. ¡Por Dios, doctor díganos algo! —gritó haciendo que todos los que se hallaban en la habitación se sobresaltaran.

—Tristán —susurró su esposa mientras posaba su mirada ahogada en lágrimas en la de él, pidiéndole un poco de tranquilidad.

Ella también se sentía devastada al ver a su hijo tendido en esa cama mientras la fiebre solo aumentaba y aumentaba, la situación había empeorado en las últimas horas. Dorian había vomitado un par de veces y aunque eso no era un síntoma propio de la enfermedad, solo aumentaba la angustia en sus padres.

—Mi lord, seis doctores estamos reunidos para velar por el bienestar del vizconde, todos nuestros esfuerzos están puestos en descubrir lo que le sucede y atacar con rapidez cualquiera que sea la enfermedad que lo aqueja —pronunció el médico con cautela.

Tristán atajó las palabras que bullían en su garganta y le dio la espalda para no estallar en ese momento, sus deseos eran decirle que le importaba un demonio si se estaban esforzando o no, que él necesitaba que le aseguraran que Dorian estaría bien, pues las buenas intenciones no salvaban vidas, había visto morir a muchos niños en cuestión de días en las garras de esa maldita Peste y el solo hecho de pensar que también podía perder al suyo lo llenaba de impotencia.

Pandora conocía tan bien a su esposo que supo de inmediato el sentimiento que lo embargaba,

así que para aligerar la situación pensó que lo mejor era pedirles a los doctores que salieran de la habitación y le dieran un poco de espacio. Ella confiaba más en la fuerza de Dios que en lo que los hombres podían hacer y si su hijo era salvado no sería por lo que ellos pudieran ofrecerle.

—Les agradecemos mucho todos sus esfuerzos y sus consejos doctor, yo me quedaré velando el sueño de mi hijo toda la noche y si surge algo se los haré saber de inmediato —pidió en un tono amable mientras los veía a los ojos agradeciéndoles además con la mirada.

Los hombres se retiraron y ella se quedó en la habitación junto a su esposo, su hijo y dos criadas que se encargaban de mantener las compresas de agua en la frente de Dorian para impedir que la fiebre siguiera subiendo, así como mantenían húmedos sus labios para que no se fueran a cuartear ante las altas temperaturas.

—Siento mucho actuar como un irracional Pandora —susurró Tristán cuando sintió que su esposa lo abrazaba por la espalda.

—Comprendo cómo te sientes mi amor, pero necesito por favor que seas fuerte… necesito que mantengas la fe —pidió entre lágrimas.

—No, Pandora no llores. —Le pidió con un nudo cerrándole la garganta y sus ojos colmados de llanto también mientras le acunaba el rostro a su esposa—. Te prometo que seré fuerte mi amor, lo seré por ti y por Dorian… por favor perdóname —suplicó dándole suaves besos en las mejillas, secando con sus labios los rastros que habían dejado las lágrimas.

Ambos se mantuvieron de rodillas orando junto a la cama donde el frágil cuerpo de Dorian luchaba contra el estado febril que lo envolvía haciéndolo temblar a momentos y castañear los dientes como si estuviera en medio de una nevada.

Pandora les pidió a las mujeres que les permitieran poner los paños húmedos sobre la frente de su bebé, le brindaba suaves caricias al tiempo que su mirada se perdía en el angelical rostro, recordando todas las sensaciones que vivió desde que supo que sería madre.

A la mañana siguiente cuando el alba apenas despuntaba, ella escuchó un leve murmullo que la fue sacando lentamente del estado de sopor donde se encontraba, seguía de rodillas apoyada con sus abrazos en la cama para evitar terminar en el suelo dormida como le había sucedido a su esposo desde hacía unos minutos.

Solo escuchó el sonido que hizo el pesado cuerpo de Tristán cuando se deslizó hasta la alfombra y la sosegada respiración que le indicaba que se había quedado dormido, mientras la de Dorian al menos ya no era afanosa como instantes atrás y la fiebre había comenzado a menguar, pero a ella el miedo no la abandonaba porque muchas veces las mejorías eran solo un velo que anunciaba que lo peor estaba por venir y eso destrozaba sus esperanzas.

—Mami —murmuró Dorian volviendo la mirada hacia ella.

De inmediato Pandora elevó el rostro y al ver que su hijo la miraba con los ojos abiertos, mostrando mejor semblante que la noche anterior, su corazón se llenó de júbilo y no tardó cinco segundos para incorporarse a la vez que extendía sus manos para tocarlo.

—¿Cómo te sientes mi príncipe? —preguntó en un susurro mientras le sonreía y le acariciaba la frente, apartando algunos de esos rizos rebeldes que había heredado de su padre y se le pegaban a la frente—. ¿Aún te duele la cabeza? —inquirió de nuevo tanteándola.

—No —susurró mientras negaba—. Pero tengo sed —dijo en un hilo de voz y suspiró sintiéndose cansado, como cuando corría mucho.

—Edith —pidió Pandora a la mujer que acudió de inmediato.

—Aquí tiene señora, está fresca la acabo de traer. —Le extendió un vaso que había servido, mirando con asombro que el niño mostraba mejoría—. ¿Quiere que vaya por uno de los doctores? —preguntó.

—Sí por favor, dile que Dorian despertó y ya no tiene fiebre —contestó con una sonrisa mientras le daba de beber a su hijo.

La mujer salió con rapidez de la habitación en compañía de la otra a la cual Pandora le había pedido que le indicara a la cocinera que le preparada un caldo a Dorian, no había comido nada desde la tarde anterior y había vomitado dos veces, por lo que debía tener el estómago sin alimento y si se encontraba débil, la enfermedad que tenía podía ganar terreno.

Pandora le secó los labios con cuidado y lo recostó de nuevo en la cama, acomodando las almohadas para que estuviera cómodo, después comenzó a llamar a su esposo para que despertara.

—Tristán … amor despierta, Dorian está bien… ha despertado —susurró dándole suaves besos en la mejilla, sin poder esconder la sonrisa que se había adueñado de sus labios.

Tristán parpadeó mostrando las preciosas gemas que tenía por ojos y aunque se encontraba un poco aturdido, primero por despertarse tirado en la alfombra y segundo por ver la felicidad de su esposa, solo le llevó unos segundos comprender lo que ocurría, se incorporó con rapidez sufriendo un leve mareo y subió a la cama para poder abrazar a su hijo.

Después de una hora los doctores habían llegado a la conclusión de que lo sufrido por el joven vizconde, solo había sido un daño estomacal por el exceso de algún dulce o alimento que no le había sentado bien; sin embargo, le indicaron reposo y que se mantuvieran atentos ante cualquier otro síntoma que pudiera mostrar, pues como muchos sabían algunas enfermedades eran traicioneras y el paciente siempre mostraba una leve mejoría antes de entrar a una etapa crítica.

∞∞∞∞

Nathaniel interrumpió el relato de Pandora, trayéndola de nuevo al presente cuando una duda que lo había asaltado con lo sucedido al niño lo torturaba, quizás ella no sabía que existía un poder en su interior y que fue gracias a eso que su hijo logró salvarse.

—Pandora, ¿no has pensado que tal vez tus poderes tenían que ver con que ustedes estuvieran a salvo? —planteó intrigado.

Ella se lo quedó mirando un instante para enfocarse de nuevo en el presente, había sido abstraída por sus recuerdos y ni siquiera recordaba a Nathaniel o el lugar donde estaba.

—No, en ese entonces yo no tenía nada que me hiciera distinta a los demás Nathaniel; sin embargo, eso utilizaron nuestros enemigos para atacarnos, usaron la “milagrosa” recuperación de Dorian para sembrar las sospechas entre las autoridades eclesiásticas.

—¿Cómo lo hicieron? —cuestionó, desconcertado.

—Con rumores, decían que yo había sido la única que había permanecido toda la noche despierta junto al cuerpo enfermo de mi hijo como sumida en un trance… Tergiversaron las palabras de mis empleadas para usarlas en mi contra y decir que yo había hecho una especie de conjuro para salvar la vida de mi hijo a cambio de otros niños que murieron semanas después en una de las poblaciones más apartadas del condado —indicó ella que comenzaba a sentir cómo el odio por aquellas acusaciones se removía en su interior.

—Pero… no comprendo, ellos no pudieron acusarte nada más por ello —acotó, furioso por las calumnias.

—Tal vez critiqué entre las personas más allegadas lo que hacía la Inquisición y cosas así ameritaban ser llevadas hasta los tribunales y ser sometidas a interrogatorio —explicó mirándolo para hacerle entender el yugo baja el que vivían.

—¿Por qué hiciste algo así? Se suponía que eras una mujer muy devota —inquirió él sin lograr entender del todo.

—Devota, pero no ciega, veía lo que ellos hacían como un ejemplo de barbarie. Nathaniel no era un secreto para nadie que muchos de los acusados pertenecían a familias acaudaladas a quienes se les confiscaban todos los bienes y se asesinaban en nombre de Dios… pero la verdadera razón era la ambición, eran los intereses de unos pocos que buscaban aprovecharse del caos que reinaba para apoderarse de fortunas o en nuestro caso, también cobrar venganza.

Lo vio asentir al tiempo que su mirada le mostraba que había comprendido su punto y eso la llenó de alivio, muchos aún seguían ignorantes de las atrocidades que cometieron algunos desgraciados que se decían defensores de las leyes de Dios cuando no eran más que unos malditos asesinos, ladrones y violadores.

—Precisamente fue eso lo que nos condenó a nosotros, la maldita avaricia de los Sagnier, una familia enemiga de la nuestra; su odio había comenzado desde el abuelo de Tristán quien les confiscó unos terrenos en cobro a una deuda de juego —decía cuando él la detuvo.

—Sé perfectamente de lo que hablas, mi padre tenía enemigos a montón, pero claro no puedo decir que se los haya ganado de gratis, el duque es un hombre que inspira más odio que amor —indicó él con conocimiento de causa, pues eso era lo que sentía por su padre. Vio que Pandora lo miraba con pena y se recompuso de inmediato deseando restarles importancia a sus palabras, lo último que deseaba era inspirar lástima—. Por favor continúa. ¿Cuándo iniciaron ellos el ataque hacia tu familia? —preguntó manteniéndole la mirada.

—¿Recuerdas la visión que tuviste? —inquirió mirándolo con cautela.

—¿En el estudio? —inquirió y ella asintió—. Sí, la recuerdo… Eran tú y Dorian, ¿verdad? —preguntó y Pandora afirmó de nuevo—. Estabas molesta… herida —dijo intrigado por la pregunta.

—No… eso fue lo que quise hacerte ver, pero la realidad fue otra —dijo bajando la mirada porque había empañado ese hermoso recuerdo, distorsionándolo para hacer sentir mal a Nathaniel.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó desconcertado.

—Por celos… Supongo que me molestaba ver la indiferencia con la cual me tratabas, no podía entender que tú no eras consciente de todo esto —expresó con sinceridad.

—Tienes una manera muy particular para hacer que te presten atención Pandora —susurró cerrando los ojos y suspirando con cansancio mientras se frotaba las sienes y al hacerlo esas líneas de expresión que tenía en la frente se hacían más visibles.

—Lo siento… no quería perturbarte de ese modo… me dejé llevar por lo que sentía. Esto tampoco es fácil para mí Nathaniel, no sé cómo actuar, ya no puedo ser sutil o considerada como antes… he intentado serlo, pero hay dos fuerzas luchando dentro de mí y no te imaginas lo agotador que es tratar de controlarlas…

Su voz se quebró al sentir que una oleada de lágrimas subía hasta su garganta y amenazó con ahogarla, se llevó una mano al relicario colgado de su cuello para apretarlo y pedirle fuerzas a su familia.

—Tranquila… no te pongas mal Pandora, supongo que todos tenemos debilidades y a pesar de todos los poderes que tienes sigues siendo humana, sigues cometiendo errores —esbozó para consolarla.

Quiso llegar hasta ella y abrazarla al verla tan desvalida, pero toda su vida le había costado mucho mostrarse cariñoso con los demás, solo una mujer había inspirado ese sentimiento en él y desde que la perdió, la ternura también se esfumó de su ser.

Buscó de inmediato aligerar la tristeza que se había apoderado del lugar, le pidió que continuara con su historia, quizás eso alejaba la pena que intentaban apoderarse de él a momentos.

# Capítulo 19

Tristán había viajado hasta el pueblo para llevar alimentos, todas las semanas reunía un cargamento para repartirlo a los más pobres que eran quienes más afectados se veían por la Peste. El comercio en la zona que había sido tan fructífero en los últimos años había decaído drásticamente, no solo porque quedaban pocos hombres sanos y fuertes para trabajar las tierras o pescar, sino porque muchos comerciantes se negaban a llevar cosas de la Provenza, decían que éstas podían estar contaminadas y extender la enfermedad por toda Europa, desatando así una pandemia como la sufrida siglos atrás.

Después de aquella traumática noche, donde pensó que perdería a su hijo a manos de la Peste, Dorian había mostrado una mejoría asombrosa, los doctores decían que el niño solo había tenido un cuadro alérgico o tal vez algún daño estomacal, que jamás se vio expuesto al virus que circulaba por la zona. Lo hacían sobre todo para acallar las habladurías de muchos que decían que su pequeño había sido salvado por la intervención de Dios o del Diablo, según quien lo mirase, estúpidos supersticiosos que siempre estaban tras la búsqueda de algo que le sirviera de excusa para todos los males en la tierra.

Pandora al no estar expuesta a los demás pobladores por permanecer siempre en el castillo a pedido suyo, no estaba al tanto de todo eso y él les había prohibido a todos que hablaran del tema en presencia de su esposa; sin embargo, la creciente ola de rumores comenzaba a preocuparlo y a sus asesores también. Incluso le sugirieron asistir junto a su familia a un Acto de Fe, para demostrar que su lealtad a la Iglesia era inquebrantable.

—No pienso exponer a Pandora a algo como eso Charles… es una atrocidad —decía mientras avanzaba sobre el lomo de su gran corcel blanco rumbo al castillo.

—Tú eres el señor de estas tierras Tristán, debes mostrar respeto y apoyo a las autoridades de la Inquisición —acotaba el anciano.

Charles casi había criado a Tristán, desde que su padre murió el chico quedó prácticamente sin nadie en el mundo ya que su madre había muerto a causa de fiebres muy altas cuando él apenas tenía cinco años y la vida terminó de ensañarse con él cuando siete años después también perdió a su progenitor tras un accidente.

Quedó a cargo de su tío el duque Louis François Corneille, quien no consideró nada mejor que hacer con el joven que dejarlo en las manos de uno de los mejores tutores de toda Francia y en las tierras que pertenecieron a sus padres, de esa manera él podía ir instruyéndose para honrar el título de Conde de Provenza que había heredado a la edad de doce años, en lugar de perderse entre casas de juegos y burdeles como muchos otros jóvenes nobles, quienes se trasladaban a París y empeñaban hasta el apellido.

—¿Acaso no lo he hecho ya Charles? —preguntó asombrado ante la acotación de su asesor—. No solo he sido respetuoso y les he mostrado mi apoyo, también he sido excesivamente generoso… La casa que ocupa el Inquisidor es una de mis mejores propiedades —señaló sintiéndose molesto.

—Tengo conocimiento pleno de ello Tristán, pero los rumores que se han desatado en torno a lo sucedido con Dorian serían aplacados si haces acto de presencia junto a tu esposa cuando las condenadas sean llevadas a la hoguera en el próximo Acto de Fe —indicó sin querer ceder en su postura, solo buscaba el bienestar de la familia porque consideraba a Tristán como a un hijo.

—Acabas de decir que yo soy el señor de estas tierras. ¿No es así? —inquirió mirándolo con seriedad, vio que el hombre movía la cabeza en un gesto rígido para asentir—. Entonces como señor de estas tierras tengo la potestad de decidir qué hacer y qué no, a dónde voy o a dónde no con mi mujer y si digo que no haré pasar a Pandora por el horror de ver cómo asesinan a esas desdichadas jóvenes de la manera más cruel que pueda existir ¡No lo haré! Es una decisión tomada y espero que la respetes —pronunció en un tono de voz que no admitía réplicas mientras miraba al hombre con severidad.

—Como usted diga mi lord. —Charles adoptó su papel de asesor de Tristán, dejando de lado ese de padre que a momentos deseaba ocupar en la vida del joven.

—Perfecto —señaló Tristán y salió a todo galope sobre su montura, desbordando ambos poder, decisión y fortaleza.

Sus ojos captaron la bandera con el escudo de los Corneille, ondeando suavemente sobre la almena principal, llenando su pecho de orgullo y seguridad, no dejaría que nadie tocara a su familia ni mucho menos pasara por encima de la autoridad que ser el Conde de Provenza le brindaba, se haría respetar.

Después de dejar en el establo a su caballo, se dirigió hasta el jardín donde pudo ver desde la distancia que se encontraban su mujer y su hijo. Ella lucía hermosa como siempre, sonreía llena de felicidad al ver los intentos que hacía Dorian por quitarse de encima al inquieto cachorro de Beagle que le había regalo por su cumpleaños número seis, hacía apenas una semana; atraído por ese maravilloso cuadro caminó hasta ellos.

A pesar de estar cansado por el viaje se unió a su familia para compartir con ellos un rato, tantas ocupaciones lo habían mantenido alejado de los seres que más amaba en la vida.

—Hola —susurró a Pandora mientras se sentaba tras ella en la hierba y la rodeaba con sus brazos para después besarla en el cuello.

—Hola, mi amor —esbozó ella volviéndose para mirarlo y regalarle una sonrisa radiante, de esas que eran únicamente para él—. ¿Cómo te fue? —preguntó, acariciándole el rostro para alejar el gesto de cansancio que tensaba los hermosos rasgos de su esposo.

—No pudimos hacer mucho, nos tocó dejar la carreta con los alimentos cerca del puerto porque han puesto en cuarentena el lugar —contestó sin poder ocultar el descontento que algo así le causaba.

—¿Tanto ha empeorado la situación? —inquirió alarmada.

—Sí, aunque yo sigo pensando que exageran… En la villa hay personas que están sanas y aislarlas de esa manera es condenarlas a la Peste. —Dejó libre un suspiro profundo y acarició los nudillos de los dedos de su esposa—. Al menos espero que la comida que dejamos les alcance para subsistir un par de semanas mientras busco la manera de anular esa estúpida orden que ha dado el general. A veces siento que de nada me vale tanto poder ni ser el dueño de este lugar… Los hombres empiezan a hacer lo que se les da la gana y a desconocer mi autoridad —confesó con enojo desviando la mirada.

—Tristán … amor no debes sentirte así, tú estás haciendo todo lo que está en tus manos por mantener el orden y la paz en Marsella, otro en tu lugar ya se hubiera refugiado en París… ¿Sabes algo? —dijo, tomándole el rostro para hacer que la viera a los ojos—. Todo esto que estás haciendo es admirable y hace que cada día me enamore más y más de ti, me has demostrado que eres un hombre valiente y bondadoso… no veas eso como una debilidad por favor porque no lo es; por el contrario, te estás ganando el respeto y el amor de todos los pobladores… Deja que los extranjeros crean que tienen el poder, cuando todo esto termine ellos se marcharán de aquí y tú tendrás de nuevo la libertad que tanto ansías ahora, pero además tendrás el cariño y la lealtad de

cada persona en este lugar —mencionó con ese tono de voz dulce y calmado que siempre le entregaba a su esposo.

Solo las palabras de Pandora podían alejar de él todas las dudas y la impotencia que lo embargaba cada vez que salía de ese lugar, a veces deseaba hacer como muchos otros, irse a París con su familia y dejar al condado a su suerte, después que todo pasara volvería para reconstruir desde las cenizas; sin embargo, esa idea solo revoloteaba en su cabeza cuando se sentía frustrado pero nunca había hecho nido, Marsella era su hogar, el único que había conocido desde que nació y jamás lo dejaría a su suerte.

Él se llevó las manos de Pandora a los labios para besarla con devoción, cerrando los ojos mientras agradecía al cielo por haber puesto en su camino a la mujer más maravillosa que existía sobre la tierra. Como siempre ella lo sorprendía siendo más cariñosa y comenzó a besarle el rostro, dejando caer tibios besos que eran como roce de un pétalo de rosa, suaves y extraordinarios.

—Ha crecido tan rápido —dijo refiriéndose a su hijo, minutos después, cuando la angustia había pasado por completo.

—Tiene de quien heredarlo, tú eres muy alto —acotó sonriendo.

Él sonrió como siempre lo hacía para Pandora, una sonrisa que llegaba hasta su mirada, la abrazó con fuerza hundiendo su rostro en la suave cabellera castaña, que ella lucía suelta desde que él le dijo que le gustaba verla así, sus manos viajaron a la cintura de su esposa acercándola más a su cuerpo.

—Deberíamos darle una hermana… Deseo que tengamos una niña tan hermosa y dulce como su madre —expresó, apoyando la barbilla en el hombro de Pandora mientras suspiraba embriagado por el delicioso olor a jazmín que brotaba de ella.

—Estaría encantada de complacerlo Conde, nada me haría más feliz que darle todos los hijos que me pida —susurró, rozándole los labios mientras sonreía, mostrándose feliz.

Aunque tenían ya siete años de casados, después del nacimiento de Dorian, ellos habían decidido esperar para concebir otro bebé, las razones para ello fueron las complicaciones que mostró Pandora con su embarazo, los primeros meses debió pasarlos en cama pues había estado a punto de perder a la creatura, algo muy común entre las primerizas le aseguraban los doctores.

Ella se aferró a su hijo y lo mantuvo durante los nueve meses de gestación, cuando al fin llegó el momento de traerlo al mundo, tuvo que sufrir los dolores de las contracciones durante casi dos días, lo que hizo pasar a su esposo por la más cruel de las angustias al pensar que podía perderlos a ambos, al final Pandora reunió todas sus fuerzas para entregarle a un hermoso varón, su primogénito.

—¿Le parece bien Condesa si empezamos ahora? —sugirió, deslizando sus manos por el torso de ella, rumbo a los senos.

—¿Ahora? —preguntó en medio de un jadeo ahogado al sentir las poderosas manos de Tristán apoderarse de sus senos, con esa exquisita manera que tenía de tocarla.

—Sí, ahora —susurró él mientras rodaba en la hierba para acortar la distancia entre ambos y hacerle sentir a Pandora cuánto lo había despertado esa cercanía con ella—. ¿Qué me dice Condesa? ¿Desea complacer a su esposo en este instante? —murmuró contra la piel tersa y cálida del cuello de su esposa al tiempo que sus manos iniciaban el festín acariciando los turgentes senos.

—Deseo complacerte en este instante y toda la vida —susurró ella girando su rostro y pidiéndole con ese gesto que la besara.

Tristán tomó sus labios con intensidad, pero al escuchar los ladridos del cachorro y ser

consciente de la presencia de su hijo cerca de ellos, fue bajando el ritmo poco a poco, quedando solo en toques tiernos y húmedos que igual avivaban el deseo en su cuerpo. La hizo poner de pie sosteniéndola por la cintura al ver que las piernas de su esposa flaqueaban, eso lo hizo esbozar una sonrisa cargada de picardía y la acercó de nuevo para besarla.

—Dorian, tu mamá y yo regresaremos al castillo, ¿vienes con nosotros o te quedarás aquí? —preguntó a su hijo, su lado paternal se impuso, no podía solo marcharse dejándolo allí.

—Adentro no me gusta… es aburrido —contestó el niño frunciendo los labios y el ceño, ese gesto tan parecido a los que él hacía cuando no estaba de acuerdo con algo.

—Bien, podrás seguir jugando, pero procura no alejarte mucho —decía cuando Pandora lo interrumpió.

—No quiero que se quede solo… y ya ha recibido mucho sol —indicó disponiéndose a ir por su hijo.

—No le pasará nada, le avisaremos a su niñera para que lo vigile; además, lo mantuviste encerrado por dos semanas en la casa, déjalo que disfrute un poco del aire fresco y del sol, Pandora —pidió mirándola a los ojos para alejar la preocupación de ella.

Pandora se mordió el labio inferior analizando las palabras de su esposo y después de varios segundos afirmó con la cabeza cediendo, ante la petición. Él le entregó esa sonrisa radiante que aún después de siete años de casados despertaba un montón de cosquillas en su estómago y ponía a su corazón a latir como el galope de un caballo.

Tristán la tomó de la mano y caminó con ella hacia el castillo, antes de subir las escaleras les informaron a dos guardias y a la niñera que el niño había quedado solo en el jardín para que estuvieran al pendiente mientras su esposa y él subían a la habitación para descansar un par de horas, aunque lo que en realidad harían saltó a la vista de muchos cuando él la tomó en brazos a mitad de las escaleras y ahogó la exclamación de sorpresa de ella con un intenso beso que mantuvieron hasta que entraron a su recámara y cerraron la puerta dejando fuera de esta a ese mundo caótico que los rodeaba.

Sus cuerpos se unían con la maestría y la cadencia que los años de casados les brindaban, dejando de lado las suaves sábanas de algodón tal como hicieron desde la primera vez que se entregaron, el pudor no tenía cabida en ese espacio que creaban cuando hacían el amor.

Pandora se había acostumbrado a ver a su esposo desnudo, disfrutaba de la imagen del glorioso cuerpo de Tristán, de recorrerlo con sus manos, con sus labios y deslizarse con el suyo desnudo sobre el de su esposo, tampoco se cohibía en mostrarse ante él como Dios la trajo al mundo. Había aprendido junto a Tristán que no había nada de malo en ello, que siendo marido y mujer era tan natural como respirar, pero mucho más satisfactorio.

Tristán se esmeraba como siempre en darle placer a Pandora a manos llenas, viajando a cada rincón de ese cuerpo que era un templo para él, pues lo adoraba con locura, con devoción. Desde que ella comprendió que el acto de entregarse no tenía por qué limitarse nada más a la concepción de un hijo y se puso en sus manos, ambos le dieron riendas sueltas al placer. Encontrando cosas nuevas y maravillosas, incluso para él que ya tenía experiencia, había descubierto junto a Pandora que el amor hacía que todo fuera especial, distinto y extraordinario, ella le dio un nuevo sentido a su mundo, en todos los aspectos.

Ella hundía sus dedos crispados en las suaves almohadas de plumas mientras sentía cómo el cuerpo de Tristán invadía el suyo estocada tras estocada, el pecho caliente y fuerte de él resbalaba sobre su espalda producto del sudor que los cubría mientras los gemidos guturales que brotaban a momentos de los labios de su esposo se ahogaban en la piel de su nuca, la misma que se erizaba cada vez que él separaba sus labios para brindarle una caricia con esa ágil y pesada

lengua que se había convertido en una de las mejores armas de seducción que Tristán poseía.

Sin embargo, era el músculo que se deslizaba entre sus piernas el que en verdad la enloquecía, el que nunca tendría rival. Su esposo podía despertar su cuerpo de tantas maneras, con su boca, con sus manos; no obstante, al final ella terminaba rogando porque fuese su hombría la que le abriera las puertas del paraíso, podía tener muchas explosiones durante sus encuentros, pero si no sentía la esencia de su marido colmándola, la satisfacción no era completa.

—Pandora —murmuró él con la voz áspera, por esa presión que sentía en el pecho, anunciándole que estaba cerca.

Ella no consiguió su voz para responder, solo podía sentir cómo su cuerpo se elevaba a cada segundo que pasaba, hundió su rostro entre las almohadas para ahogar el jadeo que se liberó de su garganta con tanta fuerza que supo de inmediato que terminaría afónica después de eso, se contrajo en torno a él para llevarlo con ella.

Tristán hundió sus dedos en la delicada piel de las caderas de Pandora mientras se tensaba como la cuerda de un arco a punto de soltar la flecha, su cuerpo comenzó a liberarse entre espasmos que lo recorrían de pies a cabeza, bocanas de aire tibio escapaban de sus labios que se encontraban pegados a la nuca de su mujer y mantuvo los ojos cerrados mientras sentía el mundo girar más rápido.

Él se movió minutos después para rodar sobre su espalda y evitar que su peso la oprimiera, pero no se separó del todo, con cuidado la atrajo a su cuerpo para hacer que descansara sobre su pecho. No podía evitar sonreír al ver el rostro arrebolado y esa maravillosa sonrisa que mostraba Pandora después de cada entrega, esa expresión que le hinchaba el pecho de orgullo y esa mirada de amor que le dedicaba lo hacía sentir el hombre más afortunado sobre la tierra.

—Te amo —susurró ella deslizando su nariz por el fuerte músculo pectoral, que se mostraba tan atractivo bajo la bronceada piel.

Tristán posó un par de dedos bajo la barbilla de Pandora para hacer que lo mirase, ella parpadeó como hechizada por el brillo que debía tener su mirada en ese instante, eso lo hizo sonreír y despacio se acercó para rozar sus labios con los de ella en un toque tierno.

—Te amo más —expresó mirándola a los ojos y como recompensa a sus palabras recibió otro beso.

Pandora interrumpió los besos al no poder controlar su risa, escondió el rostro en el cuello de Tristán al recordar que toda la energía empleada por su esposo no tendría efecto porque ella se estaba cuidando para no salir embarazada.

—¿Qué te divierte tanto? —preguntó Tristán intrigado por su reacción al tiempo que buscaba los ojos de Pandora.

—Espero que no te desilusiones si te digo que no me he quedado embarazada —comentó y su voz mostraba un pesar que sus ojos no—. Sigo cuidándome… quizás en un par de semanas.

—¿Y me lo dice ahora Condesa? ¿Después de que he puesto tanto esfuerzo en concebir a esa preciosa niña que quiero de hija? —preguntó él mirándola con fingido asombro.

—Es… es que usted no me dejó hablar señor Conde. —Se excusó y esta vez la picardía bailaba en sus ojos grises.

—Creo que se ha ganado un castigo mi lady —pronunció en tono amenazante y su mirada se había tornado más oscura, felina.

—No ha sido mi culpa… —Intentó defenderse, pero la sonrisa que él le dedicó acalló sus palabras, tragó en seco al verlo ponerse de rodillas y acercarse a sus senos.

Su cuerpo recibió dos poderosos azotes de placer cuando Tristán succionó con fuerza sus pezones y antes de que pudiera reaccionar o decir palabra, volaba en los brazos de su esposo,

quien la instó con una mirada a que lo rodeaba con sus piernas y caminó con ella hacia el baño mientras compartía una sonrisa cómplice.

—Bueno mi señora Condesa, dicen que la práctica hace al maestro, así que le propongo que practiquemos mucho antes de que su cuerpo esté listo para llevar a nuestra hija, ¿qué me dice? —preguntó con una sonrisa radiante.

—Acepto su propuesta señor Conde —mencionó compartiendo el mismo gesto de él con la mirada desbordando felicidad mientras era encaminada hacia el gran cuarto de baño en los fuertes brazos de su esposo, quien de inmediato comenzó a dejar caer suaves toques de labios en todo su rostro, haciéndola sentir la mujer más dichosa de todo el mundo.

∞∞∞

Pandora se había sumido en un prologando silencio, desde ese instante cuando comenzó a recordar lo que fue hacer el amor con Tristán sintiéndose completamente feliz y plena, sin tener amenazas que pesaran sobre su cabeza, sin preocupaciones o ese amargo sabor que la invadió aquella noche cuando Tristán la hizo su mujer por última vez, cuando el desespero y el dolor de no saber lo que les depararía el destino hizo que el placer se transformara en angustia y los sollozos no fueran de goce, ni su liberación una explosión de emociones, sino un grito agonizante que rogaba al cielo para que los mantuviera unidos de esa manera para siempre.

Las lágrimas bajaban pesadamente por sus sienes, perdiéndose en la espesa cabellera negra, lloraba en completo silencio, no había sollozos, no había lamentaciones ni gritos desgarradores como tiempo atrás, solo estaba esa pena que era tan grande y pesada, ésa que se había convertido en su mortaja, ella había muerto también aquella fría noche cuando perdió a las dos razones de su vida.

—Pandora.

Nathaniel la llamó preocupado por ese inusual silencio que se había apoderado de ella, supuso que estaría recordando algún episodio que solo le pertenecía a ella y a su esposo, pero al ver el dolor que había cubierto su semblante quiso traerla de regreso, impedir que siguiera martirizándose con recuerdos.

Ella abrió los ojos y posó su mirada en él, una mirada que mostraba un profundo dolor, quiso ponerse de pie y llegar hasta ella para abrazarla, buscar la manera de consolarla ya que no soportaba la presión que le causaba en el pecho verla así.

—Necesito irme… —esbozó Pandora poniéndose de pie.

—¿A dónde? —inquirió Nathaniel levantándose para ir tras ella al ver que se dirigía hacia la ventana, la tomó del brazo al ver que no se detenía—. Pandora, por favor espera —pidió con la voz ronca por todas esas sensaciones que lo recorrían cada vez que la tocaba.

Ella negó con la cabeza pues el nudo que le cerraba la garganta le impedía hablar, bajó la mirada sintiéndose incapaz de seguir controlando sus lágrimas y tembló entera cuando Nathaniel la tomó de la barbilla para que lo mirara a los ojos, justo como hacía Tristán cuando la veía triste, sintió que el alma se le caía al piso.

Se abrazó con fuerza a él en un desesperado intento de alejar todo el dolor que llevaba dentro, rogando que él la reconociera, que la llamara Condesa y le prometiera que estaría a su lado siempre. Apoyó su frente en la de Nathaniel y sus labios quedaron muy cerca, tanto que sus alientos se confundían y el deseo despertó dentro de ella con contundencia porque no solo anhela al esposo que se desbordaba en ternura, a su compañero, también quería tener junto a ella al

amante, a ése que la volvía loca entre besos y caricias.

Nathaniel se sentía atraído por una fuerza tan poderosa que le tenía la mente nublada, era el tibio aliento de Pandora, la suavidad de su piel, ese olor a jazmín que brotaba de sus poros, era todo en ella lo que lo atraía como la luz a la polilla. Deslizó su mano por la cintura de la mujer junto a él en una caricia lenta, una mezcla entre el consuelo que deseaba brindarle y la insinuación que su instinto masculino le exigía, la sintió tensarse por lo que se detuvo.

Pandora buscó los ojos de Nathaniel y aunque eran idénticos a los de su esposo, la mirada que se reflejaba en ellos no era igual a la que Tristán le entregaba, eso aumentó el dolor que llevaba en el pecho y escapó de la mirada de él cerrando los párpados, alejándose del abrazo que tampoco se sentía como los de su esposo.

—Yo… —Nathaniel intentó hablar, justificar lo que había hecho y pedirle que se quedara, no había actuado buscando seducirla.

Ella negó una vez más con la cabeza callando sus palabras y antes de que él pudiera siquiera darse cuenta se desvaneció de entre sus brazos, dejando no solo el espacio vacío frente a él, sino también en su pecho y un sentimiento de angustia que lo hizo correr al ventanal. La buscó en el cielo, pero no había rastro de ella, solo espesas nubes que cubrían la luna y amenazaban con dejar caer una tormenta de proporciones épicas en ese lugar.

No se equivocaba, cinco minutos más tarde se vio obligado a cerrar las hojas de la ventana cuando gruesas gotas comenzaron a estrellarse contra su cuerpo, haciéndolo estremecer ante la fuerza con la cual caían y el frío que traían consigo.

Pandora subió hasta la azotea para poder liberar su pena con libertad, no le gustaba mostrarse vulnerable delante de nadie, ni siquiera de Nathaniel Gallagher quien se había convertido en una especie de confidente para ella. Elevó el rostro al cielo dejando libre un grito que llegó hasta el cielo, las nubes se desgarraron dejando caer sobre ella una torrencial lluvia, que bien podía compararse con el diluvio que sentía en el alma en ese instante.

Se dejó caer de rodillas llevando sus manos al pecho, allí donde colgaba el relicario con la imagen de Tristán y Dorian, se estremecía azotada por los sollozos y el dolor que se hacía más grande a cada minuto, abarcando todo en su interior. Sentía cómo la oscuridad se cernía sobre ella una vez más aplastándola con su peso y regresándola a la nada donde se encontraba desde que los había perdido.

—Ya no puedo más… no puedo más Tristán , estoy tan cansada, no hay nada en el mundo que detenga este dolor… Por favor, dime qué hago con todo este amor que siento, dime qué hago con todo lo que tengo aquí guardado dentro del pecho.

Pandora hablaba con los ojos cerrados y el rostro elevado al cielo, dejando que las gotas de la lluvia helada se confundieran con su llanto, temblando de dolor y no de frío. Como siempre sucedía, no recibió una respuesta y eso la hizo desplomarse sobre el suelo, quedando tendida mientras se estremecía a causa de los sollozos que parecían romperle la garganta.

Lloró con la desesperación de sentirse completamente sola y vacía en este mundo, con la certeza que nada de lo que hiciera podía devolverle a su familia, que ya nunca más sería feliz como lo fue antes y en ese momento, como en muchos otros, deseó con todas sus fuerzas que la vida la abandonara y acabar de una vez con esa pena que era insoportable, entregar su alma y acabar en el infierno si ese era su destino, pues sabía que no podía existir uno peor que ése que estaba viviendo, en el que había estado por casi dos siglos.

Después de un rato cuando consiguió calmarse, consciente una vez más de que sus ruegos no serían escuchados, decidió regresar con Nathaniel, le había prometido contarle todo y lo haría, después de eso desaparecería de la vida del pintor, lo dejaría para que buscara su propio camino

y su felicidad.

Su cuerpo empapado de agua atravesó la hoja de cristal y en cuanto su pie se posó en la madera del piso, ya se encontraba completamente seca, como si no hubiera estado durante horas bajo la tormenta que seguía cubriendo la ciudad. Su mirada se topó con el cuerpo de Nathaniel que se encontraba profundamente dormido en el sofá, no quiso despertarlo, sabía que ya lo había agotado mucho y ella tampoco se encontraba en condiciones de seguir hablando.

—Ven, será mejor que esta noche descanses y mañana terminaremos con todo esto —susurró levantándolo para apoyarlo en su cuerpo y llevarlo hasta la cama, no le costaba esfuerzo hacerlo.

Lo tendió con cuidado para no despertarlo y no pudo evitar que su mirada se quedara anclada en ese bello rostro, que era idéntico al que vio muchas veces antes de dormirse o en las mañanas al despertar.

—Ya no sé si la vida está siendo cruel o generosa conmigo Nathaniel, no sé si ponerte en mi camino haya sido una especie de castigo por todo el mal que he causado o una recompensa a todo el sufrimiento que he vivido —esbozó acariciándole la frente, dejando que sus dedos rozaran el sedoso y rizado cabello cobrizo.

Se rindió dejando escapar un suspiro cansado, ante eso que su cuerpo y su alma pedía, sin analizar si todo fuera peor después solo se lanzó al vacío y terminó tendiéndose junto a Nathaniel, acostándose a su lado mientras lo rodeaba con su brazo y descansaba la cabeza sobre el fuerte pecho, que era exactamente igual a como lo recordaba.

Ya en ella no existía la capacidad para dormir, debía estar siempre alerta y sumirse en el sueño la hacía vulnerable, por ello dejó de hacerlo en cuanto obtuvo sus poderes y en ese instante lo agradecía porque podría disfrutar de esa cercanía que tenía con él por mucho más tiempo, dejándose envolver por la quimera de creerlo su esposo, se concentró en escuchar el ritmo de cada latido de su corazón y cerró los ojos mientras creaba un muro que mantuviera el dolor lejos.

# Capítulo 20

La mirada bañada en lágrimas que mostraba toda la amargura y el resentimiento que Sarah llevaba dentro, se perdía en el modesto jardín de la casa que ocupaba junto a su madre en esa ciudad. Después de haberse criado prácticamente en un palacio, le tocó trasladarse hasta esa pocilga que odiaba.

Todo por el maldito vicio de su padre, por no haber pensado en el futuro de sus dos hijas, quizás le estaba cobrando a su madre que no le diera un hijo varón, pero el colmo de todo fue la incapacidad de ésta para hacerle frente a los chismes que se desataron tras el suicidio del miserable cobarde, dejándolas en la ruina y ahogadas en deudas.

Por lo menos su hermana menor se había casado con un caballero adinerado que la tenía viviendo como a una reina y de vez en cuando les ayudaba con los gastos que ambas generaban, pero ni por error las aceptó bajo su techo, ella también se avergonzaba de su pasado y de las dos cargas en las que se habían convertido.

Después de ser la maravillosa y admirada Sarah Greenwood, cuya belleza había hechizado a decenas de caballeros, se había tenido que resignar a internarse allí y depender de un hombre que apenas sí le dedicaba una mirada, quien era su prometido ante la sociedad pero que en la soledad de sus vidas no hacía más que despreciarla una y otra vez, quien se paseaba por Nueva York con una amante distinta cada día, como si creyera que por estar encerrada allí no pudiera enterarse.

Se encontraba tan harta de esa situación que no sabía si había valido la pena separarlo de la estúpida de Rosemary y jugarse todas sus cartas para tenerlo junto a ella. El desprecio de Nathaniel la hería todos los días un poco más y a menudo se decía que lo que él hiciera no debía afectarla, pero fallaba desastrosamente pues siempre terminaba como en ese instante, llorando por un amor que jamás había dejado de ser inalcanzable, ni siquiera estando a su lado.

—Juro que quisiera odiarte con la misma fuerza con la cual te amo —esbozó en medio de un sollozo, llevándose una mano al rostro para secar el llanto—. Pero no puedo hacerlo… no puedo hacerlo Nathan, vas a tener que hacer mucho más que dejarme relegada en este rincón para librarte de mí, vas a tener que hacer mucho más que humillarme ante todo el mundo acostándote con esas sinvergüenzas que llamas “admiradoras” para obtener tu libertad —dijo en medio del dolor y la rabia que el abandono de él le provocaba.

Caminó con el irregular andar que le había quedado después de aquella maldita caída, de nada valieron todos los doctores que contrató su tío el duque de Lancaster, ni los dolorosos tratamientos a los cuales se sometió, jamás volvería a caminar como antes, se había vuelta una infeliz coja por culpa de Rosemary White, por eso la detestaba, ya ni siquiera le importaba si Nathaniel en verdad seguía enamorado de ella, su odio iba más allá, su odio era porque le había arruinado la vida.

Ningún hombre se volvería a mirarla, mucho menos la aceptaría como esposa porque era una maldita coja, así que ellos dos debían pagar por su desgracia, Nathaniel debía quedarse a su lado para siempre, no lo dejaría libre nunca para que se fuera tras ella.

El infierno que vivían sería compartido por los tres, aunque quizás la estúpida de Rosemary había conseguido olvidarlo y ser feliz junto a otro hombre, a lo mejor ella sí disfrutaba de los placeres de la vida, mientras ella debía soportar que Nathaniel la engañara con cuanta descarada se le pasara por enfrente.

—¿Hasta dónde has llegado Sarah? —se preguntó de repente al comprender que quizás todo eso no tenía sentido.

Si Nathaniel no había hecho el intento de buscar a Rosemary debía tener un motivo que se lo impedía y dudaba que ese motivo fuera ella, ya le había dejado en claro que sus sentimientos no le importan en lo más mínimo, que ella solo era una carga para él.

—¿Será acaso que ella ya se casó y por eso él no la ha buscado? Y si eso es así… ¿Piensas seguir humillándote por un poco de atención de ese hombre que sigue amarrado al recuerdo de otra? ¿Que no te ama?… ¿Tan estúpida eres Sarah? —Se cuestionó una vez más, suspirando, sintiéndose cansada y desolada.

No obstante, retomó su postura, puede que Rosemary haya hecho su vida y sea feliz, en ese caso no podía hacer nada, pero todavía le quedaba Nathaniel y la posibilidad de tener una vida al lado del hombre que amaba, mientras estuviera junto a ella mantendría la esperanza, conseguiría que la amara y la deseara, algún día lo haría.

—Él es tuyo y no será nunca de nadie más… Puedes soportar su indiferencia, sus infidelidades, después de todo tu madre también tuvo esa misma suerte y se mantuvo como la señora Greenwood durante veinte años, tú lo harás también. Serás la señora Gallagher y cuando el duque muera podrás volver a tener todo de nuevo, regresarás a Londres, serás ama y señora de una propiedad hermosa… lo tendrás todo y Nathaniel tendrá que hacerte su mujer, es su obligación tener hijos, así que tarde o temprano será tuyo.

La determinación que mostraba era casi enfermiza, habían pasado diez años desde que se obsesionó con Nathaniel Gallagher y en ese tiempo no había recibido ni siquiera una muestra de aprecio por parte del joven, solo su hiriente indiferencia, pero aun así no desistiría en su objetivo, no podía hacerlo porque no le quedaba más que aferrarse a lo único que tenía seguro.

Se limpió las lágrimas mientras sonreía sintiéndose esperanzada por milésima vez, como si no hubiera vivido el mismo episodio muchas veces antes. Estaba dispuesta a lo que fuera con tal de mantener a Nathaniel a su lado, incluso a costa de su felicidad.

∞∞∞

Nathaniel se despertó en su cama, removiéndose entre las suaves cobijas que cubrían su cuerpo y le brindaban la calidez de la cual carecía el ambiente en el exterior. La fuerte tormenta de la noche anterior se había quedado solo en una leve llovizna que bañaba la ciudad creando un aura húmeda, fría y gris sobre la misma.

—Buenos días. —Pandora lo saludó desde el sillón donde se encontraba cuando lo vio que comenzaba a despertar.

Hasta hacían instantes se encontraba acostada junto a Nathaniel, disfrutando de la calidez y el aroma que brotaba de su cuerpo, estando a su lado sin más intención que sentir su presencia cerca de ella, la lujuria que la había invadido horas antes cuando estuvo tan cerca de besarlo, ya no estaba presente, había abierto los ojos a su verdad.

—Buenos días, Pandora.

Su voz mostraba el efecto de las horas de sueño, se llevó la mano al rostro para frotarlo y alejar la pesadez que sentía al mover los músculos, retiró la cobija que lo cubría para encontrarse con que llevaba la ropa que tenía puesta la noche anterior, no se había cambiado y cayó en cuenta en ese instante que se había quedado dormido en el sillón del salón.

—Yo te traje en brazos —mencionó ella al escuchar sus pensamientos y mostró una leve

sonrisa al verlo fruncir el ceño.

—Sí, claro —dijo incrédulo mientras se ponía de pie y se estiraba cuan largo era para relajar su cuerpo entumecido.

—¿Crees que no puedo llevarte en brazos? —inquirió Pandora con una sonrisa arrogante al tiempo que arqueaba una ceja.

Él la miró fijamente para descubrir si hablaba en serio y sí lo hacía, su semblante lo gritaba, así que para aliviar la vergüenza que sentía por haber sido llevado en brazos por una mujer, siendo ya un hombre adulto esquivó la mirada de Pandora y estaba por entrar al baño cuando se volvió para excusarse con ella, después de todo era un caballero y no podía solo darle la espalda dejándola allí.

Cuando lo hizo ya Pandora no estaba, había desaparecido una vez más como siempre hacía, quizás consciente de que requería de un momento de privacidad, pero esa manera de esfumarse siempre sin dar ningún tipo de explicación comenzaba a resultarle molesta. Suspiró y se dispuso a hacer lo que debía, necesitaba de una ducha que lo relajara y le ayudara a ordenar sus pensamientos.

Una hora después Nathaniel se encontraba desayunando solo en la barra de la cocina, no le molestaba hacerlo de ese modo, pero por alguna extraña razón sentía que si Pandora estuviera allí todo sería mucho mejor. La verdad era que no sabía por qué necesitaba tenerla cerca todo el tiempo, quizás era su subconsciente que le decía que junto a ella estaba seguro o que desde que había llegado a su vida debía admitir que algo había cambiado, ya no se sentía tan vacío.

Después de esperarla por una hora más comprendió que no regresaría, que tal vez estaría ocupada en otras cosas y lo mejor era que él continuase con su rutina de todos los días, tenía una exposición que preparar y no podía darse el lujo de estar divagando en tonterías. Entró a su habitación y se vistió con algo más formal, esquivando su mirada las dos veces que las topó con su reflejo en el espejo.

«¿Por qué no te gusta mirarte a los ojos?»

La voz de Pandora dentro de su cabeza lo hizo sobresaltarse, suprimió una maldición en voz alta, pero en su cabeza se pudo escuchar con claridad, así como la risa de ella.

—¿Por qué no te muestras? Has estado aquí todo el tiempo y me has hecho creer que estaba solo —le reprochó obviando la interrogante que le hiciera—. ¿Y por qué no puedo sentir tu presencia como lo hacía antes? —inquirió también.

—Porque te bloqueé para que no pudieras hacerlo —respondió haciéndose visible apoyada con la espalda en el marco de la puerta—. No quería perturbarte y soy consciente de que a veces necesitas un poco de espacio —agregó mostrando una sonrisa.

—Gracias… yo pensaba que era el pudor lo que no te permitía quedarte, aunque después de lo que hiciste la otra noche… —decía y se apresuró a agregar algo más cuando vio que se disponía a protestar—. No se te ocurra negarlo Pandora Corneille porque sé que todas esas sensaciones que viví hace días fueron causadas por ti —aseguró mirándola a los ojos para que no le mintiera.

—Yo… será mejor que te espere en la galería, resultará menos sospechoso si no nos ven llegar juntos, ya Martin comienza a creer que tenemos una relación —esbozó sonrojándose levemente.

Nathaniel se quedó en silencio mirándola mientras procesaba el comentario que le había soltado, después dejó libre un suspiro con desgano y cerró los ojos imaginando la conclusión a la que había llegado Martin, aunque era bastante reservado con su vida privada, había tenido la desdicha de toparse con mujeres que no y por el contrario terminaban proclamando a los cuatro vientos sus aventuras con él.

Sin embargo, le causó gracia que ya lo hubiera unido a Pandora, cuando ella apenas llevaba un

mes en la galería o tal vez un poco más, aunque no importaba mucho pues había tenido conquistas en menos tiempo.

—Entonces… según Martin, tú y yo somos amantes —dijo en un tono sugerente mientras elevaba una ceja; emocionado vio cómo ella le esquivaba la mirada y se sonrojaba—. Vaya, vaya… no sabía que las brujas podían sonrojarse —agregó divertido.

—¡No estoy sonrojada! No puede pasarme y no me llames así por favor —pidió sintiéndose nerviosa, como hacía mucho no lo estaba.

—Estás más roja que una cereza madura. Te queda muy bien, siempre estás tan pálida y… ¿Cómo deseas que te llame? ¿Hechicera, adivina, condesa, mi lady? —inquirió con una hermosa sonrisa.

—Hacía mucho que nadie me llamaba condesa como acabas de hacerlo —contestó sonrojándose de nuevo llena de emoción.

—Debo deducir por tu sonrisa que así te llamaba Tristán —dijo mientras sonreía, le gustaba esa Pandora más humana y relajada.

«¿Hacía cuánto que no bromeaba con alguien de esta manera? ¿Que no sentía esa emoción dentro del pecho?»

Se preguntó Nathaniel en pensamientos.

—En ciertas ocasiones… —murmuró, alejándose de él sintiendo que una vez más su cara se prendía en llamas.

Escuchó claramente la pregunta que se hiciera Nathaniel en pensamientos y no pudo evitar recordar la bonita relación que llevaban él y Rosemary. Su amor seguía vivo y ellos tenían la oportunidad de recuperarlo contrario a ella, así que antes de marcharse haría algo para devolverle a Nathaniel su felicidad. Quiso hacer un comentario casual para traer el tema a acotación.

—Y ya no me sigas haciendo ese tipo de preguntas, no sabía que aún conservabas esas costumbres de divertirte a costa del pudor de las damas —comentó y vio cómo la sonrisa de él se congeló.

—Solo lo hice con una mujer… al parecer sabes mucho de mi vida —indicó y todo rastro de diversión desapareció de él.

—Sé mucho más de lo que imaginas Nathaniel… —susurró mirándolo a los ojos.

Nathaniel se cerró como siempre que alguien intentaba hurgar en su pasado, le dio la espalda fingiendo que se acomodaba la corbata observando el nudo en el espejo, pero sin verse a los ojos.

Ella comprendió de inmediato que no debía presionarlo, conocía ese sentimiento que él llevaba dentro, no en vano había pasado años aferrada a algo así, como si no hablar de la realidad y de un pasado doloroso hiciera que las cosas fueran distintas.

∞∞∞

Sarah caminaba por el pasillo de la galería que llevaba a los estudios donde trabajaban los artistas, había tomado una decisión después de analizar la situación que atravesaba con Nathaniel, se sentía cansada de seguir siendo la novia de vitrina, habían pasado ocho años desde que se comprometieron, era cierto que había sido bajo la presión del duque pero estaban comprometidos en matrimonio al fin y al cabo, así que Nathaniel debía cumplir con su palabra y hacerla su esposa, ya no seguiría esperando más.

—Señorita Greenwood, insisto en que debería esperar al señor Gallagher en el salón o la galería —decía Martin, quien seguía mostrándose renuente a la petición de la mujer.

—Yo soy su novia, él no tendrá ningún problema en que lo espere en su estudio Martin —apuntó ella con altivez.

—Es que el señor es muy celoso con su espacio… —intentó una vez más persuadirla y evitar así una reprimenda.

—Su espacio también es mío, ya dejé de preocuparse que no le traeré problema por haberme dejado pasar —indicó con seguridad.

Él se mantuvo en silencio rogando internamente que eso fuera cierto, pero conociendo el carácter del artista lo dudaba mucho, se detuvo junto a la puerta y ella le dedicó una mirada donde claramente lo despachaba, resignado giró y regresó por donde sus pasos lo habían traído mientras negaba con la cabeza consciente de que era un error.

Sarah abrió con un movimiento seguro la hoja de madera, aunque ya sabía que Nathaniel no se encontraba en la galería, eso no la limitó para mostrar sus aires de realeza, debía mantener la actitud que había adoptado desde que tomó su decisión, después de todo el papel de la novia sumisa no le había servido de nada.

—¿Se puede saber qué demonios hace usted aquí? —preguntó llenándose de ira al encontrar a una mujer en el estudio.

—Buenos días, Sarah. —Saludó Pandora con voz melodiosa, pero que era claramente una amenaza y se puso de pie mirándola fijamente.

—Le he preguntado qué hace aquí —repitió negándose a ser cortés, de inmediato los celos se apoderaron de ella.

—Yo trabajo aquí —contestó Pandora en el mismo tono de antes al tiempo que la estudiaba con la mirada.

—¿En el estudio de mi prometido? —inquirió observando a la mujer de la misma manera, la reconoció y eso aumentó su rabia.

Pandora estaba por contestarle cuando sintió que la puerta se abría y de inmediato su mirada se encontraba con la de Nathaniel, vio cómo se mostraba sorprendido y después molesto por la intromisión de Sarah; no obstante, no le pasó desapercibida la que le dedicó a ella donde le pedía que se alejara, quizás notando que era una amenaza para la rubia, la verdad no se equivocaba.

—¿Qué haces aquí Sarah? —preguntó Nathaniel sin sutilezas.

Ella se sobresaltó al sentirse sorprendida y se volvió de inmediato a mirarlo, después de la primera impresión cayó en cuenta del tono grosero que él había usado y que la hizo sentir ofendida.

—¿Esa es la manera en la cual saludas a tu futura esposa Nathaniel? —cuestionó dejando claro su reproche mientras lo miraba fijamente y se erguía mostrándose orgullosa.

—Esa es la manera en la cual saludo a quien no he invitado a mi estudio, te he dicho cientos de veces que no me gusta que vengas a la galería y menos sin anunciarte —respondió con tono hosco.

—¡Por supuesto! Ahora comprendo los motivos de tus negativas, es aquí donde aprovechas para revolcarte con todo tipo de mujerzuelas —dijo con toda la intención de ofender a la mujer que aún seguía en ese lugar, ¿acaso no había notado que sobraba?

Nathaniel se anticipó a Pandora, consciente de que ella no esperaría para cobrarle a Sarah la ofensa, le pidió en pensamientos que la disculpase y que por favor los dejara solos; ése era un asunto que debía solucionar él a su manera.

Pandora cedió a lo que Nathaniel le pidió, sobre todo porque sabía que de empezar una tortura contra Sarah no podría controlarse como el otro día, el odio que sentía hacia esa mujer crecía cada vez más, asintió levemente y dio un par de pasos cuando sintió que Sarah aferraba la mano

en su brazo con fuerza para detenerla.

—Que sea la última vez que te veo cerca de mi prometido —la amenazó acercando su rostro al de ella y mirándola con fiereza ejerció más presión con su mano para lastimarla—. O de lo contrario haré que te lancen a la calle.

—¿Sí? ¿Y cómo harás eso? —preguntó Pandora mostrando media sonrisa, no era solo por provocarla sino una muestra del lado salvaje que comenzaba a despertar en ella—. ¿Acaso me acusarás de ladrona a mí también, Sarah Greenwood? —preguntó mirándola con odio.

Sarah no pudo disimular la turbación que la invadió al escuchar esas palabras, de inmediato un sentimiento de alerta se despertó en ella y haló con fuerza el brazo de Pandora para reforzar su amenaza.

—¡No te quiero cerca de Nathaniel! ¿Lo escuchas? ¡No quiero que estés cerca de él! —Le gritó muy cerca del rostro.

Pandora tuvo que reforzar las ataduras que mantenían controlada a la asesina dentro de su cuerpo, la actitud de Sarah la había provocado y si acababa con ella en ese instante nadie podía culparla pues la rubia se lo había buscado.

Nathaniel sintió cómo el aire se volvió helado en cuestión de segundos y supo que nada bueno podía pasar, caminó con rapidez hasta donde se encontraban las dos mujeres y posó su mano en la cintura de Pandora, rogando a que eso pudiera controlarla y evitar que le hiciera algún daño a Sarah, él no la amaba; sin embargo, no le deseaba ningún mal.

—Pandora… por favor. —Le pidió en el oído, sintiéndose temeroso de que el toque no pudiera contenerla—. Será mejor que te vayas, ya hablaremos luego —expresó buscando su mirada.

—Sobre mi cadáver. —Le advirtió Sarah a Nathaniel.

—Será un placer —susurró Pandora y aunque su voz no era alta, la amenaza estaba allí presente.

—¡Sarah cállate! —exigió Nathaniel quien sintió cómo los cabellos de su nuca se habían erizado ante las palabras de Pandora.

Intentó moverla halándola por la cintura, pero ella parecía una piedra allí sembrada, en pensamientos le rogó que no le hiciera caso a Sarah y que por favor saliera del estudio.

Pandora reaccionó al sentir el miedo que comenzaba a ganar terreno dentro de Nathaniel, en ese momento fue consciente de que había estado a punto de cometer una locura, ella no deseaba que él se quedara con esa imagen grabada en su memoria, no quería que la recordara como una asesina despiadada. Le exigió con la mirada a Sarah que la soltara y algo en sus ojos debió ver la rubia, pues lo hizo de inmediato no sin que fuera un gesto brusco.

Nathaniel dejó escapar todo el aire que se había acumulado en su pecho, pero aún mantenía el estado de alerta mientras guiaba a Pandora hasta la puerta de su estudio.

—Gracias —susurró agradeciéndole además con la mirada.

—Perdona que me haya puesto así —expresó apenada, y no pudo evitar acariciarle el rostro para alejar el miedo de él.

Ambos escucharon cómo Sarah dejaba libre un jadeo mostrando su indignación, él cerró los ojos sintiéndose frustrado y ella alejó la mano de la mejilla de Nathaniel. Sintió deseos de besarlo para enfurecer aún más a la rubia, pero no lo hizo, solo salió de allí.

La acalorada discusión que tuvieron Nathaniel y Sarah los mantuvo ocupados cerca de una hora, hasta que el joven se encerró en el baño como siempre hacía y la dejó a ella en plena representación de su tragedia griega, culpando a Rosemary por su desgracia, por su incapacidad y que él no la hubiera amado nunca. Se encontraba tan cansado de toda esa situación que estuvo

a punto de terminar con la farsa que llevaba ocho años viviendo y que el mundo se cayera de una buena vez, él no era un maldito actor para pasar su vida representando el papel que los demás esperaban.

—Sé que estás aquí Pandora —susurró con el ceño fruncido, mirando sus manos apoyadas en la pieza de porcelana.

«No pensarías que te iba a dejar solo con esa loca.»

Le habló a través de sus pensamientos y él dejó libre un suspiro cansado cerrando los ojos, de pronto sintió cómo Pandora se ponía tras él y lo rodeaba con los brazos, aunque en un principio se tensó, la cercanía de ella y ese dulce aroma que la envolvía lo relajaron.

—No permitas que ella arruine tu vida Nathaniel, no le des el derecho de hacerlo a nadie, recuerda lo que dijiste una vez «No me quedaré aquí para condenarme a una vida tan miserable como la que él lleva, yo quiero pintar… y ser solo yo» —pronunció y después le dio un beso como hiciera Rosemary aquella vez.

Nathaniel se estremeció al tener que retener el sollozo que amenazaba con desgarrarle la garganta, apretó con fuerza los párpados al sentir cómo Pandora había removido tantas cosas dentro de él solo con una frase, con un recuerdo. Sintió que ella lo abrazaba con mayor fuerza quizás para evitar que se quebrara en ese instante, después le dejó caer varios besos en su mejilla.

—Aún estás a tiempo Nathaniel, puedes ser feliz como tanto deseabas —decía cuando lo vio negar con la cabeza.

Un golpe en la puerta evitó que Pandora continuara, quiso en ese momento liberar a Nathaniel de una vez por todas de la presencia de Sarah Greenwood, pero hacer que muriera de un ataque no le daría el gusto de hacerla sufrir por todo lo que había hecho, ya después buscaría la manera de saldar cuentas con esa maldita arpía.

—No dejes que te siga manipulando, tú no le debes nada, Rosemary no le debe nada; por el contrario, es ella quien les debe a ustedes, les debe los años separados, el dolor y la ausencia.

—¿Cómo sabes todo eso Pandora? —preguntó abriendo los ojos y la miró a través del espejo.

—Lo sé, es lo único que debe importarte… ahora me voy para que ella no se ponga histérica de nuevo, pero piensa lo que te dije, todavía estás a tiempo. —Le aseguró mirándolo a los ojos —. Nos vemos esta noche en tu departamento, estarás bien.

Después de eso desapareció dejándolo solo, su mirada se encontró con sus ojos topacio que le devolvían el reflejo en el espejo y las palabras de Pandora se repitieron en su cabeza “Aún estás a tiempo”. Si ella supiera que había perdido esa oportunidad desde hacía mucho, que su chance de ser feliz como siempre quiso le había sido arrebatado por otro.

—Nathan por favor… necesito que hablemos, sé que… a veces exagero mis reacciones, pero si al menos te pusieras un minuto en mi lugar e intentaras comprenderme —pedía Sarah al otro lado de la puerta, volviendo a golpear con suavidad.

Nathaniel abrió dedicándole una mirada severa, no estaba dispuesto esta vez a dejar pasar por alto sus arranques de niña caprichosa, caminó sin decirle nada y abrió la puerta que daba al pasillo al tiempo que posaba la mirada en ella.

—Regresa a tu casa, Sarah y déjame trabajar por favor, tengo muchas cosas que hacer. —Intentó ser lo más sutil que podía.

—Nathan… pero…

—Por favor, Sarah, no puedo estar perdiendo el tiempo con estupideces —decía y fue el turno de ella de interrumpirlo.

—¿Nuestra relación es una estupidez para ti? —inquirió dolida y asombrada por la actitud de él.

—En primer lugar «nuestra relación» no existe, todo esto fue un maldito teatro que montaron tu madre, el duque y tú con tal de darme la libertad para venir a América —expuso siendo claro.

—Tú te comprometiste conmigo… me diste tu palabra.

—Yo no te amaba y tú lo sabías muy bien, así que ahora no vengas hacerme sentir culpable ni te pongas en plan de víctima. Los términos fueron muy específicos Sarah, yo me encargaría de cuidar de ti y de tu madre, nada más. Lo que haga con mi vida es problema mío, así que te pido por favor que te marches ahora y no me sigas haciendo perder el tiempo —mencionó de manera tajante y cuando vio que ella se disponía a protestar endureció su rostro mirándola con rabia para que comprendiera que debía irse.

Sarah no dijo nada más, bajó la cabeza sintiéndose derrotada, pero sobre todo profundamente herida, él una vez más le causaba ese dolor que ya se había convertido en una costumbre, al parecer era la única manera en la cual Nathaniel le podía hacer sentir algo, hiriéndola.

Caminó haciéndolo de manera lenta para hacerlo consciente de su discapacidad, buscando inspirar al menos lástima en él; sin embargo, sintió cuando cerró la puerta a su espalda con un golpe seco que retumbó en el pasillo haciéndola sobresaltarse y comenzar a llorar.

# Capítulo 21

Pandora prácticamente obligó a Nathaniel a cenar, como si se tratase de un niño lo chantajeó con no contarle nada si no comía. Sabía que el estado de ánimo decaído del joven tenía que ver con la visita de Sarah Greenwood a su estudio y aunque no quiso traer el tema acotación para no hacerlo sentir mal, no pudo evitar tomar nota de todo para hacerle pagar a la manipuladora el daño que le hacía y cada una de las lágrimas que Rosemary había derramado por ella.

—¡Listo!

Anunció Nathaniel dejando los cubiertos sobre el plato de porcelana y mostró una sonrisa traviesa como la de ese niño que ha conseguido cumplir con su tarea, ese niño que la verdad nunca fue porque sencillamente no tuvo una infancia feliz. Negó alejando esos pensamientos de su cabeza y sin dejar de sonreír habló de nuevo.

—Espero que esté complacida, mi lady —su tono era provocador.

—Mucho —expresó con una sonrisa al ver que él le guiñaba un ojo, tuvo que atrapar el suspiro que revoloteaba en su pecho.

—Bueno, solo nos queda una cosa pendiente… ¿Comenzamos? —inquirió mirándola a los ojos, no sabía por qué estaba tan ansioso.

Pandora asintió en silencio y su semblante antes relajado se tensó ensombreciéndose por la pena que le causaba recordar el episodio más triste de su vida, suspiró intentando que Nathaniel no notara lo difícil que era para ella hablar de todo eso; no obstante, debía hacerlo, Gardiel se lo había aconsejado, le dijo que era necesario que ella hablara de lo que le había sucedido e intentara liberarse de tanto dolor y odio, que lo hiciera con Nathaniel que estaba dispuesto a escucharla y que además era alguien en quien ella confiaba.

Él se tomó unos minutos para ordenar todo lo que había usado para preparar la cena mientras ella lo esperaba en el salón. Cuando tomó asiento le entregó una sonrisa para hacerla sentir cómoda.

—Bueno, aquí estamos Pandora… soy todo oídos —esbozó con tono calmado, la ansiedad estaba haciendo estragos en él, pero debía ocultarlo, se recostó en el espaldar del sillón y posó su mirada en ella.

—Yo… quisiera pedirte algo antes Nathaniel —mencionó con la mirada en sus manos y después buscó los ojos de él.

—Por supuesto, lo que desees —contestó de inmediato.

—Necesito que escuches atentamente y que no me interrumpas por favor, quiero acabar con esto tan rápido como pueda… no es algo sencillo de recordar y cada vez que lo hago es como si lo reviviera, es demasiado doloroso —confesó mirándolo a los ojos.

—Pandora… si te resulta incómodo —decía cuando ella lo interrumpió negando primero con la cabeza.

—No, no es eso, Nathaniel… es complicado porque dentro de mí sé qué debo hacer esto, solo que no es fácil… hay demasiados sentimientos de por medio —explicó para que la comprendiera —. Por favor no te asustes ante ninguna de mis reacciones, jamás te haría daño —agregó para hacerlo sentir confiado y se acercó a él en un movimiento rápido que no pudo anticipar, lo vio tensarse, pero después se relajó—. Te prometo que estarás bien, estarás bien —repitió para confirmarlo.

—Te creo, Pandora —dijo, mirándola fijamente a los ojos.

—Gracias —susurró y le dio un beso en la mano.

Ella regresó de nuevo al sillón de dos puestos que ocupaba, haciéndolo esa vez de manera tradicional para no asustarlo, cerró los ojos después de tomar asiento y comenzó a viajar en su mente hasta el día en que recibió la visita de los Sagnier.

∞∞∞

Era cerca de media mañana cuando el ayudante de cámara de Tristán les avisó que varios miembros de la familia Sagnier lo esperaban en el salón. Esa mañana habían desayunado en su habitación, no bajaron al comedor porque la noche antes habían estado muy ocupados con las prácticas para concebir a esa hermosa niña que su esposo quería.

Aunque a Tristán no le gustó nada esa reunión poco habitual, su molestia no pasó de fruncir el ceño unos segundos y después volvió a sonreírle a su esposa, la felicidad que sentía dentro del pecho no podía ser empañada por nada ni nadie.

—Theodore, diles que lord Corneille los recibirá en unos minutos y no te preocupes hoy por ayudarlo a vestir, yo me encargaré de ello —comentó Pandora para despedir al empleado.

—Como usted ordene mi lady, con su permiso —respondió.

Había trabajado con Tristán desde que el joven tenía quince años y aunque esos pedidos eran poco habituales, él sabía que los condes tampoco eran un matrimonio tradicional, hasta compartían la recámara día y noche, no como la mayoría que solo lo hacían por compromiso. Esbozando una sonrisa salió del lugar, compartiendo esa felicidad que parecían irradiar los esposos, pues ellos no los trataban como unos empleados más, sino como personas y eran muy considerados.

—¿No le bastó con desvestirme ayer Condesa, también desea hacerlo hoy? —inquirió él elevando la ceja en ese gesto tan particular que a veces mostraba, sonriendo feliz cuando la vio ponerse de pie.

—Desvestirlo es disfrutar de un espectáculo Conde y me niego a prescindir de ello ahora que puedo hacerlo, casi siempre estoy atendiendo a nuestro apuesto vizconde mientras Theodore te ayuda —contestó llevando sus manos a la suave seda negra con exquisitos bordados que cubría el cuerpo de su esposo.

—No sabía que disfrutara tanto de ello… creo que tendré que enviar de retiro a Theodore y dejarla en su lugar —comentó acariciándole la cintura, después dejó caer las manos para que ella le sacara la bata que terminó hecha un nido de tela a sus pies.

—Pobre Theodore, no seas tan malvado Tristán … el hombre necesita mantener una familia —indicó sin poder mostrarse seria como deseaba—. Mejor espera a que Dorian tenga la edad para requerirlo y yo pueda reemplazarlo —esbozó llevando sus manos hasta el pantalón que hacía juego con el salto de cama.

Los deseos de los condes no pudieron ir muy lejos, Tristán debía atender a las personas que lo buscaban y Pandora tenía que ir a ver a su hijo al cual había abandonado toda la mañana. Salieron de la habitación tomados del brazo como siempre hacían cuando caminaban juntos, al bajar las escaleras sus ojos se toparon con tres hombres y tres mujeres que los esperaban en el salón.

—Buenos días lord Sagnier… ¿A qué debo el gusto de esta visita tan temprana? —inquirió Tristán, yendo directo al grano pues el personaje no le era agradable.

—Nunca es temprano para los servidores de la iglesia lord Corneille, permítame presentarle mis mejores deseos para usted y la condesa —contestó Gautier haciendo una venia mientras les mostraba una sonrisa a todas luces fingida—. El motivo que me traer hoy hasta aquí es de suma importancia y me gustaría que lo tratáramos entre hombres —pidió, pero su voz simulaba la orden.

—Por supuesto —pronunció Tristán deslizando su brazo para separarse de su esposa, no le había gustado el tono del hombre, pero la costumbre era que las mujeres no participaran de esas conversaciones.

—Ve tranquilo Tristán, yo atenderé a las damas —indicó Pandora dedicándole una sonrisa a su esposo, pudo sentir que él se había tensado antes las palabras del hombre.

—Por favor caballeros. —Tristán les indicó con la mano el pasillo que llevaba a su estudio, antes de ir tras ellos miró de nuevo a Pandora, en su pecho se había instalado un mal presentimiento—. Estaré contigo pronto, intenta no hablar mucho con esas mujeres, no me inspiran confianza —susurró en el oído de su esposa.

Ella asintió y le acarició con suavidad el brazo para relajarlo, entregándole también una sonrisa para hacerle saber que todo estaría bien. Se separaron y Pandora invitó a las mujeres a su salón de té para charlar con ellas mientras sus esposos hablaban con Tristán.

—Lady Corneille… hemos escuchado acerca de la asombrosa recuperación que ha tenido su hijo el vizconde Corneille —comentó una de ellas mirándola fijamente.

—Más que asombrosa, yo diría que fue milagrosa, aunque los doctores dicen que no se trató en ningún momento de la Peste, sino de una simple alergia a algo que comió. Dorian es amante de los dulces y a veces somos muy permisivos con él, nos cuesta decirle que no cuando nos pide comer alguno —contestó ella con naturalidad y una sonrisa que llegaba a sus ojos.

—Ya veo; sin embargo, usted debió estar muy preocupada y no creo que haya pensado que era una simple alergia, según escuchamos se mantuvo en vela toda la noche junto a su cama —señaló de nuevo.

—No podía ser de otra manera lady Sagnier, Dorian es mi hijo y era mi deber como su madre velar por su salud, lo he hecho desde que lo llevaba en el vientre —comentó asombrada por las palabras y la frialdad de la mujer.

El hecho de que otras madres les delegaran a sus hijos a las niñeras no quiere decir que todas lo hagan, quiso decirle eso, pero se contuvo, aunque no ocultó la molestia que las palabras le causaron. Respiró profundamente buscando en su cabeza algo para cambiar de tema y no ser descortés, rogando internamente para que la reunión que tenía su esposo con aquellos hombres terminara rápido y así poder librarse de la molesta presencia de esas señoras.

En ese instante Tristán hacía acto de presencia en el salón, no iba acompañado de los demás hombres y se le notaba tenso, con andar seguro se acercó hasta Pandora deteniéndose tras ella y apoyándole la mano en el hombro en un gesto protector.

—Señoras, sus esposos las esperan en los coches, tengan la amabilidad de reunirse con ellos por favor. —Miró a las invitadas y la dureza no solo estaba impresa en su tono de voz, sino también en sus rasgos.

—Tristán … —Pandora intentó reprocharle a su esposo la manera tan grosera en la cual se comportaba, pero la mirada que él le dirigió la silencio de inmediato.

—Gracias por su hospitalidad, lady Corneille —dijo la esposa de Gautier Sagnier, poniéndose de pie—. Que tenga feliz tarde.

Las otras dos mujeres la imitaron sin decir palabra, pero sus miradas recriminaban el comportamiento de Tristán, salieron de allí sin siquiera despedirse del Conde o de ella.

—¿Qué sucedió? ¿Por qué te mostraste tan descortés Tristán? —cuestionó cuando se quedaron solos en el salón.

—Porque a las serpientes se les trata de esa manera, Pandora no quiero que recibas nunca a esas mujeres en esta casa, no quiero que ninguno de los Sagnier ponga un pie aquí —dijo con rudeza.

—Amor… ¿Qué hicieron esos hombres para que te pusieras así? —inquirió mirándolo preocupada.

—Nada por lo cual debas angustiarte… son asuntos de los cuales me encargaré yo, pero te ruego que no vuelvas a hablar con esas mujeres, ahora mismo daré la orden para que no dejen entrar a los Sagnier en mis tierras —contestó con tono imperativo y caminando con pisadas fuertes para salir del salón.

Pandora se quedó estática mientras veía salir a Tristán sin entender nada, sabía que esa familia y la suya tenían una enemistad desde hacía muchos años; sin embargo, habían llevado sus relaciones con calma, en una tensa pero calma, al fin y al cabo.

—Sea lo que sea que te dijeron debió molestarte mucho Tristán, nunca te había visto actuar de esa manera y aunque me digas que no debo preocuparme créeme amor, ya empiezo a hacerlo —dijo en voz alta para ella misma y se encaminó con rapidez a la ventana para ver los coches alejarse del castillo.

∞∞∞

Los días que siguieron a la visita de los Sagnier fueron un completo calvario para Tristán, sobre todo por tener que fingir delante de Pandora que todo estaba bien y aún más por tener que evitar que ella se enterara de los rumores que cada vez se hacían más fuertes y la acusaban de practicar la brujería. Suspendió sus visitas al pueblo para no dejarla sola, ni tener que verse expuesto a las provocaciones que sufriría al escuchar los comentarios de las personas culpando a su mujer de bruja, sabía que reaccionaría de manera violenta a ellos, tal como hizo cuando el maldito de Gautier Sagnier lo insinuó y estuvo a punto de partirle la cara.

Pandora veía cómo su esposo cada día lucía más desencajado, durante las comidas se quedaba con la mirada perdida en la nada y su plato casi siempre era retirado intacto por la servidumbre, durante las horas del día se la pasaba encerrado en su estudio reunido con sus asesores e incluso había recibido la visita de los abogados de la familia y en las noches apenas lograba conciliar el sueño un par de horas.

Ella lo sabía porque sentía cuando abandonaba la cama y se sentaba en el sillón a contemplarla, podía sentir el frío que se apoderaba de su espacio vacío junto a ella, pero al mismo tiempo la mirada cálida de su esposo era como un manto que la cubría, que deseaba protegerla de lo que sea que estuviera ocurriendo.

Una tarde mientras se encontraba en la sala de juegos junto a Dorian y el cachorro que cada vez estaba más grande e inquieto, sintió la presencia de Tristán y se volvió para verlo parado bajo el umbral de la puerta, observándolos con una sonrisa, pero su mirada reflejaba tanta tristeza que Pandora sintió que ya no podía seguir soportando esa situación.

—Dorian, sigue jugando con Leal —mencionó refiriéndose al perro mientras se ponía de pie —. Debo hablar con tu papá y en un momento regreso para que dibujemos juntos —agregó y le lanzó un beso que el niño fingió atajar en el aire.

—Leal… ven, juguemos con la pelota, yo la lanzo y tú me la traes —mencionó Dorian con

una sonrisa entusiasta.

Tristán vio que su mujer caminaba hacia él y de inmediato se obligó a mostrarse feliz, la recibió entregándole una sonrisa al tiempo que rodeaba la delgada cintura con sus brazos y la besaba. Ella no respondió como esperaba; por el contrario, se mantuvo inmóvil sin devolverle el roce de labios y mantuvo sus brazos en cada lado de su cuerpo, dándole a entender que no podía seguir ocultándole la verdad.

—Necesito que hablemos, Tristán, necesito que me digas lo que está ocurriendo… —Se detuvo al ver que él le desviaba la mirada, suspiró sintiéndose cansada pero no se dejó vencer, llevó una mano a la mejilla de su esposo para hacer que la mirara a los ojos—. Prometí ante Dios que estaría contigo en los buenos tiempos y en los complicados también, por favor no me excluyas de tu vida de esta manera… esto me hace daño, Tristán —esbozó con voz trémula.

—Pandora… amor, todo está bien no debes preocuparte, yo también prometí ante Dios que cuidaría de ti y de la familia que me dieras, te juro que lo cumpliré hermosa.

—Ya sé que lo cumplirás, jamás has roto alguna de tus promesas, pero no es eso lo que me duele, es no saber lo que sucede y te tiene tan mal… por favor háblame, ¿o es que acaso no confías en mí? —inquirió mirándolo a los ojos fijamente.

—Por supuesto que confío en ti Pandora, eres mi mujer —dijo tomándole el rostro entre las manos y después suspiró sintiéndose derrotado—. Algunas cosas se han complicado y eso me tiene un tanto angustiado, es solo eso amor… he estado pensando que tal vez deberías ir a pasar una temporada con tus tías en Dover, serán como unas vacaciones para Dorian y para ti.

—¿Para Dorian y para mí? ¿Y qué hay de ti Tristán? ¿Tú también vendrías con nosotros? —cuestionó sorprendida al ver que él no se involucraba en esos planes.

—Yo me reuniría con ustedes pronto, no puedo dejar las cosas aquí como están en estos momentos Pandora —contestó.

Pandora sintió como si esas palabras de Tristán la hubiesen golpeado en el corazón, sus ojos se llenaron de lágrimas mientras buscaba su voz para responderle, pero no daba con ella y tampoco con las palabras para hacerlo, su cabeza era un torbellino que giraba demasiado rápido y decenas de ideas chocaban entre sí.

—¿Por qué estás haciendo esto, Tristán? —consiguió preguntar mirándolo a los ojos para evitar que le rehuyera.

Él separó los labios para dar una respuesta, pero los pasos de alguien que se acercaba por el pasillo lo distrajeron, el andar era apresurado y supo de inmediato que algo andaba mal, giró medio cuerpo encontrándose con la figura de Charles que se acercaba a ellos y la mirada en sus ojos no auguraba nada bueno.

—Tristán —lo llamó para que se acercara.

—¿Qué sucede? —inquirió él sintiendo su corazón latir muy rápido, caminó hasta el hombre para alejarse de su esposa.

—Han venido por Pandora —contestó en voz baja.

—¿Qué? —preguntó con la voz estrangulada y comenzó a temblar, sus ojos se abrieron con horror.

—Un carruaje con el escudo de la Inquisición acaba de llegar, el asistente del inquisidor viene acompañado por cuatro guardias, esto no es una visita de cortesía Tristán, el hombre pidió ver a tu esposa —confirmó sin poder controlar el miedo que también transformaba su voz, sabía lo que eso significaba.

—Tristán, ¿qué es lo que pasa? —cuestionó Pandora, alarmada por la actitud de ambos y se acercó hasta ellos.

—Nada —contestó él de inmediato sin siquiera mirarla.

—Tristán … creo que ya es hora de que le digas todo, no puedes mantenerla al margen, ella es la principal afectada en todo esto… —decía Charles intentando hacerle entrar en razón.

—Pandora no se verá afectada por nada, no dejaré que se le acerquen siquiera —aseguró adoptando una postura defensiva.

—¿De qué hablan? No entiendo nada… Charles por favor dime qué está ocurriendo —se dirigió ella al hombre mayor, en vista de que Tristán no le daría las respuestas que necesitaba.

—Charles no tiene nada que decirte, vamos —dijo Tristán tomando a su esposa de la mano y llevándola con él por el pasillo.

—Tristán … espera —pronunció Pandora sintiéndose aturdida ante esa reacción e intentando llevarle el paso.

—No puedes mantenerla toda la vida en una caja de cristal Tristán, sabes bien que esta vez no puedes hacerlo. —La voz de Charles se dejó escuchar en todo el pasillo.

—¡Cállate! —Le gritó Tristán, entró a su habitación cerrando la puerta de un golpe seco que retumbó en el lugar.

Pandora temblaba de pies a cabeza, sintiendo las lágrimas bajar pesadas por sus mejillas y el corazón latiéndole en la garganta, al menos el miedo le había robado la voz y no sollozaba. Se abrazó a sí misma mientras veía a su esposo caminar de un lado a otro, no podía ocultarle el tormento y la furia que lo embargaba, esa vez la careta había caído dejando al descubierto al Tristán que le había estado ocultando; con pasos trémulos se aproximó a él.

—No dejaré que ellos te hagan nada… no dejaré que te pongan una mano encima Pandora. —Le aseguró envolviéndola en un abrazo desesperado, después buscó el rostro de su mujer y lo acunó entre las manos para mirarla a los ojos—. Aunque tenga que dar mi vida, evitaré a toda costa que te hagan daño, te lo juro mi amor —esbozó dejando correr su propio llanto, apoyando su frente en la de ella.

—Tristán … por favor —pidió en un susurro—. Por favor háblame, la angustia me está destrozando.

Él se quedó callado un minuto, cerró los ojos buscando en su interior el valor para decirle a Pandora toda la verdad y más allá de eso lo que necesitaba con urgencia eran las palabras adecuadas para hacerlo sin causarle tanto dolor a su mujer. Respiró profundamente abriendo lentamente sus párpados y enfocando su mirada topacio en Pandora, quien a pesar del dolor seguía mostrándole esa belleza que lo enamoró desde el primer instante en que la vio.

—Por favor Pandora necesito que confíes en mí, te diré el motivo que trajo a los Sagnier a este lugar y porqué he estado actuado de esta manera desde ese día, pero prométeme que confiarás en mí —rogó con los ojos inundados en lágrimas.

—Me estás asustando Tristán … sabes que confío en ti mi amor, puse mi vida y mi futuro en tus manos —susurró ella con el pecho oprimido y el llanto a punto de desbordar sus ojos.

Él la tomó de la mano con suavidad para caminar con ella hasta los sillones ubicados a un extremo de la habitación, se sentó en uno y no la dejó alejarse, la acomodó sobre sus piernas porque necesitaba sentirla cerca, necesitaba sentir que podía protegerla.

Tristán comenzó a relatarle la conversación que mantuvo con los hombres de la familia Sagnier en su despacho, planteando primero las exigencias que ellos le hicieron de que les devolviera todas las tierras que su abuelo les había confiscado en pago a la deuda de juego.

—Pero… ¿Acaso esos hombres se volvieron locos? —preguntó Pandora interrumpiéndolo, mirándolo a los ojos y descubriendo que había algo más tras el silencio de su esposo—. ¿Qué tiene que ver la Inquisición en todo esto Tristán? ¿Por qué lo relacionas con aquella visita que

hicieron los Sagnier? —inquirió de nuevo y su mirada fija en él para impedir que le mintiera.

—La mujer de Gautier Sagnier lidera la congregación que trabaja con el inquisidor, las supuestas defensoras de la fe. Ella le comentó a su esposo los rumores que estaban en torno a ti.

—¿Rumores? ¿Cuáles rumores? —cuestionó angustiándose.

Tristán dejó escapar un suspiro lastimero de su pecho y cerró los párpados pesadamente, sujetó la pequeña mano de Pandora que sintió temblar y abrió los ojos para verla.

—Algunas personas dicen que la sanación de nuestro hijo no fue natural, que algo intervino para que la Peste no lo matara —decía cuando ella lo interrumpía una vez más.

—Dorian no tenía la Peste, los médicos lo han confirmado y si alguien intervino por él fue Dios, ¿qué hay de malo en que nuestro Padre responda a las plegarias que le hacemos? ¿Tanto han perdido la fe estas personas que ya no creen en actos divinos? —preguntó indignada, haciendo el intento de levantarse.

—Ellos ya no buscan milagros Pandora, esas mujeres no defienden la fe, ellas andan en una cacería de brujas, lo único que desean es condenar a todo el mundo y así lavar los pecados que llevan sobre los hombros, son unas malditas hipócritas —se detuvo al ver que comenzaba a alterarse y tomó airé para llenarse de paciencia—. Dicen que nuestro hijo se salvó porque tú hiciste una especie de pacto, que los treinta niños que fallecieron tres días después de la recuperación de Dorian fue el pago.

Pandora miraba a su esposo como si se hubiera vuelto loco, sus labios ligeramente separados y los ojos a punto de salírseles de sus órbitas eran la prueba más fehaciente del asombro que la embargaba. Buscó ponerse de pie de nuevo y al ver que Tristán seguía sujetándola por la cintura habló de nuevo.

—Necesito ponerme de pie… necesito respirar —su tono de voz era forzado, apenas tenía aire para esbozar palabra.

Tristán, aunque renuente, le dio el espacio que Pandora pedía, la soltó dejándola ponerse de pie, pero estando atento a cualquier fallo que pudiera presentar su cuerpo, no le pasaba desapercibido el temblor que la recorría entera.

Pandora se apoyó en el marco de la ventana y dejó que su vista se perdiera en el hermoso paisaje frente a ella, cerró los ojos dejando que el suave olor de los campos de lavanda que traía el aire le llenara los pulmones de a poco, una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla derecha, la sensación que le oprimía el pecho comenzó a ceder, pero la imagen de un montón de niños muertos a manos de la Peste la hizo sollozar, se llevó las manos al rostro para ocultar su llanto sintiéndose devastada por el dolor. Sintió la presencia de Tristán tras ella y de inmediato los brazos que la rodearon para darle consuelo, se apoyó en él dejando que más sollozos escaparan de sus labios.

Tristán sentía que la ira que lo embarga minutos atrás iba siendo reemplazado por el dolor que le provocaba ver a su esposa de esa manera, daría su vida para evitar el sufrimiento que estaba viviendo Pandora en ese instante, ella era la persona más bondadosa e inocente que había conocido en su vida.

Un par de golpes en la puerta atrajeron la atención de los esposos, ella se sobresaltó y Tristán se tensó casi hasta convertirse en una piedra, se mantuvieron inmóviles y en silencio hasta que una segunda llamada se repitió obligándolos a reaccionar.

—Tristán … necesito que me escuches.

La voz de Charles al otro lado llenó de alivio a los condes y los latidos de sus corazones comenzaron a sosegarse de a poco, Tristán le dio un beso en el cabello a Pandora, le dedicó una mirada para brindarle confianza y caminó para abrirle la puerta a su consejero.

—Pasa por favor —pronunció, mostrándose apenado.

Charles era como un padre para él y no quiso gritarle, pero el grado de desesperación que lo invadía no le dejaba razonar; sin embargo, no le era sencillo esbozar una disculpa, ese mismo hombre le había dicho infinidad de veces que los grandes señores jamás se disculpaban ante sus inferiores, podían reparar la ofensa causada con alguna retribución, pero nunca doblegarse y admitir la equivocación.

—Ya no puedo seguir distrayendo al asistente del inquisidor, bajé y le dije que ustedes estaban tomando una siesta, pero ya le había anunciado su presencia aquí y que no tardarían en recibirlo —mencionó mirando a Tristán a los ojos y después buscó a Pandora con la mirada; ver el terror en la joven condesa lo hizo sentir un miserable por no poder hacer nada para salvarla.

—No puedo dejar que se lleven a mi mujer de esta casa Charles, antes muerto que permitir que ella sea encerrada en algún calabozo del regimiento —dijo con determinación acercándose a Pandora.

—El hombre no ha dicho nada de llevársela o dejarla prisionera, solo desea hablar con ella —comentó intentando mediar.

—No te lo dirá Charles, pero estoy casi seguro de que ese hombre vino a llevársela, si no. ¿Por qué trajo a los cuatro guardias que lo acompañan? —preguntó mirándolo a los ojos.

—Supongo que precaución, de todos modos, no puedes negarte a que él hable con tu esposa… es una autoridad de la iglesia.

—¡Al carajo la iglesia! —gritó airado, dando un manotazo.

—¡Tristán! —exclamó Pandora asombrada ante el atrevimiento de su esposo, su mirada también le reprochó su actitud.

—¡Por Dios Pandora! ¿Es que acaso no lo ves? Esto ya no se trata de la iglesia, sino de los intereses de unos cuantos desgraciados que desean sacar provecho de esta situación. La exigencia de los Sagnier era que, si yo les devolvía las tierras, la esposa de Gautier haría que todos los comentarios en torno a ti cesaran e incluso hablaría con el Inquisidor y alegaría que tú eres una de las más fieles devotas y defensoras de las leyes de Dios en toda la Provenza —esbozó sintiéndose furioso, deslizándose las manos por los rizos que se habían desordenado ante la energía que vibraba en su cuerpo.

Pandora lo miraba perpleja sin poder creer lo que le decía, un pesado silencio se apoderó del lugar mientras ella iba encajando poco a poco todas las piezas y como si un rayo la hubiera golpeado se estremeció cuando la insinuación velada de la mujer de Gautier Sagnier resonó en su cabeza.

El asombro fue reemplazado por la ira que comenzó a correr con fuerza por sus venas, la calumnia que esa mujer había inventado sobre ella iba más allá de cualquier cosa que pudiera soportar, dejando que la rabia y la indignación la llenaran de valor se encaminó para salir de la habitación dejando atrás a su esposo.

—Pandora espera… ¿A dónde vas? —inquirió Tristán tomándola del brazo para detenerla.

—Yo no he cometido ningún delito y no tengo que estar escondiéndome, no les daré la oportunidad a esas personas de hacernos daño, soy inocente ante los ojos de Dios y tengo que demostrarlo también ante los hombres… No tengo miedo Tristán, mi fe basta para afrontar cualquier prueba —respondió con seguridad y se liberó del agarre de su esposo que la miraba atónito.

Pandora se irguió adoptando la postura soberbia y llena de seguridad que ser la condesa de Corneille le brindaba, les mantuvo la mirada a Charles y a su esposo para luego darse la vuelta y continuar su camino por el pasillo, dispuesta a enfrentarse al temido asistente del inquisidor.

# Capítulo 22

El hombre alto con escaso cabello rubio, de unos cincuenta años y ojos celestes se puso de pie para hacerle la venia correspondiente a Pandora, en cuanto la vio aparecer en el salón hasta donde lo había traslado el consejero de los Corneille para que esperara por ella.

—Mi lady —saludó de manera escueta sin mostrar siquiera una sonrisa amable, el tiempo de espera lo había molestado.

—Bienvenido a mi casa señor Leduc, por favor tome asiento y dígame en qué puedo serle útil —pronunció ella sin vacilar mientras lo miraba directamente a los ojos.

Las palabras del hombre fueron silenciadas antes de ser esbozadas cuando vio aparecer bajo el umbral de la puerta a lord Corneille, se notaba algo agitado y su mirada no podía ocultar la desconfianza, la misma que todas las personas a las cuales visitaba le mostraban. Se puso de pie para dedicarle el respectivo saludo al señor de esas tierras y después de cumplidos los protocolos, se dispuso a comentarles el motivo que lo llevaba al castillo.

—He sido enviado por su Excelencia para pedirle a la condesa que acceda a entrevistarse con él y me acompañe hasta su despacho.

—¿Cuál es el asunto que desea tratar el obispo con mi esposa? —inquirió Tristán manteniéndole la mirada.

—No es algo que pueda responderle mi lord, carezco de esa información, solo he venido para hacerle llegar este mensaje a lady Corneille y a llevarla conmigo —contestó Leduc que no se dejaba intimidar por el conde, ya le había tocado enfrentar cosas como esas muchas veces en los años al lado del inquisidor.

—Pues mi esposa no saldrá del castillo si no se me es revelado el motivo concreto de esa entrevista con el pontífice, así que no le hago perder más el tiempo Leduc… —decía Tristán cuando Pandora lo detuvo tomando ella la palabra.

—Iré a esa entrevista, cualquier cosa que desee comunicarme su excelencia debe ser importante —esbozó con tono pausado.

De inmediato recibió la mirada cargada de reproche de su esposo, pero no desistió de su propósito, le pidió disculpa a través de una suave caricia en la espalda, que además alejara de él toda la tensión que podía sentir endureciendo los fuertes músculos bajo el abrigo que llevaba, casi hasta convertir a su esposo en una estatua.

—Perfecto, entonces yo iré contigo —mencionó y esa vez su tono de voz y la mirada que le dedicara a Pandora no admitía una evasiva como respuesta—. Por favor sube a la habitación y abrígate mientras yo enviaré a preparar el carruaje —indicó para tener un momento a solas con el asistente del inquisidor.

—Por supuesto —respondió ella en un tono sumiso y caminó para salir del lugar, sintiéndose mal por haberlo desautorizado.

—Mi lord no es necesario que nos acompañe, le doy mi palabra de que lady Corneille estará perfectamente bien, además he traído conmigo el carruaje del obispo —decía cuando la mirada que le mostró Tristán lo silenció.

—Mi esposa es la condesa de Provenza, no viajará en el carruaje del inquisidor, escoltada por cuatro guardias como si estuviera siendo acusada de algo. Porque no lo está, ¿o me equivoco señor Leduc? —preguntó con tono amenazador acercándose al hombre.

—Solo se le ha pedido tener una audiencia con el pontífice. —Su voz temblorosa demostró la mentira, así como los dos pasos que dio hacia atrás al ver al conde casi encima suyo.

—En ese caso, no veo que tenga algo de malo que yo también desee realizarle una visita de cortesía —mencionó mostrando una sonrisa detrás de la cual se escondía la ira que llevaba cabalgando en su interior y salió rumbo a su despacho.

Pandora bajaba las escaleras cuando una de las jóvenes de su corte la interceptó y le susurró al oído que su esposo la esperaba en el estudio, que se dirigiera allí de inmediato y no le dirigiera una sola palabra al señor Leduc. Ella lo hizo porque no deseaba tener un altercado con Tristán, sabía que ya se había ganado una reprimenda por haber desacatado su orden de no ir donde el obispo.

—Pediste verme —susurró estrujando en sus manos el grueso abrigo que había llevado para su esposo.

Él levantó la mirada cargada de reproche hacia ella y se mantuvo en silencio cerca de un minuto viéndola fijamente, pero al notar el miedo que se desbordaba de la mirada de Pandora no pudo mantenerse en su postura de reclamo, acortó la distancia con tres largas zancadas y la abrazó con fuerza, la sintió temblar entre sus brazos al tiempo que un sollozo llenaba el silencio en el lugar.

—Yo solo quiero demostrar que soy inocente —esbozó con voz trémula por las lágrimas que se acumulaban en su garganta.

—Lo sé hermosa, lo sé —expresó con la voz ronca y comenzó a besar el rostro de su esposa con suavidad.

Lentamente recorría con sus labios las mejillas, los párpados, las cejas, la frente; adorando cada espacio en ese bello rostro que lo había cautivado desde que se mostró ante él como lo que era: Un hermoso ángel, eso era Pandora y no podía entender cómo alguien se atrevía a ponerlo en duda, cómo se atrevían a culparla de algo tan atroz.

Pandora logró calmarse y después de compartir un par de besos con su esposo que la llenaron de seguridad, salió tomada del brazo junto a él, dejando que la promesa de Tristán que le aseguraba que nunca dejaría que le hicieran daño, la llenara de confianza y elevando una oración al cielo para que Dios cuidara de ella, se dispuso a enfrentar las mentiras de los que querían hacerle daño a su familia.

La reunión con el inquisidor transcurría en una tensa calma, el hombre no se atrevía hacer ninguna acusación de manera directa a Pandora, solo se centró en hablar con ella de su pasado, su participación en el modelo protestante que había adoptado Inglaterra desde hacía mucho, si se había convertido al cristianismo por voluntad propia o por imposición de su marido. Todas esas preguntas parecían de rutina, pero las miradas inquisitivas y desconfiadas que le dedicaba el pontífice la ponían nerviosa, aunque la presencia de Tristán a su lado era de mucha ayuda.

—Mi fe es inquebrantable su excelencia, incluso en estos tiempos donde los hombres parecen haberse olvidado de nuestro creador, yo siempre he confiado en su bondad y su sabiduría… fue por ello que puse la vida de mi hijo en sus manos antes que en la de los médicos —mencionó Pandora observando directamente a los ojos oscuros del obispo que le mantenía la mirada.

—Muchas veces el demonio disfraza sus acciones lady Corneille —acotó entrelazando sus dedos para apoyar la barbilla en ellos.

—Al igual que los hombres —puntualizó Tristán con la mirada clavada en el religioso y apretó con suavidad la mano de su esposa.

El comentario de Tristán no le cayó en gracia al pontífice; por el contrario, lo hizo sentir ofendido. Algunas verdades son realmente dolorosas, sobre todo aquellas que ponen a tambalear

a las mentiras, mentiras como las que ese hombre tejía no solo con la familia Sagnier, sino junto a altos poderes dentro de la corona francesa y los estados pontificios, todos con intereses propios, quienes solo buscaban apoderarse de la región más importante y fructífera de Francia.

—Les agradezco que hayan venido —mencionó poniéndose de pie, caminando para quedar frente a los condes extendiéndoles la mano para que ellos le entregaran el gesto correspondiente.

Pandora bajó de inmediato y besó el dorso de la mano del obispo como la costumbre lo indicaba, lo hacía con verdadera devoción porque creía en el Dios que ese hombre representaba, se irguió dejando el espacio libre a su esposo para que cumpliera con el rito.

Tristán se mostró más reacio a llevarlo a cabo, pero cumplió con el mismo por mero protocolo, aunque no le quitó la mirada de encima al inquisidor, quería que él supiera que no era alguien fácil de engañar, que su juventud no lo confundiera. Porque si bien apenas contaba con veintisiete años, la edad no era falta de experiencia en su caso, había sido criado desde los doce años para enfrentarse a juegos de esa índole por uno de los hombres más inteligentes de toda Francia.

Durante el trayecto un pesado silencio se instaló dentro del coche donde viajaban los condes Corneille y Charles quien había insistido en acompañar a los esposos, para aplacar el carácter impulsivo de Tristán. Minutos antes de arribar al castillo cuando las grandes puertas de hierro forjado de abrieron para mostrarles lo que más parecía una fortaleza que un hogar, Pandora no pudo seguir callando.

—¿Qué crees que sucederá ahora? —aunque luchó porque su voz sonara calmada, la vibración en el tono demostró su miedo.

Hacía meses que no salía del castillo por petición de Tristán, quien no quería exponerla a la Peste, hasta ese momento no había sido consciente del gran impacto que la enfermedad había causado en las tierras de su esposo, la Provenza apenas era un vago reflejo de aquel paraíso que ella conocía.

Las personas caminaban por las calles con la cabeza gacha, como si llevaran el peso del mundo sobre sus hombros, vestidos con harapos y mostrando una profunda tristeza en sus semblantes, como si hubieran perdido toda esperanza. Esa imagen se había quedado grabada en su cabeza haciendo que el temor se acrecentara en su interior, comprendiendo la angustia y la impotencia de Tristán; ese lugar ya no era su hogar, era una tierra de nadie.

—No debes preocuparte por ello, no dejaré que te hagan daño Pandora, ellos no tienen ninguna prueba contra ti, eres inocente amor mío… yo prometí cuidarte y lo haré, juro que lo haré —mencionó después de un prolongado silencio, acariciándole la mejilla y apoyando su frente en la de ella para brindarle confianza.

En cuanto llegaron al castillo Tristán le pidió a Charles que lo acompañara a su despacho, necesitaba tener una reunión a solas con su asesor y le sugirió a Pandora que tomara un baño para relajarse y después podía ir a jugar un rato con Dorian, que él se les uniría más tarde. No podía seguir engañando a su mujer, lo sabía muy bien, pero al menos intentaría mantenerla alejada de todo tanto como pudiera.

—Necesito que concretes una reunión con los Sagnier, les daré lo que me piden —mencionó una vez que se encontró solo en el despacho con Charles.

—Tristán … —Intentó decir, pero el joven calló sus palabras.

—Necesito mantenerla a salvo Charles, juré ante Dios que lo haría… yo no puedo permitir que le hagan daño a Pandora… ella es mi vida, es todo para mí, no puedo perderla… no puedo, tengo que agotar hasta el último recurso para salvarla —pronunció con la voz ronca por el esfuerzo que estaba haciendo por evitar llorar.

—Ceder ante un chantaje no es una solución inteligente Tristán —buscó hacerlo entrar en razón de nuevo.

—En este momento me importa una mierda si es inteligente o no, necesito una solución y esta es la única que encuentro viable —esbozó sorprendido ante la tranquilidad de su asesor mientras él se encontraba cada vez más desesperado, liberó un suspiro para intentar calmarse y pensar con claridad—. Charles, ambos sabemos que ir con las autoridades no nos servirá, todas las instituciones han sido corrompidas por la avaricia, estamos en un estado de anarquía, ya ni siquiera importa que yo sea el señor de la Provenza y que sea mi mujer a quien intentan acusar. Hemos llegado a situaciones extremas y necesitamos medidas extremas —señaló buscando una hoja en blanco y se sentó en su escritorio para escribir una carta.

—Aún tienes aliados Tristán, hombres que te brindarían todo su apoyo y estarían dispuestos a testificar a favor de Pandora, tus sirvientes te son fieles y sé que ninguno se atreverá a insinuar nada que perjudicara a tu mujer —mencionó deseando creer que con solo eso bastaría para detener un proceso en contra de ella, si llegaba al punto en que algo así ocurriese.

—Lo sé y no dudaré en pedirles que me apoyen; sin embargo, prefiero que no tengamos que vernos en la obligación de hacerlo, entre menos personas se vean involucradas en esto mejor, si puedo solucionar todo entregándoles a los Sagnier lo que piden mejor… ya después, cuando el condado se recupere y todo vuelva al orden, yo mismo me encargaré de tener de vuelta lo que es mío y de enviar a esos miserables a la horca —sentenció sin apartar la mano de la hoja donde la pluma húmeda por la tinta iba dejando trazos con rapidez—. Necesito que le hagas llegar esta misiva a Lacroix, debe tener redactado para mañana el documento del traspaso, después de que haya hablado con mi abogado envías a un chico a la casa de Gautier Sagnier para que se reúna conmigo —indicó sin titubear.

El hombre asintió en silencio y aunque no estaba muy de acuerdo con todo eso prefirió callar, sabía que dijera lo que dijera nada cambiaría la decisión que había tomado Tristán.

Esa noche ninguno de los dos pudo conciliar el sueño, se mantuvieron abrazados y con los ojos cerrados para hacerle creer al otro que lo hacían y no aumentar la angustia que sentían. Tristán se levantó antes de que el sol saliera, consciente de que cada minuto que pasaba tendido allí era tiempo que perdía en encontrar una solución.

Pandora abrió los ojos cuando escuchó la puerta del cuarto de baño cerrarse y se mantuvo inmóvil sobre la cama, mientras se debatía entre dejar a Tristán solo para que liberara sus emociones, esas que sabía estaba conteniendo para no perturbarla o ir a hacerle compañía y evitar que se siguiera torturando, imaginando solo lo peor, al final optó por lo segundo.

—Amor, ¿qué haces despierta a esta hora? —preguntó Tristán en cuanto la vio entrar e intentó sonreír.

—Me desperté al no sentir tu calor junto a mí —contestó ella acercándose a la tina donde su esposo se encontraba, se puso de cuclillas para tomar una esponja y después de hundirla en el agua comenzó a pasársela por el pecho—. ¿Lograste dormir? —inquirió, aunque era consciente de que no lo había hecho.

—Sí, un par de horas nada más… pero, está bien —respondió dedicándole una sonrisa—. ¿Deseas acompañarme? El agua está tibia como te gusta —sugirió dándole un beso en la mano.

Pandora se irguió y con rapidez se deshizo de su ropa de dormir, se estremeció a causa del frío que envolvió su cuerpo desnudo. Aunque todo el castillo tenía gruesos muros de piedra que los protegían de las bajas temperaturas de la época, las corrientes de aire siempre encontraban la manera de colarse entre las paredes.

Tristán la ayudó a entrar tomándola de la mano para después acomodarla frente a él, dejando

que la espalda de su esposa descansara sobre su pecho, le dio un suave beso en el hombro y entrelazó sus dedos con los de ella.

—He estado pensando —inició Pandora con voz cautelosa.

—¿En qué? —preguntó de inmediato él, adoptando una postura defensiva pues no quería que ella estuviera preocupándose.

—En nuestros deseos de tener otro hijo, creo que mientras nos encontremos en esta situación lo mejor es esperar…

—Pandora, te pedí que confiaras en mí… Amor, cuando te digo que no dejaré que te hagan daño, es porque así será. —Ella calló sus palabras.

—No hablo solo de lo que pasó con el obispo, también lo digo por la Peste. Mi embarazo con Dorian fue complicado y me mantuvo en cama mucho tiempo, si la enfermedad sigue extendiéndose es probable que nos veamos en la obligación de trasladarnos a París o incluso a Dover y no quiero ser una carga —explicó mirándolo.

—Mi amor, tú nunca serás una carga para mí, eres mi esposa Pandora, la mujer a la que amo y la madre de mi hijo, así que te prohíbo que pienses de esa manera… —decía y al ver que ella se disponía a contradecirlo habló primero—. Si deseas esperar está bien, por mí no hay problema, lo haremos cuando te sientas preparada —dijo con ternura mientras le acariciaba el vientre.

En el fondo él también consideraba prudente esperar, sobre todo porque si se veían en la obligación de dejar la Provenza, había considerado todas esas opciones durante la noche. Aunque no quería decírselo para no sembrar dudas y temor en ella, no le contaría nada de lo que estaba dispuesto a hacer para mantenerla a salvo.

∞∞∞

La reunión con Gautier Sagnier se llevó a cabo dos días después, Tristán se encontraba con Charles y dos de sus abogados mientras el visitante había llegado en compañía de Gustave y François, los hermanos menores quienes mostraban una actitud recelosa, que distaba mucho de la confiada y arrogante del mayor.

Todos se mantuvieron en silencio mientras Lacroix leía el documento donde Tristán le hacía entrega de las tierras que habían exigido. Cuando el abogado terminó el cabeza de familia de los Sagnier se puso de pie y caminó hasta el ventanal que daba al jardín, su mirada se posó en Pandora quien jugaba junto a Dorian y el pequeño perro, escoltada por unos cinco guardias.

—¿Cree que eso es suficiente a cambio de mantener junto a usted a su hermosa esposa conde Corneille? —preguntó sin volverse a mirarlo, lo escuchó inspirar con fuerza y dejó ver una sonrisa torcida.

—No le daré nada más —pronunció con tono severo Tristán poniéndose de pie y apoyando sus puños cerrados en el escritorio—. Sabe perfectamente que esto es un chantaje y también cuál es la pena que le darían las autoridades si lo denuncio —indicó mirándolo.

—Señor Sagnier, creo que está abusando de la buena disposición de lord Corneille.

—Quiero las tierras que nos arrebataron y también el dinero que han producido desde entonces con ellas, es lo que por derecho nos corresponde —esbozó con tal desfachatez que los asombró a todos.

Tristán caminó hasta el hombre de manera amenazadora poniendo alertas a todos en el despacho, sin mediar una sola palabra lo tomó por las solapas del abrigo estrujándolas con fuerza y lo elevó hasta hacerlo poner de puntillas para que quedara cercano a su altura.

—Solo se llevará de aquí el título de las tierras, nada más. Es eso o un disparo en el centro del pecho, usted decide —dijo con furia.

—Mi adorada esposa está a la espera de mi regreso sano y salvo, si algo llegara a pasarme… los rumores se transformarían de inmediato en acusaciones y tenga por seguro que su mujer arderá en la hoguera —mencionó manteniéndole la mirada.

—¡Maldito miserable! —gritó lanzándolo al piso y tomó el arma que llevaba en la cintura dispuesto a descargarla.

Los otros Sagnier se pusieron de pie de inmediato y también sacaron sus armas, apuntaron a Tristán a la vez, pero eso no logró intimidarlo, su mirada seguía fija en Gautier Sagnier quien mostraba una sonrisa cargada de arrogancia.

—Caballeros, calmémonos… hablemos como personas civilizadas —sugirió uno de los abogados con voz trémula.

La tensión en el ambiente apenas les permitía respirar, Charles se arriesgó a acercarse a Tristán para hacerlo entrar en razón, se puso primero en su campo visual y después llevó una mano lentamente hasta la pistola, su mirada buscó la topacio, pidiéndole que por favor se calmara y no empeorara las cosas.

—¡Salgan de mi casa ahora mismo! —gritó enfurecido.

Su pecho subía y bajaba a causa de la respiración agitada y los latidos acelerados de su corazón mientras la mirada que se había tornado oscura a causa de la ira se mantenía clavada en la asquerosa figura de Gautier Sagnier.

—¿Debo deducir de eso que está rompiendo nuestro acuerdo lord Corneille? —se atrevió a preguntar con sorna.

Ése era su objetivo, sabía que saldría ganando más con el acuerdo que le ofrecía el inquisidor, no solo obtendría las tierras de su familia devuelta, también otras propiedades cuando la inquisición y la corona le arrebataran todo a Tristán una vez su mujer fuera acusada de bruja.

—Agradezca que no le rompo el cuello también —espetó Tristán mirándolo con desprecio y se contuvo para no golpearlo.

Gautier se encogió ligeramente de hombros haciendo más amplia su sonrisa y caminó hacia la puerta seguido por sus dos hermanos, pero antes de salir giró sobre sus pasos para mirar a Tristán, elevando una ceja antes de hablar se aclaró la garganta para captar la atención de Tristán quien estaba de espalda.

—¿Sabe algo conde? No quisiera estar en la piel de su hermosa mujer, cuando los hombres del regimiento la conviertan en su ramera y la dejen echa una piltrafa —pronunció con una mueca de sonrisa en los labios para provocar su rabia.

La furia se apoderó del cuerpo de Tristán y sin que nadie pudiera anticiparlo le arrebató de las manos la pistola a Charles, apuntó contra el cuerpo de Gautier y disparó. La detonación retumbó en todo el lugar alertando de inmediato a los guardias que se encontraban apostados fuera del estudio y entraron en cuestión de segundos, actuando con agilidad despojaron a los hermanos de sus armas.

—¡Llévenlos a la parte de atrás del castillo! Reúnan a los demás hombres para fusilar a estos malditos —decía cuando Charles detuvo sus palabras al tiempo que forcejeaba para quitarle el arma.

—¿Acaso te has vuelto loco? No puedes hacer nada de eso Tristán, no tienes la autoridad para ello —mencionó haciéndolo entrar en razón.

—¿Y quién la tiene? ¿La misma autoridad que se ha confabulado con ellos para arrebatarme todo? —inquirió furioso mirando a Charles, por su culpa había fallado el disparo a Gautier

Sagnier.

—Por favor lord Corneille, intente calmarse… existen otros métodos para estas cosas —señaló Lacroix.

La tos afanosa de Gautier captó la atención de sus hermanos quienes se hallaban pegados contra la pared y con armas apuntándole a la cabeza, el menor de ellos intentó moverse para auxiliarlo.

—Mi hermano necesita un médico…

—Su hermano lo que necesita son diez tiros más en el cuerpo y es mejor que se calle si no quiere que diez más entren en el suyo. —Le advirtió el jefe de la guardia.

Tristán caminó hasta el cuerpo a punto de desvanecerse de Gautier y lo tomó sin delicadezas por el brazo herido, haciendo presión sobre la herida buscó la mirada del hombre.

—Te dejaré ir y ruega a Dios que a Pandora no le ocurra nada, porque de lo contrario este dolor que estás sintiendo no será nada comparado con el que te espera. —Su voz mostró una amenaza bastante clara, después lo lanzó de nuevo contra el piso—. Sáquenlos de aquí antes de que cambie de idea y si vuelven a poner un pie en mi propiedad será lo último que hagan en sus vidas —sentenció paseando su mirada por los tres, luego caminó para salir del estudio.

Tristán se alejó de ese lugar para evitar arrebatarle la vida a esos tres miserables, sabía que si se quedaba allí nada impediría que terminara haciéndolo porque ganas le sobraban. Subió hasta las almenas del castillo para que el aire frío que soplaba con fuerza ondeando la bandera con el escudo de su familia, aplacara parte del fuego que corría por sus venas y le ardía con fuerza dentro del pecho.

# Capítulo 23

Después de cinco días sin tener noticias de los Sagnier, Tristán comenzó a sentirse confiado y satisfecho con su actuación, aunque soportó estoicamente cada uno de los reclamos que le hiciera Charles por su ataque de impulsividad e ira, al final terminaron por comprender que algunos hombres no entienden si no es a través de la violencia y los Sagnier habían demostrado ser de ese tipo.

Pandora estaba ignorante de lo ocurrido aquella tarde pues Tristán la había mantenido al margen, por ello seguía depositando su fe ciega en Dios y su inmensa bondad, dedicó horas a orar en la capilla para agradecerle por haberla protegido, pensaba que el inquisidor había creído en su inocencia y por ello no solicitó su presencia una vez más.

Una tarde ambos se encontraban junto a Dorian y Leal en el salón de juegos del niño, las risas y los ladridos del cachorro llenaban el ambiente mientras Tristán luchaba por liberarse de los ágiles dedos de su esposa y los pequeños de su hijo quienes le hacían cosquillas, lo tenían sometido sobre la alfombra e incluso el perro se les había unido y retozaba alrededor de sus piernas.

—Tristán.

El escándalo que tenían les impidió escuchar el par de golpes que dio Charles para anunciarse, al hombre no le quedó de otra que pasar sin esperar por su permiso; después de todo, él era parte de la familia Corneille. Los esposos se volvieron sonrientes a mirarlo, queriendo saber qué sucedía, pero no hizo falta siquiera que esbozara palabra, su semblante les anunciaba que era algo grave.

—Han venido por Pandora… y esta vez es una citación oficial del Inquisidor, exige su presencia en su despacho del regimiento —dijo sin darle muchas vueltas al asunto, sabía que no había manera de suavizar una noticia como esa.

—¿Qué? —preguntó Tristán irguiéndose con rapidez hasta quedar sentado, de inmediato tomó la mano de su esposa.

Pandora ni siquiera dio con su voz para esbozar palabra, todo su cuerpo comenzó a temblar y las lágrimas inundaron en segundos su garganta, buscó con la mirada a Tristán quien le sujetaba la mano con fuerza y no pudo ocultarle el terror que la había invadido.

—Tiene que haber un error —susurró él mirándola a los ojos.

Ella asintió para hacerle creer que estaba de acuerdo, pero una lágrima rodó por su mejilla traicionándola, la retiró con rapidez al tiempo que se ponía de pie junto a su esposo, luchando por esconder el temblor que se había apoderado de su cuerpo.

—Mami… ¿no seguiremos jugando? —preguntó Dorian mirándola con tristeza, él deseaba continuar.

—Tengo que atender a unas personas que vinieron a verme mi príncipe, pero en cuanto termine vendré para que continuemos, ¿está bien? —Pandora se puso de cuclillas para acariciar el rostro de su hijo con ternura y mirarlo a los ojos.

—Está bien —confirmó él, aunque no muy satisfecho.

—Será algo breve Dorian, mientras puedes seguir jugando con Leal —acotó Tristán buscando alejar con esas palabras la tristeza en su hijo y al mismo tiempo llenar de confianza a su mujer.

Dorian asintió regalándoles una sonrisa más efusiva a sus padres y después llamó a su

cachorro para lanzarle una pelota. Tristán y Pandora salieron en compañía de Charles, fueron directo al salón donde dos oficiales y el asistente del inquisidor los esperaban.

No mencionó el motivo concreto por el cual estaba siendo citada Pandora, solo se limitó a entregarles la hoja sellada donde se le informaba a la condesa de su citación. Ella pidió unos minutos para subir y tomar un abrigo, pero la verdadera razón era que debía dejar libre las lágrimas que la ahogaban y deseaba hacerlo en soledad.

Salió del salón en aparente calma, pero en cuanto se vio en el pasillo que llevaba a su habitación se lanzó a correr, entró y sin detenerse se encerró en el baño. Todo su cuerpo se estremecía a causa de los sollozos que brotaban descontrolados de su pecho, intentaba controlarlos llevándose las manos a la boca, pero todo era en vano.

—Pandora.

Escuchó la voz de Tristán al otro lado y su temblor se hizo más intenso, corrió hasta la palangana llena de agua fresca y comenzó a mojarse el rostro, debía controlarse por el bien de su familia, si Tristán la veía tan mal de seguro se sentiría culpable.

—Enseguida salgo —contestó, mientras se secaba la cara.

Se miró en el espejo acomodándose el cabello, repitiéndose que debía estar tranquila, que Dios la protegería a ella y a su familia. Cuando comprobó que se veía más calmada, caminó para abrirle la puerta a su esposo y buscar el abrigo en el armario.

—No es necesario que vayas Pandora… yo iré a hablar con el Inquisidor —decía Tristán cuando ella lo detuvo.

—Él ha pedido verme a mí…

—Pues si desea verte tendrá que venir a esta casa, tú eres la condesa de Provenza y no tienes que pisar el regimiento.

—Tristán … por favor —pidió acercándose hasta él, comenzó a acariciarle el pecho al ver que comenzaba a descontrolarse.

—No, Pandora —dijo manteniéndose en su postura.

—¿Acaso no ves que entre más impedimentos pongamos, más motivos les damos a ellos para considerarme culpable? —inquirió mirándolo a los ojos, tenía miedo, pero también fe.

—¿Culpable de qué? Ni siquiera nos han dicho de qué se te acusa o quiénes lo hacen, no tienen pruebas, no tienen nada —mencionó dejando que la rabia predominara en su tono de voz.

—Con mayor razón entonces debemos ir, debemos demostrarles que no tenemos nada que esconder, que no hemos cometido ningún delito contra Dios ni sus leyes —puntualizó ella y se acercó para tomarle el rostro entre las manos—. Tristán necesito que estés calmado y no caigas en provocaciones, necesito que seas fuerte por nuestro hijo y por mí… por favor —rogó mirándolo a los ojos.

Él se perdió en los hermosos ojos grises de su esposa que estaban colmados de llanto, la rodeó con sus brazos pegándola a su cuerpo con fuerza, quería protegerla, quería asegurarse que nadie le haría daño, que nunca le pondrían un dedo encima para lastimarla.

Salieron de allí escoltados por el carruaje de los oficiales, ellos viajaban en el suyo junto a Charles, Tristán le había pedido que se quedara en el castillo, pero el hombre no los abandonó un instante. Llegaron hasta el regimiento que mostraba el mismo deterioro del resto del pueblo, la Peste no solo estaba cobrando vidas, sino también le arrebata la belleza a cada rincón de Marsella.

—Lady Corneille, bienvenida… es grato verla de nuevo —esbozó el obispo poniéndose de pie para recibirla.

—Es una bendición estar en su presencia de nuevo pontífice —mencionó ella haciendo la

venia correspondiente.

—Lord Corneille, veo que una vez más nos honra con su visita —dijo mirando al hombre directamente a los ojos.

—Vayamos directo al grano su señoría. ¿Qué motivo tiene para citar a mi esposa en este lugar? —inquirió sin poder controlarse.

Pandora pensó en intervenir, pero la actitud de su esposo le dejó claro que era mejor que no lo hiciera y en el fondo a ella también la intrigaba el silencio que se había mantenido con respecto a su caso.

—Tomen asiento por favor —mencionó el religioso sin saltarse el protocolo, jugar con la desesperación era uno de sus mejores talentos como inquisidor—. Nuestro deber con la iglesia y con Dios no distingue entre nobles y plebeyos lord Corneille, todos deben ser tratados de la misma manera, por lo tanto, su esposa debía comparecer en el mismo sitio que todos los demás —contestó con tono calmado.

—¿Comparecer? ¿Acaso se le acusa de algo? Porque su asistente no nos ha informado de nada. —Tristán no se dejaba engatusar por los modales y la ágil lengua del obispo.

—Él no está en potestad de informarles de nada, es simplemente un emisario, su esposa está aquí porque han surgido ciertos rumores y es mi deber comprobar si son ciertos o no —respondió.

—¿Rumores? ¿Y por rumores usted hace que mi esposa se vea expuesta a semejante humillación? —le cuestionó casi gritando, la furia cabalgaba dentro de su cuerpo, ya no podía contenerla.

Pandora lo sujetaba del brazo para impedir que se pusiera de pie, podía sentir la tensión que invadía sus músculos haciéndolos parecer casi de piedra, mientras ella no podía apartar la mirada del religioso, ni tampoco dejar de temblar.

—Existe una acusación —dijo el inquisidor manteniéndole la mirada, sin intenciones de dar más explicaciones.

—¿Cuál? —preguntó Tristán con tono amenazador. El hombre permaneció en silencio y él perdió la paciencia—. ¿Cuál acusación? —inquirió de nuevo en un grito y esta vez acompañó sus palabras con un poderoso golpe de su mano en el escritorio.

—Tristán … por favor —pidió Pandora sujetándole el brazo con fuerza, ese arranque la asustó aún más y las lágrimas aparecieron.

—Hechicería —respondió atemorizado ante la reacción del conde.

Aunque ya sospechaba que de eso se trataba, la noticia casi hizo que Tristán se volviera una piedra, dejó escapar el aliento de golpe al notar que lo estaba conteniendo, después tomó aire despacio intentando calmarse para no asustar más a Pandora.

—Eso es completamente absurdo —pronunció Tristán en un tono más calmado, pero sin dejar de estar a la defensiva.

—Eso solo deberá dictaminarlo un jurado —indicó el hombre de inmediato, debía hacer valer su posición ante ese insolente.

—¿Pretende abrirle un proceso a la condesa de Provenza por hechicería? —inquirió Tristán sin poder ocultar su asombro.

—Ya le dije lord Corneille que los servidores de Dios no hacemos distinciones, el título de su esposa no hace ninguna diferencia —enfatizó sus palabras, por si acaso el conde no entendía.

—Soy una mujer devota pontífice y no tengo miedo a falsos testimonios, así que usted dirá ante quiénes debo demostrar mi fe ciega en Dios y yo estaré dispuesta a hacerlo —confirmó Pandora para no agregarle más tensión al momento.

—No es un proceso sencillo lady Corneille y temo decirle que mientras dure, usted deberá permanecer en este lugar.

—¡No permitiré algo como eso! Mi esposa no dormirá fuera de su casa solamente porque hasta usted llegaron algunos rumores —mencionó Tristán de manera determinante.

—Lord Corneille, obstaculizar el proceso solo hará que todo esto sea más engorroso, la condesa estará bien cuidada en este lugar, incluso puede poner hombres de su entera confianza a custodiarla —pronunciaba y una vez más el joven lo detuvo.

—Dejemos las cosas en claro obispo. Usted le está abriendo un proceso a mi esposa basado en estúpidos rumores de viejas chismosas e hipócritas que solo viven para darse golpes de pecho y darles la espalda a los necesitados —las palabras de Tristán fueron calladas.

—Lord Corneille le pido un poco de mesura.

—Y yo le solicito a usted el respeto que como condes de Provenza merecemos. Si va a hacerle una acusación a mi esposa consiga primero pruebas contundentes, de lo contrario no nos haga perder el tiempo —mencionó poniéndose de pie y llevándola a ella también.

—Lady Corneille no puede salir del regimiento, fue citada por una autoridad eclesiástica —la amenazó el inquisidor.

—Pandora Corneille dormirá esta noche en el puesto que como señora de estas tierras les corresponde y no se atreva a insinuar lo contrario de nuevo su señoría, o quien tendrá que buscar una celda para dormir será usted, porque le aseguro que no vuelve a pisar la casa que gentilmente puse a su servicio, ¿he sido claro? —preguntó mirándolo de manera desafiante y no esperó una respuesta.

Salió de ese lugar llevando a Pandora con él del brazo, caminaba erguido para demostrarle a todos los que se encontraban en los pasillos que él seguía siendo quien mandaba allí, que no permitiría que nadie burlara su autoridad ni que le hicieran daño a su mujer.

∞∞∞

Dos días después Pandora volvió a ser citada, esta vez no al despacho del inquisidor, sino ante la sala del tribunal que se había instalado en uno de los salones del regimiento. A Tristán le costaba creer el grado de atrevimiento al cual habían llegado los Sagnier apoyados por el obispo, sintió ese acto como una bofetada y de inmediato comenzó a mover sus fichas, si ellos iban a presentar testigos, él también tenía los suyos.

La primera audiencia fue un completo absurdo, las acusaciones no tenían ningún fundamento y eso sembró la esperanza en él, pero Pandora por el contrario se sentía más dolida al ver cómo dudaban de su persona y su amor por Dios.

La segunda vez que se presentaron ante el juzgado, las cosas cambiaron radicalmente, el número de testimonios se habían duplicado, sacando a relucir el hecho de que Pandora nunca había asistido a un Acto de Fe y otros episodios donde ella criticaba la postura de algunas autoridades de la iglesia con respecto a los enfermos de la Peste.

—Nuestro Señor nunca renegó de los enfermos; por el contrario, les ofreció su mano y los sanó. Es deber de la iglesia y sus integrantes actuar de la misma forma… En ese aspecto mantengo mi postura y no me retracto, es inconcebible que algunos sacerdotes se nieguen a ir hasta la casa de los enfermos para darles la extremaunción solo por temor a ser contagiados, ¿dónde está su fe? ¿Dónde está el don de sacrificio que nos exigía Jesús? —preguntó Pandora sintiendo que no podía seguir callando más y las lágrimas bajaban por sus mejillas.

—Y esas honorables señoras que usted ve allí, no son más que unas hipócritas desalmadas, pretendían que dejara a mi hijo relegado en una habitación a su suerte, que me olvidara que había nacido de mí y que velara mejor por mi propio bienestar —las aludidas la miraron con asombro, pero no calló—. Incluso llegaron a insinuar que si algo le sucedía a Dorian bien podía tener otro hijo porque era joven, como si su pérdida pudiera ser algo que no me dolería, que solo bastaba con embarazarme de nuevo y reemplazarlo —se detuvo para tomar aire porque sentía que las lágrimas y la rabia la ahogaban.

Tristán solo le acariciaba la espalda, pero no pensó en ningún momento en interferir con sus declaraciones, esa era la chica de la cual él se enamoró y jamás se avergonzaría de ella ni de sus sentimientos; por el contrario, lo que más amaba de Pandora era su voluntad y lo bondadosa que era.

—Mi deber era estar junto a mi hijo, velando y orando a Dios para que lo salvara, pues solo en él creo, solo en él confío —mencionó con seguridad reforzando su postura.

Una ola de murmullos corrió en la sala ante esa crítica tan abierta y de manera pública, el obispo tuvo que llamar al orden de nuevo y acallar las exclamaciones de indignación que soltaban las damas de la congregación al servicio de la verdad y la defensa de las leyes de Dios.

Los condes pensaron que al final de esa audiencia se daría un veredicto y que ellos no tendrían que volver a ese lugar; sin embargo, se les informó que el jurado se tomaría una semana para analizar las pruebas y los testimonios recabados, que después de eso anunciarían la sentencia para Pandora Corneille.

Charles dejó que los esposos viajaran solos en el interior del carruaje, así Tristán consolaría a Pandora sin cohibirse por su presencia, la joven no podía seguir ocultando el dolor y la decepción que sentía, muchas de las que se decían sus amigas fueron quienes atestiguaron contra ella, en el fondo sabía que era por el simple hecho de ser inglesa y por haber sido quien conquistara el corazón de Tristán , incluso se atrevieron a decir que la condesa de Provenza debía ser francesa y no una extranjera con costumbres distintas.

—Necesito hacer algo Charles, no puedo seguir de brazos cruzados —le hizo saber Tristán a su consejero el día después de la última audiencia, caminaba de un lado a otro de su despacho.

—Tenemos que esperar que dicten la sentencia, la verdad no creo que condenen a Pandora, no tienen pruebas suficientes.

—Ellos no creen en las pruebas, quieren apoderarse del condado y de todo… ¿Acaso no has visto lo que les han hecho a otras familias? ¿A cuántos han dejado en la ruina en nombre de Dios? —Caminó a su escritorio, tomó una hoja y la pluma.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Charles intrigado.

—Le escribiré a mi primo, él debe detener este atropello —contestó deslizando la pluma impregnada de tinta.

—Tristán … mi intención no es sumar más preocupaciones a las que ya tienes, pero escribirle al Delfín no servirá de nada, es probable que termines empeorando las cosas… sabes perfectamente dónde están enfocados los intereses de la corona en este momento —dijo mirándolo con preocupación, él también se sentía impotente.

—¡Por Dios Charles! Se trata de mi primo, no creo que me dé la espalda en una situación como ésta —dijo sin dejar de escribir.

—Tu primo ya no es el mismo que jugaba contigo cuando eran niños, ahora debe velar por su futuro en el poder y de tu tío mejor no hablemos… la corona se tambalea Tristán, el pueblo está cansado.

—¿Qué me aconsejas hacer entonces? —inquirió apoyando sus codos sobre el escritorio y

llevándose las manos a la cabeza.

—Debemos actuar con calma e inteligencia, la desesperación solo nos llevará a cometer errores Tristán —esbozó mirándolo a los ojos y al ver que tenía toda la atención del joven continuó—: Lo primero que debes hacer es dejar de lado la antipatía que sientes por el obispo, tienes que hacer que el hombre se ponga de tu lado y retándolo no lo conseguirás. Si todo esto se trata de intereses económicos como suponemos, puedes intentar hacerle una oferta de manera inteligente, nunca de manera abierta pues puedes terminar arruinándolo —decía con tono calmado y con la experiencia que los años le habían dado.

De pronto un par de golpes en la puerta le impidieron seguir, le extrañó que alguien llamara de esa manera, Tristán de inmediato se puso de pie y caminó junto a Charles hasta la puerta, temiendo que algo le hubiera sucedido a Pandora.

—¿Qué ocurre? —Miró al escolta que tocaba con insistencia.

—Perdone que los interrumpa señor, pero esta mujer y su hijo han pedido ver a lord Corneille, dicen que es urgente y que tiene que ver con mi lady —contestó señalando a quienes lo acompañaban.

—Hazlos pasar Charles —ordenó Tristán, que escuchó todo.

—Entren —mencionó el hombre cediéndoles el paso.

—Tomen asiento por favor… y díganme qué es eso tan importante que los trae hasta aquí —pidió siendo amable.

—Mi lord… es una noticia terrible, mi hijo estaba vendiendo pasteles en el regimiento y escuchó algo en el despacho del inquisidor —respondió la mujer angustiada.

—¿Qué fue lo que escuchaste chico? —Lo interrogó Charles.

El niño miró al hombre mayor sintiéndose asustado, después se volvió a ver a su mamá buscando apoyo en ella quien asintió para que respondiese, se secó las manos sudadas en el pantalón y al final posó su mirada en el conde de Provenza.

—Los guardias que custodiaban la entrada del despacho me pidieron pasteles y mientras me compraban, pude escuchar a través de la puerta que había quedado medio abierta que hablaban de mi lady.

—¿Qué decían? —inquirió Tristán luchando porque su tono no mostrara la desesperación que sentía.

—Que tenían pruebas suficientes para condenarla a la hoguera… y tomar en su poder el condado; que por ser usted sobrino del rey no sería condenado a pena de muerte… en lugar de ello lo enviarían al… al… exilio, creo que fue la palabra que usaron y enviarían al vizconde a la corte en París, el obispo dijo que era un trato generoso. —Miró fijamente a Tristán.

—¿Generoso? —preguntó sintiendo cómo la ira despertaba en él, miró a Charles quien parecía una estatua.

—Señora… ¿podemos confiar en la palabra del pequeño? —inquirió el consejero mirando a la mujer.

—Por supuesto, mi hijo no dice mentiras y yo jamás me presentaría ante ustedes si no estuviera segura de que dice la verdad, el simple hecho de estar aquí ya me compromete a mí también, pero lord Corneille ha sido muy generoso con nosotros, desde que mi esposo murió no ha faltado el pan en mi casa gracias a usted mi lord, jamás jugaría con algo tan delicado —indicó, manteniéndole la mirada al consejero y después a Tristán.

—Ellos no pueden hacer algo como eso… no dejaré que lo hagan Charles —mencionó adoptando una postura defensiva.

—Mi lord, debe cuidar a la condesa, esos hombres no tienen compasión con nadie, han

acabado con muchas mujeres del pueblo. No conocen de límites… y si lo envían lejos a usted. ¿Qué será de nosotros? ¿Quién evitará que nos masacren a todos? —preguntó la mujer con lágrimas en los ojos.

Tristán caminó hasta ellos y le envolvió los hombros al niño quien se enjuagaba las lágrimas con la manga de su camisa, debía tener unos diez años, pero fue como ver a Dorian, el miedo que vio en los ojos azules del pequeño lo conmovió, sabía que todos corrían peligro.

—¿Cómo es su nombre? —Miró a la madre del niño.

—Madeleine Defoe —contestó de inmediato.

—Bien, Madeleine… ¿Tiene otros niños aparte de él?

—Sí mi lord, tengo tres niñas… la menor apenas tiene diez meses y las otras son gemelas de seis —contestó con tristeza.

—Los pondré a salvo a todos, sé el riesgo que han corrido al venir hasta acá —mencionó mirándola a los ojos y después buscó a su consejero—. Sir Du Plessis, por favor envíe a cuatro trabajadores que no sean escoltas, pueden ser de los establos para que los acompañen a recoger sus pertenencias y a las tres niñas y los lleven hasta uno de los caseríos en Arlés… les entregaré una nota para que se la den al jefe y él los ubicará en una de las casas que han sido reconstruidas —Caminó de nuevo a su escritorio.

—Por supuesto mi lord… Vengan conmigo, los llevaré a la cocina para que les den algunos alimentos para el viaje —mencionó Charles llevándolos con él, le dedicó una mirada a Tristán antes de salir.

Después de escribir la nota para el jefe de la comuna en Arlés, hizo dos más para sus abogados, se marcharía de allí llevándose a su familia, no podía permitir que le hicieran daño a Pandora, ni que lo separaran de su hijo, antes prefería renunciar a todo.

—Adelante —mencionó cuando escuchó un par de golpes en la puerta, vio entrar a Charles.

—Los hombres se están preparando, uno de ellos es el hermano de la mujer y se ofreció a quedarse con ella en Arlés cuidándola, en realidad creo que desea aprovechar la oportunidad para alejarse también, hace un mes perdió a su esposa y sus dos hijos a manos de la Peste —explicó mirando al joven que seguía escribiendo—. ¿Qué planeas hacer? —cuestionó acercándose.

—Me llevaré a mi familia de aquí, buscaré refugio en Inglaterra o en cualquier otro lugar, no dejaré que su maldita ambición nos destruya —respondió con seguridad y le extendió la hoja que aún mostraba el sello húmedo donde dejó la marca de su anillo.

—No puedes dejarte vencer de esa manera Tristán, éstas son tus tierras, las personas que viven aquí dependen de ti… —decía cuando el joven lo detuvo poniéndose de pie.

—A estas alturas da igual lo que haga, ellos nos tienen en sus manos, al menos me queda una opción y la tomaré, nos marcharemos cuanto antes… Si lo que desean es el condado se los entregaré completo, pero no tocarán a Pandora ni a Dorian, tú puedes venir con nosotros Charles…

—Tristán esto es absurdo, podemos luchar por mantener todo lo tuyo a salvo, esto es la herencia que te dejó tu padre, el patrimonio de tu hijo, no puedes ponerlo en manos de esos miserables —dijo intentando que entrara en razón.

Tristán caminaba hacia la puerta sin prestar atención a las palabras de su consejero, había tomado una decisión y nada lo haría desistir de la misma, se detuvo sin volverse por completo para mirar a Charles.

—Mi familia está por encima de todo y no importa el sacrificio que deba hacer, juro que la mantendré a salvo —pronunció con el dolor que esas palabras provocaban dentro de su pecho.

Sabía que el condado era todo lo que tenía, que era mucho más que eso, era su hogar, el único

que había conocido; sin embargo, también era consciente que de nada valía conservarlo si perdía a Pandora y a su hijo, de todas formas, igual lo perdería.

—Entonces yo me quedaré e intentaré mantenerlo tanto como pueda, no dejaré que los Sagnier te arrebaten lo que es tuyo, me encargaré junto a los abogados de tomar alguna medida que proteja tus bienes —mencionó conteniendo las lágrimas que llegaron de golpe a sus ojos y el dolor que se instaló en su pecho.

Tristán volvió sobre sus pasos y se abrazó con fuerza a él, entregándole ese gesto que desde hacía mucho no se permitía por las estúpidas normas sociales. Charles había sido un padre para él, incluso mejor que quien le dio el ser, quien lo abandonó en cuanto murió su madre, dejándolo solo cuando más lo necesitó.

Charles recibió el abrazo respondiendo con el mismo sentimiento, permitiéndole que se desahogara, que llorara con libertad y al mismo tiempo intentaba llenarlo de confianza, alejarse de él era una de las cosas más difíciles que pudiera vivir, pero sabía que era lo correcto, aunque sintiera que estaba perdiendo a un hijo.

Estuvieron una hora acordando los detalles del plan de huida, se marcharían llevando solo a la niñera de Dorian y a dos hombres de su escolta, no debían levantar sospechas, si viajaban en caravana como acostumbraba terminarían siendo blanco fácil de los oficiales.

Despidió a la mujer y al niño agradeciéndoles la información, dándole además una buena cantidad de dinero para que no pasaran trabajo mientras se adaptaban a la nueva vida lejos de Marsella. Sintiendo un enorme peso sobre la espalda, pero también luchando por mantener la esperanza subió hasta su habitación, esperaba encontrar a Pandora dormida pues era casi medianoche.

# Capítulo 24

La mirada gris de Pandora veía a través de la ventana de su habitación al carruaje alejarse llevando en su interior a la mujer y al niño que habían llegado a pie. Bajó pensado que venían por algo de comer o un lugar donde dormir, eso sucedía con frecuencia y ella siempre se encargaba de atenderlos, ordenaba su acomodo en alguna de las estancias y velaba que fueran alimentados.

Cuando bajaba las escaleras vio que uno de los escoltas los llevaba al despacho de su marido, eso la llenó de curiosidad y caminó para averiguar lo que sucedía, pero lo hizo con discreción pues sabía que Tristán estaba intentando por todos los medios mantenerla al margen de cualquier noticia que viniera del pueblo.

No pudo escuchar la conversación completa pero lo poco que logró la dejó conmocionada hasta el punto de que no dejaba de temblar ni de llorar, se escondió cuando vio a Charles salir con los dos visitantes y estuvo a punto de entrar al despacho para hablar con su esposo, pero estaba muy perturbada y sabía que si la veía cómo se encontraba empeoraría las cosas, así que subió a su habitación de nuevo e intentó calmarse, lo esperaría allí.

—Pensé que ya estarías durmiendo —mencionó abrazándola desde atrás, la pegó a su cuerpo y le dio un beso en el hombro.

—No podía hacerlo —dijo volviéndose a mirarlo.

—¿Extrañabas a tu marido? —preguntó acunándole el rostro.

—Sí —respondió pegando su frente a los labios de él.

Deslizó sus manos por la poderosa espalda, no pudo contener el sollozo que escapó de sus labios al ser consciente de todo el mal que se cernía sobre él y Dorian, un mal del cual ella era la única culpable.

—Pandora… amor, no llores por favor. Todo estará bien condesa, te prometí que cuidaría de ti y lo haré —dijo alejándose para mirarla a los ojos y rozar sus labios en un toque delicado.

—Ahora no solo se trata de mí Tristán, están tú y Dorian de por medio, escuché lo que te dijo aquella mujer… —Se interrumpió al ver la mirada de reproche de su marido, suspiró bajando la mirada y continuó—: Sé que no fue correcto hacerlo, pero necesitaba saber lo que ocurría, tampoco está bien que me estés ocultando todo el tiempo lo que sucede —dijo con voz trémula.

—Lo hago por tu bien, por cuidar de ti —se defendió Tristán.

—También es mi vida, tengo derecho a saber lo que me espera… tengo derecho a saber que no es mucho tiempo el que me queda para compartir contigo y con Dorian.

—Te queda toda una vida por delante, Pandora, una vida junto a Dorian, junto a mí y todos los hijos que tengamos.

—¡Ya no tienes que seguir engañándome, Tristán! —gritó presa de la desesperación, se soltó de él y caminó al otro lado.

—Pandora… —Intentó de nuevo acercándose a ella.

—No, no lo hagas por favor… Sé que esto es difícil para ti pero debes ser fuerte por nuestro hijo, tienes que prometerme que estarás para él siempre, que no te derrumbarás cuando yo no esté… Dorian es todo lo que quedará de mí y deseo que tenga una vida maravillosa, por favor prométeme que serás un buen padre, que no te olvidarás de él ni lo harás pasar por lo que pasaste tú cuando tu madre murió, debes cuidarlo… debes prometerme que será feliz —pedía dejando

correr su llanto, sintiendo que el pecho se le abría a la mitad.

—Dorian tendrá una vida feliz y tú estarás a su lado para comprobarlo, Pandora yo no dejaré que te hagan daño ni a nuestro hijo. Por favor confía en mí. —La tomó por los hombros.

Ella comenzó a negar con la cabeza mientras el llanto que brotaba de su pecho cada vez era más amargo, se aferró a los brazos de su esposo para soportar el dolor, la sola idea de tener que dejarlos era incluso peor que imaginarse siendo quemada vida, los brazos de Tristán la rodearon evitando que cayera.

—Por favor, Pandora cree en mí, cree en mí, amor mío —pidió dejando libre su llanto—. Los sacaré de aquí, tú, Dorian y yo nos iremos muy lejos, donde nadie pueda hacernos daño.

—Desde que nos casamos tú siempre has cuidado de mí, deja que sea yo quien lo haga esta vez Tristán, iré mañana hasta el despacho del inquisidor y me entregaré… si de verdad deseas hacer algo por mí, llévate a Dorian lejos, no permitas que viva bajo el estigma de ser hijo de una mujer acusada de hechicería. No dejes que llenen su cabeza de mentiras y termine odiándome —pidió alejándose de él.

—Pandora Corneille, ¿acaso no escuchas lo que te digo? —preguntó mostrando su molestia por la actitud de ella.

—¿Y tú no entiendes que no puedes hacer nada? —inquirió y cuando esas palabras salieron de sus labios se arrepintió, ver el dolor reflejado en la mirada de Tristán la lastimó aún más.

—Yo no puedo perderte Pandora, no puedo siquiera imaginar una vida así, tú y Dorian lo son todo para mí y a él también me lo quitarán, ¿es que acaso no ves que sin ustedes no soy nada? ¿Si tú no estás a mi lado no soy nada? —preguntó a gritos también.

Vio que ella se llevaba las manos al rostro para ahogar sus sollozos, se sintió mal por tratarla de esa manera, pero no pudo controlarse, toda esa situación lo estaba haciendo actuar como un imbécil. Caminó lentamente hasta ella y se puso de rodillas rodeándole la cintura, ahogando su llanto en el pecho de su mujer, ella le pedía que fuera fuerte pero no comprendía que toda su fuerza, eran ellos dos, que si le faltaban estaría acabado.

—Tú eres mi esperanza, eres toda mi esperanza… no me pidas que te abandone, no lo hagas Pandora —murmuró en medio de sollozos que parecían romperle la garganta.

Ella respiró profundamente para poner un dique a sus emociones, tenía que ayudarle a Tristán a cargar con todo ese peso que llevaba, no podía seguir actuando de esa manera, no podía seguir mostrándose como la víctima cuando su esposo y su hijo también estaban propensos a correr con una suerte igual de desgraciada que la suya o tal vez mucho peor.

Acunó entre sus manos el rostro de Tristán y comenzó a secar con sus labios las lágrimas que empañaban la preciosa mirada topacio que tanto adoraba, lo ayudó a ponerse de pie y lo guio hasta la cama, se acostaron quedando de lado para mirarse con libertad a los ojos. Él comenzó a besarla y ella no pudo negarse a esa necesidad que sentía en él, la necesidad de sentirla suya, de sentirla allí.

Le dieron riendas sueltas a la pasión sin saber si esa sería la última vez que sus cuerpos se entregarían, dejaban en cada beso y cada caricia el alma. El placer reemplazó al dolor cada vez que llegaban juntos al clímax, cada vez que los gritos ahogados que expresaban sus nombres llenaban el aire dentro de la habitación y poderosos espasmos cargados de gozo se apoderaban de sus cuerpos, alejándolos de la realidad que los amenazaba.

∞∞∞∞

Dos noches después se encontraban en el patio trasero del castillo, junto a ellos solo cuatro personas de su entera confianza, un cochero, dos escoltas y la niñera de Dorian, el niño dormía en los brazos de Pandora, sentía la necesidad de ser quien cuidara de su hijo durante todo el trayecto, por ello no se lo cedió a la chica. Era cerca de medianoche y la mayoría de los empleados dormían, habían hecho todo con suma discreción para evitar que la noticia de su partida pudiera llegar a oídos del inquisidor o de los Sagnier.

—Charles… aún estás a tiempo de venir con nosotros —le pidió Tristán mirándolo a los ojos.

—Ya hablamos de esto, me quedaré al frente y cuidaré que no hagan tantos desmanes… Hay muchas personas que dependen de tu apellido Tristán —mencionó manteniendo su postura.

—Prométeme que si las cosas se complican lo dejarás todo y te reunirás con nosotros Charles —dijo poniéndole una mano en el hombro, algo le decía que no debía dejarlo allí.

—Lo haré, no te preocupes por mí y cuida de tu familia. Es hora de partir —indicó caminando con él hasta el carruaje.

Pandora le entregó a Dorian a la niñera para caminar hasta Charles, se abrazó con fuerza a él como solo se hace con un padre y aunque luchó por no llorar, las lágrimas se hicieron presentes mientras le acariciaba con ternura la espalda.

—Ven con nosotros… por favor —pidió mirándolo con los ojos colmados de llanto, sin separarse del abrazo.

—Todo estará bien Pandora, confía en Tristán … Cuando menos lo pienses esta pesadilla habrá terminado —expresó intentando sonreír y le dio un beso en la frente para despedirse.

Un emotivo abrazo entre Charles y Tristán cerró la despedida, subieron donde ya los esperaba la niñera con Dorian en sus brazos profundamente dormido, uno de los escoltas se sentó junto al cochero y el otro en la parte de atrás, no llevaban sus uniformes para pasar desapercibidos en las alcabalas que había montado la guardia.

Tristán rodeó a Pandora con sus brazos pegándola a su pecho, buscando a través de ese gesto darle consuelo a ella y recibir un poco él también. Aunque intentaba hacerse el fuerte delante de su mujer, por dentro sentía que el dolor hacía estragos en él, la Provenza había sido su hogar desde siempre y tener que dejarlo de esa manera era algo que lo lastimaba profundamente, pero sabía que era lo correcto.

Besó la frente de su esposa al tiempo que cerraba los ojos para contener las lágrimas mientras sentía cómo las de ella mojaban la tela de la capa que llevaba, suspiró apoyando su cabeza en el espaldar del asiento y luchó por sosegar el latir desesperado de su corazón.

Pasaron la primera alcabala sin novedad, los guardias de turno estaban jugando cartas y bebiendo para contrarrestar el crudo frío del otoño, ni siquiera los detuvieron para revisar el carruaje. Ese episodio encendió la luz de la esperanza dentro de sus corazones, se llenaron de confianza pensando que por fin estaban a salvo, aun así, por sugerencia de los escoltas, continuaron el viaje por la antigua carretera, entre más alejados estuviera del puerto sería más seguro.

Tristán se mantenía atento a cualquier cambio, pero Pandora comenzaba a sentir que los párpados le pesaban mucho, las pasadas noches en vela le estaban pasando la cuenta, se abrazó al cuerpo de su esposo y dejó que su cabeza encontrara su espacio favorito, justo encima del corazón de Tristán, allí donde podía escuchar los latidos de su corazón.

De pronto sintió que el carruaje comenzaba a ir más rápido, sacándola del plácido estado, buscó con su mirada los ojos de Tristán y vio que él también se mostraba desconcertado, eso disparó de inmediato la angustia dentro de ella.

Tristán intentó esconder su turbación de Pandora, le dio un suave beso en los labios y la instó a que volviera a dormir, intentando relajar la tensión en ella a través de la caricia que le brindaba en la espalda. De pronto escuchó que el chofer y el escolta comenzaron a hablar con rapidez, aunque no lograba escuchar sus palabras, sí podía percibir que algo anda mal, volvió medio cuerpo para levantar la ventanilla y averiguar lo que sucedía.

—¿Qué ocurre? —preguntó intentando sonar casual para no asustar más a su mujer y a Jeannette, quien también había despertado.

—Vimos unas luces detrás de nosotros mi lord, parecía ser un carruaje, pero ya lo perdimos —contestó el escolta mostrándose seguro—. Sin embargo, es mejor apurar la marcha, así estaremos en el puerto de Toulon para el mediodía y el barco podrá zapar hacia Barcelona de inmediato —indicó haciéndole ver al conde que los planes continuaban según lo acordado.

—Perfecto, estén muy atentos y me informan de inmediato si algo extraño sucede —pidió Tristán mirando a los ojos al jefe de su guardia y después cerró la ventanilla.

Se volvió a mirar a su mujer dedicándole una sonrisa para relajarla, le dio un beso en la frente al ver que la angustia se alejaba de ella y su semblante se mostraba tranquilo de nuevo. Asintió en dirección a Jeannette para que también se calmara y cerró los ojos pretendiendo que él también lo hacía, pero todos sus demás sentidos estaban alertas a cualquier cambio que pudiera ocurrir en el exterior.

Media hora después escuchó el inconfundible sonido de varios caballos que se acercaban a todo galope, se irguió en un movimiento brusco despertando a Pandora, la tomó por los hombros para pedirle que siguiera durmiendo cuando dos disparos retumbaron muy cerca del carruaje y de inmediato las voces de los escoltas comenzaron a dar gritos regresando el ataque a los jinetes que los seguían.

—¿Qué ocurre André? —preguntó abriendo la ventanilla.

—Nos están atacando, le han dado a Maurice —respondió refriéndose al chochero que apenas podía controlar las riendas de los caballos con una mano.

—¡Malditos! Manténganlos alejados, yo me encargaré de las riendas —ordenó poniéndose de pie para salir del coche que seguía en movimiento y lo hacía tambalearse.

—¡No, no! Tristán no salgas por favor… no vayas, diles que detengan el carruaje —pidió Pandora sujetándolo por la cintura.

—Tengo que ayudarlos Pandora, si no sujeto las riendas terminaremos estrellándonos —mencionó intentando liberarse.

—Si sales pueden herirte… por favor no lo hagas —rogó mirándolo a los ojos mientras lloraba.

—Estaré bien Pandora, te prometo que estaré bien, son solo unos jinetes, podemos escapar de ellos —aseguró tomando el rostro de su esposa entre las manos y le dio un beso breve en los labios.

—¡Tristán! —gritó, pero no pudo detenerlo.

Él abrió con agilidad la compuerta del carruaje y se detuvo en el estribo mientras se sujetaba para ocupar un espacio junto al cochero, vio que el hombre cada vez lucía más pálido y aunque eso lo haría perder tiempo no pudo evitarlo.

—André ayúdame a meterlo dentro del carruaje, si lo dejamos aquí quedará expuesto a que le den otro tiro. —Le pidió a su escolta.

El soldado lo tomó por los hombros mientras que Tristán le sujetaba las piernas y casi se lanzó todo el peso del hombre sobre su cuerpo, sintió unas manos que lo ayudaban desde el interior y pudo ver que eran las de Pandora. Entre los dos lo metieron y lo sentaron con cuidado, ella se

quitó el chal que llevaba para hacer un torniquete en la herida, tratando de pararle la hemorragia.

—Estaremos bien —mencionó de nuevo Tristán, salió saltando al asiento para tomar las riendas que llevaba André.

Las maniobras para poner a salvo a Maurice hicieron que redujeran la velocidad, por lo que les dieron ventaja a las personas que los seguían. Tres nuevos disparos retumbaron en la oscuridad y el quejido del escolta que iba en la parte posterior les anunció que lo habían herido, Tristán rezó para que no fuera de gravedad, pero sus plegarias fueron en vano, el cuerpo de Dominic cayó en el camino quedando tras ellos y aunque le hubiera gustado parar para recogerlo, sabía que era una locura, así que azotó más a los animales.

Dorian despertó asustado cuando escuchó los últimos disparos, comenzó a llorar al verse en un lugar extraño y moviéndose abruptamente, aunque reconoció el olor de su niñera no logró calmarse y empezó a llamar a Pandora a gritos.

—¡Mami, mami!

—Aquí estoy Dorian… ven con mami, ven con mami. —Estiró los brazos para pedírselo a Jeannette y lo acurrucó contra su pecho.

Cambió de lugar con ella para que Dorian no viera a Maurice herido mientras llenaba la coronilla de su hijo de besos e intentaba no temblar demasiado para no asustarlo.

—¿Qué pasa? ¿Qué… pasa? —preguntó en medio de hipos y se estremecía a causa de las lágrimas.

—Hay muchos baches en el camino mi amor, pero no pasa nada.

—¿Dónde está papi? ¡Papi! —llamando a Tristán.

Pandora vio que intentaba separarse de ella para buscarlo, no podía dejar que lo hiciera porque antes vería a Maurice herido y eso lo asustaría aún más, llevó una mano hasta la suave mejilla para retirar las lágrimas mientras se tragaba las suyas.

—Está ayudando a André con los caballos, es que el camino tiene muchas piedras Dorian… y Maurice se tomó un descanso —dijo haciéndole una seña a Jeannette para que cubriera con algo el brazo ensangrentado del cochero.

—Vizconde Dorian —lo llamó Maurice y se esforzó en poner una sonrisa en sus labios cuando el niño se volvió a mirarlo—. ¿Sabe por qué su padre es conde? —inquirió mirándolo.

—No —respondió negando con la cabeza dejando de llorar frente a Maurice porque los hombres no lo hacían.

—Porque es muy malo para ser cochero —acotó riendo y se alegró al ver que su gesto contagiaba al niño.

Pandora le dedicó una mirada de agradecimiento, pero le fue imposible sonreír, sentía que cada músculo en su cuerpo estaba demasiado tenso y el miedo no disminuía un solo segundo, se llevó la mano que tenía libre a la medalla con la imagen de la Bonne Mère[1], aferrándose a ella y a su fe para que Dios salvara a su familia.

La poca calma que había conseguido mediante la oración se rompió cuando una serie de nuevos disparos llenaron el aire, dos de ellos impactaron en la parte trasera del coche justo donde se encontraban sentados Maurice y Jeannette, la chica solo sufrió un rasguño en su cadera de una estilla de madera. El cochero llevó la peor parte, la bala logró entrar y lo hirió en la cabeza, ni siquiera emitió un grito o un leve quejido, solo quedó muerto con los ojos abiertos y una espantosa mueca de dolor le trasformó el rostro.

—¡Oh Dios mío! —exclamó Pandora y de inmediato se llevó la mano a la boca para ahogar su llanto.

—Mami dile a papi que venga... Tengo miedo —pidió Dorian llorando y su pequeño cuerpo

temblaba de nuevo.

—Jeannette, ¿estás bien? —preguntó alarmada Pandora al ver que estaba sangrando, la vio asentir mientras lloraba—. Esto es una locura… es una locura —decía mientras apretaba a su hijo contra el pecho sin poder dejar de llorar—. ¡Santo cielo! —gritó cuando una ráfaga de nuevos disparos zumbó cerca del carruaje.

—¡Quiero irme a casa! ¡Quiero irme a casa! —comenzó a gritar Dorian llevando sus manos a las mejillas de su madre—. Mami llama a papi, dile que venga… dile que venga, quiero regresar a la casa —suplicaba en medio de sollozos.

—Vamos a regresar a casa mi amor, no llores, no llores —aseguró mirándolo y después se volvió para subir la ventanilla.

Se llenó de terror cuando vio que Tristán estaba solo llevando las riendas del caballo, habían derribado a André y todavía él seguía con su afán de mantener esa locura, se puso de rodillas en el asiento.

—¡Tristán! ¡Tristán detén el carruaje! ¡Por favor para ya! —gritaba, pero él parecía no escucharla—. ¡Tristán nos van a matar a todos! ¡Por el amor de Dios detente! —sus intentos por hacerlo entrar en razón no funcionaban; por el contrario, solo estaba asustando más a Dorian.

—Mami ya… ya —pedía tocándole la cara para que lo viera.

—Lo siento mi vida, lo siento mucho… no lo haré más, no lo haré más —mencionó y al ver que Jeannette se acercaba para tomarlo ella negó con la cabeza—. Tú estás herida, por favor cierra los ojos de Maurice —su voz se quebró al decir eso y las lágrimas bajaron copiosas por sus mejillas mientras arrullaba a su hijo.

Se sobresaltó al sentir que el carruaje se tambaleaba de un lado a otro y pensó que se volcarían, abrazó a su hijo con fuerza cerrando los ojos para esperar lo peor, pero el alivio llegó hasta ella cuando escuchó la voz de Tristán.

—Los perdimos… no te preocupes Pandora —mencionó a través de la ventanilla mirándola.

—¿Acaso te has vuelto loco? ¡Casi nos matan Tristán! —Le reprochó mirándolo a los ojos y de pronto vio como André se sentaba junto a su esposo, estaba herido, pero al menos vivía.

—Eran unos bandidos —informó el jefe de la escolta.

—No creo que lo fueran… —decía Tristán.

—Los oficiales del regimiento no se atreverían a disparar a un carruaje sin dar aviso de alto antes, no son asesinos a sueldos —acotó con reproche, él en algún momento fue un oficial.

—¿Puedes tomar las riendas un momento mientras voy a intentar calmar a Pandora y a mi hijo? —preguntó mirándolo.

—Claro —respondió, recibiéndolas con un asentimiento.

Tristán entró al carruaje encontrándose a Pandora abrazada a su hijo con la cara gacha mientras lloraba y temblaba aferrada a Dorian, esa imagen le partió el corazón a la mitad.

—Lo siento —dijo posándole una mano en la mejilla—. Pandora amor por favor mírame. —Apenas se percataba que su mano estaba herida, seguramente las riendas las había rasgado.

—Esto es una locura Tristán … por favor regresemos —esbozó mirándolo a los ojos y sorprendiéndose al ver que sangraba—. ¡Por Dios, estás herido! —mencionó alarmada tomándole la mano.

—No es nada, fueron las riendas, estoy bien… ¿Cómo estás campeón? —le preguntó a Dorian acariciándole el cabello.

—Quiero regresar a casa —contestó el niño hipando.

Tristán sintió que un nudo se le formó en la garganta al ver la mirada llena de tristeza de su hijo, se acercó para darle un beso en la frente al tiempo que luchaba contra el llanto que quería

doblegarlo.

—Iremos a casa… todos iremos a una nueva casa y estaremos bien campeón —decía intentando sonreír para animarlo.

—¡Tristán!

Escuchó la voz de André gritar y supo de inmediato que algo malo ocurría de nuevo, se alejó de su familia y estaba por salir cuando Pandora lo tomó de la mano aferrándose a él.

—No, por favor, Tristán … quédate con nosotros, no salgas —rogó mirándolo a los ojos, sin querer ocultar su miedo.

—Papi… no, no… quédate, quédate —pidió Dorian halándolo por la capa y las lágrimas de nuevo surcaban sus mejillas.

—Tengo que ir, tengo que ayudar a André —contestó mirándolo a ambos y sus ojos también estaban cristalizados.

—Por favor ya detén todo esto… regresemos a casa y dejemos todo en manos de Dios, Tristán —pidió sujetándolo con fuerza.

—Lo haré… lo haré, pero déjame ayudar a André está herido no puede llevar a los caballos él solo —indicó siendo sincero.

—¡Tristán, hay dos carruajes detrás de nosotros!

—¡Demonios! —gritó siendo invadido por la desesperación.

—¡Dios mío por favor ayúdanos! —suplicó Pandora al cielo.

Dorian comenzó a llorar al ver a su madre así, sentía que el miedo ya no cabía en su pequeño cuerpo, haló aún más a su padre y entre balbuceos le pedía que parara el coche y volvieran a casa.

—Campeón mírame… mírame —pidió sujetándole el rostro con ternura—. Tú eres un hombre, eres un caballero y vas a cuidar de tu mamá, no vas a dejar que llore más… prométeme que cuidarás de ella y no dejarás que tenga miedo —pronunció mirándolo a los ojos—. ¿Me lo prometes Dorian? ¿Prometes que cuidarás de tu mamá?

El niño asintió, inspirando para tragarse las lágrimas y portarse como un caballero, miró a los ojos de su padre.

—Lo prometo, cuidaré de mami… lo prometo papi —expresó con la voz ronca, pero su actitud mostraba seguridad.

—Tristán, no… no hagas esto —pidió Pandora buscando su mirada, sintiendo que esas palabras la estaban matando.

—Jeannette vamos a intentar llevar el carruaje tanto como podamos… si las galeras que nos siguen son de la Inquisición correrás junto a la condesa y Dorian hasta el bosque, André y yo los distraeremos mientras ustedes se esconden… se quedarán allí hasta que amanezca y después irán con el capitán Bouffort, él los llevará hasta Barcelona… —decía mirándola.

—¡Basta, Tristán! ¡Basta! —esbozó Pandora sin poder creer que él estuviera pensando en sacrificarse solo, se suponía que todos estarían bien, que él los salvaría a todos.

—Pandora… mi amor por favor, haz lo que te digo.

—¡No! no haré nada de eso, no iré a ningún lado si tú no vienes con nosotros —pronunciaba cuando escuchó la detonación de varias armas y casi cae cuando los caballos se lanzaron a correr sin control.

—¡Tristán necesito ayuda! —gritó André a través de la ventanilla.

—Ayúdelo, yo me encargaré de todo —mencionó Jeannette tomando la situación en sus manos.

—Dorian, cuida de tu mamá… Te quiero hijo, te quiero recuérdalo siempre —expresó

mirando al niño a los ojos y le entregó una sonrisa al ver que su pequeño valiente asentía dejando de llorar.

—Cuidaré de mami —confirmó rodeándole el cuello con sus pequeños brazos y dándole un beso en la mejilla.

Pandora no podía ni siquiera hablar, solo negaba con la cabeza mientras las lágrimas bajaban como torrentes, su corazón pareció detenerse cuando Tristán pegó la frente a la suya y después le dio un suave roce de labios, intentó alejarse, pero ella no lo dejó.

—Quédate con nosotros… quédate conmigo —rogó aferrándose con la mano a la nuca de su esposo.

—Te amo Pandora, te amo con toda mi alma… —mencionó y quitó la mano de ella de su cuello, le dio un beso en el dorso soltándola después y salió del carruaje.

—Tristán … Tristán … por favor. —Los sollozos apenas la dejaban hablar y respirar se le hacía cada vez más difícil.

—No llores, mami… no llores, yo cuidaré de ti —esbozó Dorian secándole las lágrimas y ella comenzó a besar sus manos.

De pronto una ráfaga de diez disparos tuvo como objetivo el carruaje, algunos impactaron en la estructura y otros en sus ocupantes, Jeannette recibió uno en el hombro mientras que a Pandora uno la alcanzó en la mejilla, apenas un rasguño, pero le dolió como si la hubieran marcado con un hierro ardiente.

Los que iban en el exterior recibieron la peor parte, André recibió dos impactos en la espalda y Tristán fue víctima de una bala que se incrustó en su hombro izquierdo, no pudo seguir manteniendo las riendas en sus manos y el carruaje se precipitó fuera del camino.

Al caer en la zanja se volcó dando varias vueltas y terminó estrellándose contra la hilera de árboles que lo bordeaban, rompiéndose a la mitad por el fuerte impacto. Los gritos de Jeannette, Dorian y Pandora dentro se dejaron de escuchar justo antes del choque, todo quedó en silencio por un par de minutos.

Cuando Pandora logró reaccionar lo primero que buscó fue a Dorian, las vueltas que dio el carruaje hicieron que se les escapara de los brazos, ella se encontraba encima del cuerpo inerte de Jeannette quien se había roto el cuello, pero no lograba ver a su hijo.

—¡Dorian! ¡Dorian! —gritaba luchando por salir.

Al fin consiguió librarse de los restos del carruaje y lo primero que vio fue el cuerpo de André que había sido aplastado por el armazón, se llevó una mano a la boca para acallar el grito de horror al ver cómo sus piernas y brazos estaban destrozados. Sintió que entraba en pánico cuando su mirada se posó con el cuerpo de Dorian a pocos metros de allí, estaba tendido boca abajo y parecía estar inconsciente, corrió tan rápido como sus piernas trémulas se lo permitieron y se dejó caer junto a su hijo.

—Príncipe despierta, abre los ojos… soy mami mírame, por favor, Dorian, mírame… abre los ojos —pedía sintiendo que el alma se le iba al no obtener respuesta, se llevó las manos de su hijo a los labios y comenzó a besarlas sintiendo que estaban heladas—. Dorian mírame… mírame por favor, soy mami… soy mami —acercó su rostro a la pequeña nariz y al sentir que no respiraba algo en su interior se quebró— ¡No! ¡No, Dios mío! ¡No! ¡Dorian por favor! —pedía a gritos mientras arrullaba el cuerpo sin vida de su pequeño.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, no quería ser consciente de nada, ya no le importaba si llegaban por ella y la apresaban. De pronto escuchó unos quejidos que provenía de un lugar cercano y una voz que la llamaba, reconoció de inmediato que era Tristán.

—Pandora… Pandora. —Los gritos de su mujer lo sacaron del estado de aturdimiento en el

cual lo había dejado el golpe.

Sentía dolor en todo el cuerpo por el impacto que sufrió cuando salió volando del carruaje, además de la herida de bala en su hombro, que no dejaba de sangrar, escupió para aclarar su voz y lograr que ella lo escuchara, sabía que estaba viva, la había oído. Se puso de pie sujetándose del árbol contra el cual se había estrellado y caminó buscándola en la oscuridad, las luces de los carruajes que se acercaban le permitieron verla cerca de donde se encontraba.

De inmediato pensó que tenían posibilidad de esconderse, si ella tenía a Dorian correrían hasta el bosque y se ocultarían, aún había esperanzas. Obligó a sus piernas a ir más de prisa mientras su vista nublada por la sangre que le bajaba de alguna herida en la cabeza le hacía el trayecto más difícil, al fin llegó hasta su mujer quitándose la capa para que ella se cubriera junto a su hijo, la noche estaba helada.

—Vamos Pandora… debemos escondernos —señaló aliviado al ver que aparentemente ella y Dorian se encontraban bien.

Pandora elevó el rostro para mirarlo con una tristeza que le era imposible ocultar, dejando correr su llanto volvió la mirada al cuerpo sin vida de Dorian, no había palabras para expresar lo que sentía en ese instante y Tristán lo supo.

Las lágrimas le quemaron las mejillas cuando su consciente asimiló la muerte de su hijo, se volvió loco de dolor y de ira, regresó corriendo hasta el carruaje y le quitó el arma que llevaba el cuerpo de Maurice, tropezó con la que traía André y también la tomó, armado arrancó hacia el camino por donde se acercaban los dos carruajes que los perseguían y les disparó.

—¡Maldito asesinos! ¡Malditos asesinos!

Gritó alcanzando con las balas a tres de los hombres que bajaron del primer carruaje y se acercaban a ellos, uno iba vestido de oficial y los otros dos eran civiles. Las balas les destrozaron las cabezas, pues la furia que corría por las venas de Tristán afinó mucho más su puntería, de por sí de las mejores del condado.

—¡Tristán no! —exclamó Pandora poniéndose de pie con su hijo en brazos—. ¡Por favor detenten! ¡Tristán! —Corrió hacia él para intentar calmarlo y evitar que le hicieran daño.

Cuando estaba por llegar el resto de los hombres abría fuego y tres balas impactaron el cuerpo de Tristán haciéndolo tambalearse, de inmediato manchas carmesí comenzaron a pintar la camisa de lino blanco que llevaba y Pandora una vez más sintió que su mundo estallaba en pedazos, vio cómo las rodillas de su esposo flaqueaban y corrió hasta él logrando atajarlo antes de que cayera tendido en el suelo, pero el peso del cuerpo de Tristán se la llevó a ella también.

# Capítulo 25

A medida que Pandora hablaba su voz se iba transformando, era más ronca, su cuerpo temblaba aún más. Nathaniel deseaba pedirle que parara, pero sabía que no lo haría, ella necesitaba dejar salir todo eso de su pecho, tal vez era lo mejor; sin embargo, temía que terminara destrozándola.

—¡Dios mío! —exclamó Pandora regresando de sus recuerdos.

Sentía cómo una vez más el alma se le desgarraba, su cuerpo temblaba con fuerza y el llanto bañaba su rostro, las sensaciones eran idénticas a las de esa noche.

Nathaniel se acercó a ella y le tomó una mano entre las suyas, colocándose de cuclillas para mirarla a los ojos, pidiéndole que no continuase, Pandora lo comprendió, pero negó con la cabeza, necesitaba continuar, decirle todo lo que había ocurrido.

—Por favor no sigas… no sigas, Pandora… no te hagas más daño, ya déjalo… por favor. —Nathaniel lloraba junto a ella.

No podía evitar sentir un gran dolor en el pecho, quizás el mismo que la embargaba a ella, la tomó en brazos y la acurrucó como a una niña, meciéndola e intentando que se calmara.

—Me dejé caer al lado de su cuerpo, viendo cómo agonizaba, sacando fuerzas de donde no tenía lo levanté para que pudiese respirar y no se ahogara con la sangre en su garganta… lo único que logró decir fue… «Perdóname» —Su voz se quebró al repetir la última palabra que le dijo su esposo, cerró los párpados trémulos, pero no pudo contener las lágrimas que seguían brotando.

Nathaniel tragó el nudo de lágrimas que le cerró la garganta al imaginar la escena, también cerró los ojos temblando junto a ella.

—Apretó mi mano con fuerza y con la otra acarició el rostro de Dorian, rompió a llorar con tanto dolor… yo sentía que el mundo se me estaba cayendo a pedazos, que no soportaría y todo terminó de derrumbarse cuando la luz que iluminaba los ojos de Tristán desapareció… Yo quedé con los cuerpos de mi esposo y mi hijo inertes entre mis brazos… y todo por mi culpa… —expresó y a esas alturas no contralaba su dolor ni su llanto o su rabia y se puso de pie alejándose del abrazo de Nathaniel.

—¡Tú no los asesinaste Pandora! ¡Por Dios no tienes porqué sentirte culpable! —exclamó poniéndose de pie, mirándola—. Fue la ambición de esa gente, fueron ellos los que desencadenaron toda esta desgracia… tú no tuviste nada que ver con lo que le pasó a tu familia, solo fuiste una víctima…

—Si no hubiesen hecho esa acusación… si no hubiesen forzado a Tristán a actuar como lo hizo, nada de eso habría ocurrido. Todo era por mí… ¿Por qué no me mataron como lo hicieron con ellos? ¿Por qué no me quitaron la vida cuando les rogué que lo hicieran? —preguntó a gritos llena de dolor e ira.

—¿Qué te hicieron? —inquirió él con voz estrangulada.

Una imagen dantesca de Pandora siendo abusada por esos hombres se instaló en su cabeza y un fuego intenso se apoderó de su pecho, en ese instante sintió los mismos deseos de Tristán.

—¡Uno de los malditos Sagnier se había obsesionado conmigo desde la fiesta de mi presentación! Yo no tenía ni idea… dejé de responder las notas de los regalos que enviaban cuando Tristán comenzó a cortejarme, ni siquiera recordaba que uno de esos hombres que enviaba flores se apellidase así… todo eso lo descubrí después, no solo era la fortuna —expresó asombrando a Nathaniel.

Al ver que él no comprendía porque ciertamente nadie esperaba un giro como ése en la historia, decidió continuar con lo que vino después de la muerte de su familia.

—Me arrancaron de los cuerpos de Tristán y de Dorian, yo intenté forcejear con ellos, tal vez buscaba que me mataran a mí también, ya no tenía motivos para seguir viviendo y al ver que mis ruegos no tenían efecto me lancé a atacarlos —dijo trayendo a su memoria ese recuerdo, sentía cómo su pecho se encendía ante el odio que le provocaba—. Gautier me tomó por los brazos y me zarandeó con fuerza para calmarme, yo le escupí en el rostro ganándome una bofetada —señaló sin mirar a Nathaniel.

—¿Era él? ¿Fue él quien se obsesionó contigo? —preguntó sintiendo crecer la repulsión en su cuerpo.

—No, fue su hermano menor, Gustave… quien también impidió que Gautier me diera otro golpe, les advirtió a todos que si se atrevían a ponerme una mano encima los mataría… me subió a uno de los carruajes y aunque su actitud buscaba darme consuelo, yo solo podía sentir odio y desprecio por él, por todos los que asesinaron a mi familia —respondió mirándolo a los ojos.

—¿Los hombres que los perseguían eran realmente de la Inquisición o unos bandidos como dijo tu escolta? —preguntó Nathaniel sintiendo que había mucho más por conocer.

—Los jinetes eran unos espías puestos por los Sagnier, estaban apostados cerca del castillo y vieron cuando salió nuestro carruaje. Dos de ellos fueron a informarles mientras los otros tres decidieron seguirnos, esos fueron a los que André, Dominic y Tristán derribaron —respondió evidenciando el odio en su voz.

—¿Qué sucedió contigo después? ¿Charles acudió en tu auxilio? —inquirió esperanzado que así hubiera sucedido.

—No… —Pandora negó con la cabeza mientras las lágrimas asomaban de nuevo a sus ojos—. Los Sagnier fueron al castillo para comprobar que habíamos escapado, no les servía de nada seguir a un carruaje vacío y ponerse en evidencia… Tenían que cerciorarse de que éramos nosotros quienes íbamos en ese carruaje, así que intentaron obligar a Charles y a nuestro mayordomo hablar, al no conseguirlo… los asesinaron. —Dejó libre todo el dolor que el recuerdo le provocaba.

—Lo siento, Pandora… lo siento tanto —mencionó Nathaniel acercándose para consolarla, tomando su mano y brindándole una suave caricia.

—Las cosas no acabaron allí… los hombres que me tomaron cautiva me llevaron a un calabozo en el regimiento. Pedí que me dejaran ver al obispo, que me dejaran al menos darle cristiana sepultura a mi familia, nadie me escuchó y ellos fueron enterrados en fosas comunes —mencionó con rabia, tanta que se alejó de Nathaniel para que no sintiera la fuerza de su odio, esa devastadora.

Él escuchaba atentamente cada una de las palabras de Pandora, no podía concebir que en el mundo existiese tanta barbarie, no era un ingenuo y sabía que las guerras por ambición siempre habían existido; sin embargo, nunca le tocó ver a alguien que la hubiera vivido en carne propia como a Pandora.

—Un mes después llegaron mis tías, intentaron hacer cuanto pudieron para liberarme, pero no consiguieron nada, tía Amaranta cayó enferma con la peste, murió quince días después… le pedí a tía Amelia que se marchase y no volviese, que no quería perderla a ella también. Los Sagnier se apoderaron del castillo y de muchas de nuestras tierras, el Inquisidor también recibió su parte y el condado fue absorbido por la corona.

—Pero… ellos no podían hacer eso, tú eras la heredera de Tristán, eras la condesa de Provenza, todo eso te pertenecía —acotó él sintiéndose asombrado y furioso.

—Ellos me lo quitaron todo y me mantuvieron encerrada durante tres meses en aquel calabozo, en medio de inmundicia, ratas y expuesta a la peste, pero por desgracia ésta no me tocó. Eso fortalecía su teoría, decían que yo era una bruja y por eso era inmune a la enfermedad…

—Fue extraño, ¿no te parece? —preguntó intrigado.

—Sí, yo tenía la herida en el rostro y mi tobillo sufrió también una lesión durante el accidente, pasaba días sin comer, solo lloraba día y noche… pero no llegué a enfermarme, tampoco consigo explicarme por qué… —comentó dejándole ver que eso también seguía siendo un misterio para ella—. Igual ese argumento mantuvo a los guardias que abusaban de las demás mujeres en la prisión lejos de mí, me temían…

Ella tuvo la suerte de no ser abusada, no físicamente pero su mente sí vivió el horror de las violaciones, escuchaba los gritos de las jóvenes cuando eran desgarradas por aquellas bestias, el sonido de los golpes que les daban para hacerlas callar o ese que hacían los cuerpos al chocar y llegó a resultarle repulsivo mientras los sollozos cargados de resignación llenaban el aire cuando dejaban de luchar y después el golpe que producían sus cuerpos al caer al piso casi inertes.

—¿Cómo lograste salir de ese lugar, Pandora? —preguntó Nathaniel para sacarla de sus pensamientos, podía ver a través del semblante endurecido y la mirada perdida de ella que algún recuerdo la torturaba y no quiso que siguiera haciéndolo.

Ella volvió la mirada hacia Nathaniel de nuevo, lanzando lejos esos episodios que fueron de los más difíciles de sobrellevar estando en prisión, esos que a veces regresaban para atormentarla.

—Una noche antes del Acto de Fe donde me llevarían a la hoguera, un grupo de campesinos armados crearon una revuelta y atacaron la prisión. Aún teníamos amigos con poder que deseaban vengar la muerte de mi esposo y también acabar con los desmanes del Inquisidor… la mayoría de ellos temían correr con la misma suerte de mi familia y por eso decidieron atacar el asunto en la raíz.

—Asesinaron al desgraciado —concluyó Nathaniel.

—No, aunque mucho lo deseaban no podían exponerse de esa manera, al menos ellos no… —Calló sus palabras, no quería llegar aún a esa confesión, tomó aire y continuó—: Nos liberando a todos y quemaron el regimiento. Yo me encontraba aturdida y deambulaba por las calles, algunas personas intentaron ayudarme, pero lo único que deseaba era llegar hasta el cementerio para visitar las tumbas de Tristán y mi pequeño Dorian, después de eso quitarme la vida…

—Pandora —susurró Nathaniel sintiendo un profundo dolor ante la sola idea, se acercó una vez más a ella para mirarla.

—Ya no tenía motivos para vivir… no me quedaba nada. Cuando al fin logré llegar me encontré con quien menos esperaba… Leal estaba acostado junto a la lápida donde estaba inscrito el nombre de Dorian —esbozó con la voz ronca por las lágrimas que inundaba su garganta y que brotaron de sus ojos sin poder evitarlo.

Nathaniel sonrió al ver que la mirada de Pandora se iluminaba a pesar de las lágrimas, solo fue unos segundos, pero eso lo hizo sentir como si el sol saliera. Dentro de él también había despertado ese deseo de protegerla que sintió Tristán, viéndola tan vulnerable y lastimada le pareció mucho más joven.

—Tener la presencia de Leal cerca me hizo sentir consolada en principio, pero poco a poco iba removiendo recuerdos en mí que acrecentaron el dolor de la pérdida. Me quedé allí por horas… no me importaba si me encontraban y me apresaban de nuevo, ya no me importaba nada, el odio en mí era tan grande que sentía que estaba a punto de hacerme estallar en mil pedazos —se

detuvo dejando libre un suspiro antes de llegar a ese momento en el cual su vida volvió a cambiar y esta vez para la eternidad.

Nathaniel sabía que había mucho más tras ese silencio, pero no quería presionarla, Pandora le había dado mucho esa noche, más de lo que esperaba; su historia fue en verdad muy triste e injusta. En ese instante se dio cuenta de lo estúpido que fue en el pasado, cómo se lanzó a acabar su existencia cuando Rosemary lo dejó, una decepción amorosa jamás podría comprarse con lo que vivió ella.

La mirada gris de Pandora vio a través de la ventana la figura de Hazazel, desde hacía un rato comenzó a sentir su presencia cerca, él la observaba con una sonrisa torcida en los labios, pero su mirada era seria, obviamente le estaba exigiendo que continuara, que no le quitara el protagonismo que tuvo en su historia. Ella dejó escapar un suspiro mientras cerraba los ojos sintiéndose derrotada, asintió dándole a entender al demonio que no callaría nada.

—Cuando el sol apenas mostraba sus primeros rayos abriéndose paso entre la bruma de la mañana, un hombre llegó hasta mí… pensé que era alguien de la Inquisición por como venía vestido… pero era todo lo contrario… —Arrancó su mirada de Hazazel y se volvió para ver a Nathaniel, pero tuvo que esquivar sus ojos también.

—¿Fue quien te dio el poder que tienes ahora? ¿Quién te convirtió en aquello por lo cual te habían condenado? —preguntó Nathaniel sintiendo una rabia apoderarse de su cuerpo.

En ese instante comprendía que ella solo había actuado llevada por el dolor, que el ser miserable que la transformó en lo que era solo se había aprovechado de ella, jugó con sus deseos de vengar a los suyos.

—Fue quien me dio la oportunidad de hacerle justicia a mi familia —contestó ella sin volverse a mirarlo—. Yo le pedí que me diera esto justamente… Si ellos destruyeron todo lo bueno que tenía basándose en una mentira, entonces yo haría que la mentira se convirtiera en realidad… me convertiría en su pesadilla… y lo cumplí —dijo de manera tajante.

—¿Cuál fue el costo, Pandora? ¿Qué tuviste que entregar a cambio del poder que tienes ahora? —inquirió sintiéndose furioso e impotente, ella una vez más fue víctima de ese engendro, la condenó.

—Lo que tuve que entregar es lo de menos.

—¿Qué? —preguntó una vez más y su tono de voz era duro.

—¡Mi alma! Tuve que darle mi alma, pero qué importancia tiene eso si yo no quería vivir, me daba igual lo que pasara conmigo —espetó molesta al sentirse acorralada—. Ya había decidido acabar con mi vida, elevé la mirada al cielo y el imponente árbol se mostró ante mí como la única salida… entonces lo decidí, lo haría, acabaría con mi dolor y el vacío de no tener a Tristán y a Dorian, conmigo.

Nathaniel se quedó en silencio, no tenía la moral para reprocharle a Pandora que hubiera pensado en el suicidio, él de una u otra forma también lo hizo, aunque nunca lo concretó, todas esas veces que se lanzaba a pelear con cuanto delincuente se le atravesara solo buscaba que lo mataran, porque fue tan cobarde que no se atrevía a hacerlo él.

—En lugar de eso tuve mi revancha —pronunció Pandora, su voz estaba carente de sentimientos—. Tristán le quitó la vida a tres de los hombres que provocaron el accidente, pero yo me encargué de los demás… ninguno escapó a mi justicia, ni los que estaban presentes ese día ni los demás involucrados, dejé que toda la furia que había en mí, alimentara la fuerza y los poderes que Hazazel me había dado…

—¿Qué hiciste con el obispo? —preguntó Nathaniel, no por morbo, era solo curiosidad.

Pandora dejó ver una sonrisa que la hizo ver tan hermosa como peligrosa, su mirada se

oscureció resaltando en su rostro que había tomado un blanco sobrenatural, esa fue la vida que más disfrutó de arrebatar, ese hombre merecía lo peor.

—Contribuyó con la causa que tanto defendía, lo hice armar su propia hoguera, terminó ardiendo tal como pretendía que lo hiciera yo —contestó recordando los gritos desesperados del hombre cuando las llamas se apoderaron de él. Pero ya no sonreía, pues recordó que el vacío que sentía en el pecho tampoco se llenó con ese acto.

—Eso no fue justicia, fue venganza, Pandora. —Le reprochó mirándola a los ojos, su ceno estaba profundamente fruncido.

—Venganza, justicia ¿A quién le importa? Uno a uno de los que me lastimaron tuvieron su merecido, cada uno de los que llevaba por sus venas la sangre de los Sagnier corrió el destino que mi mano les impuso… Arrebaté fortunas como me arrebataron la mía, quité hijos, esposas, esposos… nada me importaba, nada aliviaba mi dolor y quería que ellos sintieran lo mismo, que desearan morir como lo hacía yo… ¡No me importaba la maldita justicia! —gritó desbordando ira.

—¡Pandora, basta! ¿Crees que todo lo que hiciste estuvo bien? ¿Qué es para vanagloriarse de ello? —preguntó molesto mientras la tomaba por los hombros para mirarla a los ojos.

Se sorprendió al ver que se encontraban completamente vacíos, negros como la noche, sin rastro de luz, sin vida. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y sus manos la soltaron como si hubieran tocado brasas ardientes, de pronto sintió que esa mujer que estaba frente a él no era la misma Pandora que fue víctima, ésa era la asesina.

—¿Y acaso lo que ellos hicieron sí lo estuvo, Nathaniel? ¿Acaso yo merecía pagar por su ambición desmedida? ¿Merecía perder a mi familia de esa manera? —contestó con preguntas, su voz era calmada, pero podía helar la sangre.

—¡Por supuesto que no! Pero arrebatando vidas no lograrías que tu familia volviese a ti, solo te condenabas un poco más…

—¡Yo ya estaba condenada! Cada día que estuve en ese calabozo renegué de Dios… cada minuto que pasaba me llenaba de odio y desprecio contra él. Toda mi vida había actuado según sus preceptos, igual lo había hecho Tristán y así habíamos enseñado a Dorian… ¿Dónde estuvo Dios cuando los asesinaron? ¿Dónde estuvo cuando los vi inertes entre mis brazos? ¿Cuándo me arrastraban por ese campo alejándome de ellos? ¿O cuando me torturaban hasta hacerme sangrar para que confesara algo de lo cual no era culpable? ¿Dime dónde estaba Dios en esos momentos, Nathaniel? —Le gritó temblando ante la ira que la recorría.

Él se quedó congelado observándola, no de miedo, no temía por él sino por ella, por todo ese odio que aún guardaba y la estaba consumiendo poco a poco, que no dejaría que nunca fuese libre. Tal como decía ya estaba condenada, ella misma se había condenado y lo seguía haciendo mientras alimentase la ira que vivía dentro de su corazón y su alma.

Pandora lo miraba sin poder comprender cómo después de haber escuchado todo lo que le ocurrió, todavía creyese que aquellas personas merecían compasión, cómo podía él mostrarlos como víctimas cuando la única sacrificada fue ella, fue quien perdió todo. Lo mínimo que podía hacer era vengar la muerte de sus seres queridos. ¿Cómo se sentiría él si algo así le hubiese ocurrido? ¿Si le hubieran quitado a Rosemary de una manera tan atroz como le quitaron a Tristán? ¿Acaso se hubiese quedado de brazos cruzados mientras los asesinos quedaban impunes?

—¿Sabes algo, Nathaniel? Me acabas de confirmar que no hay una pizca de la esencia de mi esposo en ti, Tristán jamás se hubiese quedado sentado en un rincón lamentándose por su suerte… no lo hizo ¡A él lo mataron porque se enfrentó a los asesinos de nuestro hijo! —Le gritó

mirándolo a los ojos con resentimiento—. Te puedo asegurar que mi esposo no habría permitido que un crimen así quedara sin recibir un castigo, por eso yo tampoco lo hice y no me importa lo que pienses… o si crees que soy una mujer desalmada y vengativa… ¡Bien, créelo!

—Pandora… yo no. —Él intentó excusarse.

Quiso acercarse a ella para calmarla, pero la vio alejarse advirtiéndole con la mirada que no lo hiciera.

—Si me vas a despreciar por haberle hecho justicia a mi esposo y mi hijo por mi propia mano hazlo, no te reprimas… solo te digo una cosa ¡Eres un grandísimo hipócrita pues estando en mi lugar hubieses hecho exactamente lo mismo! —Pandora gritaba dejando salir todo el resentimiento y el dolor que llevaba dentro, luchando contra la fiera que Hazazel había creado para no dañarlo físicamente, pero no podía controlar su voz.

—Intenta calmarte, por favor… no te estoy juzgando, pero tampoco puedes pedirme que aplauda lo que hiciste, ¡Pandora arrebataste vidas! —le expuso mirándola a los ojos.

—¡Y ellos se llevaron la mía! —contestó descontrolada, respiró profundo para calmarse.

Toda la adrenalina que la había colmado minutos atrás, empezaba a abandonarla y sin poder evitarlo comenzó a llorar, mucho más al caer en cuenta que él no había comprendido nada.

—Ya no importa, Nathaniel… yo solo quería… no, no sé ni lo que quería… me dejé envolver por una quimera como me dijo Gardiel… y terminé más lastimada de lo que ya estaba… el amor que tuve con Tristán jamás volverá, tú no puedes dármelo… no eres él, yo lo perdí aquella noche y no lo tendré nunca más —su voz se entrecortaba por las lágrimas y se llevó las manos al rostro.

Su cuerpo se estremecía por el llanto, del dolor de sentir cómo ese insoportable vacío que había dejado la pérdida de su familia le abría en dos el pecho, se estaba muriendo de nuevo.

—Por favor Pandora… Intenta comprender…

—No, no tiene caso hacerlo… te juro que olvidarás todo esto… me alejaré y no recordarás lo que escuchaste esta noche ni nada que tenga que ver conmigo… —mencionó limpiándose el llanto que le bañaba el rostro, respiró profundamente y elevó la mirada—. Solo te doy un consejo, cuando uno ama de verdad y ama por sobre todas las cosas a alguien, jamás se queda en un rincón lamentándose, luchas con todas tus fuerzas por ese alguien, por mantenerlo a tu lado como sea… yo he mantenido a mi esposo en recuerdos, ha sido quien me ha dado la fortaleza para hacerle justicia, ésa que él no pudo tomar en sus manos… así que no me digas que lo que hice estuvo mal porque no fue así y porque si me viese en la misma situación lo haría de nuevo —sentenció dándole la espalda para salir del lugar.

Nathaniel se quedó mirándola estático, pero sintió de pronto que algo lo empujaba hacia adelante y lo despertaba de la elipsis en el cual había caído, corrió hasta ella y la tomó por la cintura, abrazándola con fuerza para impedirle que se fuera.

Pandora comenzó a llorar con fuerza y se rindió, por primera vez en mucho tiempo, ya no quería luchar más, no podía.

—Solo solo quiero tenerlo una vez más… decirle que no tengo nada que perdonarle, que soy yo quien debe pedirle perdón, que lo amo… que lo amé desde que nos conocimos… solo eso. —Hundió su rostro entre las manos.

Nathaniel la volvió tomándola por los hombros para verla a los ojos, con suavidad acunó el rostro entre sus manos y limpió las lágrimas que surcaban sus mejillas, pegó su frente a la de Pandora sintiendo cómo temblaba íntegra, la envolvió en sus brazos con los ojos clavados en los grises, que no lucían su color natural sino uno más oscuro.

—Haz que venga… tráelo aquí, Pandora, puedes hacerlo… si me necesitas para ello… hazlo, si quieres tenerlo una vez más y solo yo puedo ayudarte… hazlo. —Su voz estaba ronca, cargada

de unas emociones que ni él mismo lograba comprender.

# Capítulo 26

Pandora se quedó mirándolo, completamente desconcertada por las palabras que él había esbozado, seguía llorando y temblando, la verdad no sabía si había escuchado bien o solo eran sus deseos más profundos que le hacían una cruel jugarreta, cerró los ojos para escapar de su mirada atormentada.

Nathaniel pudo apreciar el miedo y la sensación de pérdida en ella, de decepción y vergüenza, era evidente que pensaba que estaba haciendo esto por lástima, pero él no lo sentía de esa manera, solo quería ayudarla, necesitaba ayudarla y no quería ahora cuestionar porqué lo hacía, simplemente se concentró en hacerle entender que no había nada equivocado.

—Pandora, mírame. —Le pidió en un susurro, ella negó con la cabeza sin abrir los ojos.

Él subió sus manos en una caricia lenta hasta llevarlas al delicado cuello mientras sus ojos se paseaban por el rostro pálido y hermoso, con suavidad deslizó sus dedos entre las hebras castañas, sintiéndola temblar y dejar libre un suspiro, despacio se aproximó al rostro de Pandora y rozó sus labios con los de ella, un toque tan leve como el viaje de una pluma en una suave brisa, justo así se movieron los labios de él sobre los de ella.

Pandora se congeló ante el gesto de Nathaniel, sus labios temblaron y sintió cómo su corazón latía lentamente, sus brazos caídos a cada lado de su cuerpo se mantuvieron exactamente igual, no se animó ni un solo instante a tocarlo, las lágrimas colmaban de nuevo sus ojos y los mantuvo cerrados para no dejarlas libres mientras sentía que él no le daba tregua, las caricias en su cuello y nuca continuaban, sus labios suave y tibios presionaban ligeramente, persuadiéndola de participar de ese intercambio que estaba desmoronando todos sus cimientos de a poco, pero con contundencia.

Suspiró y él aprovechó eso para deslizar su lengua por entre sus labios y hacer su invasión mucho más profunda, jadeó mientras sus manos viajaban a la cintura de Nathaniel para buscar apoyo y no caer cuando sintió sus rodillas doblarse ligeramente; él la estaba seduciendo, era evidente pero no era eso lo que ella deseaba… no así, no de esa manera.

—No… —susurró sacando fuerzas para separarse, pero Nathaniel no se lo permitió.

—Deseo que veas que quiero esto… no lo hago por lástima, Pandora —dijo mirándola a los ojos y bajando una mano por la espalda de ella mientras la pegaba a su cuerpo y buscaba sus labios una vez más, con más decisión esta vez.

—Para, por favor… yo no puedo… —Se tensó, su cuerpo comenzaba a ser presa de un exquisito calor que la turbaba.

Esa era la reacción física a los estímulos que él le brindaba, pero su corazón no podía obviar su verdad y su verdad era que ella no podía olvidar era completamente de Tristán y que tener a Nathaniel no sería lo mismo. Él no la amaba, su corazón también pertenecía a otra mujer, engañarse no era la salida a ese laberinto de dolor y soledad en el cual se encontraba.

Había imaginado todo eso, sí claro que lo había hecho, pero no de esa manera, ella deseaba que él la recordase, que la amase, quería a Tristán, no a Nathaniel

—¡No, basta! —exclamó apoyándole las manos para alejarse—. No lo entiendes, no entiendes Nathaniel, no es esto lo que yo deseo… Creí en algo que es imposible, me enfrasqué en un sueño… pero ya es tarde, es demasiado tarde; tú no tienes porqué fingir algo que no sientes, ni que ofrecerme algo que no está en ti darme… —decía cuando él la interrumpió.

—Perfecto, entonces haz lo que tengas que hacer para conseguir lo que deseas… Te aseguro que lo que puedas darme es mucho más de lo que tengo ahora, por si no te has dado cuenta mi vida es un desastre, un calvario… ¿Puedes cambiar eso Pandora? Bien, entonces hazlo porque es lo que deseo, yo también deseo con desesperación salir de este abismo donde me encuentro —confesó mirándola a los ojos.

—No tienes ni idea de lo que me pides, Nathaniel, esto no es tan sencillo, ni siquiera sé si pueda hacerlo… traer a Tristán no es solo invocarlo y hacer que tome posesión de tu cuerpo, nunca lo he hecho y no sé las consecuencias que pueda tener sobre ti…

—Lo hiciste el otro día… con esa visión, tú hiciste todo eso dentro de mi cabeza.

—Sí, pero no es lo mismo… yo puedo controlarlo porque soy quien lo maneja, el espíritu de alguien más está completamente fuera de mi alcance, nunca lo he hecho, siquiera he intentado comunicarme con él… me da miedo lo que pueda ocurrir —mencionó entre lágrimas, sintiendo que debía escapar porque la aterraba hacer algo así.

—¿Acaso no fuiste tú la que hace minutos me dijo que jamás se quedaría en un rincón a lamentarse por lo que perdió? —preguntó con toda la intención de acorralarla.

—Es muy distinto y lo sabes… ¿No ves lo que arriesgas? —inquirió desesperada.

—¡No! Solo veo lo que puedo ganar… ¡Mujeres!, ni siquiera tus poderes, ni los años vividos, ni toda la experiencia, ni el amor que le tienes a Tristán te han liberado de lo indecisas que ustedes pueden llegar a ser… Quieres tenerlo a él, pues aquí estoy yo dispuesto a hacer que lo tengas ¡Tómalo! —exclamó mirándola.

—¿Por qué haces esto? —cuestionó e intentó liberarse de los fuertes brazos de Nathaniel.

—Porque sé lo que es pasar días y días pensando… en todas esas cosas que nunca dije y que debí, torturándome con cada beso y cada caricia que no brindé, que me guardé por estúpido… en todas las veces que me callé esos “Te amo” que ahora me muero por decir —contestó con la voz ronca—. Y si debo obligarte a afrontar todo eso que llevas dentro y vencer tus miedos para que puedas tener la conciencia en paz y le entregues a Tristán eso que sientes que le debes, lo haré —sentenció y sin darle tiempo acortó la distancia entre ambos rodeándole la cintura con los brazos, sujetándola con fuerza y la besó.

Pandora fue golpeada con fuerza por esas sensaciones que se desataron dentro de su cuerpo ante la actitud de Nathaniel, sintió derretirse entre sus brazos, bajo sus labios, en ese delicioso vaivén que su lengua marcaba dentro de su boca, él la llevaría a la locura. Cómo podía jugar con sus emociones y sensaciones de esa manera, no era justo lo que hacía, no podía pedirle eso, pretender que aceptase de buenas a primeras traer el espíritu de su esposo para que lo poseyese.

«Y ¿Después qué? ¿Qué haría una vez que tuviese a Tristán nuevamente frente a ella? ¿Acaso Nathaniel no temía que una vez que lo tuviese entre sus brazos a lo mejor no quisiera dejarlo partir de nuevo?»

Se cuestionaba en pensamientos y sin saber a ciencia cierta que la llevó a tomar una decisión, se separó de él para hablar.

—Lo haremos, lo traeré… Solo espero que alguien cuide de ti porque no sé hasta dónde pueda llegar yo. —Le hizo saber mirándolo a los ojos con temor.

—Confío en ti. —Fue lo único que le respondió mostrándole una sonrisa, con la que intentaba ocultar el miedo que sentía.

—No lo hagas… no en esto —susurró sin desviarle la mirada.

—No importa… cualquier cosa es mejor que lo que vivo ahora, te lo aseguro y si con esto puedo estar bien y ayudarte, me sentiré complacido —dijo mirándola.

Un minuto de incómodo silencio se apoderó del lugar, él tampoco sabía qué lo impulsaba a

ponerse de esa manera en manos de Pandora, esa mujer le había mostrado que era muy peligrosa, que tratándose de su familia no le importaba nada, ni siquiera arrebatar vidas, la suya por ejemplo si decidía que Tristán se quedara de manera indefinida en él, pero aun así no había mayor temor en él, solo un deseo irrefrenable por liberarse del yugo en el cual vivía.

—Y bien ¿Qué debemos hacer? —Su voz tembló, pero intentó disimularlo.

—Nathaniel… ¿Cómo podría convencerte para que desistas de esto? —preguntó perdiéndose en el topacio de sus ojos.

—No existe manera alguna que lo hagas y solo estamos perdiendo el tiempo —contestó, apenas había caído en cuenta que la mantenía abrazada, pero no la soltó.

—No seas tan impaciente… —decía cuando él la detuvo.

—Yo no tengo siglos para esperar, ¿lo recuerdas? —puntualizó con media sonrisa.

—No lo he olvidado un instante… solo quiero que estés seguro de esto —respondió con una mezcla de preocupación y esperanza—. Necesito que estés seguro, Nathaniel te perderás completamente, ya no serás tú sino Tristán quien domine todo a tu alrededor… ni siquiera podrás ser un espectador de lo que él hace o dice… ni tampoco de lo que siente, las emociones también serán de él… ¿Entiendes eso verdad? —lo cuestionó de nuevo.

—Sí… lo hago y es precisamente lo que deseo, él podrá darte lo que esperas, lo que anhelas… eso que yo no puedo lamentablemente, tendrás tu despedida si así lo deseas Pandora —indicó pegando su frente a la de ella—. Podrás liberarte de todo eso que te aqueja… Ojalá yo pudiera hacer lo mismo, no rechaces esta oportunidad, no le temas a lo que pueda suceder… un amor como ese que él te tuvo no conoce de odios, ni reproches, tampoco de finales —susurró con la voz cargada de emociones que no entendía.

Ella asintió en silencio al tiempo que sus ojos se humedecían de nuevo y sus labios temblaron por contener las emociones que la recorrían, dejó libre un suspiro que no pudo retener y se abrazó a Nathaniel con fuerza, se sentía tan frágil y pequeña en ese momento y a él tan protector.

Se mantuvieron así por varios minutos mientras sus corazones sosegaban los latidos acelerados y sus mentes poco a poco se iban haciendo a la idea de lo que ocurriría. Ella sabía que él tenía miedo y que intentaba ocultarlo, pero también podía identificar el deseo de continuar, eso la llenó de seguridad y sin pensarlo más se lanzó en esa aventura junto a Nathaniel.

—Debes venir conmigo… es mejor que vayamos hasta mi casa, si Tristán despierta aquí se le hará extraño este lugar y eso puede perturbarlo, lo mejor es que lo haga en un ambiente familiar para él… para que esté calmado —dijo con voz tranquila.

—Bien… dame unos minutos para vestirme por favor —pidió separándose de ella.

Pandora caminó hasta el ventanal para darle espacio a Nathaniel, podía sentir cierta tensión en él, pero ya no había en ella la voluntad suficiente para alejarse de ese lugar y evitar ir a un terreno más peligroso. Nunca imaginó tener una oportunidad como esa, su plan era enamorarlo e ir poco a poco haciendo renacer la esencia de su esposo en él, así que saber que podía tener a Tristán por completo la llenaba de tanta emoción y expectativa que no podía dejar de temblar de solo imaginarlo.

—Viajaremos a mi modo… ven —mencionó ella y caminó para tomarlo de la mano—. Te prometo que estaremos bien, si viajábamos en tu auto estaremos allí casi al amanecer, mientras que si lo hacemos a mi manera solo nos llevará unos minutos.

—Bien, dije que confiaba en ti y eso precisamente haré.

Pandora abrió las dos hojas con un movimiento de su mano sin siquiera tocarlas y salieron a la cornisa. Le mostró una sonrisa para relajarlo, se puso de espaldas al vacío, apoyando apenas la punta de los pies en el borde del capitel y le extendió los brazos.

Nathaniel no podía evitar temblar, aunque el edificio no era muy alto, estar parado en un espacio tan pequeño y a veinte metros del suelo no era algo para sentirse cómodo. Tragó en seco y con lentitud le dio primero una mano, cuando estaba a punto de soltarse para darle la otra, Pandora lo haló rodeándolo con sus brazos y lanzándose al vacío.

—¡Santo cielo! —gritó Nathaniel, aferrándose a ella con fuerza, cerró los ojos al tiempo que sentía que caía en picada, demasiado rápido para su tranquilidad, pero de pronto sintió que su cuerpo se hacía más ligero, como si flotara; sin embargo, no se animó a abrir los ojos, temía lo que encontraría de hacerlo.

—Te perderás una vista hermosa de la ciudad si no abres los ojos —esbozó Pandora y su voz vibraba por la risa contenida.

—No te preocupes, no estoy muy interesado —dijo con prisa mientras sentía la brisa alborotarle el cabello y golpear su cara.

Ella soltó una carcajada y le dio un suave beso en la frente, él tenía el cuerpo tan tenso que podía quebrarse en cualquier instante. Como ella esperaba, eso hizo que él se relajase; en eso también se parecía mucho a Tristán. Siempre que estaba tenso ella lo mimaba, lo llenaba de cariño y él se relajaba, su amado esposo y Nathaniel eran tan parecido, no solo en lo físico, sino también en las emociones.

Si en realidad fuesen la misma persona, si al despertar de eso que se disponían a hacer Nathaniel sintiese dentro de su ser ese amor que le prodigaba su esposo, si la mirara como lo hacía Tristán, si ella también pudiese mirarlo a él de igual manera.

Se concentró en el vuelo y a los pocos minutos sus ojos captaron la inmensa mansión enclavada en los riscos que entraban abruptamente en el océano.

—Hemos llegado… —susurró al oído de Nathaniel.

—¡Gracias a Dios! —exclamó aliviado.

Aunque no les temía a las alturas, todo el viaje mantuvo los ojos cerrados, no los abriría hasta que sus pies estuvieran en tierra firme. Pudo sentir cómo poco a poco su cuerpo se hacía más pesado y cuando sus pies tocaron la superficie de algo sólido intentó erguirse, pero sus rodillas temblaron.

—Si deseas puedo llevarte en brazos —indicó ella divertida al ver que él permanecía estático en el mismo lugar.

—¡Por supuesto que no! No hace falta, estoy bien… —dijo, abriendo los ojos y se detuvo para ver la majestuosa vista.

El océano se abría como un manto negro que era bañado por la luz de la luna, el cielo despejado de nubes se mostraba colmado de estrellas, millones de ellas adornándolo. A lo lejos el rumor de las olas estrellándose contra los riscos y la suave brisa que movía sus cabellos y venía cargado de la esencia salobre.

Todo en ese lugar parecía distinto, de otro tiempo, incluso de otro siglo, se volvió a mirar y la estructura tras su espalda complementaba el paisaje a la perfección, lucía como aquellos castillos a donde su padre alguna vez lo llevó, en el sur de Inglaterra.

—Si Tristán despierta aquí… se sentirá como en casa —susurró Pandora al ver que él detallaba el lugar, se acercó hasta las puertas de cristal que dividían la extensa terraza donde estaban, de la casa—. ¿Deseas ver el interior? —preguntó con una sonrisa amable.

—Claro, me encantaría… solo una cosa, la próxima vez viajaremos a mi modo —señaló levantando el dedo índice.

Pandora le entregó una hermosa sonrisa y asintió mientras le extendía la mano para pedirle que la acompañara, deseaba que él se sintiera confiado, que supiera que nunca le haría daño,

sintió una agradable calidez recorrerla cuando Nathaniel posó su mano sobre la de ella y le sonrió mirándola a los ojos fijamente.

# Capítulo 27

Entraron al lugar que se encontraba en penumbras, Pandora movía las manos hacia uno y otro rincón de la estancia y las lámparas de velas se encendían iluminando todo el espacio, igual lo hizo con la chimenea y los leños comenzaron a arder con vigor cambiando el frío que colmaba el lugar por un ambiente más acogedor.

Nathaniel estaba totalmente maravillado al verse en medio de ese salón que parecía haber sido decorado para recrear la vida de principios del siglo XVIII, justo la época en la cual la familia de Pandora había sido asesinada, eso le causó un poco de pena, pues era evidente que ella deseaba vivir en ese espacio de tiempo, aferrada a todo aquello que le recordase cuando fue feliz junto a sus seres queridos.

—Bienvenido —mencionó Pandora con una sonrisa amable, lo invitó a tomar asiento en un sillón de terciopelo rojo granate con elaborados bordados en hilos dorados—. Este solo es un lugar de paso, no tengo mucho que ofrecerte, solo brandy, coñac o vino… son los que pueden durar más tiempo sin dañarse —agregó un tanto apenada y nerviosa, nunca había traído a un desconocido a ese lugar, en realidad solo habían estado en él, Hazazel y Gardiel.

—Estoy bien, Pandora, descuida… es un lugar hermoso —contestó posando su mirada cálida en ella.

—Es solo un lugar más, hace mucho tiempo que no llamo hogar a un lugar en específico, me he dedicado a vagar por el mundo, solo conservo el castillo de la Provenza, pero tampoco vivo allí… Hay demasiados recuerdos que, aunque hermosos siempre terminan doliendo. He intentado un par de veces donarlo… pero algo más fuerte que yo me lo impide —esbozó sin saber qué más decir.

Antes le resultaba fácil hablar con él, pero desde que entraron a ese lugar la situación había cambiado, la tensión en ambos era más palpable, quizás porque sabían lo que ocurriría.

—Comprendo… —mencionó mirándola con ternura.

Los dos se sumieron en un pesado silencio, sus miradas se buscaron y se quedaron ancladas la una en la otra por un par de minutos, tal vez más.

Nathaniel deslizó su mirada por el rostro de Pandora, aún los hermosos ojos grises mostraban las huellas del llanto, podía percibir en la mirada de ella dudas y hasta miedo. Pensaba que no era para menos, pero no quiso prestar mucha atención a eso, continuó con las mejillas que tenían un ligero rubor que la hacía lucir tan hermosa.

Justo en ese momento le parecía una muchacha completamente normal, se acercó, llevando una mano para acariciar su rostro con suavidad, un movimiento totalmente espontáneo e inocente, había algo en Pandora que lo atraía muchísimo, sus ojos, las pocas sonrisas que había logrado ver, sus labios. Tenía unos labios realmente hermosos y extraordinariamente dulces, tan suaves, esos mismos que lo tentaban a perderse entre besos, sabía que todo eso quizás era producto del poder que ella ejercía, de la magia que la envolvía o tal vez era como le dijo, que la esencia de su esposo ciertamente habitaba en él y solo estaba dormida, después de todo lo vivido ya nada le resultaba tan increíble. Pensaba mientras su dedo se deslizaba por el pómulo de la chica.

—¿Sucede algo? —preguntó ella temerosa, mirándolo.

—No… nada —contestó negando con la cabeza sin dejar de mirarla—. ¿Cómo pretendías despertar la esencia que dices llevo dentro de mí, esa que pertenece a tu esposo? —inquirió.

—Yo… la verdad no lo sabía a ciencia cierta, cuando te conocí pude sentir de inmediato que algo nos unía, tus reacciones me demostraron que así era y la primera noche que pasé en tu casa todo se hizo más fuerte, mientras te observaba dormir me llenaba más de certezas, pensé que si conseguía que te enamoraras de mí… Con el tiempo podrías reconocerme o quizás yo podría llegar a amarte como lo amé a él, que podía depositar todo ese amor que se había quedado dentro de mi pecho en ti… la verdad no tenía un plan en específico, no quería utilizar mis poderes contigo, solo… deseaba que te enamoraras de mí —respondió mirándolo y después esquivó su mirada, sintiéndose apenada.

—No te hubiese sido difícil lograrlo, Pandora, eres una mujer muy hermosa —decía cuando ella se volvió para mirarlo.

—Me hubiese sido imposible, Nathaniel… en primer lugar tu prometida, Sarah Greenwood, la maestra de la manipulación, apenas te deja respirar, es tan asfixiante, tan patética —se detuvo al ver que él se tensaba—. Lo siento… de verdad, pero es lo que pienso de ella, no entiendo por qué estás a su lado y menos amando a alguien más.

—¿Amando a alguien más? —preguntó frunciendo el ceño y sus cejas casi se hicieron una sola.

—Sí, amando a alguien más, sé que estás enamorado de otra mujer y ése habría sido el gran obstáculo que me hubiese tocado sortear para enamorarte y contra el cual dudo mucho que hubiera podido, he sido egoísta muchísimas veces… lo soy en este mismo instante, le estoy robando a la mujer que amas la posibilidad de compartir una vida contigo… —Nathaniel intentó hablar, pero ella levantó la mano para pedirle continuar—. Si esto sale bien… quiero que me prometas algo y no puede ser una promesa vacía, ni hacerla para complacerme, debes cumplirla.

—Sabes bien que no puedo hacerlo, lo que sea que desees de mí si tiene que ver con… —se interrumpió, no quería siquiera mencionar su nombre en ese momento.

—Prométeme que la buscarás y no la dejarás en paz hasta que la hagas escuchar todo lo que tienes guardado aquí dentro del pecho. —Le pidió llevando una mano, justo donde latía el corazón mientras lo miraba con intensidad, como era de esperarse él le esquivó la mirada—. Nathaniel… esto es un pacto, tú me ayudas y yo te ayudo… confía en mí por favor, no dejes que la vida te aleje de aquello que amas, yo no tengo nada de lo cual arrepentirme, le di todo lo que había en mí a Tristán; sin embargo, siento que me faltaron miles de cosas por entregarle y decirle… no quiero ni imaginar lo que tú sentirías si algún día llegas a perder a Rosemary sin haberle dicho cuánto la amas —indicó con seriedad.

—Pandora… lo que pides no es… —Su voz se quebró, el dolor de imaginar perder a Rosemary en la manera que Pandora había perdido a Tristán era algo para lo que definitivamente no estaba preparado, fue como un cuchillo lacerándole el corazón y sus ojos se llenaron de lágrimas en cuestión de segundos.

—Está bien, cuando el momento llegue harás lo correcto… Quieres que yo tenga mi oportunidad y sea feliz bien, yo también te daré la tuya, ahora vamos que se nos hace tarde —dijo con determinación, poniéndose de pie y le extendió la mano.

—¿Y si mi felicidad ya no estuviese donde crees que está? —preguntó mirándola mientras tomaba su mano y la acariciaba con suavidad—. ¿Has pensado en eso, Pandora? ¿Si todo ha cambiado, si descubro que mi corazón ya no le pertenece a…?

No terminó la pregunta, estaba confundido, pero; sobre todo, deseoso de terminar con el infierno que llevaba diez años viviendo, si ella le brindaba una salida ¿Por qué no tomarla?

—Cuando puedas decir su nombre sin sentir que éste te quema los labios entonces tendrás las respuestas a esas preguntas, antes no harás nada inventándote mil excusas para no pensar en ella… Nathaniel, yo sé lo que tu corazón siente y puedo asegurarte de que nada ha cambiado… por el contrario, se ha hecho más intenso… ¡Por favor, no me hagas continuar con esto! Es como pedirle a mi esposo que no renuncie a otra mujer, no es para nada cómodo —expresó esquivándole la mirada, sintió cómo él posaba un par de dedos en su barbilla para hacer que lo mirara a los ojos.

—Lo siento, Pandora. —Sus ojos se fundían en los de ella.

—No hay problema, mejor acompáñame, es hora de empezar —mencionó luchando por parecer casual.

—¿A dónde vamos? —cuestionó levantándose.

—A mi habitación… Voy a hipnotizarte y necesito un espacio tranquilo… también debes cambiarte de ropa, intentaré que Tristán llegue hasta ti mientras duermes, le diré que ya hemos llegado a América —explicó mientras subían las escaleras, su voz sonaba nerviosa y su cuerpo también mostraba una clara rigidez.

Él se mantuvo en silencio para no hacer ese momento más incómodo, entraron a la habitación y si el salón y la terraza parecían del siglo XVIII este lugar lo hacía aún más, la inmensa cama en el fondo, escoltada por cuatro pilares de madera finamente tallados, las sábanas de satén y seda rojas, blancas y doradas, un escritorio con un montón de papeles y un tintero donde descansaba una pluma, la iluminación era brindaba por candelabros con decenas de velas, las pesadas cortinas seguían el mismo estilo, así como los demás muebles dentro de la alcoba; su mirada se paseó por cada rincón y nuevamente se sentía en otro tiempo, en otro lugar, muy lejos de su realidad.

—Nathaniel… —Lo llamó para captar su atención, él se volvió a mirarla—. Esta bata… era de Tristán, su favorita… logré recuperarla cuando regresé al castillo. Habían colocado todas nuestras pertenencias en el sótano, claro excepto las joyas, esas las tenían ellos… siempre viajo con las cosas que más le gustaban a él, es una manera de tenerlo cerca, así como algunos juguetes y prendas de Dorian, son las únicas cosas que me quedan de mis dos amores y no me separo de ellas. ¿Puedes usarla por favor? —Su voz de nuevo estaba ronca y los ojos humedecidos.

—Por supuesto… —contestó tomándola, se acercó a ella y le depositó un beso en la mejilla—. Todo estará bien Pandora… —susurró mirándola a los ojos, ella asintió y le señaló con un ademán dónde podía cambiarse, él se encaminó hasta el baño.

Entró y lo primero que lo recibió fue su reflejo en un enorme espejo con marco dorado, iluminado por las velas de los candelabros lucía distinto, en el fondo sabía que seguía siendo quien era, o por lo menos lo seguiría siendo unos minutos más. Sus manos temblaron cuando fue consciente de lo arriesgado que era todo eso, pero de inmediato alejó esa idea de su cabeza con rapidez, ya no podía negarse y además no quería hacerlo, algo dentro de él le pedía continuar y era precisamente lo que haría.

Comenzó a despojarse de su ropa y cuando estuvo a punto de salir de la habitación recordó que su ropa interior no era ni de cerca parecida a la que se usaba en el siglo XVIII, sin pensarlo mucho también se la quitó, después de doblarla la dejó donde había escondido las demás prendas, se suponía que Tristán no debía ver nada fuera de lugar. Sus ojos captaron de nuevo su imagen en el espejo y cada vez se notaba más lejano de quien era, la seda de la bata era muy hermosa, negra, con algunos hilos de plata en el cuello y los puños, digna de un conde.

—¿Qué pensarías, Henry Gallagher, si supieras que el último conde de la Provenza era

idéntico al bastardo que tuviste con Dominique Wilde? ¿Que de una manera bastante peculiar yo fui de la realeza antes que tú, incluso que mi abuelo? —se preguntó en voz alta mostrando media sonrisa cargada de dolor y resentimiento.

No dejó que ese viejo odio lo llenase de nuevo, se acomodó el cabello, ajustó el cinturón de la bata y salió con paso seguro.

Pandora se encontraba observando a través de la ventana, con el relicario entre sus dedos, sumida en sus pensamientos; se había cambiado, ya no llevaba el vestido, ni la capa que usaba hasta hacía minutos, su figura estaba cubierta por una delicada dormilona de seda blanca, que la hacía lucir muy provocativa.

La verdad no sabía por qué ella lo tentaba de esa manera, no quería darle más vueltas a eso que giraba dentro de su cabeza, pero la idea de haber sido en otro tiempo verdaderamente Tristán Corneille cobraba fuerza a cada instante que pasaba en compañía de ella y si eso era así… quizás fuese una fortuna haberla encontrado de nuevo.

—¿Estás lista? —preguntó deteniéndose junto a ella.

Pandora se sobresaltó al escucharlo, no lo sintió llegar y cuando sus ojos se posaron en la figura de Nathaniel envuelta por la bata de Tristán, sintió cómo todo su cuerpo fue estremecido con fuerza, sus labios temblaron al tiempo que sus ojos se iluminaron y se llenaron de lágrimas, él era idéntico a su esposo. Pasó varios segundos observándolo y cuando al fin salió de su embelesamiento, asintió.

—Por favor… siéntate en la cama e intenta relajarte. —Su voz no pudo ocultar la cantidad de emociones que la recorrían.

—Bien, creo que tú también deberías seguir ese consejo, estás tan tensa que temo puedas quebrarte —Quiso sonar divertido.

Su tono también estaba ronco y sentía su corazón latir con rapidez, caminó hasta la enorme cama en un extremo de la habitación, iluminada por el fuego que ardía en la chimenea, llenando de calidez el lugar y la luz de la luna que se filtraba por las puertas de cristal que cubrían casi una pared, éstas seguramente daban a alguna terraza con vistas al mar, podían escuchar el rumor de las olas fuera.

—Gracias por preocuparte por mí… estoy bien, pero sí necesito que estés tranquilo, Nathaniel, toma bebe esto —pidió entregándole una copa de plata, con detalles en oro.

Él la miró un poco dudoso y después posó su mirada en el líquido rojo que llegaba a la mitad, seguidamente subió los ojos para verla de nuevo, quería ayudarla, pero no estaba dispuesto a beber algo extraño.

—¿Qué es esto? —inquirió sin recibirlo—. ¿Es alguna especie de pócima hecha con alas de murciélago, cabezas de gatos y corazones de algún tipo de ave exótica? —preguntó una vez más levantando una ceja, esta vez su voz no sonó tan relajada.

—No… —respondió ella riendo y agradeciendo ese comentario que la relajó—. No es nada de eso… tranquilo, no te haré beber nada preparado con animales, nunca he hecho una pócima parecida… es solo Oporto, a Tristán le gustaba mucho, siempre tomaba una copa cuando se iba a la cama.

—Bueno en ese caso… muchas gracias —dijo recibiendo la copa y llevándosela a los labios.

Le dio un gran sorbo degustando el exquisito sabor que se extendió por su paladar, la verdad, era delicioso, dio dos tragos más hasta que lo terminó y le regresó la copa.

Pandora sentía un mar de emociones y sentimientos girando dentro de su ser, estaba nerviosa sí, lo estaba muchísimo pero también estaba emocionada, todo eso era tan contradictorio, tan complejo. Se giró lentamente y sus ojos se encontraron con los de Nathaniel, de nuevo un

montón de recuerdos llegaron hasta ella golpeándola con fuerza, uno en especial que la hizo temblar.

Esa primera noche que pasó junto a Tristán cuando consumaron su amor, todo era tan parecido a aquella ocasión, la expectativa, los nervios, el miedo, el deseo. No siguió pensando en eso y se hincó de rodillas ante Nathaniel que se hallaba apenas apoyado al borde de la cama, tomó las manos de él entre las suya para besarlas.

—Pandora… —susurró desconcertado al verla así.

—No tendré como pagarte por esto que estás haciendo… por la oportunidad que me bridas, tener a Tristán de nuevo… ha sido mi mayor sueño, Nathaniel, cada día que hemos estado separados no he hecho más que imaginar cómo sería tenerlo a mi lado, ahora gracias a ti podré hacerlo —respondió en el mismo tono de él mientras subía los ojos para verlo—. Gracias… gracias por todo —expresó con lágrimas bañando su mirada.

—No tienes que agradecer nada… me complace ayudarte Pandora, es lo menos que puedo hacer después de todo lo que te ha tocado vivir, permíteme ser útil al menos una vez en la vida… hacer feliz a alguien —comentó con la voz ronca al tiempo que llevaba una mano hasta la mejilla de ella para acariciarla con suavidad—. Lamento no ser eso que tanto deseas, no está en mí… Yo no soy perfecto como lo era Tristán, no hay nada más lejos de mí que eso Pandora, no te imaginas cuánto me gustaría tener el valor y la determinación que él tuvo para luchar por ti y por Dorian… —decía cuando ella lo detuvo, irguiéndose posó dos dedos en los labios de él para silenciarlo.

—Tú eres un hombre extraordinario Nathaniel, tienes un corazón bellísimo, eres comprensivo, tierno, entregado a tus ideales… y tienes mucho más coraje del que muchos han demostrado, muestra de ello es que estás aquí dispuesto a entregarte a lo desconocido, te estás poniendo en mis manos y apenas me conoces, no creo que exista una prueba mayor de valor que esta, mucho de Tristán está aquí dentro de ti —mencionó apoyándole la mano en el pecho—. Solo debes dejar de lado el miedo a amar y dejar que el viento te lleve a donde te tenga que llevar, debes seguir a tu corazón, arriesgarte a escucharlo. Hazle caso porque la mayoría de las veces sales ganando cuando lo haces —agregó con una hermosa sonrisa—. Recuerda que tienes una promesa y debes cumplirla.

Él no quería profundizar más en ese tema que había decidido lanzar al olvido hacía cinco años cuando llegó a ese país y vio que todos los sueños que había guardado se convertían en una pesadilla. Respiró profundo para aligerar la tensión que se había apoderado de su cuerpo, cerró los ojos y se tendió completamente en medio de la cama como ella le indicara antes.

Pandora también respiró un par de veces para espantar los nervios que la hacían temblar como una hoja, se sentó en el borde de la cama y llevó sus manos al rostro de Nathaniel, apoyando un par de dedos sobre sus sienes, cerró los ojos y comenzó a pronunciar un ritual en una lengua antigua.

Nathaniel intentó relajarse y dejarse llevar, podía escuchar las palabras de ella y algunas le resultaban familiares, quizás sonaban al latín, aunque él conocía algo no podía identificar todo el conjuro, decidió dejar de lado su afán por reconocerlo y procuró relajarse, su respiración acompasada y sus músculos completamente laxos le indicaban que eso estaba haciendo efecto, su último acto consciente fue el suspiro que liberó antes de caer en un pesado sueño.

El temblor en su cuerpo se hizo más intenso, dudó unos segundos antes de continuar, abrió sus ojos y posó su mirada en él, deslizó sus dedos por el rostro de Nathaniel hasta llegar a su pecho, justo sobre el corazón, abriendo la bata de seda, tomó aire y se decidió a continuar.

Minutos después sus palabras cesaron mientras Nathaniel seguía plácidamente dormido,

Pandora se acomodó acostándose a su lado y apoyó su cabeza sobre el pecho, pegando su oído allí donde el corazón latía calmadamente. Tenía miedo de llamarlo, no sabía qué podía esperar, ni siquiera si eso funcionaria, solo había invocado espíritus vengativos, a los que ponía a su servicio para enloquecer a sus enemigos, jamás a uno de la naturaleza de Tristán ni utilizando ese hechizo, sintió que la respiración de él cambiaba.

—¿Tristán? —Lo llamó y su voz era apenas un murmullo, se irguió para buscar su rostro.

Lo vio mover las pupilas bajo los párpados como si estuviese soñando, se acercó más a él y le acarició una mejilla con suavidad.

# Capítulo 28

Él abrió los ojos al fin, parpadeando para aclarar la visión, movió la cabeza de un lado a otro como reconociendo el lugar, frunció el ceño y dejo libre un suspiro, después busco con la mirada a la chica, quien lo miraba expectante, en completo silencio; sus labios temblaban y sus ojos estaban llenos de lágrimas, él la miró desconcertado por unos segundos y después llevó una mano hasta su mejilla, regalándole una sonrisa.

—Pandora… mi vida… ¿Por qué estás temblando? —inquirió confundido incorporándose.

—¡Oh, mi amor, mi Tristán! —exclamó emocionada y las lágrimas se hicieron presentes al fin, al tiempo que se lanzaba para abrazarlo.

—Hermosa… Pandora, ¿por qué estás así? ¿Qué sucede? ¿Dónde estamos? —lanzó una lluvia de preguntas mientras la abrazaba con ternura, se movió para quedar sentado en la cama y tomarla en brazos, la puso sobre sus piernas y haciéndola descansar en su pecho—. Pandora mírame por favor, ¿qué ocurre hermosa? ¿Por qué lloras? —preguntó de nuevo.

—No… no es nada… es solo que estoy feliz… estoy demasiado feliz, te amo tanto Tristán, siempre te he amado, cada instante que hemos estado juntos han sido extraordinarios, me has hecho tan feliz… más de lo que alguna vez soñé que sería, tú le diste sentido a mi vida, me has dado motivos para continuar, siempre has estado conmigo amor… siempre —susurraba emocionada, acariciando el rostro de su esposo.

—Yo también estoy feliz… y te amo con toda mi alma… pero. ¿Por qué lloras? Sabes que no me gusta verte llorar amor, juré que jamás dejaría que lo hicieras…

—Lloro de felicidad… está bien llorar de felicidad, es maravilloso hacerlo… —mencionaba cuando cayó en cuenta que se estaba dejando llevar por sus emociones, se obligó a concentrarse, buscó la mirada de su esposo y habló de nuevo—. ¿Cómo te sientes? —inquirió intentando ocultar sus nervios.

—Bien… bueno, un poco confundido, pero me siento perfectamente, ¿por qué lo preguntas? Pandora, te siento diferente mi amor… este lugar…

—Estamos en América… logramos salir de la Provenza, viajamos por un par de meses hasta llegar aquí, hace dos días sufriste una caída y habías permanecido inconsciente… Apenas despertabas unos segundos y te alejabas de nuevo. ¿Seguro estás bien? —preguntó adoptado completamente el papel que había ingeniado para no alarmarlo.

—Sí, estoy bien Pandora… no recuerdo nada de eso, siento… siento la cabeza como envuelta en una nube, todo está demasiado borroso y confuso, imágenes que no logro entender… ¿Qué sucedió con los Sagnier? —pregunto mirándola a los ojos.

—Ellos… —Pandora esquivó la mirada de su esposo—. No sé nada de esas personas Tristán, supongo que siguen donde se encontraban… ya mi tío está moviendo sus contactos en el Parlamento para que podamos recuperar lo nuestro, no debes preocuparte ahora por ello, solo debes descansar estás agotado.

Pandora se sentía turbada, nada podía haberla preparado para lo que significaba tener a su esposo de nuevo junto a ella después de tanto tiempo, era complicado centrarse en una época, en un momento de esos que pasaron juntos y actuar de manera casual. Intentó ponerse de pie y alejarse al menos un par de minutos para ordenar sus pensamientos y sus emociones, hacerlo con la excusa de traerle algo o buscar a algún doctor para que lo revisara, ya después vería cómo

justificar la ausencia de este, la verdad era que nunca le había mentido a Tristán y no sabía cómo hacerlo.

—Estoy perfectamente bien, Pandora… —mencionó tomándola por el brazo con suavidad, deslizando sus ojos por el escote de la dormilona de su esposa—. Quédate aquí conmigo… no es necesario que busques a nadie que me examine, si es lo que pretendías… solo necesito tenerte cerca, ven acuéstate a mi lado. —Le pidió mirándola a los ojos con ternura.

Ella dejó ver una hermosa sonrisa y asintió en silencio acercándose a él, Tristán la rodeó con sus brazos estrechándola contra su cuerpo, deleitándose con la suavidad de su mujer.

—Siento como si hubiese pasado años sin tenerte así… sin sentir tu calor, ya no puedo vivir sin ti… eso dos días me parecen una eternidad —susurró y se acercó para besarla.

Pandora tembló ante el primer roce de sus labios, deslizó sus manos por la espalda y llevó una pierna para rodear la cadera de él, quien tomó eso como una invitación y profundizó el beso, adueñándose de su boca por completo, ahogando el gemido que liberó ante la invasión de su lengua.

Tristán le posó una mano en la parte baja de la espalda y la aproximó hacia él para acortar la distancia que los separaba. La sangre se encendió en sus venas, su corazón se volcó en un ritmo acelerado y todo en él vibró ante las caricias que Pandora comenzó a brindarle. Deslizó su mano por el cuello y la nuca para terminar encerrándola en el cabello castaño, sedoso y abundante de ella, sintiéndola estremecerse mientras su lengua hacía estragos en la boca de su mujer.

Pandora imitó el gesto de su esposo y llevó ambas manos hasta la cabellera castaña, perdiéndose en ésta, entregándole con total libertad su cuerpo a él, el tiempo transcurrido sencillamente parecía nunca haber existido, ella sentía como si jamás se hubiesen separado, como si todo no hubiese sido más que un mal sueño; sin embargo, el miedo latía dentro de ella, en un rincón apartado de su mente pero allí estaba, advirtiéndole que no podía dejarse llevar y era imposible lanzarlo al olvido por completo.

—Tristán … amor… mírame —le pidió entre jadeos cuando él liberó su boca, para besar su cuello y acariciar sus caderas.

Hizo lo que le pedía tomándose unos segundos para besar con suavidad los labios de ella y mirarla a los ojos, Pandora dejó ver una sonrisa a la cual él respondió con otra cargada de sensualidad y deslizó sus manos por una de las piernas para comenzar a subir el camisón, ella se tensó sin poder evitarlo.

—Espera… yo… Tristán … —esbozó sin saber que sucedía.

Su mente la estaba torturando, no podía desligar a Nathaniel de su esposo, no había dudas que era al padre de su hijo a quien tenía junto a ella, pero solo estaba en esencia, ese cuerpo seguía perteneciendo al pintor y de continuar, sería a él a quien se entregaría, no había sopesado eso cuando decidió invocar a su esposo. Pensaba sin lograr concentrarse en ese momento de intimidad que vivía.

—¿Qué sucede Pandora? ¿En qué piensas, amor? —inquirió él deteniendo sus avances, podía sentir que ella estaba lejana, como en otro lugar.

—Yo… no podemos… en este momento, no es adecuado mi amor… yo… —Intentaba explicar cuando él la detuvo, alejándose un poco de ella mientras la miraba a los ojos y se apoyaba en su codo, acariciándole la mejilla.

—¿Estás indispuesta? —preguntó besando los labios de su esposa con ternura—. Si es así, podemos esperar… creo que resistiré una noche sin hacerte el amor, fue mucho más tiempo después que nació Dorian… aunque casi termino loco —acotó con una sonrisa que le iluminaba la mirada ante los recuerdos.

—Estoy bien Tristán … pero me preocupa que tú aún estés afectado —contestó buscando salirse por la tangente.

No podía comprender por qué se sentía tan nerviosa, porqué no solo cedía a esa necesidad que llevaba dentro de su cuerpo y les pedía a gritos darle a su esposo aquello que él deseaba, que no era nada más que lo mismo que ella había anhelado tanto tiempo.

—Yo estoy de maravilla condesa… y si me deja puedo demostrárselo esta noche —expresó con una gran sonrisa mientras se ponía encima del cuerpo de su mujer para después darle un beso profundo y extraordinariamente sensual, robándole el alma en ese vaivén que marcaba su lengua dentro de la boca de ella, ahogado gemidos y suspiros.

Pandora sentía que no tenía fuerzas para resistirse a esta avalancha de sensaciones y emociones que Tristán desataba en ella, esa facilidad que la hacía rendirse a él, se negó a seguir pensando, se negó a perder esa oportunidad de sentir lo que era ser amada, a ser deseada nuevamente, a ser una vez más solo una mujer que necesitaba sentirse justamente así, a plenitud en los brazos del hombre que amaba. En ese momento sentía que poseía un alma y un corazón y quería entregárselos a Tristán, aunque fuese solo una vez más.

Él la instó a hacerle espacio entre sus piernas con un movimiento constante y provocativo de sus caderas, sin abandonar un instante su boca, seguía succionando y presionado sus labios mientras su lengua se paseaba con cadencia por cada rincón de la boca femenina. Pudo sentir cómo ella se relajaba y se entrega a él, abriendo lentamente sus piernas para mostrarle ese camino al paraíso, no podía entender por qué seguía percibiendo esa sensación de no haberla poseído en demasiado tiempo.

Intentó concentrarse unos minutos en recordar lo que había sucedido en los últimos meses, pero su mente parecía estar en blanco. De pronto sintió que nada de eso tenía importancia en ese momento, ellos estaban juntos y solo eso bastaba, así que siguió besando el cuello de su mujer, dejando que sus manos la despojaran de la delicada prenda de seda que llevaba puesta.

—Tristán … te extrañé tanto amor… —esbozó ella sin poder evitarlo, perdida en los besos y las caricias que él le brindaba.

—Me alegra escuchar eso… aunque solo fueron dos días —mencionó con una sonrisa mientras deslizaba sus dedos por la piel tersa de su mujer que se erizaba al contacto.

Llegó hasta la cadera de Pandora y dejó libre un gemido de satisfacción al comprobar que ella no llevaba nada debajo de la prenda de dormir, su mano viajó hasta el derrier para acariciarlo con posesión arrancándole un gemido que disparó su excitación. Desde atrás llevó un par de dedos para rozar la suavidad de los labios inferiores de Pandora, ambos jadearon al instante, ella de placer y él al comprobar lo húmedo y tibio que estaba ese rincón que adoraba.

—Amor mío… Pandora… me muero por hundirme en ti. —Le susurró contra los labios sin dejar de acariciarla con su mirada fundiéndose en la de su esposa que se había oscurecido.

—Soy toda tuya… para que hagas lo que desees conmigo… ámame hasta que quedemos sin aliento mi vida, dame todo lo que llevas dentro… y recibe todo de mí —esbozó en el mismo tono de él mientras sus manos buscaban el nudo de la bata.

Con suavidad comenzó a deshacerlo, sacándola del cuerpo de su esposo y dejando al descubierto la piel de sus hombros, llevó sus manos para acariciarlos y satisfacer sus deseos de sentir la fuerza de sus músculos y el exquisito calor que brotaba de su piel al tiempo que hundía el rostro en el cuello para embriagarse de su olor, podía jurar que era el mismo aromaba y eso reforzaba cada vez más la certeza de que era a su esposo a quien se entregaría.

Sus labios recorrieron el cuello de él mientras sentía que la estaba llevando al cielo con ese movimiento que sus dedos hacían en su interior, apreciaba sus piernas tensarse y cada músculo

dentro de ella también lo hacía, su corazón latía demasiado rápido y su respiración era agitada, los jadeos no se hicieron esperar, pero antes de alcanzar la gloria él se retiró dejándola completamente desamparada.

—Por favor… Tristán … —suplicó al tiempo que llevaba sus manos a los glúteos de su esposo y elevaba las caderas hacia él, presionando para conseguir alivio a eso que le robaba la cordura.

—Lo alcanzarás… junto a mí, Pandora —indicó besándole la mejilla y se incorporó para quedar de rodillas en medio de las piernas de ella, las acarició lentamente manteniéndolas extendidas a cada lado de sus caderas y su corazón se desbocó en latidos.

Se quitó con rapidez la bata mostrándose totalmente desnudo ante la mirada ansiosa de su esposa, deslizó de nuevo sus manos por las delicadas y trémulas piernas femeninas, deteniéndose en las rodillas unos segundos al tiempo que le regalaba esa sonrisa que lo hacía lucir arrebatadoramente sensual.

Le abrió las piernas un poco más y continuó esta vez por la sensible piel interior de sus muslos, sintiéndola estremecerse ligeramente, aún llevaba el camisón y eso le impidió deleitarse con sus senos, pero no por mucho tiempo, la atrajo hacia su cuerpo haciendo que elevara el torso y tomó entre sus manos la delicada prenda haciéndola un montón para quitársela.

Al ver la sonrisa coqueta de Pandora cuando lo descubrió hipnotizado por sus senos, no pudo resistirse a atrapar sus labios con lentas y húmedas succiones, solo un instante antes de hacer que se tendiese de nuevo sobre la cama.

Pandora ya no era consciente de nada más que no fuese su esposo, ya no recordaba lo sucedido, ni el odio ni el dolor que por tanto tiempo dominó su vida, ni siquiera que habían pasado casi dos siglos desde que todo se derrumbó; lo tenía a él, de nuevo lo tenía a él y lo demás sencillamente no importaba. Su corazón cantaba de felicidad, su cuerpo vibraba lleno de sensaciones, su alma danzaba colmada de emociones, una vez más estaba viva, él la hacía sentirse viva.

Tristán besaba el cuerpo de su mujer con amor, ternura y pasión, sus labios le recorrían el cuello, los senos, su estómago, su vientre al tiempo que sus manos seguían acariciando cada rincón de aquellos lugares a los cuales sus labios no habían llegado, procurando no rozar su intimidad para evitar que ella saliese volando sin llevarlo a él.

Sus labios siguieron su camino hacia el sur, tomándola por las caderas las elevó dejándose caer tendido sobre su estómago y llevó las piernas de ella por encima de sus hombros, sus labios rozaron los más íntimos de su mujer y el gemido cargado de placer que escapó de Pandora lo animó a beber todo lo que generosamente le entregaba en cada vaivén que marcaba con las caderas.

Ella dejó libre un jadeo por la sorpresa y las olas de placer que la barrieron completamente, cerrando los ojos se aferró con fuerza a las sábanas y hundiendo su cabeza entre las almohadas se arqueó en un movimiento espontáneo brindándole a él mayor libertad, su cuerpo comenzó a temblar y se pintó de un tenue carmesí, su pecho subía y bajaba muestra de su respiración acelerada.

—Tristán… no puedo más… por favor… ven conmigo —rogó con la voz ronca, apenas en un murmullo mientras sus manos viajaban a la cabellera cobriza de su esposo y los sedosos rizos se enroscaban en sus dedos trémulos. Abrió los ojos y la imagen de Tristán bebiendo de su centro hizo estallar algo en su interior, lo que siguió fue como un tornado que hizo girar miles de emociones dentro de su ser.

Tristán tenía los ojos cerrados mientras dejaba que sus labios se pasearan por cara rincón de la intimidad de su mujer, apenas pudo escuchar las palabras de Pandora por estar perdido en el

placer que esa manera de amarla le provocaba.

Cada palpitación que ella le brindaba era un aliciente para continuar llenándola de goce, sumergiéndose en ese exquisito lugar que era suyo, cada espacio en ella era absolutamente suyo, se lo había ganado con amor, con pasión y con ternura, saber que su esposa jamás estaría lejos de él o a merced de otro hombre, lo llenaba de satisfacción y felicidad.

Abrió los párpados anclando su mirada en la de ella, quien lo veía mientras la bebía y eso lo excitó aún más, hizo sus movimientos más lentos y sensuales solo para prologar ese instante erótico y perfecto, para que ella pudiese apreciar cuánto disfrutaba él de lo que le hacía.

—¡Amor! —exclamó Pandora, sintiendo que no podía más, al tiempo que cerraba los ojos con fuerza y tiraba de las sábanas bajo su cuerpo para encontrar algo que la mantuviera en la tierra.

Él se incorporó con rapidez poniéndose de rodillas y elevó las piernas de ella apoyándolas sobre su pecho al tiempo que se hundía lentamente en su interior, sintiendo lo estrecha que estaba. Esa maravillosa sensación de sentirse abrigado lo envolvió de inmediato, la calidez y la humedad que le permitía moverse con libertad dentro de Pandora era extraordinaria.

Comenzó a marcar con sus caderas esa danza que los llevaría a los dos a tocar las estrellas, primero lento, muy suave, estremeciéndose junto a ella, llegando muy profundo para retirarse después hasta casi quedar fuera de su mujer y regresar hasta sentir que la llenaba por completo, sus movimientos cada vez eran más intensos, más profundos, más rápidos, la escuchaba gemir y jadear, haciendo que sus deseos aumentasen, acumulándose en esa parte de su anatomía que era parte de la de su mujer; gotas de sudor caían de sus sienes, otras bajaban por su espalda y su abdomen, el que se contraía ante cada embestida anunciándole que no resistiría mucho más.

Pandora ya no podía pensar, no había pensamientos coherentes en ella que pudiese esbozar, ni siquiera tenía voz, todo lo que podía hacer era sentir y se sentía de maravilla. Cada penetración de Tristán era suave y contundente al mismo tiempo, lo sentía llegar tan profundo que todo su cuerpo temblaba y se arqueaba para recibirlo.

Él estaba allí con ella, le estaba haciendo el amor, entregándose a ese sentimiento que los había mantenido unidos. No pudo seguir conteniendo las lágrimas que colmaban sus ojos, las dejó correr y éstas bajaron por sus sienes para ir a morir en la almohada bajo su cabeza, humedeciendo sus cabellos que ya se encontraban así por el sudor que la bañaba, abrió los ojos para ver a su esposo.

—Te amo Tristán … te amo… —susurró mirándolo y le extendió una mano—. Ven, abrázame, bésame por favor… —pidió con la voz ronca mientras luchaba contra el llanto que pujaba en su pecho.

Él besaba el tobillo de Pandora al tiempo que mantenía el ritmo de sus caderas, escuchó sus palabras y abrió los ojos fijando su mirada en ella. De inmediato sintió su corazón contraerse de dolor al ver la pena reflejada en su semblante, estaba llorando…

«¿Por qué lloraras amor?» Se preguntó en pensamientos y de inmediato deslizó con suavidad las piernas de su mujer a ambos lados, manteniéndose en medio y unido a ella, se tendió sobre su cuerpo apoyándose en los antebrazos mientras la miraba a los ojos y la besaba con suavidad en los labios.

—¿Qué sucede Pandora? Algo está ocurriendo, dime qué es por favor. —Su voz mostraba la pena y el desconcierto.

—Nada… no es nada mi amor… es solo que… me siento un poco abrumada por todo lo que hemos vivido… pero eso ya no importa, estamos juntos… estas aquí conmigo y te quedarás para siempre, ya nada podrá separarnos Tristán, te lo juro mi amor… te juro que estaremos juntos por la eternidad —contestó acariciándolo, no podía dejar de llorar, aunque luchase por hacerlo, no

podía.

—Yo también te lo juro Pandora, jamás te dejaré sola… nunca mi amor, te amaré incluso más allá de esta vida… te amaré siempre hermosa, siempre —susurró contra los labios temblorosos de ella.

—Hazme el amor Tristán … no te detengas… por favor, hazme volar contigo mi amor. —Le pidió abrazándolo con fuerza y buscando los labios de su esposo para perderse en ellos, para llenarse de seguridad, para saberlo allí junto a ella.

Tristán se dejó llevar y le entregó a su mujer aquello que le pedía, acomodándose se fundió en ella con urgencia, con pasión, con lujuria, dejando libre esas ansias que lo volvían loco cada vez que la tenía bajo su cuerpo, desnuda y entregada por completo a sus deseos. Una vez más sus caderas adoptaban ese ritmo constante que ella acompañaba a la perfección, el roce de sus senos tan suaves, llenos, cálidos, sus piernas que temblaban y lo envolvían exigiéndole cada vez una mayor cercanía, sus labios que lo besaban una y otra vez, seduciéndolo hasta volverlo loco, todo pensamiento coherente lo abandonó y comenzó a gemir con fuerza sintiendo cómo ella lo presionaba.

Pandora se lanzó a la corriente dejando que la arrastrase hasta el mar de emociones y sensaciones placenteras que la mecían como un barco en una tempestad. Ese mar era Tristán y la azotaba con todo su poderío, la envolvía, la elevaba, la lanzaba al aire y la tomaba de nuevo entre sus brazos, haciéndola girar en volteretas tan alto que el cielo no era ni siquiera el límite. El orgasmo fue tan extraordinario que su garganta se desgarró con el grito que salió desde lo más profundo de su pecho, algo dentro de ella se rompió y su alma se liberó, ya no había más frío, ni oscuridad.

Él pudo sentir cómo ella se iba y aunque se había propuesto que lo hicieran juntos, su mente aún se encontraba nublada por todas esas sensaciones contradictorias que le produjeron ver a Pandora tan frágil, tan indefensa y aturdida, sentía la necesidad de liberarse él también; sin embargo, sus pensamientos le impidieron enfocarse, así que le permitió que se recuperara del clímax a donde la había llevado el placer, pero mantuvo sus movimientos constantes dentro de ella.

Sentía que necesitaba más, necesitaba de esa locura y ese desenfreno que poseían minutos atrás, se incorporó dejándose caer sentado sobre la cama al tiempo que la tomaba a ella por la cintura para llevarla sobre él, sentados mirándose a los ojos, comenzó a besarla con premura, con ardor, sus manos se apoderaron de las turgentes nalgas de Pandora para mantenerla allí mientras él la llenaba de nuevo, entrando con suavidad pero llegando hasta el fondo, estremeciéndose una vez más, jadeando en el oído de su mujer.

Pandora se acomodó para hacer que la posición fuese más cómoda, apoyando sus pies en la cama y apenas recargando su peso sobre Tristán, podía sentir cierta tensión en él y eso la entristeció, se negaba a dejar que el temor arruinara ese momento, así que, creando una barrera entre sus miedos, se entregó a él y a eso que ambos deseaban.

Comenzó a moverse sincronizándose con su esposo, acariciándole el cuello, la espalda, besándolo con pasión mientras enredaba sus manos en el cabello, gimiendo cada vez que le acariciaba los senos y cuando movía sus caderas con repentina fuerza o en ese preciso instante que succionaba su pezón con suavidad y constancia al tiempo que un dedo llegaba a su centro y rozaba ese punto en ella que temblaba a cada roce y la hacía jadear.

—Vuela conmigo Pandora… una vez más mi amor… ven conmigo —susurró pegando su frente a la de ella, mientras la miraba directamente a los ojos.

—¡Sí! ¡Oh sí, Tristán! —exclamó aferrándose a él con fuerza mientras temblaba íntegra.

Él atrapó la boca de Pandora en un beso desesperado y la amarró entre sus brazos sin dejar de moverse un solo instante, ahogando ese gemido profundo y ronco que desgarró su pecho. Cerró los párpados con fuerza y tembló cuando se desahogó dentro de ella, una serie de espasmos que no pudo contar y que lo hicieron sentir que se vaciaba por completo.

Pandora estaba sin aliento y sintiendo estallar en mil pedazos al tiempo que la cálida esencia de su esposo se derramaba dentro de ella entre palpitaciones de su hombría que se mezclaba con su humedad.

Un minuto después Tristán abrió los ojos parpadeando, su cuerpo estaba bañado en sudor y sentía que aún era recorrido por estremecimientos, se sentía débil, agotado, sus músculos laxos mientras Pandora seguía besándolo con ternura, rozándole la espalda con los dedos, manteniéndolo aún en su interior.

—Te amo Pandora Corneille —expresó buscando su mirada, tomando su rostro entre las manos le besó los labios con suavidad, apenas ronces.

—Te amo Tristán Corneille… eres mi vida… eres toda mi vida —pronunció con la voz ronca y después le regaló una hermosa sonrisa, terminó abrazándolo de nuevo con fuerza.

Momentos después se encontraban acostados en la cama, unidos en un abrazo, hablando de su tiempo de novios, de su pasado, de ese que ella sabía que era más lejano de lo que él imaginaba. No quería pensar en eso, pero le era imposible no hacerlo, su realidad no era esa y lo sabía, aunque luchase por aferrarse con todas sus fuerzas, debía dejar ir a Tristán, había hecho una promesa, la había hecho y debía cumplirla.

Sin embargo, aún le quedaba noche por delante y aunque fuesen unas horas, haría que fuesen eternas para grabarlas en su memoria, para poder continuar, teniendo la esperanza de que todavía podía salvarse y volver a estar con su familia, debía continuar por ellos.

Las caricias una vez más despertaron sus cuerpos y ellos se dejaron llevar por la pasión y el deseo, hicieron el amor con menos premura que la anterior, animándose a participar por igual en este intercambio. Esta vez fue el turno de Pandora para recorrer con sus labios el cuerpo de su esposo, para amarlo tal como él lo había hecho con ella, sin cohibirse un solo minuto, entregándole todo porque así lo deseaba.

Él se desvivió en ternura para con ella, pero también fue apasionado, dejando libre ese lado salvaje que poseía y que sabía a su mujer le encantaba, sintiéndose poderoso cuando ella le rogaba por más placer, él apenas se quedó dormido un par de horas mientras ella lo admiraba embelesada por su belleza. Una vez más Tristán despertaba para amarla y la cama se volvió un mar de sábanas blancas donde sus cuerpos naufragaron más de una vez.

# Capítulo 29

La mirada azul de Gardiel se perdía en el extenso verde que los humanos llamaban Central Park, desde la altura donde se encontraba las personas parecían pequeños puntos que se movían de un lado a otro. Él había dejado de lado su coraza para surcar el cielo con total libertad, siendo solo ese halo de luz azul que lo componía, un azul como ése que mostraba el iceberg en lo más profundo.

Pensó que liberándose de su representación humana podía escapar también del dolor que sentía en el pecho, pero fue todo lo contrario, regresar a su forma solo intensificaba sus sensaciones y también sus emociones, porque lo que sentía, el dolor que lo devoraba era cada vez más implacable, mucho más de lo que fue siglos atrás.

Presenciar la noche anterior, cómo Pandora se entregaba a ese hombre, rompió algo dentro de él que sabía no podría repararse jamás porque ese tipo de heridas no sanaban. Él nunca había pedido sentir, no estaba creado para percibir algo más que no fuese fidelidad, amor y respeto por su creador.

Tenía prohibido eso que Pandora había despertado en él, aunque sabía que otros ángeles anteriores a él habían descubierto el amor hacia los humanos, era algo de lo que no se hablaba, era romper las leyes de la naturaleza, un pecado y se pagaba muy caro.

En ese instante cuando recordaba lo que sus ojos vieron, podía dar fe del alto precio que estaba pagando y la ira lo colmaba de nuevo, el dolor, la impotencia. Ese deseo de acabar con una vida humana por primera vez en su existencia quería acabar con aquel que se había osado a profanar el cuerpo de la mujer que amaba, que consideraba suya en el sentido más puro y absoluto.

«Tú eres mía Pandora, siempre fuiste mía, antes de Tristán Corneille y de Nathaniel Gallagher, fuiste mía porque yo te amé primero que ellos, yo te entregué mi ser primero.»

Sus pensamientos resonaban en el cielo en forma de truenos, esa furia que había permanecido contenida dentro de él por tanto tiempo se liberaba estallando con fuerza, descargando la poderosa energía que atravesaba su cuerpo y relampagueaba entre las nubes, anunciando una catastrófica tormenta.

Nunca le tocó ver las entregas entre Pandora y el hombre que había escogido ella para compartir su vida, después que hizo su elección y la vio por última vez el día de su matrimonio, ella lucía radiante, mucho más hermosa y feliz de lo que alguna vez la había visto, mientras él en medio de esa multitud de desconocidos no podía estar más destrozado.

Destrozado, aunque no como se encontraba en ese momento, porque en aquel entonces su amor por Pandora era algo mucho más efímero, menos de piel y de sentidos.

«Te guardé dentro de mí para llevarte por la eternidad como un maravilloso recuerdo, me alejé de allí cuando sentí tu felicidad y confié en que él te protegería por toda la vida, renuncié por amor.»

El dolor de Gardiel se transformó en millones de gotas que comenzaron a caer sobre la ciudad, como un poderoso diluvio que nada era capaz de detener, eran sus lágrimas.

«Te entregué al hombre que creía te merecía más que yo, solo por la manera en cómo lo mirabas, porque era de la misma que yo te veía a ti Pandora… y pude haber renunciado a todo por ti, a mi inmortalidad, a mi santidad, a todo.»

Más relámpagos surcaban el oscuro cielo que se cernía sobre Nueva York mientras los truenos

hacían retumbar los cristales de las ventanas en cada rincón y la lluvia al igual que las lágrimas de Gardiel no dejaban de caer.

«Cuando volví a verte ya no eras mi Pandora, no eras esa hermosa niña que me enamoró, no había en ti bondad, ni alegría, no había luz. Eras un monstruo sediento de venganza, lo único que sentías era odio, dolor, soledad. Te habían destrozado Pandora, te habían destrozado amada mía y no dejaron nada.»

«Y la culpa que sentí fue tan grande como el amor que aún llevaba en mí, supe que era el responsable de lo que había sucedido, yo debí cuidarte, quedarme a tu lado y evitar que la desgracia cubriera tu vida, debí seguir siendo tu guardián. Mi lugar no era entre ángeles soldados, era junto a ti… yo te fallé y por eso me prometí no descansar hasta recuperar tu alma y atraerte a la luz, pero una vez más tú lo has elegido a él Pandora, lo elegiste a él.»

El dolor atravesaba todo su ser, siendo mucho más fuerte que aquel que podía sentir un humano, tan poderoso que incluso él creyó que dejaría de existir y se volvería nada.

∞∞∞

Los primeros rayos de sol los sorprendieron en la tina, después de hacer el amor y quedar exhaustos, jadeantes y cubiertos de sudor, él sugirió que se bañasen juntos antes de descansar, ella aceptó de inmediato pues le encantaba estar así con Tristán. El agua cubría parte de sus cuerpos mientras ellos descansaban con los ojos cerrados, completamente saciados después de esa noche de amor y deseo.

Pandora se encontraba con la espalda apoyada en el pecho de su esposo mientras disfrutaba de los suaves besos que él dejaba caer a momentos sobre sus hombros, se sentía amada y protegida en medio de los fuertes brazos de Tristán; sin embargo, a medida que el sol ganaba altura en el cielo, su consciencia le decía que el tiempo se agotaba, que debía dejarlo ir.

—El agua se puso fría ya… será mejor que regresemos a la cama o terminaremos resfriándonos —dijo y le acarició el cuello.

—¿Estás cansado? —preguntó ella llevándose una mano de Tristán a los labios para besarla.

—Algo… la verdad es que me siento un tanto extraño, pero… ¿Por qué la pregunta condesa? ¿Acaso tiene alguna idea en mente? —inquirió en tono sugerente mientras le acariciaba un seno.

Ella gimió ante la suave presión que le brindó él, pero su mente no logró alejar esa frase que le había dicho, sabía bien porqué se sentía extraño, el hechizo comenzaba a desvanecerse y de un momento a otro dejaría de ser su esposo para volver a ser Nathaniel. Supo de inmediato que no podía mantenerse allí junto a él, debían regresar a la habitación y hacerlo dormir para que el impacto no resultara tan fuerte para el pintor cuando despertara.

—¡No! —exclamó fingiendo una sonrisa, debía aprovechar ese momento—. Conde, se ha vuelto usted un hombre insaciable —acotó volviéndose para mirarlo, él solo se encogió de hombros y le regaló una hermosa sonrisa—. Será mejor que vayamos a dormir... necesitas descansar —pronunció moviéndose para quedar frente a él.

—Si sigues mostrándome tu cuerpo de esa manera… dudo mucho que te deje dormir en días —mencionó mostrando un brillo intenso en sus hermosos ojos topacio.

—¡Tristán! —Lo reprendió, pero sonreía, la sensación de felicidad la desbordaba, igual se alejó cuando lo vio acercarse.

Él consiguió atraparla entre sus brazos y la besó con suavidad, los dos comenzaron a reír, llenos de felicidad y de amor, sabiéndose lejos de todo aquello que pudiera lastimarlos.

Al final ella logró convencerlo, él se notaba agotado y sabía que debía apresurarse a dormirlo de nuevo, el hechizo era solo temporal y no sabía con exactitud si faltaba mucho para que terminase, le dolía dejarlo ir, pero no podía retenerlo.

Se quedó mirándolo por minutos que no pudo contar, aferrándose a cada recuerdo vivido horas antes, dejando que las lágrimas corriesen por sus mejillas, sintiendo que el dolor regresaba de nuevo a ella y esta vez con más fuerza, sintiéndose completamente perdida, desamparada y vacía, lo único que le daba aliento para continuar era cada respiro de Tristán y ya no lo tenía a él, ya no estaba.

No era quien dormía a su lado, se había ido una vez más, la certeza de saber que ya no tendría todo aquello que fue suyo y que no podía hacer nada para regresar el tiempo, para reparar los errores la estaba matando lentamente. Aun si pudiera prologar el hechizo, no podía mantener a su esposo engañado, hacer el conjuro indeleble en él era imposible, notaría que todo había cambiado, preguntaría por su hijo… ¿Y qué le diría ella?

Se llevó las manos a la boca para ahogar los sollozos mientras temblaba, la realidad en ese instante era mucho más cruel de lo que fue antes. Se puso de pie dejando a Nathaniel profundamente dormido, ya la esencia de Tristán lo había dejado, lo sentía, su corazón podía perfectamente diferenciarlos a uno del otro.

Nathaniel era un hombre maravilloso, pero no era su esposo y por más que ella desease continuar con eso no podía hacerlo, la ausencia de Tristán era su condena y no había nada que pudiese hacer para evitarla, era el precio a pagar por todo lo que hizo.

Se vistió con el salto de cama y se encaminó hacia las puertas que daban a la terraza, las abrió saliendo al exterior, una fría corriente de aire la envolvió por completo una vez afuera; sin embargo, eso no le importó en lo más mínimo, no podía enfermarse, no podía morir ni podía ser libre y terminar con todo.

Ese era el infierno, ese y no otro. Su llanto ahora se hizo más profundo y doloroso, amargo como la hiel, las lágrimas le quemaban las mejillas…

«¿Qué había hecho? ¿Por qué se dejó llevar por un sueño? Ese que ahora se había convertido en una pesadilla.»

Pensaba mientras su mirada se perdía en el océano.

—Creo que es mejor despedirte de tu esposo con este recuerdo, que con aquel que conservabas.

Escuchó una voz tras ella, era Gardiel. Notó que su tono era distinto, ronco y lejano.

—No deja de ser doloroso… jamás lo tendré de nuevo… me lo advertiste; sin embargo, me negué a aceptarlo —confesó sin volverse a mirarlo, se sentía frágil y con el alma desnuda.

—Pandora… yo… no entiendo muy bien eso de los sentimientos de los humanos, pero los años que llevo caminando por la tierra me han demostrado que ustedes se empeñan en anhelos imposibles, luchan sin descanso por alcanzarlos… y cuando lo hacen, entonces se lastiman al ver que no eran lo que esperaban, pero tu caso es distinto… has encontrado aquello que deseabas, al menos por una noche… —Silenció sus palabras que iban cargadas de dolor.

—Una que conservaré mientras siga errante por la tierra… no puedo hacer nada más, Gardiel, lo sabes, pero me duele saber que todo lo que tuve ya no está… Si tan solo pudiera resignarme como hicieron otras, si mi corazón acallara este amor que me llena y me consume al mismo tiempo… si pudiese olvidar… pero no puedo hacerlo, es algo que me sobrepasa, que no está en mí, que no puedo controlar… —Su voz se quebró llena de tristeza e impotencia.

—Falta poco… muy poco, Pandora, has recorrido tanto, no puedes derrumbarte ahora… Sabía que todo esto nos traería problemas, no debí dejarte venir hasta aquí y encontrar a ese muchacho,

él ha movido demasiadas cosas en ti… si no hubiese existido… —decía dejando libre su molestia.

—No… no es culpa de Nathaniel, esto está dentro de mí, Gardiel, soy yo la culpable, es mío el dolor y la condena, él solo… él solo me dio la oportunidad de tener a mi esposo una vez más, jamás tendré cómo agradecerle —mencionó buscando la mirada del ángel.

Gardiel le rehuyó la suya enseguida, no podía dejar que ella lo viese porque terminaría descubriendo todo eso que llevaba dentro de su ser, esa cantidad de sensaciones y sentimientos que creyó no volver a sentir nunca más, pero que la noche anterior habían regresado para torturarlo y demostrarle que ella nunca sería suya.

—Debes ayudarme a reunirlo con esa chica… con Rosemary, él la ama, aunque se lo niegue, está preso por el compromiso que tiene con Sarah Greenwood y no es justo que se condene a una vida como la que le espera de seguir con esa maldita manipuladora… yo me encargaré de ella. Pero con Rosemary es diferente, no quiero acercarme a ella, puede ser peligroso si Hazazel se entera, lo sabes —pidió encontrando la mirada de su amigo, los ojos celestes que antes le entregaban calidez y ternura, carecían de todo eso, lucían distintos, más oscuros y opacos.

—Cuidado con lo que planeas hacer con Sarah Greenwood, no vale la pena que te condenes por algo que no te incumbe. En cuanto a Rosemary White, no tienes que preocuparte, ella está protegida… Es un poco absurdo todo esto, me estás pidiendo que ayude a ese hombre a recuperar un viejo amor… después que pasó toda la noche contigo y te tomó a su antojo —mencionó con amargura y desprecio.

—No era él… era la esencia de Tristán —indicó ella arrastrado las palabras, no le gustó el tono que utilizó Gardiel.

—¡Era el cuerpo de Nathaniel Gallagher, no olvides eso! —exclamó dejándose llevar por la rabia.

—¡Era mi esposo! ¡Al hombre que amo, al único que he amado siempre, tampoco lo olvides tú! —gritó con lágrimas en los ojos y agitada por la rabia.

Un tirante silencio se apoderó del lugar mientras ellos se miraban a los ojos en franco desafío, sus respiraciones aceleradas y el rencor que ardía entre ellos los había esculpido en granito. Gardiel reprochándole claramente lo sucedido y Pandora dolida por esos reclamos sin razón que le hacía.

Fueron sacados de la elipsis por el sonido de unas palmadas cerca de ellos, sus miradas volaron de inmediato hasta el lugar de donde provenían.

—¡Vaya! Jamás imaginé ver un espectáculo de este calibre… una patética pero impecable actuación, Gardiel —mencionó mientras se acercaba con una sonrisa a ellos y los miraba fijamente.

—Hazazel —esbozó Gardiel entre dientes, clavando su mirada furiosa en él.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo lograste entrar? —preguntó Pandora alarmada sin poder creerlo.

—Como siempre hago mi querida pupila… aunque si lo dices por la cantidad de sellos que colocaste en las puertas y las ventanas déjame decirte que no te sirvieron de mucho… no tienen fuerza si tú no la tienes… y mira que te lo advertí niña estúpida, entre más cerca estés de lo que eras… más te debilitas —respondió, mirándola con rabia y moviendo sus dedos ligeramente.

—Yo… —Pandora intentó hablar, pero comenzó a sentir que sus pulmones se cerraban y su corazón tenía un latido sumamente doloroso, se llevó una mano al pecho, liberando un jadeo.

—¡Suéltala! —le ordenó Gardiel lanzándose hacia el demonio al percatarse de lo que hacía.

—¡Gardiel, no! —exclamó ella recuperando el aire, aterrorizada ante la idea de que su amigo

pudiese salir lastimado, corrió hasta donde se habían estrellado contra una pared.

—Quítame las manos de encima… o te haré pedazos en un abrir y cerrar de ojos. —Lo amenazó Hazazel, empujándolo con fuerza.

—Sabes que puedo destruirte con un movimiento, no me provoques miserable demonio —advirtió Gardiel señalándolo con un dedo, su presencia le causaba repulsión.

—¡Ya basta! Por favor, Gardiel… las cosas no pueden ser así, por favor —suplicó Pandora mirándolo y lo tomó por el brazo.

—Así que te has convertido en el nuevo juguete de Pandora —pronunció Hazazel tras liberar una carcajada—. No conocía esos dotes tuyos querida… habías seducido a muchos hombres y los habías destrozado con magnificencia, pero esto… esto sencillamente sobrepasa cualquier cosa —esbozó en medio de una risotada señalándolo—. Espera, tengo una curiosidad… ¿Qué piensan hacer con el infante que tienes en tu habitación? ¿Lo utilizarás una vez más para que sea la armadura de tu ingenuo esposo o cuando despierte le propondrás hacer un trío contigo y el angelito? —inquirió con un brillo malévolo en los ojos.

—¡Cállate Hazazel! —gritó ella llena de rabia y esta vez no pudo evitar darle una bofetada.

—No me toques maldita traidora —dijo tomándola por las muñecas con fuerza.

—¡Ya es suficiente! —exclamó Gardiel empujándolo.

Lo estrelló contra una pared que se resquebrajó, sus ojos se habían pintado de un azul intenso y sus pies no tocaban el suelo, Pandora intentó sujetarlo, pero su cuerpo era como hierro ardiente y la quemó.

—Vamos… ven y acaba conmigo Gardiel, hazlo y me llevaré el alma de tu hermosa amada a lo más profundo del infierno —dijo de manera triunfante mientras sonreía tirado en el piso.

Gardiel se quedó estático mirándolo con odio y desprecio, sabía que tenía razón, que no podía acabar con él en ese instante, Pandora no había liberado su alma de ese pacto diabólico que la mantenía atada a las sombras y la condenaban al infierno.

—Suponía que entrarías en razón… eres tan conmovedor, abandonando tu deber de hacer justicia por mantener a salvo a una simple niña… bueno, no tan niña. ¿Verdad? Eso pudiste comprobarlo anoche y tampoco es simple, conozco a muchas mujeres que matarían por tener sus dotes… lástima que no pude recrearme tanto como tú —agregó haciendo su sonrisa más amplia y desviando su mirada a Pandora quien lo veía asombrada, se encogió de hombros.

—Cállate miserable… serpiente, solo te regodeas en sembrar la cizaña —espetó mirándolo a los ojos con rabia.

—¿Acaso miento? ¡Por favor, vamos cuéntale! ¡Dile cómo lloraste anoche como un pobre cabrón mientras escuchabas los gritos de placer que ese chico le arrancaba! Claro, eso lo hiciste después de que dejaste de mirar, apreciando la rabia crecer dentro de ti porque sabes que jamás sentirás algo así, deseabas ser el pintor. ¡Qué bajo has caído, Gardiel!... Te mostraste como un vulgar pervertido… —decía cuando el ángel lo silenció dándole un golpe en el pecho.

—¡Que te calles te dije! —gritó, empujándolo una vez más y sus ojos contenían el llanto.

—¿Gardiel…Tú…? —Pandora no pudo concretar la pregunta, la mirada atormentada de él le dio la respuesta, se llevó las manos a la boca para ahogar un sollozo.

—Yo solo… quería cuidarte, no pretendía estar aquí… ¿Crees que soy un masoquista o que me complacía permanecer en este lugar mientras tú y ese joven…? —Se detuvo cerrando los ojos para sacar de su cabeza los recuerdos que le dolían, respiró para continuar—. Mientras dejabas que él desahogara en ti toda esa lujuria que te condenará aún más… No me quedé…

Pandora se sentía traicionada y humillada, había confiado en él, sentía que era el único amigo que tenía y saber que había violado su intimidad iba más allá de cualquier cosa que pudiera

perdonarle, no tenía caso siquiera que intentara darle una explicación, Gardiel había pisoteado la confianza que le ofreció.

—No digas una palabra más… ninguno de los dos… ¡Esto se acabó! El juego terminó, pueden irse y pudrirse donde más les plazca… No los quiero cerca de mí a ninguno de los dos ¡Esta es mi maldita vida y haré con ella lo que me venga en gana! —les gritó hecha una furia, mirándolos con odio y desprecio, dándoles la espalda se encaminó al interior de la casa con pasos enérgicos.

Los dos se quedaron allí sin poder hacer nada, no comprendían cómo ella podía dominarlos de esa manera, ambos estaban dolidos y llenos de rencor por lo sucedido la noche anterior. No solo Gardiel había sido testigo de la entrega y el amor que ella le profesaba a Tristán, también Hazazel lo había vivido y su dolor solo podía aliviarse haciéndole daño a quien encontrara en su camino.

Mejor aún si podía hacérselo a quien la había alejado de él, ya sospechaba la relación de Pandora con otros entes espirituales, pero jamás pensó que sería un ángel y precisamente ése a quien tanto odiaba.

Ella entró a la habitación sintiéndose completamente devastada, ya no podía confiar en nadie, Gardiel solo se había acercado a ella por una enfermiza obsesión, no pensó en ayudarla sin recibir nada a cambio, tenía unos objetivos muy claros. No podía alegar que Hazazel no los tuviese, pero en todo ese tiempo supo mantenerlos bien ocultos y respetó su espacio.

Sus ojos captaron la figura de Nathaniel descansando entre las sábanas, estaba profundamente dormido, ajeno a todo lo que sucedió momentos atrás para su suerte. No quería involucrarlo en todo ese desastre, debía mantenerlo alejado de sus enemigos.

Usando sus poderes lo vistió de nuevo con su ropa y susurró unas palabras en su oído para mantenerlo profundamente dormido, lo puso de pie abrazándolo para mantenerlo pegado a su cuerpo y le acarició el rostro con ternura. En ese instante solo pensaba en protegerlo, una densa neblina los envolvió y segundos después habían abandonado el lugar.

∞∞∞

Nathaniel despertó sintiéndose abrumado y confundido, cientos de imágenes confusas se arremolinaban en su cabeza mientras sus ojos abiertos se paseaban por la oscuridad del lugar, la luz que entraba al final de las cortinas corridas era lo único que iluminaba la habitación. Giró sobre su costado cerrando los ojos de nuevo y un extraño cosquilleo lo barrió de pies a cabeza como una ola que lo hizo estremecerse, dejó libre un suspiro intentando ordenar sus pensamientos.

Cuando logró darles sentido a varios se levantó con rapidez quedando sentado en su cama, su respiración se tornó agitada y sus ojos se abrieron de manera desorbitada. No daban crédito a lo que su mente le mostraba, un leve mareo lo hizo tenderse de nuevo sobre su espalda, cerró los ojos moviendo su cabeza de un lado a otro para alejar de él todo eso tan absurdo que lo hostigaba.

A medida que pasaban los minutos todo se mostraba con mayor claridad y mucha más certeza, una vez más abrió los ojos y su mirada se mostraban angustiada, la clavó en el techo y respiró profundamente para calmarse al tiempo que se esforzaba por recordar lo sucedido la noche anterior.

—¡Pandora! —exclamó sintiéndose angustiado por ella, se puso de pie con rapidez y corrió para abrir las cortinas esperando verla en algún rincón.

Grande fue su desilusión cuando sus ojos se encontraron con el espacio vacío, no había señales de ella por ningún lado, caminó con prisa por todo el lugar, pero tampoco la encontró, cerró los párpados dejando libre un suspiro lento y pesado, regresó a su habitación apreciando una extraña sensación de vacío que le llenaba el pecho.

Se detuvo frente al ventanal y su mirada se perdió entre las calles, recorriendo cada una, buscándola, pero no pudo encontrarla. Se había esfumado, dejándolo sin siquiera despedirse, no había sido un sueño, él lo recordaba todo perfectamente, al menos antes de caer en ese estado de hipnosis.

Debía buscarla, entró al baño quitándose con rapidez el pantalón de su pijama y se metió a la ducha, dejando que el agua corriera por su cuerpo, a medida que se enjabonaba podía percibir una sensación de haber sido tocado… acariciado, su piel se mostraba muy sensible, todo su cuerpo lo hacía.

Sus músculos estaban sumamente relajados, sentía su cuerpo liviano, libre de tensiones y por experiencia solo podía conseguir una explicación lógica para todo eso: Ellos habían estado juntos, habían tenido sexo, aunque él no recordase nada.

Intentó liberar la ansiedad que lo estaba torturando, quizás ella solo había salido para atender algunas cosas, tal vez consideró adecuado dejarlo descansar en soledad. Existía una infinidad de razones para que no estuviese allí, se concentró en seguir con su rutina y no pensar demasiado en ello, preparó un desayuno ligero del cual apenas probó bocado, tenía el estómago hecho un nudo.

Desistió de comer después de unos minutos y optó por ir hasta el estudio, a lo mejor ella estaba allí o si no, por lo menos lograría distraerse.

# Capítulo 30

Pandora se encontraba observando a Sarah Greenwood, quien descansaba ajena de su presencia, envuelta en delicados y suaves edredones en colores pasteles, hermosamente bordados, con su cabeza apoyada en al menos una almohada cubierta por finos encajes y suave algodón, la habitación de un blanco angelical, que contrastaba a la perfección con el rosa y el damasco del papel tapiz que cubría parte de la pared. Cualquiera que tuviese ante sus ojos ese cuadro pensaría que la dueña de aquel lugar y quien descansaba plácidamente en su lecho, era una chica dulce, sencilla, amable y maravillosa… pero la realidad era una muy distinta.

Incluso cuando dormía dejaba ver su verdadero rostro, sus sueños no eran tranquilos y eso no tenía nada que ver con su presencia allí, pues solo se había mantenido observándola, en ningún momento había usado sus poderes para perturbarla, había decidido esperar.

Sarah sentía que algo la estaba ahogando, como si su cuerpo fuese presionado con fuerza contra la cama, deseaba abrir los ojos y despertar de esa pesadilla, pero no lograba hacerlo, cada esfuerzo la hacía sentirse cansada, llenándola de angustia.

Al fin después de mucho luchar terminó por abrir los ojos, parpadeando para disminuir la fuerza del choque de la luz que entraba por la ventana de su habitación, alguien había corrido las cortinas, seguramente su madre. Volvió a cerrar los ojos sintiéndose sumamente agotada, su respiración era acelerada, como si hubiese estado en medio de un maratón.

—¡Qué estúpido! —Se dijo frunciendo el ceño.

—Sí, verdaderamente estúpido y una lástima… que no puedas correr Sarah, aunque para ser sincera de poco te serviría en este momento —mencionó Pandora captando su atención y de inmediato fijó la mirada en ella.

—¡¿Quién es usted?!… ¡¿Qué?! —comenzó a gritar.

Pandora enseguida le cerró la garganta moviendo sus ojos, sin siquiera tocarla, la silenció no porque alguien pudiera escucharla, sino porque la sola voz de Sarah le causaba repulsión.

Sarah se llenó de pánico en segundos al experimentar la misma sensación del otro día, esa espantosa asfixia que la hizo perder el conocimiento. Quiso gritar, pero una vez más su voz había desaparecido, así que intentó levantarse y salir de allí, pero no podía mover un solo músculo.

Solo lograba ver a la mujer a los pies de su cama, quien la miraba llena de odio, las lágrimas desbordaron sus ojos, comenzó a temblar y no pasó mucho tiempo para que la habitación se llenara con sus sollozos, la desesperación la llevó a intentar una vez más levantarse, pero le fue imposible, abrió la boca para gritar, esforzándose tanto como pudo, pero de nada servía.

—Es desesperante, ¿verdad? Esa sensación de sentirte presa… atada… sin poder escoger un camino, una salida. ¿Es horrible Sarah? ¿Sientes miedo? —inquirió acercándose a ella.

Solo la vio tragar en seco cerrando los ojos y nuevas lágrimas corrían por sus sienes. Pandora presionó aún más dentro de su pecho.

—¡No cierres los ojos, mírame a la cara! —gritó con rabia al tiempo que sujetaba su corazón obligándolo a latir con fuerza para no detenerse.

Sarah dejó libre un jadeo y se estremeció ante el dolor.

—Te hice una pregunta, al menos ten la cortesía de mirarme a los ojos y asentir, Sarah… eso puedes hacerlo, es sencillo, solo un simple movimiento de cabeza disfruta de esa libertad

mientras puedas —indicó tomando asiento en un sillón junto a la cama.

Sarah no podía controlar su temblor, ni su llanto, respiraba afanosamente y sentía demasiado frío, además de ese insoportable dolor en el pecho, su cuerpo empezaba a entumecerse, parecía estar congelándose, una vez más su instinto la llevó a intentar levantarse.

Esta vez Pandora se lo permitió, para luego hacerla caer y terminó tendida boca abajo en el piso de nuevo, también permitió que sus pulmones se llenasen un poco de aire; no quería, en realidad no debía matarla, aunque lo desease.

Sarah comenzó a arrastrarse para salir de la habitación, sentía el cuerpo demasiado pesado, como si estuviese hecho de plomo, no conseguía hacer que su voz saliese de su garganta para alertar a su madre, para pedir auxilio; su cabeza era un remolino de pensamientos, se decía una y otra vez que todo era una pesadilla, solo debía concentrarse y despertar, gritar para llamar a su madre, debía despertar o moriría de miedo.

—¿Quieres que te ayude a ponerte de pie? —preguntó Pandora poniéndose de cuchillas y levantándole con los dedos el mentón para que la mirara a los ojos. Su voz era tan suave, como si desease consolarla.

Sarah negó con la cabeza, el toque de esa mujer le causaba escalofríos y no quería que se le acercara. La soltó con brusquedad haciendo que se golpeara el mentón contra el piso de madera y más lágrimas bajaron por sus mejillas al tiempo que cerraba los ojos con fuerza para pasar el dolor, se sentía presa de un enorme terror.

Pandora tomó asiento de nuevo disfrutando de ver cómo se arrastraba, sentía que ese era el sitio que debía ocupar, después de todo no era muy distinta de las serpientes, sus labios mostraban su satisfacción en media sonrisa y sus ojos tenían un brillo macabro

—No te imaginas cuánto me complace eso, después de todo es justo allí donde pasarás tus últimos días.

Pandora quiso jugar un poco con ella y comenzó a mover una mano en el aire para levantarla sin tener siquiera que tocarla.

—¡Por favor! —exclamó Sarah temblando de miedo, suspendida en el aire, aterrada al ver que cada vez se elevaba un poco más del suelo—. Déjame ir… por favor… por favor… —suplicó cerrando los ojos mientras movía las manos en un vano intento por conseguir algo a lo cual aferrarse.

—¿Quieres que te deje ir? —inquirió Pandora haciendo como si la fuera a dejar caer, pero volvía a elevarla, no podía evitar reír ante el terror que mostraba el semblante de Sarah.

—Esto no es real… es solo una pesadilla, es una pesadilla, es una pesadilla… por favor… por favor… —esbozaba completamente aturdida mientras intentaba dejar de llorar.

—Lamento decirte que esto es muy… muy real Sarah, tanto como la cárcel que te has encargado de crear en torno a Nathaniel… —decía cuando la vio abrir los ojos para mirarla.

—No… no… yo lo amo… yo lo amo… y él también me ama, nos vamos a casar… vamos a tener una familia… seremos felices —pronunció con la voz trémula.

—Eso ya no será así… en realidad nunca hubieras logrado hacerlo feliz porque él no te ama, jamás lo hará y tú conoces muy bien el motivo. Pero has estado negándotelo por tres años… incluso antes de tu accidente ya actuabas con deshonestidad, te arrastrabas como una serpiente esperando el momento adecuado para dar el zarpazo… —la acusó disfrutando de ver el asombro reflejado en su rostro.

—Yo… yo no… —Intentó defenderse, pero su voz fue silenciada.

—Sí, tú sí. Tú Sarah Greenwood no eres más que un animal frío y ponzoñoso, ni siquiera lástima me inspiras así que ya deja de llorar como una mártir que no tienes madera para ese

papel, al menos no conmigo, aunque con Nathaniel lo has empleado una infinidad de veces ¿Sabes, me sigo preguntando cómo logra soportarte? Tus celos, tus arranques de histeria, tu obsesión, tus patéticas escenas de llanto, de autocompasión… Te siente nada ¿No es así? Haces bien en sentirlo porque no eres nada, solo una maldita manipuladora, una miserable chantajista que se apoyó en su desgracia para destruir la felicidad de personas inocentes —mencionó llenándose de rabia, halándole el cabello con fuerza dejándola colgada y le dio varias bofetadas.

—¡No, no, no! Por favor… por favor ¡Alguien que me ayude! ¡Nathan! ¡Nathan! ¡Mamá! —comenzó a gritar sintiendo que las mejillas le ardían y un leve sabor amargo se esparcía por su boca.

Pandora hizo que empezara a ahogarse con su propia lengua, no soportaba esos chillidos espantosos que le hacían doler los oídos, parecía un cerdo cuando era colgado para ser degollado.

—¡No dejaré que sumas a Nathaniel, en ese abismo al cual deseas llevarlo! Primero te llevo a ti maldita estúpida… No eres más que eso, una estúpida que ni siquiera sabe cómo enamorar a un hombre, insegura y caprichosa —le dijo tirándole el cabello con fuerza.

No hacía falta que se acercara a ella siquiera, todo lo hacía desde la distancia, pero manteniendo el control, tampoco podía extralimitarse, no quería matarla aún, deseaba hacerla sufrir antes.

Sarah luchaba por dejar salir su voz y gritar, no era posible que nadie la escuchase, la habitación de su madre quedaba junto a la suya, tenían varios sirvientes, alguien debía oír lo que estaba sucediendo porque el sonido de las bofetadas retumbaba en toda la habitación.

Las mejillas les ardían debido a los golpes, el cuero cabelludo también le dolía y la tensión en su nuca era imposible de soportar, sentía como si su cabeza estuviese a punto de ser separada de su cuerpo mientras sus piernas se balanceaban de un lugar a otro, apenas recuperaba el aliento cuando otra cachetada se lo hacía perder, lloraba desgarradoramente, se retorcía para liberarse de esta tortura.

—Ya basta… ya basta por favor… por favor —logró al fin esbozar mientras rogaba a Dios para que terminase de una vez.

Pandora se cansó del espectáculo y con desprecio la dejó caer de nuevo al suelo. El estruendo fue bastante fuerte pero no había de qué preocuparse, todos en la casa se hallaban sumidos en un poderoso hechizo que los había dejado completamente inconscientes, extraídos de lo que acontecía en esa habitación, se acercó una vez más poniéndose de cuclillas y le elevó el rostro.

—Él no es responsable de tu suerte, fue tu decisión, tú elegiste lanzarte ese día para cerrar con broche de oro tu actuación y culpar a Rosemary… Esperabas salir ilesa del accidente, quedar ante todos como la víctima para después manipular las cosas a tu favor ¡Y lo conseguiste maldita! Pero no contabas con que la caída te dejaría consecuencias de por vida. Ahora descargas toda tu frustración en él, lo haces sentir culpable, miserable… ¿Y a eso le llamas, amor? —gritó, apretándole con fuerza la quijada.

Sarah no podía moverse, no podía hablar, lo único que conseguía hacer era temblar y seguir llorando, tan aterrada que ni sus pensamientos eran coherentes. La locura se estaba apoderando de ella y de pronto la mujer ante sus ojos comenzó a cambiar y ya no era castaña y de ojos grises, en ese instante era rubia y sus ojos eran… eran de azules… un azul verdoso que conocía muy bien.

Pandora quiso torturarla aún más, pero no causándole dolor físico, esta vez quiso jugar con su mente y adoptó la apariencia de Rosemary, dejando ver una sonrisa malévola al comprender que lo había conseguido.

—¡Déjame en paz, lárgate! No me lo puedes quitar… él es mío, yo lo amo… tú lo abandonaste ¡Eres una maldita Rosemary! ¡No me lo quitarás! ¡No me lo quitarás! ¡Su vida es mía, es mía! —comenzó a gritar como loca mientras se retorcía en el suelo e intentaba alcanzarla lanzado sus manos hacia delante.

—¡Cállate estúpida! —exclamó Pandora propinándole una bofetada que le volteó la cara—. Aquí la única ladrona, la única que robó fuiste tú, la obligaste a dejarlo. Eres una miserable… y ahora te sientes con derechos de reclamar, tu obsesión no tiene límites, pero no te preocupes yo le pondré uno —indicó mirándola con desprecio.

—No merezco esto… no lo merezco… yo no hice nada malo… soy la única víctima —susurraba sintiéndose aún aturdida por el golpe, estremeciéndose por los sollozos.

—¿No lo mereces? ¿Acaso, Nathaniel sí? ¡Vamos, Sarah! ¡Dímelo! ¿Él sí? ¿Qué hizo él para merecer que te empeñaras en tenerlo a cualquier precio? Nathaniel nunca te dio pie para que te obsesionaras con él —Se controló para no golpearla de nuevo.

—Yo… yo solo deseaba que me quisiera —esbozó de forma lastimera sin dejar de sollozar.

—Sabías perfectamente que eso no sucedería porque su corazón ya le pertenecía a Rosemary. Es triste que no puedas ver esa realidad, te hubieses ahorrado tantas penurias, tantos desprecios y dolor… ¿Crees que has sufrido? ¿Pregúntale a él o a Rosemary cómo se sienten estando alejados? ¿Pregúntales cuántas veces han llorado por sentirse vacíos, solos y sin motivos para continuar? ¿Pregúntale a ella si no daría su vida por regresar el tiempo y no abandonarlo? Ellos se aman… se aman —mencionó Pandora.

Sarah en un ataque de ira quiso lanzársele encima y hacer que se callara todas esas verdades que tanto le dolía.

—¡No, no, no! Nathan me ama a mí… ¡Él me ama! Solo está confundido y no es de demostrar mucho sus sentimientos, pero lo sé, lo siento… ¿Qué tipo de brujería has hecho Rosemary? ¿Quieres enloquecerme? ¿Por qué haces esto? ¡Cuando Nathan se entere te va a odiar! —gritaba luchando por alcanzarla con los ojos desorbitados y rojos, su mirada era asesina, su cara estaba transfigurada por la rabia que la dominaba.

—Para tu desgracia Sarah no soy Rosemary… ella fue muy complaciente contigo, te entregó a quien amaba y obviamente fue una idea equivocada, no se imagina cuánto dolor le hubiese ahorrado a Nathaniel y cuánto se hubiese ahorrado ella misma… Yo te hubiera envenenado —pronunció con tranquilidad.

Sarah dejó libre un jadeo ante el descaro de la mujer. De pronto sus ojos apreciaron cómo su imagen cambiaba de nuevo, ya no era Rosemary. Era la misma mujer que vio cuando despertó y poco a poco fue descubriendo de quién se trataba, sus ojos no daban crédito a lo que veían.

*Esto no podía ser cierto, ella no podía ser… no podía…*

Pensaba mirándola fijamente y la otra solo le devolvió una sonrisa.

—¿Sucede algo? De pronto te has quedado muda —esbozó reclinándose en el sillón, había escuchado en los pensamientos de Sarah que la había reconocido.

—Tú… tú… no puede ser posible… no, no eres real, esto no es real, es solo es una pesadilla, tengo que despertar, tú no existes… me lo estoy inventando todo, es un mal sueño —respondió cerrando los ojos con fuerza al tiempo que negaba con la cabeza.

—La… la, la, la… sí Sarita es un mal sueño… una pesadilla; bueno, depende de cómo lo veas. Esto puede ser una pesadilla, una muy espantosa y cruel, una que además no terminará hasta que dejes de respirar… ¿Y sabes algo? Me está tomando mucho, creo que es hora de que agilicemos las cosas, ya le has robado mucho tiempo a Nathaniel y a Rosemary… —exponía con voz calmada, cuando la interrumpió.

—¿Ha sido ella? ¿Fue ella quien te envió para que me torturaras? —preguntó mirándola con rabia y desprecio, retomando su postura altiva.

—¿Rosemary? Por favor no me hagas reír Sarah… Esto no es por ella, bueno… puede que en parte. Esto es sobre todo por el hombre al cual deseas arruinarle la vida, por ese ser maravilloso que estás matando lentamente, al que asfixias con tus constantes reclamos y tus celos obsesivos. ¿Acaso no te das cuenta de que eso solo hará que te rechace aún más? Es decir, ¿eres tan bruta que no lo notas?… bueno, tu enfermedad te tiene cegada, no es amor lo que sientes por él —mencionó mirándola a los ojos.

—¿Qué sabes tú maldita bruja? —Le lanzó con rabia—. Yo me sacrifiqué por él, perdí toda mi vida, mis sueños, mi futuro… al menos merezco que se quede a mi lado, que me apoye y me valore por todo lo que le he dado… —pronunciaba llena de resentimiento, con los ojos rebosantes de lágrimas.

—¿Y qué le has dado Sarah? Lo del accidente fue casual, Nathaniel no te lanzó por las escaleras, no es el culpable de que ahora seas una maldita coja y tampoco te dio nunca esperanzas, ni siquiera cuando le confesaste que estabas enamorada de él. Por cierto, algo tan patético sabiendo que amaba a alguien más.

—¡Cállate! —gritó incorporándose, sacando fuerzas de la rabia que sentía e intentó lanzársele encima.

Pandora la detuvo moviendo su mano sin siquiera tocarla, la estrelló contra el armario tras ella y el golpe la dejó tendida sobre el suelo, boqueando como un pez fuera del agua, desesperada por conseguir el aire que escapó tras el impacto.

—No pongas a prueba mi paciencia —le advirtió mirándola con odio y continuó—: Tus intensiones eran deshonestas y no le has dado nada Sarah, ni siquiera un lecho tibio, Nathaniel nunca ha buscado en ti al menos un desahogo y definitivamente nunca buscará el placer porque sabe que no lo encontrará; eres fría y malvada, estás vacía Sarah Greenwood eres sencillamente… ¡Nada! —expresó con toda la intención de lastimarla, a veces las palabras podían herir más que los golpes—. Y por lo del “maldita bruja” … pues para tu desgracia sí, lo soy… sobre todo maldita, no tienes ni idea de cuánto… pero ya lo sabrás —indicó poniéndose de pie, acercándose a ella.

—¡No me toques! ¡No te acerques a mí! ¡Lárgate, ya sal de mi habitación! ¡No harás que me aleje de Nathan! ¿Me escuchas? ¡No me alejaré de él! ¡Él es mío… es mío! —gritaba con todas sus fuerzas.

—¡Qué fastidio contigo! No soporto tus gritos de maniática histérica ¡Cállate! —Le ordenó Pandora y una vez más le cerraba la garganta, silenciándola completamente—. No ganas nada con gritar como una loca, tu madre no te va a escuchar… en realidad nadie cerca de aquí va a escucharte Sarah.

La aludida abrió los ojos de manera desmesurada y copiosas lágrimas comenzaron a bañar sus mejillas, movía su cabeza de un lugar a otro imaginando que a su pobre madre le había tocado un destino trágico.

Pandora dejó libre un suspiro cargado de frustración al ver el patético espectáculo de nuevo.

—Tampoco seas tan dramática, no los he matado… por lo menos tendrán mejor suerte que tú, ya deja de llorar de esa manera, pareces una vaca, te ves estúpida y así te jactas diciendo que Nathaniel es tuyo… no niña, no lo es y nunca lo fue… ¿Quieres ver por qué? —inquirió con media sonrisa.

Sarah negó con la cabeza, la mirada de Pandora le daba miedo y si en momentos dejaba que su rabia la dominara, lanzándola a atacar a la mujer, sabía que en realidad tenía todas las de perder

sin ayuda de nadie, estaba a su merced.

Todo comenzaba a encajar en su cabeza, ella estaba detrás de Nathaniel y quién sabe con qué intensiones. Era el demonio, era despiadada, cínica y calculadora, se estaba burlando de ella, quería enloquecerla y todo por amar a un hombre.

«¿Hasta cuándo continuaría pagando por haberle entregado su alma y su corazón? ¿Se haría matar por seguir empeñada en un imposible?»

Se preguntó en pensamientos, era consciente que todo estaba relacionado con él y pronto sintió que, si ya no podía tenerlo, entonces lo mejor era que acabara con ella de una vez.

Pandora no podía creer que Sarah estuviera tan loca, sus pensamientos y sus actitudes se contradecían, pero no al grado de confundirla, ella sabía que la mujer ante sus ojos era malvada. De pronto probó otra estrategia para que le revelara sus intenciones.

—Hasta que decidas aceptar tu realidad… ¿Sabes algo? Puedo ser compasiva contigo, puedo dejarte libre… brindarte la oportunidad de tener un nuevo comienzo muy lejos de aquí; sin embargo, tu corazón no me deja fiarme Sarah, tampoco lo hacen tus pensamientos, estás aferrada a Nathaniel como una garrapata y la verdad no creo que lo que prometas en este momento puedas cumplirlo más adelante… yo no estaré para confirmarlo así que es mejor cortar de manera tajante este asunto —mencionó mirándola fijamente.

—Por favor… déjame en paz… yo no le hice daño, yo lo amo y si él me da la oportunidad puedo hacerlo feliz… yo puedo hacerlo feliz, darle una familia, incluso prometo confiar en él, no lo hostigaré, ni le reclamaré por nada… no quiero separarme de Nathan, sin él me moriría —susurró en medio del llanto, apelando a la dudosa generosidad que le ofrecía esa mujer.

—No podrás hacer nada de eso… le puedes dar hijos y mostrarte sumisa ante él, pero jamás obtendrás su amor Sarah, ¿crees que es suficiente con recibir solo el agradecimiento del hombre que amas para poder llevar una vida feliz? La verdad estás más perdida de lo que pensaba, tu obsesión te tiene cegada, pero yo te demostraré lo que es el amor de verdad, tal vez esto logre hacer que despiertes —señaló apoyándole una mano sobre la cabeza.

Sarah tembló ante el contacto, temerosa de que no pudiese despertar más y que ese fuese su final; de pronto sintió su cuerpo liviano pero su corazón latía con fuerza y su respiración se tornó pesada, sentía frío, un frío que le recorría el cuerpo haciéndola temblar.

Pandora se metió en la mente de Sarah y comenzó a llenarla de los recuerdos de su vida junto a Tristán, de la primera vez que se vieron, de sus paseos, de la petición de matrimonio, incluso de su noche de bodas, de la pasión que desbordaba su esposo cada vez que la tenía en sus brazos, cuando recibieron la noticia de su embarazo, cuando nació su hijo… muchos de sus momentos felices juntos.

Sarah estaba estática ante la lluvia de imágenes, no lograba entender nada, era como ver una película, solo que eso era más vívido, con mayor sentido y sustancia, su corazón había triplicado sus latidos al ver que el hombre en las imágenes no era otro que Nathaniel, aunque eso era imposible, era otro tiempo… completamente distinto a ese que vivían, todo era tan absurdo.

De repente nuevas imágenes la invadieron, unas más recientes y conocidas, la pareja había cambiado. Sus labios temblorosos dejaron libre un sollozo al ver a Nathaniel junto a Rosemary en los jardines del castillo Gallagher, también frente a un lago… la despedida en el puerto de Londres. Liberó un jadeo cargado de dolor al ver esa escena, al ver cómo él sufría y le rogaba, cómo en cada gesto le estaba gritando que la amaba y que no quería perderla.

«Él jamás se decidió por ella… jamás lo hizo, solo… solo se resignó ¡Solo eso!»

Abrió los ojos de golpe cuando Pandora retiró la mano de su cabeza cortando los recuerdos.

—Esto no es verdad, nada de esto es verdad… no puede ser… —decía entre sollozos,

llevándose las manos al rostro para cubrirlo.

—Es la mayor verdad que verás en tu vida Sarah, no has sido más que una carga y una obligación, puede que suene horrible, pero es la realidad… ¡Demonios, deberías valorarte un poco más! —dijo Pandora sintiéndose exasperada y hasta apenada al ver el dolor en ella.

Definitivamente haber dejado su odio la noche anterior al entregarse a Tristán la había vuelto muy sentimental. Aunque se suponía que había llegado a ese lugar con la intención de acabar con ese peso que Nathaniel llevaba sobre sus espaldas, no podía evitar sentir lástima mirándola tal desvalida y dependiente de alguien que no soportaba tenerla cerca.

—¿Qué sabes tú? Solo has venido hasta aquí para lastimarme… haciéndome creer algo que no es verdad, yo conozco a Nathaniel mejor que nadie, he estado junto a él todo este tiempo… sé lo que lo hace feliz… puedo hacerlo feliz, lo haré una vez nos hallamos casado —sentenció con firmeza mirándola a los ojos.

—¡Oh, Sarah! No te imaginas cuánto lamento que sigas pensando así… eso no pasará, no vivirás lo suficiente para que algo así ocurra, tu cuerpo será tu cárcel, tendrás que padecer lo mismo que sufre Nathaniel cada vez que debe responder a tus reclamos, sentirás la impotencia de no poder hacer nada, de estar atada a un destino que no escogiste, que te fue impuesto. Así vive él todos los días, es horrible pero ya sabrás lo que se siente Sarah, no podrás opinar, no tendrás voz… tampoco podrás moverte por ti misma; si te sentías amarrada a un bastón créeme, eso no se compara con lo que te espera —expresó mientras buscaba la daga en el cinturón de su vestido, lo miró unos minutos y se encaminó con rapidez hasta Sarah.

—¡No! ¡No me hagas daño! ¡Todo lo que dices es mentira!

Pandora no mencionó nada, solo llevó su mano hasta la cabeza de Sarah una vez más dejando que imágenes del futuro le invadieran la mente. La mostró tendida en una cama presa de una horrible agonía, desencajada, con una delgadez extrema y a su lado Nathaniel convertido en una sombra, reflejo de lo que ella era, perdido, turbado, tan lejano de esa belleza que la había cautivado y que aún poseía. Ambos lucían como un cascarón vacío, ambos inertes, muertos en vida, sin un rastro de amor o pasión… simplemente eran el espejo de una condena, de una prisión sin rejas, pero prisión, al fin y al cabo.

—No dejaré que lleguen a eso Sarah… ni tú y mucho menos él, no puedo hacerlo pues tal como viste hace unos momentos, yo amé a quien fue Nathaniel hace muchos años, el hombre con el cual me casé y tuve un hijo… yo sé lo que es el dolor de perder y no dejaré que él lo siga padeciendo. Lo siento mucho en verdad, pero no hay nada que puedas hacer para convencerme de lo contrario, solo te ahorraré los años de convalecencia —pronunció acercándole la daga al pecho.

Sarah dejó libre un suspiro cerrando los ojos rindiéndose ante lo inevitable, si todo eso debía terminar que fuese de una vez, su futuro tal y como lo había visto no valía nada, no deseaba ser objeto de lástima de nadie y menos de Nathaniel; por más que desease hacerlo sentir culpable por su destino y su discapacidad, lo que en realidad deseaba era inspirarle amor, deseo y pasión; si no conseguía nada de eso en un futuro de qué valía continuar.

Pandora la sintió estremecerse a causa del dolor, vio cómo perdía todos los colores del rostro y apreció cómo el ritmo del corazón disminuía. Sarah sintió que su cuerpo comenzaba a ser cubierto por una especie de capa fría y pesada que la estaba ahogando; sin embargo, no luchó, simplemente se dejó llevar hacia el abismo.

# Capítulo 31

Nathaniel había regresado a su departamento después de pasar todo el día en la galería caminando de un lado para otro, buscando a Pandora en cada lugar sin atreverse a preguntar por ella, pues ya comenzaba a notar cómo algunas personas lo miraban al hacerlo, seguramente haciendo suposiciones que nada venían al caso. En ese medio era imposible evitar que olas de rumores se desataran, así que para prevenir que las cosas se fueran a mayores y tener que verse expuesto a otra escena de celos por parte de Sarah decidió marcharse.

Cuando entró sintió el ambiente distinto, ese persistente olor a flores que había estado presente desde hacía varios días envolvía todo de nuevo, su mirada buscó por todo el lugar; dejó caer el abrigo en el sillón y se acercó al ventanal para mirar a través de éste, no vio a nadie y eso hizo que su corazón latiese con dolorosa lentitud; sin embargo se aventuró a abrirla, cuando lo hizo al fin pudo ver a Pandora, ella estaba casi suspendida en el aire, con la mirada perdida en el parque, absorta de todo a su alrededor.

Él quiso decir algo, pero no sabía qué, después de tanto esperar para verla y darle tantas vueltas en la cabeza a la conversación que tendrían, ahora solo podía mirarla, tenía cientos de preguntas, pero no lograba formular ninguna.

—¿Cómo te sientes? —inquirió ella rompiendo el silencio, se volvió para mirarlo a los ojos.

—¿Por qué te fuiste sin avisar? ¿Dónde has estado? No pasaste hoy por la galería, estuve allá por horas y jamás apareciste, pensé que te habías marchado… —decía sin poder evitar el tono de reproche en sus palabras mientras la miraba a los ojos.

—Siento haberte angustiado, pero debía atender algunos asuntos y jamás me marcharía sin despedirme de ti Nathaniel, ya no regresaré a la galería… Voy a enviarle mi renuncia al señor Hathaway… —Le explicaba cuando él la detuvo.

—¿Por qué? ¿Piensas marcharte Pandora? —preguntó con la voz ronca, no deseaba alejarse de ella, su presencia ahora lo llenaba de calma, le ofrecía un sentido a sus días vacíos y carentes de interés, tragó en seco para pasar el nudo en su garganta—. Por favor, ¿podrías entrar?… Me pone nervioso verte allí, tal vez tú estés acostumbrada, pero yo no —Le extendió la mano para ayudarla a ponerse de pie.

—No debes preocuparte tanto por mí —señaló con una sonrisa mientras recibía la mano de él y se movía con absoluta agilidad para entrar a la habitación.

—No puedo dejar de hacerlo —susurró mirándola a los ojos y en un movimiento espontáneo la envolvió entre sus brazos, pegándola a su cuerpo y acariciando su espalda con ternura—. No vuelvas a dejarme así sin decirme nada… pasé todo el día con el alma en vilo, me molesta no saber nada de ti, me angustia y me pone de muy mal humor —esbozo mirándola a los ojos.

—¡Espera! ¿No eras tú quien me quería lejos de ti? ¿Quién me pidió un montón de veces que lo dejara en paz? —inquirió con diversión mirándolo a los ojos.

—Contigo ya no sé ni lo que quiero o tal vez sí. Me has trastocado de tantas maneras Pandora… pero si te lo digo es probable que no lo creas… —decía cuando ella lo detuvo.

—Nathaniel… por favor, no es momento para que confundas las cosas, sabes bien que nada de esto tiene sentido, no intentes encontrar en mí lo que solo encontrarás en otra mujer y que además conoces muy bien, no te ciegues ante lo evidente, menos ahora que puedes tener una

oportunidad para recuperar lo que perdiste pero que aún anhelas —expuso con seriedad alejándose de él y dándole la espalda.

—¿Por qué tienes que empeñarte en obligarme a algo que…? Es eso lo que no tiene sentido Pandora, aun si yo quisiera dárselo ¿Qué gano con ello? Lo que había entre Rosemary y yo se acabó…

Al fin había dicho su nombre después de siete años y sentía como si su pecho se hundiese, revelándole aquello que no deseaba ver, que aún seguía amándola con toda su alma, que nada había cambiado durante ese tiempo, que, por el contrario, se había hecho más fuerte.

—Ganas el liberarte… sin importar si es para bien o para mal, si esto tiene un nuevo comienzo o es un final definitivo, lo único que verdaderamente importa es que le dejes ver a ella lo que llevas aquí dentro —mencionó posándole la mano sobre el pecho.

—Terminemos con esto, Pandora, por favor —pidió arrastrando las palabras, su tono era frío y duro, evidentemente dando final a la conversación.

—Bien… si es lo que deseas, entonces me voy —indicó dándole la espalda.

—Te pedí que dejaras de lado ese tema, no que te marcharas… ¡Dios que complicada puedes llegar a ser! —exclamó, frustrado mientras se llevaba las manos al cabello.

—No… no vengas a culparme a mí, aquí el único complicado eres tú, tú que no quieres ver lo que está delante de tus ojos… No puedo creer que seas el mismo que salió de este lugar conmigo exponiéndose a algo completamente desconocido, te estás comportando como un cobarde Nathaniel y me consta que no lo eres… dime ¿Qué harías si en este preciso momento llama Rosemary a esa puerta? ¿Te quedarías aquí parado como una estatua, no le abrirías, no le dejarías ver lo que sientes por ella?… ¿La dejarías marchar una vez más sin decirle que la amas? ¿Harías eso Nathaniel? —cuestionó mirándolo a los ojos.

Él se mantuvo en silencio tragando en seco para pasar el nudo que se había formado en su garganta, pero sus ojos mostraban la evidencia de la lucha que libraba en su interior.

Pandora se acercó para acariciarle con suavidad la mejilla, no le gustaba verlo atormentado, ni mucho menos ver cómo el miedo y el dolor hacían estragos en él, no lo amaba como a su esposo pero tampoco podía desligar la imagen de Nathaniel de la de Tristán con tanta facilidad, sus sentimientos también eran presa de ese torbellino que tal vez lo azotaba; sin poder evitarlo su mirada se deslizó hasta los labios de él, recordándole con cuánta pasión lo había besado la noche anterior, todo su cuerpo tembló y se alejó con rapidez.

—Cuando llegue el momento solo sigue a tu corazón Nathaniel… —esbozó y su voz sonaba distinta, trémula y lejana.

—¿Te estás dando cuenta que haces lo mismo que hizo ella? Me impones algo sin saber si es eso lo que realmente deseo… —dijo acercándose a ella.

—Es lo que deseas y no puedes convencerme de lo contrario, aunque intentes hacerlo contigo, puedo entender que te sientas confundido, pero cuando estés junto a Rosemary todo será distinto… tus sentimientos se harán presentes con fuerza… es lógico que en este momento te sientas… extraño, por lo ocurrido anoche; sin embargo, nada de eso tiene poder en este momento, no te pertenece a ti… —decía cuando él la interrumpió.

—¿Qué fue lo que pasó anoche, Pandora? —preguntó en un susurro sintiendo un leve temblor en ella mientras le posaba una mano en la cintura y la volvía para mirarla a los ojos.

—No… no eras tú, no tiene que interferir en tus emociones… solo… no volveremos hacerlo —respondió mirándolo a los ojos y sus labios temblaron al sentir cómo él subía la mano por su costado en una caricia lenta y posaba la mirada en sus labios—. Por favor… —Intentó detener las intenciones.

Nathaniel la tomó posando una mano en su nuca y atrayéndola hacia él mientras se apoderaba de su boca en un beso que no tuvo preámbulos, invadió el interior en cuanto dejó libre un jadeo ante la acción de él mientras con su otro brazo le rodeó la cintura para pegarla a su cuerpo.

Se estremeció completamente bajo su demanda, su corazón se lanzó en una carrera frenética y sintió sus piernas doblarse, sin tener la voluntad para apartarse, solo dejó que bebiese de su boca con libertad mientras ella le regresaba el beso con igual pasión, aún las emociones de la noche anterior estaban a flor de piel y su cuerpo jugaba en su contra, rindiéndose ante él.

—Ahora te digo yo… no niegues tú lo que sientes —susurró Nathaniel contra los labios de ella una vez que se separaron, sus respiraciones eran agitadas y sus miradas intensas.

—Sabes que… lo que siento no es… no es por ti… —esbozó de manera entrecortada, dejando su cabeza descansar en la pared tras ella, buscando de esa manera alejarse de él.

—Bien, el problema es que quienes estamos aquí somos tú y yo… nadie más, el pasado es pasado y no va a regresar, dejemos de torturarnos con éste de una buena vez, lo que ha de ser será Pandora, entiende eso y no me presiones… ya lo dije una vez, no me gusta que me impongan el agradecimiento. Lo acepté una vez… una y viviré arrepentido hasta que deje de respirar, si me conoces tal como dices deberías saberlo —expuso con rabia mirándola a los ojos, se alejó de ella dejándola desamparada.

—Yo… no intenté imponerte nada… lo siento, es solo que… estoy acostumbrada a que me obedezcan, que se haga mi voluntad sobre toda las cosas, es mi culpa lo siento, ha sido así durante tanto tiempo que cuando no ocurre me ciego… es verdad, no te conozco lo suficiente, solo te he asociado con mi esposo y era tan grande mi deseo de tenerte a mi lado que me olvidé de todo lo demás… yo sentía que te conocía desde siempre, tal como conocía a Tristán , me equivoqué lo lamento, solo tú tienes el poder de decidir lo que deseas hacer Nathaniel, me prometí no utilizar mis poderes en ti, ya fallé anoche… pero no volverá a pasar, lo mejor es que terminemos con todo esto, igual solo vine para despedirme de ti y agradecerte una vez más por todo lo que hiciste por mí… no te imaginas cuánto me ayudó…

Ella hablaba con la voz ronca por las lágrimas que nadaban en su garganta, le había dolido el reclamo de él.

—No quiero que te vayas… —expresó mirándola a los ojos.

—No puedo quedarme y lo sabes —indicó ella.

—Solo sé que has alejado las sombras de mí, que gracias a ti me siento distinto… mi vida era tan absurda y ahora contigo es…

Él intentaba hacerle ver lo que estaba sintiendo, que en verdad había cambiado su vida, pero ella lo silenció.

—No… junto a mí es un desastre, yo no soy real Nathaniel… no puedo darte tantas cosas que anhelas, siempre has deseado una familia y conmigo no la tendrás… yo no puedo dar vida, no tengo ese poder, ya en mí ese milagro no se da. Tu vida a mi lado no sería muy distinta de la que te esperaría junto a Sarah Greenwood… sin embargo, existe alguien que sí puede darte todo eso y más, pero es tu decisión ir tras ella o quedarte aquí y esperar sentado —sentenció con seguridad dándole la espalda para salir de allí.

—¿A dónde irás? —preguntó sin mirarla, aunque tuvo que doblegar su orgullo para hacerlo.

—Muy lejos de aquí… no lo sé aún —contestó con una sonrisa, pero su mirada era triste.

—¿Y te despediste de Tristán? —inquirió, esta vez mirándola.

—En cierto modo… la verdad nunca podré hacerlo de manera definitiva, pero sí me liberé de todo el odio y el dolor que me cubrió por tantos años… gracias por ayudarme, fue un placer conocerte Nathaniel, solo deseo con todo mi corazón que seas feliz —mencionó para despedirse,

acercándose hasta él le depositó un beso en la mejilla—. Adiós —susurró con su mirada gris anclada en la topacio.

Nathaniel tragó en seco para pasar las lágrimas, desvió la mirada, no le dijo nada porque sentía que no tenía nada que decir, después de todo ya Pandora había elegido marcharse y la historia de su vida una vez más se repetía, de nuevo quedaba él en el fondo de ese abismo, allí donde se pudriría condenado a vivir una mentira junto a Sarah.

—No tienes porqué sentirte así… ahora eres libre de escoger tu propio destino, la puerta está abierta, es tu decisión si la atraviesas o no —mencionó ella mirándolo con su cuerpo de medio lado antes de salir, pudo escuchar los pensamientos.

Él asintió en silencio tensando la mandíbula para no dejar libre el llanto, pero una lágrima traicionera rodó por su mejilla, se la limpió con rapidez bajando la mirada y en solo segundos sin saber qué lo había impulsado a ello atravesó el lugar.

Llegó hasta Pandora tomándola por la cintura y pegándola a la pared, ella jadeó ante la sorpresa por la reacción y Nathaniel aprovechó eso para apoderarse de su boca con ardor y desesperación.

—Decido continuar Pandora… —esbozó un minuto después apenas dándose tiempo para recuperar el aliento, pero manteniendo sus brazos alrededor de ella, como una presa imposible de quebrar, rozó una vez más los labios—. Y decido hacerlo junto a ti… te escojo a ti… —decía cuando ella lo interrumpió mirándolo asombrada.

—No… Nathaniel no… —Intentó decir y él la calló de nuevo con sus labios, ella se estremeció de placer cuando las manos de Nathaniel bajaron apoderándose de sus caderas.

—Sí… y no te atrevas a decir una sola palabra más. —Le ordenó notando que tenía el juego a su favor.

Ella se rendía a sus demandas y él no quería seguir cuestionando porqué actuaba como lo hacía o porqué necesitaba tanto de ella, ni siquiera darle un nombre a este sentimiento. Se adueñó de esos labios que lo volvían loco, presionando con fuerza y con suavidad a la vez, invitándola a seguirlo, seduciéndola y llevándola a sus dominios.

Pandora podía tener muchos más años que él, pero en ese momento no le valían de nada, la sentía temblar como una hoja bajo una tormenta, luchando por no ceder, pero a cada minuto sus muros caían mientras él seguía persuadiéndola, animándola a dejarse llevar, con un beso de esos que no dejaban pensamientos coherentes en quienes lo reciben o en quienes los dan.

Pandora dejó libre un jadeo cuando sintió las manos de Nathaniel sujetarla con fuerza de las caderas y elevarla pegándola a la pared tras ella, por instinto o por una reacción espontánea rodeó con sus piernas las caderas de él para mantener el equilibrio.

Sin embargo, fue un enorme error, de inmediato se dio cuenta que eso era lo que él deseaba, una sonrisa triunfante afloró en sus labios aún unidos a los de ella, con agilidad puso una mano en su espalda y la otra en sus caderas, pegándole más a él, para después girar y encaminarse a la habitación.

La puerta se encontraba abierta por lo que entraron sin mucha demora y con un movimiento del pie Nathaniel la cerró haciéndola estrellarse con un sonoro estruendo, dejando a todos y todo fuera de esa habitación, lejos de ellos dos.

# Capítulo 32

La habitación se llenó de esa electricidad que vibraba entre los dos, que los desbordaba mientras sus bocas mantenían esa lucha sin tregua, que les estaba arrebatando cualquier indicio de cordura; Nathaniel procurando ser gentil, pero sin lograr controlar su pasión, la fue llevando hasta dejarla tendida sobre la cama, apoyándose en ella para mantenerla cautiva.

Pandora intentaba contralar ese deseo que hacía estragos dentro de ella, cada caricia, cada beso, el más simple roce que Nathaniel le brindaba la hacían temblar. La presión contra su cuerpo que le recordaba esa sensación tan exquisita, que descubrió de la mano de su esposo, cuando el peso de un hombre incluso mayor que el suyo en lugar de incomodar brindaba placer.

Después de tantos años encontrarse de nuevo a merced de eso que nada más la noche anterior había revivido, su cuerpo aún estaba sensible, deseoso de recibir las maravillas de una entrega. Se sentía justo como cuando descubrió el placer carnal, cuando solo un toque encendía la llama de la pasión entre ellos y no había nada que pudiese detenerlos después.

Su cuerpo había regresado a ese momento, vibraba ante la necesidad de ser consentido y amado, de entregarse por completo y los besos de Nathaniel no le hacían fácil resistirse, eran tan intensos, tan exquisitos y excitantes que la estaban enloqueciendo. Esa lengua diestra y pesada se movía con cadencia y conocimiento dentro de su boca, acariciando esos lugares que la hacían estremecerse.

—Detente… por favor —pidió en susurro cuando consiguió separar un instante sus labios, buscó la mirada topacio para que viera que eso no era lo que deseaba o tal vez sí, pero que no era lo correcto.

—Tu cuerpo no me pide eso, Pandora —esbozó contra la delicada piel de la garganta ejerciendo presión sobre su cuerpo con el suyo y recibió con satisfacción el gemido que le entregó.

Él comenzaba a despertar, su hombría cada vez se tensaba más y asombrado ante la rapidez con la cual ella lo había excitado repitió el movimiento de sus caderas hundiéndola en el colchón.

Pandora no podía controlarse, sentía que la necesidad crecía dentro de ella y sin analizar lo que hacía, llevó sus manos hasta la cabellera cobriza y las hundió entre las hebras, gimió al sentir la suavidad de los rizos tal y como los recordaba de la noche anterior.

Nathaniel solo quería perderse en el placer que Pandora le ofrecía, ella era hermosa, deseable, era suave y exquisita, muy en el fondo de su pecho sabía que era una locura, que nada de eso tenía sentido y que se estaba adentrando en un terreno que podía resultar muy peligroso.

No temía por su integridad física, sino por su seguridad emocional que era un asco, lo era, pero al menos sabía a lo que atenerse. Con Pandora no era así, no podía predecir qué le depararía el destino junto ella, si continuaba con la idea de mantenerse aferrada a la imagen de su esposo muerto y era injusto reprocharle nada. ¿Acaso no estaba él también aferrado a la imagen de Rosemary? Solo bastó pensar ese nombre para que la imagen de esos ojos azules verdosos que lo habían sido todo para él se instalara en su mente.

Sintió cómo el corazón se le encogió dentro del pecho y cómo un tumulto de emociones lo colmó, desesperado optó por hundirse un poco más en las ansias que Pandora le despertaba.

—Nathaniel… para por favor… esto no está bien… —esbozó Pandora aprovechando que él

había abandonado sus labios para viajar hasta su cuello y colmarlo de besos.

—No hables, no pienses… solo déjate llevar Pandora —susurró mientras se hacía espacio entre las piernas femeninas.

—Debes detenerte ahora… escúchame. —Ya comenzaba a desesperarse, sus piernas se tensaron, pero no pudieron evitar la invasión de Nathaniel, quien se ubicó en medio.

Sabía que de continuar así tampoco tendría la voluntad para detenerse y después todo sería peor, entendió cuán cerca estaba de rendirse cuando gimió al sentir la prueba de su deseo presionando sobre su pubis y de inmediato se apoderó de uno sus senos con movimientos suaves pero posesivos.

Aprovechando el jadeo que ella liberó, una vez más se adueñó de su boca bebiendo a su antojo, sin darle tregua. Quizás él no deseaba pensar, pero ella no podía dejar de hacerlo, por más que el placer hiciera espirales dentro de su cuerpo.

Nathaniel la sentía tensa y lejana, sabía que su mente aún no se rendía, aunque su cuerpo prácticamente le gritaba que lo tomara, debía hacer que fuese por completo, que ella también lo deseara y asegurarse de que después no habría arrepentimientos.

—Sé que me deseas… puedo sentirlo respondes a mis besos, a mis caricias, ya deja de luchar, Pandora… ríndete a lo que debemos ser. —Su voz era suave, sensual y grave.

Pandora sintió cómo el sonido se extendió por todo su cuerpo como una caricia, tembló y la mano que mantenía el toque sobre su seno bajó para apoderarse de su cadera, haciendo a un lado la tela del vestido deslizó un par de dedos por la delicada prenda de seda y encaje que resguardaba su lugar más sensible y secreto.

Ella se tensó al ser consciente de que después de eso no habría punto de retorno y que, si quería evitar que un desastre ocurriese entre los dos, era el momento de detenerse. Él era un hombre maravilloso, cualquier mujer se sentiría feliz y complacida de tener lo que le estaba ofreciendo, de dejarse llevar tal como le pedía y rendirse; sin embargo, ella no podía hacerlo, solo había sido de un hombre y lo seguiría siendo, ya era hora de acabar con las quimeras y enfrentar la realidad.

«Te necesito, Pandora, necesito que me liberes de ella, que me demuestres que puedo amar a alguien más, que ya Rosemary es pasado.»

Un pensamiento de Nathaniel se atravesó en los suyos y eso le dio la fortaleza que necesitaba, ahora entendía su ansiedad, entendía esa desesperación con la cual la estaba tomando, pero de nada le serviría hacerlo, solo para sentirse miserable después.

—¡No! ¡Nathaniel ya basta! —gritó moviéndose con rapidez para ponerse encima de él, lo tumbó de espaldas sobre la cama—. ¡Cálmate por favor! —le pidió mirándolo a los ojos al tiempo que lo sujetaba de las muñecas con fuerza.

—¿Qué sucede? ¿Por qué te pones de esa manera? —preguntó sin poder ocultar su molestia, haciendo el intento por liberarse, pero ella verdaderamente tenía fuerza—. Pandora me vas a romper las muñecas —indicó mirándola a los ojos con reproche.

—Lo siento… lo siento… es solo que…

Hablaba sintiéndose aturdida, le soltó las manos y se disponía a bajar de él cuando Nathaniel la tomó por la cintura y la puso de espaldas sobre la cama una vez más, invirtiendo las posiciones que tenían segundos atrás, jadeó ante el sorpresivo movimiento.

—¡Por favor, Nathaniel, detente! —pidió mirándolo con molestia.

Sintiéndose frustrada ante la actitud de niño que empezaba a mostrar, aunque ésa para su desgracia era tan parecida a la de Tristán cuando ella se molestaba con él por alguna tontería y su esposo buscaba contentarla con esos juegos.

—¿Realmente deseas que lo haga? —inquirió mostrando media sonrisa al ver cómo los labios de ella temblaban. Su mirada bajó hasta el escote que le mostraba generosamente la piel nívea y suave de los senos—. Muy bonitos… provocativos… —Se humedeció los labios con la lengua.

—¡Deja de hacer eso! ¡Eres insoportable! —Le reprochó y de nuevo se movió con rapidez tumbándolo sobre su espalda para dar fin con ese juego.

—Bien… no tengo ningún problema si deseas estar arriba —mencionó para provocarla.

—Nathaniel por favor, que ya no eres un niño… Compórtate, no ganas nada con este juego, hay que tener una paciencia infinita contigo —indicó soltándolo para separarse de él.

—¿Cómo se supone que debo comportarme Pandora? Hace un minuto me estaba comportando como un hombre y te molestaste, ahora me relajo y también lo haces ¿Qué se supone entonces que debo hacer? —preguntó con seriedad, irguiéndose para tomarle el rostro entre las manos, mirándola a los ojos.

—No encontrarás en mí lo que estás buscando… yo no soy ella y tampoco puedo darte lo que tu corazón y tu alma necesitan. Puedo satisfacer tu cuerpo, calmar el deseo que te agobia… pero eso no te servirá y terminarás sintiéndote miserable al saber que traicionaste el amor que llevas dentro de ti… y me harás traicionar el mío también —contestó sin apartarse de él, manteniéndole la mirada en todo momento para que supiera que hablaba en serio, que no podía engañarla—. Yo no soy Rosemary… no me parezco a ella en ningún aspecto…

—No digo que lo seas, ni que te parezcas… Eres todo lo opuesto a ella, lo sé Pandora… lo sé muy bien… yo solo quiero… —expresó soltándola, dejándose caer de espaldas liberando un suspiro pesado al tiempo que cerraba los ojos.

Sentía su cabeza hecha un torbellino al igual que su cuerpo que como hombre le exigía tomar a la mujer que aún se hallaba sentada sobre él, que le había despertado ese intenso calor que recorría su piel y hacía latir su corazón con fuerza; sin embargo, también como hombre sabía que lo que ella le decía era la verdad, ya lo había hecho antes, ya había sucumbido a sus necesidades y había buscado en otros cuerpos desconocidos lo que sabía no hallaría en nadie más.

No sabía ni siquiera a ciencia cierta lo que esperaba, pues tampoco hizo suya a Rosemary para saber si ella se lo podía dar y tampoco podía averiguarlo, eso era lo que más lo frustraba, que jamás lograría llenar ese espacio vacío dentro de su pecho y ya no tenía fuerzas para seguir luchando, se había convertido en un estúpido sentimental que aspiraba a algo que quizás no existía.

—¿Entonces por qué haces todo esto? No consigues nada engañándote Nathaniel, en mí no encontrarás eso que llenará tu pecho tampoco, sé lo que te digo… lo que tú estás buscando es amor, un amor que yo no puedo darte porque aunque eres idéntico físicamente a Tristán , no eres él, así yo me empeñe en querer verte como él, aunque me deje llevar y seducir por ti… terminaré destrozada al saber que traicioné el amor de quien dio la vida por mí —susurró con voz temblorosa, bajó de Nathaniel y se sentó a su lado, apoyando la espalda en la cabecera.

—Lo siento… de verdad Pandora, lamento haberte presionado de esta manera, me dejé llevar y casi arruino todo, tú no tienes por qué pagar por lo que me ha pasado, ya has sufrido lo suficiente como para que también venga yo ahora con mis problemas a sumarte más. —Se movió para quedar sentado al borde de la cama de espalda a ella —. Es solo que me siento tan malditamente condenado a un futuro gris, vacío… absurdo —murmuró con un nudo en la garganta, respiró profundamente para no llorar.

—Eso ya no será así… si escucharas a tu corazón, si confiaras en lo que sientes y te arriesgaras a buscar tu felicidad, tienes muchos motivos para continuar Nathaniel… Uno en especial que te dará cientos más para luchar por alcanzar tus sueños… —decía posando una

mano en la espalda de él, buscando consolarlo.

—¿Motivos? Hace mucho que dejé de tener motivos Pandora, la verdad… nunca tuve muchos, cuando era un adolescente solo me motivaba el hacer rabiar a mi padre, quería que me prestara atención. Después comprendí que nada de lo que hiciera cambiaría las cosas y me resigné hasta que ella llegó a mi vida, solo ella se animó a mirar más allá de lo que deseaba mostrar, se metió dentro de mi corazón y mi alma, se quedó a mi lado y me obligó a abrirme… a mostrarle mis sentimientos, fue la única que se interesó por lo que realmente sentía —dejó libre un suspiro trémulo y cerró los ojos.

—Lo sé, pude vivir todo eso… sé lo que significaban el uno para el otro, tú también fuiste el único que vio en ella mucho más que la pobre niña huérfana —mencionó Pandora.

—De nada importó eso, nuestro destino no era estar juntos… o quizás la vida creyó que era mucho para mí y ciertamente lo era, por eso terminó separándonos… por eso no permitió que yo con mis malditas manías le arruinase la vida, después de todo… ¿Qué podía ofrecerle yo? Alguien que había pasado todos sus años peleándose con la vida, un resentido, malcriado, arrogante y estúpido que no tuvo el valor para luchar por ella… por su amor —expresó con un tono cargado de dolor y la voz estrangulada por las lágrimas que se empeñaba en contener.

—Nathaniel no digas eso, nadie es perfecto en esta vida… —intentó decir cuando una vez más él la detuvo.

—¡Por Dios Pandora! Tú misma me dijiste que Tristán lo era… tu esposo lo era, luchó por ti, te dio un hijo increíble al cual protegió hasta su último aliento, renunció a todo lo que por derecho le pertenecía para impedir que te hicieran daño, consiguió adueñarse de tu amor de una manera tal que después de todos estos años lo sigues amando… —expuso mirándola por encima de su hombro—. ¿De verdad crees que alguien como yo inspire un amor como ese que tú le tienes a él? —preguntó con sorna dejando ver todo el dolor en sus ojos.

—No solo lo creo, estoy segura de que lo has inspirado y si te dije que Tristán era perfecto es porque lo era para mí, con todos sus defectos y sus manías, esas que me exasperaban, que me hacían odiarlo a momentos y amarlo con desesperación en otros, cada detalle alimentaba esta devoción en mí… ¿Acaso crees que jamás tuvimos una pelea? ¿O quizás piensas que nunca sentí celos cuando en algún baile él les sonreía a otras damas por cortesía? ¿O que yo no tuve que soportar los suyos cuando más de una vez estuvieron a punto de volverme loca? ¡Si tú supieras lo obstinado que podía llegar a ser! ¡Oh espera! Desconfiado, callado, perfeccionista, infantil como acabas de serlo tú… —Se interrumpió para no volver a lo de hacía unos minutos y cambió rápidamente de tema—. Y aún con todo eso yo lo adoraba, no cambiaría nada en él, ni siquiera esas cosas que me colmaban la paciencia. Si llegase a hacerlo, entonces ya no tendría al hombre del cual me enamoré.

—Allí radica la gran diferencia entre ambas historias, tú conociste a Tristán y lo aceptaste como era… en cambio ella… ella nunca llegó a conocerme de verdad y si lo hizo, entonces no le gustó quien era porque se fue, se fue olvidándose de mí. —No pudo retener el sollozo que escapó de sus labios, se puso de pie alejándose de Pandora, no quería inspirar lástima en ella.

—Nathaniel por favor no te ciegues. Rosemary te conoció a ti tal y como eras, ustedes prácticamente se criaron juntos… ¿En serio crees que ella pensaría en cambiar algo en ti? —preguntó y en respuesta solo obtuvo un cerrado silencio, suspiró armándose de paciencia—. La verdad yo no lo creo ¿Y me preguntas qué tienes para ofrecerle? Nathaniel, tienes para ofrecerle muchísimo, un mundo entero tienes para ofrecerle… tu amor, tu corazón, tu alma… te puedo jurar que ella sería inmensamente feliz teniéndolos —puntualizó con la mirada en la espalda tensa de él.

Nathaniel se mantuvo en silencio, analizando sus palabras, su cabeza era un ir y venir de recuerdos al tiempo que su pecho era un gran torbellino de emociones, donde el miedo y la esperanza luchaban a brazo partido por hacerse un espacio en él.

# Capítulo 33

Nathaniel intentó ordenar sus pensamientos y emociones, temeroso no solo de recordar la cadena de errores que lo habían llevado a donde se encontraba y ese insoportable dolor que de vez en cuando llegaba hasta él para evitar que olvidase todas sus equivocaciones. Los recuerdos de lo que fue de su vida después que Rosemary subió a ese barco dejándolo sin importarle sus ruegos para que se quedara junto a él, regresaron a su cabeza para torturarlo una vez más.

∞∞∞

Después que se separaron en el puerto él perdió todas las ganas de continuar, había dejado de pintar e incluso se había abandonado a la bebida. Se sintió perdido, lleno de dolor, de rabia, de desesperación, con el pecho colmado de un amor que lo estaba matando; así pasó más de un año hasta que una luz al final de ese túnel sombrío se encendió haciendo que sus esperanzas resurgieran.

Su padre al ver que estaba cada vez peor le ofreció una salida, que con el tiempo resultó ser una pesada condena y es que no podía ser de otra forma, no se gana cuando se hace un pacto con el diablo y eso era su padre. Tras el suicidio del padre de Sarah, ella y su madre quedaron desamparadas prácticamente, atosigada por los acreedores de su difunto marido la mujer casi termina interna en un psiquiátrico.

Se encontraba en el estudio de su padre, tendido en el sillón con una postura despreocupada que estaba a punto de provocarle un síncope al honorable duque, tenía la mirada perdida en algún punto del decorado del techo mientras ignoraba también sus palabras.

—¿Estás escuchando lo que te digo?

La profunda voz de Henry Gallagher rompió la burbuja en la cual se encontraba, subiendo algunos decibeles para hacerlo consciente de su presencia. Nathaniel no respondió, solo le dio una gran calada al cigarrillo en sus labios cerrando los párpados y después soltó el humo lentamente, demostrándole que no lo hacía y que tampoco pensaba seguir allí por lo que se levantó quedando sentado.

—¿Qué carajos piensas hacer con tu vida, Nathaniel? —inquirió dejando claro el reproche, con la mirada clavada en él.

—¿Y es que acaso debo pensar en hacer algo? Creía que eso también lo haría usted, después de todo es experto en decirle a todo el mundo lo que debe hacer —esbozó con sarcasmo.

—Estás colmando mi paciencia, Nathaniel —decía cuando su hijo se puso de pie mostrando cara de fastidio.

—Entonces no le hago perder más su tiempo padre, mejor dedíquese a lo único que sabe, lo que ha hecho durante todos estos años: ignorarme. Y déjeme en paz —mencionó con resentimiento.

—¡Quédate dónde estás y me escuchas! —exclamó Henry golpeando con el puño su escritorio, Nathaniel tenía una habilidad asombrosa para sacarlo de sus casillas. Respiró profundamente para calmarse y habló de nuevo—: No voy a seguir consintiendo tu

comportamiento, ya estoy cansado de tener que estar salvándote de una pelea tras otra todos los fines de semanas, de estar rescatándote de tabernas y pagando para que te emborraches.

—Nadie le ha pedido que lo haga, mis peleas son mías no suyas, el lugar que escojo para pasar mi tiempo también es asunto mío y no es necesario que me dé su maldito dinero para conseguir bebida, puedo hacerlo por mis propios medios —indicó sintiéndose furioso por los reclamos y todo el tiempo le mantuvo la mirada en un claro reto.

—¿Qué buscas, Nathaniel? ¿Acaso quieres acabar con tu vida? —inquirió mostrando más preocupación que rabia.

—Tal vez sea precisamente eso lo que quiero, pero a usted no debería angustiarle; por el contrario, debería estar feliz, al fin se libraría del inútil bastardo… imagine la felicidad que eso le causaría a su mujer, estoy seguro de que en lugar de un funeral organizaría una fiesta —indicó con ironía dejando libre todo lo que llevaba años callando.

—¡Ya basta Nathaniel! Estoy harto de tu estúpido sarcasmo, ya no eres un chiquillo… ¡Eres un hombre, maldita sea! Debes aprender a comportarte como uno —Lo miró con severidad.

—Y según usted ¿Cómo se supone que debe comportarse un hombre? ¡Ilústreme, padre! ¿Quizás sea dándole la espalda a su hijo? ¿Recordándole a cada momento que fue un error de juventud? ¿Negándole toda posibilidad de ser feliz siendo él mismo? ¿Es así cómo se comporta un hombre? Pues déjeme decirle algo, yo prefiero que me siga creyendo un estúpido mocoso a seguir su ejemplo —pronunció de manera tajante y le dio la espalda.

Henry se quedó en silencio sin poder creer que Nathaniel le hubiera hablado de esa manera, sabía que tenía un carácter fuerte, lo había heredado de él, pero nunca pensó que llegaría al extremo de faltarle el respeto de esa manera; sin embargo, no podía defenderse de sus acusaciones porque tenía razón en cada una.

—¿Eso es lo que deseas? ¿Qué te tome en cuenta? ¿Qué te apoye? —inquirió deteniéndolo antes de que saliera.

—Para variar… pero eso sería exigirle mucho Duque de Lancaster —contestó cerrando su mano en el picaporte.

—Estoy dispuesto a hacerlo, decide lo que deseas hacer con tu vida, algo de provecho claro está y yo te brindaré mi apoyo… pero a cambio te pediré algo —indicó con tono pausado.

—¡Por supuesto! El tipo de hombres como usted jamás da algo a cambio de nada. —Ladeó su rostro para verlo.

—Nadie en esta vida da algo de manera desinteresada, eso es algo que debes tener siempre presente, tómalo como un consejo —Le hizo un ademán hacia el sillón frente a su escritorio—. Necesito que te sientes y escuches atentamente mi propuesta.

—¿Qué le hace pensar que estoy interesado? —inquirió mirándolo con desconfianza.

—El hecho de que aún continúas aquí —acotó intentando no sonreír y mostrar todas sus cartas desde el comienzo.

Nathaniel se quedó en silencio pues no tenía cómo refutar las palabras de su padre, caminó despacio para no mostrar mucho interés y tomó asiento clavando su mirada en los ojos grises de su progenitor.

—Antes de comenzar quiero pedirte que escuches sin interrumpirme, cuando acabe entonces podrás darme tu opinión.

Vio que su hijo asentía, pero sin mostrarle respeto; por el contrario, su semblante delataba lo desagradable que le resultaba hablar con él, no podía culparlo, su relación no era la mejor.

—Sé que tú al igual que todos estás al tanto de la difícil situación que atraviesan las Greenwood.

—Sí lo sé. ¿Y qué con eso? —preguntó obviando la petición de su padre de no ser interrumpido.

Henry le dedicó una mirada severa por el atrevimiento y dejó libre un suspiro sintiéndose frustrado, Nathaniel últimamente se comportaba como un chico de diez años y no como el hombre próximo a cumplir diecinueve años que era. Al ver que por fin tendría la atención de su hijo decidió continuar.

—Margot y Sarah han quedado desprotegidas, necesitan de un hombre a su lado que les brinde seguridad, que las represente ante la sociedad y antes de que digas algo, no puede ser el esposo de Loren y tampoco yo puedo hacerme cargo de ellas —mencionó seleccionando bien cada una de sus palabras—. Económicamente puedo solventar su situación, pero no puede ser aquí en Inglaterra porque si los acreedores de Greenwood se llegaran a enterar de ellos van a querer que yo me haga cargo de las deudas y ni loco haré algo así.

—Todavía no entiendo qué tengo que ver yo en todo eso —expresó Nathaniel sin poder contener sus dudas.

—Necesito que seas tú quien se comprometa a velar por el bienestar de las dos. Es evidente que Sarah no encontrará un buen candidato para esposo a causa de su incapacidad y yo me siento responsable por esa chica, el accidente que sufrió fue en esta casa y además en circunstancias bastante extrañas que nunca se aclararon —dejó en el aire esas últimas palabras evaluando la reacción de Nathaniel. Tal como esperaba lo vio tensarse y eso le confirmó sus sospechas, algo tenía que ver él o Rosemary en el accidente de Sarah.

—¿Por qué no va directo al grano duque? Dígame qué es lo que quiere de mí —indicó Nathaniel, aunque ya lo tenía casi claro.

—Te casarás con Sarah, los enviaré a Francia como se tenía planeado para ti y te harás cargo de esa propiedad… que pasará a tus manos a mi muerte.

—¿Por qué tengo que casarme con Sarah? —inquirió poniéndose de pie, rechazando con su actitud la propuesta.

—Porque ella no tiene oportunidad de encontrar un buen matrimonio y porque tú siendo ilegítimo tampoco tendrás muchas opciones, puede que el apellido Greenwood ahora no tenga el mismo valor de antaño, pero sigue siendo importante.

—Me importa una mierda lo rimbombante que sea el apellido Greenwood o cualquier otro, no pienso casarme por recibir una herencia, ni por cubrir las apariencias de otros —mencionó y una vez más se acercaba a la puerta para salir.

—¡Nathaniel, modula tu vocabulario en esta casa! Eso es lo que has aprendido en esos lugares que frecuentas, relacionándote con prostitutas y delincuentes… ¿Acaso no ves que estoy procurando darte lo mejor? Me pides que te apoye y cuando lo hago rechazas mi ayuda.

—¡No! usted no me está apoyando duque, usted lo que quiere es imponerme un matrimonio con una mujer que ni siquiera me atrae —señaló mirándolo con resentimiento.

—Sarah es una mujer hermosa, es educada, es una dama —decía intentando hacerlo entrar en razón.

—Pero yo no la amo —esbozó arrastrando las palabras.

—¿Y a quién amas Nathaniel? ¿A Rosemary White? Porque si es así déjame decirte que eres un completo imbécil, a estas alturas esa chica tuvo que haber hecho su vida, ha pasado más de un año desde que se fue a América y no has recibido una sola carta de su parte o al menos una noticia de alguno de los amigos de su abuela diciendo que están bien, ambas desaparecieron así que hazte a la idea de que no la verás nunca más. —Fue implacable.

Las palabras de su padre fueron como un puñal que se hundió en el centro de su corazón, le

esquivó la mirada para que no viera cuánto daño le habían hecho y suspiró liberando la rabia aunada a las ganas de llorar que lo embargaron.

—No me interesa nadie más que no sea yo y mi felicidad, la que claramente no estará junto a Sarah Greenwood. No cometeré las mismas estupideces que usted hizo, no me cansaré con una mujer solo para mantener el buen maldito nombre de la familia. —Lo miró con furia y nada lo detuvo de salir del despacho.

Caminó directamente hasta la habitación que usaba como estudio lejos de la mansión y se encerró ese lugar era su refugio.

Una semana después su padre presionó de nuevo, pero cambiando su estrategia por una más inteligente y tentadora para Nathaniel. Enfocándose en su pasión por la pintura se ofreció a pagarle los estudios en la mejor academia de arte de París, al ver que no estaba del todo convencido cedió con lo del matrimonio.

—¿Cuánto tiempo cree que podré mantener el compromiso? Verá, es que me interesa mucho, quizás hasta imponga un récord —dijo con sorna desde el diván rubí donde estaba tendido.

—¿Por qué siempre tienes que escudarte tras la ironía cuando te hablo de un tema serio? —inquirió Henry quien lo miraba con reproche y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tal vez sea porque todo lo que usted me dice no son más que payasadas —contestó mostrando media sonrisa.

—Nathaniel, comienzo hartarme de tu actitud —le advirtió arqueando una ceja y suspiró para controlar su rabia al tiempo que cerraba los ojos—. Lo único que te estoy pidiendo es que sientes cabeza y le des la oportunidad a Sarah de ganarse tu cariño, es evidente que ella está enamorada de ti y aceptará cualquier acuerdo al que se llegue —indicó mirándolo a los ojos.

—Digamos que acepto todo este teatro que desean montar… ¿Qué garantía tengo de que usted hará lo que me promete? —preguntó incorporándose para mirarlo fijamente a los ojos.

Henry mostró una sonrisa sintiéndose complacido, su hijo que jugaba a ser muy astuto había picado el azuelo, intentó disimular el gesto para no dejarle ver que había conseguido su objetivo y se centró en exponerle su mejor propuesta con lujo de detalles. Los detalles siempre eran importantes, eso lo aprendió primero de su abuelo y después lo reafirmó con su padre, no existe nada que logre atrapar más la atención de una persona que hacerle creer que lo conoces, que en verdad te interesa y eso solo se consigue descifrándolo y su hijo no era un gran enigma, la verdad no le llevó mucho tiempo armar lo que expuso a continuación.

Nathaniel terminó aceptando tal como su padre esperaba, pensando que podría librarse de aquel compromiso en cualquier momento si le daba la gana, solo lo usaría a su favor, conseguiría sacar el mayor provecho a los beneficios que recibiría a cambio y después se largaría para hacer su vida lejos de allí, justo como siempre deseó.

Pasaron cinco años para que él pudiera terminar sus estudios y su nombre comenzara a gozar de cierto reconocimiento en Francia, su vida de bohemio no era algo que agradara al duque, mucho menos a su prometida o a su suegra, pero a él no le importaba en lo más mínimo, seguía cumpliendo con lo pactado.

Sin embargo, la visita de uno de los artistas más reconocidos de América cambió su panorama por completo, Robert Hathaway le ofreció un puesto permanente en su galería en Nueva York, una oportunidad para exponer todo su trabajo sin tener que pasar por los complicados procesos de selección que había enfrentado en los últimos dos años en París, allí sería libre de presentar todas las pinturas que quisiera y abrirse a nuevas influencias de un arte más moderno e interesante que ése que se desarrollaba en Europa.

No lo pensó dos veces y después de un par de comidas con el pintor americano, aceptó su

propuesta para trasladarse hasta la naciente urbe. En realidad, su corazón no solo iba tras la realización de un sueño en el plano profesional, también iba con la esperanza de dar con el paradero de Rosemary e intentar recuperar ese amor que no había menguado en él; contrario a ello, parecía haberse fortalecido.

Logró dejar Europa a escondidas de su padre y también de su prometida, dispuesto a cumplir con su sueño de ser libre y feliz, además hacerlo junto a Rosemary, porque se planteó en cuanto puso un pie en el trasatlántico que la encontraría.

Tras un año de búsqueda al fin logró dar con ella, se había instalado desde su llegada en San Francisco, los primeros años trabajó junto a su abuela en la cocina del hospital central y animada por algunas de las enfermeras reunió dinero para pagar sus estudios en la escuela de este.

El día que estaba recibiendo el título Nathaniel llegó a la ciudad, con todas sus esperanzas puestas en ese reencuentro se dirigió hasta el salón donde se llevaría a cabo la entrega de certificados, su corazón quedó cautivado de inmediato por la maravillosa imagen de Rosemary vestida con el impecable uniforme blanco de enfermera.

La vio bajar del estrado con el título en la mano y acercarse sonriente hasta su abuela, sentía que el pecho le iba a explotar de la emoción y comenzó a caminar para llegar hasta ella, sorprenderla con su presencia allí y felicitarla por su logro. Estaba a pocos metros cuando vio que Rosemary abrazaba con fuerza al hombre junto a su abuela, el gesto lo hizo congelarse y lo que terminó por causarle la peor de las heridas fue ver que ese extraño la besaba en los labios, solo fue un toque casto.

Nathaniel sintió que el mundo entero se hizo pedazos en ese momento, todas sus esperanzas se desplomaron haciéndose pedazos y no pudo retener el sollozo que brotó de sus labios. Estático en ese lugar no podía hacer nada más que ver cómo Rosemary le sonreía a aquel hombre, cómo sus hermosos ojos azules le entregaban esa mirada que en algún momento fue suya.

—Esto no es cierto, por favor, Dios, dime que no es verdad —esbozó dejando correr un par de lágrimas por sus mejillas.

La ola de aplausos que recorrió el lugar cuando le dieron fin al acto lo sacó del estado donde se encontraba, se dio la vuelta para alejarse de ese lugar antes de que ella notara su presencia. Al salir se percató de que aún llevaba el ramo de rosas blancas que había comprado para regalarle, de inmediato la idea de arrojarlo a la basura cruzó su mente, pero cuando estaba por hacerlo la vio salir comprobando que ese imbécil que la llevaba del brazo ni siquiera uno le había comprado.

—Niño… tú, ven acá. —Llamó al chico que vendía el diario.

—¿Desea uno, señor? Hablan del conflicto que está a punto de estallar en Europa —mencionó el niño como buen vendedor.

—No, no me interesa… necesito que me hagas un favor, ¿ves a aquella señorita que está allí? —dijo señalándola con el dedo.

—Ella es Rosemary…

—¿La conoces? —inquirió mirándolo, con asombro.

—Sí, siempre que puede me trae comida del hospital, es muy buena y linda —contestó mostrando una sonrisa tímida.

—Y… al hombre que está junto a ella, ¿también lo conoces? —preguntó buscando saber más de su rival.

—Sí, es el doctor Barrymore, su prometido —respondió.

Nathaniel soltó un suspiro pesado, fue mucho peor la sensación que se apoderó de su pecho ante esa confirmación, sintió en ese instante que estaba completamente derrotado; se llevó la

mano al bolsillo, sacando algunas monedas y se las entregó al niño extendiéndole el ramo de rosas.

—Puedes llevarle estas flores a Rosemary… yo estoy apurado y no puedo hacerlo, solo vine para felicitarla por su graduación, pero no puedo quedarme —dijo sin apartar su mirada de ella.

—Claro —indicó el niño feliz al ver la cantidad de dinero que el caballero le ofrecía—. ¿Quién le digo que las envía?

—Dile que son un presente de… —Se interrumpió a punto de decir su nombre, negó comprendiendo que no tenía caso hacerlo, era mejor quedar en el anonimato y ahorrarse la lástima que seguramente ella sentiría—. Dile que son de un amigo, que me siento muy orgulloso de ella y que espero que sea muy feliz.

Las últimas palabras hicieron más grande la herida que tenía en el corazón, sus ojos se colmaron de llanto y tuvo que apretar con fuerza la mandíbula para no dejar escapar las lágrimas. El niño por fortuna no preguntó nada más y salió corriendo para cumplir con su pedido, esperó hasta que lo vio llegar a donde Rosemary se encontraba y llamarla para captar su atención, después de eso se dio la vuelta.

Esa noche se dio la peor borrachera de su vida mientras los recuerdos de Rosemary desfilaban en su memoria, torturándolo, él bebía y bebía tanto como su cuerpo le permitía.

Una vez más la mujer que amaba con toda su alma le rompía el corazón y estaba seguro de que después de eso ya no tendría reparo. Su mente recreaba la escena mostrándola llena de vida, de felicidad, como si no hubiera sufrido lo mismo que padeció él en esos años separados y el despecho hizo de la suyas.

«¿Por qué Rosemary se había recuperado tan pronto de su separación? ¿Por qué ella había retomado su vida con tanta rapidez, cuando él se encontraba en el fondo de un abismo?»

Se preguntó en pensamientos, tembló dejando libre un gemido de dolor cuando la respuesta llegó hasta él.

«Ella ya no te ama, por eso se recuperó tan rápido, por eso te ha olvidado y le resultó tan fácil abandonarte, había dejado de amarte… o tal vez… nunca te amó, no como tú la amaste a ella… no como la sigues amando.»

Apretó la mandíbula con fuerza para no llorar, sentía tanta rabia y decepción lacerándole el corazón. Tanta impotencia haciendo estragos dentro de él y aunado a todo eso unas inmensas ganas de morirse, había sido el más estúpido de todos los hombres sobre la tierra, su padre se lo había advertido, el amor no son más que tonterías, no sirve para nada, solo vuelve estúpidos a los hombres.

Con los primeros rayos del sol salió de ese lugar prácticamente arrastrándose y subió a un tren que lo llevaría de regreso a Nueva York, decidido a dejar tras él todo lo que tuviera que ver con Rosemary y el amor que le tuvo, se juró nunca más volver a pensar en ella o buscarla, el sueño había acabado para siempre.

∞∞∞

Nathaniel regresó de sus pensamientos sintiendo las mismas emociones de aquel entonces, reafirmándose en silencio que debía cumplir con su promesa y que sin importar lo que le hubiera dicho a Pandora la noche anterior, jamás buscaría a Rosemary, ya no tenía caso que lo hiciera, ella debía estar casada con aquel hombre e incluso a esas alturas debía ser madre.

Pandora escuchó todos los pensamientos de Nathaniel, fue como estar junto a él en cada uno

de los recuerdos y obtuvo las respuestas a todas las interrogantes que tenía. Caminó hasta él para intentar consolarlo, pero sabía que odiaba inspirar lástima así que prefirió guardar la distancia, solo habló para captar su atención.

—Debes buscarla y decirle todo lo que sientes… obligarla a que te escuche… —decía, pero él no la dejó continuar.

—No lo haré, no tiene caso y para tu información ella ya es completamente feliz. Yo dejé de ser importante para Rosemary hace mucho tiempo… quizás nunca lo fui realmente, a lo mejor yo lo confundí todo y vi un acto de generosidad como algo más.

La amargura hablaba por él y aunque habían pasado dos años desde aquel día, la herida seguía abierta, no le habían valido de nada sus esfuerzos por olvidarse de Rosemary, seguía teniéndola presente.

Pandora sabía que eso no era verdad, sabía cuán importante era él para Rosemary, no podía entender lo que significó aquel hombre en la vida de la chica, pero de algo estaba segura y era de que ella no había olvidado a Nathaniel, la voz de él captó su atención de nuevo.

—Ella era así, dispuesta a brindarle apoyo a todos aquellos que la rodeaban, se interesaba por hacer la vida de sus amigos más agradable, yo jamás había tenido una muestra de afecto, nadie se preocupaba por lo que me ocurría, por lo que deseaba o necesitaba… ella fue la primera en hacerlo y me hizo bien, me hizo mucho bien… pero ya nada tiene caso, eso está terminado Pandora, así que no insistas más por favor —dijo obligándose a verla para zanjar el tema.

—¿Te confundiste? Espera no lo entiendo… ¿Estás queriendo decir que Rosemary no te amaba? ¿Que solo fue buena contigo porque también lo era con todos los demás? ¿Es eso lo que crees Nathaniel? ¿Que ella no te amaba? ¿Que no te ama en este momento? —preguntó mirándolo a los ojos sin poder creer a la conclusión tan errónea a la que había llegado.

Nathaniel le esquivó la mirada en respuesta, ya lo había dicho.

«¿Acaso pretendía que se siguiera humillando, haciéndolo repetir lo que sentía de nuevo? ¿Acaso no estaba claro? ¡Rosemary no lo amaba maldita sea! Ella se había olvidado de él, había retomado su vida dejando atrás ese amor estúpido de adolescente que no iba a ningún lado, ella había madurado mientras él seguía siendo el mismo imbécil de años atrás, aferrado a un imposible.»

—No puedo creer que de verdad pienses de esa manera… después de todo lo que sucedió entre ustedes, de los sacrificios, de los momentos compartidos, de sus sueños de una vida y una familia juntos y ¡Tú aún dudas que ella te haya amado! —exclamó sintiéndose molesta y asombrada por la terquedad de Nathaniel.

—¡Eso se acabó, Pandora! ¿Por qué no puedes entenderlo y dejas el tema de una buena vez? Puede que haya existido… pero ya no… ¡Ya no! —gritó dejando salir el dolor y la rabia.

—Eres tan malditamente orgulloso y terco, Nathaniel… tanto que tú mismo te empeñas en negar lo evidente, dime una cosa. ¿Sabes qué ha sido de la vida de Rosemary, en estos últimos años? ¿Sabes si se ha casado? ¿Si sigue sola? ¿O si regresó a Londres?

Él se mantuvo en silencio mirando a través de la ventana, luchando contra ese dolor que intentaba apoderarse una vez más de su pecho, ya estaba cansado de toda esa mierda.

—¡No, no sabes nada! ¿Sabes por qué? Bien te lo diré… Porque ni siquiera has buscado la manera de acercarte a ella de nuevo, porque estás tan enfrascado en tu papel de mártir que eres incapaz de saltarte una línea… los dos son igual de estúpidos que creen que sacrificándose hicieron bien, que si el uno es feliz entonces el otro también lo sería, aún si se estaban separados… Déjame decirte algo ¡Se equivocaron! Porque, así como tú te sientes solo y desgraciado ella está igual, queriendo regresar el tiempo para corregir lo que hizo, para curar la

herida que te causó al dejarte… pero los dos están tan estúpidamente ciegos y tan faltos de valor que están dejando que la vida se les pase —mencionó dejando salir lo que pensaba sin ningún tipo de delicadeza, no había ganado nada con ser sutil.

—¿Cómo puedes hablar con esa seguridad? Tú no sabes nada Pandora, no conoces a Rosemary… —decía, pero la sonrisa cargada de ironía que ella le dejó ver lo detuvo—. ¿La conoces? —inquirió desconcertado, sin saber si sentirse molesto o sorprendido.

—Ven conmigo, tengo que enseñarte algo… pero aquí no puedo hacerlo, no tengo lo necesario —indicó extendiéndole la mano sin contestar a su pregunta, su mirada brillaba.

—¡No! Primero responde la pregunta que te hice ¿Tú conoces a Rosemary White? —preguntó mirándola con seriedad.

—Sí, la conozco, sino cómo crees que sé todo lo que te he dicho o la certeza con la que hablo, seguramente tienes muchas preguntas que hacerme… pero no seré yo directamente quien las conteste, vamos ven conmigo. —Le pidió una vez más.

—¿A dónde iremos? —cuestionó en tono serio.

—A mi casa, necesito que veas algo —respondió, acercándose a la ventana, la abrió sin tocarla, después se volvió a mirarlo.

—Está bien, te acompañaré, pero será a mi modo… apenas tengo veintisiete años y no quiero morir de un paro cardíaco —mencionó tomando las llaves de su auto y abriendo la puerta la invitó a seguirlo.

—Pensé que tenías prisa por saber de lo que se trata todo esto.

—Y la tengo, pero no al punto de ser un suicida, vamos en mi auto y ni una palabra más… Resultaste ser muy mandona, Pandora, imagino cuánto sufría el pobre Tristán a tu lado —le hizo una broma para aligerar la ansiedad que sentía.

—No lo compadezcas tanto, de los dos él siempre terminaba ganando, tenía un gran poder de convencimiento, aunque bueno, yo también tenía el mío —expresó guiñándole un ojo.

—No lo pongo en duda… menos después de esos besos que casi me dejan sin conocimiento —le devolvió la estocada y soltó una carcajada al ver cómo ella se sonrojaba.

Pandora no respondió, pero igual se vengó de él, elevándolo varios centímetros del suelo, dejando libre una carcajada al ver cómo él palidecía y sus ojos se abrían con asombro.

—¡Madre santa, Pandora! —exclamó asustado.

—No deberías hacerme bromas sin esperar que las regrese… —dijo con inocencia mientras lo bajaba, pero antes de hacerlo tocar suelo lo elevó una vez más. No tenía ni que tocarlo.

—¡Ya basta! —esbozó con la voz temblorosa, moviendo sus manos para sujetarse de algo, una reacción espontánea que no tenía lógica—. Ya deja de jugar con esto si quieres que te acompañe —ordenó intentando parecer serio, pero su voz temblaba.

—Está bien… ¡Que aburrido eres Nathaniel! ¡Tan divertido que es volar!… Es una de las mejores cosas, bueno y desaparecer y la fuerza… —mencionó al tiempo que lo dejaba sobre el suelo.

—Sí, ya veo que te gusta jugar… mejor vamos de una vez y espero que lo que tengas que mostrarme termine de sacar esa idea absurda que tienes en la cabeza y a mí me libere de esta prisión —indicó luchando por mostrarse casual.

La verdad era que estaba aterrado, sospechaba que eso estaba relacionado con Rosemary y tener noticias de ella después de tanto tiempo hacía que la ansiedad lo consumiera por dentro, lenta y dolorosamente.

# Capítulo 34

Una hora después el auto se acercaba a la imponte propiedad enclavada en lo alto de los riscos que se abrían abruptamente al océano, si la vista la noche anterior lo había sorprendido, en ese instante sencillamente lo tenía deslumbrado, era asombrosa; sin embargo, algo estaba mal, esa maravillosa mansión lucía fría y sin vida, era obvio que necesitaba de personas que le otorgaran calidez.

Él bajó primero del auto y caminó para abrirle la puerta, ella lo esperó con una sonrisa solo por protocolo y para complacerlo porque la verdad hubiese llegado allí solo en minutos, pero quería tener la confianza de Nathaniel de nuevo, que se abriese a recibir lo que deseaba mostrarle.

—Bienvenido de nuevo —mencionó abriendo las puertas con esa facilidad que la caracterizaba, mostrándole una sonrisa—. Vamos a la terraza, te va a encantar la vista en el día… No había detallado este lugar muy bien, pero es realmente hermoso —agregó cuando llegaron y suspiró mostrando una sonrisa.

—Sí, es un lugar extraordinario… —mencionó con sinceridad mientras su mirada se perdía en el océano. Después de un minuto sintió que el silencio se hacía pesado, se aclaró la garganta antes de hablar—. Y bien… ¿Qué deseas mostrarme? —preguntó sin rodeos.

—Recuérdame anotar a tu lista de defectos la impaciencia… —contestó mostrando media sonrisa cuando Nathaniel dejó libre un bufido mostrando su molestia—. ¿Sabes? A veces pienso que hay un montón de personas viviendo dentro de ti… el comprensivo, el impulsivo, el luchador… el pesimista, el hombre amargado y adusto, el niño malcriado… no es una tarea fácil dominarlos a todos, mucho menos entenderlos, toma asiento por favor y dame unos minutos, necesito buscar algunas cosas —agregó y acto seguido se encaminó hasta la casa.

Nathaniel se quedó mirándola alejarse, tomó asiento tal como ella le dijo, pero segundos después se puso de pie, no podía solo sentarse allí y esperar, la ansiedad lo estaba matando. Miró hacia la casa deseando que Pandora saliera por la puerta, pero todo seguía igual, después se volvió de nuevo hacia el océano extenso, azul y maravilloso ante sus ojos que lo invitaba. Sin pensarlo dos veces se encaminó hasta la balaustra que dividía el balcón del precipicio donde el mar furioso rugía al estrellase contra las rocas, el azul que mostraba el mar le recordó el color de los ojos de Rosemary.

«¡Cuánto daría por verlos de nuevo!, por poder incluso mirarme en ellos como hice antes, creo que no gano nada con seguir negándolo, aún sigo amándote.»

Pandora regresó y su andar sigiloso la ayudó para que Nathaniel no se percatara de su presencia y poder escuchar lo que pensaba, ya había aprendido a controlar lo que pensaba cuando ella se encontraba cerca, consciente claro está, que podía leerlos.

—Podrás hacerlo —susurró con una sonrisa para evitar que siguiera torturándose, la mirada de él mostraba desconcierto así que aclaró a lo que se refería—. Hoy podrás ver a Rosemary a los ojos como tanto deseas. Ven conmigo, siéntate, necesito que estés relajado, que abras tu mente y también tu corazón Nathaniel… por favor debes confiar en mí, pero sobre todo en lo que sientes por Rosemary. —Se sentaron y ella le extendió una hermosa cinta de seda blanca, sonriéndole para que confiara.

—¿Qué es esto? —pregunto con la voz temblorosa, sabía lo que era y además de quién era.

Él le había regalado esa cinta a Rosemary en su cumpleaños número quince, la había mandado a bordar con sus iniciales enmarcadas por unas rosas. Sin poder evitarlo se la llevó a la nariz para respirar el dulce aroma impregnado en la prenda.

—Pensaba dártela como regalo de despedida… supongo que ella debe echarla de menos, así que ahora estás en la obligación de devolvérsela —dejó ver una gran sonrisa y le apretó la mano.

—¿Es… estuviste con ella? —preguntó con su mirada puesta en la cinta, sintiendo cómo el corazón aumentaba sus latidos.

—Sí, hace unas semanas… un sueño tuyo despertó mi curiosidad, así que fui a visitarla y descubrí un montón de cosas sobre ustedes. Aunque en principio intenté seguir aferrada a la ilusión de que tú eras Tristán, con el transcurrir de los días pude comprobar que no era así.

Se detuvo pues aún le dolía admitir eso, la hería profundamente aceptar que no tendría a su esposo junto a ella nunca más, dejó escapar un suspiro trémulo de sus labios y continuó.

Nathaniel apenas podía ser consciente de lo que ella le decía, su mirada seguía perdida en la cinta mientras oleadas de recuerdos llegaban hasta su cabeza y movían sus emociones de un lado a otro.

—No actuaría yo como lo hizo Sarah, no los separaría consciente del inmenso amor que se prodigaban —expresó apretando con suavidad la unión de sus manos para llenarlo de seguridad.

—¿Cómo está ella? ¿Qué ha sido de su vida? —preguntó con urgencia clavando la mirada en los ojos de Pandora.

—Déjame mostrártelo Nathaniel… lo verás con tus propios ojos… concéntrate en ella y sujeta con fuerza la cinta —respondió mirándolo.

Él hizo lo que ella le pedía al tiempo que intentaba controlar los latidos desbocados de su corazón, sus manos temblaron cuando cerró los ojos liberando un suspiro pesado y lento. Se concentró y luchó con todas sus fuerzas para que ese nudo de lágrimas que tenía en la garganta no lo ahogase.

—Relájate… respira despacio Nathaniel… no te contengas, solo déjate ir… entrégame tu mente —susurró Pandora pegando su frente a la de él y cerró los ojos.

∞∞∞

Una luz blanca inundó la mente de Nathaniel, era cálida y brillante como si del sol se tratase, de repente el ambiente cambió y él se vio en un pequeño departamento, modesto pero muy hermoso, lleno de una calidez y una energía increíble. Paseó su mirada por el lugar, lo primero que sus ojos captaron fue el ramo de rosas blancas que impregnaba el lugar con su aroma.

Caminó reconociendo el espacio y se acercó hasta un pequeño mueble donde se encontraban unas fotografías, estaba a punto de tomar una cuando sintió la llave girar en la cerradura. Su corazón amenazaba con salir de su pecho, sus manos temblaban y sentía que el suelo bajo sus pies desaparecía cuando la vio entrar.

Era ella… era Rosemary, estaba hermosa ¡Por Dios, estaba bellísima! Se le notaba alegre y radiante como siempre, su mirada brillante, intensa, su sonrisa era espléndida. La vio dejar sus cosas en la mesa del comedor junto a un plato de lasaña y caminar hasta la cocina, se lavó las manos para regresar con cubiertos, un vaso con agua y tomó asiento en el pequeño comedor.

Nathaniel notó cómo ella se tensaba de pronto y vio el temblor en su mano mientras se llevaba el alimento a la boca, pero enseguida negó con la cabeza y continuó. Su mirada se notaba precavida, él intentó acercarse, pero al ver que ella de nuevo se tensaba y llevaba su mano al

crucifijo de la cadena que colgaba de su cuello prefirió no hacerlo, algo tras él captó su atención y se volvió para mirar.

Pandora también se encontraba allí, estaba parada junto a la ventana, observándolos y manteniendo la distancia.

«No puede vernos… pero puede sentirnos, ¿verdad?»

Inquirió en pensamientos para que Rosemary no lo escuchara.

—Sí… pero no a ti, me está sintiendo a mí… esta visión es un recuerdo, uno mío. No nos escucha así que puedes hablar con confianza —contestó con una sonrisa.

—¿Puedo acercarme a ella? —preguntó con un hilo de voz.

Pandora asintió haciendo su sonrisa más amplia, mientras su mirada seguía a Nathaniel, que de inmediato se aproximó a Rosemary.

Él dudó a unos pasos de ella, pero su corazón le dio el valor para acercarse y comprobar que todo eso era real. Se puso de rodillas junto a Rosemary para mirarla mejor, llevando su mano hasta uno de los rizos dorados tomándolo entre sus dedos, mostró una amplia sonrisa al sentir una vez más esa suavidad que conocía tan bien, se lo llevó a la nariz para embriagarse con el perfume a rosas cerrando los ojos.

Rosemary se puso de pie y él tuvo que moverse rápido para no ser atropellado por ella, cayó sentado a poca distancia y apenas sí le prestó atención al golpe, se encontraba demasiado feliz. Todo le resultaba tan increíble, de verdad ella no podía notar su presencia allí, pero era real… lo era, él pudo sentirla.

Ella regresó sobre sus pasos y tomó sus cosas de la mesa, luego caminó hasta su habitación. Los pies de Nathaniel parecían tener vida propia y fueron tras ella.

Pandora que sabía lo que Rosemary haría lo siguió. Cuando entró a la habitación la vio sacarse los zapatos y después sentarse al borde de la cama para quitarse las medias, subiendo su falda más allá de sus rodillas, estaba por retirarse la blusa y ella consideró oportuno intervenir, aunque Rosemary no fuera consciente de la presencia de Nathaniel allí, debían respetar su privacidad.

—Ven conmigo, debemos salir. —Lo llamó Pandora al verlo completamente embelesado, sin mostrar intenciones de salir de la habitación. No le prestó atención y tuvo que tomarlo del brazo —. Nathaniel un caballero no debe espiar a una dama, aunque sea la mujer que ama, le debes respeto, aún no están casados —indicó guiándolo fuera de la habitación.

—Lo siento, yo… —Intentó disculparse sintiéndose apenado, pero no lograba salir de su aturdimiento.

Ver a Rosemary después de tanto tiempo, ser partícipe de su rutina, compartir ese espacio tan íntimo, era mucho más de lo que podía controlar.

—No te preocupes, te comprendo… será mejor que esperemos aquí afuera, aún hay cosas que deseo mostrarte, lo más importante de esta visita —mencionó con una sonrisa.

La puerta de la habitación había quedado abierta y él vio a través del reflejo en el cristal de la ventana a Rosemary pasar hacia el baño, envuelta en una bata de paño rosa pálido, se recogió el cabello en lo alto de la cabeza. Era evidente que estaba acostumbrada a vivir sola, porque al momento de entrar al baño tampoco cerró la puerta de éste.

Nathaniel tragó en seco cuando ella se despojó de la bata de lado y se mostró ante él esplendorosa y tentadoramente desnuda, como nunca la había visto pues ni siquiera cuando se bañaban en el río ella llegó a quedarse sin ropa frente a él, siempre se cambiaba en un escondite que había creado para hacerlo.

—Dios mío… —Su corazón triplicaba sus latidos y apartó la mirada, repitiéndose en pensamientos que debía respetarla, que no estaba bien lo que hacía.

Pandora a su lado observaba a través de la ventana, vigilando todo a su alrededor, ella estaba en dos dimensiones allí y en la mansión de Nueva York. Se encontraba muy vulnerable y junto a Nathaniel eran presas fáciles de sus enemigos. No fue consciente de lo que Nathaniel había visto hasta que escuchó la regadera y pudo oír los reproches que se hacía en pensamientos.

—¡Que mirada tan inquieta tienes, Nathaniel Gallagher!… ya deja a la pobre Rosemary en paz o tendré que cegarte mientras dura su baño —lo reprendió intentando disimular la sonrisa en sus labios, ante la actitud de niño regañado que él mostraba.

—No tienes que hacerlo… puedo controlarme, no soy un mocoso —contestó volviéndose para mirar por la ventana y alejar de su cabeza la imagen anterior.

Pero justo en ese instante el cristal reflejaba una vez más a Rosemary que corría la cortina del baño, él dejó libre un jadeo y en cuestión de segundos Pandora le cortaba la visión soplando hacia el cristal para empañarlo, borrando toda imagen de la rubia reflejada allí.

Nathaniel por su parte tembló y cerró él mismo los ojos, sabía que no estaba allí, que no podía satisfacer el deseo que Rosemary despertó en él, que mirarla no solo no estaba bien, sino que además era una espantosa tortura si recordaba que kilómetros de distancia los separaban. Su corazón latía con rapidez, su respiración se había acelerado y tuvo que apoyar sus manos en el marco de la ventana, apretando los ojos con fuerza para no abrirlos mientras sentía los pasos de ella, su calidez, el sonido que hacía la toalla deslizándose por su cuerpo.

—Sácame de aquí cinco minutos. —Le pidió en un susurro a Pandora sin abrir los ojos.

—Sí, creo que es lo más adecuado, ya sé que no quieres morir de un paro cardíaco —expuso en tono divertido. Lo llevó hacia la azotea, aún no comenzaba a llover, pero el aire era frío y eso le ayudaría a relajarse—. ¿Estás mejor? —preguntó observándolo.

—Sí, gracias… ella está tan hermosa, siempre lo fue… pero ahora… —No tenía las palabras para explicar lo que sentía.

Suspiró pensando que él había tenido el amor de Rosemary y que ahora no tenía nada… absolutamente nada, solo una cama fría que cada día se le hacía más grande sin tenerla junto a él…

«¿Cómo puedo continuar después de haberla visto así? ¿Cómo teniéndola lejos?»

Se cuestionaba en pensamientos.

—¿Por qué no piensas mejor en lo que será tu vida junto a ella? ¿En lo que harás para recuperarla y arriesgarte a ser feliz? Me gustaría que dejaras el pesimismo de lado un instante, Nathaniel, y volvieses a ser ese chico que se llenó de ilusiones cuando descubrió el amor de la manera más hermosa…—mencionó mirándolo a los ojos.

—Creo que estás olvidando algo, Rosemary… ella está junto a otro hombre, la última vez que la vi estaba comprometida con un doctor y a estas alturas ya debe ser su esposa —pronunció sin mirarla para que no viera el dolor que eso le causaba.

—¿Acaso has visto a algún hombre hoy junto a ella? —preguntó Pandora mostrando una sonrisa enigmática.

Nathaniel la miró fijamente al tiempo que sentía que los latidos de su corazón iban en aumento, tragó en seco para pasar el nudo en su garganta y dar con su voz, necesitaba hacer esa pregunta.

—Ella… ¿Ella no está casada? —inquirió con el alma en vilo.

—No, cuando la visité antes no supe nada de ese caballero que tú viste, solo me limité a indagar en el pasado que la unía a ti, por ello me sorprendió tu recuerdo. —Se detuvo notando que él estaba muy tenso a la espera de su respuesta, le tomó la mano y continuó—: Rosemary estuvo comprometida con Arthur Barrymore, él fue muy importante para ella, la apoyó desde que

entró al hospital y durante sus estudios, le tenía especial cariño; sin embargo, no llegó a amarlo nunca, solo buscó refugio en la estabilidad y la comprensión que él le ofrecía; además de consuelo, porque se enteró de tu relación con Sarah —decía cuando Nathaniel la interrumpió.

—¿Cómo pudo? ¿Cómo se enteró de eso? —inquirió desconcertado. Hasta donde sabía ella no tenía comunicación con nadie en Europa y solo allí se hizo el anuncio.

—Lo vio en un diario, Arthur también era inglés y buscaba la manera de conseguir ejemplares traídos directamente de Inglaterra. —Pandora se detuvo cuando lo vio cerrar los ojos y encorvarse como si hubieran puesto un gran peso sobre su espalda—. Todos cometemos errores Nathaniel, no debes torturarte por ello, ahora tienes una nueva oportunidad con ella y debes aprovecharla.

—¿Qué fue de él? ¿Por qué no está con Rosemary? —preguntó eso que era vital como decidir qué hacer.

—Murió un año después de ese día en que lo viste, viajó a Nueva Orleans para atender el brote de una extraña enfermedad que estaba azotando a la región y cayó víctima de esta. Desde entonces Rosemary no ha tenido más relaciones, aunque pretendientes no le han faltado, no quería volver a engañar a su corazón ni mucho menos obligarlo a amar a otro hombre —contestó mirando a Nathaniel—. Creo que sus esperanzas de estar junto a ti se renovaron cuando se enteró de que estabas en América, intentó ponerse en contacto contigo, pero una vez más Sarah entraba en el juego.

—¿Qué hizo? —inquirió sintiéndose molesto de inmediato.

—Interceptó las cartas que Rosemary te envió a la casa de tu padre en Nueva York, ella no tenía tu dirección y pensó que estarías quedándote allí, lo que no supo es que quien ocupaba ese lugar era la infeliz manipuladora de Sarah… y ella obtuvo la respuesta que deseaba, ustedes dos no estaban juntos como tanto temía. Así que una vez más movió las fichas a su favor, le envió una respuesta a Rosemary llena de mentiras y exigiéndole que te dejara en paz o la enviaría a prisión. Después se lanzó a conquistarte con sus artimañas haciéndote creer que quedarte junto a ella era lo mejor que podía pasarte, que estaban destinados a una vida juntos —esbozó intentando controlar la rabia que eso le provocaba.

—Fui un estúpido, me dejé cegar por los celos y el despecho… cedí al juego de Sarah una vez más y ahora no sé si tenga otra oportunidad con Rosemary… ¿Cómo recupero todo lo que se quedó estancado hace tanto tiempo? —inquirió lleno de miedo y dolor.

—¿Tanto tiempo? Nathaniel de tiempo yo sé mucho y te puedo asegurar algo. Cuando se habla de amor el tiempo jamás es demasiado, ni para olvidar… ni para amarse; el tiempo sencillamente no existe cuando amas alguien, así como tú la amas o como ella te ama a ti —expresó con su mirada clavada en los ojos de él para que supiera que hablaba en serio.

—Pandora… —Intentó hablar para invalidar su argumento.

—No digas nada en este momento, mejor regresemos, ya casi llega lo que deseo mostrarte —indicó tomándolo de la mano.

Para aligerar la sombra de tristeza que veía en él, se elevó por el aire llevándolo de las manos.

—¡Pandora no hagas esto! —exclamó cerrando los ojos con fuerza al tiempo que sus manos se aferraban a la cintura de ella—. Por favor, ya basta… esto no es gracioso —esbozó con la voz ronca y las manos crispadas mientras su corazón latía con rapidez.

—Bien… lo haré, pero solo si me prometes que dejarás detrás ese miedo a volar que tienes, que comprendas que tu futuro solo está en tus manos… en las de nadie más, solo en las tuyas… Abre los ojos… vamos mírame —pidió manteniéndose en el aire.

—Pandora… esto es distinto. ¿Tienes idea de cuántos metros hay hasta el suelo? —inquirió

posando su mirada en los ojos grises para no mirar a su alrededor.

—Esto es un sueño Nathaniel, estás soñando no seas tonto… no te pasará nada, ahora mismo estás sentado junto a mí en la terraza de la mansión en Nueva York —le dijo para relajarlo.

Él dejó libre un suspiro pesado y se aventuró a mirar a su alrededor, convenciéndose a sí mismo que sí, que todo era un sueño. Aunque últimamente ya no sabía lo que era realidad y lo que no, pues todo era tan vívido, tan tangible.

Pandora vio que él comenzaba a dejarse llevar por el sueño, le dedicó una sonrisa y en pensamientos, sin siquiera abrir sus labios le dejó un mensaje en el pensamiento.

«¿Listo para volar y alcanzar sus sueños señor, Gallagher?»

Lo vio afirmar con la cabeza y eso hizo su sonrisa más amplia. Salió atravesando las nubes, sintió cómo el corazón de Nathaniel se lanzaba a latir con fuerza; sin embargo, su cuerpo no se sentía tenso, solo era la adrenalina que corría por sus venas.

Lo vio mostrar una hermosa sonrisa cuando atravesaban las nubes, no podía ni siquiera sentir frío pues todo era una ilusión, tampoco se mojó cuando atravesaron una nube cargada de agua. Se elevaron muy alto y más allá de las nubes que precedían a la tormenta las estrellas brillaban con fuerza.

Nathaniel ya no sentía miedo a dar un paseo abrazado a Pandora, ella hacía como si todo fuese lo más normal del mundo. De pronto sintió que las preocupaciones también lo abandonaban, que nada podía detenerlo para ir en busca de su felicidad.

Después de un tiempo que pasó demasiado rápido para él, pues disfrutaba de la aventura como si fuera un niño con juguete nuevo, regresaban al apartamento. Le gustaba compartir de esa manera con Pandora, ella se había convertido aparte de Rosemary en su única amiga.

Cuando entraron a la habitación ya Rosemary estaba en la cama, temblaba a momentos cada vez que un trueno retumbaba en el lugar. Nathaniel la veía apretar los párpados con fuerza y murmurar algunas palabras, estaba rezando, él se volvió para ver a Pandora quien negó con la cabeza a la pregunta que le hacía, sobre si podía acercarse o no.

«Espera un momento, ya casi recibes tu sorpresa.»

Nathaniel se sintió desconcertado cuando escuchó a Rosemary comenzar a hablarle como si fuese consciente de su presencia allí, se congeló siguiendo cada movimiento que ella hacía. La vio extraer de la gaveta de su mesa de noche un portarretrato con una fotografía de él, era un recorte de periódico, dejándole ver que lo extrañaba, que lo pensaba y lo tenía junto a ella con… con amor… sí, era amor, ese mismo amor que él sentía por ella.

Su mundo sencillamente cambió, se llenó de luz y de calidez de nuevo, sintió que el corazón se hinchaba dentro de su pecho haciéndolo sentir extraordinariamente bien, como si algo lo estuviese colmando lentamente hasta hacer que el vacío desapareciese, alejando todas las dudas y los miedos de él, la escuchó reprocharse por sus sentimientos y eso lo llenó de dolor.

—No, Rosemary… no tienes porqué sentirte mal… yo también te amo, te amo de igual manera, no he dejado de hacerlo un solo momento y soy tuyo… por supuesto que lo soy, no he sido de nadie más que tuyo, tú eres la única dueña de mi corazón y mis pensamientos —expresó olvidándose que ella no podía escucharlo, incluso olvidándose de Pandora.

Pandora sintió su pecho estremecerse ante esas palabras, eran tan parecidas a las que Tristán le dedicase las pocas veces que se sintió celosa por las insinuaciones que otras mujeres le hacían a su esposo, pero él como siempre alejaba ese estúpido sentimiento de ella. Suspiró volviéndose para mirar hacia la ventana, brindándoles un poco de intimidad al tiempo que sentía una mezcla de emociones dentro de ella, una gran alegría al ver que él había admitido lo que sentía y por otro lado mucha nostalgia.

Nathaniel se acercó a Rosemary tomando asiento junto a su cama, ella se recostó una vez más y él no pudo evitar acompañarla. Deslizó el índice por la nariz, sonriendo al ver que las pecas aún seguían allí, tan hermosas y sus labios, esos que solo probó una vez pero que no consiguió olvidar.

No pudo seguir conteniéndose y hundió su rostro en ese bello cabello que era una mezcla del sol y del bronce, embriagándose con el aroma a rosas, cerró los ojos deseando quedarse con ella para siempre, que eso no fuese solo un sueño. Deseaba con todas sus fuerzas que fuese una realidad, le rodeó con un brazo la estrecha cintura y se acercó para darle un beso en la mejilla.

—Rosemary… mi hermosa Rose, no te imaginas cuánto te he extrañado, cuántas veces he pedido ser viento y llegar hasta a ti, envolverte con mis brazos, rozar tus mejillas, desordenar tu cabello… ¡Cuánto te he amado… cuánto! —decía y su voz poco a poco se tornaba más grave por las lágrimas que colmaban su garganta—. Tengo tantas cosas que decirte… que no sé por dónde empezar, quiero que me perdones… por favor, Rosemary, perdóname por no haber luchado por ti, por haberme dejado derrotar tan fácil, tenía miedo… tenía tanto miedo de fallarte, de que te hicieran algo por lo sucedido con Sarah, quizás por ello te dejé marchar esa noche, pero me estaba muriendo por dentro, mi amor —expresaba con urgencia.

Nathaniel se encontraba ajeno al dolor que atravesaba su amiga, en ese instante no era consciente de nadie más que no fuera Rosemary, necesitaba sacar de su pecho todo lo que sentía, aunque ella no fuese consciente de sus palabras.

—Debí retenerte, debí hacer que me escucharas, decirte que deseaba que te quedaras conmigo, que solo tú eras la luz de mi vida, que no lograría ser feliz junto a nadie más… que te amaba, debí decirte que te amaba, que eras quien vivía aquí dentro de mi pecho, que eras mi ángel, mi salvación… ¡Oh, Rosemary! He pagado con lágrimas no haberlo hecho, con noches llenas de soledad, frías y oscuras... he sido un miserable al intentar sacarte de mi pecho, por favor, perdóname, solo buscaba desesperadamente llenar este vacío, pero no se llena con nada, es imposible… lo sé… debo dejar de lado el maldito orgullo y reconocer que sin ti no soy nada… no soy nada sin tu amor, sin tus risas, sin tus ojos… —Su voz se quebró por el llanto, los sollozos irrumpieron en la habitación mientras él seguía aferrado a Rosemary quien dormía ajena a todo lo que sucedía.

Pandora miraba a través de la ventana, inmóvil, como si no se encontrase allí, como si no escuchase la confesión de Nathaniel o al menos eso parecía, pero la realidad era otra totalmente distinta. La realidad era que ella lloraba en silencio, sintiendo cómo el corazón se le comprimía y latía de manera dolorosa; sentir el dolor de él en cada palabra, sentir que ella tuvo su oportunidad de despedirse de Tristán y por miedo lo había dejado pasar, que pudo haberle dicho cuánto lo adoraba, que había sido el centro de su existencia, que jamás tendría cómo agradecerle a la vida por haberlo puesto en su camino, por cada minuto de felicidad que le entregó.

Se llevó una mano a la boca para ahogar un sollozo cuando escuchó que Nathaniel dejaba libres los de él, cerró los ojos con fuerza y las lágrimas bajaban de manera copiosa por sus mejillas; ella también deseaba pedirle perdón a su esposo por haberlo dejado, por no irse junto a él esa noche.

«¿Qué había ganado al quedarse? ¿Les había hecho justicia, realmente lo había hecho? Y si fue así ¿A qué precio? ¿Por qué se sentía tan vacía y desgraciada?»

Se sujetó al marco de la ventana y dejó libre un jadeo cargado de dolor, uno que venía de su corazón, de su alma, uno que la estaba desgarrando y que por más que quisiese no podía detener.

—Perdóname si te he fallado, Rosemary, si falté a mi promesa de cuidarte y no permitir que nadie te hiciera daño… perdóname por haberlo hecho yo… nunca quise hacerte sufrir, tú eras y

sigues siendo todo lo que desea mi corazón, tú eres mi esperanza, Rose… solo tú… no puedo estar lejos de ti, ya no puedo… no sé qué pasará después de esto, pero de algo sí estoy seguro, te voy a buscar y lucharé por quedarme contigo, no importa lo que tenga que hacer o cuánto tiempo deba esperar, te juro que estaremos juntos de nuevo… tú serás mía y yo seré tuyo, no habrá nada que nos separe, te lo juro —le susurraba junto al oído, sintiendo cómo la calidez que brotaba de ella lo colmaba.

Sabía que era algo absurdo pues ella no lo escuchaba, pero necesitaba hacerlo, tenía que sentir ese juramento verdadero, que no se lo llevase el viento, aunque eran palabras que se perdían en el espacio cada vez que las pronunciaba no le importaba tenía que encontrar el modo de hacerlo. La acercó más a su cuerpo mientras le besaba la mejilla, acariciándola con su nariz, la movió con suavidad para acostarla sobre su pecho, que ella sintiese los latidos de su corazón, esos que le gritaban que la adoraban con el alma.

Pandora era consciente de que no podía otorgarle todo el tiempo que duró ella allí, no solo porque estaban demasiado vulnerables sumidos en ese trance, sino también porque eso requería demasiada energía de su parte y entre más tiempo pasaban allí más se debilitaba; no le quedó más remedio que acelerar las horas.

# Capítulo 35

Nathaniel pudo ver que la noche comenzaba a ceder dando paso a una mañana brillante, eso lo sorprendió pues sentía que hacía tan solo minutos que se encontraba abrazado Rosemary. Recordó que todo era un sueño y no podía durar mucho, se movió con cuidado consciente de que ella podía despertar en cualquier instante, sabía que no lograría verlo; sin embargo, su necesidad de no perturbarla lo sobrepasaba, se puso de pie alejándose sin dejar de mirarla.

De pronto sintió la presencia de Pandora junto a él, se volvió para mirarla y ella le regaló una sonrisa, aunque su mirada lucía apagada, brillante y no por un motivo alegre, había estado llorado y eso lo hizo sentirse extraño, confundido, pero ella alejó esos pensamientos de él cuando habló.

—Te vas a perder la mejor parte… mírala —le indicó haciendo un ademán y su sonrisa se hizo más amplia.

Él se volvió una vez más hacia Rosemary, quien despertaba en ese instante, él sintió su corazón llenarse de alegría al ver la sonrisa en ella cuando su mano se topó con el portarretrato. Su pecho casi explotó de emoción cuando ella le dio los buenos días con un beso.

No le importó parecer un tonto, sencillamente no pudo controlar sus acciones acortó la distancia con rapidez subiendo a la cama, tomó el rostro de ella entre sus manos para dejar caer un suave beso en sus labios, tal vez ella no podía sentirlo, pero para él fue simplemente extraordinario.

Quería quedarse un poco más; sin embargo, supo que la hora de partir había llegado por la mirada que le diese Pandora, era evidente que deseaba darles más tiempo; no obstante, algo la estaba preocupando, así que no le quedó más remedio que despedirse.

—Ahora tengo que irme, pero prometo que vendré hasta aquí y te diré todo lo que siento por ti Rosemary, todo lo que he guardado en mi pecho durante todos estos años. Tú puedes ser muy terca, pero yo lo soy más y no dejaré que me engañes, no esta vez… no ahora que sé que también me amas —decía con convicción y por un instante sintió como si ella pudiera verlo, animándolo aún más—. Vas a ser mi esposa, la madre de mis hijos, mi compañera… te lo prometo Rosemary White.

Le dio un beso en la frente y luego se encaminó para alcanzar a Pandora quien ya se encontraba en la ventana, se llenó de valor para lanzarse al vacío junto a ella. Estando de día no le parecía tan fácil como lo fue la noche anterior, podía ver con exactitud lo alto que estaba, tomó aire profundamente y cerró los ojos.

∞∞∞∞

No se sintió caer, ni elevarse, solo una luz blanca y brillante que lo cegó aún con los ojos cerrados fue como mirar el sol.

—Bienvenido de regreso —susurró Pandora soltándole con suavidad las manos al tiempo que se dejaba caer hacia atrás en la silla.

—¿Terminó? Pero… no tuvimos que volar —dijo desconcertado.

—No hace falta hacerlo para despertar… espero que tu sueño haya sido placentero —contestó

con una sonrisa, aunque luciendo muy cansada.

—Fue más que eso… fue… ¡Maravilloso! Ella me ama, Pandora, en verdad me ama, lo ha hecho todo este tiempo —expresó levantándose, lleno de euforia con una sonrisa que iluminaba su mirada, parecía flotar—. Todos estos años torturándome con la idea de que no me amaba, diciéndome que yo no la merecía, que ella era demasiado buena para estar con alguien como yo y por eso el destino nos había separado… culpándome de todo, sintiendo que ni mis ruegos, ni mis lágrimas, ni nada de lo que hiciese harían que ella regresase a mí, que ya nada tenía sentido ¡Tonto, tonto de mí! Separados por no atrevernos a creer en nuestro amor.

Él hablaba emocionado caminando de un lugar a otro, ahora desbordaba energía, felicidad.

Pandora lo observaba en silencio, sus ojos llenos de lágrimas y su corazón latiendo lleno de felicidad, pero al mismo tiempo de tanto dolor y nostalgia, ser consciente que ella jamás tendría esa oportunidad le laceraba el corazón, ya no tenía esperanzas, no guardaba la más mínima.

Sus razones habían terminado, ya no tenía odios, ni rencores; solo un amor inmenso y absoluto que jamás olvidaría, pero también que jamás tendría. Secó con rapidez las lágrimas que bajaban por sus mejillas mientras le sonreía a Nathaniel, intentando no sentirse tan infeliz por su situación, no cuando en él la emoción por haber recuperado a su amor era tan grande.

—Creo que me he enamorado mucho más, me siento un hombre nuevo, sin heridas, sin dolores… ¡Ella me ama! Rosemary me ama… y me recuerda, quiere tenerme junto a ella, cumpliré sus deseos, la buscaré y me quedaré a su lado para toda la vida… la haré la mujer más feliz de este mundo porque ella me hace a mí el hombre más dichoso… la amo tanto, tanto que esto no me cabe dentro del pecho —mencionaba, mirándola, tan feliz que no se percataba del dolor que la dominaba a ella, se acercó y se colocó de rodillas.

Pandora asentía mientras intentaba sonreír y soportar el dolor que ver a Nathaniel expresar un amor tan inmenso como ese le causaba, después de todo era como ver a su esposo confesándole su amor por otra mujer, justo como le había dicho Gardiel, las quimeras pueden ser muy dolorosas.

—Muchas gracias por darme esto, Pandora Corneille… no tendré cómo pagártelo nunca… Siento que el aire es más liviano, que el viento es una caricia y me trae el susurro de su voz, mi mundo es distinto, es… es perfecto —expresó tomándola de las manos y mirándola a los ojos.

—Me hace tan feliz verte así… verte tan enamorado, tan entregado a este sentimiento y dispuesto a luchar, estoy segura de que cumplirás tus promesas. Debes hacerlo, Nathaniel, debes darle todo lo que guardas en tu ser… ella lo merece porque su amor es maravilloso e infinito, te ama con toda su alma, te ama tanto que daría su vida por ti, daría su alma por ti… ella solo vive por ti. —Pandora hablaba mirándolo a los ojos y sus lágrimas corrían libremente mientras sujetaba las manos de Nathaniel con fuerza—. Te adora y no hay nada más importante que tú, no lo dudes nunca, por favor… no dejes que el miedo de nuevo haga mella en tu corazón, no ocultes tus sentimientos, dile que la amabas… cada día, cada instante… incluso cuando te haga enfurecer o cuando discutan, cuando deban alejarse por cualquier motivo… déjale notas diciéndole que la amas y que es tu vida… que es todo en tu vida —rogó con voz temblorosa, sintiendo su corazón latir con tanta fuerza.

En el fondo de su corazón sabía que esas palabras no eran para él sino para su esposo, que cada una iba dedicada a Tristán, era a él a quien le confesaba sus sentimientos, que jamás, jamás había dejado de amarlo un instante.

Nathaniel fue consciente de ese dolor que hacía estragos en ella al saber que sus palabras se iban con el viento, aunque él fuese idéntico físicamente a Tristán, no era él y jamás podría darle lo que necesitaba, el consuelo y el amor que merecía, menos cuando había descubierto que

Rosemary seguía amándolo, aunque podía ser su amigo y su apoyo, así como ella lo fue para él. La abrazó con fuerza, acariciándole la espalda y el cabello con ternura, manteniéndose en silencio, dejándola llorar, que ese dolor que llevaba dentro menguara, que no siguiese lastimándola, ya había sufrido demasiado.

—Todo estará bien… estará bien… no llores más por favor —pidió con la voz trémula.

—Lo amo tanto… lo amo tanto, pero esto me estaba causando demasiado dolor… yo sé cómo te sentías, Nathaniel, lo sabía muy bien, para mí tampoco el mundo tenía sentido, sin él nada es igual, nada me llena… ¡Lo necesito tanto! Lo extraño… lo que más deseo ahora es estar junto a él, pero sé que eso no será posible… ya no será posible —susurró aferrada a él, en medio de sollozos llenos de dolor.

Nathaniel se puso de pie y la tomó en brazos, sentándose en una silla y acomodándola en su regazo, meciéndola como a una niña. No importaba cuánto hubiese vivido Pandora, seguía siendo esa chica frágil a la cual le habían arrebatado todo, no era justo que siguiese sufriendo de esa manera, no lo era. Le dio un beso en la frente y la apretó con fuerza a su cuerpo.

—Vamos al mar… siempre que estoy triste el rumor de las olas me tranquiliza —susurró levantándose con ella en brazos.

—¿Puedes bajarme, por favor? —le pidió con la voz ronca.

Se sentía extraña estando en los brazos de Nathaniel de esa manera, solo su esposo la había llevado así y cada vez que lo hizo fue para hacerla su mujer, para disfrutar de la pasión y del amor.

Él cedió, sonriéndole, no necesitaba leerle los pensamientos para saber lo que pasaba en ocasiones por la cabeza de Pandora, había llegado a conocerla muy bien en el poco tiempo que llevaban juntos, la sentía como a una verdadera amiga.

Minutos después se encontraban sentados junto a la orilla, sus pies descalzos eran bañados por las suaves olas que llegaban hasta ellos, luego de romper con fuerza a pocos metros, ella tenía la mirada perdida, su cuerpo estaba allí pero no su mente.

Sin embargo, Nathaniel no le soltó la mano un solo instante, a veces la miraba fijamente y otras también se perdía en el océano, buscaba en su cabeza las palabras adecuadas que la consolaran, pero nunca había sido muy bueno para eso y existían momentos en los cuales lo mejor era el silencio, ella se volvió a mirarlo a los ojos y habló mostrando una ligera sonrisa.

—A él también le gustaba el mar, decía que lo reconfortaba, por eso jamás pensó en mudarse a París, decía que allá no disfrutaría de los paisajes que se encontraban en Marsella, por eso escogí este lugar, porque estaba cerca del océano y yo también quería sentirme en casa de algún modo —volvió su mirada al mar una vez más—. Sé que a ti también te gusta mucho… por eso quiero que la tengas, Nathaniel, yo no la necesito ya… —decía cuando él la interrumpió.

—No puedo aceptarla, Pandora… es un lugar extraordinario, pero… no, no puedo —mencionó abrumado ante su solicitud.

—Ya es muy tarde… está a tu nombre y si no la recibes quedará en el abandono, además la necesitas, seguramente vas a querer formar una familia con Rosemary y tu departamento es demasiado pequeño para tenerla —indicó mirándolo a los ojos.

—Eso es cierto, pero yo tengo los medios para comprar algo más grande… no como esto claro está, pero sí donde podríamos estar cómodos mientras llega el primer bebé, tengo un trabajo que cada vez me deja mejores ganancias y podría adquirir algo mejor a medida que la familia aumente —argumentó sin desviarle la mirada—. Es absurdo que me dejes algo tan valioso; además esta casa debe generar muchos gastos, imagina la cantidad de personal que tendría que contratar para mantenerla… —Le decía, pero ella rebatió sus argumentos cuando lo interrumpió

diciendo.

—Bueno… acabas de decirme que tienes un trabajo que cada vez te da mejores dividendos, no creo que eso represente un problema. No aceptaré un no por respuesta, así que puedes llamarme mandona de nuevo pero esta casa es tuya… yo me iré pronto, puedes ocuparla en cuanto regreses de hablar con Rosemary —pronunció con tono calmado, como si unos minutos atrás no hubiese pasado por un momento tan doloroso.

Algo había cambiado, Nathaniel no supo qué, pero podía sentirlo.

—Aun así… no puedo aceptarla, esto te pertenece a ti y no es correcto que yo…

Ella no lo dejó continuar, llevó una mano hasta sus labios para callarlo, retirándola con rapidez dejándole solo la leve sensación de la calidez y el sabor del mar pues había jugado con el agua.

—Es mía y puedo hacer lo que desee con ella, así que quiero entregártela a ti… ya no volveré a este lugar, Nathaniel —apuntó desviándole la mirada, se levantó con rapidez y le extendió la mano—. Ven, acompáñame… quiero que la veas desde aquí —indicó con una sonrisa que no llegaba a iluminarle los ojos grises.

—Recuérdame anotar en tu lista de defectos la terquedad —mencionó recibiendo la mano.

Ella hizo su sonrisa más amplia y comenzó a caminar junto a él, seguían tomados de la mano, cualquiera que viese el cuadro pensaría que eran una feliz pareja que paseaba a orillas del océano, pero la verdad es que no eran más que un par de amigos.

Habían transcurrido algunos días desde que ella le contase su historia y que él le abriese su corazón revelándole sus miedos y sus esperanzas; sin embargo, en ese instante sentían que se conocían de toda la vida, quizás haber compartido sus sentimientos los había unido de esa manera.

Nathaniel no pudo evitar que su mirada se iluminara al observar la casa, él jamás le prestó mucha atención a eso de lo glamuroso; por el contrario, siempre le gustaron las cosas sencillas, aunque se hubiese criado rodeado de lujos, pero ese lugar tenía algo más aparte de lo imponente que era, pedía a gritos convertirse en un hogar.

Cuando regresaron a la casa la tarde caía y las luces naranjas y doradas bañaban la terraza, ella le indicó con una mirada que observara la vista desde allí y él quedó completamente hechizado. Se imaginó sentado junto a Rosemary mirando el atardecer, primero los dos juntos recién casados, después a ella embarazada con un vientre enorme y hermoso, su mente viajó más allá y se vio a él llevando a su hijo sobre los hombros mientras ella a su lado los miraba sonriente, así fue imaginando varias etapas de su vida hasta llegar a verse anciano junto a ella, quien lucía maravillosamente bella aún con el cabello blanco y suaves arrugas surcando su rostro.

—Tendrás una vida maravillosa… justo como la acabas de imaginar —susurró Pandora, mostrando una gran sonrisa.

Se acercó a él para abrazarlo y darle un beso en la mejilla, sintió su corazón encogerse dentro del pecho y apretó con fuerza los dientes para no llorar, respirando profundamente para controlar las emociones que se desataban dentro de su pecho, sabía que era la despedida, que no lo vería nunca más, no después de esa noche.

—Tú también tendrás la tuya, Pandora… quizás en otra, pero estoy seguro de que la tendrás —esbozó mirándola a los ojos, elevándose para darle un beso en la frente.

Se encaminaron hacia el interior de la casa en silencio, ella luchando con sus emociones al ser consciente de algo que él ni siquiera sospechaba, evitando a toda costa que lo intuyera, por eso no lo miraba a los ojos.

Nathaniel podía sentir la tensión en ella, era evidente que algo la estaba presionando, le esquivaba la mirada mientras caminaban por el gran salón de la casa, de pronto descubrió lo que

ocurría, como si un rayo lo hubiera golpeado la respuesta llegó hasta él. Eso era una despedida, no volvería a ver a Pandora quizás nunca más, ella le había dicho que se marcharía, pero no había mencionado una fecha, su actitud se la estaba dando. Ella desaparecería esa noche sin decirle nada para que él no pudiese intentar convencerla de lo contrario

«¿Y acaso podía hacerlo? ¿Qué podía él ofrecerle? Nada… nada y lo sabía, pues lo que ella quería no estaba en sus manos… bueno no del todo.»

Pensaba sintiendo el silencio entre los dos cada vez más pesado, hasta que decidió romperlo, se volvió buscando los ojos grises.

—Pandora… necesito ir al baño antes de salir hacia la ciudad, por favor, el viaje es largo —dijo sorprendiéndola.

Ella lo miró desconcertada sin poder comprender las palabras de él, no porque no las hubiese escuchado, sino tal vez porque los hombres no hablaban de esas cosas delante de las damas.

—¿Puedo subir al baño? Solo me llevará un momento —indicó mirándola a los ojos, consciente de que quizás no estaba acostumbrada a ese tipo de peticiones.

—¡Claro! Disculpa, no había… por supuesto, no hay problema, ya conoces el que está en mi habitación, ¿o necesitas que te guíe? —preguntó sintiéndose apenada por su actitud y por el momento. No había compartido con alguien más, cosas tan íntimas, solo con Tristán y él no necesitaba permiso estando en su casa.

—No, no hace falta, recuerdo el camino… regreso enseguida —respondió encaminándose hacia las escaleras mientras dejaba libre un suspiro y cerraba los ojos luchando por bloquear sus pensamientos.

—Bien —susurró, después se acercó a uno de los ventanales.

La noche caía cubriendo cada espacio del lugar, movió sus manos para encender las lámparas de velas que usaba, aunque la casa tenía electricidad ella prefería mantener todo tal y como lo recordaba del castillo en la Provenza.

Nathaniel llegó hasta la habitación principal sintiendo cómo sus piernas temblaban ligeramente, inhaló profundamente para calmar los nervios y la ansiedad que lo recorría, era absurdo sentirse así por lo que pensaba hacer, no era la primera vez y si la noche anterior confió en Pandora, después de lo que había hecho por él no le quedaban dudas de que era una buena persona, además se merecía eso.

Sabía que ella también necesitaba un último encuentro con Tristán, aunque no le hubiera mencionado nada, había cosas pendientes entre ambos y quizás nunca dejaría de haberlas como ella misma lo dijo, el tiempo jamás es suficiente cuando se ama, pero después que se fuese ya no tendría otra oportunidad.

Entró al cuarto de baño, su mirada se clavó en su reflejo en el espejo, después de años sin hacerlo de esa manera, por miedo a ver al extraño en el cual se había convertido, pero ya no se sentía así, Rosemary le había regresado su esencia, le recordó quién era y lo que en verdad deseaba en la vida. Soltó el aire muy despacio, vio dónde estaba la bata de Tristán que usó la noche anterior y sin pensarlo mucho estiró la mano, la tomó apretándola para llenarse de valor.

Minutos después se encontraba de nuevo vestido como el último Conde de la Provenza, guardó su ropa en un baúl y se puso un pantalón de pijama que encontró en uno de los armarios para llevar algo debajo, peinó su cabello con las manos, más en un acto para drenar la ansiedad que hacía estragos en él, después las bajó apoyándolas en el mármol frío y buscó su imagen en el espejo.

—No sé si puedes escucharme… o si dónde estás puedes saber todo lo que ocurrió, tal vez es mejor que no lo sepas, ella se moriría de dolor si lo haces; piensa que la vas a odiar, que se lo vas

a reprochar… pero yo sé que no, si la amas como siento que la amas no harías nada que le hiciese daño, jamás le reclamarías nada, no podrías guardarle rencor… además que ella hizo todo lo que hizo por ustedes, pensando que era lo justo.

Se sentía un tanto estúpido por estar hablando solo, pero los últimos acontecimientos lo habían llevado a creer hasta en las cosas más absurdas, así que continuó.

—Tristán … ella te necesita, aunque sea una vez más, necesita de tu presencia, yo no puedo darle eso que puede consolarla, pero tú sí… es tu esencia y tu alma lo que pueden salvarla, yo solo soy la imagen de quien fuiste, no puedo ser nada más para Pandora… ella debe tenerte a ti, aunque sea solo por esta vez —agregó mirando sus ojos.

Durante la tarde sintió en algunos momentos que era observado, la misma sensación que le producía Pandora antes de revelarle quién era, así que no le resultaría extraño que el espíritu de Tristán se encontrase en ese lugar, a lo mejor estaba equivocado pues de ser así ella lo hubiera sentido o tal vez no deseaba hacerlo. A esas alturas debía apostar por cualquier cosa que le ayudase, metió las manos en el agua fría para llevarlas hasta su cara y refrescarse.

Antes de salir pidió una vez más al esposo de Pandora que le diese el valor de continuar con eso y como si le dieran una respuesta sintió una ráfaga de aire frío recorrerlo, la pudo percibir subiendo por sus pies, piernas, caderas, abdomen y pecho, hasta cubrir los últimos cabellos en su cabeza, seguido de un leve estremecimiento que hizo que su corazón se desbocara en latidos.

En un acto reflejo buscó con su mirada las puertas de cristal de la habitación que daba a la terraza, se hallaban abiertas así que encontró en eso la explicación a la corriente de aire, negó con la cabeza y con paso seguro se aproximó para cerrarlas dejando ver una sonrisa nerviosa por haberse asustando, lo hizo y cuando se giró le pareció ver una sombra, se quedó estático mientras los latidos de su corazón se desbocaban, sus pupilas nerviosas se pasearon por el lugar y de nuevo culpó a su imaginación, se concentró en su objetivo y terminó por salir de allí.

# Capítulo 36

Pandora se encontraba mirando a través de la ventana sumida en sus recuerdos, en todo lo que había sido su vida después de que perdió a su familia, esa matanza sin sentido que se encargó de llevar a cabo, se decía que estaba haciendo justicia a quienes le arrebataron todo.

Sin embargo, ¿qué había conseguido con ello? Tristán y Dorian jamás volverían, ella no los tendría de nuevo así acabase con medio mundo; no fue justicia, fue venganza y descubrirlo la hacía sentir tan vacía. Pudo haberse negado a aquello que Hazazel le ofreció y dejarse morir junto a la tumba de su esposo y su hijo, pero fue tanto el odio y el dolor que la cegaron, que no le dejaron ver que lo mejor que podía pasarle en ese momento no era ver correr la sangre de los Sagnier, sino reencontrarse en el cielo con su familia, que solo eso aliviaría tanto sufrimiento.

Fue sacada de sus pensamientos cuando sintió la presencia de Nathaniel en el salón nuevamente, se volvió para mirarlo con una sonrisa que se congeló en el acto. Él bajaba las escaleras llevando las prendas de Tristán, lucía exactamente como el Conde de Provenza, con ese porte elegante, seguro y tan apuesto que ponía a temblar las piernas de cualquier mujer.

Sus ojos topacio se mostraban brillantes, su cabello lo hacía ver salvaje y sensual, la mirada de él se centró en ella y Pandora sintió cómo una maravillosa calidez la envolvía, pero de inmediato la realidad la golpeó con fuerza cuando Nathaniel le dedicó una sonrisa acariciándole la mejilla con suavidad.

—¿Qué haces, Nathaniel? ¿Por qué te pusiste esto? —inquirió con tono quejumbroso, que fue reemplazado por molestia—. Esto no es necesario, Nathaniel, las cosas quedaron bien anoche, ya todo lo que debía hacer o decir a mi esposo… —decía cuando él la detuvo tomándola por los hombros para obligarla a verlo.

—¿Acaso te despediste de él? ¿O también piensas dejarlo como vas a dejarme a mí? ¿Piensas marcharte sin decirme nada, Pandora? ¿Piensas hacer eso, no es así? —le soltó una lluvia de preguntas sin dejar que ella escapara de su mirada.

—Yo… yo… ya te dije que no podía quedarme, no era un secreto que debía irme, solo no te dije cuándo —contestó esquivándolo.

—Y ese cuando… Es esta noche, ¿verdad? —inquirió buscando los ojos de ella.

—Hoy en la tarde pensé que no debía esperar más, es lo mejor… Tú necesitas tiempo para buscar a Rosemary, ya me has dado mucho a mí —respondió buscando salirse por la tangente, pero recordó que los había llevado a esa conversación—. Pero eso no explica por qué llevas esta ropa.

—Sabes bien porqué estoy vestido así, necesitas verlo una vez más, hablar con él… liberarte de esa pena que te aqueja, tú me ayudaste a mí, me devolviste la fe que había perdido hacía tantos años, permíteme ayudarte, sé que no será lo mismo, que tu caso es más complicado y esto es temporal, pero podemos intentarlo, estoy seguro que, si hablas con Tristán, si le cuentas todo…

—No puedo hacerlo… ¿Has pensado en cómo se sentiría si le contara todo lo que he hecho?, ¿si le dijera que nuestro hijo y él ya no están aquí? Es una locura Nathaniel… además que terminaría odiándome al descubrir el monstruo en el cual me he convertido —esbozó dándole la espalda.

—Bien… entonces no le digas nada de lo que sucedió después de esa noche, pero debes liberarlo y liberarte tú también, no puedes seguir aferrada a un amor que te hace más mal que bien, ahora te pregunto, Pandora. ¿Cómo crees que se sentiría si sabe que cada vez que su imagen llega hasta tu mente terminas llorando y deseando morir porque ya no soportas más este tormento? —preguntó caminando para verla a los ojos.

Ella se quedó en silencio mirándolo, tembló y una lágrima gruesa rodó por su mejilla, comenzó a negar con la cabeza, la sola idea de decirle toda la verdad a Tristán la torturaba.

—Por favor, Pandora… Si debes irte yo no seré quien te detenga, pero permíteme al menos darle un poco de consuelo a tu alma, no está en mis manos hacerlo porque sé que no soy Tristán … pero puedo brindarte un medio para que lo tengas a él, te ofrezco una vez más mi cuerpo para que traigas a tu esposo y cierres esta historia —expresó tomándola de la mano mientras la miraba a los ojos.

—Yo… no puedo hacerlo, no puedo dejar ir a Tristán, él es todo lo que tengo… todas mis esperanzas, todo lo que me ha soportado durante estos años… sin él me sentiría perdida; además, ya no tiene caso, todo terminará… te lo prometo, yo… yo dejaré ir todo, pero no puedes pedirme que lo deje ir a él, no lo soportaría… solo deseo tenerlo hasta el final, solo eso por favor, compréndeme —pidió con lágrimas en los ojos.

—Lo hago… créeme que lo hago, Pandora… —susurró abrazándola, le dio varios besos en el cabello cuando ella se aferró a él dejando libre su llanto.

Después de unos minutos, estaban sentados en la terraza mirando las estrellas, ella ya se había calmado, a momentos las lágrimas corrían por sus sienes y se perdían en sus cabellos, pero todo era en silencio, no sollozaba, ni suspiraba. Él la miraba fijamente, quizás para guardar esa imagen en su cabeza, debía ser su secreto, pues de decirle a alguien iría a parar a un manicomio, se llevó la mano que tenía sujeta de Pandora a los labios para captar su atención, ella se volvió para mirarlo lentamente.

—Puedo entender por qué él estaba perdidamente enamorado de ti… no solo eres una mujer extraordinaria, también eres muy hermosa, Pandora —susurró mirándola a los ojos.

—Gracias… aunque no tanto como tu Rosemary, estabas embelesado con ella, no podías quitar tus ojos de su imagen —esbozó con una sonrisa sincera.

—Tan hermosa como mi Rose, muchas veces me cuesta quitar los ojos de ti —confesó dándole otro beso en la mano—. Pero no es solo eso lo que hace a una mujer especial para un hombre… Es en lo que ella hace que te conviertas, cómo te transforma sin siquiera darte cuenta, te libera de todas las cadenas que te aprisionan… cuando confía plenamente en ti y se entrega, cuando te acepta, te comprende y solo busca tu bien… eso me lo dio Rosemary y tú también lo has hecho, pero existe algo que no me has entregado y que deseo que permanezca justo donde está —dijo mirándola.

Pandora lo miró sorprendida sin saber qué sentido darles a esas palabras, buscó en la mirada topacio de Nathaniel y lo vio sonreírle con calidez para después acercarse a ella.

—Tu corazón… está junto a Tristán y a tu hijo… puede que tu alma esté en manos de ese desgraciado demonio, pero tu corazón no… ése no le pertenece a él y es lo más valioso que tienes, no lo olvides nunca por favor —pidió posando una mano sobre su mejilla, ella asintió y sus ojos se humedecieron. Nathaniel le dedicó una sonrisa y se puso de pie—. Bien, creo que ha llegado el momento de marcharme… subiré a cambiarme —señaló y su voz estaba más ronca de lo normal, estaba luchando por mantener las lágrimas a raya y no hacer ese momento más difícil de lo que ya era.

—Nathan… espera —pidió caminando hacia él con prisa, se detuvo delante y buscó su mirada

—. Me gustaría… tener un último baile con Tristán … ¿Puedes dármelo? —preguntó sintiéndose tan nerviosa que sus piernas temblaban.

—Será un placer, condesa Corneille —contestó con una sonrisa que les llegaba a sus ojos.

—Gracias… ven conmigo, necesitas ropa apropiada —indicó sonriendo, lo tomó de la mano para subir las escaleras casi corriendo.

Llegaron nuevamente a la habitación principal, ella abrió sin tocar las puertas de un enorme armario integrado a una de las paredes, le hizo un ademán para que se acercara, encendió las luces y ante los ojos topacio se encontraban no menos de cien trajes elaborados de las más finas telas, exquisitamente bordados con hilos de plata y oro, ni siquiera a su padre o a su abuelo les vio alguna vez trajes como esos.

Al otro lado encontró igual cantidad de zapatos y otras prendas; ciertamente no era de los hombres que se sorprendía por un guardarropa, le gustaba vestir bien, pero era más para sentirse cómodo, no por vanidad. A lo mejor sí, pero solo un poco; sin embargo, decir que lo que apreciaban sus ojos le resultaba indiferente era mentir, nunca llegó a pensar que se toparía con algo semejante.

—¡Vaya! Creo que lo que menos le faltaba a Tristán era ropa… ¿Viajas siempre con todo esto? —inquirió volviéndose a mirarla.

—Sí… no me gusta dejar nada de él, también tengo las de Dorian y todos mis vestidos de ese entonces… bueno, escoge uno. Tienes ciento cuarenta y cinco para decidirte… puedes cambiarte en el baño mientras yo estaré en mi vestidor —dijo entusiasmada y salió hacia otro extremo de la habitación.

Nathaniel dejó libre un suspiro y procedió a buscar entre los conjuntos, después de diez minutos tenía uno color marfil con bordados en oro, siempre se caracterizaba por vestir de negro y al parecer Tristán tenía sus mismos gustos porque la mayoría eran de ese color. Sus dedos se movieron con lentitud deteniéndose en ése en especial, lo sacó para observarlo con detenimiento y una sonrisa se dibujó en su rostro, sintió como si alguien estuviese a su lado y se volvió para mirar, pero en el armario solo estaba él.

Minutos después Nathaniel estaba con los ojos cerrados mientras llenaba sus pulmones del aire salado que provenía del océano, el suave rumor de las olas al chocar contra las rocas del precipicio y la luz de la luna bañando su figura lo ayudó a relajarse casi por completo. De pronto sintió como si algo lo hubiese movido para hacerlo salir del trance en que encontraba, se estremeció, pero no le dio importancia.

La verdad no pudo habérsela dado pues en cuanto se volvió y sus ojos captaron a Pandora bajando las escaleras, todo lo demás desapareció; sus pulmones se quedaron sin aire, sus manos temblaron y su corazón se lanzó en una carrera frenética, lo más extraño de todo no era eso, sino sentir que esas emociones las emitía su cuerpo, pero era como si alguien más lo dominase.

—Luces muy guapo —esbozó ella con una gran sonrisa.

—Me siento completamente opacado ante ti… estás bellísima y más que una condesa pareces una reina —mencionó acercándose a ella con una sonrisa.

Caminó tomado del brazo con ella hacia las sillas en la terraza, se sentó junto a Pandora en un gran sillón, le tomó ambas manos entre las suyas y mirándola a los ojos habló de nuevo.

—Quiero… darte las gracias una vez más antes de que todo esto termine, a lo mejor y cuando despierte mañana ya no estés y no pueda hacerlo… quizás porque has estado en mi lugar entiendas cuán agradecido estoy contigo, Pandora, me has dado una oportunidad tan valiosa, la mejor de toda mi vida… me has puesto en el camino de nuevo, en el camino que deseaba para mí y te prometo que lo seguiré hasta el final, sin importar lo que tenga que hacer para que mis

sueños sean una realidad… te prometo que lo haré, solo espero que Rosemary no sea tan terca como antes —indicó con voz tranquila.

—Estoy segura de que ha aprendido la lección, Nathaniel y que esta vez no dejará que el amor se le vaya de las manos… pero si aún conserva esa actitud de mártir que trae tatuada en la piel; por favor, oblígala a escucharte… después de todo, tienes un gran poder de convencimiento —esbozó con una sonrisa mirándolo a los ojos—. Tienes que demostrarle cuánto la amas, sin limitarte con nada… entregarle todo de ti, ponte en sus manos y confía en ella, sabrá cuidarte; quizás no sea fácil en principio, pero apuesto por tu fuerza de voluntad, esa que llevas aquí dentro —dijo posándole una mano en el pecho y mirándolo.

—Bueno… que conste que me estás dando permiso, espero que no te vayas a alarmar si la encierro en su departamento hasta que logre convencerla, así tenga que pasar semanas con ella y lo intente día y noche —acotó dejando ver esa media sonrisa que lo hacía lucir tan hermoso y sensual mientras sus ojos brillaban con intensidad.

—¡Nathaniel, deja ya de esas cosas! —exclamó entendiendo perfectamente a lo que se refería, sonrojándose sin poder evitarlo.

—Pero tú me diste la idea, ¿por qué me reclamas? Y hasta hace un momento era Nathan si mal no recuerdo —mencionó con una sonrisa al ver que ella se sonrojaba como una chiquilla.

—Tienes razón… te llamé por tu diminutivo, suena bien.

—Creo que ha llegado el momento, espero que lord Tristán esté conforme con el traje que he escogido —dijo mirando el atuendo.

—Estará feliz, era uno de sus favoritos y te queda perfecto, tienen la misma talla, de verdad ustedes son idénticos —contestó sonriendo, deslizando sus dedos por el borde de la chaqueta.

—¿Somos idénticos? ¿En todo? —preguntó levantando una ceja y dejó libre una carcajada cuando ella se pintó de carmín una vez más, como reprimenda recibió un golpe en el hombro.

—Eres verdaderamente insoportable —murmuró apenada, esquivando la mirada divertida de él, respiró para calmar sus latidos que se desbocaron cuando la imagen de él desnudo se instaló en su mente unos segundos.

—Solo tenía curiosidad y no hagas como si no supieras de lo que hablo, conozco mi cuerpo, Pandora, y puedo casi adivinar el uso que le diste… —decía cuando ella lo detuvo.

—¡No fui yo! —se defendió, pero su cara estaba en llamas una vez más—. Fue Tristán, quien es tan desenfadado e insistente como tú… soy su esposa y no pude reunir argumentos que lo detuviesen, apenas sí me dejó respirar —puntualizó con la mirada puesta en sus manos que temblaban ligeramente, así como lo hacían sus piernas.

—No creo que eso te haya molestado y la verdad me hubiese decepcionado mucho si no lograba salirse con la suya, estando en su lugar hubiese hecho lo mismo… —escuchó a Pandora dejar libre un jadeo, asombrada por cómo se expresaba, él mostró media sonrisa y se encogió ligeramente de hombros—. ¿Qué? Es algo normal Pandora, somos hombres profundamente enamorados y el deseo es parte de lo que ustedes nos hacen sentir… tú misma viste cómo me puso Rose hoy y apenas sí logré verla, has sido la única testigo del amor que le profeso, incluso lo has sabido antes que ella —pronunció mirándola a los ojos, con una sonrisa nerviosa.

—Bueno, entiendo tu punto, pero ya deja el tema de lado, por favor… y ya estoy empezando a compadecer a la pobre Rosemary —susurró y sin poder evitarlo dejó ver una ligera sonrisa.

—No deberías compadecerla… por el contrario, algo me dice que seré yo quien lleve la mayor parte, Rose siempre fue muy intensa y apasionada con todo lo que hacía —expresó con la mirada brillante y el corazón latiéndole a mil—. Me había negado por tanto tiempo cuánto anhelaba tenerla junto a mí, escondiendo en un rincón olvidado el poder que ella tiene en cada aspecto de

mi vida, desde que era una chica se adueñó de todo en mí… de todo y hoy gracias a su intervención mi lady volví a sentirlo, la vida me llenó de nuevo, yo solo era un cascarón vacío Pandora y ahora… ahora siento que puedo conquistar el mundo entero… lo que sucedió anoche no influyó en mis sentimientos como dijiste, solo fue mi cuerpo, todo lo demás que recibiste te fue entregado por tu esposo… única y exclusivamente por él, así que ni eso, ni lo que ocurra esta noche, hará mella en nuestra amistad, has sido una maravillosa amiga Pandora Corneille —expresó dándole un beso en la mano.

—Tú también has sido un amigo maravilloso Nathan… gracias por todo —dijo tomándole el rostro entre las manos y subiendo para depositarle un beso en la frente.

—No tienes nada que agradecer… mejor digamos que los amigos estamos para ayudarnos y nosotros lo somos; es hora… tengamos ese baile condesa —pronunció mirándola.

Se abrazaron con fuerza, se miraron a los ojos dejando ver una sonrisa cómplice y después de eso se dispusieron para comenzar el hechizo que trajese a Tristán una vez más.

Nathaniel se recostó en el mueble cerrando los ojos, dejando libre un suspiro para liberar la tensión que tenía en los hombros y apretó suavemente la mano de Pandora antes de caer en un profundo sueño.

# Capítulo 37

Ella comenzó a susurrar las palabras del conjuro que le permitieron traer la noche anterior a Tristán, tomó a Nathaniel entre sus brazos al sentir que estaba inconsciente, lo sostuvo apoyándolo en su cuerpo mientras sus manos le acunaban el rostro. Suspiró pensando en la manera de despertar a su esposo sin levantar sospechas. Creyó que lo más natural era besarlo, así que llevó sus labios hasta los de él dándole suaves toques, era imposible que se hubiera dormido llevando ese traje, el mismo que usó el día de su último aniversario, realmente se sorprendió por la casualidad cuando vio que Nathaniel lo llevaba.

Sintió cómo su esposo comenzaba a despertar, podía sentir su esencia llenando a Nathaniel muy despacio, sus labios se abrieron para brindarle el aliento que lo trajese de nuevo a ella y en solo cuestión de segundos las manos de él le acariciaban la espalda y su lengua entraba en su boca llenándola y haciéndola estremecer elevada por ese maravilloso roce que le brindaba.

—¿Alguna vez te he dicho cuánto me gusta besarte? Tus labios me vuelven loco, Pandora —preguntó él una vez que se separaron, acariciando con sus labios la mejilla de su esposa.

—Sí… —Llevó su mano hasta la nuca de Tristán para seguir besándolo, se sentía flotar junto a él, suspiró separándose para buscar la mirada de su esposo—. La primera vez que me lo dijiste fue cuando el amanecer nos sorprendió juntos después de nuestra noche de bodas, desde ese día siempre lo haces —susurró sintiendo los besos de su esposo en el cuello, esos que le erizaban la piel—. Te amo, te amo tanto que nunca me voy a cansar de decírtelo… este amor que siento por ti es tan grande Tristán que no puede compararse con nada que exista en el mundo, ni los mares, ni las selvas, ni los desiertos… nada amor, nada de eso se compara con lo que siento por ti —expresó con emoción mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, solo que ésas eran de felicidad.

—Lo sé… lo sé Pandora, tu amor es igual al mío… es idéntico mi vida, cuando Dios nos unió fue para siempre, no hay nadie en este mundo, no hay otro hombre que te amé como yo lo hago, ni hay otra mujer que me ame como tú lo haces… nosotros nacimos para amarnos y estar juntos siempre… —esbozó mirándola a los ojos, llevándose una mano de ella a los labios para besarla, un beso largo y maravilloso—. Tú apareciste en mi vida para hacerme feliz, te fundiste en mi pecho y ya nunca más has salido de allí y jamás lo harás… Puede que suene exagerado, pero puedo jurarte que incluso después de la muerte te amaré Pandora, te seguiré amando, aún si este mundo llega a desaparecer… si llegas a faltarme o yo llego a faltarte… —Se detuvo al ver que ella dejaba correr sus lágrimas.

Pandora no podía dar con su voz para expresarle que todo eso era verdad, que él seguía estando en ella, en su piel, en su corazón, en su alma. La verdad estaba pujando en su interior por ser liberada, pero el temor de sentir el rechazo de Tristán era más grande, así que intentó calmarse y reforzar las barreras que escondía lo que era.

—¡No, amor! No llores por favor… sabes que no soporto verte llorar, me mata que lo hagas —mencionó Tristán llevando sus manos hasta el rostro de ella para secarlas con sus pulgares, sintiéndola temblar levemente—. Tengo la necesidad de decirte esto Pandora, quiero que sepas que sin importar lo que suceda yo jamás dejaré de amarte… ¿Cómo podría hacerlo? Si desde que tú entraste a mi vida la cambiaste por completo, para muchos yo lo tenía todo… Tenía fortuna, poder, abolengo; a mi edad tenía mucho más de los que otros de mi nivel pudiesen siquiera imaginar, pero me hacía falta algo… y ese algo eras tú.

—Tristán … tú también cambiaste mi vida, la felicidad absoluta la conocí junto a ti —dijo con la voz ronca, sonreía con sinceridad mientras sentía que el dolor se alejaba de ella.

—Mi vida no era feliz, era solitaria y carente de sentido, la verdad nunca pensé que el amor podía cambiar el destino de alguien de esa manera, pero desde que te tengo todo es alegría, luz y calidez, yo solo creo en ti, en ti y en esto que me entregas a manos llenas a cada instante, en este amor que me hace volar, que corre por mis venas con fuerza y se instala en mi corazón… te amo, te amo muchísimo —expresó buscando los labios de ella para besarla con esa pasión que ella despertaba en él.

Pandora se sentía en las nubes escuchando cada una de las palabras de Tristán, su corazón latía con tanta emoción que estaba segura de que él podía escucharlo, algo dentro de ella estaba regresando a la vida, eso que le habían arrebatado aquella noche cuando vio extinguirse la luz de los ojos de su esposo, cuando tomó el cuerpo frío y laxo de su hijo entre los brazos, de ese pequeño ser que naciera de sus entrañas, que fuese parte de su carne, de su sangre, de su alma.

No sabía si eso era un regalo que Dios le había otorgado como muestra de su infinita misericordia al saber que al fin ella partiría, pero era justo lo que necesitaba escuchar, que Tristán jamás la había dejado de amar.

—Tú llegaste a mí cuando menos lo esperaba Tristán , a diferencia de lo que hubiesen pensado muchos, yo no esperaba encontrar un esposo en la fiesta de presentación, me sentía demasiado joven para llevar las riendas de un hogar, para compartir mi vida con un hombre; sin embargo, tú lo cambiaste todo, la ternura que me entregaste, tus miradas, tus sonrisas, la seguridad que me hacías sentir cuando me ofrecías tu brazo para que caminara junto a ti… la verdad fue que me cautivaste en cuanto te vi, cuando te acercaste a mí y con esa maravillosa magia que posees me diste mi primer baile… uno absolutamente inapropiado lo sabes, fuiste demasiado atrevido y te aprovechaste de la situación. —Pandora mostrando una sonrisa, ésas que lo enamoraron a él, que acompañaban el carmín que se extendía por sus mejillas.

Tristán se llevó la mano de ella a los labios y le dio un beso para después mostrar una sonrisa traviesa que iluminaba sus ojos.

—Sabía que era un atrevimiento de mi parte abordarte de esa manera Pandora, pero te juro que no pude controlar mis impulsos… era consciente de que me arriesgaba a que me abofetearas por actuar así, que podía perder cualquier derecho a acercarme a ti de nuevo, pero era más grande mi necesidad de sentir tu piel, esa necesidad me ha embargado siempre amor mío, para mí tocarte es casi tan necesario como respirar y aunque parezca un loco romántico, puedo casi jurar que me enamoré de ti esa noche y en los días siguientes llegué a sentir que no podía vivir lejos de ti —dijo con timidez.

—A mí me pasó lo mismo… bueno, nunca me había enamorado, pero sentir que los días lejos de ti eran interminables y que solo estar a tu lado me hacía flotar, era algo que creía exagerado, jamás pensé que a ti te pasara lo mismo… ¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó mirándolo a los ojos.

—No lo sé… Charles siempre me decía que un hombre no podía mostrar sus sentimientos sin quedar ante los demás como un ser débil y sin voluntad. Creo que tenía razón en lo de la voluntad, yo la perdí por ti, me dejé dominar y vencer por ti Pandora, por tus hermosos ojos grises, por tus sonrisas y tus caricias… ¡Y juro por Dios y por mi vida! Que nunca me había sentido tan victorioso como cuando escuché de tus labios el primer «te amo» y pude al fin besar tus labios —confesó con sus ojos en los de ella mientras le apoyaba la mano en la mejilla, sintiendo la suavidad y la calidez de su piel.

—Tú me hacías sentir la mujer más feliz en el mundo con solo aparecer por la puerta de casa

de mis tías, Tristán … has sido mi mayor regalo y además me has dado a Dorian, cada instante me das más motivos para amarte —susurró rodeando la cintura de su esposo con sus brazos y pegando su mejilla al pecho de él.

Sin poder evitarlo comenzó a llorar al tiempo que se aferraba a él, deseando borrar todo ese tiempo que habían pasado separados, ya no quería estar lejos de él, no quería una vida sin él.

«¿Cómo pude vivir sin ti? ¿Cómo pude vivir sin tus ojos, sin tu voz?»

No podía dejar de llorar, comprendiendo que solo su odio y su deseo de venganza la habían impulsado a continuar, porque ciertamente su mundo había dejado de tener sentido desde que perdió a su familia. Todo cambió cuando apareció Nathaniel, él hizo que esa necesidad de tener a Tristán junto a ella fuera mucho mayor y aunque intentó llenarla con él, no pudo mantener el espejismo, la verdadera esencia que necesitaba la tenía justo entre sus brazos y era allí donde quería quedarse para siempre.

Tristán podía sentir el dolor en Pandora y se le estaba quebrando el alma, no soportaba verla así, la impotencia hacía estragos en su interior.

¿Por cuánto tiempo tuvo ella que vivir en ese infierno, sola? Respiró profundamente y con rapidez se limpió una lágrima que había mojado su mejilla; después de eso apartó un poco a Pandora del abrazo, la tomó para ponerla sobre sus piernas y arrullarla, consciente de que no podía hablar sin dejarle ver lo que le ocurría. Con delicadeza le besaba el cabello mientras le acariciaba la espalda y los hombros, dejándola llorar, aunque le doliese sabía que ella lo necesitaba, había pasado por tanto sufrimiento. Elevó su cara al cielo rogando en silencio, con la mirada perdida en las estrellas.

—Yo estoy aquí… y siempre lo estaré, Pandora, jamás me perderás te lo juro… por favor, mírame —pidió posando un par de dedos bajo la barbilla para elevarle el rostro y verla a los ojos —. No existe tiempo, ni distancia, ni fuerza que nos pueda separar, necesito que tengas esa certeza por favor, nada puede separarnos… porque yo te entregué mi alma y tú me entregaste la tuya… —Se detuvo al ver que ella se tensaba y bajaba la mirada avergonzada.

Pandora sintió el pánico apoderarse de su cuerpo, bajó la mirada intentando ocultarle la verdad, ella no tenía alma o mejor dicho ya no le pertenecía, la había entregado a cambio de venganza.

Tristán no la dejó huir, le acunó el rostro entre sus manos y sus ojos capturaban los de ella sometiéndola a esa fuerza y ese magnetismo que poseía y al cual sabía que ella no podía escapar.

—Somos uno solo, Pandora Elizabeth, desde que yo te hice mi mujer… desde el mismo instante en el cual hice tu cuerpo mío y dejé parte de mí en ti, somos un solo ser. Lo que hubo entre nosotros esa noche fue más que una entrega física, fue una entrega de corazones y de almas, la misma que reforzamos cada vez que unimos nuestros cuerpos con esa intensidad que nos embargó la primera vez y eso nunca, escúchame bien, ángel mío… eso jamás podrán quitárnoslo, tú eres mía y yo soy tuyo, lo demás no existe, créeme por favor, Pandora, lo demás no importa, no significa nada —susurró con la voz ronca por las lágrimas que se arremolinaban en su garganta.

—Te creo… te creo, Tristán, yo soy tuya, solo tuya… y todo lo que hay en mí te pertenece, lo que yo te entregué nadie te lo quitará jamás —expresó acariciándole el rostro para alejar la tensión y el miedo que podía ver en él, acercó sus labios a los de su esposo.

Tristán los tomó con posesión, con fuerza, con necesidad, adueñándose de su boca por completo mientras la rodeaba con sus brazos y la pegaba a su cuerpo, sellando aquello que sus palabras habían dicho.

Pandora podía sentir la urgencia en él por mantenerla a su lado, hasta podía jurar que era

idéntica a aquella que mostrase después de que aquella mujer llegara con su hijo, asegurándoles que el inquisidor la declararía culpable de brujería.

Como si Tristán percibiese que sus pensamientos estaban lejos de ese lugar y que ella no se estaba entregando al momento, la pegó más a su cuerpo envolviéndola en sus fuertes brazos, haciéndola sentir segura y sobre todo amada; ella no podía dar menos, no cuando él le estaba brindando tanto, todo su amor, su fortaleza, el alivio que su corazón lastimado necesitaba.

Ya no quiso continuar siendo una esclava del dolor, del miedo, debía liberarse y se dejó llevar, le devolvió el beso por igual, sin pensar en que después de esa noche ya nunca más lo tendría. No quería lágrimas, ni lamentaciones, solo deseaba amor, ése que descubrió junto a él y que alejaba todo lo malo.

Tristán tampoco tenía certeza de lo que pasaría al día siguiente, todas sus esperanzas estaban cifradas en algo efímero, en un sueño y aunque luchaba por no torturarse con ello, no podía estar ajeno a la realidad; no obstante, siguió el ejemplo de Pandora y se prometió darle la noche más maravillosa de sus existencias.

—¿Baila conmigo, condesa? —preguntó con una hermosa sonrisa una vez que la intensidad de los besos menguó al tiempo que le acariciaba la cintura—. Ya sé que no tenemos música… pero cuando estamos juntos no la necesitamos, tenemos el rumor del océano estrellándose contra las rocas, la suave brisa que nos envuelve… y este firmamento colmado de estrellas tras esa inmensa luna que nos ilumina, no creo que nos haga falta nada más… si te tengo a ti a mi lado, lo tengo todo, Pandora —susurró mirándola a los ojos.

Ella sentía de nuevo todas esas maravillosas emociones que produce el amor haciendo espirales dentro de su cuerpo, no hizo falta que dijese nada, solo se acercó para besarlo suavemente en los labios, le entregó la mejor de las sonrisas y asintió en silencio.

Tristán la puso de pie con cuidado sobre el suelo y de inmediato se irguió mostrando esa imponente altura que poseía, le ofreció su mano y caminaron hasta el centro de la terraza, sus miradas se fundían la una en la otra y como si se tratase de un hechizo el ambiente se llenó de una hermosa melodía, esa que hacía a sus corazones danzar dentro del pecho, levantaron sus manos y éstas se apoyaron al entrelazarse.

Las sonrisas y las miradas cargadas de amor eran el marco de la danza, ambos lucían tan hermosos y elegantes, mostrando toda su destreza para el baile que acompañaba de manera sublime el momento, siguiendo cada paso que conocían de memoria.

En ocasiones él se aprovechaba como hizo en esa primera vez y sus dedos acariciaban con suavidad la cintura de Pandora, se acercaba a ella más de lo permitido y sonreía con picardía cuando la sentía temblar, sin poder evitarlo terminó de ceder a la tentación y la envolvió entre sus brazos para moverse con ella a un compás que ni siquiera sabía que existía, pues no se puso de moda sino años después de su muerte.

Ella fue consiente de ese hecho solo unos segundos pues apartó la idea con rapidez de su cabeza, se entregó a los movimientos que su esposo le proponía y juntos parecían flotar en medio de aquel hermoso lugar. Así fueron pasando los minutos, hasta que los besos y las caricias despertaron el deseo en ambos.

Tristán se movía como si conociese el lugar, la tomó de la mano para guiarla hacia la gran escalera que llevaba hacia la terraza superior que comunicaba directamente con la habitación principal. Las puertas de cristal estaban abiertas de par en par y las ligeras cortinas se movían al compás de la brisa que provenía del océano.

La luna en lo alto pintaba todo de plata y las estrellas le daban un hermoso toque azul al paisaje o quizás era el reflejo del mar, aunque éste se había convertido era un extenso manto

negro que danzaba de un lado a otro.

Tristán la encerró entre sus brazos de nuevo, acercándola a su pecho y dejándose colmar por esa calidez que ella le brindaba, por ese amor que se desbordaba por cada uno de sus poros.

—Quiero hacerte el amor —susurró contra el cuello de Pandora, estrellando su aliento en la piel nívea y dócil de ella mientras le acariciaba la espalda.

Era consciente de que el cuerpo que ocupaba era de otro hombre, pero en ese instante no había rastros de Nathaniel Gallagher, todo le pertenecía a él al igual que la noche anterior y negarse el placer de disfrutar del cuerpo de su mujer y toda la pasión que ella desbordaba, era algo que no podía soportar, era cruel e injusto.

Pandora suspiró llevando sus manos en una caricia lenta y tierna por la espalda de él, rendida ante la imagen, la calidez y el aroma de Tristán. El deseo terminó por despertar y a diferencia de la noche anterior, esta vez Nathaniel no estaba en sus pensamientos cohibiéndola de amar a su esposo, en ese instante solo eran Tristán y ella, nadie más.

—Ámame… deseo tener tus besos, tus caricias… entrégame todo tu amor esta noche, Tristán, como si fuera la primera y la última noche que estemos juntos —esbozó mientras le besaba con suavidad la barbilla, los labios y las mejillas—. Te adoro, te adoro —susurró mirándolo a los ojos, llevando sus manos hasta su cabello, dejando ver una sonrisa al enredar sus dedos en las hebras rizadas y cobrizas.

Él no necesitó escuchar nada más, la tomó entre sus brazos para caminar con ella hacia la habitación. La luz de la luna fue iluminando sus figuras que despacio dejaban caer las prendas que los cubrían. Tristán la desvestía lentamente con ternura, con devoción y amor, sin dejar de mirarla a los ojos ni de sonreírle, al tiempo que ella hacía lo mismo con él. Verla en ese instante era como regresar el tiempo y tenerla como esa primera vez, más allá de los nervios su esposa le demostraba cuánto confiaba en él.

Pandora no podía entender por qué tenía esa mezcla de emociones en su interior; excitación, nervios, deseo, amor e incluso esperanza, algo que desde hacía mucho no sentía y en ese momento estaba instalada una vez más en su corazón.

Al fin sus cuerpos se encontraron libres de prendas uno frente al otro, sus miradas se recorrían como deseando guardar esa imagen para la eternidad, siguieron sus manos que palpaban, acariciaban y hasta se aferraban con fuerza a esos lugares que hacían que gemidos y jadeos se liberaran de sus gargantas, los besos estaban envolviendo en llamas sus cuerpos, ya no podían seguir conteniendo eso que se desataba dentro de ellos, así que cedieron ante la necesidad de unirse.

Tristán la tomó en brazos para llevarla hasta la cama, depositándola con cuidado mientras la mirada a los ojos se acostó a su lado como la primera vez, la vio rodar para quedar frente a él, compartiendo sonrisas, besos y caricias.

Pandora sentía que no hacían falta las palabras, lo que debían decir ya sus miradas y sus cuerpos lo estaban esbozando, sintió cómo Tristán la acercaba a él con delicadeza, deleitándose ante el contacto de sus pieles desnudas. La subió encima de él y comenzó a entrar en su interior con movimientos acompasados.

Ella gemía contra los labios entreabiertos de su esposo, mirándolo a los ojos mientras sentía que las invasiones cada vez más profundas la estaban enloqueciendo y la hacían desear que ese momento fuera eterno. Se aferró a los brazos de él al tiempo que buscaba su boca para perderse en un beso, esa manera de hacerle el amor tan extraordinaria y sublime, sin la desesperación que mostró la noche anterior y que, si bien la hizo disfrutar, no le hizo sentir como lo estaba haciendo en ese momento; esa noche había algo más.

—¡Cuánto te amo!… ¡Oh, Tristán! ¡Cuánto te amo!… —susurró contra los labios de él, sintiendo sus caricias en la espalda, sus manos deslizarse hasta su derrière para tenerla más cerca.

—Como te amo yo, justo como te amo mi vida, soy tuyo… soy tuyo… te pertenezco —esbozó de manera entrecortada, con la respiración agitada por el esfuerzo que hacían sus caderas, tomó el rostro de ella entre sus manos para verla a los ojos—. Ayer, hoy, mañana… siempre seré tuyo —agregó con la mirada brillante por las lágrimas, pegando su frente a la de ella.

—Eres mío… eres mío… hoy, mañana y siempre… —Pandora sentía cómo su pecho se llenaba con esa certeza y sus ojos también se humedecieron.

Él se apoderó de sus labios al tiempo que sus caderas cobraban fuerza y solo eso bastó para que ella saliera disparada hacia el espacio, ahogando un jadeo en la boca de Tristán y temblando con fuerza, separó sus labios de los de él y entre murmullos volvió a repetirle todas esas palabras de amor que le salían del alma.

Sentía su cuerpo sacudirse por los movimientos de su esposo en su interior que no le daban tregua, no había dejado de percibir los estragos de ese orgasmo que la llevó a tocar las estrellas cuando se sintió elevarse una vez más.

Desesperada buscó los labios de Tristán una vez más y él la agarró por la cintura tomándola por sorpresa para ponerla debajo de su cuerpo, deteniéndose apenas el tiempo necesario para que ella se acoplara a la nueva posición.

—Pandora… eres hermosa … —decía con la voz sumamente ronca, mirándola a los ojos mientras se contenía para no dejarse ir aún, se llevó una mano de ella a los labios y tomando sus dedos comenzó a acariciarlos con la lengua sin dejar de mirarla.

—Tristán … mi Tristán —susurró sintiendo que la sangre en sus venas cantaba, que todo su cuerpo vibraba al sentirlo tan cerca, tan suyo, de inmediato sintió el deseo de darle lo mismo que él le había dado a ella, su mano libre acomodaba los rizos desordenados.

—Eres el dueño de todo lo que hay en mí… soy tuya, Tristán y te juro que jamás te dejaré de amar, puede caerse el sol, la luna, las estrellas, pero este amor nunca terminará, sin importar lo que pase… no se acabará —expresó con los ojos colmados de llanto y su pecho desbordando emociones.

Entrelazó sus piernas a las de él y se acercó más para hacer el contacto más íntimo y profundo, sintiendo que rozaba el éxtasis con la punta de sus dedos, cerró los ojos para dejarse ir.

—Pandora, mírame… —pidió él con urgencia—. Necesito que me des algo más… quiero que te quites las cadenas que te atan… por favor, amor mío… —decía mirándola a los ojos, haciendo sus movimientos más lentos, pegando su frente a la de ella al tiempo que le rozaba los labios y atrapaba nuevamente con su mirada, respirando profundamente y continuó—. Entrégame tu alma, Pandora… Tú eres mía… eres mía, así como yo soy tuyo… todo en mí, mi cuerpo, mi corazón, mi alma… todo es tuyo, dame lo mismo… dámelo todo —su voz era ronca y en su rostro se reflejaba una mezcla de angustia, deseo, dolor e impotencia, la encerró en sus brazos para protegerla.

Pandora se congeló al escuchar lo que él le pedía, pero más aún al ver la urgencia en su semblante, sentir el apremio en sus palabras, como si fuese vital para él tener eso que le pedía. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal y sus labios temblaron, sus ojos se llenaron de lágrimas y un miedo atroz la colmó.

No quería, no podía siquiera imaginar que él supiese algo, podía sentir la tensión en los músculos de su esposo, incluso sentir cómo se detenía sobre su cuerpo, su respiración aún era agitada, pero el deseo había sido reemplazado por una especie de angustia que lo estaba torturando.

—Por favor, amor mío… por favor, condesa, deja que sea yo quien guarde tu alma en mi pecho… acabas de prometer que me amarías siempre, así como yo te amo… yo te juro que nada podrá separarnos, confía en mí… no tengas miedo, Pandora, demuéstrame que soy tu razón para continuar, entrégame todo como hiciste esa primera noche que pasamos juntos —rogó con lágrimas en los ojos, envolviéndola en sus brazos con fuerza, sintiendo su corazón latir desbocado.

Ella se quedó mirándolo, negándose aquello que su mente le gritaba, vio cientos de imágenes pasar por su cabeza. Todos aquellos días felices pasados juntos a él, cómo cuidó de ella cada instante cuando la hizo su mujer, cuando estuvo embarazada, en las pocas ocasiones que enfermó o cuando la llevaba de viaje por algún motivo del condado; siempre a su lado sin descuidarla ni un solo momento, incluso cómo se desvivió por mantenerla fuera de peligro después que aquella pesadilla se abalanzó sobre su familia, hasta el punto de entregar su vida por ella.

Tristán le había entregado mucho más de lo que pudiese haber imaginado alguna vez y no existía nadie más en el mundo que mereciese todo de ella, incluso su alma.

—Me entrego a ti… en cuerpo… corazón… y alma —pronunció con la voz temblorosa. —En cuanto salieron de sus labios esas palabras, sintió cómo toda la angustia, el dolor y las sombras que cubrían su alma la abandonaron, se sintió liberada y reafirmó lo que había dicho—. Te confío todo lo que hay en mí, Tristán, eres tú el dueño de mi vida y cómo te juré ante un altar… te acompañaré hasta que la muerte nos separe… y más allá de ésta, mi alma es tuya, solo tuya… ayer, hoy, mañana y siempre.

Tristán al fin dejó libre sus lágrimas hundiendo su rostro en el cuello de Pandora, temblando a causa de los sollozos, la abrazó con fuerza, sintiendo dentro de su pecho miles de emociones girando en rápidos torbellinos. Luchaba con todas sus fuerzas por no confesarle que la había salvado, que era tanta su felicidad.

Pandora también comenzó a llorar mientras le acariciaba la espalda con ternura para consolarlo, ya no sentía el vacío que se instaló en su pecho durante años y al mismo tiempo fue consciente de que ese velo que cubría la verdad de los ojos de su esposo había caído, no sabía cómo ni cuándo, pero él estaba al tanto de la verdad.

Sin embargo, seguía a su lado, le había dicho que la amaba y que jamás dejaría de hacerlo, su miedo más grande al pensar que él la odiaría por lo que hizo se esfumó. Era libre, ya nada la ataba y podía irse en paz.

Tristán se movió para mirarla a los ojos, dejándole ver tanto amor y devoción, quizás mucho más de lo que tiempo atrás le entregó, se fundió en un beso con ella y el deseo renació en ambos; en medio de lágrimas, de risas, de miradas cargadas de amor y libre de tensiones se amaron, dejando que ese sentimiento que los embargaba se desbordara, que lo cubriera todo y de esa manera los dos siendo uno solo se elevaron.

Pandora flotaba en medio de ese océano de emociones en su interior y él se sentía mucho más vivo de lo que alguna vez se sintió, cientos de te amo se dejaron escuchar y ya ni el miedo, ni el dolor tenían cabida en ese lugar, solo existía el ritmo de dos corazones que latían llenos de amor.

Después de un par de horas, donde no hicieron referencia a la confesión velada que habían hecho durante su entrega, para no traer recuerdos dolorosos a ese momento perfecto, se enfocaron en aferrarse al sueño de una vida juntos, hablaron del pasado y también de un futuro que, aunque ambos sabían no tendrían, en ningún momento lo dejaron ver, ese era su sueño y en los sueños todo era posible, incluso construir la familia que siempre desearon.

Tristán dejó libre esa picardía y el sentido de humor que a ella le encantaba, el mismo que le reprochaba a Nathaniel, solo porque cada vez que lo mostraba no hacía más que recordarle

inevitablemente a su esposo. Pero que con Tristán no solo lo disfrutaba, sino que también lo compartía.

Los juegos de palabras pasaron a ser juegos de caricias, de besos y miradas que los llevaron a hacer el amor una vez más y ya entrada la madrugada Tristán la tomó en sus brazos para caminar con ella hasta el cuarto de baño. Entraron a la bañera y disfrutaron de ese momento maravilloso e íntimo, justo como solían hacer tiempo atrás.

Cuando regresaron a la habitación vestidos con sus ropas de dormir, se acostaron en el centro de la cama abrazados, él le propuso a ella dormir un rato y Pandora como siempre fingió hacerlo, solo que esta vez cayó en un sueño profundo sin notarlo siquiera mientras, Tristán la miraba embelesado, absolutamente enamorado de la mujer que le había dado mucho más de lo que esperó alguna vez tener.

—Yo juré que te protegería y aunque tenga que entregar mi alma a cambio de la tuya lo haré, no permitiré que sigas sufriendo, no dejaré que nadie te lastime de nuevo, Pandora.

Se detuvo reteniendo el sollozo que pujaba en su interior por salir, más que de dolor deseaba llorar de felicidad por tenerla entre sus brazos de nuevo, por haberla recuperado.

—Te busqué por tanto tiempo, hasta reté a todo aquel que quería impedírmelo, me volví un verdadero dolor de cabeza para los del cielo, Pandora, pero jamás desistí y hasta me negué a volver si no era contigo, no tenía sentido hacerlo sin ti, tú eres mi luz… eres mi paz. Te prometo que estaremos juntos, sea en el cielo o en el infierno, es lo menos… nada de eso me importa, no te dejaré ahora que te he encontrado nuevamente.

Susurró acariciándole el cabello mientras dejaba libre sus propias lágrimas en silencio para evitar despertarla, sintiendo el corazón latir igual de emocionado como aquella primera vez cuando ella durmió de esa manera en sus brazos.

# Capítulo 38

Los primeros rayos de sol se estrellaban contra los párpados de Pandora haciendo que los moviera con lentitud, sentía su cuerpo pesado, entumecido. Dejó ver una hermosa sonrisa al ser consciente del calor que se desprendía del cuerpo de Tristán, de pronto se incorporó con rapidez al recordar lo sucedido la noche anterior.

No pudo haberse quedado dormida, ella no había vuelto a hacerlo desde que hizo el pacto, espabiló varias veces para aclarar su visión, de inmediato su mirada buscó a la persona a su lado, él despertaba ante el brusco movimiento que hizo al separarse.

—¿Pandora? —preguntó Nathaniel con voz adormilada, parpadeando ante el choque de luz y se llevó el brazo a los ojos para protegerlos de la claridad.

Ella se mantenía en silencio, perdida en sus recuerdos, no podía entender nada de lo que había sucedido, las imágenes llegaban claras a su cabeza, pero en un punto se perdían.

—¿Qué sucede? ¿Por qué estás así? —inquirió una vez más y al ver el semblante desencajado de ella, llevó su mano para posarla en la mejilla de Pandora, estaba helada.

Ella aún se hallaba perdida en sus pensamientos y sus manos temblaban, así como el resto de su cuerpo, se notaba extrañamente fría, como si hubiese pasado la noche en la intemperie, aunque la habitación se mantenía cálida gracias a la chimenea. Nathaniel se incorporó a su lado viendo que ella no reaccionaba, algo en el exterior le hizo volver la mirada hacia las puertas que daban a la terraza y todavía una suave neblina la envolvía, se sintió confundido pues él había sentido una luz que lo había cegado.

«¿De dónde salió?»

Se preguntó mientras se frotaba los párpados.

—No… no lo entiendo, yo estaba… me quedé dormida —susurró Pandora todavía incrédula.

—¿Qué tiene de malo eso? —pregunto él desconcertado.

—No es normal, Nathan… no debería pasarme… Tristán me pidió que durmiese y dejé que mi respiración se calmara, cerré los ojos, acomodándome a su lado para fingir que dormía, pero no sé en qué momento caí en un sueño de verdad ¿Cómo sucedió esto? —se cuestionó en voz baja, como si hacerlo en un tono más elevado empeorara la situación. De pronto en su cabeza hicieron eco las palabras de Hazazel.

«Entre más te acerques a lo que eras antes más te debilitarás… Tu odio es lo único que te hace fuerte Pandora, lo único que te da el poder que tienes ¡Recuérdalo!»

Su cabeza era un remolino de pensamientos, se encontraba estática en el mismo lugar, temiendo incluso moverse. Se llevó la mano al pecho al notar que podía sentir sus latidos con mayor claridad, miró sus manos descubriendo que su piel estaba distinta también.

—¿Qué te preocupa?

Nathaniel buscó la mirada de Pandora, no entendía nada de lo que ocurría, era cierto que él no la había visto dormir nunca, pero no comprendía por qué debía ser tan relevante.

—No… no lo sé, pero me siento… distinta, ¿tú no recuerdas nada? ¿Cómo te sientes? —preguntó mirándolo con angustia.

—No recuerdo absolutamente nada, Pandora y me siento… bien, como si hubiese dormido toda la noche, incluso me siento más relajado que ayer cuando desperté. ¿Qué es lo que te parece

extraño? ¿Qué es eso que percibes? —la interrogó una vez más.

—Siento que algo ha cambiado, Nathaniel… no sé lo que es, pero es distinto, esa pena que siempre me acompañaba ahora no está, es como si se hubiese esfumado, todo el peso que llevé sobre mis hombros por casi doscientos años tampoco está… todo desapareció e incluso mi cuerpo lo percibo distinto. Había tomado una decisión el día de ayer y se suponía que debía llevarla a cabo, debía liberarme y no sé, no ha hecho falta o al menos no como suponía que debía hacerlo —respondió al tiempo que seguía analizando todo.

—Pandora, no entiendo en lo absoluto, no sé de qué decisión hablas —decía cuando ella lo detuvo volviéndose para mirarlo.

—Es mejor que no lo sepas —acotó levantándose sin mirarlo.

Nathaniel la vio salir de la cama y tomar el salto de cama ubicado sobre un diván cercano, se cubrió para encaminarse hacia la terraza, abrió las puertas y por primera vez él la veía hacerlo con la mano. Cuando salió levantó la cara al cielo y murmuró algunas palabras, segundos después caía de rodillas.

—¡Pandora! —gritó lleno de miedo, saltó de la cama con prisa y salió corriendo para llegar hasta ella.

—Ya no está… mi poder se fue, Nathan… ya no lo tengo —habló cuando él llegó tomándola en brazos.

Nathaniel escuchó su voz distinta, era débil pero no percibió un rastro de congoja en Pandora; por el contrario, su mirada brillaba.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, mirándola a la cara mientras se encaminaba con ella hacia el interior de la habitación, la dejó con cuidado sobre la cama.

—Que llegó el momento de irme, las cadenas que me ataban ya no existen… ya no existen, no tengo que seguir luchando… puedo descansar —pronunció con voz temblorosa mientras se acurrucaba en medio de la cama, estremeciéndose ligeramente.

—Pandora… Pandora, mírame por favor… ¿Qué quieres decir con eso de que puedes marcharte? —inquirió tomando los gruesos edredones para cubrirla, la habitación estaba cálida, pero ella temblaba sin parar—. Apenas puedes mantenerte en pie, estás temblando demasiado, ¿a dónde piensas ir así? Estás loca si crees que te dejaré salir de aquí en este estado —indicó mirándola a los ojos, sintiendo su corazón latir desesperado sin querer reconocer lo que era evidente.

—No tendré que salir… pero tampoco tardaré demasiado en marcharme, Nathan… ya nada puede detener lo que me ocurre, no quiero que te sientas mal… yo estaré bien… —decía cuando él la detuvo alejándose de la cama.

—¡No, no, no! No puedes hacer esto… no de esta manera…

La voz de Nathaniel se quebró y cuando sintió que las lágrimas estaban a punto de desbordarlo le dio la espalda para ocultar su llanto.

—Nathaniel, por favor… ven acá o al menos mírame, yo estaré bien —esbozó con debilidad extendiendo su mano.

—¿Cómo puedes saberlo, Pandora? ¿Cómo puedes saber si estarás bien? No sabes lo que te espera después que dejes de respirar… no sabes a donde irás, tiene que existir una manera de impedir todo esto… tiene que haberla —mencionó acercándose a ella y tomándole la mano, necesitaba mantenerla allí.

—No… no la hay, Nathaniel y no debes preocuparte por mí, te aseguro que a donde quiera que vaya estaré mucho mejor de lo que me siento en este lugar, ya no puedo ni quiero seguir viviendo sin Tristán, he pasado demasiado tiempo sin él… Después de tanto buscarlo, de tanto

desear tenerlo junto a mí una vez más, lo conseguí y ¿sabes para qué fue? —preguntó, mirándolo a los ojos, lo vio negar con la cabeza mientras contenía las lágrimas—. Para darme cuenta de que por más que me aferre a un pasado éste no regresará… que las cosas que viví junto a él, las que me dijo, todo lo que me entregó… puede igual dármelas en una vida o en una noche sin importar cuán veloz sea ésta… los años se hicieron tan lentos, fueron tan dolorosos sin él… jamás pude olvidarlo, todo me recordaba a él, la felicidad y el dolor en igual medida…

Ella se detuvo dejando libre un sollozo y apretó con fuerza la mano de Nathaniel que sostenía la suya, intentando soportar el dolor que le laceraba el pecho y apenas le permitía respirar.

Nathaniel acariciaba con suavidad los nudillos de Pandora con su pulgar, sabía que ella estaba sufriendo, aunque no se lo dijera con palabras, su semblante lo gritaba.

—Ya no puedo vivir atada a su recuerdo, no puedo —susurró con la voz ronca por las lágrimas que la ahogaban.

El temblor en su cuerpo se intensificaba, sentía como si estuviera desnuda en medio de una tormenta de nieve e incluso podía sentir sus huesos luchando por no astillarse.

—Pero, yo… yo no puedo dejarte ir… no todavía… necesito que estés a mi lado, quiero que veas que cumpliré con mi promesa de ir a buscar a Rosemary, quiero que la conozcas, poder agradecerte junto a ella por habernos unido después de estos años… por haberme dado razones para luchar de nuevo, necesito que me des la fortaleza por si llego a fallar o a dudar… ¿Cómo voy a lograr todo esto sin ti? —preguntó sintiendo las lágrimas correr por sus mejillas.

—No necesitas de mi fortaleza, Nathan… tú cuentas con una mayor y sé que cumplirás con tu promesa, que no dejarás que ella se te escape de nuevo; además ya la conozco, sé que es una chica maravillosa y merece todo ese amor que le profesas, es generosa, es dulce, es valiente y ve la vida con tanto optimismo, ella es tu complemento perfecto, a quien siempre has esperado.

—Yo te necesito —pronunció en medio de un sollozo.

—Y me tendrás, mientras me mantengas en tus recuerdos me tendrás, pero debes ir tras Rosemary y hacer que crea de nuevo en ti, en tu amor, no dejes que las dudas te derroten, créeme todo lo que necesita ella, tú lo tienes, incluso tus defectos. Ahora intenta tranquilizarte, no quiero que sufras ni que llores, no hay motivos para hacerlo, mejor dame un abrazo y siéntete feliz por mí —pronunció extendiendo sus brazos para buscarlo.

Nathaniel se acercó hasta ella despacio y se cómodo a la orilla de la cama para después envolverla con sus brazos, sintiendo que su piel estaba muy fría y sus ojos se notaban lejanos. Acomodó la cabeza de Pandora sobre su pecho mientras le acariciaba el cabello con suavidad, luchando con el nudo de lágrimas que cada vez le cerraba más la garganta.

Aunque Pandora deseaba mostrarse tranquila no podía evitar sentir miedo, no sabía lo que le esperaba una vez que se fuese, dejaba correr las lágrimas sin poder evitarlo, pues no tenía fuerzas para hacerlo, cada vez sentía más frío y su vista se tornaba borrosa, subió el rostro para mirar a Nathaniel y guardar esa imagen en su memoria por la eternidad, ésa que era idéntica a la de su esposo.

—¿Sientes dolor? —preguntó él en un murmullo.

—No, solo frío… mucho frío —contestó para no angustiarlo.

La verdad era que sentía cómo su corazón poco a poco comenzaba a disminuir sus latidos y eso resultaba muy doloroso, como si lo estuviesen aprisionando entre paredes que le impedían latir, sabía que no pasaría mucho hasta que se detuviese por completo y después de eso ya no habría nada.

—Ven… intentemos que no sea tan difícil —mencionó Nathaniel, dejando correr una lágrima que no pudo contener, pero que limpió con rapidez para no causarle más pena a ella.

La tomó en sus brazos acomodándola en su regazo, arrullándola como a una niña pequeña, justo en ese momento lucía así, tan frágil, tan diminuta; sin embargo, seguía siendo tan hermosa.

Pandora solo se dejó llevar, ya su voz no alcanzaba el volumen que requería para hacerlo desistir, no era mucho lo que Nathaniel podía hacer para evitarle todo eso, pero agradecía que lo intentara, hundió su rostro en el cuello fuerte y cálido, él aún llevaba puesta la bata de Tristán , la suavidad de la seda la reconfortó y dejó ver media sonrisa.

—Necesito pedirte un favor… —pronunció ella dos minutos después.

Él la miró a los ojos y asintió, consciente que si dejaba libre una sola palabra terminaría dejando libre las lágrimas también.

—Deseo que cuando… cuando deje de respirar, me lleves hasta la balaustra y me dejes caer… en el acantilado… —Apenas consiguió expresar aquellas palabras su voz se desvanecía.

—¡No! No voy a hacer… algo así, Pandora… no puedo —su negativa fue inmediata, la miró con asombro—. ¿Cómo puedes siquiera pedirme que te lance…? Definitivamente no estás en tus sentidos, Pandora, no menciones otra vez algo semejante —ordenó con la voz ronca, intentando no mirarla con reproche.

—No te convertirás en un asesino… simplemente me ayudarás a marcharme… no debes preocuparte, no me verás destrozada entre las rocas y las olas… —expuso intentando convencerlo, tomó aire y continuó—: Mi cuerpo se… desvanecerá en cuando choque… como un monto de tierra cuando es lanzada desde lo alto… quizás ni siquiera deba tocar las rocas… puedo desintegrarme mientras caigo.

—No importa lo que me digas… no voy a hacerlo, tendrás un sepelio normal… Te llevaré hasta la Provenza y buscaré las tumbas de Tristán y Dorian para ponerte junto a ellos —aseguró mirándola directamente a los ojos.

—No te dejarán… y mi cuerpo no resistirá un viaje tan largo; además tú no puedes perder tanto tiempo… por favor, solo haz lo que… deseo, por favor, Nathan… te prometo que no me pasará nada y es lo mejor que puedes hacer por mí después que me… haya ido —susurró, sintiéndose cansada, su voz cada vez se hacía más lejana y había dejado de temblar.

—¿Quiénes no me dejarán? —preguntó mirándola mientras le acariciaba la espalda para darle calor.

—Ellos están aquí… puedo sentirlos, pero no se atreven a acercarse, quizás… no quieren ver cómo me voy —tragó para pasar el nudo en su garganta—. Cuando todo termine sé que vendrán y lucharán por quedarse con mi cuerpo… no dejes que lo hagan, eso solo los lastimará y quiero proteger a Gardiel, él no es culpable… solo es una víctima del cruel destino que nos tocó compartir… —Nathaniel la interrumpió una vez más.

—¿De quiénes hablas, Pandora? —inquirió paseando su mirada por el lugar, pero no había nada extraño, solo estaban ellos dos, así que se volvió para mirarla y pedirle una explicación.

—Ya los verás cuando llegue el momento… —Gimió a causa del dolor y se apretó con fuerza contra el pecho de él.

Ya el corazón le estaba dando las señales que le anunciaban el final, varias imágenes comenzaron a inundar su cabeza, de todos esos años vagando por el mundo y cobrando venganza a cambio de perder lo único bueno que tenía; las lágrimas se hicieron presentes una vez más, su cuerpo se estremeció.

—Es… hora, Nathan… llévame afuera por favor, solo quiero ver el paisaje una vez más —pidió en un susurro, mirándolo.

Él asintió sin poder negarse a ese último deseo, se puso de pie llevándola a ella en brazos, se sentía tan liviana y frágil, apenas pesaba, su cuerpo seguía idéntico, pero era como si por dentro

se estuviese vaciando. Con pasos lentos llegó hasta la terraza y ni por asomo se acercó hasta la balaustra; sin embargo, ella le instó a que lo hiciera sin decirle nada solo con la mirada, al menos unos pasos más, no le quedó de otra que complacerla.

—¿Me puedes ayudar a ponerme de pie?

—Claro… —contestó y su voz se quebró.

Con cuidado apoyó los pies descalzos de ella sobre la fría baldosa y muy despacio la ayudó a erguirse sosteniéndola por la cintura, ubicándose a su lado para rodearla con un brazo y evitar que ella pudiese caerse o algo peor, que se lanzara al acantilado en vista de que él se había negado.

Pandora mostró una sonrisa al descubrir los miedos de Nathaniel, levantó una mano con lentitud para acariciarle la mejilla, se acercó y le dio un tierno beso, conteniendo sus lágrimas tanto como podía, no quería verlo sufrir. Su mano tembló y él la sujetó para hacerla sentir segura al tiempo que le sonreía para animarla.

A Nathaniel se le hacía tan difícil imaginar que ella fuese la misma chica que el día antes volaba, movía cosas sin ningún esfuerzo, que desbordaba energía y que lo había obligado a abrir su corazón para aceptar que aún amaba a Rosemary. No pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla, se llevó la mano de ella a los labios para darle un dulce beso, prologado y cargado de agradecimiento.

Pandora no pudo mantenerse en pie un minuto más, él podía notar que a cada segundo se debilitaba, así que la tomó en sus brazos de nuevo y se sentó en una silla cerca de donde se encontraba una hermosa fuente, ella cerró los ojos, pero todavía respiraba, así que se mantuvo tranquilo, dejando libre un suspiro.

—Una anciana… una vez me dijo que las lágrimas… eran gotas de memoria que escapan de nuestra alma… y afloraban en nuestros ojos —susurró suavemente—. Creo que tenía razón… yo he derramado tantas como recuerdos tengo… me siento cansada —agregó en el mismo tono y después suspiró.

Nathaniel no pudo contener el sollozo que lo estaba ahogando, la abrazó con fuerza deseando retenerla. Nunca le había tocado despedir a alguien de esa manera y aunque solo tenía poco tiempo conociendo a Pandora, sentía como si fuese de toda la vida y no deseaba verla partir, pero sabía que pedir eso era ser egoísta, ella necesitaba liberar su alma, parar con tanto dolor.

—Todo terminará pronto… pero debes pedir perdón, Pandora… pídele perdón a Dios para que te puedas ir en paz, reconcíliate con él —mencionó en un murmullo.

—Ya lo hice… anoche antes de quedarme dormida… le di gracias por permitirme tener a Tristán, por haberme dado la familia que me dio y por dejarme conocer la felicidad… pocos pueden encontrarla, pasan la vida buscando y buscando… pero yo lo hice, yo fui feliz, Nathaniel. Ya dejé todo el odio y el dolor atrás… ayer pedí perdón por todo el mal que causé… y le entregué mi alma a Tristán —esbozó, consiguiendo sonreír.

Él también lo hizo y le dio un suave beso en la palma de la mano, después lo hizo en la frente y la pegó más a su pecho al sentir que se estremecía, en el fondo sabía que estaba luchando por mantenerla a su lado, porque ella había sido su única amiga.

—Solo deseo que… que sea él quien la reciba, sé que esto no será posible… pero aún en este momento deseo soñar… con que nos reencontraremos en otro lugar… en otra vida… que podré verme de nuevo en sus ojos.

Pandora se quedó en silencio abriendo los párpados y posó su mirada en la topacio que se encontraba anegada por las lágrimas.

—Sus ojos —susurró para luego mostrar una sonrisa y llevar su mano hasta la mejilla de él—.

Gracias… por estar aquí… conmigo… vas a ser feliz, Nathaniel… inmensamente feliz.

La mano de Pandora cayó pesadamente, un último aliento escapó de entre sus labios y sus ojos se cerraron para no volver a abrirse nunca más.

—Pandora… Pandora… —susurró Nathaniel con la voz estrangulada—. ¡No, no, abre los ojos! ¡Por favor, despierta!

Pedía en medio de sollozos y la pegó a su cuerpo abrazándola con fuerza, llorando amargamente mientras sentía cómo el corazón se le encogía dentro del pecho y apenas podía respirar, enterró su cabeza en la cabellera castaña, estremeciéndose por los sollozos.

—Señor… yo sé que… que tal vez no sea el más indicado para pedirte esto… que no he sido un fiel devoto; por el contrario, he sido irrespetuoso, arrogante… pero por favor, perdónala… dale la paz que su alma necesita, no es justo que siga sufriendo… perdónala.

Rogó aferrado al cuerpo sin vida con la cara levantada al cielo y lágrimas que bañaban su hermoso, pálido y desencajado rostro, continuó en silencio pidiendo por ella, rogando por ese perdón que tanto necesitaba Pandora.

# Capítulo 39

Estuvo unos minutos así, sin lograr levantarse para caminar y hacer lo que ella le había pedido, sabía que era su último deseo, pero sentía miedo, no quería pensar que todo fuese un truco de Pandora y que le tocase ver una imagen atroz, finalmente su cuerpo se irguió, aunque sus pies seguían clavados en el mismo sitio; de pronto pudo sentir que algo cambiaba, el aire se hacía más denso y aunque ya el sol debía estar en lo alto, aún la neblina no se alejaba de allí.

Sus ojos captaron las figuras de dos hombres a pocos metros de donde se encontraba, ambos estaban vestidos de negro, el primero lucía como de cincuenta años, tal vez más, el segundo era rubio hasta donde podía apreciar, un poco menor que el otro caballero, ninguno hacía intento de acercarse, solo miraban fijamente el cuerpo de Pandora, podía hasta asegurar que estaban llorando o al menos eso parecía por sus semblantes.

El dolor se podía apreciar más en Gardiel, llevaba dentro de su pecho una sensación que no había percibido antes, ni siquiera todas esas veces cuando sintió a Pandora lejana, eso que vivía en ese instante era tan cruel que no existían palabras para darle un nombre, solo podía sentir cómo parte de su esencia se esfumaba junto con la de ella. Se extendió en un rayo de luz para acariciarle el rostro con suavidad, sin importarle que estuviera en los brazos de otro hombre, Pandora de algún modo había sido suya siempre, pues era la dueña del sentimiento dentro de él.

Cerró los ojos mostrando un gesto de dolor al sentir la ausencia de calidez en su piel, una vez más percibió en él esa cualidad que tenían los humanos para expresar su sufrimiento a través de las lágrimas, sintió que bajaban pesadas por sus mejillas y aunque intentó llorar en silencio, un suspiro trémulo escapó de sus labios cuando se alejó del cuerpo inerte de Pandora.

Hazazel vio el gesto de Gardiel recibiendo la respuesta que tanto temía, miró al otro lado lleno de rabia y dolor, negándose a mostrarse tan patético como el ángel, en él lo que predominaba era la ira. Había perdido a su bien más preciado y no solo porque Pandora hubiera sido la mejor de sus discípulas, sino porque siempre se sintió atraído por ella, por la bondad que llevaba en el interior y que, por supuesto él deseaba hacer desaparecer, que se transformara en odio.

Supo que sería especial desde el instante en que la vio y esa noche en la cual su familia fue asesinada, dejó que todo ocurriera, solo presenció impasible cómo los Sagnier le arrebataban sus razones para vivir y despertaron en ella el odio que más tarde alimentaría su venganza, el mismo que él usaría a su favor.

Durante tres meses la acompañó en esa putrefacta celda y fue testigo de cada una de las torturas a las que la sometieron, sintiendo cómo lentamente la furia iba llenando el débil y maltrecho cuerpo de la que fuera la mujer más hermosa de la Provenza. Llegado el momento estaba seguro de que ella no lo rechazaría y así fue, Pandora aceptó el pacto que le ofreció sin cuestionarle nada, su sed de venganza era más grande que cualquier otro sentimiento dentro de ella.

No dejaría que se lo arrebataran, ella le pertenecía por derecho, por todo lo que le había dado, si no podía tener su alma al menos tendría su cuerpo y eso debía servirle en pago. Dio un par de pasos con decisión para acercarse hasta ese mocoso que pretendía arrebatarle a la mujer que era suya.

Nathaniel notó la actitud del hombre mayor y un escalofrío lo recorrió entero al descubrir de quién se trataba, sintió el pánico adueñarse de su cuerpo, pero se obligó a reaccionar

comprendiendo la advertencia que le había hecho Pandora, se acercó hasta el balaustre dispuesto a cumplir con su último deseo.

Antes de hacerlo vio atónito cómo del otro hombre se comenzó a desprender un halo de luz blanquecina, que ganaba intensidad a medida que los segundos pasaban, la misma estaba a punto de cegarlo por la fuerza que poseía.

Gardiel descubrió las intenciones perversas de Hazazel y de inmediato reaccionó, no permitiría que esa bestia profanara el cuerpo de la mujer que amaba, dispuesto a acabar con ese desgraciado concentraba todo su poder.

Hazazel no se dejó intimidar por la actitud del ángel y también le demostró que en él había poder, su verdadera esencia comenzó a brotar por sus poros dejando salir el humo denso y negro que lo componía, desbordándolo hasta hacerlo parecer tres veces más alto que la figura humana que había ocupado por siglos.

Nathaniel temblaba de pies a cabeza mientras aferraba con fuerza el cuerpo sin vida de Pandora, su respiración era afanosa y en ese instante realmente comenzó a temer por su vida; sin embargo, se llenó de valor para cumplir con lo que ella le había encomendado, cerró los párpados trémulos y elevó los brazos para pasar a Pandora por encima de la barandilla de mármol, mientras contenía el aire, dudando.

—¡Nathaniel!

Escuchó una voz a su espalda que lo hizo detenerse en seco y liberar el sollozo que tenía atravesado en la garganta, supo de inmediato a quién pertenecía y el alivio lo colmó, aunque el tono tenía un extraño acento gutural, era inconfundible, era su voz.

Se volvió despacio, aunque solo le bastó verlo para confirmar quien era, sus ojos no podían sencillamente dar crédito a lo que veían. El hombre que se acercaba hasta él con pasos seguros llevaba unas botas altas de cuero, unos pantalones de lino grueso marrón, una camisa blanca también de lino, la piel mostraba un tono pálido que hacía resaltar la barba y el cabello cobrizo.

—Entrégamela… por favor, yo cuidaré de ella —pidió extendiendo sus brazos mientras lo miraba a los ojos.

Había evitado mirar el cuerpo sin vida de Pandora, pero su corazón le exigió que lo hiciera pues ella lo había tenido en brazos mientras agonizaba, ella intentó mantenerlo con vida y evitar que el viento frío de finales de otoño lo torturara haciendo mucho peor el dolor que le provocaban las heridas de bala.

—Yo, no entiendo… ¿Cómo puedo saber si esto no es un truco? ¿Cómo lograste…? —preguntaba mientras todo su cuerpo temblaba, pero aun así mantenía a Pandora en sus brazos, protegiéndola.

—¿Llegar? Ella me invocó… llevo siglos buscándola, solo que estaba haciéndolo en los lugares equivocados. Pensaba que ella había muerto poco después de que Dorian y yo fuéramos asesinados, evidentemente no fue así, Pandora decidió tomar otro camino —contestó mirándola con dolor.

—Ella… lo hizo porque creyó que… —Nathaniel intentó hablar para defenderla, pero Tristán lo detuvo.

—Lo sé… lo sé todo, el hechizo que Pandora realizó para traerme no terminó como ella pensó. Yo me quedé vagando en este lugar, desconcertado y sin saber cómo comunicarme con ella —dijo mostrando la angustia que lo embargó en ese momento, inhaló para continuar—: Después de escuchar la conversación que había tenido con Gardiel y Hazazel, comencé a comprender lo que había sucedido y a medida que iba descubriendo todo lo que ella vivió después de quedarse sola me sentí mucho más dolido… por haberle fallado.

—Ella no quería que te enteraras, por eso no te lo contó, se esforzó por mantenerte alejado de todo el sufrimiento que pasó, no quería empañar la felicidad de tenerte de nuevo a su lado —indicó Nathaniel justificando la manera de proceder de Pandora.

—Soy consciente de eso y al igual que ella, yo también me sentía inmensamente feliz por haberla encontrado, por saber que me recordaba y que aún me seguía amando… aunque cuando los vi caminar por la playa tomados de la mano y todas las muestras de cariño que te ofrecía, como si ciertamente te trataras de mí… tuve deseos de matarte y al mismo tiempo de morirme de nuevo al pensar que ya no me amaba —admitió, mirándolo con rencor.

—No tienes motivos para sentirte celoso… ella y yo… nosotros solo somos —se apresuró a aclarar lo ocurrido.

Nathaniel no sabía por qué tenía tanto miedo, bueno; era lógico que lo tuviese, estaba hablando con un espíritu, aunque luciese como una persona real, podía jurar que después de eso terminaría encerrado en un manicomio igual que su madrastra.

—Amigos, sí, lo noté… igual pensé que ella me había olvidado y que estaba junto a ti porque nuestro parecido físico la había cautivado, creí que te habías ganado su corazón —indicó con el ceño fruncido, pero después relajó su expresión—. Sin embargo, ella me demostró anoche que yo seguía siendo el hombre al cual amaba… se entregó a mí completamente, sin guardarse nada. Solo esta verdad que… no valía la pena mencionar —indicó volviendo su mirada unos segundos a los dos caballeros que lo veían atónitos, sin atreverse a acercarse.

Tristán sabía perfectamente quiénes eran y aunque él no tenía los poderes celestiales de Gardiel ni las artes oscuras de Hazazel, no permitiría que le pusieran un dedo encima al cuerpo de su esposa. Junto a él se encontraba un escuadrón de guardianes que le debían mucho por todo el tiempo de servicio a su lado, por haberles permitido más de una vez adoptar forma humana.

—Debes entregármela… yo la llevaré a donde siempre debió estar —le pidió a Nathaniel mirándolo a los ojos para que viera en ellos su urgencia por sacar a Pandora de allí.

—Ella me pidió que la lanzara al acantilado… no quería que tomaran su cuerpo o algo así, me dijo que si lo hacía se desvanecería —pronunció manteniéndole la mirada.

Nathaniel debía asegurarse de que las intenciones de Tristán de poner a salvo a Pandora eran reales, sentía que no podía confiar en nadie, que solo él podía cuidar de ella.

«Todo esto es muy absurdo, ¿por qué él llega ahora? ¿Por qué no lo hizo antes? Aunque, a decir verdad, ¿qué de lo ocurrido en los últimos días podía denominarse como algo lógico?»

Pensaba mirando al hombre ante él, a los otros dos y después recordando las palabras de Pandora, debatiéndose internamente por lo que debía hacer, se concentró de nuevo en el momento.

—¿Por qué ellos desean el cuerpo de Pandora? —preguntó con seriedad y mantuvo la mirada fija en Tristán.

—Para poseerlo… Sin un alma el cuerpo de Pandora es un cascaron vacío, un espacio que puede ser habitado por cualquiera y esos hombres tienen el poder para hacerlo. Gardiel no pretende eso, para él el cuerpo de Pandora es un templo, algo que no puede ser profanado… Él la ama —esbozó con tono grave, no le resultaba fácil decir algo así, pero tampoco podía mirar al ángel a los ojos y callarlo.

Eso fue una revelación para Nathaniel, primero no creyó que Pandora tuviera relaciones con un ser celestial, aunque ella muchas veces le dijo que no debía temer por su bienestar porque ellos eran cuidados por un poder superior, aunque nunca pensó que hablaba de un ángel.

—Hazazel es un miserable que se ha aprovechado por siglos de las desgracias de muchos para condenarlos, fue quien le ofreció el pacto a mi esposa —contestó mirándolo directamente.

Nathaniel una vez más comprobaba que las palabras de Tristán eran verdaderas, ya había adivinado quién era el hombre mayor y el papel qué jugaba en todo eso; sin embargo, tenía una pregunta más, una que era vital.

—¿Qué harás tú con el cuerpo de Pandora? —lo interrogó sin sutilezas, no podía confiar.

—Yo tengo su alma, Nathaniel, ella me la entregó anoche, tal vez no consciente de que lo hacía, pero me la cedió, eso rompió el pacto con Hazazel. Cuando cayó dormida fue porque el poder que tenía ya no habitaba en ella, evidentemente el hechizo para reunirme con ella también se esfumó —respondió mirándolo a los ojos—. Eso igual me sirvió pues regresé para pedir ayuda y salvar a mi esposa, me revelé contra muchos, pero otros me apoyaron, te sorprendería saber que en el cielo también existe la política y que hay rangos y todo eso.

—Ciertamente me sorprende, pero ya debes tener experiencia en eso de las jerarquías y sabes cómo arreglártelas —indicó en tono casual y después hizo una pregunta más, la que lo había torturado desde el mismo momento en el que supo que ella se marcharía—. ¿Qué sucederá con ella, Tristán? ¿Qué le harán? —cuestionó con voz ronca y sus ojos se humedecieron.

—Me dieron permiso para llevarla, pero igual será juzgada… solo espero que tengan en cuenta no solo lo malo sino también lo bueno que hizo… sobre todo, últimamente. Lamento tanto no haber llegado antes —mencionó, dejando libre un par de lágrimas, acercó su mano a la frente gélida de su esposa para acariciarla con suavidad—. ¿Sufrió mucho? —preguntó con voz estrangula, sin apartar la mirada de ella.

—No… fue rápido —mintió al ver el dolor en Tristán.

—Gracias… por darme la oportunidad de reencontrarme con ella, por ayudarme a salvarla, no tienes ni idea de cuánto amo a Pandora… de cuánto la he extrañado todo este tiempo —esbozó con la voz ronca y su mirada anclada en el rostro de su esposa, quien seguía luciendo hermosa a pesar de no tener vida.

—Ella también me ayudó a reencontrarme con quien era, hizo que mi esperanza renaciera y que me llenara de valor para ir en busca de la mujer que amo y a la que creí perdida. Ninguno de los dos está en deuda conmigo y créeme puedo comprender muy bien cuánto la amas y cuánto la extrañaste, para ella fue exactamente igual… quizás con más dolor pues los había perdido a ustedes e incluso se culpaba de ello —dijo Nathaniel, mirando el rostro desencajado de Tristán con mayor detenimiento.

Todavía no terminaba de asimilar el asombroso parecido físico que ambos tenían, aunque como le dijo Pandora su semejanza era solo en ese aspecto, pues el lenguaje corporal y algunas actitudes de Tristán eran diferentes.

Él mostraba una postura más erguida y autoritaria, le recordaba en algunos gestos a su padre, quizás era ese porte aristocrático que los descendientes de la realeza llevaban en la sangre, del que él carecía por haber nacido del vientre de una mujer común para muchos, pero maravillosa para él.

—Yo también lo hice… durante mucho tiempo me recriminé el haberle fallado a mi hijo y a ella, me torturaba imaginando lo que pudo haberle pasado, fui un imbécil por actuar de esa manera, sin medir las consecuencias mis actos, tenía que saber que nos exponía a una muerte segura… pero no pude controlarme, cuando vi a mi hijo sin vida en los brazos de Pandora, enloquecí y te juro que de no haber acabado ella con esos malnacidos, lo hubiera hecho yo —dejó ver el odio que ese recuerdo aún le provocaba.

Nathaniel asintió, pensando que él también hubiera actuado como ellos, cobrando con sus propias manos la vida de los verdugos de su familia. Miró a Pandora en sus brazos y supo que ya no podía seguir alargando esa despedida, debía entregarla a quien pertenecía y dejarla partir. Su

corazón latía lentamente, su respiración apenas se podía apreciar y sus ojos se llenaron de lágrimas, apretó el abrazo en torno a ella y se acercó a su oído.

—Debemos despedirnos… —su voz se quebró en ese momento—. No le des importancia a mis lágrimas, son de felicidad porque sé que tú estarás bien, que al fin tendrás de nuevo todo lo que te quitaron… te prometo que buscaré mi felicidad, que jamás me rendiré, Pandora… gracias por alejar de mí la soledad que me cubría —le susurró al oído y después subió la mirada sin importarle que viese que estaba llorando.

Tristán entendió lo que Nathaniel pedía sin tener que esbozar palabra, asintió y después desvió la mirada.

Nathaniel se acercó a ella y pegó sus labios a la sutil y helada frente para darle un tierno beso, cerrando los párpados trémulos al tiempo que dos lágrimas bajaban por sus mejillas.

—Nunca te olvidaré… te quiero, Pandora Corneille, gracias por ser mi amiga —expresó en un hilo de voz.

Después de eso dio un paso al frente para entregársela con cuidado a Tristán, sus miradas se encontraron una vez más y pudo ver que la de él era brillante por retener las lágrimas. Tristán tomó el cuerpo de su esposa en sus brazos y al fin el llanto se hizo presente, aunque lo hizo en completo silencio, olvidándose de la presencia de Nathaniel, solo habían quedado ellos dos.

Gardiel y Hazazel en cuanto vieron el gesto de Nathaniel y cómo Tristán recibía el cuerpo de Pandora se esfumaron, asumiendo que no tendrían nunca más poder sobre ella. Tristán se aproximó muy despacio a su mujer y le dio un suave beso en los labios, mirándola con la misma devoción de siempre.

—Vamos a casa, condesa —susurró abrazándola con más fuerza, dio un par de pasos cuando recordó algo y se volvió para mirar al joven tras él—. Ella quiso que tuvieras esta casa por un motivo en especial, Nathaniel Gallagher… uno para el que nosotros no tuvimos tiempo —indicó mirándolo a los ojos.

Nathaniel asintió pues no daba con su voz para responderle, demostrándole con ese gesto que tenía su atención.

—Pandora quería una familia numerosa al igual que yo, era lógico habiendo sido ambos hijos únicos… llénala de niños, de vida y de alegría. Estoy seguro de que eso hará muy feliz a Rosemary también —expresó con una sonrisa.

Nathaniel vio a la pareja desvanecerse ante sus ojos, asintió a la petición que el conde le había hecho, sonriendo en medio de las lágrimas.

Minutos después dejaba la ropa del conde de Provenza en su lugar, se miró una vez más en el espejo sintiendo que volvía a ser él; sin embargo, existía algo distinto en su mirada, era determinación.

—La próxima vez que venga a este lugar será junto a Rosemary, te lo prometo Pandora —Sonrió y salió de allí.

Cerró la puerta principal guardando la llave en su bolsillo, después subió a su auto y miró la casa una vez más, recordando los momentos llenos de felicidad y complicidad que vivió junto a su amiga.

# Capítulo 40

La mirada gris se perdía entre las densas olas que rodeaban la colosal embarcación, se encontraba en medio del océano atlántico rumbo a Europa, pero no a su natal Inglaterra, sino a otro país totalmente desconocido y a una vida igual de desconocida para ella. Lágrimas silenciosas bajaban de sus ojos mojando sus mejillas y suspiros que a momentos salían de sus labios siendo arrastrados por el viento. Decir que estaría bien era quizás la mentira más grande que pudiese esbozar, pero debía hacerla creíble, tenía que hacerlo.

—Sarah hija, será mejor que entres al camarote… la noche está cayendo, no llevas un abrigo y el aire frío puede hacerte mal.

Margot Greenwood había salido para buscar su hija que una vez más había desaparecido, después de la muerte de su marido había quedado mal de los nervios y verse sola le aterraba.

Sarah dejó escapar un suspiro pesado al escuchar la voz de su madre que la sacó de sus cavilaciones, respiró profundamente para que su voz no mostrara la cantidad de emociones que la embargaban, dibujó la mejor de las sonrisas en sus labios y se volvió para mirarla a los ojos y responderle.

—En un momento voy mamá, solo estaba observando el océano… el hermoso color del océano —contestó, pero las últimas palabras las dijo en un susurro.

—Está bien, por favor no tardes… —Ella aceptó, quiso decir algo más, pero prefirió callar porque no tenía cómo consolarla, sabía que Sarah estaba sufriendo, aunque quisiera ocultarlo.

—No lo haré… no te preocupes —indicó sin dejar de sonreír.

Al ver que su madre se alejaba volvió su mirada hacia donde minutos atrás se perdía, dejó libre un suspiro que se convirtió en un sollozo cuando una imagen llegó hasta su mente. Se llevó la mano a la boca para ocultar su llanto al tiempo que cerraba los ojos con fuerza.

—¿Por qué no pude llegar antes a tu corazón? ¿O mejor, por qué tuve que enamorarme de ti? Teniendo a tantos jóvenes interesados en mí… ¿Por qué tenías que ser tú Nathaniel Gallagher? ¿Por qué precisamente tú? —se preguntaba en medio de sollozos cargados de dolor, cubriéndose el rostro con ambas manos mientras negaba con la cabeza—. Ahora me veo obligada a partir a un lugar recóndito donde no conozco a nadie, tan lejos de ti… lo mejor hubiera sido que esa mujer acabara con mi vida, ¿por qué no lo hizo? ¿Por qué? —cuestionó llena de rabia, dolor e impotencia.

Su mente regresó a ese trágico día, donde una vez más su vida cambiaba de manera radical en solo segundos, donde una vez más Nathaniel de forma indirecta era el causante de su desgracia.

∞∞∞∞

Se había rendido ante lo inminente, no intentó ni siquiera luchar por salvar su vida, sabía que no tendría una que valiese la pena si Nathaniel no estaba a su lado. Era el único que la había mantenido en pie durante todo ese tiempo y si ya no podía tenerlo cerca entonces lo mejor era que todo terminara.

Sintió el espantoso y agudo dolor de algo atravesando su pecho, algo tan fino como una aguja pero que estaba haciéndola estremecer y que su corazón latiese desesperado. De pronto un

movimiento brusco terminó con ese padecimiento, sorprendida abrió los ojos y posó su mirada en la mujer ante ella, que le había dado la espalda y susurraba algunas palabras que no logró escuchar con claridad mientras sus pulmones liberaban de golpe el aire que estuvo conteniendo.

—¡Maldita sea, no puedo hacerlo! —exclamó Pandora volviéndose, mirándola con una mezcla de rabia y lástima.

—¿Qué? —preguntó en un susurro sintiéndose desconcertada y mirándola a través de las lágrimas que colmaban sus ojos.

—Que no puedo Sarah… no puedo solo matarte a sangre fría. Dejar mi odio atrás… al parecer también me ha quitado la capacidad que poseía para quitar una vida sin miramientos —contestó caminando hacia la ventana para no tener que mirarla.

—No entiendo… ¿Qué significa eso? —inquirió de nuevo observándola con interés.

—Significa que no seré yo quien te arrebate la vida… sino el destino —respondió y se volvió para mirarla—. Sin embargo, sí seré quien te aleje del lado de Nathaniel. Tendremos que llegar a un acuerdo Sarah —esbozó mostrando una sonrisa maliciosa.

Recordó en la posición que ella había puesto a Rosemary con aquel sucio chantaje y pensó que no había nada mejor que pagarle con la misma moneda, haría que abandonara a Nathaniel, que sufriera en carne propio el mal que había causado.

—¿Qué… qué tipo de acuerdo? —preguntó, nerviosa.

—Te irás del país, vas a tomar algunas de tus cosas y te irás… a Europa, hoy mismo abandonarás este lugar… —decía mirando a su alrededor cuando Sarah la interrumpió.

—¡No puedo hacer eso! —exclamó en un ataque de histeria—. Yo… no, no puedes pedirme algo así, no abandonaré a mi madre… ni a Nathaniel, ésta es mi casa, no puedo hacerlo —agregó Sarah llena de miedo.

—Esto es tan irónico… recuerdo que esas fueron las mismas palabras que pronunció Rosemary cuando la amenazaste con mandarla a la horca, si no se marchaba del castillo de Lancaster y al ver que ella no deseaba ceder usaste un recurso más bajo aún —decía con tono calmado, pero sumamente peligroso.

—Yo… no hice eso —intentó defenderse mientras temblaba.

—¿Me vas a decir que no la amenazaste con acusar también a Nathaniel del supuesto delito de robo? ¿Que no le aseguraste que lo enviarías a la horca a él también? —inquirió apretándole el cuello con fuerza sin tener ni siquiera que tocarla.

Sarah comenzó a sollozar mientras se llevaba las manos al cuello para liberarse de esa fuerza invisible que pretendía asfixiarla. Esa mujer la soltó cuando apenas quedaba aire en su pecho y comenzó a toser desesperada por recuperar el oxígeno.

—No juegues conmigo Sarah… no te conviene, tu vida está en la punta de esta hermosa daga —señaló mostrándose la peculiar y exquisita pieza coronada por un brillante rubí.

Era fina como un alfiler, pero tan larga como para llegar hasta el corazón, Sarah tragó en seco abriendo aún más sus ojos y las lágrimas brotaron de ellos sin poder evitarlo.

—Bien, continuemos, pero antes te advierto que los años me han hecho perder la paciencia, así que intenta calmarte, mira que esto que has tenido ha sido solo un golpe de buena suerte —acotó con voz suave pero que evidentemente escondía la advertencia, la vio asentir dándole pie para que continuara—. Bien… eso está mucho mejor, ahora esto será lo que haremos…

Aquella mujer le impuso todo cuanto quiso, manteniéndola siempre bajo amenaza y cuando ella protestó diciendo que su madre jamás creería que tomase una decisión como esa de la noche a la mañana, mucho menos que renunciaría a Nathaniel.

Pandora le aseguró que lo creería absolutamente todo y de eso se encargaría ella. Justamente

así sucedió, Margot Greenwood parecía un autómata, solo asentía en silencio mostrando una sonrisa a cada palabra que le decía.

Al final la abrazó con lágrimas en los ojos diciéndole que la acompañaría a donde fuera que ella pudiera encontrar su felicidad, donde fuese realmente valorada. Incluso le dijo que Nathaniel era un pobre chico que estaba demasiado desorientado en la vida, que de seguir junto a él jamás obtendría lo que deseaba, porque nunca había sido un hombre digno de ella.

Su madre seguía considerándola una joven llena de belleza y gracia, nunca había querido aceptar su discapacidad y no estaba de acuerdo con el trato que Nathaniel le daba, pero en ese momento no pudo seguir callando y dejó libre su sentir, acertándole un duro golpe a Sarah, que cada vez la lanzaba un poco más hacia ese abismo donde Pandora pretendía refundirla.

Después de unos minutos de conversación subieron para preparar sus maletas llevando solo lo necesario, lo demás le llegaría después que estuviesen instaladas en Basilea, una ciudad al norte de Suiza. Para Sarah era evidente que la mujer deseaba enviarla al fin del mundo. ¿Con qué propósito? Ya le había quedado muy claro, deseaba apoderarse de Nathaniel y ella no podía hacer absolutamente nada más que llorar y dejarse vencer.

Cuando llegaron hasta el puerto, Pandora se presentó ante su madre como una gran amiga de la infancia, alegó que no tenía conocimiento del terrible accidente que había sufrido, ni de ninguno de los desmanes que le sucedieron a la familia después de la muerte del señor Greenwood. Que en cuanto se enteró no dudó un instante en ofrecerle toda su ayuda y así fue como Margot Greenwood tuvo ante sus ojos a la generosa benefactora que les ofrecía una vida digna lejos de ese circo que llevaban años viviendo con Nathaniel Gallagher.

Margot no dudó un segundo de la elegante y hermosa mujer ante sus ojos que ofreció su casa en la hermosa ciudad de Basilea, además un equipo médico a disposición de ella y su hija para que pudieran recuperarse en la medida de lo posible. Lo que no sabía era que los caballeros que les había presentado y que las acompañarían durante el viaje y su estadía en el país europeo, serían los encargados de mantener a Sarah y a ella misma prisioneras.

Delante de la mujer serían unos amables empleados, pero ya Sarah estaba al tanto que de querer regresar a América o intentar algún tipo de treta para escaparse, ellos se lo impedirían y si le mencionaba algo de ese pacto entre las dos, la condenaba a muerte a ella también.

En resumidas cuentas, Sarah quedó a merced de los maquiavélicos caprichos de Pandora, mucho peor de lo que estuvo Rosemary, pues ella fue condenada a una vida que no podía controlar, sin el poder para decidir, para al menos respirar sin sentirse todo el tiempo, vigilada, prácticamente se había convertido en un títere del juego macabro de Pandora Gallagher.

Dispuesta a alejarse de allí con el corazón totalmente destrozado se volvió para encaminarse hasta el barco que hacía el anuncio para abordar, pero en un instante el valor regresó a ella colmándola enteramente y miró a la mujer a los ojos indicándole que deseaba hablar con ella.

Pandora asintió mostrando una sonrisa radiante y la siguió, sabía que la madre no diría nada, el poderoso hechizo que había lanzado sobre Margot Greenwood la había transformado en una especie de muñeca de trapo a la cual podía convencer de lo que quisiera, incluso de arrojarse de un puente si le apetecía, podía haber hecho lo mismo con Sarah, pero le pareció mejor castigo el que fuese consciente de todo y de la vida que le esperaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó sonriendo, pero su voz era dura.

—¿Por qué haces todo esto? ¿Por qué enviarme tan lejos y mantenerme cautiva en ese lugar?

—Porque deseo que aprendas la lección Sarah… exactamente esto era lo que pretendías hacerle a Nathaniel, mantenerlo atado a tu lado sin poder elegir, sin tener derecho para expresar lo que realmente deseaba, sin oportunidad de escapar y ser víctima de tu constante agobio, tus

celos enfermizos, de tu dependencia… debes sentirte afortunada, pues tú no tendrás a un hombre obsesionado exigiéndote que lo ames a la fuerza —mencionó viendo cómo los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Yo… yo no merezco esto —susurró dejando libre su llanto.

—Sarah... no regreses a lo mismo, te perdoné la vida, te estoy brindando una nueva para que intentes emendar tus errores y comenzar de nuevo, deberías estar agradecida o por lo menos conformarte… de merecer o no merecer yo sé mucho y créeme existen personas que no merecen el destino que tienen. Ahora sube a ese barco, olvídate de todo y aprovecha lo que tienes en estos momentos, quizás más adelante ni siquiera con eso puedas contar —mencionó con voz calmada.

A momentos Sarah sentía que provocaba cierta lástima en la mujer, que no era tan malvada como deseaba mostrarse, pero igual estaba quintándole todo.

—¿Te quedarás al lado de Nathan? ¿Te casarás con él? —preguntó eso que la estaba torturando.

—No… no haré eso, Sarah, lo único que deseo es que Nathaniel sea feliz, sabes bien que él está enamorado de otra mujer, que no ha dejado de amarla un solo instante y es a ella a quien pienso devolvérselo —decía cuando la detuvo mirándola.

—¿Eres amiga de ella? —inquirió una vez más, animada al ver que la mujer le respondía sin ser agresiva como momentos atrás.

—Solo conocí a Rosemary porque me enteré de lo que siente Nathaniel por ella, no somos amigas, apenas la vi una vez, pero eso me bastó para saber que lo ama con la misma intensidad que él a ella. —Le dijo y esa vez no disfrutó del dolor que Sarah mostró ante sus palabras, suspiró sintiendo pena por ella—. Puedo ver cuánto daño te ha hecho todo esto, sé lo que es aferrarse y sufrir por un imposible, eso es Nathaniel para ti, es hora de que te liberes de esta obsesión, que busques otro rumbo y le des un nuevo sentido a tu vida.

Sarah sollozó bajando la mirada, sintiéndose avergonzada y herida en lo más profundo de su corazón, cada palabra que le decía Pandora era una verdad que la golpeaba sin compasión. Había pasado tantos años humillándose y rogándole un poco de amor a Nathaniel que había perdido el suyo propio.

—La verdad no sé ni siquiera porqué te digo todo esto, se suponía que debía odiarte por haber hecho sufrir a Nathaniel durante tanto tiempo… supongo que me he dado cuenta de que ya has pagado lo suficiente al tener que vivir la indiferencia y la lástima que provocas en él y no ese amor que esperabas encontrar —esbozó sin afán de herirla más, sino para hacerla consciente de su situación—. Es hora de partir Sarah, se hace tarde y tu madre te espera. No mires atrás, aquí no dejas nada que te pertenezca —pronunció mirándola a los ojos, con esa postura erguida, rígida y distante que poseía.

Ésas fueron las últimas palabras que Sarah escuchó de aquella mujer, caminó en dirección al barco sin volverse para mirar lo que estaba dejando. Le dijo que no dejaba nada, pero…

«¿Qué hay de tu corazón que se queda en algún lugar de esta ciudad junto a Nathaniel? ¿Por quién diste tanto Sarah, en quien cifraste todas tus esperanzas?… ¿Qué hay de eso?»

Se preguntó con amargura cuando vio que el barco soltó las amarras y se lanzó al océano para llevarla muy lejos de allí y lo peor de todo para nunca más volver.

∞∞∞

Después de permanecer durante cinco días en su departamento encerrado, con las cortinas

corridas para mantener la casa en penumbras, en medio de los recuerdos de lo sucedido en los últimos días y tratando de comprenderlo todo, finalmente había decidido salir para caminar y tomar un poco de aire, decir que no extrañaba la presencia de Pandora sería mentirse, a veces se despertaba a medianoche buscándola entre la oscuridad, recorría la casa y se asomaba al balcón esperando ver una sombra o algo que le indicase que ella estaba cerca, incluso la llamó varias veces a ver si al igual que sucedió con Tristán ella se manifestaba de algún modo.

Sabía que estaría bien, que se encontraba junto a su esposo y que Tristán la cuidaría, pero no era fácil despedir a alguien tan importante como lo fue ella para él, alguien que le ayudó a superar tantos miedos y dudas, que le dio esperanzas de nuevo.

Mientras recorría las veredas del Central Park recordó que tenía una conversación pendiente con Sarah. Dejó escapar un suspiro pesado mientras cerraba los ojos preparándose psicológicamente para lo que le esperaba, de pronto cayó en cuenta que su «novia» no lo había llamado, no había ido a verlo en todos esos días.

Caminó rápidamente para subir a su auto y salir rumbo a la casa de Sarah, sus manos temblando sobre el volante y su respiración acelerada eran la muestra fehaciente del miedo que lo recorría, algo le decía que ese silencio tenía nombre y apellido: Pandora Corneille.

Cuando llegó llamó varias veces a la puerta, pero nadie le contestó, después de estar cerca de diez minutos en el lugar, se acercó hasta él la vecina de las Greenwood, quien gracias a las “buenas” referencias que Margot le había dado de él, lo observaba como a un desalmado, malagradecido y seguro muchas cosas más. Nathaniel respiró profundamente llenándose de paciencia y mostró una sonrisa para saludar a la mujer.

—Buenas tardes, señora Harris… ¿Sabe usted por casualidad si Sarah y su madre han salido? —preguntó sin muchos rodeos, pero siendo amable.

—Buenas tardes, señor Gallagher… por lo visto me encuentro yo mejor informada que usted con relación al paradero de su novia, ¿no es así? Qué poca vergüenza tiene, esa joven no hacía más que desvivirse por complacerlo y usted siempre la tuvo tan descuidada… —decía cuando él la interrumpió.

—Señora Harris, le agradecería que si tiene alguna información sobre Sarah me la haga saber, pero si no es así y solo desea darme un sermón, sepa que no existe nadie quien le gane a mi suegra así que por favor no pierda tiempo y esfuerzo —mencionó de manera tajante.

—Es un pedante, sinceramente no entiendo qué pudo ver Sarah en usted para terminar tan enamorada…

Sin embargo, al ver que Nathaniel resoplaba y la miraba con mala cara, decidió por darle la información que pedía. Extrajo del bolsillo de su chaqueta un sobre y se lo extendió con desprecio.

—Tome es una carta que le dejó Sarah, ellas se fueron de viaje… no pude averiguar a dónde pues todo lo planearon de la noche a la mañana, pero Margot me dijo que se iría muy lejos con Sarah, a donde pudiera ser feliz y no siguiera aguantando sus humillaciones, ni su indiferencia… —decía cuando vio a Nathaniel tomar el sobre y darse la vuelta dejándola con la palabra en la boca, pero ella no se quedó callada, le gritó—: ¡Me alegra que haya tomado esa decisión, no merece a una niña como Sarah!

Él la ignoró y salió en su auto haciendo rechinar los neumáticos con fuerza contra el pavimento. Un torbellino se apoderó de la cabeza de Nathaniel, a momentos miraba el sobre que había lanzado en el asiento del copiloto mientras conducía por las calles como si fuese un loco. Una mezcla de rabia, desconcierto, esperanza y muchos sentimientos más que no lograba identificar hacían remolinos dentro de su ser.

Tomó una carretera que lo llevó hasta una zona menos transitada de Nueva York y detuvo el auto, era un paraje solitario en medio de altos árboles que bordeaban la carretera, le dio dos golpes al volante con la palma de su mano y respiró profundamente para calmarse.

—¡Maldita sea, Pandora! ¿Por qué tuviste que hacer las cosas a tu modo? Sin consultarme, sin al menos ponerme sobre aviso ¿Sabes cómo me encuentro en este momento? ¡Aterrado! Y me siento como un estúpido también… no sé qué demonios voy a encontrar en esa carta ¿Qué le hiciste a Sarah? Porque dudo que ella haya decidido marcharse por propia voluntad, sé que me querías ayudar, pero pudiste al menos mencionar algo… —Se interrumpió percatándose de que además de estúpido y aterrado, también estaba actuando como un desquiciado.

Cerró los ojos para calmarse y soltó el volante, sus nudillos estaban blancos por la presión que ejerció sobre éste, miró el sobre a su lado y sin pensarlo mucho lo tomó abriéndolo con rapidez, cerró los párpados temblorosos tomando aire de nuevo para después poner la hoja ante sus ojos y comenzar a leer.

***Nueva York, 25 de junio.***

***Nathaniel,***

***Es para mí muy difícil escribir esta carta, pero créeme también es necesario, no puedo continuar como hasta ahora, no puedo continuar con alguien que no sabe valorar lo que le doy, que jamás me dará la oportunidad de enseñarle cuánto amor hay dentro de mí para brindarle, con alguien para quien no significo nada… o mejor sí, seamos sinceros, con alguien para quien nada más soy un peso, una carga, una limitación.***

***Perdona si ves esta carta plagada de reproches y reclamos, quizás tu intención nunca ha sido hacerme sentir de esta manera, pero tampoco has hecho mucho para evitarlo, tal vez porque no sabes cómo hacerlo o es el castigo que crees merezco por haberte separado de quien amabas, solo déjame decirte algo, no lo merezco.***

***Yo no hice nada más que amarte y entregarte todo cuanto pude de mí, mis deseos eran darte mucho más, una familia, un hogar, un amor sincero e incondicional, absoluto… pero es evidente que eso para ti no tiene mucha importancia, pues no viene de quien verdaderamente lo anhelas… de Rosemary.***

***Fui tan ilusa al creer que llegarías amarme con el tiempo, quisiera preguntarte algo sin caer en lo patético… ¿Alguna vez te detuviste a mirarme y a pensar solo un instante, nada más un instante, en que tal vez podías enamorarte de mí? ¿En algún momento esa idea cruzó tu cabeza Nathan? ¿Dijiste?… no sé, por ejemplo: Sarah es una chica hermosa, algo especial debe existir en ella, algo que despierte el amor y la pasión en mí…***

***¿Sabes algo? Ya no importa la respuesta, ya es muy tarde y no quiero saberla, porque a la final sé cuál es. Nunca lo hiciste, solo pensabas en mí como una molesta carga que te había alejado de la mujer que amabas, incluso debes odiarme por tenerte atado, si debes hacerlo… tranquilo, eso tampoco importa, pues yo en cierto modo también me odio y no es tu culpa, ha sido solo mía.***

***Sabes bien que algo muy relevante tuvo que haber sucedido para que yo haya tomado una decisión como ésta, he recibido una visita… una mujer que no sé si ha sido lo suficientemente sincera o cruel para hacerme ver lo que la mayoría, incluida yo, nos negábamos a ver, que esta relación, si es que podemos llamarla así, no iba a ninguna parte.***

***Ni siquiera sé si esta carta llegará a ti algún día, pero necesitaba escribirla para poder marcharme en paz contigo y conmigo; me voy muy lejos junto a mi madre, no te preocupes por***

***nosotras, no volveremos a ser una molestia para ti, es una promesa… ojalá pudieras devolverme todo lo que te di Nathaniel, mis sentimientos, mi corazón, ése al cual no le diste el valor que merecía. Me duele tanto saber que no será posible porque mi corazón se queda contigo, mi amor se queda contigo y lo que más me aterra es saber que jamás lograré olvidarte, lo sé… lo sé, pero igual me voy, me voy para jamás volver…***

***Tuya siempre, Sarah Greenwood.***

Nathaniel dejó caer la hoja de sus manos cerrando los ojos y un par de lágrimas bajaron por sus mejillas. Él nunca quiso que algo así pasara, nunca fue su intención hacer sufrir a Sarah de esa manera y aunque Pandora le había ahorrado el tener que vivir una escena cargada de dolor, reproches, lágrimas y mucho sufrimiento, ya nunca podría quitarle ese peso que se había instalado en una parte de su alma, nunca quiso romperle el corazón a Sarah.

Debía liberarse de cadenas si deseaba ser verdaderamente feliz, pero no era tan sencillo, no cuando en el fondo de su corazón sabía que Sarah se había marchado y sufría por su causa… Sin embargo, ¿qué podía hacer? Él no la amaba, jamás lo haría y en ese momento que tenía una luz, una esperanza junto a Rosemary no la desaprovecharía, ya estaba cansado de ceder y dejar que los demás decidieran por él, debía tomar las riendas de su vida y hacer lo correcto, lo verdaderamente correcto, ser feliz, nada más.

# Capítulo 41

La tarde caía cuando se detuvo frente a la galería, ni siquiera supo cómo llegó hasta ese lugar, pero pensó que era lo mejor, quizás pintar le ayudaría a distraerse y dejaba de torturarse por lo que fue, lo que pudo ser y lo que sería de su vida. Apenas abrió la puerta el olor a jazmín que acompañaba siempre a Pandora inundó sus fosas nasales, todo su cuerpo tembló y su mirada la buscó de manera frenética con la esperanza de encontrarla.

Éstas se vinieron abajo cuando luego de un minuto comprendió que estaba solo, caminó hasta el caballete y sus ojos captaron un sobre encima de éste. Sus dedos temblaron al rozarlo y sin poder evitarlo una lágrima se deslizó por su mejilla, dejó libre un suspiro trémulo tomándolo.

Dentro había varios documentos, los títulos de propiedad de la casa en las afueras de Nueva York y que como ya sabía ella le había dejado a su nombre, pero también estaban los de la propiedad en la Provenza, mejor dicho, el antiguo condado de la Provenza, las escrituras lo ponían como el único y absoluto propietario de este, acreditándolo a su vez como el único heredero vivo de la Casa Corneille, a quien pertenecía la propiedad.

—Definitivamente te volviste loca… yo no puedo aceptar esto —susurró Nathaniel negando con la cabeza a medida que leía por encima los folios que componían el documento.

El sobre parecía tener más cosas, le dio la vuelta para volcar el contenido y una gruesa y pesada llave cayó en la madera pulida del piso, junto a una hoja de color marfil, tomó la llave mirándola unos instantes, se notaba antigua. Luego desdobló la hoja para leer, dejó ver una sonrisa al comprobar que había sido realizada en lo que parecía papel de pergamino y con una pluma.

***Nathaniel,***

***Cuando encuentres esta carta seguramente ya me habré marchado, lamento no haberme despedido de ti después de todo lo que hiciste por mí, por favor no intentes buscarme, no malgastes el precioso tiempo que tienes en una causa perdida. En lugar de ello, ve en busca de tu felicidad, corre a donde tu corazón te guía, no lo pienses mucho… a veces piensas demasiado las cosas y eso no siempre es bueno.***

***El amor no se piensa, solo se siente, los sentimientos no son para buscarles lógica, son para expresarlos, no hay razones, ni motivos, solo ocurre y ya. Por favor, no destruyas una posibilidad de tener la vida que deseas por el temor de lo que pueda suceder si abres tu corazón y sacas todo lo que llevas dentro, así que deja ya de analizarlo todo y arriésgate a creer.***

***Quizás te suene absurdo lo que voy a decirte, pero estoy completamente segura de que si buscas a Rosemary ella no te rechazará; por el contrario, se sentirá feliz al verte, aunque no lo demuestre en un principio, es terca y tiene una esencia de mártir grabada en la piel que exaspera.***

***Pero más allá de todo eso es una chica valiente, honesta y generosa, además está perdidamente enamorada de ti, aún sueña con esa vida que planearon años atrás, con ser tu compañera y la madre de tus hijos. Aunque debo decirte que no será fácil hacerle ver que lo mejor para ustedes es estar juntos, confío en que tú podrás convencerla, tienes el camino libre,***

*tienes tu vida de nuevo en tus manos así que no la desperdicies, eres fuerte, no te rindas por favor.*

*Perdona por no haberte mencionado nada de lo de Sarah, no quería hacerte sentir culpable por algo que no es tu responsabilidad, te aseguro que ella estará bien, no debes preocuparte, ya encontrará su destino, que sinceramente no es a tu lado, así que te prohíbo que pienses en retomar esa relación enfermiza y monótona que tenías con ella, la verdad no podrás hacerlo, te será imposible encontrarla, pero no te alarmes, no le hice nada malo… ella estará mucho mejor donde se encuentra ahora, créeme.*

*Perdón también por lo de la propiedad de la Provenza, sé que no lo esperabas, pero no pude evitarlo, no quiero que se quede en el abandono y no conozco a nadie que la merezca más que tú, por favor no te deshagas de ella, consérvala tanto como te sea posible y no te preocupes por los gastos que pueda generar, todo está cubierto ya. La llave en el sobre es de la puerta principal, en el despacho de Tristán encontrarás el manojo con las demás, me alegraría mucho que la visitaras.*

*Creo que quedan muchas cosas por decir entre los dos, mucho que agradecer de mi parte, el amor que siento por Tristán es tan grande que no puedo evitar sentirme muy apegada a ti, quisiera poder quedarme más tiempo y asegurarme de que estés siempre bien, protegerte entre mis brazos para impedir que puedan hacerte daño, cuidarte todo el tiempo que dure tu vida y comprobar que encuentres la felicidad que tu corazón anhela…*

*Y al mismo tiempo siento que debo dejarte ir, que si me mantengo a tu lado solo haré las cosas más difíciles, jamás pensé que llegaría a sentir algo como esto por otro hombre que no fuese mi esposo, no sé cómo explicarlo… porque es tan difícil estar cerca de ti y mirarte a los ojos sin que desee abrazarte, acariciarte, besarte y decirte hasta el cansancio que te amo… solo que ese te amo que deseo entregarte cada vez que me sonríes, me abrazas o simplemente rozas mi mejilla, no lleva tu nombre sino el de mi esposo.*

*No puedo decirte «Nathaniel te amo» sin embargo, me duele mucho no poder expresar en voz alta a cada instante un «Tristán te amo». Estoy segura de que me comprenderás y no juzgarás mi manera de proceder… o al menos espero que lo hagas, por favor olvida todo lo malo que conociste de mí, recuerda solo lo bueno, Nathaniel.*

*Quizás sea mucho pedir que me guardes como un hermoso recuerdo siendo tan poco el tiempo que compartimos, pero permíteme serlo, eso para mí es muy importante, tú serás la última persona que me tendrá en sus memorias y quisiera que fuese como una amiga, porque después de todo, eso fuiste para mí, el único amigo leal que tuve aparte de Tristán.*

*Gracias por todas las sonrisas que me regalaste y las que hiciste que florecieran en mis labios, gracias por las miradas llenas de luz y calidez, por esos abrazos que me reconfortaron y no permitieron que cayera, gracias por tus palabras, por tu tiempo, por tu paciencia…*

*Muchas gracias por dejarme tenerlo de nuevo, por hacerme vivirlo otra vez, ya no lo recordaba, no con la fuerza y la grandeza que posee, el amor después que Tristán se marchó fue en una sola línea, solo yo amaba, solo yo entregaba, lloraba, reía y vivía por ese amor, el mismo que se perdía en el tiempo y el espacio.*

*Gracias a ti pude sentir de nuevo lo que era recibir todo eso de vuelta, fue por ti que logré depositarlo en quien lo merecía, a quien pertenecía y recibí de él todo eso que guardaré en lo más profundo de mi corazón.*

*No sé lo que me depara el destino, no sé a dónde iré después de aquí, pero no tengo miedo y no me importa lo que ocurra, todo lo bueno y maravilloso que esperaba de este mundo y de la vida lo tuve, una familia que me amó y a la que me entregué por completo, si fue poco tiempo,*

***eso tampoco significa nada. Llevo mi cabeza llena de recuerdos extraordinarios, los malos se los he dejado al viento para que los lance muy lejos de mí.***

***Por favor una última cosa, no llores ni sufras por mi causa, no le des vueltas en tu mente a los cientos de posibilidades de lo que pueda pasarme. Si deseas recordarme hazlo imaginándome bien, quizás logremos encontrarnos en otra vida y entonces yo pueda contarte que encontré la felicidad que tanto me deseabas y tú puedas decirme que también encontraste la tuya.***

***Con todo el amor que inspiraste en mí y deseándote lo mejor de esta vida, tu amiga…***

***Pandora Elizabeth Corneille, Condesa de Provenza.***

Nathaniel se quedó mirando la hoja durante unos minutos con la vista empañada por las lágrimas que en silencio rodaban por sus mejillas, ella le pedía que no llorara, como si eso le resultara fácil. Dentro de su corazón sabía que ella estaba bien, que al final había encontrado la paz y el amor que esperaba tener, no tendría que ocultar sus sentimientos nunca más y no existía nada más extraordinario que eso.

Él tenía la misma oportunidad de liberarse que tuvo Pandora y no la dejaría escapar, se limpió las lágrimas con la palma de la mano y después se acomodó el cabello, respiró profundamente tomando el sobre para guardar todos los papeles dentro. Sus ojos se toparon con la pintura que había estado trabajando en compañía de Pandora, el recuerdo lo hizo sonreír.

—No perderé un segundo más, cumpliré la promesa que te hice —mencionó con determinación y salió de ese lugar con la firme convicción de luchar para recuperar el amor de Rosemary.

∞∞∞

Dos días después se encontraba parado delante del modesto edificio de tres plantas que fungía de residencia, su mirada estaba anclada en una ventana en específico, se encontraba abierta para recibir la luz del sol de media tarde que pintaba de dorado todo a su alrededor. Llevaba varios minutos en ese lugar solo observando la ventana, tomándose un tiempo para organizar sus ideas y analizar muy bien lo que le diría a Rosemary, hasta él llegaron las palabras de Pandora *«El amor no se piensa, solo se siente»*

Decir eso era muy fácil, hasta hacía parecer que el amor fuese lo más sencillo del mundo, pero él sabía que no era así, que nunca había vivido algo tan complicado como ese sentimiento, ningún otro lo llevó por emociones tan contradictorias como lo había hecho el amor, nada estuvo más cerca de volverlo loco.

Sin embargo, nunca se sintió más vivo y feliz que cuando estuvo junto a Rosemary, no cambiaría un solo instante de todos esos días cuando eran jóvenes y libres para hacer lo que quisieran, cuando soñar era válido. Si pensaba en esos momentos, podía decir que el amor era algo simple y absoluto, que no necesitaba de nada más que de la presencia de su Rosemary para ser feliz, hasta olvidaba que el tiempo junto a ella corría.

Eso lo hizo armarse de valor, se llevó la mano al pecho, justo encima de donde había guardo el anillo que le compró tres años antes, cuando con todas sus esperanzas puestas en ese reencuentro llegó a esa misma ciudad dispuesto a hacerla su esposa. En aquel momento la suerte jugó en su contra, pero en ese instante tenía todo a su favor y la certeza de que ella lo amaba, sonrió y

comenzó a caminar hacia el edificio, lleno de esperanza y alegría para reencontrarse con su destino.

∞∞∞∞

Rosemary tarareaba una canción mientras limpiaba su departamento, organizando y moviendo muebles de un lugar a otro, buscando en qué ocupar su tiempo libre. Era su primer día de vacaciones y aunque se suponía que la mayoría de las personas tomaban ese tiempo para descansar, ese no era su caso.

En realidad, ella no había solicitado ese permiso, pero la jefa de enfermeras prácticamente la obligó a hacerlo. Llevaba tres años trabajando de manera ininterrumpida desde que su abuela murió, no soportaba la soledad de su departamento y no era que no tuviera amigos, tenía muchos.

Sin embargo, nadie llenaba su soledad, solo la consolaba dedicarse día y noche a atener a los pacientes en el hospital y aquellas clínicas rurales a donde a veces viajaba para hacer servicio comunitario.

Intentaba mover un mueble algo pesado cuando escuchó que llamaban a la puerta, pensó que debía ser su vecina que se había extrañado por no verla salir como todos los días. Se acomodó algunos rizos que habían escapado de la coleta, alisó la blusa rosa que llevaba puesta y se ajustó los pantalones, solo usaba esa prenda dentro de su casa porque le resultaba más cómodo.

Sabía que, si llegaba a usarlas algún día para salir a dar una vuelta, seguramente la tacharían de desvergonzada y un montón de improperios más; caminó hasta la puerta y con una gran sonrisa en los labios giró el pomo abriéndola de par en par.

—Buenas tardes… —su voz desapareció al ver quién estaba al otro lado.

De inmediato su corazón comenzó a latir con tanta rapidez que su sonido parecía un zumbido, sus piernas se doblaron ligeramente y todo su cuerpo se estremeció al tiempo que sus ojos llenos de sorpresa se humedecían ligeramente. Estática en aquel lugar no podía hacer nada más que mirar a la persona que tenía en frente.

Cerró los ojos dejando libre un suspiro pesado, su barbilla tembló por el esfuerzo de contener las lágrimas al sentir que estaba a punto de llorar respiró profundamente para calmarse y cerró la puerta nuevamente.

Nathaniel quedó hechizado ante la imagen de Rosemary, aunque recordaba con exactitud cada detalle que había descubierto en ella de adulta cuando la visitó con Pandora, nada de eso lo preparó para la emoción que recorrió su cuerpo al saberla al fin frente a él.

Su belleza era tan maravillosa y la calidez que irradiaba tal, que su corazón salió disparado en una carrera alocada dentro de su pecho, golpeando con fuerza contra sus costillas, su cuerpo se estremeció ligeramente cuando hasta él llegó el intenso aroma a rosas que se desprendía de su piel.

Su mirada recorrió la esbelta figura sin poder evitarlo, aprovechando que ella había cerrado sus ojos, deleitándose con las largas y torneadas piernas envueltas por esos ajustados pantalones que llevaba puesto. La burbuja donde se encontraba se rompió abruptamente cuando ella cerró la puerta en su cara dejándolo desconcertado, ni siquiera lo dejó esbozar palabra, Rosemary apenas había dicho el habitual saludo de recibimiento y sin más lo había echado prácticamente.

Ella se apoyó de espalda en la puerta, si seguía de esa manera iba a terminar loca, no comprendía porqué le sucedían todas esas cosas, desde hacía unas semanas atrás no había dejado de soñar con Nathaniel, le parecía verlo en cada rincón al cual se volvía y hasta podía percibir

ese poder que solo sentía en su presencia rodeándola a cada instante.

Por ello era que se negaba a tomar sus vacaciones, sabía que al no tener nada en lo cual ocupar su mente, le daría más libertad y poder a todas esas cosas que le estaban ocurriendo y allí estaba, no se había equivocado. Lo peor que podía pasar había sucedido, imaginarlo llamando a su puerta estaba más allá de toda lógica.

«¡Qué estúpida eres, Rose! Él ni siquiera sabe dónde vives… ¿Cómo se supone que iba a llegar a buscarte? Además… ¿Qué vendría hacer a este lugar después de tanto tiempo?

Debía aceptar de una vez por todas su realidad, ellos tenían destinos separados y ya nunca más estarían juntos, debía aprender a vivir con la decisión que había tomado y conformarse. Se negó a llorar y estaba por regresar a su labor cuando sintió que golpeaban en la puerta una vez más, se acercó temblando.

—¿Puedes al menos permitirme saber cómo has estado todo este tiempo y verificar por mis ojos que sigues siendo la misma Rosemary que conocí desde niña? —preguntó Nathaniel con la voz ronca por el nudo que se había formado en su garganta, había hecho una promesa y no se rendiría tan fácil.

Rosemary tragó en seco sintiendo que el temblor en su cuerpo se triplicaba, los espejismos no hablaban y menos con la misma voz, era la voz de Nathaniel, podía reconocerla entre cientos, entre miles de voces, jamás olvidaría ese acento, su calidez, su peso y seguridad, como si fuese terciopelo acariciando cada palabra para dejarla salir después. Respiró profundamente obligándose a serenarse y abrió la puerta temerosa de que fuese una mala jugada de su imaginación.

—¿Nathaniel? ¿En verdad eres tú? —inquirió mirándolo con detenimiento y su corazón de nuevo se desbocaba.

—Hasta donde sé sigo siendo Nathaniel Gallagher…

—¡Nathan! —exclamó desbordando emoción y se le lanzó para abrazarlo, le rodeó el cuello con sus brazos al tiempo que hundía su rostro en las hebras cobrizas.

Él no pudo hablar, la emoción le robó la voz y en un acto reflejo envolvió a Rosemary entre sus brazos, elevándola unos centímetros del suelo y pegándola a su cuerpo al tiempo que hundía su rostro en la piel nívea del cuello, embriagándose con el perfume que se concentraba allí, todo era justo como lo recordaba, la suavidad, la calidez, la fragancia. Su corazón aumentó los latidos y sus ojos se había llenado de lágrimas.

—Te extrañé. —Fue lo único que logró esbozar y su voz se quebró, hizo el abrazo más estrecho, quería tener a Rosemary para siempre entre sus brazos.

—Nathan… yo también —pronunció con timidez alejándose poco a poco de él—. Perdona mi reacción, me dejé llevar por la emoción de verte… después de tanto tiempo, estás… estás distinto, te ves bien —agregó tomando distancia.

Había sido irracional lanzársele así, no podía actuar de esa manera, él estaba comprometido. Esquivó la mirada de Nathaniel y cuando se soltó de sus brazos sus piernas temblaron, pero ella se esforzó por no mostrar su estado.

—Supongo que los años no han pasado en vano, Rose… debo decir lo mismo de ti, te ves hermosa…

—¿Hermosa? ¡Por favor, Nathaniel, no mientas! Estoy hecha un desastre —acotó acomodándose el cabello, con una sonrisa nerviosa y bajó la mirada apenada, él lucía impecable.

—Un hermoso desastre si así lo deseas… pero preciosa como un ángel —esbozó acercándose a ella para poner un rizo caprichoso que se había soltado del peinado detrás de la oreja.

Rosemary dejó de respirar al sentir su cercanía, sus piernas temblaron y tuvo que hacer un

esfuerzo enorme para no cerrar los ojos, cuando Nathaniel deslizó su dedo hasta su barbilla y con suavidad ejerció presión para que levantara la cara y así verla a los ojos. Se perdió por completo en el azul infinito y brillante que tenían los ojos de Nathaniel.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que los viese tan de cerca, tantas noches soñando con ellos, mojando su almohada con las lágrimas que derramaba hasta que el amanecer la sorprendía y la certeza de haberlo perdido la golpeaba con tanta fuerza que su cuerpo quedaba hecho un ovillo en medio de la cama. Esos días en los cuales ni siquiera el sol alejaba el frío que se posaba en su corazón y su alma, aunque disimulara ante todos, por dentro llevaba una pena imposible de negar, al menos para ella misma.

Nathaniel sentía su corazón latir con tanta fuerza, que la sangre en sus venas corría con mayor intensidad, como hacía mucho no le ocurría, había pasado mucho tiempo sin ver los hermosos ojos grises que tiempo atrás fueron la luz que lo llenaron de felicidad.

La mirada de Rosemary fue la llama al final de ese túnel lleno de penumbras y frío donde vivió antes de conocerla, antes de que ella se acercara hasta él y le ofreciera su consuelo, jamás podría olvidar el vuelco que dio su corazón en cuanto sus ojos captaron la diminuta figura de un ángel, desde ese día lo supo, los ángeles existían. Rosemary era uno especial que Dios había enviado para salvarlo, para guiarlo y demostrarle lo que se sentía ser amado.

Acercó su rostro sintiendo cómo ella temblaba, pero no podía detenerse, necesitaba tenerla junto a él de nuevo, su calidez, su suavidad. Rosemary se tensó cuando le rodeó con uno de sus brazos la cintura, para relajarla deslizó la mano en una caricia lenta hasta el centro de la espalda, dedicándole una sonrisa al percibir que se estremecía y abría los ojos con sorpresa, tal vez al ser consciente de la reacción que su cuerpo había tenido.

Acortó la distancia y al ver que, Rosemary contenía la respiración, subió para dejar caer ese beso en la frente, aunque se moría por depositarlo en los suaves y llenos labios, su primera y única experiencia con ella le recordaba que debía ir despacio.

Rosemary suspiró sujetándose a la cintura de Nathaniel, sintiendo como si sus piernas se hubieran vuelto de trapo, quería pensar y actuar de manera correcta, poner distancia, pero al mismo tiempo rogaba al cielo que eso no fuese otro sueño, no quería despertar a la cruel realidad, no quería, no esta vez.

—Por favor, Dios… que no sea un sueño. —Hizo eco de sus pensamientos sin notarlo mientras deslizaba sus manos por la espalda de él y lo pegaba más a su cuerpo.

—No lo es… no lo es, Rose… déjame demostrártelo —pidió Nathaniel en un susurro, pegando su frente a la de ella.

Tenía los ojos llenos de lágrimas por las emociones que ese abrazo había despertado dentro de su pecho, subió sus manos en una caricia lenta y le acunó el rostro, acercándola a él.

Ella abrió los ojos ahogados en lágrimas y vio cómo los de Nathaniel se encontraban a punto de rebosarse, mientras ella estaba temblando al sentir el aliento tibio cubriendo sus labios. Una de sus manos se deslizó hasta apoyarse sobre el corazón sintiendo el latido desbocado, el mismo ritmo que poseía el suyo.

Una emoción estalló dentro de su pecho y sin palabras respondió a esa pregunta que podía apreciar en la mirada topacio, asintió con un movimiento apenas perceptible.

—Necesito escucharlo… deseo escucharlo, Rose, por favor necesito saber que lo deseas tanto como yo… que esta vez será perfecto —rogó y su cuerpo también temblaba.

—Bésame, Nathaniel —esbozó con voz apenas audible y al ver que la mirada de él se iluminaba haciéndose aún más hermosa, se animó a repetir su petición—. Bésame. —Su voz subió un par de tonos, deseaba demostrarle a él que estaba segura y no cometería el mismo error

de antes, que sabía que sería perfecto.

# Capítulo 42

Nathaniel agradeció a Dios en silencio por esas palabras que había pronunciado Rosemary, se aproximó a ella tan despacio que la distancia entre sus labios, aunque mínima parecía interminable, pero solo bastó que se diese el primer roce para que su mundo estallara en colores y se llenara de felicidad.

Las caricias eran tan sutiles, lentas, apenas toques que iban despertando cada fibra dentro de sus cuerpos, él tomó el labio inferior de ella primero con los suyos, brindándole pequeñas succiones para después acariciarlo con su lengua.

Rosemary dejó libre un jadeo cuando sintió la humedad de la lengua pesada y tibia paseándose por su labio, seduciéndola e invitándola a participar de ese intercambio tan maravilloso, avivando un fuego que comenzaba en su pecho y se extendía por todo su ser, bañando su piel de manera constante mientras sentía que se elevaba y ya sus pies no tocaban el suelo.

Ese beso no se parecía a ninguno que hubiera recibido de Arthur, o al menos así lo sentía ella, en práctica era quizás similar, pero no en esencia. Lo que Nathaniel la estaba haciendo sentir era sencillamente extraordinario, no tenía palabras para describir las emociones que le atravesaban el cuerpo.

Él aprovecho el jadeo que ella liberó para ocupar con su lengua ese pequeño espacio entre sus labios, con la punta comenzó a acariciar el labio superior, al tiempo que sus pulgares mantenían una caricia constante y suave en sus mejillas.

Quería que recordarse ese momento toda su vida, borrar aquel primer beso y todos los que recibió del que fuera su prometido. Deseaba que Rosemary viviese éste como si fuese el primero, como si sus labios dejasen de ser vírgenes en ese instante que se los entregaba con su consentimiento, que en lugar de tensarse cada vez se relajara más y poco a poco abandonaba la timidez y empezaba a participar, acariciando su lengua con cadencia.

Rosemary separó más sus labios dejándose envolver por ese maravilloso movimiento que Nathaniel le estaba entregando con su lengua, jamás imaginó que un beso pudiera despertar tantas emociones en su cuerpo, por no mencionar las sensaciones tan poderosas que hacían espirarles en cada rincón de su ser.

Sus manos se movieron como si tuviesen vida propia hasta posarse en los hombros de él, pero no se conformaron con estar allí quietas por mucho tiempo, así siguieron hasta encontrar su destino en la cabellera cobriza, enterró sus dedos en ésta dejando libre otro jadeo al sentir que seguía siendo exactamente igual a como la recordaba, suave y espesa, había soñado tantas veces con tocarla, con hacerlo de nuevo como años atrás.

Una hermosa sonrisa se dibujó en sus labios y en un gesto espontáneo comenzó a dejar caer sobre los labios de Nathaniel suaves besos, como aquellos que le daba a la fotografía de él que guardaba en su mesa de noche.

Nathaniel se emocionó al ver cómo ella se aventuraba un poco más a cada minuto, llevándolo a perderse en las sensaciones, embriagándolo con su dulce aliento y el suave roce de sus labios, por la calidez y la humedad del interior de su boca que le entregaba a momentos haciendo con eso que la deseara más.

Lo estaba haciendo temblar como un chiquillo, ni siquiera la primera vez que una mujer lo besó se había sentido tan nervioso y extasiado, solo quería que ese beso fuese eterno, que no se

acabara nunca, que solo continuara por toda la vida y fuera el preámbulo de la unión de sus cuerpos y sus almas.

Un par de minutos después sus bocas se abrían para acoplarse con maravillosa exactitud, los labios de él se deslizaban sobre los de ella, reclamando espacio, reclamando aquello que siempre había considerado suyo; sus manos descendieron por la delicada silueta femenina, acomodándola a una mejor posición y poder así beber de la fuente que era la boca de la mujer que amaba.

Su lengua se movió con cadencia rozando muy despacio para no asustarla, seduciéndola, buscando prologar el beso tanto como le fuese posible, temblando y sintiéndola temblar cuando los jadeos y los gemidos proclamaban cuánto estaban disfrutando, como no lo había experimentado nunca antes, ni siquiera en su caso contando con tanta experiencia.

Rosemary sentía que iba perdiendo control de su cuerpo a cada instante que pasaba, solo estaba de pie porque sus brazos se sostenían al cuello de Nathaniel y los de él la sostenían por la espalda, todo era tan íntimo, tan extraordinario, su corazón danzaba y cantaba lleno de felicidad, algo muy poderoso estaba creciendo dentro de ella, algo que la excitaba y la llenaba de miedo al mismo tiempo, tenía que detenerse ahora, tenía que hacerlo… pero no quería… ¡Por Dios, que no quería!

—Nathan… por… favor —esbozó de manera entrecortada.

—Rose, yo… yo no sé cómo decirte todo lo que llevo aquí en el pecho… no sé cómo empezar, son tantas cosas… tantas —expresó con la respiración agitada, pegando su frente a la de ella.

—Yo también… tengo cosas que decirte, pero…

Ella estaba aún aturdida por el poder del beso que Nathaniel le había entregado, ni siquiera sabía qué era eso que deseaba decirle. No, sí lo sabía, claro que lo sabía, pero también era consciente de que eso no era lo correcto.

—Tenemos tiempo… tenemos mucho tiempo para hablar. Ahora déjame besarte de nuevo, por favor, Rose… eres tan maravillosa, mucho más de lo que soñé —susurró perdiéndose en la mirada gris que brillaba llena de emoción.

Ella liberó un jadeo nuevamente cuando Nathaniel la acercó tomándola por la cintura y solo bastó un nuevo roce de sus labios para saber que no podía negarle eso que él pedía, pues ella también lo deseaba, lo había soñado por tanto tiempo… pero su conciencia no la dejó en paz, no le permitió disfrutar completamente las caricias y los besos que le entregaba, su cuerpo se fue tensando al ser consciente de que eso no estaba bien.

—Nathan… por favor espera… no podemos, esto no es correcto —le pidió intentando alejarse de él apoyándole las manos en el pecho, sintió cómo una corriente la recorría completamente ante ese toque aparentemente inofensivo.

—¿Qué sucede? ¿Hice algo mal? ¿Te incomodé, Rose? —preguntó completamente desconcertado mientras buscaba la respuesta viéndola con preocupación.

—No… no es eso… —contestó y se mordió el labio inferior.

Se había sonrojado, lo sentía en el fuego que se extendió por sus mejillas, sintió marearse al recordar los suaves movimientos de la lengua de Nathaniel sobre la suya, no había hecho nada malo; por el contrario, todo había sido maravilloso, incluso para creer que hubiese pasado, suspiró obligándose a concentrarse.

—Es solo que esto no está bien… ambos lo sabemos, no podemos hacer esto… ¿Por qué has venido? ¿Con que motivos has llegado hasta aquí? —cuestionó mirándolo a los ojos.

—He venido a buscarte… para hablar contigo sobre nosotros —respondió manteniéndole la mirada.

—¿Sobre nosotros? Pero si ya todo lo que debíamos decir quedó dicho Nathan… ambos lo

acordamos y así lo hemos cumplido, nos hicimos una promesa… —decía cuando él la calló con sus palabras.

—¿Acaso tú la has cumplido? ¿Has logrado ser feliz, Rosemary? —cuestionó acercándose a ella de nuevo, con marcado interés por la respuesta que esperaba.

—Yo, sí… claro Nathan, tengo una vida agradable, amigos, mi trabajo… no creo que necesite nada más para ser feliz… —contestó y después desvió la mirada al tiempo que se alejaba nuevamente.

—¿Sabes? Hay algo que me molesta muchísimo y es que me mientan; no, déjame ser más concreto, me molesta que tú me mientas. Pero claro yo no tengo ningún derecho a exigirte una verdad si no deseas dármela —decía endureciendo su expresión mientras ella lo miraba desconcertada—. Sin embargo, lo que más me enfurece es que pretendas hacerlo contigo misma, que te mientas a ti y finjas delante de todos que eres feliz, que tienes una vida perfecta cuando no es así, cuando sabes perfectamente que no es así —mencionó dejándose llevar por sus emociones.

Se sentía dolido al ver que Rosemary pretendía seguir aferrada a esa mentira sin sentido, aun después de que él se presentase allí, después de ese beso que compartieron y que demostró el amor que existía entre ambos, que le expresaba cuánto la amaba.

«Está bien, no lo dicho, pero lo había mostrado ¿O no?»

—Nathaniel… no entiendo por qué dices eso… porqué hablas de esa manera, yo no estoy intentando engañar a nadie, sabes que no me gustan las mentiras y además que soy muy mala para decirlas —esbozó haciéndose a un lado para escapar de la intensa mirada de él.

—Ciertamente eres pésima para decir mentiras… lo estás demostrando justo en este momento, pero no dejas de hacer el intento para engañarme, tal como lo hiciste esa maldita noche cuando te marchaste…

Su respiración se agitó y un intenso carmín le pintó el rostro al ser invadido por la rabia y el dolor, ese que le había lacerado el pecho durante años, él le estaba dejando ver todo y ella una vez más se mostraba tan impasible, como si no le importara.

—Tenía que hacerlo… sabes que tenía que hacerlo. —Se excusó ella luchando contra las lágrimas que intentaban ahogarla.

—¿Y también tenías que hacerme creer que no me amabas? ¡Cuando no era verdad! —reprochó Nathaniel mirándola con furia a los ojos—. Y yo fui tan imbécil que te creí, que verdaderamente pensé que lo nuestro solo había sido un tonto amor de adolescentes y que al final tú te habías dado cuenta de que tampoco era tan vital estar a mi lado… que podías seguir una vida perfecta, normal y feliz, aunque no estuvieses conmigo —expresó con la voz ronca por las lágrimas.

Se suponía que había llegado hasta allí para reconciliarse con Rosemary, para pedirle una oportunidad nuevamente y solo estaba lanzándole un alud de reproches, se estaba comportando como un estúpido, pero sentía que no podía detenerse, necesitaba desahogarse, sacar todo lo que llevó por tanto tiempo dentro del pecho. Siempre pensó que él la había amado más, que solo él se había enamorado y eso le dolía, eso lo mataba lentamente.

—Yo no lo hice por mal… —esbozó intentando demostrarle que no quiso herirlo—. Si me quedaba contigo no hubieras logrado cumplir tus sueños… ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que permitiera que dejaras de lado tus ilusiones de ser un gran pintor y te quedaras a mi lado siendo un don nadie como dijo tu padre? ¡¿Eso esperabas?! —preguntó en un grito, quería defenderse, pero más que eso, quería que él entrara en razón.

Nathaniel la miró desconcertado, ella sabía bien que no había nada más importante para él que

estar a su lado, que ni siquiera sus deseos de ser pintor sobrepasaban sus anhelos de tener una vida a su lado, de hacerla su esposa, eso lo hirió aún más y arremetió de nuevo.

—Jamás pensé que dejarte a ti fuese una opción…

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué cediste tan fácil Nathaniel? Solo bastó con que te dijera que hicieras la vida que junto a mí nunca tendrías para que tú me dejaras ir sin luchar por mí —expuso mirándolo con reproche y ya sus ojos estaban a punto de desbordarse—. ¿Por qué me ocultaste que estabas enamorado de Sarah? —preguntó bajando la mirada para no demostrarle cuánto le dolía eso.

—¿Que yo estaba enamorado de ella? ¡Por Dios Rosemary eso es absurdo! Yo jamás amé ni he amado a Sarah… y si no te dije nada fue porque sabía que, si tú te enterabas de los sentimientos de ella hacia mí, terminarías sacando conclusiones equivocadas, creerías que yo le di pie para los mismos, que motivé sus ilusiones y eso no era verdad… y aquí está la prueba —respondió haciendo un ademán con la mano y después se alejó dándole la espalda.

Ella intentó controlar un sollozo, pero no pudo, lo liberó junto con el llanto que se esforzó por hacer en silencio, se limpió las lágrimas y respiró profundamente para calmarse.

—Me llenaba de terror al pensar que quizás tú creías que había dejado de quererte, que me había fijado en Sarah… cuando no hice más que mantenerla al margen, incluso cuando ella me confesó que estaba enamorada de mí antes del accidente, ni siquiera me le acerqué para intentar consolarla o disuadirla, solo la mantuve lejos… no porque no me pareciese hermosa. —Se interrumpió dejando libre un suspiró mientras cerraba los ojos.

—Ella te gustaba y no tienes por qué negarlo… si eso no fuera verdad, ¿dime por qué te comprometiste con ella? ¿Por qué después de tantos años siguen juntos, viviendo prácticamente bajo el mismo techo? —inquirió mirándolo con rabia y dolor.

—Por estúpido, porque cedí ante el chantaje que me hizo mi padre a cambio de la libertad que tanto tiempo anhelé —tomó aire para armarse de valor y contarle todo a Rosemary.

La mención del duque captó su atención de inmediato, sabía que había influenciado en la decisión de Nathaniel, fue él quien le informó del compromiso con Sarah antes de partir de Londres.

—Después de la muerte de lord Greenwood, su familia quedó desamparada y con cientos de cuentas pendientes. Mi padre se ofreció a ayudarlas, pero solo si ellas dejaban Inglaterra, no estaba dispuesto a pagar las deudas de juego que adquirió el viejo y sabía perfectamente que si los acreedores se enteraban de su disposición para ayudar a la hermana de su mujer terminarían exigiéndole que pagara —explicó mirándola a los ojos para asegurarse de que ella lo escuchara.

—¿Y qué tenías tú que ver con todo eso? ¿Qué beneficio podía sacar el duque comprometiéndote con una familia arruinada? —preguntó desconcertada.

—Rescatarme… después de que tú dejarás Inglaterra yo me dedique a vagar por los bares más bajos de todo Londres para emborracharme, me metía en peleas todas las noches… ya no me interesaba nada, ni siquiera pintar aliviaba la pena que sentía —confesó esquivándole la mirada, sentía vergüenza al decir eso, pero sabía que debía hacerlo.

—¿Por qué hiciste algo como eso Nathan? —cuestionó con la voz colmada de dolor y las lágrimas rodando por sus mejillas.

Él se quedó en silencio manteniendo la cabeza gacha y ella posó un par de dedos bajo su barbilla para mirarlo a los ojos, pidiéndole que le respondiera.

—¿Qué sentido tenía una vida sin ti? Tú habías sido la única persona que me había mostrado amor y comprensión, pero de la noche a la mañana perdí todo eso… tú me lastimaste, Rosemary, me hiciste creer que el sentimiento que compartíamos no significaba nada, que yo no significaba

nada. —Le reprochó lleno de rabia y dolor.

—No fue mi intención… yo nunca quise… yo… no quería lastimarte ni hacerte sentir de esa manera, tenías que saber que no era así… tenías que saberlo, ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué pensaste que yo no te quería? —le preguntó acercándose a él.

—Porque eras demasiado buena para estar con alguien como yo… porque nunca nadie me había querido antes como lo hacías tú, aceptándome por quien era, sin desear cambiarme… con todos mis vicios, mis defectos… porque sencillamente siempre supe que eras demasiado para mí, que aspirar a tenerte era aspirar a mucho… porque los ángeles jamás se fijan en un demonio como lo era yo, un rebelde, un problemático… éramos tan distintos, tú eras todo lo bueno y yo por el contrario, todo lo malo… ¿Quién podía apostar por que tu amor no fuese solo compasión o lástima y yo lo hubiese confundido? —la interrogó mirándola a los ojos.

—Yo… yo lo hubiese hecho porque no era ni compasión ni lástima y porque tampoco soy ese ángel que pintas, ni un dechado de virtudes y eso tú muy bien lo sabes, si de rebeldes hablamos yo lo era tanto como tú, si de marginados se trababa bueno… solo los dos para hacernos compañía. ¿Acaso eras tan estúpido como para no darte cuenta de que lo que me movía a estar cerca de ti era algo más? —inquirió asombrada.

Nathaniel se quedó en silencio analizando la respuesta de Rosemary, que lo llenaban de la esperanza que había comenzado a perder al verla tan renuente, no habló pues deseaba que ella siguiese confirmándole con palabras que lo había amado.

—¡Por Dios si solo bastaba con que me llamaras para abandonarlo todo y correr junto a ti! No era mi lado de buena samaritana lo que me alentaba a estar a tu lado, te lo puedo asegurar —confesó sin desprenderse de la mirada de él un minuto, respiró profundamente para continuar—. Pero, se dio lo de Sarah y ante eso estaba atada de mano, ¿qué se suponía que debía hacer? Ella me amenazó con enviarme a la cárcel por el accidente si no me marchaba de la casa y me alejaba de ti haciéndote creer que no me importabas.

—¿Que ella hizo qué? —inquirió asombrado.

—Lo que escuchas, pero lo peor vino después cuando me negué a hacerlo, me amenazó con acusarte a ti también. Diría que ambos habíamos robado sus pendientes para fugarnos y que al vernos descubiertos por ella intentamos asesinarla.

—¡Dios santo! ¿Estás segura de lo que dices Rosemary? —preguntó una vez más sintiendo que el estómago se le encogía.

—Por supuesto, jamás inventaría algo así, Nathaniel y tampoco podía permitirlo… decidí sacrificarme por el bien de los dos, no me hubiera perdonado que te hicieran daño por mi culpa, mucho menos quise hacértelo porque —calló, bajando la mirada.

—¿Por qué? —Le preguntó Nathaniel tomándola por la barbilla para mirarla a los ojos.

—También eras importante para mí… pero yo era fuerte, tú me habías enseñado a serlo. ¿Recuerdas? «Nunca dejes de sonreír Rose, sonríe siempre porque tu sonrisa es más hermosa que el sol de primavera» Me lo dijiste la primera vez que me consolaste. Tus hermanos y los demás niños me habían hecho llorar porque no tenía papás y tú me defendiste —pronunció mirándolo a los ojos y suspiró sintiendo que un peso la liberaba con esa confesión.

—¿Lo has hecho Rose? —preguntó con la voz estrangulada—. ¿Pudiste sonreír de nuevo? ¿Lo haces todos los días? —La emoción de que hubiera cumplido esa promesa lo desbordaba.

—Sí, lo he hecho… aún en medio de las lágrimas me he esforzado por hacerlo, me esforcé por mantener mis esperanzas incluso la noche que te dejé, no tienes ni idea de lo que me costó tomar esa decisión que me estaba destrozando el alma y muchos de mis sueños… los sueños que tenía contigo se esfumarían en cuanto saliera de la casa de tu padre, todo había acabado —respondió

con lágrimas en los ojos y respiró profundamente.

—¿Por qué no hablaste conmigo? Tenías que haberme contado lo que estaba haciendo Sarah ¿acaso no te pedí que confiaras en mí? —cuestionó sintiéndose dolido y molesto.

—Porque no hubiera servido de nada, solo para agregarle más peso a tu carga. Renuncié a ti por amor y ahora vienes a reprocharme que no te quisiera o que solo te tuviera lástima —decía en tono aireado, herida por sus reproches—. Pues déjame decirte que estás completamente equivocado y que además eres un idiota… y… —Estaba a punto de hablar, pero un sollozo se lo impidió, se limpió con fuerza la lágrima que bajó por su mejilla.

—Es justo lo que deseaba escuchar… no te imaginas cuánto tiempo soñé con que escuchaba de tus labios que todo lo que sentíamos era real, que lo nuestro fue importante, que nos amábamos verdaderamente… que aún lo seguimos haciendo Rose —susurró acercándose a ella y apoyó las manos en los hombros para atraerla.

—Eso no tiene caso… ya no sirve de nada… porque yo no puedo hacerlo, no está bien que lo haga, tampoco que tú lo hagas… los sueños se quedaron en el pasado, se fueron —esbozó llena de dolor mientras dejaba que su llanto corriese libremente.

—¿No podemos hacerlo? ¿Estás segura de que no podemos amarnos Rosemary? —preguntó mirándola a los ojos y al ver que ella subía los suyos con rapidez para mirarlo desconcertada, le dedicó una sonrisa—. Te haré otra pregunta… y por favor te suplico que la contestes con la verdad, solo con la verdad.

Rosemary solo lo miró, pero el temblor que le recorría el cuerpo era demasiado intenso, podía jurar que, si no fuera por las fuertes manos de Nathaniel sosteniéndola, se encontraría en el suelo.

—¿Aún me amas Rosemary? ¿Todavía deseas estar a mi lado? ¿Quieres hacer realidad todos esos sueños que se quedaron dentro de tu alma? Perdón… fueron tres, pero si respondes a la primera me darás las respuestas de las otras dos —dijo mostrando media sonrisa, estaba nervioso y cuando se sentía así le daba por bromear con ella.

Rosemary lo miró fijamente, lo miró por lo que pareció una eternidad, recorriendo sus facciones, sintiendo cómo su corazón golpeaba con fuerza dentro de su pecho, intentando desesperadamente que al fin liberara lo que había ocultado por tanto tiempo, empujándola a rendirse.

A confesarle que lo amaba profundamente, que ese amor en lugar de disminuir con el tiempo y la distancia solo había aumentado, se sentía hechizada por esos hermosos ojos topacio, su respiración y todo en él era tan poderoso, no podía pensar, ni ver, ni oír o sentir algo más, todo lo abarcaba Nathaniel.

—Yo… ¿Por qué haces esto? ¿Por qué llegas aquí y me torturas de esta manera? Me besas y me abrazas haciéndome creer que todo esto puede ser posible, que puede haber un futuro para nosotros juntos cuando sabes que no es cierto… que ya estás comprometido con alguien más, que te debes a alguien más ¿Por qué me lastimas de esta forma? ¿Por qué? —preguntó en medio de sollozos y comenzó a golpearle el pecho con rabia.

—Porque puede ser posible, Rose, no estoy comprometido con Sarah, eso ha terminado, ella se fue… me dejó, se dio cuenta que yo no puedo amarla, que no puedo hacerlo ni siquiera con ella obligándome todos los días —dijo, deteniendo los ataques.

Rosemary lo miró a los ojos, buscando confirmar en su mirada que lo que le decía era verdad, rogando para que en verdad eso no fuera un sueño y que después despertaría a la cruel realidad.

—Yo solo he amado a alguien en esta vida y ese alguien eres tú, desde que te conocí siendo una niña, solo tú les diste luz y sentido a mis días y sin ti sencillamente nada tiene importancia, si continué luchando todos estos años fue por ti, por cumplir contigo, pero si te soy sincero nada de

eso me llenó, ni el éxito, ni los elogios, ni el dinero… nada, si tú no estás a mi lado yo no soy nada —expresó él rodeándola con sus brazos y mirándola a los ojos para impedir que escapara.

—No puedo creer que lo que me dices sea verdad… Sarah… ella… estaba enamorada de ti, es absurdo que se haya marchado dejándote. ¿Por qué lo hizo? —inquirió buscando sus ojos.

Se había llenado de felicidad al escuchar esas palabras, pero aún el temor no se alejaba de ella, Sarah no parecía ser de las mujeres que tomaban una decisión así, sin tener una razón muy poderosa, sin tramar algo más.

—Fue una decisión de ella, ni siquiera se despidió de mí personalmente, no hubo discusión, ni lágrimas, ni nada de eso, solo una carta, ella me dejó una carta donde me explicaba sus motivos y se despedía de mí… solo eso, si no crees en mi palabra puedo enseñártela —contestó y su voz estaba tensa.

—No… no he dicho que no te crea —dijo apenada al ver que lo había ofendido—. Es solo que… Nathan, no es fácil imaginar que algo así pudo haber ocurrido, que Sarah haya renunciado a ti por voluntad propia —dijo sumiéndose en sus pensamientos.

«Bueno, quizás no había sido por voluntad “propia” Rosemary, quizás lo que hizo Pandora influyó mucho en todo esto, pero eso es algo que nunca sabrás o a lo mejor sí, pero no por el momento, porque sé que de decirte todo terminarías pensando que he perdido la cabeza.»

Pensaba Nathaniel observándola en silencio.

—Sucedió, Rose y eso es lo que importa, no le demos más vuelta a esto, hemos perdido mucho tiempo atados a destinos que no eran los que deseábamos, puede que tú sí te sientas cómoda con la vida que llevabas, pero para mí no fue más que una tortura… —decía cuando ella lo interrumpió mirándolo.

—Te he extrañado, te he extrañado demasiado en todo este tiempo… y yo tampoco logré ser completamente feliz, no como lo fui cuando estaba a tu lado… pasé recordando y añorando lo que hubiera sido mi vida junto a ti. Te veía triunfar y me llenaba de orgullo, pero también de mucha nostalgia porque yo deseaba estar allí junto a ti, apoyándote… te extrañé demasiado —confesó con lágrimas y después se abrazó a él.

—Mi Rose, mi hermosa Rose… yo también deseaba lo mismo, aunque por el estúpido orgullo no lo reconociera, aunque por mis absurdos celos me estuviera condenando día a día a una vida sin sentido, lo que realmente deseaba y sigo queriendo es estar junto a ti.

—¿Supiste lo de Arthur? —preguntó un poco apenada. Lo vio asentir con un gesto de incomodidad en su rostro y fruncir el ceño, ella buscó de nuevo la mirada topacio que le había rehuido—. ¿Cómo te enteraste de ello? —inquirió de nuevo asombrada.

—Estuve presente en tu graduación… En cuanto llegué a América contraté los servicios de un investigador privado para que diera contigo, lo hizo una semana antes de que recibieras el título de enfermería, fui hasta allí y cuando me acercaba para felicitarte lo vi a él… a ustedes —respondió con la voz más ronca de lo habitual.

—Fuiste tú quien envió las rosas… —esbozó Rosemary, no fue una pregunta sino una afirmación, apoyó su mano en la mejilla de Nathaniel para hacer que la mirara a los ojos—. Mi corazón lo supo, supo que habías sido tú, le pregunté a Marcos cómo era el caballero que las había enviado y cuando él te describió quise salir a buscarte… quise hacerlo, pero la razón me detuvo, fui una cobarde —agregó dejando libre una lágrima que.

—Yo también lo fui, debí acercarme a ti y felicitarte personalmente, debí decirte que estaba allí, que estaba dispuesto a recuperarte… pero cuando el chiquillo me dijo que ese doctor era tu prometido yo… —dijo con los ojos también cristalizados, el dolor en su pecho no lo dejó seguir hablando, respiró profundamente para aliviar esa sensación—. Lamento haberte fallado tantas

veces, Rosemary, lamento no haber luchado por ti, por nuestro amor —pronunció, pegando su frente a la de ella.

Rosemary ahogó un sollozo en los labios de Nathaniel, temblando al tiempo que dejaba que sus lágrimas corrieran, había esperado tanto tiempo por ese momento, por tenerlo junto a ella de nuevo justo así. Había pasado años negándose sus sentimientos, esforzándose por ser feliz y olvidar a Nathaniel, pero el tiempo en lugar de borrar sus recuerdos los mantuvo vivos, así como el amor que latía dentro de ella con más fuerza que nunca y les pedía a gritos ser liberado.

Nathaniel gimió ante ese primer roce de los labios de Rosemary, ser besado por ella era maravilloso, llevó sus manos hasta el delicado cuello y lo envolvió al tiempo que se apoderaba de la pequeña y dulce boca de la mujer que amaba. Ella separó los labios para darle paso a un beso más profundo y él aceptó gustoso la invitación.

El beso fue cobrando intensidad a medida que se prolongaba, una de sus manos bajó en una caricia lenta por la espalda de Rosemary hasta anclarse en la delgada cintura, la pegó a su cuerpo ahogando un gemido de ella con su lengua.

# Capítulo 43

Seguían en el umbral de la puerta y el sonido de pasos en el corredor los hizo separarse, aturdidos y apenados miraron a la pareja de ancianos que salían de otro de los departamentos, pensando que habían sido descubiertos. Rosemary les dedicó una sonrisa, eran sus vecinos y salían todos los días a dar un paseo por el parque.

Ellos respondieron de la misma manera sin evitar posar sus miradas en el joven junto a la enfermera. La dama lo reconoció y una gran sonrisa afloró en sus labios, pero no quiso arruinar el momento que al parecer estaban viviendo, así que solo le hizo un guiño de ojo a Rosemary y continuó con su camino.

—Será mejor que pases… —pidió Rosemary una vez que la pareja subió al ascensor, de pronto sintiéndose nerviosa.

—Gracias —mencionó Nathaniel quien la miraba divertido por la reacción de ella al verse descubierta.

—Discúlpame, he sido una maleducada, no te invité a pasar y ahora no te ofrezco nada… no sé qué me pasa —esbozó sobando sus manos en la tela del ajustado pantalón que llevaba.

Miró horrorizada la ropa que traía y se quiso morir de la vergüenza, ella había visto las fotos de las glamorosas mujeres con las cuales la prensa había ligado a Nathaniel, todas hermosas y elegantes.

—Yo no cambiaría por nada del mundo la manera en la cual me recibiste, Rosemary —acotó él con una sonrisa ladeada mientras se acercaba a ella.

Disfrutó de ver el sonrojo que pintó las bellas mejillas de Rosemary y del temblor que se apoderó de su labio inferior, ése que se moría por rozar, por succionar y morder de nuevo.

Las palabras de Nathaniel trajeron el recuerdo hasta su cabeza y los nervios se intensificaron en su interior, le esquivó la mirada alejándose para caminar hasta el sillón que minutos antes intentaba rodar, con un ademán le indicó que se sentara y huyó a la cocina.

«Cálmate, Rose, pareces una tonta… él está aquí por ti, te dijo todas esas palabras que añoraste por tanto tiempo, no tienes porqué sentirte nerviosa ni insegura… si vino es porque te quiere.»

Se decía en pensamientos mientras sacaba dos vasos de cristal de los gabinetes para ponerlos sobre la mesa junto a la cocina, sacó la jarra con limonada de la nevera y pudo ver cómo sus manos también temblaban, así que se regañó de nuevo.

Nathaniel la observaba respetando la distancia que Rosemary parecía desear poner entre ellos, sabía que debía darle tiempo para asimilar la situación, él tenía ventaja sobre ella pues hacía apenas una semana que estuvo en ese lugar, aunque hubiera sido en sueños.

—Por favor, toma asiento, te serví limonada, debes estar sediento —mencionó luchando por parecer casual.

Le extendió el vaso mientras le sonreía y después tomó asiento ella, llevándose la bebida también a los labios, le dio un gran sorbo ya que en verdad tenía sed, no tanto por el esfuerzo físico de los quehaceres, sino por esa sensación que los besos de Nathaniel le habían dejado; sin embargo, se dio cuenta que su sed no era de esas que se calmaban con líquidos, sino con algo más.

No pudo mantenerle la mirada a Nathaniel, sentía que él la ponía muy nerviosa, esa mirada que le entregaba no era la misma que veía en sus ojos años atrás cuando eran apenas dos jóvenes que se entretenían hablando de cualquier cosa. En ese momento no podía ni siquiera llenar el silencio que se había instalado en el lugar, ya no lo miraba a los ojos, pero podía sentir sobre ella la intensidad de los iris topacio que le recorrían el rostro y el cuerpo.

—Pensé… que cuando nos encontráramos de nuevo tendríamos un montón de cosas que decirnos —pronunció ella de manera espontánea, buscando llenar el vacío de palabras.

—Yo pensé lo mismo —acotó Nathaniel dejando ver media sonrisa, se movió para acercarse a ella—. Aunque la verdad es que nunca necesitamos mucho de las palabras para comunicarnos, a veces solo bastaba una mirada para saber lo que deseábamos —agregó rozando con sus dedos el dorso de la mano de Rosemary—. O un simple toque para saber lo que sentíamos.

Ella elevó el rostro para verlo a los ojos, de inmediato los topacio se fundieron en los grises que mostraban una mirada plagada de esperanza, miedo, amor y muchas cosas más que le llenaron el pecho a Nathaniel de felicidad, se llevó la mano de ella a los labios y la besó.

—Nathan… —susurró con voz trémula.

Sentía tanto amor en ese beso y más allá de eso una devoción en la mirada de él que le estremeció el alma, se acercó y también posó sus labios en la fuerte mano de Nathaniel, la que casi cubría la suya por completo, dejó libre un suspiro cerrando los ojos cuando sus labios sintieron la calidez que brotaba de su piel y esos finos vellos que la cubrían, esos que eran tan suaves.

Nathaniel se sentía tan maravillado al tenerla de esa manera, tan cerca y mostrándole el mismo sentimiento que él llevaba dentro del pecho, todo parecía un sueño, un hermoso sueño que no deseaba que terminara nunca. Su mano libre viajó hasta el cabello de Rosemary y con suavidad comenzó a deslizar la liga que los sujetaba, quería sentir su cabello como antes, verlo libre y hermoso ante sus ojos.

—Eres tan hermosa —mencionó con sinceridad, sonrió al ver que ella abría los ojos y sonreía ante su cumplido.

Rosemary no encontró su voz para responderle, para decirle que él también era hermoso, que era el hombre más apuesto que hubiera visto en su vida. Solo conseguía mirarlo al tiempo que sentía que el corazón se le iba a salir del pecho y el deseo de besarlo se hacía más intenso a cada segundo, tal vez su mirada se lo estaba pidiendo porque lo vio aproximarse muy despacio y ella terminó de acortar la distancia que los separaba uniendo sus labios a los de él.

Nathaniel sentía cómo el deseo cabalgaba dentro de su cuerpo, cómo su respiración afanosa, la ligera capa de sudor que cubría su pecho y la tensión que comenzaba a mostrar su miembro, eran la prueba más fehaciente de lo que Rosemary provocaba en él. Fue bajando el ritmo de sus besos al ser consciente que, de seguir por ese camino, quizás no tendría la voluntad de detenerse y terminaría tumbándola en ese sillón, rogándole que le dejara hacerla suya.

Ella ya había sido besada antes, podía reconocer las sensaciones que ese intercambio despertaba en su cuerpo y todas estaban allí, pero triplicadas en intensidad, nunca la urgencia de mantener su boca unida a la de un hombre había sido tanta, ni su corazón había latido tan rápido; sin embargo, había algo más, una palpitación que se había adueñado del lugar en medio de sus piernas, de ese espacio tan íntimo que seguía siendo solo de ella.

—Rose… me estoy muriendo por hacerte mi mujer —esbozó sus pensamientos y de inmediato sintió la tensión apoderarse de ella, él se reprochó por haber sido tan directo, se separó tomándole el rostro entre las manos para mirarla a los ojos—. Me muero por entregarte todo el amor y la pasión que llevó dentro, pero me prometí que antes de eso te haría mi esposa y pienso

cumplirlo —expresó con sus pupilas siguiendo las de ella.

—Nathan yo… —Se detuvo para aclarase la garganta, su voz sufría los estragos de las sensaciones que la recorrían.

—Vine con esa intención Rosemary, vine hasta aquí para decirte que deseo tenerte a mi lado, que quiero formar esa familia que la vida nos negó, más a mí que a ti. Mi más grande deseo Rosemary White es ser el hombre que te haga feliz por el resto de tu vida —expresó con la voz ronca por las emociones bullendo en su interior.

Llevó una de sus manos hasta el bolsillo de la chaqueta para sacar la pequeña caja con el anillo que llevaba tres años esperando por ese momento, sus ojos seguían la mirada de Rosemary que estaba atenta a sus movimientos y cuando él abrió la palma de su mano mostrando lo que guardaba, con una hermosa sonrisa en los labios, ella lo miraba temblando y desconcertada.

—¿Deseas ser mi esposa, Rosemary White? ¿Me darías la oportunidad de demostrarte que puedo amarte con toda mi alma y mi corazón? ¿Que eres lo que más anhelo en la vida? —preguntó con su mirada clavada en la de ella, sintiendo su corazón latir fuertemente como si fuese una locomotora.

Rosemary liberó un grito y después se llevó las manos a la boca al ver el hermoso anillo dentro de la caja, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y el latido de su corazón se disparó. Olvidándose del anillo tomó el rostro de Nathaniel entre sus manos y comenzó a besarlo, una lluvia de besos que dejaba caer en los labios de él y eran interrumpidos por las risas de ambos.

—Rose… estoy esperando… una respuesta —mencionó Nathaniel en medio de los besos.

—Claro… claro —dijo ella intentando controlarse, una idea llegó hasta su cabeza e intentó mostrarse sería—. Aceptaré solo si dejas que yo también te dé lo mismo, si me dejas hacerte feliz y demostrarte que puedo ser la mejor esposa, cómplice y madre de tus hijos. Aunque sea una terca, entrometida y despistada… debes prometerme que me tendrás paciencia y me amarás cada día más, incluso si te hago rabiar, debes recordar siempre lo mucho que te amo y me perdonarás porque nadie te hará tan feliz como puedo hacerlo yo —esbozó con una amplia sonrisa.

—¿Algo más? —inquirió divertido, deslumbrado por el brillo que reflejaban las pupilas grises de su preciosa futura esposa.

—No, creo que eso es todo por el momento —mencionó sintiéndose muy feliz.

—Perfecto, ¿entonces tu respuesta es…? —Dejó en el aire la frase para que ella respondiera.

—¡Sí! No podría ser distinta cuando llevo años soñando con que algo como esto pasara —expresó emocionada y se le colgó del cuello para besarlo una vez más.

La emoción llevó a Nathaniel a tomarla por la cintura y sentarla en sus piernas igual que años atrás, ella no se tensó en ningún momento y él dio gracias internamente por eso, pensó que ese gesto impulsivo podría provocarle el rechazo de Rosemary. Le acunó el rostro entre las manos y se dispuso a besarla con amor, pero el sentimiento rápidamente comenzó a mutar y el deseo se instaló en ambos, dando paso así a la pasión que les calentaba la sangre.

—Nathan… —susurró ella con la respiración agitada.

—Lo siento… Rose. —Se disculpó alejándose lentamente de ella, tomó aire para sosegar los latidos de su corazón.

—No… no te pedí que te detuvieras —esbozó con timidez mirándolo a los ojos y rozando sus labios con la lengua.

—Rose… si no me detengo ahora no podré hacerlo más adelante, mi amor y yo quiero cumplir la promesa que te estoy haciendo, quiero hacerte mi mujer cuando seas mi esposa —mencionó esas palabras mirándola a los ojos, necesitaba escucharlas en voz alta para reforzar también su

postura.

Ella bajó la mirada sintiéndose apenada, no sabía por qué actuaba de esa manera, nunca se había mostrado tan desinhibida, ni siquiera a Arthur llegó a besarlo de esa manera y no quería que Nathaniel tuviera una imagen equivocada de ella.

—Rose… —Nathaniel le posó un par de dedos bajo la barbilla para elevarle el rostro y poder mirarla a los ojos—. ¿Deseas ser mi mujer ahora? —preguntó con el corazón cerrado en un puño.

La vio parpadear de manera nerviosa, pero se mantuvo en silencio y el temblor en su cuerpo aumentó, así como el ritmo de su respiración que hacía que sus pechos mostraran un vaivén. Él contuvo el aliento cuando vio en la mirada de ella la respuesta a esa interrogante, le atrapó la boca en un beso desesperado al tiempo que sus brazos la envolvían con fuerza pegándola a él.

Rosemary gimió ante el contundente asalto de Nathaniel y sus manos también se aferraron a él mientras sus caderas se movían para cerrar el espacio entre los dos y el roce de sus intimidades le envió descargas eléctricas a través de todo el cuerpo. Algo en su interior se volvió líquido haciendo más espesa la sangre en sus venas y antes de que pudiera reaccionar para ser consciente a lo que había accedido, Nathaniel se levantó llevándola con él.

—Voy a hacerte la mujer más feliz del mundo… por amarte y adorarte, voy a darte todo de mí, Rosemary. Todo —pronunció sobre los labios de ella que temblaban y se encaminó hasta la habitación llevándola cargada en su cintura.

Entraron a la habitación sintiendo sus cuerpos vibrar cargados de emoción y deseo. Rosemary se percató que Nathaniel había llegado hasta allí sin preguntarle cuál era su recámara, su departamento era pequeño, pero había tres puertas en el pasillo y él llegó a la correcta, era como si conociera el lugar.

—Mírame. —Le pidió él acunándole el rostro—. Rose, me estoy muriendo por hacer esto, pero necesito escuchar de tus labios que lo deseas tanto como yo… que tú también sientes lo mismo, quiero que esta vez sea perfecto, que sea como lo soñaste —expresó con la voz mucho más profunda mientras la miraba.

—Siempre que lo soñé… fue junto a ti —dijo sonrojándose y al ver que él se sorprendía le regaló una sonrisa tímida.

—Tu… ¿tu prometido y tú nunca…? —no consiguió hacer la pregunta porque solo pensarlo le dolía.

Sin embargo, no podía juzgarla ni esperar a que ella se hubiera mantenido casta para él. Rosemary era una mujer hermosa, deseable, además estuvo a punto de casarse, mantuvo una relación de dos años. Nathaniel intentaba crearse sus propias hipótesis para evitar que el golpe no fuera tan poderoso cuando ella le dijera que ya no era virgen, pero dentro de su pecho se había encendido una llama de esperanza cuando la escuchó decir ésas últimas palabras.

—No… siempre le dejé claro que deseaba esperar al matrimonio —respondió y sus mejillas se sonrojaron.

—Y entonces… ¿Por qué cedes conmigo? —inquirió sintiendo su corazón latir muy rápido.

—Porque contigo me descubrí mujer… descubrí el deseo cuando apenas era una chica y me pasaba horas observándote —dijo sonriendo ante el asombro de él, se acercó para apoyar su mano sobre el pecho de Nathaniel, mirándolo a los ojos habló de nuevo—. Porque he pasado tantas noches solitarias anhelándote y reprochándome no haberme entregado a ti antes… no haberlo hecho esa noche antes de abandonar el castillo de tu padre —aclaró mientras sus ojos se humedecían de nuevo.

—Rose —fue todo lo que pudo pronunciar, tomando el delicado rostro entre sus manos para besarla con amor y ternura.

—Te amo Nathan… siempre te he amado y siempre lo haré —confesó dejando correr sus lágrimas y abrazándolo con fuerza—. Solo tú puedes hacer que sea perfecto… haz que lo sea mi amor. —Le pidió rozándole los labios.

Las palabras fueron reemplazadas por caricias mientras Nathaniel la despojaba de su ropa, en medio de besos y gemidos las prendas fueron abandonando el cuerpo de Rosemary. Ella temblaba como si estuviera en medio de una tormenta de nieve, mientras sentía que sus manos le quemaban la piel, todas las sensaciones que la recorrían eran tan contradictorias como placenteras, dejó escapar un suspiro cerrando los ojos al sentir que sus senos quedaban al aire y el temblor de su cuerpo se hizo más intenso cuando él acarició con suavidad uno de sus pezones.

—Eres tan suave… tan hermosa —susurró en su oído, temblando y repitió el moviendo de su pulgar sobre la aureola al tiempo que le daba un beso en la mejilla—. Eres perfecta Rosemary White, te amo… te amo con toda mi alma —esbozó bajando por el terso cuello en busca de los hermosos senos.

Ella se aferró con fuerza a los hombros de Nathaniel para no terminar tendida en el piso de madera, mientras los labios de él le daban una de las experiencias más placenteras que hubiera experimentado alguna vez, cada roce de sus labios y su lengua sobre los pezones la hacía delirar.

Ni siquiera fue consciente del momento en el cual él había llevado hasta sus tobillos el pantalón que tenía puesto junto con su ropa interior dejándola completamente desnuda. Se estremeció con fuerza al sentir sus poderosas manos acariciarle las caderas y el trasero, mientras ella con los ojos cerrados no podía más que jadear ante las descargas de placer que la recorrían.

Cuando al fin se hallaron libres de prendas, se dedicaron a recorrer con sus miradas sus figuras. Rosemary no conseguía hacerlo con la misma desenvoltura que Nathaniel, ella se cohibía de posar su vista en aquellos lugares que estaban prohibidos para una señorita, en realidad uno en específico.

En sus años de enfermera nunca había visto a un hombre completamente desnudo, los baños en seco siempre los daban sus compañeras que ya estaban casadas pues la mayoría de las solteras se mostraban pudorosas. Así que era la primera vez que ella veía la parte íntima de un hombre y no lograba poner ni siquiera en pensamientos lo que sentía, por un lado, la curiosidad la llevaba a posar su mirada en la entrepierna de Nathaniel, pero por el otro, la vergüenza le hacía esquivarla y sonrojarse hasta sentir que sus mejillas ardían.

—¿Qué sucede, Rose? —preguntó él un tanto divertido al ver que ella cerró los ojos cuando se aproximó para abrazarla.

—Nada… es solo que… no me hagas caso, son tonterías —dijo luchando por mantener su mirada en los ojos de Nathaniel.

—¿Tonterías? Nada de lo que hagas, sientas o pienses serán tonterías para mí —expresó besándole el hombro.

Ella suspiró ante ese gesto y la caricia que él le dio en la espalda, se animó a deslizar sus manos de la misma manera, pero cuando llegó a la cintura de Nathaniel las detuvo. Sintió cómo los labios de él dibujaban una sonrisa sobre la piel de su cuello y se estremeció al tiempo que abría los ojos parpadeando.

—¿Por qué sonríes? —inquirió sintiéndose curiosa.

—Porque estoy feliz y porque tú sigues siendo mi Rosemary, la misma chica tímida y hermosa de la cual me enamoré —contestó tomándole el rostro entre las manos para mirarla a los ojos—. Mi preciosa Rose… no hay nada de malo en que nos veamos o nos acariciemos; ven, acércate más a mí, siénteme, Rose, y déjame sentirte mi amor. —Le pidió envolviéndola en sus brazos y besándola suavemente mientras la pegaba a su cuerpo.

Ella se tensó al sentir la presión dura y tibia de la erección de Nathaniel rozando su vientre desnudo, pero los besos de él la fueron relajando hasta que se olvidó de sus miedos y del pudor, lo abrazó haciendo más estrecha la unión.

Nathaniel sintió que Rosemary comenzaba a dejarse llevar por el deseo y con suavidad la fue bajando hasta dejarla tendida sobre la cama, él no perdió tiempo y se le unió de inmediato acostándose a su lado sin deshacer el abrazo, no la cubrió con su cuerpo para darle más tiempo a ese exquisito preámbulo y también para ganarse la confianza de su futura esposa.

Las sensaciones dentro de Rosemary cada vez eran más intensas y desesperada por sentirlo se acercó más a Nathaniel posando su pierna izquierda sobre la cadera de él, abriéndose y ofreciéndole sin palabras esa parte de ella que era lo único que faltaba por entregarle, pues él ya se había apoderado de todos los demás lugares de su cuerpo y de su corazón, que desde siempre le había pertenecido a él.

Nathaniel pudo percibir el calor que brotaba de la parte más íntima de ella y supo que su autocontrol pendía de un hilo, movió las caderas ejerciendo más presión y el roce de su pierna contra la intimidad de Rosemary, le dejó un leve rastro de humedad lo que indicaba que estaba lista para hacer de sus cuerpos uno solo.

—Mi amor… Rosemary, quiero hacerte mi mujer, quiero entrar en ti y hacer de tu cuerpo el mío, dame eso mi vida, dame el poder de alcanzar la gloria junto a ti. —Le rogó con la voz más ronca de lo normal y la mirada oscura, brillante.

—Quiero que seas mío, Nathan… y quiero ser tuya… ahora y para siempre, enséñame a amar mi amor, hazme complacerte… hazme hacerte feliz. —Su mirada estaba iluminada como lucero de medianoche, los labios trémulos y la respiración agitada.

Él no le respondió con palabras, sino con gestos; con cuidado la puso bajo su cuerpo amoldando la almohada para que Rosemary estuviese cómoda, apoyó sus antebrazos a cada lado y empezó a rozarse contra ella en un movimiento lento y armonioso, respirando por la boca, dejando que su aliento se estrellase en los labios entreabiertos que temblaban ante cada roce de su lengua.

Rosemary quería brindarle lo mismo y a momentos sacaba su lengua y se la ofrecía pidiéndole un beso, él se lo entregaba deleitando sus sentidos hasta hacerla gemir con descontrol. Podía sentir que él intentaba contenerse, que deseaba ir despacio procurando controlar las ansias, pero ella sentía que estaba enloqueciendo, que moriría si él no la hacía suya en ese instante.

Quería más, necesitaba más y ese roce que Nathaniel le ofrecía no era suficiente; por el contrario, hacía que empezase a sentirse desesperada, así que salió en busca de él, con lentitud comenzó a mover sus caderas, intentando seguir el ritmo que mantenía, haciendo el roce más cercano y exquisito, ella jadeó al sentirlo duro y caliente justo sobre los labios hinchados y húmedo de su intimidad, cerró los ojos gimiendo mientras todos los músculos de su cuerpo se tensaban ante la expectativa.

—Amor, por favor… Nathan… —susurró clavando sus dedos en la espalda poderosa y cubierta de sudor de él.

—Rose, relájate, mi amor… debes estarlo para que sea más fácil, no quiero lastimarte. —Le hizo saber con preocupación.

—No lo harás… no lo harás, Nathan… tómame ya… te necesito por favor —esbozó de manera entrecortada.

Lo envolvió con sus piernas, dejándole ver su necesidad mientras se deleitaba con la perfección de su rostro bañado por las luces doradas del sol que marcaban el final de un día.

—Te amo Rose… te amo —susurró él buscando la pequeña y dulce boca que se había vuelto

su adicción.

Le entregó un beso cargado de amor y ternura sintiendo cómo se derretía bajo él, eso lo animó a continuar pues sabía que Rosemary estaba completamente relajada, con suavidad comenzó a abrirse espacio en su interior, entrando de a poco, sintiendo eso que podía jurar era lo más extraordinario que hubiese vivido.

Llegó a ese lugar que debía conquistar para proclamar a Rosemary como suya, únicamente suya, su mujer, su amante. Buscó la mano que ella tenía apoyada en su hombro y la tomó entrelazando sus dedos para posarla encima de la cama al lado de la cabeza de Rosemary, quien abrió los ojos ante el gesto de él.

Rosemary vio cómo sus dedos se entrelazaban de manera perfecta y supo lo que ese gesto significaba, asintió en silencio a la petición que Nathaniel tenía en la mirada y mostró una gran sonrisa al ser consciente de que su sueño se haría realidad, que sería Nathaniel el hombre que la haría mujer.

—Te amo Nathaniel y siempre lo haré, toda la vida… Ahora puedo decirlo y sentir que es verdad. Eres mío… eres mío —expresó emocionada buscando los labios de él para perderse en ellos una vez más y su cuerpo estuvo listo para entregarse.

Nathaniel sintió latir su corazón como nunca antes, la envolvió entre sus brazos y se dejó llevar por ese beso que Rosemary le entregaba, confirmando en su interior que ella también era suya, lo había sido siempre, siempre.

Ambos dejaron libres exclamaciones de satisfacción, gimieron y temblaron cuando al fin sus cuerpos se unieron todo lo íntimamente que podían estarlo, ella se aferró con fuerza al hombro de Nathaniel mientras la mano que se hallaba unida a la de él hizo lo mismo.

El dolor que le provocó el desgarre de su himen no fue tan intenso como le habían comentado algunas de sus amigas, solo sintió la presión que ejerció el miembro de Nathaniel para llegar hasta el fondo y una leve molestia cuando intentó moverse de nuevo. Ella gimió indicándole que se mantuviera quieto un instante y él lo comprendió enseguida porque así lo hizo.

Nathaniel comenzó a darle suaves toques de labios mientras esperaba a que se acostumbrara a sentirlo en su interior, sentía los latidos de su corazón a lo largo de todo su cuerpo mientras contenía sus deseos de darle rienda suelta a la pasión. De pronto la consciencia de lo transcendental de ese momento se apodero de él y la felicidad estaba a punto de desbordarlo y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras se abrazaba con fuerza a ella.

Rosemary se sintió lista para continuar con la entrega al percibir que el dolor había cedido y que las ansias se hallaban instaladas en su cuerpo de nuevo, moviéndose de manera acompasada bajo Nathaniel lo instó a seguir mientras sus labios dejaban libre gemidos y jadeos.

La pasión se desató haciendo estragos en ambos cuando el deseo se hizo primordial y comenzó a apurarlos para que continuasen con la entrega y así alcanzar juntos el clímax que resultó ser más una liberación, un latir de corazones desbocados, una explosión de emociones y sensaciones, la creación de un mundo solo para los dos.

Un concierto de palabras cargadas de amor que era la más dulce melodía para ambos fue lo que siguió a esa primera entrega. Una sensación de plenitud absoluta y extraordinaria los envolvió al igual que lo hacían los rayos de sol que entraban a la habitación manteniendo la calidez de sus cuerpos, de sus corazones y también de sus almas que a partir de ese instante quedarían unidas para siempre.

Se mantuvieron abrazados mucho después de recuperarse del orgasmo que se los llevó unidos y sin notarlo el sueño se apoderó de ambos por varias horas.

Despertaron tan relajados como podían, aunque ninguno de los dos pudo disimular la zozobra

que los embargó cuando lo primero que hizo Rosemary fue abrazarse con fuerza a él. Sonriendo al comprobar que eso no fue un sueño, que Nathaniel estaba junto a ella, que la había hecho su mujer y le había pedido que fuera su esposa.

Se bañaron juntos después de que Nathaniel lograra convencer a Rosemary de hacerlo, asegurándole que no había nada de malo en ello. El deseo hizo de las suyas de nuevo mientras estaban bajo la regadera y aunque él se había propuesto controlarse para dejar que ella se recuperara, fue Rosemary quien no le dio tregua, sus besos lo excitaban, pero lo hacían aún más esas ganas que podía ver en ella de entregársele, era como si quisiera recuperar el tiempo que habían perdido estando separados y él no contaba con la fuerza de voluntad para negarse al placer de hacerla su mujer una y otra vez.

—Estoy hambrienta —dijo mientras lo secaba con una toalla.

—No me extraña en lo absoluto —indicó él, sonriendo con picardía al tiempo que envolvía el hermoso cabello dorado con otra toalla, la vio sonrojarse y le dio un suave beso en los labios.

—¿Es normal? —preguntó ella intentando superar su vergüenza por verlo desnudo.

—¿Qué? —contestó él con una interrogante, mirándola.

—Que te desee tanto —acotó y después se mordió el labio.

Él liberó una carcajada sintiendo que esas palabras le alegraban el alma, la envolvió en sus brazos dejando caer una lluvia de besos en esos deliciosos labios que no podía dejar de desear.

—La pasión es así, Rose, es algo que no podemos controlar, que nos sobrepasa y nos hace desear más y más. Yo también te deseo de igual manera, justo ahora quisiera llevarte a la cama para hacerte el amor de nuevo —confesó y sonrió con picardía al ver cómo ella abría los ojos con asombro, rozó su nariz con la pequeña de la mujer que amaba—. Esto es amar, Rose, es intenso, es tan necesario como respirar y capaz de hacernos volar; hoy lo he descubierto contigo… gracias por hacer que fuera perfecto para mí.

Ella se quedó mirándolo y sus ojos se llenaron de lágrimas, esta vez no eran de dolor o nostalgia, sino de una infinita felicidad, no podía creer que todo eso estuviese sucediendo en verdad, era demasiado maravilloso para ser real. Se acercó a Nathaniel y lo amarró en un abrazo para después depositar un par de besos en esos labios que sentía tan suyos como lo era él, después buscó la mirada topacio mientras le acariciaba el pecho.

—Gracias, mi vida, por volver a mí —susurró con emoción.

—Gracias a ti por esperarme y seguir amándome con la misma intensidad que te amo —esbozó y la besó de nuevo.

# Epílogo

Un suave olor a flores de lavanda fue sacándola del profundo sueño donde se encontraba, sin abrir los ojos fue consciente de las delicadas mantas bajo ella, de la calidez de los rayos de sol que indirectamente bañaban su cuerpo, sobre todo, que resaltaban la sensación de paz que la embargaba, era como si estuviese flotando, como si fuese tan ligera como una pluma.

Muy despacio fue abriendo sus párpados, pero la brillante luz que inundaba el lugar le hizo cerrarlos de nuevo para no lastimar sus pupilas. Pandora se asombró, pues hacía años había dejado de sentir cosas como esas, todo en ella se había fortalecido a tal extremo que nada podía hacerle daño, al menos no físicamente.

Se incorporó despacio al tiempo que parpadeaba para ajustar su vista a la luz que reinaba en el lugar, ese espacio no le resultaba familiar, telas blancas que no podía ver de dónde salían cubrían las paredes hasta el piso, que también estaba cubierto por éstas, pero sobre ella no había un techo que pudiese apreciar, todo era tan resplandeciente que intentar descubrirlo le cansó la vista.

Se sentó sobre el enorme lecho donde había descansado y hasta ahora notaba que su ropa era distinta a la que estaba usando la última que estuvo consciente. Tenía puesto uno de los conjuntos que usaba en los días de verano cuando vivía en la Provenza.

Su cabello también estaba recogido de igual manera e incluso su piel lucía con el mismo tono, uno bastante saludable comparado con la palidez que la cubrió la última vez que vio sus manos, la presencia de la sortija de bodas y la de compromiso la sorprendió, siempre las llevaba, pero por una extraña razón no se esperaba que aún las siguiese conservando, no en el lugar a donde se suponía iría después de liberar su último suspiro.

Todo eso le resultaba muy extraño, algo en su pecho pareció despertar y ya no pudo seguir inmóvil en ese lugar, por lo que se puso de pie y comenzó a caminar, justo frente a lo que parecía la puerta respiró profundamente para llenarse de valor y salir de ese lugar, sentía que debía hacerlo, algo en el exterior clamaba por ella. Un olor familiar empezó a inundar su olfato a medida que avanzaba, la calidez se hacía mayor y una suave brisa recorría el lugar moviendo ligeramente su ropaje y cabellos

—¡Dios! —exclamó Pandora ante el paisaje frente a ella.

Su mirada desesperada comenzó a buscar por cada rincón para verificar que eso no era un cruel truco. Se encontraba en el castillo de la Provenza, pero no lucía igual a como lo había hecho en los últimos años, sino como era otrora cuando su familia lo habitaba y eran tiempos felices.

Despacio caminó por el largo patio trasero, sus pisadas apenas tocaban el piso de adoquines, fue bordeando el lugar hasta llegar al ala este, aquella que daba al inmenso jardín que bordeaba parte de la estructura de madera y piedra, donde campos de lavanda se extendían hasta donde la vista podía alcanzar en primavera.

Su mirada se paseó por ese espacio, entre emocionada y temerosa, buscando, añorando; cuando al fin captó el sigiloso movimiento de dos figuras que jugaban a las escondidas en éste, las identificó de inmediato y pudo sentir que todo su mundo se tambaleaba y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos. Se llevó las manos al rostro para poder ahogar los sollozos, llena de dolor y felicidad, una emoción tan contradictoria e intensa que sentía no podía soportar.

—Esto no puede ser… no es verdad… no lo es… ¿Qué clase de crueldad han preparado para castigarme? ¿No pagué lo suficiente acaso? —se preguntó mientras lloraba.

Tristán sintió la presencia de su mujer en el lugar y su corazón de inmediato se agitó con fuerza, sus manos temblaron al ser consciente de las dudas y el dolor que embargaban a Pandora, podía sentirlas como si las estuviese viviendo. Él se había unido a ella de una manera especial y única al recibir su alma, al punto que sentía lo mismo.

Sabía que eso no sería fácil para ella, que quizás le costase creer lo que había sucedido y que la pesadilla que por tantos años vivió al fin había acabado; sin embargo, se esforzaría por devolverle la felicidad y la esperanza que una vez tuvo, se había prometido cuidar de ella y evitar que sufriese de nuevo, había cumplido con parte, pero le toca la más complicada, lo sabía.

—Dorian… ven acá, mira quién ha despertado. —Llamó a su hijo y con una sonrisa le indicó que mirase hacia delante, donde se hallaba la figura de su esposa.

—¡Mami! —exclamó el niño con una gran sonrisa.

Y antes que Tristán pudiese detenerlo para explicarle que tal vez ella se encontraba un poco aturdida y quizás no lograría reconocerlo, el niño salió corriendo. Él se llenó de miedo, no sabía la reacción que podría tener Pandora, por lo que podía sentir sabía que ella no lograba dar crédito a todo eso y pensaba que era una treta despiadada de alguien para castigarla por sus pecados. No quería que le causase daño a Dorian o que dijese algo de lo que después podía arrepentirse, así que se puso de pie e intentó hacer contacto visual con ella.

—Por favor, Pandora, mírame —pidió y como si pudiese escucharlo elevó su rostro y sus miradas se encontraron.

—No eres tú… no es verdad… no es verdad —se repetía ella en medio del llanto, con su mirada clavada en la topacio.

—Lo soy… lo soy, mi vida, por favor no te encierres en ti misma, estoy aquí para cuidarte —habló con un tono de voz que ella no podía alcanzar a oír, al menos eso pensaba.

Cuando vio a Pandora posar su mirada sobre su hijo, pudo ver que el semblante de ella cambió, se iluminó lleno de esperanza. No quiso acercarse a ella en ese momento, debía ir haciéndola consciente que todo eso era su realidad, pero con calma, él debía hacerle todo más fácil, así como su mujer se lo hizo a él cuando conjuró aquellas palabras para hacerlo ocupar el cuerpo de Nathaniel Gallagher.

Pandora intentó alejarse, pero Dorian ya llegaba hasta ella, corría con los brazos abiertos y una gran sonrisa, con esos ojos que eran iguales a los de Tristán desbordando amor y felicidad, brillantes como dos luceros.

Ella no tuvo el valor para marcharse, si eso era una farsa después pagaría el precio que tuviese que pagar, pero no podía negarle a su hijo el abrazo que le pedía, ni mucho menos negarse ella misma eso que tanto había extrañado.

Se dejó caer sentada, abrumada ante las emociones que ver a su hijo de nuevo le causaban, siempre lo había mantenido presente en su corazón, sus hermosos ojos azules aún seguían grabados en su mente, sus pequeñas manos, sus mejillas sonrojadas, su suave cabello castaño, la sonrisa que había heredado de su padre, todo estaba allí de nuevo, intacto. El recuerdo no podía tener la misma perfección que poseía la realidad y justo en ese momento lo comprobaba.

—¡Mami! ¡Mami, ya estás despierta! —mencionaba Dorian al tiempo que extendía sus brazos para rodearla.

—Sí, mi bebé, ya estoy despierta… estoy aquí contigo, te extrañé tanto, Dorian… tanto, mi pequeño… —decía mientras le besaba las mejillas y lo amarraba con fuerza en un abrazo.

—Papi me dijo que pronto despertarías, pero yo empezaba a creer que no sería así, te hablaba y tú no te movías, no abrías los ojos, no hacías nada… y yo me sentía muy triste —confesó con los ojos inundados en lágrimas.

—Lo siento, mi vida… de verdad lo siento, yo quería estar aquí, junto a ti… mi hermoso bebé —ella se quedó en silencio solo mirándolo, acariciándole el rostro, besando sus manos.

De verdad no podía creer que todo eso fuese real, que su hijo estuviese otra vez frente a ella, entre sus brazos. Nunca se había sentido tan feliz y triste al mismo tiempo, la nostalgia que la embargaba por haberlo perdido hacía tanto tiempo la estaba destrozando, quería creer que esta vez nada ni nadie los separaría.

Sin embargo, sabía que no sería así, quizás en un acto de piedad Gardiel la había reunido con su familia una última vez, pues estaba segura de que no había logrado salvar su alma, que Hazazel no le había permitido liberarla por completo.

Igual nada de eso le importaba, en ese momento lo único importante era su familia, solo ellos dos. Dorian y Tristán fueron sus razones para vivir, ellos habían hecho de su vida un cuento de hadas maravilloso y se arrepentiría siempre de haber tomado la decisión equivocada, de haberse escudado en el odio para cobrar venganza y hacer justicia con sus propias manos, esa decisión solo le dejó un gran vacío y le había arrebatado lo más valioso de su vida por segunda vez.

—Te ves muy bonita… papi todos los días se pasaba horas besándote… y yo le pedía que me dejara hacerlo también —mencionó Dorian acercándose para besarle la mejilla.

—Es mi turno ahora de llenarte de besos a ti —expresó dejando caer una lluvia de besos en el pequeño rostro de su hijo.

Un sollozo rompió con fuerza la presa que sostenía sus lágrimas al recordar esa última noche cuando lo tuvo así entre sus brazos, empezó a llorar amargamente. Lo abrazó con ímpetu mientras lo arrullaba intentando borrar de su cabeza aquella imagen de verlo inerte entre sus brazos, quería que el dolor se fuese de una vez.

—Mami, no llores… no me gusta, tus ojos se ponen feos, no llores —Dorian llevó sus manos hasta las mejillas de su madre.

El puchero que se formó en sus pequeños labios le indicó a Pandora, que estaba a punto de llorar también mientras sus ojos topacio mostraban el dolor por verla así.

—No lo haré… te prometo que no lo haré más, mi príncipe, mami está bien y está muy feliz de tenerte, te amo con toda mi alma Dorian, eres el regalo más hermoso que Dios pudo darme.

Tristán se había acercado hasta ellos lentamente, procurando no romper ese momento que era tan preciado para su mujer, podía sentir cómo poco a poco el miedo dentro de ella se iba desvaneciendo. Su corazón latía lleno de felicidad al ver cómo Pandora recibió en brazos a su hijo, comprobando que eso no era un sueño, que era su realidad.

Evidentemente no terminaba de comprender que lo sería para la eternidad, él podía sentir todo eso pues más que nunca estaba unido a su mujer, compartían almas, esa fue la condición para que ella pudiese permanecer allí, que parte del alma de él fuese de ella y la de ella de él, poder así compartir cargas y culpas, era la única manera de redimirla y Tristán no pensó dos veces para ayudar a su mujer con ese peso que la invadió por casi dos siglos.

—Pandora… mírame —pidió con una infinita ternura en su voz, poniéndose de cuclillas a su lado buscó los ojos de su esposa.

—No entiendo nada —confesó ella, comprendiendo de forma inexplicable que él estaba al tanto de todo lo que había sucedido y su mirada así se lo confirmaba.

Lo sospechó cuando la última noche que lo conjuró para que ocupara el cuerpo de Nathaniel. Él le pidiera su alma mientras hacían el amor, la angustia y el dolor en la mirada de Tristán esa noche se lo dejaron saber, aunque ella se negó a creerlo.

—Eso ya no importa… nadie te hará daño nunca más, mi vida —mencionó él acercándose a ella para acariciarle la mejilla.

—Papi y yo te protegeremos, mami… ¡Somos tus caballeros andantes! —esbozó el niño mirándola a los ojos y subiendo para darle un beso en la mejilla.

—Lo son, mi príncipe. —Le extendió su mano a Tristán y le regaló una sonrisa en medio de las lágrimas, liberando un suspiro.

Dorian les entregó a ambos la más hermosa de sus sonrisas y rodeando con sus pequeños brazos los hombros de su madre se dispuso a escuchar el latido de su corazón.

También le gustaba escuchar el corazón de su padre, pero se sentía más cautivado por el de su madre, era como si cada latido fuese una nota de piano para sus oídos, de repente cerró los ojos y cayó en un profundo sueño, arrullado por el ritmo armónico.

Tristán podía ver que ella luchaba por hacer ese momento agradable, por alejar la tristeza que la embargaba, aún no terminaba de creer que todo fuese real. Era cierto, no era una realidad terrenal, pero sería la que tendrían en adelante y debía hacer que Pandora la aceptase, ella se la merecía, él había luchado con todas sus fuerzas por conseguir el perdón de su esposa.

—Todo esto es verdad, no dudes más… por favor Pandora, tócanos… míranos… somos tu familia —le pidió llevándose la mano de ella hasta su mejilla para que lo comprobase.

—¿Por qué? ¿Cómo puedo estar aquí? —inquirió sintiendo que una pequeña y cálida luz de esperanza nacía en su corazón, sentir la piel de Tristán la hacía creer.

—Porque tú me entregaste tu alma, me la disté la última noche que pasamos juntos y yo la guardé, ya no hay más pacto, no hay condena, no hay juicios…

—Eso no puede ser… yo… yo hice cosas terribles, me volví un ser… —Se detuvo incapaz de confesarle a su esposo el monstruo en el cual se había convertido, menos delante de su hijo, respiró profundamente y le dejó saber su condena—. No existe un perdón para mí, no después de haber renegado como lo hice, ni de haber tomado venganza, nunca debí proceder de esa manera, tarde lo entendí, lo sé y también sé que ya no podemos hacer nada… lo que te hayan dicho o te hayan hecho creer, no pasará… nunca pasará —agregó con lágrimas en los ojos, intentando no temblar mucho para no despertar a su hijo.

—Pues está pasando, estás aquí con nuestro hijo y conmigo, sé que cometiste muchos errores, soy consciente del peso y también de la pena que crees merecer, pero también de todo lo que sufriste, de cada una de las cosas que debiste enfrentar sola —calló al ver que ella bajaba la mirada avergonzada.

—Yo no te juzgo Pandora, nunca lo haría porque te conozco y sé que te viste obligada a todo eso… Gardiel estuvo aquí y presentó un testimonio, intercedió por ti para que obtuvieses el perdón… ése por el cual rogaste cuando estabas agonizando… «Todos somos merecedores del perdón si nos arrepentimos de corazón» esa es la principal premisa de Dios. Nuestro Dios es bondadoso y justo, nunca abandona a sus hijos… ¿Recuerdas que lo decías? Pues es verdad, Pandora, Él no lo hizo, pero hay leyes que no deben ser forzadas, todos debemos seguir un camino, aunque resulte más difícil para algunos que para otros —explicó mirándola a los ojos.

—¿Por qué nosotros? ¿Por qué de esta manera entonces? ¿Por qué tanto dolor? —preguntó ella con gran pesadumbre.

Miró a su pequeño hijo que se había quedado dormido, lo acomodó en su regazo sintiendo ese extraordinario peso que tenía mucho tiempo sin percibir, la calidez de su pequeño cuerpo.

Cada vez que su mirada se posaba en él le parecía mucho más increíble todo eso, que él la reconociese, que la estuviera esperando como si nunca se hubiese separado de ellos, como si solo hubiera estado dormida por unas horas. Elevó su rostro y buscó con su mirada la de su esposo, aún no terminaba de comprender, quería creer, en verdad quería hacerlo, pero después de todo lo vivido eso le parecía demasiado extraordinario.

—Los mejores soldados de Dios son los que mayores pruebas reciben, es cierto que tú renegaste de él muchas veces, que te alejaste de su camino, pero jamás dejaste de llevarlo dentro de tu corazón, cada vez que recordabas a Dorian también agradecías por el milagro de haberlo concebido, cada vez que pensabas en mí agradecías a la vida que me hubiese puesto en tu camino… todo eso lo hizo Dios y era a quien exaltabas, aun en medio del odio —dijo mientras le acariciaba los nudillos con mucha ternura.

La voz de Tristán era tan serena que ella empezaba a hacerse a la idea que todo podía ser posible, escuchar de sus labios que Gardiel había intercedido por ella también le confirmaba que el ángel había cumplido con su palabra, de que lo haría si tenía la posibilidad de salvar su alma.

Ella había empezado a ayudar a muchas personas a espaldas de Hazazel, evitaba que la corrupción del ser humano cometiese crímenes atroces, salvaba a mujeres y niñas indefensas de ser objeto de abusos y torturas, evitaba que hombres de bien y padres de familia fuesen asesinados por las manos despiadadas de ladrones. No se manchaba las manos de sangre, hacía mucho que había dejado de hacerlo, Gardiel le había mostrado otra forma de hacer justicia sin tener que arrebatar vidas.

«Esto es lo que hacemos los soldados de Dios»

Le había comentado alguna vez y ella le respondió con ironía, pudiendo ver un gesto de dolor en el rostro de su amigo y ese dolor también la alcanzó a ella, pues ya no quería seguir siendo una marginada de la gracia de Dios, aunque se lo negase en el fondo quería volver a ser parte de su rebaño. No obstante, si todo era cierto y había obtenido el perdón de Dios, estaba segura de que no solo fue por la intercepción de Gardiel, algo le decía que Tristán también había tenido mucho que ver.

—Aquí nadie te hará daño nunca más, Pandora, nadie tendrá el poder para quebrar tu voluntad, este es el cielo que nuestro Padre nos ha entregado, este es el lugar donde descansarás, el que tenías destinado… siempre fuiste más creyente que yo, siempre tenías que pedirme que oráramos juntos porque yo lo olvidaba, le enseñaste a hacerlo a Dorian… si nosotros estamos aquí, tú también mereces estarlo —mencionó mirándola a los ojos.

Ella no supo qué decir, dejó caer todas las murallas que se habían erguido a su alrededor durante tantos años, las lágrimas inundaron sus ojos y segundos después corrían por sus mejillas, se acercó a su esposo para acariciarle el rostro, mirándolo con tanto amor como le era posible.

Él llevó la mano de Pandora hasta sus labios para darle un beso profundo, cargado de devoción, de ternura, acercó su frente a la ella y las unió mientras cerraba los ojos y liberaba un suspiro, feliz por saber que al fin su esposa le creía, que ella aceptaba el maravilloso regalo que le había entregado el Señor.

Después de unos minutos ambos estaban con sus manos entrelazadas, no necesitaban hablar, sus miradas lo hacían por ellos, mientras ella de vez en cuando acariciaba con su mano libre el cabello de su hijo y le daba besos en la frente, no se atrevía a cerrar los ojos, no quería perderse un solo instante de esa escena.

—¿Quieres que lo cargue? —preguntó Tristán viendo cómo ella se movía y pegaba a Dorian más a su cuerpo, para darle mayor comodidad.

—No, está bien, Tristán, solo quiero tenerlo más cerca de mí, solo eso… no siento cansancio, sabes cuánto me gustaba cargarlo, es tan hermoso, es el mejor regalo que me diste —respondió con lágrimas de felicidad en los ojos.

—Y el mejor que tú me has dado, lo tienes de nuevo, Pandora, ya no hables en pasado, mi amor, una vez más tienes a nuestro hijo entre tus brazos —dijo rodeándola con el brazo, pegándola a su costado para que también lo sintiese a él.

—Entonces… ¿Éste es nuestro cielo? —preguntó con la mirada brillante y una tímida sonrisa en sus labios.

—Sí, es éste ¿Te imaginas uno mejor? —inquirió con una sonrisa que iluminaba su mirada.

—¡No! Nunca me imaginaría un lugar mejor que nuestro hogar… pero no entiendo ¿En realidad estamos aquí? Es decir… ¿Nos encontramos en la tierra? ¿En Marsella?

—No del todo, es otro plano mi vida, no terrenal, pero es idéntico… Sé lo que hiciste con nuestra propiedad, con el castillo… —decía cuando ella lo detuvo.

—¿Lo sabes? —preguntó alarmada.

—Sí… y creo que hiciste bien, gracias a él en gran parte estamos juntos de nuevo, si Nathaniel Gallagher no hubiese reunido el valor para pedirte esa última noche que me conjuraras de nuevo, quizás no estaríamos aquí… el hechizo que utilizaste para llevarme la primera vez no se rompió del todo cuando amaneció, yo me quedé vagando en ese lugar, descubrí todo lo que había sucedido… al menos gran parte de ello, lo demás lo supe cuando Gardiel fue llamado para que presentara su testimonio… —se interrumpió al recordar el dolor que lo había embargado al escuchar en voz del ángel todo lo que había sucedido con Pandora desde la noche en la cual aquellos hombres lo habían asesinado a él y a su hijo.

—No debió hacerlo… atormentarte con todas esas cosas, si había algo que temía era que tú te enteraras de todo lo ocurrido… el dolor y el odio me hicieron otra persona Tristán, complemente distinta a la que conociste —confesó apenada, esquivando la mirada de su esposo para ocultar su vergüenza.

—Ellos te hicieron así… Yo hubiese actuado de la misma manera, quizás lo hubiese hecho mucho peor, puede que después al igual que tú me hubiese arrepentido pues todo debía dejarlo en manos de Dios, tú me conoces mejor que nadie, sabes que la paciencia y la resignación no son cualidades que posea, lo pudiste ver en mi reacción cuando aquellos hombres nos atacaron.

La rabia que se apoderaba de él ante ese recuerdo no había menguado con los años allí, nunca supo cómo perdonar y olvidar todo; sin embargo, en ese instante ya no pesaba tanto como tiempo atrás, quizás porque Pandora estaba a su lado y una vez más el peso de haber actuado de manera impulsiva lo aplastaba.

Ella pudo sentir la culpa que intentaba adueñarse de Tristán, había cargado por tantos años con el mismo sentimiento que ya lo podía identificar en su esposo, pero había algo más, algo que hacía esa sensación casi tangible, como si fuera suya también.

—Sé que debí pensar en ti, que debí velar por tu seguridad y no lanzarme a cobrar venganza como lo hice, pero el dolor y la ira también me cegaron… no somos tan diferentes, Pandora; además se trataba de nuestro hijo, Dorian era un niño… —se detuvo pues no podía dejarse llevar por sus emociones.

—Amor, ya todo eso pasó… y tú no tuviste culpa de nada, me consta que buscaste cada salida posible, que nunca quisiste poner en riesgo nuestras vidas, sacrificaste todo por nosotros.

—De nada valió, Pandora, no pude evitar la muerte de Dorian ni lo que te hicieron a ti después… ya sé que no quieres que recordemos todo eso, puedo sentirlo, pero por favor, déjame pedirte perdón por haber actuado de esa manera… yo solo quería acabar con todos y salvarte, no pensé… lo siento de verdad, mi amor, lo siento muchísimo —agregó con lágrimas en los ojos.

—Lo sé… lo sé, Tristán, por favor no llores, tú actuaste como te dictaba tu corazón en ese momento, yo entiendo perfectamente lo que hiciste, mi mano también fue verdugo de esas personas y en esos momentos solo deseaba saciar mi sed de venganza, aún a sabiendas que con cada crimen me condenaba más —pronunció, no había odio en su voz, su mirada reflejaba el dolor que aquello le provocaba.

Él limpió con sus pulgares las lágrimas que salían de los hermosos ojos grises de su mujer y humedecían sus mejillas

—La verdad todavía no entiendo cómo después de todo ello los tengo junto a mí. A partir de ahora solo quiero agradecer a Dios por esta nueva oportunidad que me ha dado, he dejado mi odio y mi dolor en el pasado… ya no quiero pensar más en ello, por favor olvidémoslo de una vez y si este es nuestro cielo vamos a dedicarnos a disfrutarlo —pidió sonriendo entre lágrimas.

Él accedió lleno de felicidad y la rodeó con su brazo depositándole un tierno beso en la sien, la luz del sol los bañaba mientras la suave brisa les acariciaba el rostro y movía sus cabellos sutilmente. Sus miradas se buscaron y se anclaron la una en la otra, sin darse cuenta se había acercado hasta que sus bocas quedaron a escasos centímetros de distancia, él no quiso seguir cohibiéndose y el primer roce se dio.

Con suavidad pegó sus labios a los de Pandora, un toque leve pero cargado de tanto amor, que las emociones estallaron en ambos de inmediato, ella respondió empujando sus labios contra los de él y elevando una de sus manos para acariciarle el cuello.

Tristán recibió eso como una invitación y llevó ambas manos hasta el rostro de Pandora para acunarlo mientras la persuadía con su boca para que le diese más espacio, para poder entrar a ese paraíso que ella le abría cada vez que se besaban.

Ella dejó escapar un gemido rindiéndose a la seducción que su esposo desplegaba, separó sus labios al tiempo que acariciaba con su lengua los labios de él, ambos se estremecieron ante ese primer contacto y todo lo demás desapareció.

Se perdieron en la espesura del deseo y la pasión que los embargaba, sus respiraciones empezaron a descontrolarse, las caricias y los besos cobraron intensidad a medida que los minutos pasaban. Sin proponérselo ellos se habían dejado llevar hasta esos límites donde solo una entrega absoluta podía calmar las ansias que en sus cuerpos se despertaba.

Pandora siendo más consciente del momento, el lugar y la presencia de su hijo que aún reposaba en su regazo, fue bajando el ritmo de los besos, liberando suspiros e intentando luchar contra el contundente deseo que se había despertado en Tristán, posó una mano en mejilla de él y comenzó a acariciarla con ternura mientras sus labios se quedaron solo en pequeños toques que caían como gotas de rocío en los de su esposo.

Él fue consciente de lo que Pandora intentaba hacer así que se dejó llevar y se entregó a la ternura que ella le brindaba, que de algún modo calmaba la necesidad que lo consumía. Con suavidad paseó sus labios por los de ella, llegó hasta su mejilla besándola despacio, también lo hizo con sus párpados, con su frente.

De repente una risa aguda captó la atención de los amantes, desviaron las miradas hacia su hijo que había despertado y los observaba con una gran sonrisa y su mirada brillando como si fuesen un par de piedras preciosas.

—¡Nos has sorprendido pilluelo! —exclamó Tristán llevando su mano hasta el estómago del niño para hacerle cosquillas.

—¡Papi, no! ¡Papi, papi! —Se defendía retorciéndose en las piernas de su madre mientras reía alegremente.

—Tristán no seas malo… mi pobre bebé fue solo un testigo fortuito —decía ella riendo al tiempo que su esposo le arrebataba a su pequeño de los brazos para elevarlo en el aire.

—Bueno solo por ello… quedas perdonado y porque hoy me siento el hombre más feliz que pueda existir aquí o en cualquier otro lugar —mencionó, subiéndolo con sus manos para que el niño tuviese la sensación de que volaba.

—Yo también… estoy feliz porque mami se despertó y porque me gusta verlos juntos, son los

mejores papás de todo el mundo… ¡Los mejores! —indicó el niño con una gran sonrisa.

—Y yo soy la mujer más dichosa y afortunada que pueda existir. Gracias Dios por haberlos traído a mí de nuevo, gracias por haberme perdonado, por haberme recibido en tu rebaño… solo un último favor, haz que sea mi eternidad —esbozó con lágrimas de felicidad.

Abrazó con fuerza a sus dos amores y los besó hasta que ellos la tumbaron sobre la hierba para colmarla de besos también. Pandora reía feliz, realmente feliz como nunca imaginó volvería a serlo, sentía su corazón latir nuevamente, al menos eso creía, no se preocuparía por darle más explicaciones a todo, confiaba en la palabra de Tristán, confiaba ciegamente en su esposo y si le había dicho que todo sería eterno, entonces ella lo creía.

Después de unos minutos Dorian comenzó a jugar persiguiendo a Leal que apareció de pronto, eso hizo que Pandora llorara de felicidad de nuevo. El perro fue el único compañero que tuvo mientras estuvo encerrada en aquel horrible calabozo. Ya no se veía delgado ni demacrado como lo estuvo la última vez que lo vio antes de que muriera, en ese momento lucía tan lleno de vida como ellos.

Tristán notó que Pandora miraba la casa y presintiendo que podía sentir dudas, se puso de pie extendiéndole la mano.

—Vamos, mi amor, te mostraré que todo esto es real —le pidió mirándola a los ojos.

Pandora pudo ver la intensidad en la mirada de su esposo y sintió cómo una mezcla de nervios, deseo y expectativa la cubrían, recibió la mano y antes de alejarse del lugar miró una vez más a su hijo. No quería dejarlo solo con la compañía de Leal. Su sentido de protección la obligó a dejar de lado el deseo por su esposo y avocarse a su deber de madre.

—Cierra los ojos un momento, Pandora —dijo notando el cambio en ella, supo que temía por la seguridad de Dorian, le dedicó una sonrisa al ver el desconcierto en su mirada—. Por favor, confía en mí, condesa —la vio hacerlo y después le susurró—. Ahora… sin abrirlos intenta mirar a tu alrededor…

—¿Cómo puedo hacer algo así? —preguntó desconcertada.

—Solo gira tu cabeza y lo conseguirás.

Pandora lo hizo aún sin entender lo que sucedería, no pasó mucho tiempo cuando vio el paisaje cambiar, todo era blanco y resplandeciente, nubes tupidas como gruesas capas de algodón se dispersaban por todos lados. El firmamento azul, limpio y precioso se alzaba por encima de ellos, todo era igual de hermoso hasta donde su vista se perdía.

Buscó a su hijo y él se hallaba escoltado por dos hermosos ángeles ¡Eran ángeles de verdad! Ella ya conocía a Gardiel, pero jamás lo vio en su forma celestial, eran hermosísimos, sus pieles eran casi traslúcidas, parecían estar hechos de luz, brillaban como el diamante y sus cabellos eran blancos, tan largos que llegaban al suelo, los rostros eran sutiles y armónicos.

Nunca imaginó ver algo tan bello en su vida, sintió unas inmensas ganas de llorar ante esa imagen y el recuerdo de ese ser que fue su guía y su amigo por tanto tiempo, dejó escapar un suspiro tembloroso y despacio abrió los ojos, todo desapareció dejando el paisaje de la Provenza nuevamente frente a ella.

—Esto es… es… —no podía hablar, era impactante.

—El cielo… y nosotros estamos en él, los tres mi vida, bueno cuatro contando a Leal —contestó con una sonrisa, le dio un beso en el hombro y habló—. Ven conmigo, nuestro hijo está a salvo —esbozó tomándola de la mano para brindarle confianza.

Ella lo siguió al interior del castillo y no dejaba de sorprenderse al ver la exactitud con la que todo había sido recreado, cada detalle en ese lugar era idéntico al que tenía su hogar. Estaba tan distraída que se sobresaltó cuando Tristán la tomó en brazos y comenzó a subir las escaleras, él

le dedicó una sonrisa de esas tan atractivas que simplemente la derretían.

—Nuestra recámara nos espera, esposa mía —mencionó sugerente mientras hundía su nariz en la suave piel del cuello de su esposa, embriagándose con el dulce perfume.

—Pero… Tristán … ¿Está bien que…? Es decir, estamos en el cielo… ¿Esto aquí está permitido? —preguntó alarmada al pensar que estaban rompiendo alguna ley.

—Dios lo permite en la tierra, es de esa manera que sus hijos procrean y dan nuevos frutos a su viña…

—Sí, pero nosotros no estamos en la tierra, aquí no procrearemos, solo sería por… esto sería un acto lujurioso y la lujuria es un pecado —le explicó ella mirándolo con angustia.

—Es un acto de amor, Pandora, y contra el amor no hay ninguna ley, además no es la primera vez que estamos cerca de Dios cuando nos entregamos, él siempre ha estado allí, sobre todo cuando concebiste a Dorian —puntualizó con una sonrisa.

—Pero… aun así Tristán, yo no me sentiría bien… es decir… lo percibo como algo irrespetuoso —confesó sonrojándose.

—Déjame demostrarte que no es así… —insistió, pero al ver su mirada incrédula, suspiró y sonrió divertido, volvía a ser su Pandora—. Tenemos otra opción… solo que esa se llevará un poco más de tiempo, muchos años terrenales, pero solo unos cuantos días celestiales —indicó acariciándole la nariz con la suya.

—¿Cuál? —preguntó intrigada al ver el brillo en los ojos.

Él se acercó hasta ella depositándole primero un beso en los labios y después llevó su boca hasta el oído de Pandora, para susurrarle en qué consistía aquella otra opción, que se les brindaba para estar juntos de nuevo en un plano más íntimo, sin que ella sintiese que estaba irrespetando a Dios.

Pandora se sorprendió emocionándose ante esa simple pero maravillosa posibilidad, a pesar de ello las dudas se adueñaron de su pecho, pues tomar una decisión como esa implicaba muchas cosas, cosas que debían ser analizadas con calma, ya que una vez fuese elegida no había marcha atrás.

**San Francisco, USA.**

Rosemary caminaba por el largo pasillo de la catedral de San Francisco, iba del brazo del doctor Sullivan, el hombre había sido para ella como un padre desde que la conoció, su amigo y protector. No existía nadie más merecedor de acompañarla en su marcha nupcial que él, pues fue su apoyo incondicional desde siempre y Rosemary llenó el vacío en la vida del doctor, el que había dejado su pequeña hija al morir de leucemia cuando apenas era una niña.

El elegante rubio mostraba una gran sonrisa que evidenciaba la alegría que sentía al verla tan hermosa y feliz. Desde que la conoció supo que Rosemary era una chica especial, pero también supo que llevaba dentro de ella una gran pena.

Eso los hizo amigos, primero y después cómplices, la joven llegó para darle luz a su mundo que se había quedado en penumbras después de la muerte de su hija, su esposa lo había hecho cuando dio a luz a la pequeña y lo único que le quedaba era Grace. Así que cuando la perdió a pesar de sus incontables esfuerzos, se llenó de amargura y solo siguió ejerciendo su profesión para ocupar sus días.

Rosemary llegó con su generosidad y con su optimismo, logró meterse en su corazón, sin darse cuenta llenó parte del vacío que había dejado su hija, la acogió como un padre y le enseñó todo cuanto sabía, se convirtió en su amiga y su alumna.

Nathaniel la observaba sintiendo que el pecho iba a estallarle de emoción, sus ojos aún no podían creer que la hermosa mujer que caminaba hasta él, lo amase con la misma devoción y locura, que dentro de poco estarían unidos para siempre.

Rosemary sentía que el pasillo era interminable, quería soltarse del brazo de Calvin y correr hasta Nathaniel. Sabía que eso no estaría bien, que debía seguir la tradición, suspiró buscando con eso liberar la ansiedad que la torturaba.

Al fin ella estuvo frente a sus ojos y él no podía apartar su mirada de Rosemary, se veía tan hermosa y radiante que lo hacía sentir que a cada segundo se enamoraba un poco más. Escuchó al doctor Sullivan aclararse la garganta para atraer su atención y no pudo evitar sonrojarse al comprobar que se estaba mostrando como un chiquillo.

—Nathaniel, te entrego a Rosemary para que la hagas tu esposa y cuides de ella, debes prometerme que la amarás y la honrarás como se merece —dijo mirándolo con seriedad.

Apenas conocía al joven, había escuchado de él por su fama como pintor, pero de su forma de ser no conocía mucho, así que seguía teniendo sus reservas; sin embargo, por la manera en cómo veía a Rosemary comenzaba a hacer que se ganara su confianza.

—Prometo hacerlo, doctor Sullivan, Rosemary será la mujer más feliz sobre la tierra, se lo prometo —afirmó, sonriendo.

El sacerdote dio inicio a la ceremonia después que cada invitado ocupó su lugar, eran pocos los presentes, en su mayoría compañeras de trabajo de Rosemary y algunos colegas de Nathaniel que viajaron desde Nueva York, sobre todo para comprobar con sus propios ojos que al fin el soltero más cotizado de la ciudad se casaba y para su sorpresa con una completa desconocida, aunque muy hermosa.

Nathaniel tomó las manos de Rosemary entre las suyas y ancló su mirada en la de ella para entregarle sus votos, sentía el corazón latirle muy de prisa mientras rogaba que sus palabras pudieran expresar lo que sentía dentro del pecho.

—Rosemary, te prometo que serás la única mujer en mi vida, la dueña de todo el amor que guardo en mi corazón, que estaré a tu lado para apoyarte, para escucharte y hablarte cuando lo necesites, no te dejaré sola nunca, Rose, y te prometo que te voy a adorar hasta el último día en esta vida y después de ella también mi amor —pronunció con la voz tan grave por el nudo en su

garganta que ni siquiera supo si ella lo entendió.

Rosemary no pudo contener las lágrimas y dos bajaron por sus mejillas, sus labios temblaron intentando retener el llanto y sin importarle romper el protocolo abrazó con fuerza a Nathaniel.

—Hija… debemos continuar —le hizo saber el padre Breman en un susurro, él también estaba emocionado por su felicidad.

—Sí, sí… lo siento, padre —mencionó apenada y respiró profundamente, debía decir sus votos.

De pronto entró en pánico al comprobar que la emoción y los nervios le habían hecho olvidarlos, buscó con la mirada los ojos de Nathaniel pidiéndole que acudiera en su auxilio y él solo le entregó una sonrisa nerviosa, le dio un suave apretón a la unión de sus manos para llenarla de confianza.

—¿Ocurre algo, Rosemary? —inquirió el cura, mirándola.

—He olvidado mis votos —susurró apenada.

Nathaniel se mordió el labio inferior para controlar la risa que revoloteaba en su pecho, otros en su lugar se hubieran molestado, pero a él le causó gracia y le emocionó mucho la situación. Rosemary era una mujer, pero en el fondo seguía siendo la misma despistada que lo enamoró.

—En ese caso… ¿Qué te parece si…?

—¡Los he recordado! —expresó emocionada.

Todos los invitados estaban en expectativa ante el silencio de los novios y el semblante contrariado del cura, comenzaron a reír relajándose al escuchar la declaración de Rosemary, sobre todo quienes la conocían y sabían que no era algo extraño en ella.

—Nathaniel, te prometo que serás el único hombre en mi vida, el dueño de mi amor, que me quedaré a tu lado y siempre confiaré en nuestro amor, lucharé junto a ti sin importar cuán complicada sea una situación… —dijo mirándolo a los ojos y pudo ver cómo las lágrimas los humedecían, eso la emocionó hasta hacer que los suyos también se cristalizaran, respiró para retomar sus votos—. Te prometo que siempre creeré en ti y que te amaré toda mi vida, que lo seguiré haciendo en la eternidad —expresó dejando que las lágrimas la desbordaran y recibió con emoción el abrazo que él le entregó.

El padre Breman se sintió conmovido ante las palabras y el sentimiento que se profesaban los jóvenes, pocas veces en los años que llevaba a cargo de esa iglesia vio muestras de amor tan hermosas y verdaderas como las que ellos se brindaban.

Prosiguió con el ritual bendiciendo los anillos que los unirían como esposos hasta que la muerte los separara o quizás esa unión traspasaría las barreras del tiempo para hacerse eterno. Al fin pronunciaría las palabras que tanto esperaban los jóvenes.

—Los declaro marido y mujer… Nathaniel, puedes besar a la novia —esbozó con una gran sonrisa.

Los aplausos, vítores y las lágrimas no se hicieron esperar, mientras Nathaniel tomaba delicadamente el rostro de su esposa entre las manos y la besa con ternura, un beso que no prologaron para mantener la cordura y no dejarse llevar, pues desde que descubrieron las maravillosas sensaciones que ese intercambio les brindaba, casi siempre terminaban haciendo el amor.

La fiesta finalizó ya entrada la tarde y los esposos emprendieron ese mismo día su viaje de bodas. Nathaniel aún no le contaba a Rosemary a dónde la llevaría, siempre que ella le preguntaba él respondía que era una sorpresa y ella dejó de insistir pues ciertamente le gustaba ese tipo de juegos.

Al abordar el tren, su destino le fue revelado, irían hasta Nueva York, ella se emocionó pues

desde que arribó al continente, no había vuelto a la hermosa ciudad que la dejó sin palabras, la misma que comprendió en ese instante sería su nuevo hogar, aunque Nathaniel le había dicho que a él no le importaría vivir donde ella se sintiese más a gusto, ya su corazón había decidido.

Los besos y las caricias dentro del compartimento privado que reservó Nathaniel, no se hicieron esperar en cuanto el tren se puso en marcha, pero el movimiento y el poco espacio les impedían a los jóvenes desenvolverse como deseaban. Después de un par de intentos por desnudarse sin caer uno encima del otro, en medio de risas que llegaron hasta las lágrimas, se tumbaron en la pequeña cama y abrazados cayeron en un profundo sueño.

Los primeros rayos del sol que atravesaba la ventanilla los despertó y segundos después el silbato que hacía el anuncio de su llegada los sacó de la burbuja en la cual se encontraban, se besaron y se dirigieron rápidamente hasta el diminuto cuarto de baño para acicalarse un poco, primero ella y luego él.

—Bien, ya estamos en Nueva York ¿No vas a decirme aún donde pasaremos nuestra Luna de Miel? —preguntó con interés.

Nathaniel solo dejó ver media sonrisa mientras abría la puerta de su auto, había pedido a uno de sus amigos que lo llevase hasta la estación de trenes, no llevaría a Rosemary hasta su departamento, sino a la que sería su nueva casa.

—Es una sorpresa… o más bien, nuestro regalo de bodas —contestó una vez dentro, hizo que el motor cobrara vida.

—¿Nuestro regalo de bodas? No entiendo…

—Ya lo harás Rose, no seas tan curiosa… estoy seguro de que te gustará —indicó guiñándole un ojo y aceleró el auto haciendo que el cuerpo de ella se lanzara contra el asiento.

—¡Nathan no puedes conducir así! ¿Acaso te has vuelto loco? ¡Baja la velocidad! —le reprochó sujetándose de la guantera.

—El trayecto es largo y tengo prisa por llegar. ¿Usted no, señora Gallagher? —Elevó una ceja y sonrió con sensualidad.

—Yo sí, pero… no al grado de ser una suicida —solo sintió cómo sus mejillas se encendían al recordar que fue ella quien apenas lo dejó dormir en las últimas dos semanas.

Él dejó libre una carcajada ante el sonrojo de su esposa y soltando una mano del volante la llevó hasta el cuello para acercarla y depositarle un beso en la mejilla, fue algo fugaz, pero le prometía miles de cosas y todas maravillosas.

Ella no quiso quedarse atrás y también le dio un beso en la mejilla, no lo hizo en los labios como deseaba para no distraerlo, pero en ese gesto igual le decía que estaba dispuesta a recibir y entregarle todo cuanto él desease, eso que habían descubierto juntos y mucho más.

Los ojos de Rosemary empezaron a ver el océano bordear el camino y se emocionó pues hasta el momento no había visto uno más hermoso, en verdad era maravilloso e imponente, había algo mágico, como si fuese parte del mismo cielo, en completa calma y solo sabía que se movía por el sonido que hacían las olas cuando se estrellaban en la orilla.

Nathaniel la veía de vez en cuando y su corazón se llenaba de dicha, despacio tomó la mano de Rosemary que descansaba a su lado y la apretó suavemente para captar su atención.

—Ya casi llegamos… debes cerrar los ojos o la sorpresa no tendrá efecto —señaló intentando mostrarse serio.

Ella asintió, siguiéndole el juego, respiró profundamente llenando sus pulmones del aire salado del mar y cerró los ojos como él le había pedido. Un par de minutos después el auto se detuvo, ella quiso abrirlos, pero la mano de Nathaniel le impidió que lo hiciera, dejó ver una gran sonrisa y los mantuvo así. Sintió que bajaba del auto y segundos después le ayudaba hacerlo ella,

caminaron por unos pocos metros, subiendo lo que evidentemente eran unas escaleras, después Nathaniel abría una puerta y la cerraba tras ellos y subieron otras escaleras más.

—¿Lista para ver nuestro nuevo hogar? —inquirió con la voz ronca por la carga de sentimientos que llevaba en el pecho.

—¡Sí! —confirmó emocionada, asintiendo, además.

—Perfecto… abre los ojos, Rose —le pidió parándose justo a su lado para ver su reacción.

—Nathan esto es… es… ¿Esta es nuestra casa? —preguntó totalmente abrumada.

Ella parpadeaba sin poder creer lo que sus ojos veían, eso no era una casa, era un ¡Castillo! ¡Un enorme y precioso castillo! Jamás pensó que algún día se encontraría en uno así, mucho menos que lo llamaría su casa, Nathaniel debía estar bromeando.

En América no existía la realeza, puede que en Europa el título que ostentaba su padre tuviese la influencia para tener una propiedad como esa, pero allí sencillamente resultaba ¡Imposible! Se volvió hacia él e intentó decir algo, abría y cerraba la boca, ni una sola palabra salía, estaba demasiado conmocionada para poder darle sentido a todo eso.

—Este será nuestro hogar, Rosemary, ya sé que puede resultar demasiado ostentoso y hasta exagerado, pero… —decía cuando ella lo detuvo tomándolo por las mejillas para mirarlo a los ojos.

—Esto es demasiado… ¡Es más grande que la casa de tu padre! —acotó con los ojos muy abiertos.

—No… no lo creo —intentó una vez más Nathaniel.

—¡Oh, pues sí lo es! Yo te lo aseguro pues era a quien le tocaba limpiar —comentó volviéndose para mirar la casa de nuevo.

—Eso es lo que te preocupa puedes estar tranquila, aquí no limpiarás nada… —una vez más Rosemary lo interrumpía.

—¿Ah no? ¿Y quién lo hará, tú? —cuestionó recordando que Nathaniel no sabía ni lustrar sus botas bien—. Me gustaría verte con una cubeta de agua y un paño limpiando los cristales de todas esas ventanas —acotó mirándolo a los ojos.

Él no pudo evitar sonreír ante los comentarios que ella hacía, primero se había quedado muda por la dimensión de la casa y después comenzó a reprocharle por lo mismo, la verdad era que como decían, ni el diablo entendía a las mujeres.

—Mi hermosa señora Gallagher, ni usted ni yo nos encargaremos de limpiar los cristales ni los pisos ni ningún rincón de esta casa, contrataré personal para que lo haga. Ahora eres mi esposa, Rosemary y no volverás a ser una chica de servicio nunca más, ni siquiera en tu propia casa —mencionó con determinación mientras la sujetaba con suavidad por los hombros para confirmarle que decía la verdad.

—Pero… pero yo me encargo de hacer las labores en mi hogar, Nathan, si no hago nada voy a terminar aburriéndome.

—Bueno, ya tienes una profesión que te quita bastante tiempo y cuando lleguen los niños, que espero sea pronto vas a tener muchas cosas en qué ocuparte; además te aseguro que tendrás un esposo muy exigente que quizás no te dejé muchas horas libres cuando esté en casa —explicó y comenzó a besarle el cuello.

—Me encanta esa idea… si es así las cosas cambian, pero tengo otra pregunta ¿esta casa es una herencia del duque? —preguntó esperanzada de que el hombre haya visto con buenos ojos su boda con Nathaniel y les haya hecho ese presente.

—No, mi padre solo nos envió una carta para felicitarnos, tan fría y protocolar como él —respondió y le dolió ver la desilusión en la mirada de Rosemary, se acercó para darle un beso

lento y cargado de ternura en los labios—. Las personas no cambian, Rose, y mi padre nunca lo hará; por lo menos no le dio un ataque al corazón cuando se enteró que nos íbamos a casar, ni me desheredó… pensé que me quitaría hasta el apellido, pero no fue así, yo no necesité nunca de su aprobación y no la necesitaré de aquí en adelante… lo único que deseo es ser feliz junto a ti, solo eso —esbozó con convicción.

—También deseo lo mismo y te prometo que estaré a tu lado para apoyarte en todo, Nathaniel, no necesitamos de nadie más —mencionó, regalándole una sonrisa para animarlo mientras le acariciaba el pecho—. Pero sigo sin comprender cómo conseguiste esta casa… ¿Los pintores ganan tanto? —inquirió con los ojos muy abiertos, pues nunca imagino que lo hicieran.

—Es una profesión rentable, pero no da para comprar un lugar así —comentó y respiró profundamente al ver que Rosemary esperaba que continuara, sabía que debía decirle la verdad, al menos parte de ésta—. Una amiga nos lo obsequió como regalo de bodas, quiso que lo tuviéramos y que aquí criáramos a nuestros hijos, que fuese el hogar de todos —explicó mirándola con amor mientras le tomaba las manos, necesitaba tenerla cerca y sentir que era real.

—Nathan… pero… no entiendo. ¿Quién puede darte algo así de regalo? ¿Quién es esa amiga? —preguntó intrigada.

—Alguien a quien me hubiese encantado que conocieras, la misma persona que me dio el valor para ir tras mi felicidad, quien me hizo ver cuánto te amaba y que debía buscarte, gracias a ella hoy tú y yo estamos juntos…

—No comprendo… dame un segundo. ¿Ella conocía nuestra historia? —inquirió desconcertada.

—Sí, mejor de lo que puedas imaginar y no solo eso, ayudó a que tuviésemos este final feliz, Rose —se detuvo al ver que ella no lograba comprender por más que le explicara, no la culpaba, él aún no había logrado asimilar por completo todo lo sucedido—. En un principio me sentía igual que tú, pensaba que era demasiado, pero después pude ver la belleza que había más allá de toda esta grandeza y el pedido que la casa hacía, deseaba ser un hogar, el hogar de una familia feliz. Pandora me hizo el mismo pedido después de entregármela, además me dijo que mi vida aquí sería tal cual la he soñado, junto a ti —confesó envolviéndola entre sus brazos.

—¿Se llamaba Pandora? ¿Era joven? —lo interrogó mirándolo a los ojos, percibiendo algo distinto en la voz de su esposo cuando nombró aquella mujer.

—Su nombre era Pandora Elizabeth Townsend de Corneille, décima condensa de la Provenza… y murió hace poco tiempo —contestó, una vez más su voz se llenaba de pena.

—Nathan, yo… lo siento mucho, parece que eran buenos amigos… ¿Se conocían de Londres? Digo por eso de que también era de la realeza —preguntó apenada por los celos que la habían embargado instantes atrás.

—No, nos conocimos hace poco también, pero nos hicimos muy amigos, después te contaré más de ella, por ahora solo debes saber que Pandora se sentiría feliz de que tú también aceptaras esta casa —mencionó con una sonrisa.

—Por supuesto, yo jamás rechazaría la última voluntad de una moribunda y menos una noble anciana que te ayudó… bueno, que nos ayudó a reencontrarnos —aseguró Rosemary, mirándolo a los ojos con ternura y acariciándole el pecho.

Nathaniel dejó libre una pequeña carcajada, recordando cómo se veía la condesa antes de partir, no era una anciana, aunque tuviese más de doscientos años; sin embargo, sabía que, si le decía a Rosemary que su amiga Pandora tenía la apariencia de una chica de veinticuatro años, lo más probable es que malinterpretase las cosas y terminasen discutiendo, había notado los celos en ella.

No le escapó su lucha para hacer que sus preguntas pareciesen casualidad, pero no lo consiguió, ella era demasiado transparente para ocultar una emoción como esa. Para alejar las dudas de su hermosa esposa, Nathaniel la acercó más a su cuerpo y atrapó la boca en un beso sutil, solo roce de labios y le acarició la espalda.

Rosemary suspiró rindiéndose a la magia que Nathaniel le entregaba, a esa manera tan exquisita de besarla y acariciarla, sintió cómo poco a poco iba despertando su cuerpo, creando sensaciones nuevas dentro de ella. Se estremeció y dejó libre un jadeo cuando la mano de Nathaniel viajó al final de su espalda y en un movimiento la pegó a su cuerpo, haciendo con eso que sus caderas se tocaran y que ella se agitase todavía más cuando la protuberancia en sus pantalones chocó contra su vientre.

Sabía lo que eso significaba, era preludio de una maravillosa entrega, de esas que seguían viviendo desde aquella tarde cuando se entregaron por primera vez. De pronto sintió cómo él bajaba el ritmo de los besos hasta detenerse y eso hizo que lo miraba algo desconcertada.

—¿Qué dice, esposa mía? ¿Aceptamos ese regalo? —inquirió Nathaniel en un susurro sumamente sensual.

Después de pasar su lengua por el labio inferior de Rosemary, el que lucía ligeramente inflamado por el intercambio de besos, su mirada se iluminó al sentir que ella se estremecía, mostrándose tan ansiosa como él por vivir una vez más su amor.

—Sí, me encanta… quiero vivir aquí, será mi castillo, el de mi propio cuento de hadas —esbozó con una gran sonrisa.

—Perfecto, mi lady, tú eres una reina, no necesitas ser descendiente de la nobleza o llevar corona, con solo amarme ya me haces sentir el rey del mundo. No perdamos más tiempo, mi amor, vamos a estrenar nuestro castillo y a encargar al primer heredero —esbozó con una gran sonrisa tomándola en brazos.

Durante todo el camino hacia la habitación Rosemary se la pasó exclamando maravillada ante lo lujosa que era la mansión por dentro. Ella era una chica de gustos simples, pero sabía reconocer cuando algo era elegante y exquisito, eso lo aprendió durante los años que vivió bajo el techo del duque de Lancaster, aquel de cierto modo también fue su hogar, donde conoció a su actual esposo.

La construcción era realmente hermosa, pero gran parte de lo anterior palideció ante lo que le esperó en su recámara, era mucho más hermosa de lo que hubiese visto nunca, incluso de lo que hubiese imaginado. La vista la dejó sin palabras, puertas de cristal estaban abiertos y dejaban entrar la suave brisa que provenía del mar, acompañada de la calidez de esa mañana brillante de finales de verano, del olor y del sonido de las olas.

Ellos nunca habían sido muy convencionales y conscientes de que ya no deseaban seguir prologando más su entrega, se acostaron uno frente al otro en el enorme lecho en medio de la habitación. Los besos y las caricias fueron el preludio de su entrega como marido y mujer.

El pudor había quedado en el olvido después de ese tiempo compartiendo los días y las noches en su pequeño departamento, ya Rosemary no se cohibía a la hora de entregarse a Nathaniel y así como él le exigía todo en cada entregaba ella hacía lo mismo. Justo en ese momento cuando el rostro de su esposo se hallaba en medio de sus piernas dándole un placer asombroso, ella lo instaba a ir más allá enredando sus dedos en las rizadas hebras cobrizas que lucían más claras a plena luz del día, así como el azul de sus ojos que se mostraba más intenso tras la sombra del deseo.

Se estremeció con fuerza al sentir que él agregaba a su pesada y cálida lengua, un par de dedos que comenzaron a moverse con destreza en su interior arrancándole sonoros jadeos que

estallaban llenando el silencio en la habitación. Cerró los ojos pasando sus piernas por los hombros de Nathaniel y las cruzó sobre la fuerte espalda de él.

—Nathan… Nathan… —repetía, el calor aumentaba dentro de su cuerpo y su intimidad palpitaba de manera enloquecida contra la boca de su esposo que no le daba tregua.

Él no pudo responderle porque su voz se perdía cuando disfrutaba de esa manera del lugar más íntimo de Rosemary, solo hizo más intenso el roce de sus labios sobre esos de ella que se le mostraban cada vez más brillantes y voluptuosos, brindándole una de las mejores experiencias que hubiera vivido.

En realidad, con su esposa todo lo que experimentaba era mucho más, cada sensación, cada emoción. Había descubierto al fin esa magia de la que siempre carecieron sus encuentros sexuales con otras mujeres, aquellas despertaron su deseo, sus ansias, pero ninguna logró llegar a su alma, solo Rosemary, solo la mujer que en ese instante se derretía bajo sus labios y sus manos.

Ella se elevó en medio de jadeos que escapaban acompañando el nombre de Nathaniel, los estremecimientos le recorrían el cuerpo mientras lo sentía beberla como si fuese su fuente de vida.

—Cada vez me gusta más, señora Gallagher —pronunció él con una sonrisa mientras le acariciaba las piernas, sintiéndolas temblar cada vez que dejaba caer un beso en ellas—. Eres tan hermosa y maravillosa, Rose, te juro que soy el hombre más feliz sobre la tierra —confesó subiendo para cubrirla con su cuerpo.

—Prométeme que me vas a amar siempre de esta manera, Nathaniel, que serás solo mío —pidió besándole los labios.

—Te lo prometí frente a Dios y todos nuestros amigos, pero lo haría una y todas las veces que lo desees, Rose —indicó tomándole el rostro entre las manos—. Te prometo que te voy a amar de esta manera toda mi vida, que siempre te voy a adorar, con todo mi ser y que solamente seré tuyo —expresó en voz alta aquello que ya se había jurado internamente desde que la hizo su mujer, seguro que ya no tendría que buscar en otras mujeres lo que Rosemary le daba, porque con ella todo era perfecto.

—Te amo… te amo, te amo tanto, Nathan —expresó ella con emoción y lo besó con intensidad casi hasta quedarse sin aire.

El deseo se apoderó de sus sentidos de nuevo y consciente de que Nathaniel no se había liberado se movió para tumbarlo de espalda sobre la cama, mientras ella se montaba encima quedando sentada. Deslizó sus manos en una caricia lenta por el pecho de su esposo, mostrando una sonrisa radiante cuando lo sintió temblar ante el primer roce de sus intimidades y una ola de calor se extendió por su cuerpo haciéndola gemir, movió su cabeza para hacer que su cabello despejara sus senos y darle a él la visión que sabía tanto le gustaba y le regaló una sonrisa coqueta.

—Rosemary… mi hermosa Rosemary —susurró acariciando las piernas que estaban a cada lado de su cuerpo—. Me muero de amor por ti, eres perfecta… y eres mía —expresó llevando sus manos hasta las caderas para pedirle que lo llevara dentro de ella.

—Soy tuya… —esbozó ella rozando su humedad en el poderoso miembro de Nathaniel, con lentitud elevó su mano acariciándolo antes de llevarlo a su interior—. Y tú eres mío —pronunció seguido de un jadeo cuando él se alojó muy profundo.

Cerró los ojos al tiempo que mecía sus caderas con movimientos pausados pero contundentes, anclándose hasta sentir sus cuerpos siendo uno solo. Sintió las manos de Nathaniel cerrarse en su cintura para después marcar su propio ritmo bajo su cuerpo, eso la hizo estremecerse entera y liberar gemidos que se mezclaron con el sonido que hacían sus cuerpos al chocar.

—Rose… estoy a punto de irme… —anunció Nathaniel de manera entrecortada por lo agitado de su respiración.

Ella sentía que estaba igual y se dejó caer en el pecho de su esposo para besarlo, necesitaba sentir sus labios y así lo hizo, sin preámbulos llenó la boca de Nathaniel con su lengua que se unió a la de él para hacer una fiesta.

Rosemary se separó para poder respirar y él comenzó a besarle el cuello, el hombro hasta bajar a sus senos con los que se dio un festín, mientras la embestía de manera desesperada y sus brazos le envolvían la cintura con tanta fuerza que podían jurar iban a terminar fundiéndose.

Nathaniel rodó, llevándola bajo su cuerpo sintiendo cómo las sensaciones se intensificaban a medida que se acercaba al orgasmo, solo fue cuestión de segundos y de sentir cómo Rosemary se contorsionaba presionándolo con fuerza para que su cuerpo estallara.

En ese instante volvía a dejar de ser un lienzo en blanco y se convertía en la mejor pintura que pudiera crear, cada espasmo que lo liberaba dentro de Rosemary era un trazo, uno más hermoso y brillante. Al volver, se miró en los ojos de su mujer y supo que ella había hecho de él una obra maestra porque lo amaba como nadie más en este mundo.

Volvía a tener a su musa, ella siempre fue su inspiración, aun estando separados y en ese momento cuando la tenía satisfecha y radiante entre sus brazos, con la luz del sol bañando su cuerpo desnudo y la brisa acariciándolos, se repetía en pensamientos que era el hombre más afortunado que podía existir.

**Un año después…**

Los gritos de Rosemary se dejaban escuchar en toda la habitación y salían por los amplios ventanales que se encontraban abiertos, ella lo había pedido así antes de empezar con la labor de parto. La suave brisa que provenía del mar le refrescaba el sudor de la frente y también el del resto de su cuerpo que se encontraba empapado por el esfuerzo que hacía para traer al mundo a su primer hijo.

Tenía su mano aferrada a la de su esposo que no se había separado un instante de ella, la miraba con amor, preocupación y devoción; se inclinó una vez más poniendo todas sus fuerzas en pujar, sintiendo cómo sus caderas se abrían, apretó los dientes para que su esfuerzo fuese aún mayor y su barbilla temblaba.

—¡Vamos, Rose! ¡Tú puedes, mi vida! ¡Tú puedes! —la animaba Nathaniel, intentando no demostrar la angustia y el dolor que lo invadían al verla sufrir de ese modo.

—¡Ay, Dios mío, ayúdame!... Bebé ayúdame, ya quiero tenerte conmigo… ¡Ven con mami! —esbozaba dejándose caer una vez más al pasarle la contracción. Las lágrimas que le arrancaba el esfuerzo corrían por sus sienes y se perdían en su cabellera.

—Solo un poco más, Rose… ya puedo ver su cabecita, uno más y tendrás a tu hijo en brazos —señaló la partera.

Rosemary se armó de valor una vez más, cerró los ojos imaginando la apariencia que debía tener su bebé, lo hermoso que sería, imaginaba a un niño, pero de pronto esa visión cambió, fue reemplazada por otra que la desconcertó.

La contracción que la atacó nuevamente la alejó de la imagen volviéndola fuertemente a la realidad, ella se aferró de nuevo a la mano de Nathaniel. Sentía cómo le besaba la sien y le susurraba palabras de aliento al oído, pero ella no podía comprenderlas a cabalidad, su mente estaba enfocada en traer a su bebé al mundo.

Al fin un llanto ensordecedor colmó la habitación haciendo estallar de felicidad los corazones de los jóvenes padres, quienes temblaban, lloraban y reían al mismo tiempo.

Nathaniel se acercó a su mujer y dejó caer una lluvia de besos en los labios temblorosos de ella, bebiendo las lágrimas saladas que bajan por su nariz, después se volvió y vio al pequeño que se retorcía entre las manos de la partera, la mujer elevó su mirada para ver a los orgullosos padres y hacer el anuncio.

—¡Felicidades, señores Gallagher, son los padres de una hermosa bebita! —exclamó con una sonrisa mientras sostenía a la pequeña—. Por favor, Nathan, ven, ayúdame a contar el cordón umbilical —pidió indicándole un par de tijeras en la mesa.

Él de inmediato se acercó hasta la mujer e hizo tal cual le indicase, la vio alejarse con la niña a la que apenas pudo echarle un vistazo. Regresó con Rosemary que aún lucía agitada y pálida, la ayudó a acomodarse, besándole la frente y agradeciéndole por todo el esfuerzo que puso para darle ese precioso regalo.

Amelia llegó hasta ellos nuevamente y les hizo entrega de su pequeña hija, era en verdad una niña preciosa. Su cabecita tenía apenas unas suaves hebras lo que indicaba que quizás sería rubia como su madre, su piel estaba sonrojada y arrugada, era tan suave que Nathaniel tenía miedo de tocarla y hacerle daño, pero la niña lo invitó a hacerlo cuando abrió los ojos y clavó su mirada en él, haciendo que su corazón se desbocase en latidos.

—Una niña… es bellísima, es tan hermosa, Nathaniel… pero yo no había pensado en nombres de niñas… ¿Tú has pensado en uno? —preguntó Rosemary, mirando a la bebé y después a él.

—Pandora… me gustaría que se llamase, Pandora —sugirió, posando su mirada en los ojos de su esposa para conocer su reacción por esa petición.

En el año que llevaban de casados, Nathaniel tuvo que satisfacer la curiosidad de Rosemary y contarle toda la verdad. En principio se tomó todo a forma de broma y después se molestó al ver que Nathaniel no cambiaba su versión, pensó que estaba intentando burlarse de ella, pero al final cuando él confirmó su historia con los retratos de los décimos condes de la Provenza, la carta de Pandora y aquella cinta de seda que había desaparecido inexplicablemente de su departamento semanas antes que él llegara a buscarla, no le quedó más remedio que aceptarlo.

En esa ocasión mostró abiertamente sus celos por ese cariño que todavía, Nathaniel sentía por Pandora. Fue verdad, pero también comprendió que ella jamás había logrado hacer mella en el amor que su esposo le profesaba; por el contrario, su participación en la historia de ambos solo había terminado beneficiándolos.

De no ser por aquella misteriosa mujer, la vida que tenían en ese instante jamás hubiera ocurrido, así que su hija, ese pequeño ser humano que se había vuelto su más preciado tesoro también le debía su existencia a la antigua Condesa de la Provenza.

—Pandora es un nombre hermoso y me hace feliz que mi hija lo lleve, me gusta mucho, Nathan. —Mostró una sonrisa sincera.

—¿Estás segura, Rose? Solo lo mencioné porque fue el primero que se me vino a la mente, pero podemos cambiarlo si lo deseas, puede llamarse como mi madre o como tú o cualquier otro que gustes —intentó de nuevo, nervioso ante el silencio que había embargado a su esposa cuando mencionó el nombre.

—Estoy completamente segura, se llamará Pandora… ¿Te gusta princesa? ¡Sí! Te gusta, ya lo sé. —Vio algo parecido a una sonrisa en los labios de su pequeña, le dio un delicado beso en la frente—. Serás entonces, Pandora Gallagher White, bienvenida al mundo, mi amor, bienvenida a la vida de tus padres —agregó sonriéndole y su mirada brillaba llena de emoción.

Nathaniel observó a Rosemary, intentando descubrir estaba haciendo eso porque así lo deseaba o solo por complacerlo. No le llevó mucho tiempo comprobar que aprobaba la elección que él había hecho, se le notaba feliz y a los pocos minutos el nombre salía de sus labios cargado de amor y ternura.

Él sabía que no había sido nada fácil para ella asimilar todo lo que había representado Pandora para él. Era bastante complicado desligar lo que había sido la realidad de la fantasía, lo que había sucedido durante las dos noches que Tristán ocupó su cuerpo y aunque le aseguró a Rosemary, que nunca fue consciente de los acontecimientos que protagonizaron Pandora y el alma de su esposo, sabía que ella no era tan ingenua como para no adivinarlos, menos después de todo ese tiempo de casados donde sabía que lo que más anhelaban unos esposos después de estar separados era tener una entrega de amor.

Lo había experimentado junto a él cuando le había tocado ausentarse para hacer exposiciones en ciudades cercanas, pues había renunciado a viajar fuera del país cuando se enteró del embarazo. Así que, no era de extrañarse si Rosemary sacaba sus propias conclusiones de esos encuentros; no obstante, él le dejó claro que ellos habían respetado a quienes amaban y habían amado siempre, que estando físicamente cada uno en su lugar, no llegaron a tener otra relación que no fuese la de amigos.

—¿Por qué te quedaste tan callado? —preguntó Rosemary.

Aunque había terminado por aceptar esa extraña relación que tuvo Nathaniel con Pandora Corneille, no podía evitar que una sensación incómoda se instalara en su pecho cada vez que lo veía sumirse en esos silencios, que podía asegurar estaban llenos de recuerdos de ella.

—Pensaba en lo afortunado que soy, ahora no solo tengo a una hermosa mujer a mi lado, Dios me acaba de bendecir con otra que se acaba de robar mi corazón —expresó con los ojos

brillantes de llanto—. Gracias por hacerme tan feliz, Rosemary.

Ella subió sus labios para besarlo y agradecerle de esa manera por amarla como lo hacía, no debía seguir alimentando esas dudas que la atacaban a veces, Nathaniel era su esposo y la amaba profundamente, no había día en que no se lo demostrase.

—Señor Gallagher, necesito atender a Rosemary.

—Claro… disculpé Amelia, pensé que ya todo había terminado —contestó sintiéndose algo apenado.

—Ya casi, por favor esperé afuera, puede llevar a Pandora consigo —indicó mirándolo, mostrando una sonrisa al esbozar el nombre de la niña que reposaba en los brazos de la madre.

—¿Yo? —preguntó Nathaniel desconcertado y nervioso—. Pero nunca he llevado a un bebé en brazos, no sé cómo hacerlo.

—Es su hija, estoy segura de que no tendrá ningún problema en cargarla —respondió, sonriendo al ver su cara de espanto.

Rosemary se condolió de su esposo y le extendió una mano para socorrerlo mientras le sonreía, lo acercó a ella dándole un toque de labios para relajarlo al tiempo que lo miraba a los ojos.

—Podrás hacerlo… es muy sencillo, Nathan, solo debes acomodar tus brazos de esta manera —señaló mostrándole la posición en la que estaban los suyos y al ver que él lo hacía le sonrió con efusividad.

—Rose… es muy pequeña, se me puede escapar de los brazos —dijo sin poder controlar el temblor que lo recorría.

—No lo hará, ven acércate para acomodarla bien —pidió.

Nathaniel contuvo el aire mientras sentía el diminuto cuerpo de su hija ocupar el espacio que habían formado sus brazos, sentía que el corazón estaba a punto de estallarle de lo rápido que latía y que sus ojos también saldrían disparados de un momento a otro, pero cuando la niña abrió los suyos posándolos en él una sensación de seguridad y pertenencia lo embargó enseguida, era cómo si la reconociera, cómo si supiera que ella era parte de él y de su vida desde mucho antes.

—¿Ves? Es algo muy sencillo, ahora respira que te estás poniendo azul —esbozó Rosemary divertida por su reacción.

Soltó el aire de golpe haciendo que su pecho bajara y después subiera para llenar sus pulmones de oxígeno de nuevo, la pequeña Pandora se removió en sus brazos y curvó sus labios ante el movimiento y él se tensó al no saber interpretarlo.

—¿Está sonriendo? —inquirió asombrado.

—Sí, parece que le gusta estar en los brazos de su papá.

Las palabras Rosemary lo llenaron de confianza y volvió a mover su pecho, la niña repitió el gesto haciendo que su mundo estallara en colores, eran las primeras sonrisas que su hija Pandora le regalaba y podía jurar que era lo más hermoso que hubiera visto en su vida.

**Quince años después…**

La noche colmada de estrellas iluminaba la gran terraza ubicada en la segunda planta de su casa; bueno, del castillo donde había vivido desde que nació, mientras en la planta baja el bullicio de la música y las conversaciones de los invitados se dejaban escuchar como un murmullo. Se escapó en busca de algo de paz.

Suponía que siendo su fiesta de quince años ella debía estar feliz compartiendo con todos aquellos jóvenes que le entregaban su admiración y se postulaban como sus pretendientes, aun a costa de las amenazas de su padre quien no podía ver que alguno la rondase con mucha frecuencia cuando de inmediato lo alejaba sin contemplaciones dedicándole esas miradas que parecían ser capaces de asesinar.

Ella dejó ver una sonrisa al recordar el rostro despavorido de más de uno de sus compañeros de colegio cuando iba a buscarla o cuando asistía a algún recital en compañía del temido pintor Gallagher. Su mirada alcanzó a ver a sus hermanos menores, que disfrutan de la fiesta mucho más que ella, alegres seguramente por haber logrado convencer a sus padres para que los dejasen estar presentes en la misma, que se suponía sería para adultos puesto que era su presentación oficial en sociedad.

La verdad poco le importaba, después de todo estaba segura de que no había nadie en el país que no conociese a la hija mayor del mejor pintor de Nueva York. Algunas veces le parecía extraño que se sintiese una chica solitaria teniendo una familia tan numerosa. Sus padres no habían descansado desde que se casaron, ya tenían cinco hijos contándose ella, más él que venía en camino. Dejó ver una sonrisa ante la imagen de su preciosa madre que intentaba seguirle el paso del vals a su padre con su barriga de siete meses, realmente era toda una luchadora.

—Buenas noches, señorita… disculpe, creo que me he perdido —mencionó una voz tras ella que la hizo sobresaltarse, se volvió de inmediato para descubrir quién era.

—Buenas noches… —Se disponía a saludar al joven cuando sus palabras se quedaron atoradas en su garganta.

Sintió como si algo dentro de su pecho despertarse y su corazón se agitó con fuerza al tiempo que sentía que no podía despegar su mirada de los ojos topacio, eran iguales a los de su padre, respiró intentando calmar el ritmo acelerado de sus latidos.

—Perdón que la moleste… y permítame presentarme —esbozó extendiéndole la mano de manera galante—. Mi nombre es Dorian Macfadyen, es un placer —agregó llevándose la mano de ella a los labios y depositando en el dorso un beso sutil.

Sus ojos quedaron hechizados por la belleza que esa joven mostraba, era la chica más encantadora que hubiera visto en su vida. Los latidos desbocados de su corazón así lo confirmaban mientras su mirada recorría el delicado rostro para terminar perdido en la mirada gris que también iluminaba la sonrisa.

—Encantada, señor Macfadyen… Pandora Gallagher —esbozó sintiendo su mano temblar ante el gesto del caballero.

—¡Ah! Es usted la homenajeada, ¡Qué descuido de mi parte! Permítame felicitarla por su cumpleaños y dedicarle mis mejores deseos, ya decía yo que era la dama más espléndida que había visto en toda la noche —mencionó con una gran sonrisa.

—Gracias por sus halagos y sus buenos deseos… ¿En verdad no me reconoció en cuanto me vio? —preguntó ella intrigada.

—No, de haberla conocido antes le aseguro que jamás la hubiese olvidado, sería imperdonable dejar en el olvido una belleza como la suya, es la segunda vez que vengo a América, pero cuando lo hice antes, solo tenía siete años, acabo de llegar esta mañana y me quedo en la casa de mi

abuelo Robert Hathaway —decía cuando ella lo interrumpió.

—¿Eres su nieto? —le preguntó aún más interesada y sin darse cuenta lo había tuteado.

Sabía que su padrino tenía una hija viviendo en Londres y que a menudo viajaba para visitarla, pues a ella le resultaba muy difícil trasladarse. Nunca se interesó por conocer más de esa parte de la familia y en ese momento se lamentaba por no haberlo hecho.

—Así es —respondió con una sonrisa al ver la desenvoltura de la chica, esa que la hacía lucir más hermosa.

Apenas lo conocía y ya quería sacarle toda la información sobre su árbol genealógico; además de tutearlo, eso le agradaba.

—¿Lo conoce usted? —preguntó mirándola a los ojos.

Su interés también se había despertado y pensó aprovechar la conversación para pasar tiempo junto a ella, le atraía su compañía.

—Es mi padrino —contestó regalándole una hermosa sonrisa.

—Me siento como un verdadero tonto, en cuanto me dijiste tu nombre debí suponerlo —mencionó sonriendo algo apenado.

—¿Por qué lo dices? —preguntó llevada por la curiosidad.

Dorian contuvo una carcajada, ese era el interrogatorio más satisfactorio al que hubiera sido sometido, ella era simplemente encantadora, mirándola a los ojos procedió a responderle.

—Porque debí suponer que tú eras la talentosa y encantadora Pandora, de la cual mi abuelo nunca deja de hablar cuando nos visita —esbozó con una amplia sonrisa, mostrando su dentadura.

Ella se sonrojó ante ese cumplido y bajó la mirada para esconder su reacción, mientras sentía que el corazón le saldría disparado del pecho, esa sonrisa era muy hermosa.

—Mi padrino exagera —susurró con timidez.

—Me temo que debo contradecirte, en realidad se queda corto, eres mucho más que hermosa y encantadora, eres sencillamente espléndida, Pandora —mencionó siendo completamente sincero.

Ni siquiera podía explicar qué lo llevaba a actuar de esa manera o a expresarse así, solo sabía que algo dentro de él le exigía dejarle ver todo eso a la joven ante sus ojos, era una necesidad que nacía en el centro de su pecho. Ya antes había conocido a chicas hermosas y agradables, pero había algo en Pandora Gallagher que hacía que todas las demás palidecieran al ser comparadas con ella.

Ella sintió que debía llenar el vacío que se había instalado en ese espacio y su curiosidad la llevó a esbozar una pregunta que no la dejaba en paz. Buscó la mirada del joven junto a ella para captar su atención y cuando sus ojos se encontraron fue como si no fuera la primera vez que se veían.

—¿Por qué…?

Pandora inició la pregunta, pero la idea escapó de su cabeza al percibir cómo su corazón triplicaba sus latidos cuando él fijó sus ojos topacio en ella y la hizo sentir como si fuese el océano que se abría para invitarla a sumergirse.

—¿Por qué…? —inquirió él mostrando una sonrisa ladeada.

También se sentía hipnotizado ante la belleza de la joven, pero al menos parecía tener más control del momento y le fascinó ver cómo las tersas mejillas se sonrojaban al ver que él había descubierto cuánto la afectaba su presencia.

Ella se irguió retomando la compostura, le mantuvo la mirada para hacerle ver que no la intimidaba, aunque no podía negar que era muy apuesto y algo en él le atraía mucho, ella era Pandora Gallagher una de las jóvenes más hermosas de todo Nueva York.

—¿Por qué no estás en la fiesta como todos los demás? —preguntó intentando mostrarse casual esta vez.

—Bueno, verás, Pandora… Supongo que no hay problema en que nos tuteemos ¿verdad? —preguntó mostrando una sonrisa que se hizo más amplia cuando ella asintió, él imitó el gesto y continuó—. El trayecto hasta tu hermoso castillo es bastante largo y yo me sentía exhausto por el viaje en barco, así que quise alejarme un poco del bullicio de la música, pero me terminé perdiendo. Este lugar es bastante particular, en ningún momento sentía que subía escaleras o alguna rampa y ahora me encuentro en una segunda planta… —explicó mirándola a los ojos.

—Sí, tienes razón es algo peculiar, tiene un desnivel que apenas se logra apreciar pero que te lleva justo a donde se encuentras ahora, pero no te preocupes yo puedo indicarte cómo regresar a la fiesta si lo deseas —comentó ella, sonriéndole.

Le había agradado su respuesta, ella también era de las personas que preferían la calma que brindaba la soledad.

—¿Y tú? ¿No lo harás también? —preguntó ante su respuesta.

—Quizás dentro de un rato, es que no me gusta mucho este tipo de reuniones y menos cuando yo soy el centro de atención… el bullicio y las personas me hostigan un poco, así que prefiero permanecer aquí hasta que no me quede más remedio que regresar. —Desvió su mirada al océano que era un manto oscuro.

—Comprendo, yo tampoco soy mucho de fiestas… ¿Te importaría si te hago compañía? Es decir, ya que ninguno de los dos estamos interesados en formar parte de la celebración —señaló posando su mirada en la gris de ella.

Pandora estaba por dar una respuesta cuando escucharon pasos acercarse por la escalera tras ellos, no tuvo que ver de quién se trataba para reconocerlo. Era su padre, venía acompañado por alguien más, solo que no debía ser su madre pues se movía con agilidad, seguramente ya se había dado cuenta de que no se encontraba en la fiesta y salió a buscarla, intentó disimular el suspiro que liberó, ya conocía la escena que vendría a continuación.

Él espantaría al pobre joven que la acompañaba y esta vez sería una verdadera lástima porque ese chico sí le agradaba, era apuesto, galante, alto, con porte aristocrático y lo mejor de todo, le inspiraba confianza, sentía que podía hablar con él sin tener que cuidar cada una de las palabras que salían de su boca y sin tener que estar manteniendo una pose.

—Pandora, te estaba buscando, princesa, ¿por qué desapareciste así de la fiesta? —inquirió Nathaniel deteniéndose en seco cuando vio al joven junto a su hija.

El primer contacto visual lo colmó de celos paternales, su mirada se posó con seriedad sobre el muchacho, pero él a diferencia de los demás le mantuvo la mirada, apenas si lo vio titubear unos minutos y después se acercó para presentarse, pues hasta el momento no lo había hecho, con andar elegante y mucha seguridad le extendió la mano.

—Mucho gusto, señor Gallagher, Dorian Macfadyen… Perdone que le haya robado tiempo a su hija, me alejé de la reunión y terminé perdido. Ella me estaba indicando cómo volver —mencionó, dándole un apretón firme.

—Sí, claro… encantado, señor Macfadyen… —esbozó fijándose en los rasgos del joven, le resultaba conocido.

Era alto, unos pocos centímetros menos que él, pero aún era un chico y seguramente seguiría creciendo, su cabello era castaño oscuro, sus ojos topacio y sus rasgos en general eran completamente ingleses; además, por su acento debía deducir que venía de Londres o alguna ciudad al norte del país europeo.

Sin embargo, había algo más en él que no lograba identificar y que había desvanecido

enseguida la desconfianza que los demás chicos que se acercaban a su hija le provocaban. Quizás la seguridad que mostró, el hecho de no salir despavorido como una gallina, sino todo lo contrario, afrontó la situación con entereza.

Cavilaba cuando sintió la mano de Robert posarse sobre su hombro y escuchar que su amigo hablaba.

—Veo que ya conociste a mi nieto, Nathaniel, es a quien quería presentarte, pero ya lo ha hecho él mismo… Dorian es el hijo mayor de Irene, ¿la recuerdas? —inquirió el veterano pintor con una sonrisa cargada de orgullo mientras miraba al chico.

—Claro… ella estaba viviendo en Londres, ¿no es así? —preguntó fijando su mirada de nuevo en el joven.

—Sí, la última vez que nos visitó, Dorian apenas tenía siete años y ahora es todo un hombre —contestó Robert sin dejar de sonreír—. Recuerdo que tú no la viste porque habías viajado con tu familia a Europa, fuiste a visitar la tumba de tu padre —acotó tornándose serio, pues sabía que ese tema no era agradable para Nathaniel, rápidamente cambió de tema—. Irene y su esposo se establecerán en la ciudad, casi tuve que obligarlos a dejar Europa, pero al fin lo conseguí, no soportaría pasar por la angustia que viví durante la guerra de nuevo —acotó mirando a su colega.

Pandora y Dorian se habían aburrido de la conversación que entablaban los adultos y aunque no hablaban por respeto a ellos, sus miradas estaban siendo bastante expresivas, así como los sonrojos de ella y las sonrisas radiantes de él.

Nathaniel no estaba ajeno a la situación entre su hija y ese joven, pudo captar varias de esas miradas que compartieron y también las sonrisas cómplices que se dedicaban, la verdad nunca vio a Pandora sonreírle de esa manera a otro joven, ni mostrarse tan tímida a la vez. Su hija en muchas ocasiones lo sorprendía por la seguridad que poseía, era la más madura de sus hijos y no influenciaba mucho que fuera mayor, pues su hermano Trevor era solo dos años menor que ella y parecía de diez, siempre andaba discutiendo con los gemelos que vinieron después de él.

Se concentró una vez más en la conversación con Robert, había dejado de escucharlo en cuanto mencionó lo de la decisión de su hija de mudarse al país, ese dato por supuesto era de resaltar, porque significaba que su nieto estaría cerca de Pandora también. Le sorprendió notar que sus alertas de padre no se activaron con la potencia que estaban acostumbradas.

—Es la mejor decisión que pudo tomar tu hija, Robert, los rumores de posibles levantamientos en Alemania cada vez son mayores, es mejor salir de Europa tanto pronto como les sea posible —se detuvo fijando su mirada en el joven una vez más—. Dorian, estoy seguro de que te acostumbrarás rápido a la vida en América; después de todo, no somos tan diferentes, ya lo verás —mencionó cayendo en cuenta del nombre que llevaba el chico.

—Gracias, señor… espero que así sea, por lo pronto espero contar con mi primera amiga en la ciudad, claro si usted permite que su hija Pandora y yo entablemos una amistad —pidió mirando unos instantes a la chica y después al padre.

Pandora sintió sus mejillas arder ante el sonrojo que las palabras de Dorian provocaron en ella, su mirada se iluminó con un brillo especial y sin poder evitarlo una sonrisa afloró en sus labios. Buscó con la mirada a su padre para pedirle que aceptara.

Nathaniel como siempre no podía negarse a nada que ella le pidiera, al menos no cuando lo hacía de esa manera; además, que algo le decía que eso no había sido casual.

Estudió cómo se había dado el encuentro entre ambos, la fecha y otros detalles que él pudo apreciar con rapidez, entonces unas palabras que había esbozado hacía muchos años atrás regresaron a su cabeza.

«Nos volveremos a encontrar y podrás contarme que fuiste feliz y tuviste la vida que tanto

deseabas, lo harás Pandora»

Nathaniel fijó la mirada en su hija y era como si la viese por primera vez o como si la viese de nuevo a pesar de su cabello rubio oscuro y esos rasgos que eran tan de Rosemary. Pudo encontrar algo más, algo que solo había visto en una mujer en su vida y de inmediato lo supo. Era ella, no le quedaba la menor duda, Pandora había regresado y quizás ni ella misma lo sabía. Se volvió rápidamente mirando al joven frente a él y terminó por reconocerlo; sí allí también estaba él, era Tristán, podía verlo, lo hacía con tal claridad que estaba a punto de desmayarse.

Cientos de emociones lo atravesaron y sus ojos se humedecieron por las lágrimas que le subieron de golpe, no podía dar con su voz para responderle, ni siquiera sabía qué le diría sin delatarle esa verdad que acababa de descubrir y de la que ellos al parecer estaban ignorantes. Inhaló para sosegar el latir alocado de su corazón, su mirada se cruzó con la de su mentor y amigo, quien lo miraba extrañado por ese inusual silencio.

—Papá… están esperando una respuesta —susurró Pandora apenada por el mutismo que mostraba.

La voz suplicante de su hija lo sacó del trance donde se encontraba, dejó ver una sonrisa a modo de disculpa y le extendió la mano al joven, dándole la bienvenida a su familia.

—Tienes mi permiso, ambos lo tienen… —esbozó con una gran sonrisa, una que iluminaba sus ojos topacio y su corazón palpitaba feliz dentro de su pecho.

—Muchas gracias, le prometo que no defraudaré su confianza, señor Gallagher —pronunció Dorian lleno de alivio y su sonrisa fue mucho más efusiva que la del afamado pintor.

—Lo sé… Bueno, será mejor que bajemos a la fiesta que se celebra abajo y es en honor a esta hermosa señorita —mencionó Nathaniel ofreciéndole el brazo a su hija.

Ella lo recibió feliz y le dio un beso en la mejilla, Nathaniel respondió al gesto de la misma manera, diciéndole con la mirada cuánto la quería y ella también se lo hizo saber. Todo a través de esa comunicación especial que tenían, donde las palabras no eran necesarias para expresar los sentimientos, se encaminaron hacia las escaleras para disfrutar una vez más de la fiesta.

Después de una hora su hija estaba en medio de la pista bailando con el nieto de Robert, mientras él los observaba aún sin poder creer que todo eso fuese real, que ellos fuesen quienes eran y que la vida les hubiese dado una nueva oportunidad para vivir su amor y lo mejor de todo, ser él testigo del mismo.

Sentía que las emociones estaban a punto de desbordarlo y hacía acopio de todas sus fuerzas para no llorar, elevó la mirada buscando en el cielo a la más hermosa de las estrellas y la fijó en esa que siempre observaba pensando en su amiga.

«Siempre pensé que estarías allá arriba junto a tu esposo y tu hijo, resulta que has estado a mi lado todo este tiempo, por eso tu nombre brotó de mis labios cuando Rosemary me pidió que le diese uno a nuestra hija, por ello esta sensación que mantengo siempre de cuidar de ella, de jamás verla sufrir, esta urgencia que sobrepasa la que siento por mis demás hijos; tu esencia ha estado en ella siempre, Pandora…

Yo que buscaba la más hermosa de las estrellas e imaginaba que eras tú y me sentía feliz al verte brillar, cuando en realidad estabas brillando dentro de mi casa, jamás dejas de sorprenderme… pero me alegra, me alegra mucho pues has logrado comprobar por ti misma lo feliz que he sido junto a Rosemary, cómo este amor crece cada día más y nos ha llenado de frutos; ahora comprendo por qué mi hija nos vio alarmados cuando le dijimos que estábamos esperando otro bebé…»

Pensaba dejando ver una sonrisa mientras sus ojos seguían a la pareja en el medio de la pista, de pronto sintió cómo un brazo lo rodeaba y supo de inmediato quién era, su adorada esposa, la

miró a los ojos y depositó un dulce beso en sus labios para después sonreírle.

—Hacen una linda pareja. ¿No te parece? El nieto de Robert es un chico muy apuesto —mencionó tanteando el terreno.

—Se ven bien… y también parece que se llevan muy bien; además, bailan con armonía, esas tres cosas son muy importantes para un matrimonio —esbozó sin siquiera pensarlo.

—¿Matrimonio? Espera, creo que no escuché bien ¿Tú, Nathaniel Gallagher, hablando de matrimonio? Y no cualquiera sino el de su hija mayor… —Lo miró sorprendida al tiempo que sonreía y le tocaba la frente—. ¿Será que tienes fiebre?

—No, Rose, tú siempre tan graciosa —contestó alejando las manos de ella de su frente para llevarlas a sus labios y darles un beso cargado de devoción, supo que se había dejado llevar por la emoción, pero ya no podía recoger sus palabras—. Hablo en serio, no sé puedes pensar que me he vuelto loco, pero algo me dice que ese par terminarán teniendo una vida tan feliz como la hemos tenido nosotros, ya lo verás —confirmó, sonriendo.

—Sí, la verdad creo que te has vuelto loco… pero para que veas que incluso en esto te acompaño, me encantaría que nuestra hija tuviese una vida tan feliz como la nuestra y ambos debemos velar porque así sea. —No tenía que ser más específica para que él supiera que debían evitar que Pandora sufriese lo que ellos.

—Nuestra experiencia servirá para evitar que ella cometa los mismos errores que nosotros cometimos, Rose —acotó Nathaniel con seguridad mirándola a los ojos.

—Confiemos en ello, pero por lo pronto debo mencionar que ese joven me causó muy buena impresión y creo que Pandora está aún más cautivada por él… Aunque todavía son jóvenes, deben esperar para hablar de matrimonio, pero si tú les das tu visto bueno, yo también lo hago —dijo mientras los veía bailar.

—Se los doy. Es más, tienen mi bendición… quizás te parezca un poco apresurado o puedes llamarme profeta, pero nuestra hija Pandora y ese joven Dorian se casarán algún día.

Rosemary dejó libre una carcajada y le dio un beso a su loco marido en los labios, después buscó de nuevo a su hija y su corazón comenzó a hacerse a la idea que algún día su pequeña bailaría un vals igual a ese, pero vestida de blanco y sería la novia más radiante, hermosa y feliz en todo el mundo.

Nathaniel también pudo visualizar esa imagen en su cabeza y no había una pizca de celos de padre en él, tenía la certeza de que ese joven haría a su hija inmensamente feliz y con ello le bastaba. Rodeó con sus brazos a Rosemary apoyando sus manos en el pronunciado vientre de su esposa, que mostraba con orgullo los siete meses de gestación de su quinto hijo, mientras se mecía con ella al ritmo de la música sintiendo el pecho colmado de felicidad.

«Tendrán de vuelta aquello que fue suyo, todo lo que un día les perteneció, es hora de darles el mismo regalo que recibí de ti, puede que no sea dentro de un año, ni dos o tres, pero volverán a tener el que fuese su hogar y allí serán felices como siempre desearon, es mi promesa, Pandora.»

Esbozó Nathaniel en pensamientos, le dio un beso en los labios a su esposa con ternura y después posó la vista en su hija, ya no buscó más en el cielo aquella estrella, en ese momento su mirada la seguía mientras bailaba junto al hombre que nunca dejó de amar y ser su alma gemela, aquel vals que se había quedado congelado en el tiempo.

# FIN

LINA PEROZO ALTAMAR©

# Lista de canciones que me inspiraron al momento de escribir alguna escena:

Fool – Shakira.

Gianna Nannini ft Laura Pausini - Sei nell'anima.

Nickelback - Far Away.

Pink - Beam Me Up.

Michael Buble - Always On My Mind.

Sting - Why Should I Cry for You.

Tiziano Ferro - Non Me Lo So Spiegare.

Dido - Here with Me.

Evanescence - Bring Me to Life.

Evanescence - Going Under.

Evanescence – Lithium.

Evanescence - Lost in Paradise.

Goo Goo Dolls-Iris.

James Blunt - If Time Is All I Have.

Lana del Rey - Dark Paradise.

Lifehouse – Blind.

Zoé – Luna.

Sarah McLachlan – Fallen.

Sarah McLachlan - I will remember you.

Shakira - La Despedida.

Adele - Take It All.

Whitney Houston - Run to You.

Christina Perri – Human.

---

[1] Buena Madre.